

 Seix Barral

Gabi Martínez

Las defensas



Índice

Portada

Dedicatoria

Cita

Un segundo para dos años

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Epílogo

¿Otra vez empanadillas?

Mi sistema defensivo

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

*Para Gabriel y Eloísa,
el origen de mi sistema defensivo*

La mente, como dicen los neurofilósofos, está totalmente encarnada.

SCOTT STOSSEL,
Ansiedad

Vivir en un mundo seguro es peligroso.

TEJU COLE,
Ciudad abierta

Vaya al corazón del peligro, pues allí encontrará la salvación.

Proverbio chino

UN SEGUNDO PARA DOS AÑOS

La mañana que Camilo Escobedo apareció en mi vida, hacía sol y estábamos rodeados de libros. El día de Sant Jordi había lanzado a la calle centenares de historias perturbadoras, divertidas, terribles, eróticas, historias más o menos singulares que abarrotaban estanterías y tenderetes a lo largo de un territorio inmenso. Pero el espectáculo no le intimidó.

—Tengo una historia que podría interesarte —me dijo cuando abandoné la mesa donde había estado firmando ejemplares de mi último libro.

Yo debía acudir a la siguiente firma y disponía de «un segundo» que él exprimíó diciendo que era neurólogo y que durante una época de su vida se había vuelto loco. «Loco de verdad», sonrió. Quedamos para una semana después.

En la primera cita, el doctor Escobedo reconoció ser un incondicional de las novelas de Philip Roth y haber leído entero *En busca del tiempo perdido*. Asumió una significativa base literaria que le había hecho plantearse escribir él mismo su aventura, si bien, como su memoria estaba agujereada por los períodos de enajenación, y como los hechos acaecidos le afectaban moralmente, creyó que sería mejor contársela a «un profesional» y confiar en la seductora fuerza del relato.

Han transcurrido casi dos años desde aquella mañana radiante. Casi dos años durante los que Camilo ha estado presente a diario en mi vida facilitando hasta un extremo que *a priori* me habría parecido impensable la narración de una odisea verdadera. Su compañía ha sido tan estrecha que, por primera vez, no me he sentido solo escribiendo.

Ésta es la historia de un neurólogo que, en enero de 2006, enfermó por causas desconocidas y fue internado en el psiquiátrico. Durante algún tiempo, insultó y agredió a personas a las que amaba, además de a unos compañeros con frecuencia superados por la inédita circunstancia de verse obligados a atender a un colega. Luego necesitó más de un año para recuperarse. Pero lo hizo.

Aquí se contempla cómo un hombre bien educado, doctor, habitante de la privilegiada ciudad del primer mundo que es Barcelona, empezó a perder el control, en gran medida por lo que varios especialistas han definido como «causas medioambientales». Se intuye qué pudo provocar esa debacle. Y qué, el renacimiento. Por otra parte, hay matices que aúpan esta aventura a una cota insólita, formidable. Un médico ha afirmado que el de Camilo es un caso entre tres mil millones. Se trata de una historia con varias caídas y ascensos, hasta ese punto ha influido en el doctor Escobedo la pasión por las montañas. Es padre de cuatro hijas, tres con su exmujer y una con su actual esposa, también neuróloga. Mujeres y niñas con las que ha compartido esta, literalmente, extraordinaria historia de amor y violencia que sin duda aporta un ángulo insospechado del oficio de vivir. Esta historia, en fin, basada en hechos reales.

Respira y come. Nadie ha sugerido que debamos limitarnos a eso pero todos los de esta mesa respetamos la coordenada. Respira y come. Se trata de superar un día más. Las cucharas golpean el fondo del plato y oigo cómo se desliza el caldo por la garganta del anestesista sentado junto a mí. Desde que mi mundo aumentó su imprecisión, defino mejor los sonidos, los colores, como si esta nueva confusión pulimentara lo fundamental.

Imagino el caldo deslizándose por el esófago hasta mezclarse con los restos de cocaína resistentes en el organismo de Juan. Juan no tuvo reparos en confesar su adicción, aquí casi nadie los tiene. Para eso estamos. Al menos, ellos. En general, mis compañeros de mesa son adictos a las drogas. La mayoría lo achaca al estrés y la depresión. Tienen la suerte de haber localizado el motivo de su derrumbe y de disponer de palabras para detallar cómo cayeron. A veces no saben emplearlas, pero las conocen y podrían pronunciarlas en cualquier momento. También poseen una historia que les permite más o menos comprender la razón por la que se les internó. Yo no.

—Mi hijo me trae por el camino de la amargura —dice de nuevo la cleptómana desde la silla de enfrente. Está obsesionada con ese hijo que la desobedece, le roba, le pega, la insulta—. No sé qué es lo peor —solloza la mujer, como de costumbre.

Me enfurece detectar el timbre de su voz porque siempre entona el mismo tema: su hijo. Sólo habla de él. Y nos castiga a todos con su penitencia. Alguien debería cerrarle la boca. Pero que sea otro. Yo soy un buen chico, según mi madre. Buen chico. Es la definición que más he escuchado sobre mí, aunque ya figure como padre de cuatro hijas, me haya separado de mala manera después de infligir un calvario a mi exmujer, me haya alcoholizado una buena temporada y haya engañado a conciencia y planeado cómo destripar a un hombre.

Las etiquetas suelen estar mal colgadas, el drama aparece cuando alguna de ellas te condena más de lo esperado. Estoy tan seguro de no ser un buen chico como de no padecer ningún tipo de psicosis ni trastorno bipolar. Estas

definiciones las decidieron otros pero al parecer debo someterme a ellas. Creo haber comunicado a los doctores mi intuición de que padezco algún tipo de enfermedad orgánica, si bien nadie atiende a mis protestas porque, como la autoinmunidad es mi campo de investigación preferente desde que empecé a estudiar medicina, mi diagnóstico destila un aire de ensimismamiento redundante perjudicado por la evidencia de que, por muy neurólogo que sea, estoy loco.

Asumo desajustes mentales, sí, pero desde el fondo de este desequilibrio sé que mis colegas han errado el diagnóstico que aún no me han comunicado. No hace falta que lo hagan: conozco la medicación que me obligan a consumir. Y sé que se equivocan. Quizá se deba a la precipitación. Necesitaban despacharme, hacerme desaparecer. Los médicos enfermos proyectamos mala imagen sobre el gremio y, además, yo soy neurólogo. Porque supongo que aún lo soy. ¿Lo soy? ¿O el loco lo absorbe todo? ¿Qué queda del doctor Escobedo en mi forma de pensar? ¿Cómo he llegado hasta aquí?

Respira y come.

La comida de este centro es el mayor placer de las últimas semanas. ¿O son meses? ¿Cuánto tiempo llevo así? De segundo sirven paella. Durante un rato, compruebo la separación de los granos de arroz. No se pegan, una gran novedad teniendo en cuenta la bazofia grumosa que servían en los sitios anteriores. Estoy comprendiendo mejor el porqué de la mala fama de la comida de hospital.

—Esta noche voy a llamar a mi chico —dice la cleptómana.

Los demás engullen cucharadas de arroz en silencio. Todos menos Amalia miran al plato. Amalia es una enfermera de unos sesenta años que asegura recordarme de mi etapa como residente en el Hospital del Mar. Amalia convivía con una hermana a la que no soportaba. Cayó en una depresión devastadora. A su lado, Gema agarra el vaso con las dos manos y lo acerca a los labios despacio para que los temblores a causa de la medicación no le hagan derramar el agua. Es cirujana. Gema no cuenta lo que tiene pero yo le diagnosticaría una depresión con componente psicótico. A mi derecha, un especialista en medicina interna igualmente depresivo corta con preocupante lentitud un pedazo de conejo. A mi izquierda, el anestesista descarta la paella porque es vegetariano.

Continúa resultándome sencillo establecer el diagnóstico diferencial de los enfermos, y esa certidumbre me anima. Parece que el doctor Escobedo se

mantiene bastante incólume en medio de la devastación. Debería consultarme. Visítame a mí. El problema es que no sé muy bien quién soy, o cuántos. Hay una parte de mí que reconozco, la duda es por dónde vaga el resto de mi persona, que sólo percibo a retazos. El vacío se abre en las últimas semanas, o meses, porque del resto de mi vida me acuerdo bien. Cuando intento recomponer lo sucedido, las escenas fulguran sin orden. A veces son limpias pero avanzan entrecortadas y no llegan a un final. A veces relampaguean instantes difusos que provocan escalofríos o emociones que no siempre identifico pero me dejan furioso o temblando. No debería estar aquí. Yo no soy como esta gente. No estoy enganchado. No debería haberme sentado con estos patéticos adictos y depresivos a comer esta riquísima paella de mierda. ¿Quién me ha encerrado? ¿Por qué?

Golpeo la mesa con un puño. No debo haberle dado muy fuerte porque nadie deja de comer. ¿La he golpeado? Miro el pliegue del puño, que permanece pálido, sin marcas de un impacto reciente. Ni siquiera me duele. No percibo el eco de la madera en los huesos. ¿La he golpeado?

Respira y come.

Desearía renunciar a la comida para expresar mi malestar pero la paella me reconforta demasiado y no voy a desperdiciar uno de los escasos buenos momentos del día. Alguien me toca un hombro.

—Pasa por mi despacho cuando termines —dice uno de los doctores.

Hace años colaboré con él enviándole pacientes sospechosos de alzhéimer. Sé que es neuropsicólogo pero no recuerdo su nombre, aunque tampoco el de los demás. En una semana he hablado con cinco médicos que se supone que analizan mi caso. No logro distinguir si hay uno principal, de manera que desconfío de todos. Un enfermo debe sentir la cercanía de su médico de referencia, alguien que avance junto a él, que le acompañe, le sugiera. Le tranquilice.

—Bueno, Camilo. Vamos a seguir viendo cómo estás —dice el doctor Alzheimer al otro lado de un escritorio de nogal nacarado que huele a abrillantador.

No me ha preguntado cómo estoy porque cree saberlo mejor que yo. Era mi compañero. Siento una enorme fragilidad y pequeñez y desamparo. El doctor abre una carpeta llena de test neuropsicológicos iguales a los que alguna vez he usado con mis pacientes. Ahora me va a pedir que diga *peseta, caballo, manzana*. El doctor pide que repita sus palabras:

—Peseta. Caballo. Manzana.

No sé si respondo bien. Por favor, que llegue pronto la hora del yogur y las galletas.

Saca el primer test. Temo que me haga dibujar la figura compleja de Rey, no creo ser capaz. Empieza con otro test, fiel al procedimiento. Reconozco esa prueba de memoria visual. Cuando me enfrento a un cuadrado dividido en cuatro partes me invade una vergüenza profunda porque rememoro el estado de muchos pacientes a los que yo mismo atendí. La vergüenza se transforma en humillación al descubrirme incapaz de responder con solvencia. Dudo ante cada pregunta. Mi lengua se ralentiza aún más. Titubeo, diría que he equivocado vocales, puede que incluso sílabas. La conciencia de desamparo aumenta mi bloqueo. Supongo que he obtenido una puntuación ridícula aunque el rostro del doctor se mantiene impávido. Con mecánica profesionalidad, anuncia que va a proceder a mostrar un dibujo que deberé definir. Aunque entiendo todo lo que veo, sólo estoy seguro de dar respuestas de garantías cuando enseña lo que meses más tarde descifraré como «acordeón».

—Piano plegable —respondo.

Y como «tienda de campaña»:

—Casa plegable.

La serie completa de test dura alrededor de tres horas pero diría que no llevamos más de cuarenta o sesenta minutos cuando el doctor cierra la carpeta y dice muy bien, se acabó. Sin duda, no hemos completado la serie porque ni siquiera me ha propuesto enfrentar la figura de Rey. Eso significa que mi merma es espantosa. No habré puntuado mucho más de cinco sobre cien. Espantosa. Floto en una burbuja de idiotez insondable sintiendo odio y desprecio hacia mí, y sólo un poco, muy poco, de piedad.

¿Qué piensa ese hombre al contemplar el deterioro de un ser humano que días antes se habría podido sentar donde él? ¿Le afecta mi decadencia? ¿Podrá imaginar la sensación de ser un enfermo mental?

—¡Camilo!

Le miro. Parece que me ha llamado varias veces. Los labios del subespecialista dan permiso para regresar a mi habitación en compañía de la enfermera que aguarda bajo el dintel. Atravesamos el pasillo desierto donde retumban ruidos opacos y algún grito aislado de los internos que se entretienen en la sala de estar. De una pared cuelga la famosa foto de los obreros que almuerzan sentados en una viga sobre Manhattan. Después de los

test, me convendría ir asumiendo que mi estancia en este centro se va a alargar. No sé si lo soportaré aunque aceptaré callado lo que me impongan. Ahora soy un inválido. Los tacones de la enfermera amplían la angustiosa impresión de vacío y soledad mientras avanzamos a la crepuscular luz de una tarde de marzo sobre el suelo resplandeciente que aún huele a lejía matizada por algún jabón de flores.

Antes de dejarme solo, la enfermera se cerciora de que trague cuatro pastillas nuevas. Obedezco, no estoy en disposición de discutir. Debo confiar en mis compañeros. Me tumbo boca arriba en la cama mirando a un techo que no veo. Las cápsulas se deshacen simultáneamente en mi estómago proyectando una dosis extra de química hacia el cerebro, donde siempre he vivido. Todo se lo he entregado a él. Al cerebro. A la medicina. Todo. Un poderoso sentimiento de desesperanza equiparable al del amor no correspondido satura la habitación. Hay algo demasiado arbitrario en esta realidad. Había leído sobre injusticias y sobre la ingratitud de algunos destinos pero aquello eran literatura y leyendas, y siempre pensé que mis esfuerzos serían compensados, que nada es vano. La falta de culpables y la insistencia en atribuirme el peso de la debacle no evitan que se expanda la impresión de haber sido traicionado. Pero los sentimientos que suelen adherirse a ese lastre, como la rabia y la decepción, ceden al empuje de una tristeza que me asfixia. Me asfixia. Abro la boca para respirar.

Respira.

Coloco la palma de mi mano abierta en el pecho a la altura del órgano que me riega. Cuento cada latido. La tristeza no bastará para matarme hoy.

La televisión emite un concurso que algunos internos desparramados por la sala pretenden seguir con atención mientras Laura me va ofreciendo el diagnóstico diferencial de varios de ellos. Como enfermera curtida, presume de acertar más que los doctores que nos tratan, al menos a primera vista. Comparto con ella varios diagnósticos de depresión, un bipolar y el de la dentista con evidentes deficiencias de control de impulsos, pero se le escurre un ejemplo palmario de ideación paranoide que ella interpreta como intoxicación farmacológica. Le señalo el error riendo a carcajadas desde el fondo de mi catatonía.

—¿Te estás burlando? —pregunta.

Niego sacudiendo la cabeza sin dejar de reír, atropellándome por responder aprisa y no enfadarla. La he visto furiosa una vez y, por mucho que diga que ese día la enajenó el efecto de la medicación, prefiero que no se irrite.

—¿Y yo? —le pregunto—. ¿Cuál es mi diagnóstico?

La enfermera depresiva guiña un ojo como si apuntara por una mirilla, inspira sonoramente, dice:

—Tú eres normal.

—O sea, que no lo sabes.

—Tienes cosas distintas a los de aquí. Lo tuyo es raro, porque igual te quedas mudo que sueltas un diagnóstico perfecto. Ahora que lo digo..., tú sólo hablas normal cuando salen temas médicos. Quizá por eso te han enviado aquí. ¡Al hospital de médicos!

Se pone a reír sola.

Es cierto. Sólo participo en las conversaciones cuando abordan asuntos de la profesión. Me intriga la resistencia de mi capacidad para diagnosticar. Como si hubiera preservado mis facultades médicas de la agresión. Del trastorno. Como si existiera un yo paralelo inaccesible a la enfermedad, quizá todavía en condiciones de brindar soluciones que me aproximen a una salida.

—¿Te... *testás*... burlando? —consigo articular.

—¡Sí! —grita Laura, y sigue riendo con ganas. Con demasiadas ganas. Como si yo no estuviera. Quizá se haya olvidado de mí y haya vuelto a extraviarse en cualquiera de sus psicosis. Qué más da. No siento afecto por ella. Tampoco por los demás. Ni siquiera sé si son quienes afirman ser porque al ingresar en este centro nos obligaron a cambiar los nombres. Me han inscrito como Camilo Martínez Ros, desordenando los apellidos de mis padres. Los médicos mentalmente perturbados somos la peor publicidad. Hay que borrar nuestra pista. Esta etapa, este sitio, no existirá en nuestros futuros. CHAMM. Es uno de los contados Centros Hospitalarios de Atención... a nosotros. Exclusivo para rehabilitar a personal sanitario con problemas psiquiátricos, orientado sobre todo a la patología dual, básicamente trastornos de personalidad y adicciones. Una de sus claves es no hacer publicidad. El típico lugar invisible porque, ¿quién alardea de haber formado parte de una corte de zombis?

Laura sigue riendo. Me irrita levemente el dramatismo de mi mirada y sé que me gustaría bromear, incluso compartir su risa idiota, porque recuerdo haber disfrutado el humor. Pero la risa es emoción y ahora vivo muy al

margen de ella. Nada alrededor altera este yermo. Recuerdo la intensidad, episodios en los que me entregué, pero los viejos sentimientos se han volatilizado, como si la enfermedad hubiera arrasado ese talento humano respetando tan sólo el espacio reservado a mis hijas, cuyo recuerdo aún me permite experimentar nostalgia y llorar. Llorar por alguien. Creo que es un motivo de esperanza.

Los internos siguen clavados delante de la televisión o jugando a cartas, una capacidad que ahora envidia. Todos luchan por no hundirse. Somos doce o catorce, nunca logro contarnos a todos, no sé si porque nunca nos juntan a la vez o porque siempre me descuento. Al juzgarlos como residuos, me pregunto qué soy yo. Hay algo que sí compartimos: un pasado de estrés desquiciante, y es de lo que se habla en la cena. Juan dice que el ritmo de trabajo lo devoró y necesitó «suplementos» para mantenerse a la altura. Graciela culpa a la hermana en paro, con la que aún convive, de arruinarle el futuro: llegó incluso a espantarle a dos novios. La cleptómana describe con morbosa meticulosidad la mayor paliza que le pegó su hijo. Por primera vez, informa de que fue ella quien lo denunció y por eso el chico está en el reformatorio. Se ampara en su tremenda historia para apropiarse de la reunión. Nadie le dice que se calle ni que ella misma es un motivo de estrés, de modo que sigue hablando. Habla. Las ensaladas de la noche también están estupendas. Sobre todo el tomate. Ahora no hay nada que me guste más que el tomate.

Respira y come.

Todos aluden a causas concretas y me siento en desventaja porque yo sólo dispongo de un dato que no difundo para no alarmar. El dato de mi test de estrés. El test distingue tres niveles. De 1 a 150. De 150 a 300. Si superas la puntuación de 300, estás fatal. Ése es el tercer nivel. Con más de 300, o estás enfermo o pronto lo estarás, a no ser que te concentres en realizar ejercicios de relajación o consigas evacuar toda la basura mental que te colapsa. El resultado de mi test fue: 506. No creo que ninguno de los de esta mesa haya alcanzado esa cota. Con un estrés de 506 la cabeza te puede estallar. Supongo que fue lo que pasó. 506. Para volverse loco.

Por eso, antes de llegar a esta especie de balneario he pasado una temporada en el psiquiátrico. Desde luego que aquí se está mejor. El desnorte de Laura, Gema o Juan queda muy lejos de los arrebatos de mis compañeros de manicomio. No es que tenga muy claros aquellos días pero recuerdo que a uno lo habían encerrado tras patear a un perro hasta la muerte. A otro lo

recogieron en urgencias porque él mismo se había abierto la cabeza golpeándola contra la pared del edificio donde trabajaba. Recuerdo paseos con un chico silencioso que llevaba el cráneo vendado y simulaba leer un gran libro de Historia. Eso es el psiquiátrico. No parece el sitio más adecuado para internar a un neurólogo. Uno imagina que siempre existen alternativas más discretas, pero da igual porque en las próximas semanas empezaré a recuperar fuerzas y fragmentos de lucidez bien hilvanada. Seguro. Sé que todo va a ir bien, y que emergerán cientos de preguntas, miles, que permitirán reconstruir mi historia. Aún no sé que, durante estos días, he agredido con brutal violencia a personas a las que quiero.

Me lavo los dientes supervisado por la enfermera de turno. Detengo el cepillado y observo al hombre de mejillas consumidas y mirada impersonal con la boca espumeante.

—Qué guapo —dice la enfermera.

La última vez que contemplé mi imagen tanto tiempo acabé con una cicatriz en la mano que empuña el cepillo. No reconozco a ese extraño de ojos lánguidos sin espíritu. Ya ninguna enfermera me llamará Clooney.

—Camilo, no hagas el tonto y acaba de una vez.

Continúo cepillando. Me enjuago la boca, la limpio de espuma. Con los dientes a milímetros del grifo, empiezo a beber agua casi helada a lengüetazos. Agua durante más de un minuto. Agua. Paso el día sediento, buscando grifos.

Cuando dejo de beber, la enfermera me entrega la botella donde introduzco el pene y orino un largo chorro de líquido anómalamente amarillo producto de mezclar neurolépticos, el litio con el topiramato responsable de mantener estable mi ánimo, antidepresivos, diazepam y el Antabus que tanto insisten en suministrarme y es el signo de mi derrota. Porque lo que sin duda no necesito es farmacología antialcohólica. Antabus. Un puto remedio decimonónico para hacerte vomitar el alcohol. No soy un borracho. Yo no bebía por adicción, nunca dependí del whisky, el alcohol no fue el detonante de nada. Pero me trago el Antabus porque soy un cobarde y no me fío de mí.

—¿Puedo bajar al césped? —pregunto a mi canguro esta noche.

—¿Y ahora qué te ha dado? No son horas de salir.

—Necesito pisar el césped.

El efecto de los neurolépticos se está prolongando más de lo habitual. No logro controlar las piernas, que temblaron durante toda la cena y continúan disparadas. Esta gente sabe que la hierba me sienta bien, así que la enfermera

chasquea la lengua y acepta salir cinco minutos con la condición de que me ponga un jersey bajo la bata. Hace un frío seco, extraño en Barcelona. La luna menguante aún refulge espléndida en el firmamento limpio. Me descalzo y hundo los pies en las briznas gélidas. Me traspasa un sablazo de frescor que desvanece mi aturdimiento. Permanezco quieto, abriendo y cerrando los ojos, empapándome de helor, silencio y una oscuridad puntuada por el brillo de hogares lejanos. Enciendo un cigarro. Por primera vez en meses disfruto de un bocado de auténtica existencia. Pero no es la noche, al menos no la negra y estrellada, lo que me abstrae, sino la renovada certeza de que sigo un tratamiento erróneo.

—Hay algo más —digo exhalando una bocanada de humo afantasmado por la oscuridad y el silencio.

—¿Qué dices, Camilo? —grita la enfermera desde el borde del jardín.

—Hay algo más —repito, aunque creo que esta vez no he hablado.

—Va, que nos vamos a congelar. Ponte las zapatillas y entra. Sólo falta que agarres un resfriado.

Queda casi medio cigarro. Tiro la colilla a la hierba, me calzo y entro en el edificio. Dónde estará mi voluntad.

Desde la habitación se divisa un mosaico de tejados sencillos al estilo rural y una ladera cercana moteada de luceros dispersos, porque esto es una colina a retaguardia de la ciudad. Adoro las montañas, la historia de Hermann Buhl, que conquistó el Nanga Parbat, la de Aron Ralston, el alpinista amputado... Nombres que siempre me acompañan y hoy me arrullan con sus experiencias de salvación *in extremis*, procurando un aliento que echo de menos incluso en esta nada de insensibilidad donde ahora habito..., aunque no es verdad. Miento. Ya no soy insensible. Me estoy recuperando. Lo sé porque últimamente percibo de forma cada vez más implacable cómo la desesperación se extiende. Sentirme destruido es positivo. Aspiro una buena bocanada de oxígeno de cara a la montaña y acelero la respiración sobrepasado por la conciencia de un estado catatónico que de repente me abrumba. La mitificada expulsión del mundo era esto. Ahora soy un paciente. No hay nada romántico en este hundimiento. Me tumbo boca arriba en la cama, sin tapar. La calefacción siempre excesiva mitiga el frío pero, aun así, es invierno. Confío en que el entumecimiento del cuerpo me despiste de ideas dolorosas. Debo concentrarme en no pensar, dormir cuanto antes, aunque el sueño ya no sea el área de descanso que hasta antes de la enfermedad fue. Pese a las pesadillas.

Sobre mi cabeza parpadea el puntero rojo de la alarma antiincendios. Su resplandor perfila tenuemente el objetivo de la cámara de vigilancia. Por lo visto, no sé lo peligroso que soy.

—¿Qué te has hecho ahí? —pregunta la doctora Vileda cabeceando hacia la tirita paralela a mi oreja.

—Afeitándome.

La rutina psiquiátrica incluye una estricta higiene diaria. Los tiempos de aseo se cumplen con puntualidad castrense al margen de la torpeza con la que podamos desenvolvemos. Esta mañana me propasé al apretar la máquina de afeitar contra la sien y la presión de las microcuchillas acabó por raspar un pedazo de pellejo. Parece difícil herirse con una máquina de afeitar pero la psiquiatra se ahorra las preguntas. Es la doctora más guapa del centro. Me cae mal y hoy no va a cambiar mi opinión sobre ella, porque ya está fiscalizando mi pasado con su fanfarronería disfrazada por una sonrisa precaria. Vuelve a pedir que le confiese problemas domésticos, adicciones o chanchullos en los que por algún motivo imagina que me enredé. Se interesa por cómo reventó mi vida el alcohol y no se cree que el whisky no reventara nada. Prácticamente nadie a mi alrededor supo nunca que bebía, mis copas las apuraba de noche antes de meterme en la cama y jamás, jamás, fui ebrio a trabajar.

Desanimada después de no sé cuánto tiempo intentando sonsacarme, cambia de objetivo:

—¿Y qué puedes decirme sobre tus excesos sexuales?

¿De qué está hablando?

—Has gastado mucho dinero en páginas de contactos y pornográficas en internet. —Habla mientras echa vistazos a una resma de folios que de vez en cuando levanta y me muestra, como si yo fuera capaz de leer—. Eso fue lo que te hizo pedir dinero a tu familia, ¿verdad?

La doctora Vileda pretende que corrobore su tesis, probablemente ya tan elaborada como el diagnóstico hacia el que prevé dirigirme. Expone la hipótesis de cómo y por qué he acabado sentado en este escritorio frente a ella. Emplea frases largas de una complejidad tan impropia —¡estoy enfermo!— que a veces me pierdo, recreándose en las dolorosas consecuencias «de toda

índole» —eso dice— que ha provocado mi pasión por el sexo *online*. Luego se calla. Quizá quiera expiar conmigo algún desengaño internauta. Semejante implicación no forma parte del protocolo. Quizá sea otra frustrada.

—Hay vicios muy caros —añade al constatar que no la ayudaré a enterrarme.

—No me insulte.

No sé por qué le he hablado de usted. Puede que atribuya una trascendencia relevante al momento o desee demarcar una frontera de respeto desde mi manifiesta imposibilidad.

—Follo lo que puedo —digo.

La doctora Vileda petrifica el semblante hasta acusarme con él.

—Quizá incluso un poco más —dice.

Le respondería que su sospecha ha acariciado mi vanidad pero sólo me encojo de hombros.

—No es asunto suyo —respondo.

Diálogos cortos y suficientes. Diana se alegraría de incorporarlos a su estupenda biblioteca. Diana está de acuerdo con la medicación que me están dando. Su opinión es la única que me hace dudar. Es una gran neuróloga, la conozco desde los inicios, me humanizó en una época demencial, me enseñó a leer mejor, a escribir mejor, me acosté con ella, forma parte de mi universo... pero seguro que desaprobaría la técnica de la doctora Vileda en este... interrogatorio.

—No soy esquizofrénico —digo, porque eso lo tengo muy claro. Un esquizo recuerda todo gracias a que preserva la conciencia. Yo no. Yo fluctúo entre recuerdos.

La doctora empuña un dossier que sacude tres veces en el aire antes de desplegarlo junto al calendario abierto por la página de marzo de 2006.

—En cualquier caso, aquí tenemos tus antecedentes familiares. Un abuelo con alzhéimer... dos primos bipolares... un historial genético que da buenas pistas sobre qué es lo que te puede estar pasando. Además de coincidir con la opinión de la mayoría de los doctores que tratamos tu caso.

Bah. Argumentos fútiles basados en la ignorancia. De mis dos primos presuntamente bipolares, uno resultó ser poeta. Mi primo ansiaba largarse de Dallas, donde vivía a las órdenes de mi tío millonario y cada vez más religioso. Se mudó a Europa decepcionando a todos. Que los jodan. Pensaron

que había enloquecido y él no tuvo problemas para certificarlo casándose con una joven asiática con la que yo diría que continúa. Ignoro si padeció algún brote de bipolaridad tras inaugurar su nueva vida, pero lo dudo.

Si yo fuera la doctora Vileda preferiría consultarme sobre aspectos decisivos de mi vida más allá del sexo y el alcohol. Los estadounidenses representan la vanguardia de la investigación médica por la atención que dedican a la medicina interna. Han entendido que el análisis del conjunto permite desentrañar el detalle. Pero la doctora Vileda sólo quiere oír hablar de sexo y alcohol. Por eso no sabe lo de mi estrés 506. Y, aparte de la carga genética, ¿qué más información maneja sobre mis padres?

—Eso se lo ha dicho mi madre —digo.

—¿Eso, qué?

—Lo del sexo.

—Eso está en tu historial —dice agitando un montón de folios. Y luego añade—: No te llevas muy bien con tu madre... Carmen.

También se lo habrá contado ella. Al oír el nombre, proyecto su imagen y no logro tolerarla. No quiero ver a mi madre. Ni a mi padre. Hubo algo demasiado insuficiente en el amor que creían sentir por mí. Papás, hay que saber querer. Doctora Vileda, los doctores no deben instalarse en el prejuicio. ¿Por qué no preguntas quién soy en lugar de obcecarte en suscribir el diagnóstico que ya has decidido?

Si desearas escuchar te diría con la fluida voz de mi memoria más antigua e intocada que soy el hijo de un veterinario que se convirtió en zapatero, y ésa fue su maldición. Que mi padre Ginés creció en Cúllar-Baza, un pueblo de Granada al que la posguerra dejó tan maltrecho como al resto de España. Que mi padre estudió Veterinaria y comenzó a ejercer en el pueblo con la disciplina y la responsabilidad que su padre le inculcó, pese a comprender enseguida que la satisfacción de reanimar cerdos y asistir partos de vacas no compensaría la falta de expectativas del campo.

Entonces apareció mi madre. Carmen. Dicen que era preciosa, y encima de Barcelona, la nueva tierra prometida adonde los andaluces emigraban por miles. De hecho, mi madre bajó de veraneo a la Andalucía de sus padres, orgullosos de la fortuna amasada gracias al tesón del cabeza de familia, el zapatero que había levantado un pequeño imperio de Rápidos en la gran ciudad. Carmen conoció a Ginés, se enamoraron. Pero ni los ensueños del verano ni la poderosa idea de un futuro juntos disimularon sus diferencias.

Hijo de un franquista, Ginés creía en la Falange y en valores ancestrales que contrastaban con la aperturista curiosidad de su novia. Le fascinaba ese desparpajo en una mujer, a la vez que le intimidaba. Además, si la relación prosperaba, debería instalarse en Barcelona, donde el futuro suegro le había garantizado un empleo, aunque muy distinto del suyo. Ginés aparcó las vacilaciones por amor. Como la agitación que le abrumaba respondía a la que describían en los bares y en las películas quienes se jactaban de haber amado alguna vez, la asoció a un sentimiento sincero y decidió guiarse por la pureza de un impulso que avivaba la brasa de su juventud. Mi padre también confió en el influjo de Barcelona. Creyó que la ciudad le cambiaría como él deseaba cambiar.

Una vez contó que le resultó fácil despedirse del veterinario que había sido porque la primera vez que se apeó de un autocar en la ciudad, brillaba el sol y las calles estaban tan llenas de zapatos que mi padre apreció aún más el avisamiento de su suegro. También experimentó una responsabilidad muy distinta a la de su profesión anterior y le sorprendió descubrir que la nueva carga, infinitamente menos crucial que la de mantener respirando a seres vivos, le inquietaba más.

Al entrar en el Rápido de la Ronda Sant Pere y saludar a los trabajadores a sueldo del suegro, mi padre cobró plena conciencia de que se había convertido en una especie de heredero, aunque fuera secundario. En mil kilómetros había cambiado una profesión para la que había estudiado diez años por el oficio de zapatero, y pensó en el increíble poder transformador de la distancia a la vez que cuestionaba su vida entera.

Dudo que a la doctora Vileda le interese esta parte de mi biografía, pero para mí es fundamental porque la vida a contrapelo que mi padre llevó en Barcelona le convirtió, como dice mi hermana Carmen, en un enfermo no medicado, un depresivo que a menudo se encastillaba en el silencio renunciando casi por completo al placer y a lo mundano. Se concentró en exigirse. En exigir. Imagine, doctora, un padre así. Dice mi hermana que de todos modos era bueno, humilde, justo, poco frívolo, culto y disciplinado. Un hombre de orden al estilo de ayer. Pero imagine, doctora, a un padre así. Usted podría alegar que no es difícil de imaginar porque esos padres fueron una constante en España, quizá incluso usted padeció uno, pero resulta que ese padre es mi padre, que sigo tratamiento psiquiátrico, y como yo no defiendo un diagnóstico a cualquier precio y todavía puedo mirar más allá de los

papeles, hoy me pregunto por algo simple: mi padre. ¿Cuánto llevo de él en mí? ¿Fue un enfermo o una víctima de la impotencia y la frustración? Pregúnteme por mi padre. Por favor.

Y le diré que, como nuevo miembro del clan Rubi, el joven Ginés comprendió que a partir de entonces su misión consistiría en mantener y ampliar la cadena de Rápidos junto a una mujer que hasta ese día había vivido tan arropada y ajena al esfuerzo que incluso pudo cultivar ideas liberales. Supongo que a mi padre le exacerbó comprobar lo distintas que habían sido sus infancias, su educación. La delicadeza arrogante de ella se enfrentaba sin vergüenza a la adusta contención de él, y la batalla se presentó desde el principio. Desde siempre recuerdo discusiones. Y la seriedad inalterable de mi padre. Seriedad que se convertía en expresivo, incluso dicharachero afecto cuando volvíamos al sur de vacaciones y recuperaba sus bares, su campo, sus amigos. Mi padre albergaba a dos hombres en su interior, el mínimo que todos tenemos, el intrépido y el cobarde. Y como el impotente atormentado disponía de muchos más meses para crecer, se expandió hasta engullir a su rival más optimista. Mi padre se fue oscureciendo mientras asistía a reuniones familiares donde básicamente se hablaba de fincas —el abuelo fue dueño de seis pisos en la Gran Vía y tres en Via Augusta— asumiendo sin protestar su nuevo rol de empleado y la venenosa sensación de deuda hacia el hombre que paradójicamente lo apuntilló con sus buenas intenciones. Pero como Ginés era un hombre de honor y el contexto lo había elegido él, se entregó al martirio que le ha acompañado hasta hoy. Su recalcitrante religiosidad se alimenta de la magnitud de su fracaso. Yo he comprendido tan bien su desgarró que con frecuencia me reconozco en él. ¿Por qué no me pregunta por mi padre, doctora?

Y le presentaría una infancia de comportamientos ejemplares y buenas notas en la escuela. Concentrado en obedecer, me convertí en el único tema en el que mis padres coincidían sin matices: mi condición de niño bueno. Yo fui un oasis de paz en la convulsión cotidiana, y al descubrir que mi presencia pacificaba, me encargué de acatar rigurosamente los deseos de mis mayores intentando complacerles. Que no gritaran. Desde entonces soy un buen chico, una marca que mi madre se empeña en mantener por mucho que me repugne.

—No te llevas muy bien con tu madre —ha dicho la doctora Vileda. Porque quiere hacerme daño. No le importa mi respuesta. Si de verdad quisiera escuchar historias sobre mi madre, le contaría. Es agradable hablarle a una

mujer guapa pero el encanto se desvanece si ella no quiere escuchar. Y la doctora Vileda no quiere. Lo sé porque ahora tengo lucidez.

Vileda está ordenando papeles en la carpeta del dossier cuando respondo:

—Era una mujer moderna.

La doctora levanta la mirada.

—¿Era?

—En su tiempo.

En el tiempo en el que ser moderna costaba y las mujeres debían enfrentarse a hombres que...

—Muy bien —dice Vileda golpeando el filo del dossier contra la mesa—. Esta tarde saldrás de paseo. Disfruta.

Caminamos por la calle en hilera al estilo de párvulos excursionistas, sólo nos falta la cuerda. Nadie tiene ánimos ni atención para avergonzarse. Estoy en la calle. Es una buena noticia. Somos seis o diez. Hace frío y la ciudad se mueve. Quizá se deba a los medicamentos. O al vértigo de la falta de costumbre. Avanzamos muy despacio, los pies bien planos a cada paso. El tutor azuza a los que se despistan pero en general mis compañeros se toman la aventura con seriedad. Casi no nos detenemos hasta entrar en la granja donde aguarda la merienda.

Nos repartimos en mesas para cuatro personas. Sonia se apresura a sentarse a mi lado.

—Vaya pinta que tenemos —dice—. Parecemos esclavos de Alabama. Sólo nos faltan los grilletes.

Se pone a reír a carcajadas, como suele.

—El alma de la fiesta —dice el anestesista.

Algunos de nuestros compañeros se animan con languidez porque, a pesar de ser una adicta a los diazepam, Sonia posee esa chispa contagiosa que estimula incluso a gente como nosotros.

—¿Por qué nos tratan así? —dice Sonia—. ¿No saben que los adictos suelen puntuar por encima de la media en los test de inteligencia?

Un dentista bipolar aplaude al ralentí. Gema dice ole, ole. Somos patéticos. No me extraña el pasmo en la cara del trío de jubiladas que apuran sus suizos en una mesa contigua. Una de ellas sonrío con la compasión clásica de las beatas, intentando asimilar la carcajada de Sonia, que empieza a ser

demasiado larga. El pecho le salta espectacularmente. Es imposible no mirarlo porque lleva la blusa fucsia ultraescotada, y en cuanto se ha quitado la chaqueta —es la única que se la ha quitado— todos los ojos se han dirigido ahí, los de las mujeres también. Supongo que me gustaría follármela. No sé cuánto hace que no siento mi polla. ¿Qué le pasa? ¿Qué le han hecho? Meto la mano debajo de la mesa y me palpo los pantalones a la altura de la entrepierna. La busco. De repente necesito saber que está ahí, que mi polla, mi pene, mi miembro, ¿cuál es la palabra adecuada?, mi rabo, continúa en su lugar. Sí. Eso es. Ahí está. Flácido y diminuto, olvidado desde ya no sé cuánto hace. Pero está.

Miro los pechos de Sonia mientras me toco y el camarero pregunta qué queremos. Sexo. Eso es lo que supongo que quiero, porque es donde mejor me he encontrado tantas veces. ¿Hacer el amor? Se trata de un acto complejo, la verdad, así que me ratifico en la básica aspiración de follar. Recuerdo que es bueno y sé que lo anhele y que temo mis prestaciones porque pronto cumpliré cincuenta años, eso no lo he olvidado. Me asusta cómo la edad recorta el vigor. Anhelar sexo es un buen síntoma, aunque la doctora Vileda discrepe.

Ingiero Cacaolat y un donut sin perder de vista los pechos saltones de Sonia, y al responder como ella esperaba, me regala una sesión de sexo catatónico memorable, a fuerza de risas y narraciones histriónicamente interpretadas. Todo al servicio de sus senos. No me excito, no siento, no me avergüenzo, pero sé que en ese bamboleo habita una auténtica resurrección. Que es un camino a seguir. Lo primero será encontrar un cuerpo dispuesto, aunque para eso está internet. Porque ahora... ahora no tengo pareja, ¿no? No, diría que no. Las mujeres que han venido a verme al CHAMM pertenecen a mi familia o son ex. No recuerdo a nadie que estos días me hable con un fondo de deseo.

La merienda y el *show* de Sonia han afilado algún nuevo sentido que al volver a la calle y al casi acordonado desfile zombi me permite detectar el recelo con el que nos miran los transeúntes. Un malnacido sonrío. Experimento humillación. El bienestar ligeramente esperanzado de la granja se volatiliza abriendo las compuertas de la rabia latente pero bien anclada, y un desasosiego familiar, aunque nada de eso basta para impulsar una réplica. Aún no tengo voluntad. Cuando rescate la necesaria, podría lesionarme. Quizá matarme. La vida disminuida no está hecha para mí, por muy buen chico que sea.

En el CHAMM, la tele ha quedado libre. Pongo un documental francés

sobre el pingüino emperador que contrarresta las ideas catastrofistas acumuladas durante el paseo. La odisea del pingüino para proteger a los suyos y su tozudo afán de supervivencia me hipnotizan durante dos horas. Cómo guardan sus huevos en medio de la ventisca antártica. La peripecia del pingüino es la primera gran enseñanza indiscutible desde que estoy aquí. Es un ejemplo, una dosis de optimismo, una guía espiritual verdadera, un modelo a imitar.

—Ha venido tu madre —anuncia una enfermera.

Me lleva al cuarto de las visitas donde se yergue un cuerpo que es mi madre. Enfrentamos dos butacas separadas por menos de un metro. Con las manos recogidas en la falda, hace un par de preguntas que como de costumbre no respondo, aunque esta vez ni siquiera le doy vueltas a si mi mutismo se debe al desprecio o a la enfermedad, porque sigo revisando escenas del asombroso viaje del pingüino. Los doctores han diseñado una buena videoteca de rehabilitación. Muchas de esas películas causan más efecto que el tostón de las sesiones de terapia o los discursos saturados de prejuicios de doctores como Vileda. Las películas plasman realidades con las que uno se puede identificar y concluir algo. Incitan a pensar, a asociar ideas; son gimnasia neuronal.

Mi madre tose con una tos idéntica a cuando ella y mi padre hacían que rezara el rosario con mis hermanas sosteniendo el libro en la mano. La época en la que mi padre acudía a la adoración nocturna de la Virgen en el Tibidabo con esos mismos rosarios. La época en la que mi madre me llevaba a cursillos cristianos. Cómo hemos podido vivir ahí, en esas jaulas que auguraban paraísos a cambio de soportar barrotes. Cuántas veces tuve que escuchar invocaciones al edén hasta decidir que el único paraíso posible era de oscuridades.

A veces escucho algún ruido que pueden ser toses o palabras. Sigo odiando mi pasado como hijo hasta que mi madre se levanta y se va.

Aquí siempre huele a caldo de pollo y a cuerpo viejo. Discurren los días entregado a la rutina de terapias, medicinas, paseos. Incluyo sesiones de gimnasio por las que a veces aparece Gema con *leggings* azul eléctrico y camisetas de tirantes. Mi madre no abandona las visitas pese a nuestra incomunicación. Quiere que entienda algo, convertirse ella misma en una

señal. Como viene tres o cuatro veces por semana, ya vuelve a estar a menos de un metro de mí. El silencio habitual, o aún más grande porque se le ha quitado la tos. Percibo su desconcierto. ¿Sufre? No importa. ¿Cuántas veces me has dicho te quiero? Recuerdo tres. Tres. En cuarenta y ocho años, ¿tres? Mamá, no he sentido tu amor, sólo tu responsabilidad. No me siento culpable de esta distancia. Espero que tú sí, y que lamentos no habernos querido mejor.

—Tu padre no viene mucho porque le cuesta salir sin oxígeno —dice.

La vejez, vaya putada. El hombre que curaba caballos agoniza pegado a una bombona de oxígeno. Parece que la debilidad ha acercado un poco a los ancianos. Los roles están ya definitivamente asignados, con el zapatero tardío a inapelable merced de su rebelde compañera. Aunque en realidad siempre lo estuvo, y así han aguantado. Hay relaciones que se fundan en el antagonismo visceral. Mis padres son de los que se necesitan mientras desean que el otro se extinga.

Mi padre morirá pronto, y será lo mejor. La locura me concede la fría sinceridad del monstruo visionario que se limita a transmitir en crudo. Desprendida la cáscara de la cordura, ninguna diplomacia incita a fingir. El futuro debería planearse desde esta ausencia de ruido y deseos de escaparate. Desde mi ruina, sólo quiero esencias.

—Vete —digo.

Mi madre no se mueve. No lo ha oído. O quizá no lo he dicho. No sé. Tampoco lo repetiré. Tiene las manos enlazadas sobre la falda.

—No reces por mí —digo.

—Yo ya no rezo, cariño.

¿Ha dicho *cariño*?

No recordaba que hace mucho que no cree, aunque la figura de una Virgen del Carmen de plata continúe sobre el cabecero de su cama de matrimonio. No soporto esa habitación. Preserva el aura de la antigua rigidez, la presión de una época en la que la prioridad era juzgar. La inopia fanática de mis padres les llevó a evaluarnos con chinchetas verdes o rojas, su semáforo de la moral. Clavaron nuestros nombres en un corcho y, según nos comportáramos, concedían un color. Las chinchetas decidieron mi excelente calidad filial y señalaron a Carmen, reina de rojas, como La Gran Descarriada. Los castigos, las reprimendas, las invocaciones a Dios y la presión, la presión, la presión, eran para ayudarnos. Mi madre quería ayudar tanto que trabajó más de diez años en un centro de deficientes mentales. Dicen que lo hacía bien.

Ahora ha aparcado la vieja fe sin abandonar el espíritu socorrista con el que ha confortado a tanta gente adaptándose a sus caracteres. Conmigo adopta el respeto no invasivo. Se contenta con ofrecer compañía y así aguantará hasta que pueda sacarme de aquí. Pero no permitiré que me salve. Ni que contribuya a mi recuperación. Si lo consintiera, a la profunda vergüenza que me abate se añadiría la indignidad. No voy a pedir ayuda.

—¿Estás bien? —pregunta.

No respondo.

Pasa el tiempo.

Mi madre se incorpora con tres golpes de riñones, avanza dos pasos, se inclina, me besa, se va. Me gustaría quererla.

Solo en la estancia vacía, recuerdo un pasaje que leí sobre Swann, cuando enferma de lo mismo que había matado a su madre, y a la misma edad. Desde la languidez del mal que le consume, Swann decide que nuestras existencias están llenas de cifras cabalísticas, como controladas por brujas. Dice que así como hay una cierta duración de la vida para la humanidad en general, hay una para las familias en particular; es decir, dentro de las familias, para los miembros que se parecen. Mi madre y yo nunca hemos sufrido enfermedades a la misma edad, de modo que ninguna fuerza superior nos vincula y no nos parecemos, y eso está bien y me alegra.

En el comedor me comunican que Rodrigo, el estomatólogo adicto a las anfetaminas, se ha marchado con el alta.

—Pero si está loco perdido —digo.

Mis compañeros me miran perplejos. Dos empiezan a reír y los demás se suman mientras repiten «loco perdido, loco perdido».

Empiezo a recuperar el toque.

Después de un taller de carpintería y dos partidas de parchís, vuelvo al sofá para otra sesión de psicoterapia. Me siento en el extremo de siempre, cerca de la cristalera y lejos del médico y el ATS cocainómanos que farfullan sin parar. Van juntos a todas partes y no hay forma de cerrarles la boca. Me ponen enfermo pero a veces acabo fumando con ellos porque somos los únicos que lo hacemos. Un perturbado charlatán es una putada. ¿Cómo pueden? Yo sólo quiero silencio. Cuando una enfermera descorre las cortinas, aparecen los bambús erectos en el terraplén junto al patio.

—¿Alguien quiere empezar?

Escuchando desastres de otros, empiezo a temer los míos. Se trata de miedos difusos muy ajenos al pavor concreto que me asaltó como estudiante, cuando pasé varios meses amedrentado por la casi seguridad de que iba a morir de ELA. Todos los neurólogos hemos temido el sufrimiento de asistir a nuestra propia degeneración neuronal. Imaginar el horror de una enfermedad que afecta a las células del cerebro y a la médula espinal paralizándote poco a poco de forma tan implacable como misteriosa... llegó a traumatizarme.

Trabajar con la enfermedad mental me ha unido de algún modo íntimo a ella, quizá perverso. Aunque hasta ahora la enfermedad siempre la padecieron otros, su impredecibilidad y su aniquilador poder me han mantenido expectante ante cualquier indicio de deriva neuronal, y por eso añadido un sentimiento de vergüenza a mi caída. ¿Me relajé? No conozco a neurólogos con problemas mentales, ni siquiera con tics, y quizá por eso no dejo de preguntarme qué escapó a mi reputado ojo clínico para encontrarme hoy en este sofá.

Recomponer no es fácil, estoy lleno de vacíos. Creo que más bien recientes, pero vacíos. Son lagunas puntuales, tres horas aquí, dos allá, alguna jornada completa, sí, pero en general se trata de breves instantes desdibujados que de todas formas me molestan más que impresionan porque perder la memoria a rachas no es un motivo de angustia. El pánico llegaría si las pérdidas me afectaran funcionalmente. Si un olvido me impidiera actuar. Lo

que hoy me abotarga y arrincona es el desánimo. No quiero saber nada de esta gente a la que conozco demasiado bien: personal sanitario. Mis colegas. Aborrezco este lugar y me asquea participar en luctuosas sesiones donde todos se lamentan y buscan fuerzas para volver ahí afuera, al exterior, y no depender de las sustancias de las que ahora dependen. Yo no dependo de nada. Sólo quiero ver a mis hijas. Pero también sé que necesito este lugar.

La realidad es tan viscosa que no puedo articularla. Hacia afuera, no. Vivo adentro de un modo más extenso que nunca, porque no aspiro a comunicar. Soy un espectador de mí. Un espectador convencido, sin necesidad de compartir, con el único objetivo de recuperarme. Aunque algunos opinen lo contrario, la recuperación no pasa por hablar demasiado con nadie.

—Habla —le digo a mi hermana. Carmen. Mi querida Carmen. Me mira con esa cara de consultar pacientes que le ha deformado la carrera de psicología. Su expresión, tan profesional, a veces me subleva y a veces me tranquiliza. Hoy, aún no lo sé.

Carmen se ha sentado en la butaca junto a la pequeña flor amarilla medio marchita que alguien dejó en un vaso de plástico sobre la mesita de mi habitación. Aprieta las palmas de las manos contra los muslos bien rectos, que enseguida cruza. Una postura que debe de calcar con sus pacientes.

—¿Recuerdas cuando me hospitalizaron? —dice, y se remonta a sus quince años, a la mañana en que guardaba cola para sacarse el pasaporte que le permitiría viajar por primera vez a Estados Unidos y pasar las vacaciones junto a nuestra familia yanqui.

Carmen añade que fue entonces cuando notó los tobillos anormalmente inflados y un peso aplastante en todas las articulaciones, que también se habían empezado a hinchar. Le costaba mantenerse en pie. El dolor llegó a aturdira hasta retirarse de la cola. Las siguientes horas empeoró. Las pruebas médicas no mostraron anomalías, y su doctor atribuyó la dolencia a factores psicossomáticos.

—Pensé que estaba en mi cabeza —dice Carmen.

Por eso, durante dos años elaboró múltiples teorías, en varias de las cuales se culpaba por estar provocándose el daño que la obligaba a permanecer largas temporadas en cama. Aún no acertaba a definir exactamente

el sentido del término *psicosomático*, pero lo relacionó con un mal que generaba ella misma, como si el deseo de viajar a América se hubiera vuelto en su contra, como un castigo a su excesiva ambición de placer.

A los quince años, las horas forzosas en cama se levantan como muros que alejan de los demás de un modo que se antoja irrecuperable, y Carmen pasó mucho tiempo tumbada, envidiando la rapidez con la que el mundo de los sanos se distanciaba de ella. La imprevisibilidad del dolor le impedía programar, tuvo que renunciar a los planes. Con aleatoria constancia le sobrevenían dolorosos brotes que la enterraban entre sábanas, en un azote tan pertinaz y descontrolado que llegó a sopesar la hasta entonces impensable posibilidad de estar recibiendo un castigo enviado por una de esas fuerzas celestes tan familiares a mis padres, y en las que ella pensaba no creer.

Cuando le diagnosticaron una enfermedad reumática, Carmen no abandonó la idea de que su cabeza continuaba interviniendo en el mal. Elucubró mucho sobre la maquinaria y las consecuencias de lo que ocurre en el cerebro, atendió obsesivamente al suyo, y aunque ella afirme que su pasión por la psicología vino después, durante aquellas postraciones incubó los fundamentos y adquirió el impulso que años más tarde iba a amortizar.

Carmen recuerda que por entonces yo había empezado a estudiar medicina y me sentaba junto a la cama a narrarle los avances de la reumatología. También le regalé libros, sobre todo cómics y novelas.

—Y luego resultó que se habían equivocado —digo.

—Sí.

Dos años después del primer brote, Carmen ingresó en el hospital por un dolor de espalda que la encorvaba. La nueva batería de exámenes detectó el antígeno de histocompatibilidad HLA-B27 en su cuerpo. Un doctor se personó en la habitación para informarnos de que Carmen padecía espondilitis anquilosante, una enfermedad autoinmune. La noticia de un diagnóstico al fin certero solapó de algún modo los reproches por dos años tortuosos durante los que Carmen había recibido una medicación incorrecta.

Afirma Carmen que descubrir el error fue un golpe para ella y una revelación para mi carrera, porque adentrarme en el nuevo campo me reveló la perversa belleza de la autoinmunidad y sus consecuencias en la neurología, en ese cerebro que desde siempre me había atraído.

Me convertí en un asiduo a las estanterías sobre ambas disciplinas. La infinitud de la medicina del cerebro se desplegó ofreciendo tal cantidad de

variables y opciones de intervenir en las vidas de los demás que me sedujo como nada lo había hecho hasta entonces. Era un sentimiento absorbente equiparable a la atracción que sentía por alguna de las chicas del club cristiano, si bien aquellos libros sólo exigían cariño y dedicación, ningún tipo de teatro a cambio. Los secretos que aguardaban en la biblioteca eran secretos mejores porque me liberaban de la tensión del coqueteo, de las dudas y la dependencia de otra persona, y compensaban cada esfuerzo con una nueva dosis de conocimiento que trascendía las bragas imaginadas y aquellas lenguas jóvenes que, de todos modos, no dejé de codiciar.

Leyendo sobre anatomía me acercaba al cuerpo con una intensidad tan erótica que a veces me provocaba erecciones. Las páginas me excitaban, físicamente también. Supongo que la testosterona de la edad y los deseos latentes que se activaban al enfrentarse a meras siluetas de cuerpos producían aquel efecto. Recuerdo el dibujo de una mujer castamente seccionado para mostrar las parcelas del corazón, y mi sorpresa al acomodarme el calzoncillo. Poco después descubrí que el gran abarrotador de manicomios del siglo XIX había sido la sífilis, que inflamaba los lóbulos centrales del cerebro anegando la razón.

Lo autoinmune me fascinó. Contemplé un sistema inmune análogo al sistema nervioso, de una potencia y complejidad que no podría entender a lo largo de una vida y tan frágil que exigía un respeto delicado. También me atrajo el riesgo y el punto filosófico de un organismo agrediéndose a sí mismo. El desconocimiento sobre ese tipo de enfermedades planteaba además un desafío interminable, muy por encima de mí, muy por encima de cualquier aspiración mundana. El territorio a descubrir se presumía enorme. Todo era horizonte. Y yo, ambición.

Afirma Carmen que esos años puso a prueba mi vocación, sobre todo la noche que me llamó a su cuarto para susurrar que estaba embarazada.

—¿Es de Víctor? —pregunté.

—¿De quién va a ser?

Semanas antes me había contado que salía con un chico, pero aparte de su nombre yo no sabía mucho más. Carmen se frotó la cara, paseó la mirada por el cuarto.

—¿Es posible quedarse embarazada sin penetración? —preguntó.

—¿Qué quieres decir? ¿No lo hicisteis?

—No..., o sea..., no llegó a entrar. Eyaculó pero... sigo siendo virgen.

—Eso no importa. El semen puede filtrarse a través del himen.

Carmen se apretó las rodillas con las manos lamentando que nadie le hubiera dado antes aquella información.

—¿Lo quieres tener? —pregunté.

Hizo una mueca concluyente antes de volver a frotarse la cara al recordar la tunda que le había propinado mi padre el día que apareció de madrugada sin advertir del retraso.

—Voy a abortar.

Me miró a los ojos buscando tanto al hermano como al médico que ya se perfilaba. Su ruego me invistió de un poder extraño, aunque yo ignoraba todo sobre obstetricia y jamás había encarado una crisis tan crucial. Lo único cierto era su confianza y mi obligación como hermano mayor.

—Me das mucha envidia —respondí.

—No fastidies, Cami.

—Yo aún no puedo.

—¿Qué significa *no puedo*?

—Que no lo he hecho. No he estado con ninguna chica, ya sabes. Me gustaría pero... aún no.

Carmen asegura que por un instante aparcó el desasosiego para intentar comprender la frustración de un chico un año y medio mayor aún menos versado que ella. En voz alta, me pregunté hasta qué punto estábamos pagando invertir tantas horas en el club cristiano de Sarrià, donde pretendíamos divertirnos asociando la obra de Ernesto Cardenal al ideario jesuita, o entusiasmarnos con el progresismo de Kierkegaard y las tediosas horas de lectura de la Biblia buscando la mirada socialista.

—Para, para, Cami —dijo Carmen—. Oriol Calders me ha dado el dinero para pagar el aborto.

—¿Qué? ¿El cura?

—Me ha pedido por favor que esto quede entre nosotros.

—Joder. Jooderrrr.

Di varias vueltas por la habitación. Nuestra hermana pequeña, Fátima, veía la tele con mis padres en el comedor. Carmen rio. La espondilitis había matizado su alegría dorándola de una pausada distinción que combinaba bien con sus actitudes rebeldes. Parecía una mujer curtida en un cuerpo inacabado, ruda y suave, misteriosa al fin. Me senté a su lado y le pasé un brazo por los hombros.

—¿Y Víctor? —pregunté.

—Está un poco sobrepasado.

Nuestra prima Isabel decía que Víctor era un niño de papá. Hija de un terrateniente andaluz, Isabel había afilado su detector de niños mimados mientras depuraba un beligerante discurso comunista que la estaba convirtiendo en destacada militante de los movimientos estudiantiles.

—Pero es el padre —dije.

—Ha dicho que si quiero tenerlo nos vamos a Formentera y ya nos buscaremos la vida. Pero somos unos críos, Cami. Tengo diecisiete años. No puedo tenerlo.

—Claro, no te agobies. Tú decides. Tranquila.

—¿Me vas a ayudar?

Simulé descolgar un teléfono y respondí:

—Doctor Escobedo al habla.

Carmen sólo necesitaba a alguien que la apoyara en el proceso, porque había trazado un plan. Isabel acababa de instalarse en la ciudad pero ya disponía de una red de camaradas comunistas amigos de sus compañeros de Granada y Santiago de Compostela, donde había vivido los últimos tres años. A través de ellos, Isabel contactó con feministas que le facilitaron el nombre del matasanos clandestino que practicaría el aborto.

El día de la operación, Víctor y yo acompañamos a Carmen al Zurich. Frente a la terraza del bar esperaban dos desconocidas que se la llevaron Ramblas abajo rumbo a un piso del que no facilitaron la dirección. No recuerdo dónde fue Víctor. Entretuve la espera fumando en garitos de las Ramblas, asolado por la certidumbre de un riesgo superior a todos los anteriores que sin embargo no me producía miedo sino la expectación de una aventura. Deambulando entre las prostitutas que a esa hora ya se alquilaban por el Raval, los claroscuros de la sociedad parecían emerger de sus tinieblas al unísono, confirmando las contradicciones que los mayores solían anunciar para la edad adulta.

Carmen reapareció cuatro horas más tarde en la casa que Isabel compartía con su hermano y dos amigas. Descabalgó con cuidado de la moto del primo Rafa. Andaba despacio, con las piernas inusualmente separadas. Dijo que la habían operado en un piso del Raval sin asepsia ni anestesia.

—Necesitaré estas pastillas cada ocho horas —dijo tendiéndome una bolsita transparente llena de píldoras—. No estoy muy fina. Haz el favor de

recordarme cada toma. Si me duermo, me despiertas. ¿Lo harás, Cami?

La herida se infectó y tuvo fiebre durante los dos días que pasó en la casa compartida de Isabel. A mi madre le dijimos que Carmen se había quedado a dormir un par de días con su prima. A lo largo de dos semanas, controlé con meticulosidad sus ingestiones, primero en casa de Isabel y después en la de nuestros padres. De madrugada, atravesaba el pasillo a tientas. Fátima, que compartía habitación con Carmen, a veces se desvelaba y observaba mi visita en silencio.

—Es normal que los papás te adoren —murmuró una de las noches Carmen—. Gracias.

Me besó.

El aborto de mi hermana demostró los riesgos de la transgresión a la vez que la hizo apetecible. Aunque fuera una desgracia, por fin teníamos algo serio y exótico en nuestras biografías, una ruptura de verdad con el orden y la formalidad diarios. Un puente hacia Estados Unidos, el país en el que entre otras cosas se abortaba sin complejos y adonde yo no dejaba de mirar desde que tres años antes mi tío Joaquín me invitara a pasar un verano en su mansión texana. Al fin y al cabo, ahí radicaba la vanguardia de la neurología mundial.

De todas formas, mi tío había procurado deslumbrarme de otro modo. Al casarse con la heredera de un imperio petrolero, Joaquín había elevado el sueño americano a una categoría estelar de la que comencé a ser consciente al aterrizar en Nueva York a los dieciséis años, invitado por mi familia norteamericana a pasar el verano con ellos.

En el aeropuerto me aguardaba un chófer que se hizo cargo de las maletas y me escoltó hasta la limusina que condujo rumbo al Waldorf Astoria, donde pasé la primera noche en un estado de irrealidad. Al día siguiente, embarqué en un *jet* privado capitaneado por un expiloto de la guerra de Corea y, al aterrizar, mi tía Faye me besó con su cálida corrección de *wasp* católica. Los anillos de diamantes que poblaban sus falanges quedaban ridiculizados por las perlas naturales de su rostro: dos ojos de colores distintos, uno verde, el otro azul, culminados por pupilas asimétricas que ofrecían un paisaje enigmático y absorbente.

—¡Qué guapo estás, Cami!

Fue el engañoso prólogo a una estancia aburrida que malgasté mirando la televisión con mis primos y constatando lo peligrosas que podían ser las piscinas americanas si en ellas nadaban primas de doce años como Alicia.

El calor y el aislamiento de la mansión embotaban las jornadas, y nos reunían a todos junto al agua animados por cócteles, refrescos y el vigor de Alicia, incansable bañista que siempre me incitaba a jugar. Descalza y mojada, empezaba a desprenderse de la niñez con sugerentes sonrisas que quizá había aprendido a trazar gracias a su adorada televisión, y esbozaba sobre todo cuando me retaba a bucear con ella. Alicia se había desarrollado temprano y los pechos ya se le redondeaban bajo el bañador monopieza amparados por una complexión sensualmente rotunda muy distinta a la de su espigada madre, si bien ambas compartían la extrema palidez.

—¿Te has puesto el protector solar? —Fue la frase más repetida por mi tía aquellas vacaciones—. Las que tenemos la piel tan blanca no podemos jugar con eso. ¿A que no, Cami? Tú sabes de lo que hablo.

Mi tía me miraba a la sombra del gran parasol blanquiazul o desde el porche de la casa y yo respondía que sí para seguir disfrutando de Alicia. El verano había dorado su cuerpo, imprimiendo a la piel la tenue capa de color de la carne apetecible y tierna que revelaba en toda su extensión al levantar los brazos para recogerse la larga melena rubia, una acción que repetía con sonriente frecuencia aunque tuviera el pelo perfecto.

A veces, yo miraba de reojo a mi tía temiendo que captara mi tórrido agobio, pero los periódicos y las revistas de cotilleos copaban su interés.

Si yo no respondía a las sonrisas, Alicia gritaba una retahíla de coquetas súplicas que me impelían a lanzarme al agua para detener el bochorno, de modo que pasé buena parte del verano en remojo debatiéndome entre el incesto adolescente y la sensación de ser el perverso canguro de mi prima.

Salimos de excursión a llanuras repletas de vaqueros, comimos hamburguesas gigantes pese a los más de cuarenta grados, mi tía condujo varias veces su Cadillac Seville plateado hasta Neiman Marcus, los grandes almacenes del superguay barrio de Highland Park donde sus hijos y yo nos atiborramos de comer helados y compramos ropa de ultimísimas colecciones merodeando por una superficie comercial de un tamaño que no había visto en mi vida. También me presentaron a unos cuantos jóvenes de mi edad por si me apetecía conocer la Dallas más moderna, pero no hice migas con los chicos, entre otras cosas porque me coartó el idioma. De hecho, el mejor modo de combatir el sofocante microcosmos multimillonario al que se había condenado mi familia fue estudiar inglés, convencido ya de la importancia que esa lengua tendría en mi vida.

Cada mañana intentaba dedicar un par de horas al estudio. A veces me llevaba un pequeño diccionario a la piscina, me untaba de bronceador y desde la hamaca consultaba en voz alta entonaciones, frases hechas, matices de significado, resuelto a evitar la sonrisa de Alicia mientras pudiera, y a desoír sus *come on* que me erizaban la piel incandescente. Casi cada tarde escuchábamos juntos canciones en inglés que ella y sus hermanos Pepe y Frank me ayudaban a descifrar, adentrándome además en aquella cultura a base de películas, libros, música o documentales, aparte de las noticias que hablaban, a menudo críticamente, de un país de libertades insólitas.

Ese verano, *Watergate* fue la palabra de moda. Cuando aparecía, mi tío desencadenaba su mejor repertorio de insultos, entusiasmado con la idea de que «el maldito corrupto de Nixon» fuera destituido como presidente del paraíso de democracia, libertad de expresión y propiedad privada al que había emigrado. La noche que vi el desenfado de mi tío al ensañarse con la imagen de Nixon proyectada por el televisor, pensé que ese hombre no volvería a vivir en España ni en ningún lugar donde no le permitieran opinar a gusto sobre los que gobernaban.

En Texas no abundaban los *hippies* y se respiraba una rigidez moral importante, con las iglesias llenas cada domingo e hipócritas saludos vecinales, aunque al mismo tiempo se vestía con una despreocupación que en ocasiones rozaba lo estrambótico y, además, la gente era capaz de fustigar al presidente en conversaciones adultas que avanzaban con una naturalidad desconocida. Al margen de sus muchos peros, aquella sociedad tonificaba.

Regresé a Barcelona asimilando cuánta importancia habían tenido el atrevimiento y la fe para catapultar la investigación estadounidense, preguntándome hasta dónde podríamos llegar aquí. Mis padres me habían enseñado a cultivar la fe, aunque fuera de otro tipo, y durante una temporada intenté creer en la abstracción que ellos me proponían buscando fuerza en las cruces y los cielos. Pero cuando el aborto de Carmen exigió actuar de forma concreta para resolver un problema específico y observé que la única ayuda verdadera que iba a recibir mi hermana sería la que le dispensara un cirujano, sustituí para siempre el credo de lo intangible por la concreción del cerebro.

Años antes, el gurú Maharishi y los libros orientales me habían distraído como una fiebre pasajera en el habitual intervalo juvenil de dudas e ilusiones épicamente rompedoras, de modo que al apartarme del cristianismo acabé de

vacunarme contra las veleidades religiosas y, mientras Carmen se recuperaba al fin de su reumatismo con la tranquilidad de haber sido bien diagnosticada, retomé el estudio médico concentrándome en la neurología.

—... todo el tiempo hablabas de Luria —dice Carmen. ¿Cuánto tiempo lleva conmigo?—. Luria por aquí, Luria por allá. Un poco empollón sí que eras.

¿O soy yo quien habla? ¿He dicho algo de Luria? ¿A Carmen le interesa Luria? Claro que sí. Es psicóloga. Varias veces conversé con ella sobre los pioneros de la escuela rusa antes de que Estados Unidos tomara la batuta de la neurología mundial.

—Luria —digo.

Cuando Carmen se va, me encierro en la habitación. Estoy agotado. Me bajo el pantalón por encima de las rodillas, me meto vestido en la cama e imagino a la enfermera histriónica en posturas excitantes. Logro una erección. Ninguna maravilla pero suficiente para masturbarme por primera vez en meses. Después de eyacular estaría bien morir de una buena hemorragia cerebral. O de una subaracnoidea. Lo prefiero al infarto cerebral, porque me podrían salvar practicando una craniectomía y no es recomendable salvarse en según qué condiciones.

Lllaman para cenar. En tres minutos estoy frente al plato. Tengo hambre. Junto a Gema hay un nuevo interno que es politoxicómano.

—Quiero que venga Elia —le digo a Sol.

Mi exmujer vuelve a darme largas. Creo que la última vez que vi a nuestra hija no fui agradable. Por algún motivo, me dejaron salir del hospital de Bellvitge el tiempo justo para asustar a mi amor. Luego me internaron de nuevo. Sólo recuerdo la conversación previa en una cafetería a solas con Sol.

—Todo me ha ido mal —dije—. Mírame. Te agradezco que hayas estado a mi lado. Te he tenido unos celos horrorosos. Pero es que me he esforzado un montón y la vida no me ha devuelto nada. Y tú, que te lo tomas todo tan alegremente...

Sol se tapó la cara con las manos. Creo que no le gustó mi confesión.

—Quiero que venga Elia —insisto.

—Más adelante, Milo. Aún no.

Entiendo que proteja a la pequeña de su deleznable padre pero es precisamente ahora cuando necesito a mis hijas, y la dulzura de Elia me resulta indispensable. Aparte de la habitual flor amarilla, en mi mesita de noche hay un solo objeto: la fotografía que me hice con Elia el día de su comunión. Salimos los dos elegantes, yo con corbata y ella preciosa en su vestido, simpático duende al que, maldita sea, cuánto echo de menos. Es una niña con *swing*, la más guapa de nuestra estirpe. Elia. ¿Cuándo me la devolverán? No quiero repetir contigo los errores que cometí con Marta y Leire. No he sido el mejor padre. Tampoco he estado mal pero diría que en la paternidad los términos medios no bastan. Es curiosa la facilidad con la que desde la postración del enfermo se despeja lo fundamental.

—Sol.

—Ummm —responde fingiéndose adormecida.

La madre de mis polluelas. Juntos hemos concebido tres vidas, y eso estuvo bien. El comienzo de nuestra historia da para un romance de Hollywood, aunque Carmen siga diciendo que perder la virginidad con ella me cegó. No es verdad. El sexo no es el filtro universal, o no el único.

Conocí a Sol entre el millón de personas que acudieron a manifestarse el 11 de septiembre del 77. Ella también lo recuerda así. Uno entre un millón. Fue un día cálido y grande. El centro juvenil de los salesianos adonde habitualmente acudía a ver cine y participar en talleres se volcó en preparar la primera manifestación autorizada en Barcelona tras la muerte de Franco. Un vigor casi revolucionario aceleró el ritmo del centro activando incluso a los que solían mantenerse al margen, contagiados por la inercia. Se repartieron *senyeres* para todos, «para el de Granada también», atamos altavoces a carros portátiles, hubo quien cargó canastos de rosas, y bajamos caminando hasta el Passeig de Gràcia sumándonos a una multitud insólita que vestía pantalones de pana pese al bochorno, y cintas rojas y amarillas que certificaban un sentimiento común.

Se escucharon gritos reclamando una Cataluña libre, y aunque yo no lograba esclarecer hasta qué punto los compartía, intuí que en algún momento debía secundarlos porque significaban un triunfo. El río humano contagiaba el entusiasmo de lo nunca visto. Las voces al unísono corearon eslóganes por una mayor libertad.

—¿Quién es ésa? —pregunté a un amigo cabeceando hacia la chica de pelo largo que se acababa de unir al grupo.

—Sol. Es del centro pero no viene mucho porque su padre está enfermo.

Sol levantaba el puño arrugando el entrecejo al gritar, casi parecía furiosa. Más allá del eslogan, transmitía convicciones y espíritu para defenderlas. A veces, el impulso del brazo la sacudía entera y su cabello temblaba sin sensualidad. Me pareció hermosa por distintos motivos, más atractiva que guapa, alguien con interés. De repente, fui ultraconsciente de mi aspecto, en especial de los cuatro kilos de más que certificaban mi pertenencia a la saga de los Escobedo.

Cruzamos la primera mirada al inicio del Passeig de Gràcia y desde entonces no nos perdimos de vista. La movediza muchedumbre nos fue reubicando hasta acercarnos lo bastante.

—¿No gritas o qué? —preguntó Sol.

Volvió a mirar adelante y gritó más fuerte. Sentí su mano cogiendo la mía, y cómo la alzaba. De algún modo, me electrizó. Noté su energía desatascando mi garganta hasta unirme a los demás. Seguí dudando a gritos sobre lo que yo mismo proclamaba, pero el esplendor en el rostro de Sol me impulsó a seguirla. Grité varias veces, al principio titubeante, escuchando mi

propia voz hasta detectar que, cuando aumentaba el volumen, las vibraciones se perdían en el clamor de la multitud y al gritar más fuerte experimenté la calma de un ardor compartido y anónimo que provocó sonrisas francas en Sol. Aprovechó un descanso del griterío para decir que conocía a mi hermana.

—¿A Carmen?

—¿Es que tienes más?

—Otra. Se llama Fátima pero aún es un poco pequeña. Carmen ha venido, creo que está por detrás. Desde que salimos del centro no la he vuelto a ver.

Sol sacó un paquete de tabaco y un mechero de su pantalón mostaza. Encendió un cigarro.

—¿Quieres? —dijo tendiéndome el paquete.

De nuevo, no supe qué hacer ante una oferta suya.

—Ah, claro, que vas a ser doctor... y no puedes.

Me divirtió el desafío.

—Porque vas a ser doctor, ¿no? ¿O tienes algún otro hermano por ahí?

—Pues sí que te ha contado cosas Carmen.

—No tantas. No creas que nos conocemos mucho pero... lo tuyo es fácil de recordar, no me suelen hablar de gente que quiera arreglar cabezas.

—Neurólogo.

—Pues eso, un doctor de la cabeza.

Aunque Sol había contraído el brazo, estiré el mío para recibir el tabaco. Cogí un cigarro y me dio fuego mientras los manifestantes de alrededor entonaban un himno.

A partir de entonces, coincidimos varias veces en el centro. Su padre había empezado a recuperarse de la enfermedad de riñón que le noqueó durante meses y Sol traía la fuerza huracanada de aquel tiempo absorta en sus cuidados. Como la política le apasionaba, se involucró en grupos de trabajo para organizar protestas, peticiones, escribir manifiestos ciudadanos... Se declaró socialista y apelaba con frecuencia al cambio, la palabra que los políticos de izquierdas empezaban a injertar en sus discursos. Millones de personas agotadas tras cuatro décadas de dictadura anhelaban exactamente eso, un cambio, un giro espectacular que las acercara a las facilidades y, por qué no, a los lujos a los que hasta entonces sólo accedían a través de la televisión y de las historias de emigrantes y viajeros.

Sol difundió la necesidad del cambio en largas sesiones de cafetería a las que yo asistía de vez en cuando como oyente. Envueltos en espesas nubes de

humo que sobrevolaban decenas de trifásicos y carajillos, se hablaba de la necesidad de modernizar estructuras anquilosadas, gobernar para el pueblo, apoyar a la sociedad civil. Algunos apretaban los dientes o golpeaban con el puño la mesa buscando acreditar sus convicciones después de haberse reído soltando ironías que les daban un aire escéptico. La adrenalina de la expectativa se sumaba a la rabia por la impotencia acumulada a lo largo de los años. Había quien hablaba en nombre de los padres, de los abuelos, y parecía que nada podría detener a unas fuerzas tan vivas y jóvenes.

Durante los discursos, Sol me miraba con los ojos fulgurando seguridades aunque sin reparar en mí, deslizándose sobre la audiencia. Sólo cuando la charla desembocaba en un cúmulo de chistes y guiños, me buscaba con el relax de la misión cumplida. Un día le propuse comer algo antes de volver a casa. En la calle me ofreció un cigarro que acepté. El helor de finales de octubre vaciaba temprano el barrio, y me gustó pasear en esa intimidad. Sol exhaló un chorro de humo que se dibujó perfecto contra el cielo negro. Se frotó los brazos por encima de la chaqueta.

—¿Por qué casi no participas en los debates? —preguntó.

—Hablo a veces, pero ¿qué quieres que diga? Vosotros sois los activistas, estáis implicados. ¿Qué voy a decir yo? No me acabo de sentir cómodo...

Caminamos más despacio de lo que la temperatura aconsejaba, ralentizando la llegada al bar que habíamos elegido.

—Pues háblame de otras cosas, de lo que te gusta —dijo Sol—. Yo también me canso de tanta política. Al final, la gente sólo me habla de eso. ¿Por qué quieres ser neurólogo?

—¿La verdad?

Le sorprendió la pregunta. Imaginé que podía tomarme por un mentiroso y enseguida resumí cómo la enfermedad de mi hermana me había conducido extrañamente hasta allí.

—Además —dije—, la sangre y las tripas... Con la neuro podré ahorrarme esos malos ratos.

Entornó los ojos como si no pudiera creer lo que estaba oyendo antes de asentir con un suave cabeceo. Su forma de hablar, de moverse, me entusiasmaba tanto que dejé que abriera ella la puerta del bar, y sólo me apresté a sujetarla cuando Sol ya estaba prácticamente dentro.

—Perdona —musité.

—¿Por qué? ¿Crees que no puedo abrir una puerta?

Me avergonzó comprobar mis modales anquilosados, en las antípodas de su onda de cambio.

Sol disponía de poco más de una hora antes de volver a casa, y la apuramos presentando lo que nos pareció más sugerente de nuestras biografías, rellenándolas de vibrantes momentos mundanos que nos hicieron sentir que habíamos vivido con madura intensidad. Repartimos cuidadosamente los tiempos de intervención, puede que yo hablara incluso más que ella, atenta siempre a mis ojos, envolviéndose en una sobriedad ajena a la vehemencia que solía mostrar en las charlas del centro. Interpreté aquella pausa como una buena señal.

—¿Sólo vas a comer ensalada? —preguntó cuando se retiró el camarero. Ella había pedido un bocadillo de fuet.

—Suelo cenar poco —mentí para no revelar que acababa de empezar la primera dieta de mi vida por ella.

Sol había repetido COU y dudaba si seguir estudiando. Dijo que no le encontraba la gracia a las aulas aunque hizo preguntas meticulosas sobre mi vida en la universidad y se interesó por las razones que me animaban a «empollar como un loco», por la mañana en casa hincando los codos y por la tarde en el área universitaria del Hospital del Mar. Intenté transmitirle la emoción de ir avanzando «en la jungla del cerebro», porque por entonces yo empleaba ejemplos épicos. Hablé del placer de descubrir ínfimas conexiones que podían alterarlo todo, y el estímulo de una disciplina tan desconocida que proponía un horizonte infinito a explorar.

—Ya —dijo, empujando hacia delante su plato vacío—. ¿Por qué no cambiamos de tema? Estoy un poco cansada de enfermedades. Lo de mi padre...

—Claro, no te preocupes. ¿Cómo está ahora?

—Mejor. Pero oye: ¿de dónde sacas el dinero para tus cosas si te pasas el día estudiando? No serás de los que exprimen a papá y mamá...

—A veces reparto libros por los colegios. Me suelen dejar un dos caballos... aunque en una entrega ayudé a descargar un camión de diez toneladas lleno de cajas de seis kilos.

Sol frunció los labios.

—Vaya, así que también cultivas el cuerpo.

—Y trabajo a ratos en un estanco.

—Tabaco y libros. Apasionante.

—¿Y tú?

Echó la cabeza hacia atrás descubriendo un largo tramo de cuello fuerte y terso.

—Quiero recuperar el tiempo. Estoy dando clases particulares a niños y quizá me apunte a una escuela de hostelería.

—Tendrás que estudiar igual.

—Pero no creo que sea lo mismo.

La acompañé hasta el umbral de su edificio.

—Me ha gustado que reconocieras que no soportas la sangre —dijo Sol.

Miramos varias veces a distintos ángulos de la solitaria noche hasta que di dos pasos y, superando una juventud de reconcentrada timidez, la besé. El contraste de sus labios con el aire frío me dejó anhelando más, pero los dos entendimos que bastaba como comienzo. Me apretó las manos con las suyas.

Al inicio de aquel otoño encontramos muchos huecos para vernos. Además del guirigay del centro social, frecuentamos cafés abarrotados donde otras voces disimulaban el desconcierto o las engoladas tonterías que podíamos soltar hablando del proceso que agitaba la política española o de mi afición por la montaña, charlas que nos describían antes de salir a pasear, ya de noche, y besarnos. Yo deseaba tenerla cerca todo el tiempo, tocarla, acudir a ella, sin intentar discernir si se trataba de amor o del arrollador deseo que llevaba conteniendo tantos años y aún alimentaba a fuerza de masturbaciones y fantasía. Quería tenerla, eso era todo.

Un viernes, Sol me advirtió que el siguiente miércoles su casa quedaría libre por la tarde. Pese a mi habitual orden y pulcritud, el fin de semana perdí una chaqueta y el lunes olvidé devolver los zapatos a un cliente de mi padre. Virgen e inexperto en las relaciones amorosas, me intimidaba la desenvoltura de una chica que se había referido a antiguos novios con la desgana que yo atribuía a la experiencia.

El miércoles, entramos en su casa. La luz bañaba el salón definiendo las partículas en el aire. La estancia mantenía el calor de los padres y aún olía a un potaje posiblemente de verduras que me recordó a Granada. Los muebles seguían la engolada pauta de la época, siempre con un floripondio o una muesca de más, pero la gran alfombra central rutilaba hasta casi revalorizar los objetos alrededor.

—¿La trajo tu padre? —pregunté, porque Sol me había contado que trabajaba en una empresa de alfombras.

—Anda, ven. —Me cogió de la mano.

Tenía una habitación de ambiente añorado aunque mucho más grande que el zulo donde yo crecí. La incongruencia entre aquel espacio infantil y el arrojito de Sol aumentó mi excitación. Desdobló la colcha de ganchillo. Las sábanas de color crema habían sido bien alisadas.

—Ten cuidado, ¿vale? Soy virgen.

La sorpresa trajo temor, también responsabilidad y una especie de inmensa gratitud por haber sido el elegido. A saber hasta qué punto podía atarnos despegar juntos en aquel asunto serio. Pero no era el momento de pensar. Al borde de la cama aguardaba una mujer que me había distinguido para consumir algo que recordaría el resto de su vida. La sensación de amor, deseo y poder me enervó hasta casi la inmovilidad.

—¿Me ayudas? —dijo Sol ofreciéndome las mangas de su jersey.

Nos quitamos la ropa mutuamente con lentitud. El miedo a equivocarnos nos hacía delicados, aunque ella se desenvolvía mejor, más tranquila. Parecía preparada para cada paso, supo cómo hacerlo fácil y se encargó de guiarme con suavidad hasta donde ambos esperábamos.

Su dulzura y la necesidad de repetir el placer gobernaron los siguientes dos meses, aprovechando cada oportunidad. Aprendimos a amortizar las horas o los minutos cuando sus padres se ausentaban de casa, las salidas con el colegio, y menudearon las excursiones al apartamento que mi familia tenía en El Masnou y al de los amigos que a veces nos prestaban un cuarto o una mansión.

Un domingo desperté en el chalet de unos colegas en la Costa Brava inquieto por el examen al que debería presentarme al cabo de dos semanas. Había dejado los apuntes y los libros en Barcelona obedeciendo a la idea de Sol de que una buena desconexión me permitiría reemprender el estudio más fresco. Como yo había previsto, no necesitaba tanto tiempo para descansar, y el sábado ya eché en falta encerrarme un rato con mis lecturas. De hecho, cuando se trataba de estudiar neurología a menudo ni siquiera valoraba la posibilidad de un descanso. Diría que pocas veces experimentaba fatiga, el cuerpo se recuperaba a la velocidad de mi ambición, y como en todo caso necesitaba más tiempo y un recogimiento adecuado, planteé adelantar al mediodía el regreso a Barcelona.

—Mira qué cielo —dijo Sol desde el balcón—. Déjate ahora de exámenes. Ya pensarás cuando vuelvas.

El resto de la jornada, intenté aparcar las tareas pendientes pero a menudo me descubrí repasando mentalmente lecciones, cada vez más ansioso. Sol y nuestros anfitriones me llamaron varias veces la atención, dijeron que estaba embobado, mientras comentaban chismorreos y sucesos actuales. En la sobremesa hablaron sobre religión y castidad.

Volvimos al final de la tarde. Me senté junto a una ventanilla trasera con Sol acurrucada a mi lado. Al arrancar, los campos del Empordà aún emitían colores, y la distribución de los viñedos y las formaciones de álamos me distraían del debate, ahora político, en el interior del coche. Cuando las sombras se aposentaron resultó más complicado zafarse de una conversación que me hastiaba impidiéndome pensar en lo que debía. En lo que quería.

Me pregunté hasta qué punto aquella cháchara tendría un reflejo práctico en la cotidianidad de las personas. Franco había muerto de forma natural y si los bienintencionados revolucionarios parecían prosperar era porque los herederos del dictador aceptaban su presencia. Eso decía mi padre y, aunque me sublevara, tenía razón.

—Qué fácil es especular —dije.

No me oyeron.

Circulábamos muy despacio, subrayando el propósito de demorar la llegada. Los vehículos nos adelantaban a velocidades bajas que permitían observar con algún detenimiento a sus ocupantes. Un 600 apareció por detrás tan lentamente que tardó varios segundos en ponerse a nuestra altura. Lo conducía un hombre repeinado al que acompañaba una chica muy erguida pese a sus facciones tristes. Había alguien tumbado atrás, quizá un niño. Deduje que esa chica padecía una depresión e imaginé que su rictus era el peaje de soportar una vida tempranamente encorsetada a merced de un cuarentón afín al régimen, pero descarté elaborar un diagnóstico más preciso. ¿Qué podría detonar en esa mujer su penoso estado de ánimo? Los antidepresivos estaban en su apogeo y los padres de algunos amigos se aplacaban a fuerza de ellos. ¿Qué guardaban en sus cerebros? Ansié entrar de una vez en la ciudad.

Los días antes del examen me encerré con los apuntes del profesor Foz, un sabio al estilo de otro siglo que, como además tenía una ayudante coja, despertaba una morbosa fascinación en los alumnos. Estudiando, volví a impresionarme ante la ilustración de los pulmones de acero con los que se ventilaba a los niños enfermos de polio, pero, sobre todo, aquel legajo de anotaciones subrayadas con rotulador rojo y llenas de corchetes, flechas y

asteriscos me permitió captar de una forma rotunda cómo la humanidad se había enfrentado a los virus a lo largo del tiempo. La sífilis, la tuberculosis, la gripe española, el tracoma con sus millones de ciegos, la peste bubónica y, en las últimas oleadas, el sida y otros retrovirus desfilaban desentrañando mecanismos moleculares y formas de transmisión.

Hacia las seis interrumpía el estudio para salir con Sol. Aunque deseaba verla, me irritaba cortar el hilo de conocimiento que durante horas había enhebrado. Había algo físico en la forma que el estudio me colmaba. La concentración permitía que las ideas fueran sedimentándose como al margen de la memoria, porque podía entenderlas. El origen de un virus explicaba la formación de un espectro defensivo que a su vez generaba un escudo independiente del propio organismo, y contemplar cómo se levantaba cualquier sofisticado entramado orgánico, acceder a una totalidad integrada en un cuerpo de totales, reportaba una explicación maravillosa que aumentaba mi aprecio por la vida, haciéndome literalmente feliz.

Ni dioses ni artistas podían competir con la creatividad objetiva de las moléculas, que actuaban como una verdad incontestable ante los vaivenes cotidianos. Cómo iba a batirse la despreocupada inocencia de Sol contra semejante alegría. Acepté que no entendiera la magnitud de una devoción que incluso a mí me superaba. Después de todo, la conciencia de nuestra juventud y la potencia de mi curiosidad me hacían augurar el futuro sin ella, aunque no minimizaba la llamada de un deseo físico imposible de ignorar.

Durante la escapada que hicimos a Portugal, la necesidad de disponer de tiempo para estudiar me abrumó. Ni siquiera la graciosa chispa de la pareja que nos acompañaba alivió la ansiedad por retomar los apuntes. Concluir que me comportaba como un adicto con abstinencia revistió al padecimiento de un aura romántica, apuntalándome en él. Esta vez respondí con sequedad a los intentos de Sol de incluirme en la diversión. Sin llegar a discutir, me limité a acatar las decisiones que los demás tomaban mientras calculaba de qué forma podría conseguir el dinero para comprar los volúmenes de los *Principios de Medicina Interna* de Harrison.

La última noche la pasamos en la carretera, haciendo turnos al volante. Después de una larga charla sobre los detenidos en la última manifestación por los derechos civiles, Sol se encogió en el asiento de atrás reposando la cabeza sobre mis muslos.

—Estás loco por llegar —murmuró—. No estudies tanto, anda. Disfruta

un poco.

Le acaricié el cabello hasta que se durmió.

Supongo que fue la desilusión o la rabia, el caso es que después de aquel viaje a Portugal comencé a mirar de otro modo a Sara, una chica que estudiaba psicología y se alineaba con el Partido Comunista. Participaba en todos los debates del centro llevando siempre la iniciativa y, aunque a menudo se comportaba con prepotencia, vestía tejidos vaporosamente *hippies* que, en combinación con peinados atrevidos, resaltaban la sensualidad de su esbelto cuerpo. Sara representaba a la vanguardia femenina de hecho. Superaba el embrollo de las conversaciones involucrándose en la acción e imaginé que, como cualquier otro universitario, ella sí entendería las exigencias de la vida estudiantil.

La atracción por Sara hizo que cuestionara aún más mi relación con Sol, y la duda se hizo agobio al mezclarse con lo que esos días no pude quitarme de la cabeza: el ejército me había llamado a filas.

—Lo entiendo —dijo Sol. Habíamos quedado en el Nuria para celebrar nuestra ruptura merendando bizcochos con chocolate—. Ya me lo esperaba. Tú estás siempre pensando en libros y yo... soy de otra manera.

—Si quiero llegar a médico...

—No, no, si lo entiendo muy bien. Pero hazte un favor: tampoco te pases. Estás un poco obsesionado con eso de «tengo que levantarme pronto a estudiar». Guarda un poco de tiempo para ti.

—Claro. De todos modos nos seguiremos viendo.

—Hay que ver qué civilizados somos —dijo levantando su taza de chocolate—. Así da gusto cortar.

Y brindamos.

Poco después llegó la verbena de San Juan. El centro organizó una fiesta durante la que estuve cruzando bromas y miradas con Sara hasta encontrar la cama donde culminamos lo que llevábamos semanas alentando. Sara desnuda resultó tan deliciosa como había imaginado pero al comenzar a besarnos sus labios me parecieron ásperos. La suavidad de su piel se veía interrumpida por huesos demasiado evidentes, e incluso el olor de su sexo me descentró. Me sentí perdido en un cuerpo manifiestamente ajeno sobre el que no lograba acomodarme. La falta de familiaridad comenzó a lastrar cada gesto y lo que con otra persona fue cálido, esa noche se convirtió en un reguero de caricias heladas que me hicieron echar de menos a Sol. No pensé en volver con ella

pero al evocarla me replanteé las particulares condiciones necesarias para la pasión al tiempo que entendía un poco mejor las razones de las parejas físicamente descompensadas: hay algo en la piel que vence a la belleza.

Como la historia con Sara no prosperó, dediqué los siguientes meses a estudiar, sopesando de vez en cuando cómo reconquistar a mi civilizada ex, además de pedir una prórroga para incorporarme al ejército. Un verano más tarde, invité a Sol al cine con la excusa de ponernos al día y, aunque *Fitzcarraldo* le pareció abominable, nos citamos para una segunda película. *Dos hombres y un destino* le gustó.

—Eres dulce pero difícil en tu cabeza —dijo al comprender que volvíamos a estar juntos—. De todas formas, creo que esta vez va a funcionar.

Durante mis años en la universidad, ajustamos deseos y necesidades hasta convertirnos en una pareja estable. Adaptamos rutinas, las de los cuerpos también, y cuando agoté las prórrogas y me obligaron a cumplir el servicio militar, Sol me pidió que declarara objeción de conciencia.

—Hace medio año del intento de golpe de Estado —dijo—. ¿Cómo te vas a meter en un cuartel? La mili es una mierda, y desde luego que no está hecha para ti. Objeta como han hecho un montón de tus amigos. Eres universitario, te lo pondrán fácil.

Yo tenía veintitrés años. Por edad y educación, confié en que el ejército me reservara una plaza afín a mis condiciones a mil kilómetros de casa.

—Allí tendré suficiente calma para preparar el MIR —respondí.

Me destinaron al campamento de Cerro Muriano, en Córdoba. En el petate, junto a las mudas de ropa, metí una regla, un flexo, los dos volúmenes del Harrison que me acababa de regalar mi bien informado tío americano y un rotulador rojo para subrayar. Al besar a mis hermanas en la estación había sentido una ligera punzada de tristeza que se diluyó en cuanto el tren avanzó en paralelo a la costa. Entorné los ojos cegado por las reverberaciones del mar, feliz. Quería salir de la ciudad, cambiar de hábitos, alejarme de mis padres, de los romances inciertos, y probar las posibilidades de una soledad que gozaba de muy buena reputación entre mi círculo de amigos. Aunque la mayoría frecuentara asociaciones y centros culturales y se proclamaran activistas sociales, la soledad era una especie de paradójica meta común en la que yo pensaba adentrarme durante la preparación del MIR.

Mi edad y conocimientos me procuraron desde el inicio una posición de privilegio en el Grupo Regional de Sanidad Militar en Sevilla. La sede estaba emplazada en un recinto antiguo rodeado de pabellones y con un patio ajardinado en cuyas escaleras de mármol solía sentarme a estudiar, porque su frescura aliviaba del opresivo calor.

De vez en cuando deambulaba por el pabellón que albergaba a los enfermos psiquiátricos militares, observando una desolación fascinante. Muchos internos evidenciaban ampollas por haber apagado cigarrillos en sus propias manos, y asistí a varios primeros brotes de esquizofrenia, típicos en gente joven que hallaba en el servicio militar el desencadenante de la enfermedad. El calor y la presión que los oficiales ejercían sobre nosotros, sumados a la nostalgia por el mundo que habíamos dejado atrás, con familias, novias, amigos que perderíamos de vista durante meses, disparaban el estrés y una serie de mecanismos neuronales que yo aún no comprendía pero que acababan por dismantelar el orden interno de compañeros como Abe, a quien una tarde escoltaron dos policías militares hasta mi consulta.

—Dice que le duele mucho el estómago —afirmó uno de los escoltas.

—Yo no lo quería traer —dijo el otro—. Estoy hasta los huevos de tanta gilipollez.

Eché un vistazo a los dedos de Abe, llenos de quemaduras que él mismo se provocaba con asiduidad y que yo había curado otras veces.

—Esperad fuera —dije.

Le hice una radiografía.

Abelardo Robles Casares era un joven recluta del reemplazo anterior al mío. Había pasado cinco de sus siete meses de mili entre el calabozo y el hospital. La semana anterior habíamos hablado sobre por qué insistía en autolesionarse.

—Eres de Córdoba —le dije—, hay gente que está mucho más lejos de casa que tú. Si te comportas, podrás ver a tu familia cada quince días.

—Quince días son muchos días —respondió el chaval—. Yo no puedo seguir aquí. No estoy hecho para esto. Todo el día recibiendo putas órdenes. Me tienen que echar. Y por mis santos cojones que me echarán.

La radiografía mostró un cuerpo extraño en el interior de su estómago.

—¿Qué es eso?

Abe sonrió mientras se retorció de dolor.

—Un muelle de la cama. Se va a poner de moda, ya verás.

Un doctor militar había comentado recientemente que en cuatro días había atendido a dos chicos con tornillos y clavos en el estómago.

—¿Duele?

—Un poco. Habrá que operar, ¿no?

—No, lo siento.

—¿Cómo que no? Joder. ¿Cómo que no?

—Te pondremos a dieta. Eso va a salir solo.

—¿No me ha desgarrado nada?

—Eres un tío duro.

Abe pegó un puñetazo a la pared. Se quedó mirando los nudillos desollados, a punto de llorar.

—¿Qué ganas con esto? —le pregunté—. Podrías matarte. ¿Qué pretendes?

—Que me lleven del calabozo a la enfermería. ¿Te parece poco? Además, no me voy a morir.

Nos miramos a los ojos.

—Venga, tío —dijo—. Enróllate. Por lo menos di que necesito estar unos días en observación o alguna cosa de éstas.

—Me estás pidiendo que falsee un diagnóstico.

—Va, hombre. A ti qué más te da.

Eché un nuevo vistazo a la radiografía.

—Puedes pasar aquí el día —respondí—, así controlaré lo que ingieres. Pero en cuanto defeques te vas a tener que marchar.

En octubre, me destinaron al hospital militar de Algeciras, un antiguo convento en el centro de la ciudad. Fue un año espléndido. Por la mañana, cumplía con las guardias asignadas, comía en el cuartel y luego caminaba unos minutos hasta la sala de Rayos X, donde dedicaba la tarde a subrayar el volumen de Harrison hasta que se me irritaban los ojos. A veces salía con algún compañero a comer camarones y beber cerveza en sesiones que me restablecían incluso cuando nos excedíamos con la bebida, aunque esto no solía ocurrir.

Nunca he vuelto a tener la sensación de que mi tiempo era mío de aquella forma. Al margen de los servicios reglamentarios, distribuía las jornadas sin depender de nadie. Estudié bastante oncología y hematología, que consideraba

difíciles pero lógicas. La endocrinología se me atragantó, tan llena de síndromes raros y enzimas complicados. Cardiología, aparato digestivo, respiratorio, enfermedades infecciosas y reumatología se me dieron bien, y en general me decanté por los diagnósticos diferenciales. Los tratamientos no llegaron a cautivarme igual. El tratamiento seguía pautas específicas que más o menos podía desarrollar cualquiera con un poco de tacto y responsabilidad. El diagnóstico era la clave que condicionaba todo lo demás y, al margen de los casos obvios, la dificultad de discernir la raíz de un trastorno suponía el gran estímulo de la profesión.

Los días se encadenaban en irreprochable orden, su constancia me sentaba bien. La tranquilidad aislaba las ideas perfilándolas con la claridad de los objetos, y asociar unas a otras resultaba tan fácil como cualquier acto natural. Avanzaba suavemente impelido por la inercia del estudio. Durante un año no hubo ruidos, distracciones, nada que decidir. Incluso la correspondencia a la que Sol se había entregado formaba parte de mi apacible libertad, porque al escribir las cartas de respuesta volcaba emociones perturbadoras con una poesía nueva en mí. La distancia amparaba las confesiones más vehementes, la imposibilidad de tocarnos exacerbaba los anhelos inflamando cada página de una pasión irreal que me servía como válvula destensora después de largas jornadas de estudio.

En aquel mundo de órdenes elementales y autonomía aprendí el asombroso valor de la concentración absoluta comprendiendo que era un tesoro que intentaría cultivar a lo largo de mi vida. Cuando al regreso de la mili aprobé el MIR, me alegré con moderación porque consideré aquel logro una consecuencia normal.

De regreso en Barcelona, seguí trabajando dos tardes por semana en un estanco de la calle Londres para pagarme una parte de la matrícula y algunas salidas y cenas con Sol. Nos reencontramos en un café. El efusivo despliegue epistolar quedó de repente sofocado por nuestras presencias.

—En la mili he empeorado de lo mío —dije—. Ahora estudio más.

Sol arrugó la frente como si se tratara de un problema grave. Después rio.

—Menudo bicho raro —dijo—, dónde se ha visto que alguien vuelva de la mili hecho un intelectual. Ella había albergado esperanzas de que aquel período me enderezara pero, ante la decepción, planteó una alternativa:

—Ven alguna vez a mi casa a estudiar. Mi madre estará encantada.

—¿Le has hablado de mí?

—Suele recoger las cartas del buzón...

—¿Y tu padre? Decías que está muy recuperado.

—Sí, mucho mejor. Voy a trabajar con él, me va a poner de administrativa o algo así. Pero si vienes a casa no lo verás. Estarás con mi madre hasta que yo llegue.

—¿Tu madre y yo solos?

—¿Qué pasa? —refunfuñó—. No te va a molestar. Prueba, y si no te gusta, no vuelves. Pero al menos prueba. Así podríamos pasar más tiempo juntos.

La madre de Sol resultó aún más hospitalaria de lo que me había anunciado. Las pecas y la pizpireta blusa con cuello de encaje la aniñaban cordialmente, y era tan delicada que enseguida me sentí acogido. Cuando el primer día me besó apretándome los hombros, percibí el olor suave de un perfume superpuesto a la laca con la que se había rociado la melena. Delgada, alta y de ojos azules, la blancura de su tez hacía pensar en suecas o finlandesas, y sólo la enorme lente de las gafas desvirtuaba el espejismo de su juventud. Se interesó por cómo me había ido la jornada y, cuando Sol se marchó, me acompañó a la habitación resguardada junto al recibidor, donde me dejó estudiando. La escuché cantar. Al cabo de un rato, entró con un café con leche.

—Venga, que hay que reponer fuerzas —dijo.

Esa tarde no volví a verla hasta el regreso de Sol.

Muchos amigos con los que habitualmente había conversado en castellano se expresaban ahora en catalán. El impulso del catalanismo animaba a tomar iniciativas que demostraran la autenticidad del sentimiento, y la lengua emergió como el símbolo cotidiano. A veces, me descubría alternando las dos lenguas mientras charlaba con Sol, aunque el catalán fue ganando terreno y un día decidimos que lo preferíamos para expresarnos.

Sol insistió en conocer a mi familia. Yo dudaba si dar el paso y, para eludir cualquier apariencia de solemnidad, opté por presentarnos una tarde en casa sin previo aviso. Calculé que mi padre aún no habría vuelto de trabajar y mi madre estaría en el sofá leyendo el periódico.

Al abrir la puerta, encontramos lo que esperaba.

—Hola, mamá —dije—. Ésta es Sol.

Mi madre apartó las hojas del diario, la miró.

—Hola.

—Hola —dijo Sol.

—¿Queréis cenar?

—Pues si es posible... —dije.

—En la nevera hay huevos —respondió mi madre, retomando la lectura.

Sol se quedó muy quieta, desconcertada, mientras yo me dirigía a la cocina. Abrí la nevera, rebosante como siempre.

—Si no quieres tortilla hay otras cosas —dije cuando Sol se perfiló bajo el dintel.

—Podía haberse levantado para saludar, ¿no? —murmuró.

Cogí cuatro huevos, busqué una sartén.

—Ya te he dicho que es muy progre.

Sol siempre dice que en mi casa entró mal, y que le costó reprimir la respuesta que habría dado en ese instante —«progre es una cosa y educada otra»—, pero se trataba de mi madre, una mujer que al fin y al cabo había decidido estudiar después de cumplir los treinta años porque no quería limitarse a ser la esposa ni la madre de alguien, sino levantar un universo que trascendiera a la familia. Por entonces, ya trabajaba como asistente social con niños disminuidos. Cenamos en la cocina mientras mi madre leía en el sofá.

—Necesita descansar —dije—. Sus jornadas son muy duras.

—¿No se supone que el antipático es tu padre?

Unté unos pedazos de pan con tomate. Los aliñé con un hilo de aceite.

—Mi padre es serio.

—¿Cuándo llega de trabajar?

—Dentro de media hora.

Cuando oímos la llave en la cerradura, Sol explicaba a mi madre que a ella no le gustaba la montaña. Mi padre depositó el manojito de llaves y una caja de zapatos sobre la consola del vestíbulo, entró en el salón.

—Vaya —dijo—, tenemos visita. ¿Qué hay para cenar?

—*Ha quedat una mica de truita i llesques de pa amb tomàquet, oi, Milo?* —dijo Sol.

Mi padre se encaró a ella con un movimiento brusco y respondió:

—En mi casa no se ladra.

Sol parpadeó aprisa como si tuviera un tic antes de mirarme entreabriendo los labios para articular una respuesta que no pronunció. Yo la

había advertido sobre el rechazo de mi padre al catalán, y mi irritación contra ella por haberlo puesto a prueba se mezcló con el asombro ante la desmesura del desprecio que acababa de recibir.

—¿Tú crees que son formas de contestar? —dijo mi madre antes de encaminarse a la cocina.

La oímos trastear con los cubiertos. Mi padre se sentó en su butaca junto a la mesa camilla tras conectar la televisión. Sol se cimbrea como un boxeador sonado en el centro del salón, sin saber adónde dirigirse, lanzándome miradas que oscilaban de la reprobación al socorro.

—¡Nos vamos! —grité en el vestíbulo—. ¡A Sol se le está haciendo tarde!

Desde el fregadero, mi madre masculló algo que quizá fuera una despedida, y salimos de allí.

El desastre del primer encuentro no restó trascendencia al hecho de que se hubiera producido, y formalizó nuestro compromiso. La familia representaba un pilar inexcusable para Sol, de modo que se mentalizó para enfrentarse a un matrimonio hostilmente singular, dispuesta a corregir en lo posible la impresión del primer día visitando a mis padres varias veces en un intervalo pequeño. Enseguida comprendí que no iban a llevarse bien, que coincidir en un espacio no bastaría para acercarlos.

Cada vez que Sol venía a casa, la cocina se convertía en el confesionario donde mi madre o mi pareja me raptaba unos minutos para criticar a su rival. «Mira lo que me ha dicho...» era uno de los inicios preferidos por las dos, y yo me encontraba encajando diatribas coléricas con el objetivo de atemperarlas. Por fortuna, al menos congeniaban en las ideas políticas. En ese terreno, el contrincante era papá.

Un mediodía de domingo, mis padres nos invitaron a comer para contar cómo les había ido en su reciente viaje a Granada. Mientras Sol y mi madre preparaban la comida, mi padre me habló de lo bien que les iba a unos parientes del pueblo que se habían instalado en Galicia y con los que se había repartido los chorizos y morcillas cuyo olor llegaba desde la cocina. También había traído una garrafa de aceite refinado por mi abuelo.

Durante la comida, Sol alabó el impulso que el presidente Felipe González estaba imprimiendo a la política andaluza y «la fenomenal iniciativa» de haber incluido en su programa gravar a los latifundios con impuestos. Ya estaba bien de someterse al dictado feudal de los terratenientes que habían acogotado durante siglos a unos trabajadores que rozaban la

esclavitud medieval. Mi padre sorbía sopa concentrado en el plato mientras Sol explicaba que miles de personas se estaban afiliando al Partido Socialista gracias a la entrega de incontables voluntarios y a la labor de jóvenes políticos que iban a renovar España. Sol pinchó un trozo de tomate y al metérselo en la boca hizo una mueca.

—Este aceite da asco —dijo—. No se puede ni comer.

Siguió hablando de política ajena a la estupefacción del resto de la mesa. Mis padres dejaron de comer unos segundos. Sol no se daba cuenta de lo que estaba a punto de ocurrir, de modo que, aspirando a diluir su agravio a nuestro querido aceite, llené la mesa de palabras sobre la inminente celebración del referéndum de autonomía en Andalucía y las elecciones al Parlament catalán. Mi madre fruncía los labios con intermitencias esbozando remilgos que no descifré. La cuchara de mi padre tintineó al soltarla contra el plato vacío. Pedía la palabra.

—Lo más importante que ha pasado esta semana —dijo— es la muerte de Félix Rodríguez de la Fuente. Ése sí que ha sido un gran hombre. Ha hecho los mejores documentales sobre fauna que he visto en mi vida. Es triste que alguien muera joven, y si además es un naturalista de esa talla...

—Ya era hora de que se muriera —le interrumpió Sol—. Ese supuesto héroe torturaba animales para conseguir buenas escenas. La televisión está corrompiendo a la gente, parece que todo tenga que ser espectáculo, y con tal de mantenerte enganchado... Con Camil lo he hablado varias veces.

En la búsqueda de acciones simbólicas que suscribieran nuestro sentimiento catalán, Sol había empezado a llamarme Camil y yo había impreso un lote de tarjetas de visita médicas con ese nombre.

—Niña, no digas idioteces —respondió mi padre—. A ver si aprendes a respetar a los que hacen las cosas bien, piensen lo que piensen. Y si toda esa panda de gilipollas que tanto te gusta es la que te ha enseñado a interrumpir a alguien cuando está hablando, no creo que este país vaya a llegar muy lejos. ¿Quién te has creído que eres? No tienes ni idea de lo que significa construir algo duradero. Ni idea. Pero vienes aquí no sólo sentando cátedra, sino menospreciando a una persona que ha dado la vida por una idea. ¿La darías tú? ¿Eh? ¿La darías tú?

Estampó el puño contra la mesa.

—Vale ya, Ginés —dijo mi madre.

—Tú no te metas, que sabes que tengo razón.

—Pero podrías decirlo de otra forma.

—Lo digo como me sale de los cojones.

Sol se encogió, intimidada. La comida transcurrió intentando cubrir silencios. Poco después del postre, fui a buscar los abrigos. Al abrir la puerta, mi padre me llamó. Crucé la casa hasta la butaca que presidía la mesa donde permanecía sentado solo. Pidió que me inclinara con un gesto de la mano mientras miraba hacia el umbral donde Sol aguardaba. Sin alzar mucho la voz pero con nitidez meridiana, afirmó:

—No eres Camil ni de cojones.

Al final de las escaleras, Sol preguntó qué me había dicho mi padre.

—Que mi nombre es Camilo —respondí en castellano saliendo a la tarde de invierno.

Caminamos despacio cogidos del brazo cruzándonos con otras parejas que caminaban igual, escoltadas por intermitentes nubes de vaho fruto de sus respiraciones.

—No me extraña que tus hermanas se marchen de casa en cuanto cumplen los dieciocho —dijo Sol—. Con este plan, hasta yo me haría *hippy*. ¿Cómo le va a Carmen en el piso del Gótico?

—Muy bien. El propietario quería vender y ha conseguido un precio de ganga por su piso y el de al lado, así que ha cogido uno para ella y otro para Fátima.

—¿Uno para cada una? ¿Con qué dinero?

—No sé. Creo que mi abuela las va a ayudar.

Su brazo apretó más fuerte el mío.

—¿Y tú sigues teniendo que estudiar mientras trabajas en el estanco?

—No me importa. Yo no me he ido de casa. Ni siquiera tengo trabajo aún.

Sol suspiró formando una deshilachada nube de vaho ante ella.

—Tu padre es un infeliz —dijo—. Querría estar en el pueblo pero ya es tarde para volver, y como además no puede con tu madre, se pasa la vida amargado.

La descripción me conmocionó, porque por primera vez alguien se atrevía a decir en voz alta lo que pasaba, y me molestó que fuese Sol; a fin de cuentas, todavía era una extraña a la familia.

De todas formas, yo notaba el amor de mi padre más allá de su rudeza y de la imposibilidad de expresar cariño. A la vez, prefería mantenerlo lejos. Las temporadas en las que le había ayudado en la zapatería, me familiaricé con su

silencio laborioso hasta apropiármelo, sobre todo el verano que vino mi tío de Dallas y se llevó a toda la familia a Lloret. Esas dos semanas trabajé mano a mano con mi padre en la tienda de Ronda Sant Pere, espoleado por el potente olor de la cola, los betunes, mientras sudábamos entre clavos y hormas. Yo era el comodín. Podía cobrar a los clientes, acercar un cepillo o ir a cambiar monedas al banco con tal de que mi padre y Antonio remendaran sin distracciones anclados a sus banquetas. Pese a la regular afluencia de clientes, sobraban horas para observar la persistencia de mi padre amartillando suelas, puliendo pieles con un ensimismamiento que expulsaba a todo lo que le rodeaba, a mí también. Se concedía un descanso para beber agua por la mañana, otro por la tarde, y seguía. En los Rápidos Rubi, mi padre cumplía penitencia con profesional resignación. Fue la primera vez que pensé en él como en alguien triste a quien no deseé parecerme, aunque desde entonces le respeté con una profundidad distinta, más consciente, quizá estimulada por la compasión, si bien entonces no lo entendí así. Durante la juventud nunca tuve piedad de mis padres, aunque siempre los obedeciera.

El mismo año de las vacaciones perdidas en Lloret coroné mi primera cima de más de tres mil metros. La montaña me gustaba desde niño y cuando encontré un grupo de amigos con debilidad por el alpinismo, probé a estrenarme en serio subiendo a la Punta Alta. Fue como me habían contado: conforme ascendía, el mundo, todo el mundo, con mi padres y mis hermanas y Rápidos Rubi y el colegio, quedaron abajo despegados del adolescente que respiraba a bocanadas mirando siempre arriba.

Pisar la cumbre me colmó de una manera liviana. El cansancio atenuaba la euforia mientras el paisaje a mis pies reclamaba toda la atención, desviándola de los sentimientos sofisticados. A partir de entonces, comencé a medir los meses por las cumbres que asaltaría. El Cavall Bernat en Montserrat, distintas vías en el Pedraforca, varias cimas pirenaicas... La escalada se integró a mi cotidianidad como el paréntesis necesario a las semanas saturadas de dudas o trabajo, una espita que además me mantenía en forma y dentro de un peso ideal. En los momentos difíciles, siempre acudía al rescate una buena montaña. Crecí con ellas.

—Los del grupo están preparando la ascensión al Peguera para dentro de dos semanas —dije una tarde de paseo, y yo ya tenía más de veinte años.

Sol se desprendió suavemente de mi brazo y metió las manos en los bolsillos del abrigo que le había regalado aquellas Navidades.

—¿Y cuándo quedaremos con mis padres? —preguntó.

—Habíamos dicho la próxima semana, ¿no?

—Ya, pero también me gusta quedar de vez en cuando a solas contigo y pensé que... Si un fin de semana te tengo que compartir con mis padres o los tuyos y el otro te vas de excursión... No sé, Milo... O estamos en pareja o no estamos. No digo que no te vayas a la montaña, pero habrá que encontrar un punto medio si queremos que esto funcione.

—Claro, cariño. Aunque algún día podrías venir conmigo. Tampoco son ascensiones tan duras y...

—Ya te he dicho que ese rollo no me va. Lo siento, me aburre.

Dos semanas después escalé el espolón noroeste del Peguera. Fue un día claro inusualmente glacial. El aire helado incitaba a no detener la marcha y esa exigencia física apartaba cualquier pensamiento ajeno a la montaña. Escuchaba mi respiración bien acompasada mientras sopesaba la tensión de los gemelos a cada impulso, los golpes de riñón, atendiendo al aumento de mi temperatura. A menos de cien metros de la cumbre necesité tomar resuello. Apoyado en el bastón, recreándome en mi figura de alpinista, contemplé los valles extendidos, los picos nevados. Eché de menos a Sol. A esa hora debía de estar poniendo la mesa con su madre. Sentí un soplo de culpa por abandonarla el fin de semana. Alguien gritó unos metros por encima animándome a continuar. En la cumbre, bebí agua y encendí un cigarro. Me presté a una serie de fotografías en las que fingí pasarlo tan bien como el resto, pero durante todo el tiempo que permanecí en lo alto estuve pensando en Sol.

Esa primavera se casaron varios amigos. Por entonces, los veintipocos se consideraba una edad adecuada para plantearse en serio el matrimonio y Sol empezó a calcular qué podríamos hacer con el futuro sueldo de diez mil pesetas que le había prometido su padre y las sesenta mil que me pagarían cuando empezara a trabajar como médico residente.

—Viviremos al día —dijo—, pero si tus padres nos ayudan con la hipoteca, será suficiente para empezar.

Al sopesar mi futuro sueldo y el colchón económico que suponían mis padres, Sol se situaba varios pasos por delante de mí, que aún intentaba asumir la dimensión del matrimonio y una hipoteca. Había llegado a ese punto sin preparación, de una forma involuntaria que de pronto exigía implicación definitiva. Mi vida se llenó de suposiciones, el problema era que pertenecían a otros. Supuse que Sol sabría desenvolverse, y que sus ideas tan claras debían

ser las correctas. Supuse que el matrimonio venía a culminar de forma lógica el noviazgo adulto, y que la empatía sexual que nos aproximaba se transformaría en amor con el paso del tiempo y el hábito. Supuse que antes hubo miles o millones de maridos sumidos en la misma incertidumbre, y que Sol me quería de una forma más sincera que yo a ella. Me extrañó que una chica necesitara salir aprisa de un hogar que ella misma reconocía acogedor mientras yo me resistía a despegarme de una casa hostil de la que ya había huido una de mis hermanas, mientras la otra planeaba emularla pronto. Esa evidencia provocó que Sol me llamara varias veces cobarde.

—¿Es que tenéis prisa? —preguntó mi madre la tarde que anunciamos nuestra intención de casarnos.

—Ha llegado el momento. No es una cuestión de prisa —respondió Sol.

Su solidez asentaba mi confianza en su capacidad para guiarnos. Aguantó las ironías y provocaciones de mi madre con una diplomacia insólita, sabiendo que asestaba un golpe definitivo. Mis padres aceptaron poner en marcha los preparativos para la boda y decidieron ayudarnos a costear el primer pago del piso.

Hasta la celebración de la ceremonia, las semanas se llenaron de compras y citas con peluqueros o chefs en una cadena de provisiones tan típicas como agobiantes que sobrellevé como una educada comparsa. Rehusé tres invitaciones a salir a la montaña bromeando sobre el Everest en el que se había convertido mi boda, y aunque en el mismo período se organizó una cuarta excursión que igualmente habría desestimado, experimenté un pinchazo de rabia al saber que nadie del grupo de montañeros me había advertido sobre la ascensión.

Cuatro semanas antes de la boda empecé a dormir mal. Si no tardaba mucho en conciliar el sueño, despertaba de madrugada imaginando formas de detener aquello. Creía no querer con la intensidad que se le presumía a un esposo, temí que mi matrimonio acabara carcomido como el de mis padres. Su ejemplo me acosaba. Ellos no se amaban, y la ausencia de cariño había repercutido en sus hijos, de forma que había repercutido en todo. Dos semanas después, me acerqué a mi padre mientras fumaba leyendo una novela. Mi madre tenía turno de noche y aún tardaría en llegar. Me senté en la butaca de escay rojo frente a él.

—Papá... —dije—, no quiero casarme.

Mi padre siguió leyendo unos segundos. Cerró el libro y lo depositó

sobre el mantel de ganchillo de la mesita, junto al cenicero donde humeaba el cigarro. Miró al armario donde se alineaban los premios Planeta de los últimos veintisiete años. Entonces se fijó en mí.

—Es algo muy normal, Cami. Miedo escénico. No te preocupes.

Cogió el cigarro, le dio una calada, lo devolvió al cenicero.

—Tengo la sensación de que estoy engañando —dije—. A mí, a Sol, a vosotros, a toda la gente que va a venir.

—Casarse no tiene que ver con estados de éxtasis. La cosa va por otro lado. Esa chica te quiere, te quiere de verdad. No te compliques.

Quizá no se tratara exactamente de un engaño, quizá debía sondear un poco mejor el matiz del sentimiento, pero sin duda me iba a faltar tiempo para discernirlo y me abrumaba cometer un error fatal. Si empiezo a mentir seré un mentiroso, pensé.

—Pero es que lo estoy viviendo con culpa —dije—. No me lo quito de la cabeza.

—¿Y cómo crees que te vas a sentir si la dejas ahora?

El día de mi boda entré junto al padre de Sol en su coche recién lavado. Francisco condujo hablando emocionado sobre los regalos de la vida en pareja, aseguró que pasaríamos unos fines de semana estupendos en la segunda residencia que poseían en Camprodon. Yo escuchaba su voz como un fondo radiofónico mientras circulábamos emparedados por los señoriales edificios de la calle Balmes. Se había peinado con la habitual raya al lado y, por primera vez desde que le conocía, se había recortado las frondosas cejas. Captaba la vibración ilusionada de su monólogo sin descifrar lo que decía. Apreciaba muchísimo a aquel hombre. Pensé que, más que con Sol, me iba a casar con su familia.

—Sol —repito—. Quiero que venga Elia.

Mi petición queda suspendida en la aséptica calma del cuarto desde donde se escucha a las novicias jugar en el patio del convento adyacente.

—Claro, no te preocupes —responde al fin.

—No quiero que me pase como con Marta.

Sol se reacomoda en el asiento.

—Tampoco... —responde—. Tampoco lo hiciste tan mal.

—¿Que no? ¡Lo hice fatal!

—Bueno... No lo hiciste de maravilla.

Es cierto. También lo es que no se me ocurre qué otra cosa podía haber hecho.

Después de la boda, nos instalamos en un piso de alquiler a buen precio que pagábamos sobre todo con mi sueldo y los extras de las muchas guardias que encadenaba desde que en abril de 1983 comencé a trabajar como residente en el hospital de La Esperanza. Fue una época hermosa y dura que compartí estrechamente con Pablo.

Con sus *good manners* de clase alta y el atractivo de una delgadez bien llevada, Pablo estrenó su residencia en La Esperanza al mismo tiempo que yo. Acabábamos de empezar la peregrinación como aprendices de médico, aún faltaban años para alcanzar una plaza propia pero ambos habíamos superado lustros de pertinaz estudio culminados por unas durísimas oposiciones y, aunque no recalamos en el hospital de nuestros sueños, la residencia era una conquista que nos hacía sentir muy bien. Coincidir en una cumbre, por discreta que sea, con alguien que comparte tu estado de ánimo es un obsequio añadido, y al final de muchas jornadas salíamos a contarnos cómo habíamos llegado hasta allí, hacia dónde nos dirigíamos.

—Hubo un arzobispo en mi familia —dijo mi amigo una noche. Yo bebía whisky apoyado en la barra del bar rozando el codo de una mujer—. Y mi padre... mi padre era cirujano taurino. Yo, reumatólogo. Cómo cambian los tiempos.

—Una familia coherente —dije—. Todos pertenecéis al campo de la salud.

Pablo arqueó una ceja como cuando emprendía la seducción de una chica.

—Cada uno ha intentado curar a su manera, ¿no? —añadí.

Mi amigo desplegó su encantadora sonrisa, alzó el vaso de whisky y aguardó a que brindara con él.

—Cuando acabe la residencia me voy a ir una temporada al extranjero —afirmó tras chasquear la lengua en silencio—. Necesito ventilarme.

—¿Adónde quieres ir?

—Reino Unido quizá. Mi jefe tiene buenos contactos en un hospital de Bath. Igual me cuela de becario.

—Pocos enfermos y mucho laboratorio.

—Yo lo veo como experiencia internacional y perfeccionamiento de la técnica.

—¿No valoras ir a Estados Unidos?

—Claro, pero no todos tenemos un tío en Dallas.

—Si voy a Dallas no será para estar con mi tío.

—¿Ni siquiera para ver a esa prima tuya? —lo dijo mientras calibraba a las mujeres del bar—. No, en serio. A ti te ha dado fuerte con América. Quiero decir, más fuerte que a los demás.

—Es donde se marca la pauta. Mi idea es volver allí.

—Necesitarás perfeccionar tu inglés.

—Por eso acabo de apuntarme a unos cursos.

—Pero no lo acabo de entender. ¿No volviste de Dallas diciendo que tenemos mitificado a Estados Unidos?

—Me refería a que el hospital medio norteamericano no es el Hopkins ni la clínica Mayo, y a que no todos los doctores publican cada día en el *New England*. Pero los hospitales que explotan líneas de investigación... ahí sí encuentras a doctores impresionantes. Los mejores. El propio Leiman...

—¿Y lo demás? ¿Cómo te las apañarías fuera del hospital? No parecías muy contento con la vida que llevaba tu tío. Y mira cómo se quedó cuando murió su mujer.

La pálida tía Faye había fallecido tres años antes a causa de un melanoma. Según mi tío, toda la alta sociedad texana acudió al funeral. Cuando Sol y yo le visitamos, todavía en calidad de novios, nos recibió con un rostro

inusualmente demudado en medio de su jardín lleno de excrementos de perro. Saltaba a la vista que varias áreas de la casa necesitaban una reforma urgente.

—Pero su nueva novia lo ha resucitado —repliqué.

—¿Ah, sí? Eso no me lo has contado. Tanto doctor Leiman por aquí, doctor Leiman por allá, y te guardas lo mejor. ¿Cómo es? ¿Otra muñequita del petróleo?

—No, no. Su familia tiene pasta pero no tanta como la de Faye.

—¿Cómo se llama?

—Patsy. Es de Galvestone. También es rubia, también tiene ojos claros, también es un bombón. Pero hay algo más... más latino en ella.

—O sea, más fogoso.

—Es más cálida, no sé. Se entendió enseguida con Sol y a mi tío le ha devuelto la chispa. Lo ha renovado. Ésa es una idea yanqui que me gusta.

Silencié que la renovación de mi tío incluía la asistencia a misa cada domingo con traje y corbata, yo mismo le vi sudar a chorros en pleno agosto para satisfacer la moral de la congregación, si bien sudó mucho más durante las discusiones con sus hijos a propósito de la herencia de Faye. Mis primos reclamaban sumas que su padre aún no estaba dispuesto a concederles y por algún motivo eso les enfureció como ninguna otra cosa.

—Y la de hacer dinero —dijo Pablo de una forma involuntariamente atinada—. Ésa es otra idea muy buena de los yanquis. Al menos es la que hizo emigrar a tu tío. El dinero. Y la fama. Seguro que un poco también te importan.

—Siempre estás igual. ¿Por qué no me crees cuando te digo que esas cosas son accesorias, el valor añadido? Lo que yo me traigo de Dallas es conocimiento, experiencia. Es a Leiman. Ese hombre es un ejemplo, un monstruo clínico.

—Anda que Sol acabaría contenta. No debió de verte el pelo. A quién se le ocurre llevarse a la novia a una estancia.

—En serio, tendrías que haberlo visto. Leiman no publica, no va al laboratorio: se pasa el día patrullando los pasillos, observando a los pacientes. Lo recuerdo con una radiografía de una disección de carótida en la mano: «*This is a dissection, this is a dissection. We are doctors, we are doctors*». Es un todoterreno purasangre. Igual se va a ver una mielopatía cervical que hace una punción lumbar a una hemorragia subaracnoidea.

—Te brillan los ojos cuando hablas de él.

—Es que Leiman... Ese hombre me ha hecho ver lo que de verdad me

gusta.

—Pobre Sol —insistió Pablo riendo—. Menudo viajecito le debiste dar.

—Y después de aquello, a La Esperanza... ¿No tienes la sensación de estar un poco arrinconado? Es un hospital de tercera.

—Hombre, piensa que estamos empezando.

—Hay quien empieza de otra forma.

La Esperanza era un hospital pequeño con poca infraestructura para practicar la neurología, sin neurocirugía, neurorradiología ni neuropatología, y gobernado por dos jefes anclados en otra época. No se realizaban investigaciones con posibilidades de ser publicadas ni se presentaban trabajos a congresos y, aunque yo me consideraba un clínico y no me faltaban pacientes, me enervaba la monótona inercia de los días.

—¿Cuándo tienes la próxima guardia? —preguntó Pablo.

—El jueves.

—Yo también. Menos mal, a veces se me hacen muy largas.

—¿Con lo lector que eres?

—En las guardias no me concentro. —Miró por encima de mis hombros—. Esa que tienes detrás... diría que quiere algo contigo.

La mujer a mi espalda había separado el codo pero ahora notaba el calor de su brazo a milímetros del mío.

—Tú ves rollos por todas partes —dije.

—No, en serio, Milo. —Como Pablo seguía atento a lo que ocurría detrás de mí, pude observarle sin tapujos. Su rostro me pareció masculinamente atractivo, coherente con su encantador aire entre educado y canalla. Si él deseaba conquistar a la mujer a mi espalda, yo no tendría ninguna posibilidad—. Créeme, estas cosas las detecto. Y esa chica no está nada mal.

Me ladeé sobre la barra para echar un vistazo a la mujer. Cruzamos miradas, nos sonreímos y volví a concentrarme en Pablo.

—Desde luego, la noto de lo más receptiva —dijo.

—Anda, no me líes, que el soltero eres tú.

Volvió a mirarme a los ojos.

—Creo que no he conocido a nadie que haya desaprovechado tantas oportunidades de acostarse con mujeres como tú. Eso es fidelidad. Eres el último señor.

—Te repito que ves oportunidades por todas partes.

—¿Qué le voy a hacer? Las veo.

—Tanta literatura te hace ver cosas donde no las hay. Si sigues así, pronto podrás escribir novelas.

Pablo pidió otro whisky.

—La semana pasada vino Joan Brossa a la tertulia —dijo.

Pablo acudía periódicamente a una tertulia literaria a la que alguna vez le había acompañado.

—¿El poeta?

—El poeta. Las últimas reuniones han sido estupendas. Podrías pasarte más a menudo.

—Me faltan lecturas. Me siento un poco raro en ese círculo tan... cultivado.

—No te enrolles. Y si quieres, tráete a Sol.

—Se dormiría.

El camarero sirvió el segundo whisky a Pablo.

—¿Quieres otro? —preguntó mi amigo.

Tapé el vaso con la mano.

—Estoy bien.

Los ruidos del bar se comprimieron en un zumbido uniforme que durante unos segundos no alimentamos. Pablo parpadeó con un sereno deje melancólico.

—Brossa —repetí—. Alguien con ese nombre tiene dos posibilidades: o demuestra que no tiene nada de basura o se hunde en su apellido.

—¿Estás borracho? ¿Con un solo whisky?

—He pensado mucho en la influencia de los nombres. Y en la de los apellidos, aún más.

—Brossa no significa sólo eso —matizó Pablo.

—Ya, pero la gente piensa en basura.

Pablo negó con un cabeceo tan rápido como sutil.

—Tú piensas en basura, Escobedo —dijo—. Tú —recalcó el pronombre— eres el que piensa así.

—Los nombres explican más de lo que creemos.

—¿Lo has aprendido en clases de neurología? No parece muy científico.

—El nombre obliga. De algún modo, obliga.

—¿Y a los López? ¿Los García? ¿Los Rodríguez?

—También. De otro modo, pero por supuesto que les marca su... vulgaridad.

—Uuuuhhh. Esto se está poniendo tremendo. No jodas, Milo. Mira la tía que tienes detrás y déjate de hostias. Pregúntale cómo se llama, a lo mejor te ayuda con esa teoría. La verdad es que no es un mal tema para entrarle a una chica. En realidad... es un tema estupendo. Mira, si no te importa, lo voy a usar de vez en cuando para ligar.

Reímos echando un vistazo al local sumido en una lujuriosa penumbra.

—¿Te apetece ver el Barça-Madrid? —le dije—. Sol tiene unas tías que son socias pero no van nunca al fútbol y me dejan los carnets.

—¿Socias que no van a un Barça-Madrid? ¿Ves cómo todo el tiempo ocurren cosas increíbles?

—¿Hace o no?

—Cuenta conmigo.

Tres años después de casarnos, Sol comenzó a trabajar en la empresa de su padre y a aportar entre diez y quince mil pesetas mensuales a las finanzas domésticas. Una parte la ingresaba en la cuenta corriente que compartíamos y la otra en la suya particular. Los fines de semana que yo no estaba de guardia, salíamos con amigos, más con los de ella que con los míos porque yo intentaba compensar las habituales ausencias amoldándome a sus deseos. Resultó fácil. Sol entendía las exigencias de una etapa que consideraba de despegue y se concentró en amortizar las horas juntos. Buscaba restaurantes coquetamente económicos, rincones románticos, ferias o cualquier actividad urbana y en cuanto yo libraba nos íbamos a cenar, al cine, de excursión, a comprar. Le gustaba probarse cosas y que yo las evaluara en el mismo probador. La ropa interior también.

Vivíamos en pareja con la intensidad y la distancia ideales, necesitando reencontrarnos para exprimir los momentos a solas, y dábamos lo mejor. Luego, Sol propuso rubricar tres años de felicidad con un bebé. Los niños me gustaban y quería ser padre, así que intenté no imaginar demasiado qué iba a requerir la nueva responsabilidad.

Como la menstruación reaparecía cada mes, sugirió comprar pastillas fertilizantes. Lo dijo tranquila, como una solución lógica. Me sorprendió la pausa para enfrentar un tema tan trascendente teniendo en cuenta su temperamento, y el hecho de que yo mismo había empezado a inquietarme al elucubrar sobre la esterilidad de uno u otro y sobre cómo podría afectarme la

imposibilidad de tener hijos. Era una inquietud vaga porque de algún modo también me amedrentaba la irrupción de una nueva vida en la mía, y no iba a apresurarme a acelerar su llegada, pero a la vez me sofocaba la idea de no poder concebir un hijo con mi esperma.

Cuando Sol se quedó embarazada, sentí alivio, alegría y la necesidad de ingresar más dinero. Ella empezó a buscar un empleo mejor retribuido en la sección de anuncios de *La Vanguardia*. Yo hice algunas llamadas a exprofesores y médicos con los que había congeniado en mi etapa de residente. Les explicaba que buscaba simultanear el trabajo en el hospital con un empleo por horas en alguna empresa privada y a los pocos días el doctor Gumpert, con quien colaboraba en La Esperanza, me ofreció que le ayudara un par de tardes en la consulta particular que tenía en su casa.

Con Gumpert visité a algunos pacientes de una consulta por donde desfilaban políticos, empresarios populares y personalidades como altos miembros del Comité Olímpico o cantantes de ópera, alguna princesa europea. Me di cuenta de que el glamour envolvía sobre todo a la gente lejana, porque, vistas de cerca, la mayoría de esas personas perdía el aura y ni siquiera la riqueza que muchos ostentaban con más o menos elegancia les concedía un ascendiente especial. De todas formas, yo era cómplice de un secreto, sus visitas no podían trascender, y esa íntima conexión con la élite igual me ensoberbecía que me despertaba rechazo. El exceso de deferencia y de dinero que rodeaba a aquellos pacientes me provocaba contradictorias reflexiones sobre la justicia social, y sobre mi lugar como médico en el mundo.

La imponente colección de libros y revistas de neurología que Gumpert había heredado de su padre me proporcionó el oasis de conocimiento objetivo donde aparcar los conflictos morales, y me esforcé por simultanear las consultas con el estudio de nuevos casos ejemplares donde no se especificaban el origen ni la cuenta corriente del enfermo en cuestión. Las horas allí fulguraban. Salía con dinero caliente en el bolsillo, cansado pero contento, y andaba hasta casa por el lateral de la Diagonal iluminada al anochecer, pensando en los libros que compraría esa semana.

Una noche, al llegar a casa, Sol dijo que íbamos a cenar fuera.

—Es un poco tarde —respondí.

—Algo habrá abierto.

Su ímpetu era anormal.

—¿Qué pasa?

—Me han cogido como administrativa en la Federació de Municipis.

La Federació se alineaba en la estela socialista, de modo que Sol iba a trabajar literalmente para la causa política que llevaba años defendiendo. Sonrió pletórica.

—Me alegro mucho por ti. —Intenté sonar sincero pero fui incapaz de abrazarla ni de ofrecerle algo más. Mi interés por la política y las iniciativas socialistas se estaba viendo empañado por un recelo creciente al observar algunas gestiones del hospital. Miré la barriga de Sol, aún disimulada.

—¿Se lo has dicho?

—Sólo faltaría que no me contrataran por eso. Y si se ponen tontos, les envío a tu madre.

Estaba lo bastante eufórica para ver en mi madre a una aliada. Salimos a cenar.

Marta nació dos días antes de que yo acabara mi residencia en el MIR. Oírla llorar me estremeció de ilusión. Tuve la novedosa seguridad de que amaría a alguien para siempre. La primera noche en casa con el bebé, me encerré a terminar un artículo urgente. Pasada la medianoche yo seguía en mi escritorio. Sol se levantó a dar el pecho a nuestra hija y, cuando Marta se durmió, entró en el cuarto donde yo aún trabajaba.

—No me has ayudado en todo el día.

—¿Otra vez, Sol? Tengo que acabar esto para pasado mañana. La fecha de entrega no cambia por muchos hijos que tengas.

Susurrábamos para no despertar al bebé.

—Pero en casa sí ha cambiado algo. Hay una novedad, por si no te has dado cuenta. En todo el día no has hecho un solo gesto, no te has ofrecido a ayudarme ni una vez, y resulta que hay una niña en nuestra habitación. ¿Es que no puedes poner nada por delante de tu puñetera medicina?

—Llevo mucho tiempo preparándome y sacrificando cosas para ejercer, lo sabes mejor que nadie. ¿Por qué te pones así? Has fotocopiado montones de libros conmigo, los últimos años casi no he tenido vacaciones. Por no ir, ya no recuerdo la última vez que escalé una montaña. Y sólo queda esto. —Aplané la mano sobre el libro que estudiaba—. Un último esfuerzo y ya está.

—¿Sólo esto? ¿Cuando consigas la plaza cambiará algo? Más bien diría que irá a peor. Y encima tengo que cubrirte con tu madre. El otro día me dijo que desde que nos casamos la llamas mucho menos, como si yo tuviera algo

que ver. Tuve ganas de decirle que aún debería darme las gracias porque cuando la llamas es porque yo te lo digo.

—Ha sido una casualidad que la entrega haya coincidido con el parto.

—Cualquier cosa habría coincidido con el parto.

—Soy médico.

—Sí, eso es. Eres médico. Sólo médico.

Sol volvió al dormitorio caminando de puntillas. Podía haberme acostado con ella y simplemente abrazarla. Consolarla no me habría ocupado mucho más de diez minutos antes de volver al trabajo. Pero estaba muy cansado después de varias horas de estricta concentración y necesitaba aprovechar los últimos instantes de lucidez.

El 27 de febrero entregué el artículo. Al mes siguiente recibí una llamada proponiéndome una plaza como neurólogo en el Hospital del Mar. Los días comenzaban a alargarse anunciando la primavera inminente y la luz que había tomado la ciudad se me antojó aún más hermosa. Iba a ser médico. Un neurólogo de verdad.

Pensé en telefonar a Pablo, pero como había conseguido plaza en Bath sería difícil localizarlo, además de obligarme a pagar una conferencia internacional, de modo que le escribí una carta anunciando las novedades y preguntando cómo era el hospital donde trabajaba mientras envidiaba, admirado, su aventura.

La plaza como titular atemperó a Sol, que parecía incluso más contenta que yo con mi nuevo destino y comunicó a todo el mundo que lo habíamos conseguido, empleando un plural que merecía.

—Te agradezco que me hayas concedido un sitio en tu equipo —le susurré por la noche antes de hacer el amor.

Aquellos meses lo hicimos a menudo, ni siquiera el bebé ni mis nuevas obligaciones nos estorbaron. Cualquier momento y lugar servían. Sol volvió a quedarse embarazada.

No habría estado mal prolongar una temporada el idilio de la pequeña familia en la que cada cual ocupaba un lugar único y sin rival: el padre, la madre, la hija. Pero a fin de cuentas deseábamos darle pronto un hermano a Marta y la noticia fue bienvenida.

Mis sueldos en el hospital y en la clínica de Gumpert sumados al de Sol daban para vivir con sobriedad, y era suficiente. Me congratulé de la facilidad con la que a veces se cumplían los deseos.

Alternar la consulta pública y la privada me permitía tratar a un abanico de enfermos muy distintos que ampliaban mi visión de la ciudad. Además, congenié con Adolf, que acababa de terminar su etapa como residente en Valencia y aterrizó en el hospital con un contrato de guardias, como yo. Alto y apuesto, Adolf Corral también era padre, rebajaba las adversidades a fuerza de ironía y actuaba con resolución. Como le encantaba la música, a veces recomendaba canciones tanto al personal sanitario como a los pacientes, intentando ajustar el tema al perfil de cada oyente. La gente le apreciaba por su afecto educadamente expresivo, y su frente amplia y despejada le otorgaba un aire fiable.

Una mañana alargamos el cambio de guardia para contrastar opiniones sobre pacientes, pero Adolf me cedió la palabra y se mantuvo taciturno. Supuse que estaba cansado. Era sábado y tenía ganas de marcharse a casa después de una noche cargantemente sosa resolviendo naderías de los típicos ancianos de entre ochenta y cinco y noventa y cinco años con ictus que se habían adueñado de la planta. Lo normal era contar entre cuatro y ocho ingresos de este tipo pero aquel día sumaban doce. Ninguno de ellos moriría esa jornada y la complicación mayor consistía en si por fin solicitábamos el traslado a un centro de crónicos de un hombre con el hemisferio izquierdo infartado que se hallaba en un estado de dependencia total. Aunque el papeleo no solía amedrentarle, Adolf preguntó si podía encargarme yo.

—Estás hecho polvo —dije—. Sí que te han dado guerra las abuelas.

Se alborotó aún más los rizos desmadejados.

—No es eso, ¿no? —dije.

—No.

—¿Casa?

Afirmó con un seco gesto del cuello.

—¿Tan mal estás?

Explicó una historia clásica entre los médicos de hospital: su familia se estaba desintegrando debido al poco tiempo que pasaban juntos. Expuso la magnitud de la crisis sin recrearse, me dio una palmada en el hombro y tras lanzar el vasito de café usado a la papelera, se marchó. Como llevaba la bata abierta, los costados flotaron revistiéndole de dos enormes alas blancas que le convirtieron por segundos en un gran pájaro. Se me ocurrió que tenía un lío. La duda era de dónde estaría sacando el tiempo.

Hacia la hora de comer, me llamaron de urgencias para que constatará la

muerte cerebral de una mujer que llevaba dos semanas en coma tras un atropello. Después de certificar la muerte, identifiqué a uno de mis pacientes en una camilla que corría hacia urgencias. Caminé junto al que lo transportaba.

—¿Tú por aquí, Esco? —dijo el camillero.

—Es uno de los míos.

—Ya.

—¿Sobredosis?

—Ajá. De heroína.

Entré con ellos en la UVI. Quería estar cerca, por si el chico o los médicos necesitaban algo de mí, de su doctor. Yo había estudiado que en una situación como ésa había que administrar una ampolla intravenosa de naloxona de 0,4 miligramos pero el veterano doctor al mando le inyectó cinco ampollas directas en vena y descargó otras ocho en la bolsa de suero que le adhirieron. En el MIR había comprendido que la teoría casi nunca resultaba útil pero los descensos a urgencias me trastornaban, porque revelaban un descomunal abismo entre lo que había aprendido y las soluciones cotidianas.

Llegaron dos ambulancias consecutivas. Alguien dijo que había más en camino.

—¿Todas vienen del mismo sitio? —preguntó el camillero que había dejado a mi paciente en la sala de operaciones.

—Ha estallado una bomba en Via Laietana.

Sentí un abrupto hormigueo alrededor del cráneo trazando un perfecto semicírculo que unía ambas sienes.

—¿Dónde? —pregunté—. ¿Dónde de Via Laietana?

Sin mirarme, el camillero que entraba a la carrera respondió:

—En el consulado de Estados Unidos.

—¡Dios! —grité, aunque nunca había gritado eso.

La sede de la Federació donde trabajaba Sol estaba en el mismo edificio. Busqué un teléfono mientras me enteraba de que la policía apuntaba a Terra Lliure como autora del atentado. Los nervios me nublaron unos segundos la visión, temí un desmayo. Me agarré a algo, creo que fue el marco de una puerta, y logré sostenerme hasta que recobré una cierta serenidad. Me temblaban los dedos al marcar el número de la Federació pensando que la información sobre el consulado era errónea, que a una organización independentista le interesaba más atentar contra una institución vinculada al

gobierno español. Pensé en el vientre donde ya crecía Leire o David o Ramon, porque barajábamos esos nombres para el bebé. Nadie respondió a la llamada. Hice siete, diez llamadas más. ¿Cómo sería mi vida sin Sol?

Descarté contactar con sus padres, no quería asustarlos en vano. Me planteé subir a una ambulancia alegando que mi mujer estaba allí, pero se necesitaba a todos los efectivos competentes para emergencias porque seguían llegando heridos con quemaduras, heridas, impactos. Por eso tampoco podía abandonar el trabajo, había enfermos que me necesitaban, y el equipo de enfermería... Marta... Quedaban dos horas para que saliera de la guardería y si no localizaba a Sol alguien tendría que ir a buscarla. Intenté calmarme. Respiré hondo. Durante dos horas. Respiré. Aguardé. Pedí a unos padres amigos que recogieran a mi pequeña.

Hasta que Sol telefoneó al hospital.

Por la noche, bromeamos sobre el espanto que habíamos vivido. Después del sexo, escuchando su respiración, recordé mis dudas anteriores a la boda y la desesperación que había sentido horas antes. La costumbre, la convivencia y la paternidad me habían aproximado a Sol hasta hacérmela imprescindible de una manera como mínimo cercana al amor pero marcada por una insana dependencia. Luego repasé el amago de locura experimentado aquella tarde. Especulé sobre qué podía haber desencadenado la desaparición de Sol, la mujer que cada noche dormía a mi lado, comparando el perturbador desasosiego que yo había experimentado esa mañana con el historial de pacientes que sufrieron una tragedia que los desnortó. Establecí asociaciones entre causas psicológicas y orgánicas. Confirmé cuánto me apasionaba la enfermedad cerebral. Sobre el atentado, no recuerdo qué pensé.

Adolf decidió que su tesis apuntaría a la temible esclerosis lateral amiotrófica, aunque dudaba que los ánimos le permitieran desarrollarla en condiciones. El humor que a diario le salvaguardaba de los peores casos de ELA, demencia o esquizofrenia no servía para relativizar los desencuentros con su mujer. Ni siquiera el estudio le aislaba, y las interferencias de un asunto en el otro le estaban desquiciando. Cuando tocaba el saxo para tranquilizarse, la música disparaba su melancolía, y para evitar la tentación de continuar torturándose a domicilio trajo el instrumento al despacho del hospital.

—Aquí seguro que no lo toco —dijo Adolf.

—Pero tendrás que hacer algo que te guste —dije—. No vas a renunciar a todo.

Adolf me había cambiado varias guardias sin poner objeciones, siempre tenía una palabra de ánimo o cariñosa con los compañeros, y entre las muchas coincidencias que habíamos ido descubriendo esos meses, recordé una afición por el senderismo sobre la que habíamos conversado con entusiasmo, aunque sin fijar una fecha para salir juntos.

—Dices que hace tiempo que no subes montañas —empecé.

Sonrió como si hubiera esperado la propuesta.

—Me parece una idea genial —dijo—. Pero no lo voy a hacer. No tengo fuerzas ni ganas.

—Creo que los dos lo necesitamos. Si convences a tu chica, a lo mejor...

—Mi chica... Olvídate. Creo que me voy a separar.

Sentí que le entendía más profundamente de lo que habría deseado. Me limité a escuchar, ahorrándome hipócritas sugerencias. Cuando terminó, le hablé de Pablo. También adoraba la música, también era metódico y, aunque en Bath le habían asignado anticuerpos antinucleares y más laboratorio del esperado, estaba tranquilo y aprendiendo.

—No descartes una temporada en el extranjero —dije—. Puede ayudarte a aclarar las ideas. Y en cualquier caso no te despistaré de la tesis.

—Sí, Milo, pero los compromisos... ¿Tu amigo tiene hijos?

—No, eso no.

—Yo sí. Y tú. Tienes una hija, tu mujer está embarazada... Además, ese Pablo es el del Club de Polo, ¿no?

—No tiene nada que ver. A Bath ha ido como becario.

—Ya.

—Mi hermana Fátima acaba de emigrar a Chile con un chileno al que conoció en el Raval, y ella no es del Club de Polo. Si de verdad quieres instalarte por un tiempo en otro país...

Detuve la frase para no hacerme daño. De todas formas, el pensamiento siguió su curso recalcando que la paternidad había añadido una losa prácticamente definitiva a mi ambición de pasar una larga temporada en el extranjero. El pensamiento convertido en una autoridad mucho más sabia que yo, con licencia para preguntar por qué lo has hecho. Por qué. Por qué renuncias a un sueño. Para contrarrestarlo, dije:

—Me han ofrecido una plaza en la Quirón.

—¡Muy bien! —respondió Adolf—. Eso sí que es una buena noticia. ¡Algo que celebrar!

Sopló el saxo emitiendo un armónico sonido, débil y agradable.

—Habrà que ver lo que me permiten hacer —dije—. Ahora mismo no hay recursos para nada.

—Venga, que tampoco estamos tan mal.

Adolf recobró ánimos al abordar el único terreno donde se sentía menos apesadumbrado que los demás. A fin de cuentas, él se decantaba por la neurología general y no padecía de forma tan directa la falta de inversión en departamentos más específicos.

—Estados Unidos es el lugar —afirmé.

Adolf dice que yo era obsesivo, que mi ansia por ponerme metas descabalgaba a muchos de los que me acompañaban y que esa actitud fue la que después me condenó.

Tras el nacimiento de Leire, incrementé el número de guardias en el hospital y a menudo prolongaba la jornada en la Quirón, aprovechando el silencio del despacho para avanzar en la tesis doctoral. Indagué sobre los retrovirus endógenos, fascinado por un mecanismo molecular poco investigado porque las instituciones encargadas de financiar proyectos consideraban que no era una línea rentable.

La falta de dinero impedía desarrollar multitud de pruebas y, aunque entendíamos las prioridades, a la hora del café los médicos jóvenes con intereses en enfermedades raras despotricábamos alegremente contra las limitaciones de un sistema que desahuciaba a miles de personas.

—Por eso te has metido a saco con el síndrome de Sjögren, ¿no? —dijo Adolf un día que me estaba zampando un sándwich casero a toda prisa—. Lo tuyo es alinearte con los perdedores, con los desasistidos. Eres una hermanita de la caridad.

—Es una enfermedad frecuente de la que se sabe muy poco. Algunas de sus manifestaciones recuerdan a las de la esclerosis múltiple. No entiendo cómo no se le ha prestado mucha más atención.

—Hay tantas cosas a las que no se presta atención.

—Pero estoy hablando de algo devastador.

—Aunque no tiene mucho que ver con la neurología.

—Ahí está el quid. Elaine Alexander asegura que menudean las manifestaciones neurológicas.

—Moutsopoulos desestima esa posibilidad.

—Y yo quiero formarme una opinión propia. Te veo mañana.

Me levanté y me fui a recopilar bibliografía. Tenía media hora antes de volver a la consulta.

Durante meses, apuré los días en bibliotecas rescatando libros y revistas sobre el síndrome de Sjögren aunque a veces me despistaba con publicaciones de actualidad que exponían, sobre todo, novedades sobre el sida. Había comenzado a tratar a portadores del virus y varios de ellos presentaban infecciones en la cabeza que dañaban sus funciones neuronales.

El libro de referencia sobre el sida costaba casi medio sueldo de un mes. No dudé mucho en comprarlo. Sol empezaba a acostumbrarse a ver libros nuevos en el piso y, aunque distinguía muy bien los adquiridos de los de préstamo, sólo rezongaba cuando aparecía en casa con más de tres novedades. De todas formas, a menudo ni siquiera reparaba en eso, ofuscada porque yo había vuelto a llegar justo a tiempo para besar a las pequeñas antes de que se durmieran, en el caso de que llegara.

Por entonces, internet estaba restringido a centros académicos o bibliotecas, de modo que los días que lograba día y hora en la sala informática de la Escuela Industrial para navegar por las bases bibliográficas de medicina, regresaba a casa a medianoche después de imprimir los informes que me interesaban en interminables rollos de papel que pasaba las siguientes jornadas leyendo. Necesitaba prepararme a fondo si quería ingresar en un hospital con los mejores medios, estudiar aún más... aunque después de los bocados de realidad estadounidense, de haber colaborado con Leiman y cultivarme con un empeño tenaz, comenzaba a sentir cómo sedimentaba la frustración de seguir apartado de los grandes hospitales.

Al volver de Bath, Pablo había empezado a trabajar de inmediato en el hospital de Can Petri, confirmando el valor de la experiencia internacional. El hospital, emplazado en unas colinas a las afueras de Barcelona, aún estaba a medio construir e incluso había tramos de carretera por asfaltar, pero sin duda se trataba de un hospital de relieve que además poseía un eficaz servicio de neurología dirigido por Paul Subirats, uno de los grandes apellidos de la ciudad.

—Tienes que venir, Milo —me dijo Pablo por teléfono una tarde que yo

estaba matando el tiempo antes de mi sesión internauta en la Escuela Industrial —. Es un sitio perfecto para ti. Está todo por hacer y ahora que la Generalitat y el Ayuntamiento parece que se entienden, van a meter pasta para situarlo entre los mejores.

En la inauguración, el presidente de la Generalitat había insinuado que su gobierno no iba a ayudar a un hospital concebido y proyectado durante el franquismo, y al parecer ésa fue la causa por la que la actividad arrancó con sólo un quince por ciento de todas las camas posibles. Pero, como advertía Pablo, de algún modo las instituciones por fin habían asumido que no podían desentenderse de aquella obra necesaria, y el hospital empezaba a crecer.

—Yo voy soltando tu nombre de vez en cuando —afirmó Pablo—. Les he dicho que si necesitan a alguien, tú tienes uno de los ojos clínicos más infalibles que conozco.

—Eres joven, aún no has visto muchos ojos de ese tipo.

—Quizá, pero lo que digo es verdad.

Mientras mi amigo describía las desiguales prestaciones de las dos doctoras que coordinaban el departamento de neuro junto a Subirats, yo pensaba en la suerte que él tenía de trabajar ahí. Al margen de su apellido, Pablo había perseverado más que yo en el estudio. Sin familia ni distracciones amorosas más allá de ligues tan puntuales como frecuentes, se había entregado a estudiar todas las tardes con una disciplina implacable que empezaba a traducirse en posibilidades de publicar alguna de sus conclusiones en revistas técnicas mientras yo aún ayudaba al doctor Gumpert, firmaba glamurosos pero insulsos TAC cerebrales en la Quirón y después de liquidar mi agenda en el Hospital del Mar, pasaba visita de dos a cuatro de la tarde en un ambulatorio del Barrio Chino... notando que el agotamiento de aquella vida a la carrera no compensaba. Aun sabiéndome capaz de prosperar, los esfuerzos nunca bastaban y empezaba a abrumarme la insuficiencia de mis acciones.

Esa tarde tuve guardia de tarde en el Hospital del Mar. Durante el crepúsculo volví a asomarme al ventanal de la octava planta, donde estaban las camas de neuro, y contemplé la ciudad que no acababa de recompensar mi tesón. La constelación de viejas fábricas y naves industriales de Poble Nou comenzaba a desmantelarse. La ciudad de los prodigios, aún sembrada de chimeneas y tejados de teja ennegrecida por el abandono, aceleraba el maquillaje para los Juegos Olímpicos al ritmo de los *bulldozers* y la dinamita que abrían solares entre los bloques de cristal y hormigón, y de las grúas y

andamios que levantaban plazas y edificios ideados por figuras del urbanismo y la arquitectura mundial. Tras una gran valla publicitaria aún se entreveía el Somorrostro, o el falso recuerdo de aquel barrio ahora convertido en un grumo de chabolas. Dos gitanos con blusas cortas de lunares paseaban por la playa a los pies de las barracas.

Volví a casa de madrugada. Cerré la puerta con sigilo. Tras lanzar al sofá un enorme rollo de papel impreso, sobre el mármol de la cocina encontré un plato envuelto en papel de aluminio. Merluza rebozada y col al lado de una nota escrita a mano: «Estaría bien subir el fin de semana a Camprodon». Sol me había leído el pensamiento.

El viernes por la tarde abarrotamos el maletero del achacoso Peugeot 309 con bolsas de comida, ropa y pañales que amortiguaron los golpes que di para empotrar el cochecito de bebé, y conduje un par de horas hasta la casita que mis suegros poseían en Camprodon. Abandonar la ciudad generaba una cascada de sensaciones positivas que aumentaba con el paso de los kilómetros. El propio viaje me reportaba placer, desgranando las localidades que había grabado en la memoria como el estribillo de una agradable cantinela. Aiguafreda, Tona, Vic, Montesquiú, Ripoll, Sant Joan de les Abadesses, Sant Pau de Segúries. Al salir del coche, recibimos el frío y seco latigazo de un viento preámbulo de la alta montaña. La uve asimétrica del tejado de pizarra titilaba a la luz del hogar. Alrededor se extendía el bosque oscuro levemente punteado por el parpadeo de otras luces emboscadas.

—Mis padres ya han llegado.

—Tus padres no llegan, están —dije abriendo el maletero—. Te tienen engañada: en realidad viven aquí.

—¿Te molesta?

Desplegué el cochecito de Leire agitado al comprender cuánto se equivocaba Sol. Por supuesto que habría preferido disfrutar de la casa a nuestro aire, pero Mercè y Francisco no sólo me caían bien, sino que les agradecía íntimamente que me acogieran en su refugio ofreciéndome un calor que nunca experimenté con mis padres. Por si fuera poco, ya habrían calentado la casa ahorrándonos encender la chimenea.

—No digas cosas raras —respondí—. ¿Has cogido el biberón?

Mi suegra había hecho la cena. Las niñas se durmieron enseguida y pude arrimarme pronto a la hoguera junto al padre de Sol. Rellenó dos chupitos de whisky que bebimos de un trago. La casa estaba decorada con sencillos muebles rústicos. Mercè limpió la mesa donde acabábamos de cenar y colocó en el centro una vieja lámpara formada por una yunta y dos cencerros.

—Habéis llegado tarde —dijo Francisco—. Pensábamos que el Peugeot os había vuelto a dejar tirados.

—No, no —respondí—. La avería de la otra semana fue por no revisar el aceite, pero el coche...

—El coche está fatal —intervino Sol. Acababa de traer un par de tazas de café de cerámica ocre y se había sentado a nuestra espalda con su madre en sendas sillas de enea—. A ver si podemos cambiarlo de una vez porque ahora con las niñas es un follón. Entre que llevamos más peso y necesitamos espacio, está claro que hay que cambiar de coche.

Los troncos crepitaban lamidos por llamas azules mientras Francisco comentaba como de costumbre los últimos partidos del Barça.

—A este paso nunca les veré ganar la Copa de Europa —dijo.

La madre de Sol propuso jugar al parchís.

—Casi se me olvida —dijo mi suegro—. He visto al Eusebi. Le he dicho que venías y pregunta si mañana te apuntas a *caçar bolets*.

Volvió a rellenar los chupitos.

—Si hace buen tiempo —respondí—, me gustaría asomarme por Ulldeter y caminar un rato. ¿Te apuntas, Sol? —pregunté sin volver la cabeza—. Es un paseo suave, un par de horas.

—¿Y quién se queda con las niñas?

—Me encargo yo —dijo su madre—, por eso no te preocupes.

—Anda, mamá, bastante trabajo te damos. Pero si quieres caminar —volvió a dirigirse a mí—, vete con los de los *bolets*. ¿A qué hora sale Eusebi?

—Creo que hacia las siete —dijo su padre—. Si quieres le llamo.

Noté el brazo de Sol estirándose a mi espalda, supuse que consultaba el reloj.

—Aún no es muy tarde —dijo—. Llámale.

Mi suegro me miró con neutralidad. Que le faltara un pulmón le eximía de brindarse como acompañante. Pese a todo, encendió un cigarro y me ofreció tabaco. El viejo fumaba un paquete y medio al día. Encendí el pitillo

con la misma brasa de rama que había utilizado él. Aspiré un chorro de humo para exhalarlo al tiempo que giraba el cuello hacia Sol.

—¿Quieres que vaya a cazar setas? —dije—. Es que he olvidado el rifle en casa.

—Si lo llaman cazar será porque tiene su miga, ¿no? —respondió Sol—. A Eusebi y sus amigos les entusiasma. Además, ya lo has hecho otras veces y no lo has pasado tan mal.

—Lo he hecho una vez.

—Pues eso. Ahora se trata de ir cogiendo experiencia.

—Volví con dos *rovellons*.

—La primera vez no ibas a llenar una cesta. Va, papá, llama a Eusebi y que queden para mañana.

Mi suegro aguardó a que yo encogiera los hombros con un resignado asentimiento antes de telefonar al vecino.

En el dormitorio, la estufa de butano no había variado la temperatura de las sábanas. Sol se abrazó a mí hasta entrar en calor. Luego se dio la vuelta en la cama.

—Duerme, que mañana debes madrugar —murmuró pese a sentir mi excitación contra sus nalgas.

Desperté de forma natural poco antes del amanecer. En silencio, preparé un café que tomé junto a dos pedazos de pan y mantequilla. Al salir, un sol todavía lívido iluminaba la abigarrada fronda verde oscuro constituida por alcornoques y robles que se tendía a mis pies, cediendo las zonas umbrías a los hayedos.

Eusebi y sus colegas sexagenarios reían exhalando bocanadas de vaho en mitad de la carretera.

—¡Sangre fresca! —gritó uno, y el grupo jaleó mi aparición.

Nos repartimos en tres 4×4 que enseguida rodaron por una pista forestal hasta el descampado donde quedamos en reencontrarnos a la hora de comer. Luego nos dispersamos.

Me interné en el bosque en compañía de un pequeño empresario textil barcelonés, un albañil de Manlleu y Eusebi, que era payés en Camprodon. Avanzamos en línea, a tres o cuatro pasos uno de otro, como rastreadores de una brigada criminal, los ojos escrutando el humus que antaño fermentaron osos y lobos. La desaparición de los depredadores había complacido a los payeses, satisfechos con la impecable productividad de sus campos y

ganaderías. A cambio, el monte había perdido emoción. La incomodidad de espantar a algún jabalí o zafarse de las rutinarias víboras distaba años luz del miedo al ataque de una manada de lobos y, para paliar la falta de alicientes salvajes, los habitantes de la región estaban construyendo una épica paradójicamente civilizada por la que quizá aspiraran a emparentarse de algún caricaturesco modo con sus ancestros montañeros o incluso con su propia juventud, cuando salían armados al bosque advertidos de que morir destripados por las zarpas de un oso era una posibilidad.

La nueva épica, que era de media jornada porque los cazadores se retiraban a la hora de comer, se empezaba a propagar por el resto de los bosques catalanes y consistía en cazar sin disparar un tiro, porque la presa era el *bolet*.

Volví al descampado al cabo de unas tres horas con tres *rovellons* y un *rossinyol* lo bastante digno para que mis compañeros lo vitorearan hasta avergonzarme. El resto de los cazadores traía cestas y bolsas atestadas de *bolets*. Sacaron arenques, tocino, rebanadas de pan sobre el que untaron tomate y vertieron aceite, repartieron rodajas de embutidos y la bota de vino empezó a correr mientras contaban que las nutrias estaban volviendo a los cauces de los ríos cercanos.

Aparecieron cigarros de muchos tamaños, termos llenos de café. Me retrepé con una taza y un puro contra el tronco de un poderoso alcornoque mientras aquel grupo de hombres a punto de envejecer disfrutaba contando historias con tanto vigor que ponían el cuerpo entero en ellas. Gritaban, reían, gesticulaban. Al tratar de entender su vitalidad me di cuenta de que sólo hablaban del presente. En ningún momento ni uno solo de ellos comentó nada que hubiera ocurrido demasiado tiempo atrás.

En la primavera de 1990, varios neurólogos del hospital de Can Petri enfermaron prácticamente al unísono. Pablo me llamó un miércoles para avisarme de que alguien había pensado en mí para cubrir una plaza y en breve contactarían conmigo.

—No te lo tomes como una suplencia más —dijo mi amigo al teléfono—. Están construyendo un equipo, el que tienen es pequeño. Si todo va bien, no me extrañaría que pudieras incorporarte de forma definitiva.

Can Petri ni siquiera sumaba una década en funcionamiento. Yo compartía casi la misma edad laboral del centro e interpreté la coincidencia como un buen augurio.

Rozaba la oportunidad de incorporarme a un hospital en alza tocado por la ilusión de todos los despegues. Esa noche me costó dormir. Pablo había dado por hecha la llamada pero al día siguiente no recibí noticias y, aunque era pronto para desesperar, las cábalas me atosigaron robándome aún más horas de sueño.

El viernes a primera hora de la tarde me tumbé en el sofá de casa, cerré los ojos. Intentaba borrar los ecos del estridente llanto de una joven que por la mañana no había completado correctamente uno de los test que le propuse cuando sonó el teléfono.

—¿Camilo Escobedo? —dijo una mujer.

—Sí, hola.

—Hola. Te llamo de Can Petri. Creo que el doctor Estapé te ha avisado de que íbamos a ponernos en contacto contigo.

—Sí, hablamos el otro día. —Me incorporé, tensando el cordón del teléfono.

—Como sabes, buscamos a un neurólogo dispuesto a empezar la semana que viene. Cuarenta horas semanales, sin guardias, horario de ocho a cinco.

Detuvo en seco la descripción de las condiciones. Me tocaba hablar. Quise dar muestras de rápida desenvoltura, pero sin apremios.

—Pablo dijo que corría algo de prisa. ¿Cuándo quieren que me incorpore?

—El lunes.

—¿El lunes que viene?

—El lunes que viene.

Debería hacer un buen montón de llamadas ese fin de semana, quizá a alguien no le sentaría bien mi renuncia.

—Bien... —dije—, debo organizar algunas cosas..., pero sí, sí, claro. No se preocupe, ahí estaré.

—De acuerdo. Te espero entonces a las ocho.

—¿Por quién debo preguntar?

—Oh, perdón. Soy la doctora Diana Velarde. Trabajo en el equipo del doctor Subirats.

Diana descansa en la butaca donde ayer se sentó Sol. Diana. Tan dulce. Qué bien me sigue la corriente. Qué bien me tranquiliza.

—Diana —digo para confirmar que está aquí.

—Camilo —responde ella con una sonrisa triste.

Sabe que su compañía alicaída no es la que más me conviene pero también sabe que me la debe dar. Porque la necesitamos los dos. Por el pasado. Diana hace que todo suceda fácil. Procura no hablar si no lo deseo. No pretende nada, sólo estar. Ahora percibe que puede romper el silencio y me cuenta cosas del departamento. Habla de un paciente que el equipo médico no acierta a ubicar y cuando pregunta qué opino al respecto, le ofrezco mi diagnóstico diferencial con una fluidez que nos sorprende a los dos. Diana dirá que lo más insólito de mi catatonía es observar cómo de pronto la abandono al tratar asuntos profesionales.

Sí, ahora sé lo que Diana dirá años después sobre el momento que hoy compartimos. Y sé lo que dirán muchos de los que me rodean para contribuir a que recomponga mi historia. Porque mi historia sólo puede ser bien contada teniendo acceso al futuro, que es desde donde se escribe este texto. Siempre es así. Siempre se escribe después. Los hechos ocurren y la narración viene más tarde, ayudada por el tiempo y por quienes desean entender.

—Eres un gran médico —dice Diana mientras muevo deprisa las piernas, a las que estoy mirando.

—Es por la medicación —respondo—. Por la medicación. Se me mueven todo el rato. La medicación. Ya sabes.

Quiero contentarla. Ella siempre dice que haga caso de los doctores.

Nos quedamos en un silencio que me incomoda.

—Los doctores dicen que cada vez estás más participativo. Que vas muy bien.

—¿Eso significa que dejarán que vuelva a casa?

—Significa que vas muy bien.

Diana sabe conducir las cosas, aunque no los coches. El suyo tiene arañazos por todas partes. Me pone nervioso ser su copiloto. Pero sabe conducir las cosas. Es hija de dos personas que se conocieron en un campo de concentración francés. Fue la mujer de un marroquí con quien convivió media vida sin amor con tal de no herir al hijo que tuvieron juntos. Fue mi confidente. Ella no sabe que aún la admiro, aunque hubo un día en que la odié. Diana podría no estar ahí sentada. Pero está. Cree que saldré de este letargo. La mayoría quiere que salga. Ella cree que saldré. «Dale tiempo.» Es su frase favorita.

—Diana —digo—. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

La primera vez que la vi fue un lunes, dos o tres minutos antes de las ocho, y estaba nervioso. Desde la carretera había vislumbrado la compacta masa de ladrillo de Can Petri recortada contra la sierra de la Marina. Un enorme rectángulo de quince pisos solitario en la colina, imponente como una fortaleza o una prisión. Aparqué sin problemas, crucé la doble puerta automática, subí al Departamento de Neurología, en el primer piso. Algunos pacientes aguardaban turno sentados en la sala de espera. Al final del pasillo vi a una pequeña mujer con bata blanca que caminaba hacia mí y fui a su encuentro. Diana recuerda que el traje azul, la corbata y el maletín le hicieron pensar en un comercial de laboratorio, aun suponiendo que era yo. Conforme nos acercábamos, distinguí los cabellos rojos, la elegante forma de moverse que disimulaba su estatura. Coincidimos a medio pasillo.

—¿La doctora Diana Velarde?

—Yo misma.

—Hola. Soy Camilo.

Nos estrechamos las manos.

Pidió que la acompañara a su despacho de consultas externas. La luz clara del cuarto acentuó las ojeras y las facciones tensas de alguien que intentaba sobreponerse al cansancio. Después de escuchar el resumen de mi recorrido profesional, preguntó por mis inclinaciones.

—¿Estilo francés o norteamericano?

—La neurología francesa —dije— se recrea en la descripción de los síntomas. La norteamericana es más pragmática y resolutiva. Quizá no tiene la majestuosidad de lo francés, ni desde luego su peso histórico, pero la eficacia

le está permitiendo imponerse. Se ve venir el cambio de modelo, si es que no está ya aquí.

Diana dirá que le llamó la atención el vocabulario y lo delicadamente asertivo de mi exposición.

—Pues ten en cuenta —dijo— que Subirats viene de la escuela francesa. Estuvo quince años trabajando en París.

—Claro, claro... Conozco muy bien la trayectoria del doctor Subirats. Es impresionante. Establecer una correlación clínica con la anatomía patológica está al alcance de muy pocos. Pero codearse con la élite francesa no quiere decir que...

—Yo me instalé en París durante un año para formarme con él.

—No quiero decir que los franceses sean desechables. Sólo apunto a una tendencia de cambio de modelo. Pero por supuesto que Estados Unidos debe mucho a rusos y franceses y...

—No te preocupes —Diana sonrió con languidez—, te he entendido. De hecho, comparto bastante de lo que acabas de decir. Que yo venga de Francia no quiere decir que asuma toda la metodología, aparte de que allí también se están abriendo alternativas. Pero Subirats no es tan flexible en ese sentido. Su modelo es el francés.

—Y eso que se llama Paul.

Quise distender la charla, sobre todo tras el guiño de Diana, que prosiguió como si no me hubiera oído:

—De momento, queremos asentar el departamento. Demostrar una solvencia que nos permita competir con otros grandes hospitales.

Habría respondido que para competir había que modernizarse, pero consideré un exceso comentarlo en la primera entrevista.

—En cualquier caso —dije—, me gusta atender a todos los aspectos de la medicina. Creo en las correspondencias del cuerpo y el cerebro, en la estrecha dependencia mutua.

—He visto en tu currículum que estuviste en Dallas. Te interesa la autoinmunidad.

—Sí.

—Eso es la selva. Territorio desconocido.

—Esto sí que es la selva —respondí señalando hacia la puerta tras la que esperaba una docena de personas.

Cabeceó despacio y afirmativa.

—Estarás preparando la tesis —dijo.

—Espero terminarla en un par de años. Es sobre el síndrome de Sjögren.

—Éste es un buen lugar para recoger información de pacientes.

Se incorporó.

—Vamos a ver tu despacho.

De vuelta en el pasillo, abrió con llave la puerta del despacho 165 y me cedió el paso. El recinto estaba dividido en dos partes. En una, la camilla se enfrentaba a un archivador que contenía material para curas. Me enseñó dónde guardaban el oftalmoscopio, el fonendoscopio, el martillo de reflejos... Tras la mampara acristalada, en la otra parte del despacho, había un escritorio con una máquina de escribir enfrentada a una pequeña estantería de libros especializados. El negatoscopio ocupaba buena parte de la pared, como si se tratara de un cuadro.

—Dedica el día a instalarte y reconocer el hospital —dijo.

—Pablo me comentó que hay otra doctora.

—Nuria Molina. Sigue de baja, ya te comenté que el virus ha hecho estragos, aunque no debería tardar en volver. Empiezas mañana. Yo me voy a casa, estoy bastante débil. Espero recuperarme pronto. Verás que los doctores y residentes son muy agradables, te lo pondrán fácil. Están todos avisados de tu llegada aunque Pablo puede ejercer de maestro de ceremonias.

—Sí, muy bien.

—Estupendo —dijo caminando hacia la puerta.

—Espero que te recuperes pronto.

—Buena suerte —dijo desde el pasillo.

Cerró sin hacer ruido.

Pablo actuó como el cicerone que Diana había augurado y ese día comí en compañía del reducido equipo de neuro. Transmitían la fuerza de los que se saben elegidos entre miles para disfrutar de unos medios excepcionales que permitirán ayudar a personas. Los aires de cambio que a lo largo de los años ochenta habían impulsado a España se vivificaban en aquel equipo entusiasmado con las novedades que no cesaban de sacudir el campo de la neurología. Planeaba la sensación de ser capaces de progresar. Sentí que, después de unos años de radicales rupturas sociales que los reunidos en aquella mesa habíamos vivido con la acotada dedicación que nos permitió el estudio y el trabajo intensivos, llegaba la hora de auparnos para reivindicar el

valor de una medicina que por fin empezaba a recibir dinero. Por si no bastara con eso, Barcelona latía al ritmo de las obras que preparaban a la ciudad para los Juegos que se celebrarían dos veranos después.

Al volver del comedor, la recepcionista de neuro me comunicó que el doctor Subirats quería verme. Entré en mi nuevo despacho, respiré hondo. Mi reflejo apareció en el ventanal lo bastante definido para poder repasarme la raya del pelo. Estiré las solapas del traje observando el gran patio a mis pies, donde una cúpula de lona cubría una piscina. Me quité la americana y me puse la bata más larga del colgador, mi talla exacta. Estaba a punto de conocer a un hombre que había participado en numerosas autopsias míticas, además de frecuentar a los neurólogos de vanguardia en París. Decían que había sido discípulo de Lapresle, el médico de Sartre. Llamé con dos golpes de nudillos en la puerta del despacho.

—Adelante.

Subirats se estaba incorporando para recibirme en pie. Me pareció aún más alto de lo que contaban. Su delgadez la exacerbaban los carrillos consumidos por unas lesiones en la mandíbula, secuelas de un tratamiento infantil de radioterapia que había contribuido a adornar aún más su leyenda.

—Camilo, ¿verdad?

Antes de darme la mano, se la pasó por el pelo blanco, liso y fino, tensamente peinado hacia atrás. Bajo la bata emergió el puño grande de una camisa a medida enmarcando una mano larga que cubrió la mía por completo.

—Hablan muy bien de ti —dijo con una sonrisa que no confirmaban sus ojos—. He oído que estuviste en Dallas. Seguro que nos vas a aportar algo bueno. ¿Has visto el edificio?

—Un poco por encima.

—Ven.

Subimos a la planta de ingresos, la octava, donde me presentó a algunos de mis nuevos compañeros. Le trataron con una deferencia casi reverencial que asocié más al temor que al aprecio. Le envolvía un aura aristocrática que no sólo atañía a su corbata de seda o al chaleco de sastrería distinguibles bajo la bata, sino también a la firmeza de su sobria gesticulación, a la ambigüedad de su rostro, a la esbeltez. Incluso el polvo en los zapatos italianos de cordones desentonaba sin vulgarizarlo. Fue cordial durante el recorrido. En el ascensor de regreso a la primera planta, demostró que se había informado bien sobre mí.

—Así que eres de Granada.

—Nací allí aunque he vivido en Barcelona toda la vida.

—Soy un incondicional de Andalucía. Tengo muchos amigos en el sur. Siempre que bajo voy a escuchar flamenco, pero lo que mejor se me da son el fandango y las seguiriyas. Bueno... soy bastante íntimo de La Chola, la bailaora. Su hermano me ha enseñado a entonar un poco. ¿Tú sabes cantar?

—No. Cantar no es lo mío.

—Ya. No te preocupes. —Se detuvo frente a la puerta de mi despacho—. Las doctoras Velarde y Molina no podrán ayudarte con eso pero para cualquier otra cosa puedes confiar por completo en ellas. Y yo estoy a tu disposición siempre que lo desees. Bienvenido.

Pasé la tarde hojeando los volúmenes médicos de la pequeña estantería del despacho. Cuando empezaba a plantearme regresar a casa, Pablo se asomó para proponer un cigarro.

—Pero vamos afuera —sugirió—, así estiro un poco las piernas.

Remontamos la falda de una colina cercana anaranjada por el crepúsculo. A menos de cien metros del hospital, la vegetación raleaba hasta prácticamente convertirse en yermo.

—Quédate con este sitio porque vas a venir mucho por aquí —aseguró.

Recordé los polvorientos zapatos de Subirats.

—Has conocido al jefe —añadió—. Todo un personaje.

—Un Mascaró —dije acercándole la llama de mi mechero.

Pablo me había comentado que Subirats había residido unos quince años en París exprimiendo una beca insólitamente interminable, y que después pasó otros tres o cuatro entre el John Radcliffe Hospital de Oxford y el Charité de Berlín. Entre el personal sanitario se rumoreaba que cuando en 1976 se convocó la plaza para la jefatura de la planta de neurología del hospital Pere Piulachs, mucho antes de que la gente lo rebautizara Can Petri, se presentaron varios aspirantes, entre ellos Subirats. El día del examen, Subirats apareció en un gran Mercedes conducido por un chófer. Llevaba varios papeles y unas laminillas con preparaciones de anatomía patológica que por algún motivo le permitieron introducir en la sala donde tendría lugar la prueba. Mientras los doctores realizaban el examen, el comité encargado de escoger al candidato recibió una llamada de Bruselas. Al otro lado del teléfono, el alto diplomático español destacado en la capital belga Juan Mascaró recomendó la elección del hermano de su mujer. Ése era el rumor.

—Si alguna vez le llamas por el nombre, llámale Paul, con *a* y *u* — recomendó Pablo—. A la alemana. Sus niñeras le llamaban así.

—¿Y tú por qué sabes esas cosas?

—Forma parte del... círculo. A veces me lo encuentro en el Club de Polo, le gusta jugar al tenis.

—¿Sabes cómo entró en Can Petri? —pregunté al exhalar la primera calada.

—Corren muchas historias. Es una persona atípica. Como toda su familia. Lo que está claro es que es un gran neurólogo.

—Sobre la convocatoria he oído...

—La convocatoria fue cinco años antes de que se inaugurara el hospital, no sé nada sobre aquel período. Lo que sí parece cierto es que varios de los jefes elegidos estuvieron cobrando su sueldo sin ir a trabajar porque el hospital aún no estaba abierto. Pero no creo que Subirats fuera uno de ellos. No es alguien que necesite recurrir a mezquindades.

Fumamos escrutando la montaña.

—¿Por eso lo llaman Can Petri? —dije—. ¿Porque se llenó con los enchufados y las momias de aquel régimen petrificado?

Pablo tosió un poco de humo.

—La verdad es que también podría haber sido por eso..., pero lo de *petrificado* es por las obras. Yo qué sé cuánto tiempo estuvieron construyéndolo, parecía que no iban a acabar nunca.

Dio otra calada rápida, como si quisiera recuperar la nicotina que acababa de expulsar.

—Todos esos cambios que dicen que van a transformar la ciudad — añadió— son chorradas. Migajas. Lo que de verdad importa se va a quedar igual o peor. ¿Tú sabes la de pasta que está entrando en Barcelona con la historia de las Olimpiadas? Y donde hay dinero...

—Pero es verdad que están cambiando cosas.

—No me jodas, Milo. Los Juegos tienen a la ciudad idiotizada. La pasta corre que da gusto y eso es suficiente para tapar todo lo demás. Y lo demás es mucho, créeme. Con lo del sueño olímpico, Samaranch se ha convertido en una especie de Dios. Barcelona es *samaranchiana* y ya sabes cuál es la órbita de Samaranch. Los que manejan el dinero se van a forrar aún más. Se van a forrar de lo lindo.

Resultaba llamativa su implicación, siempre tan irónico y jovial, pero

sonaba coherente porque, después de haber renunciado a aprovechar bastantes privilegios de su acomodada familia, Pablo se había ganado el derecho a criticar los abusos de las élites y resultar más o menos verosímil.

—¿Sol sigue trabajando en la Federació? —preguntó.

—Sí.

—Seguro que ella sabe un montón de historias.

—Una administrativa no tiene acceso a los embrollos serios. Pero insisto en que están cambiando muchas cosas y la Olimpiada ayuda a que las transformaciones sean profundas.

—No es suficiente. Eso es fachada. Hay que llegar más lejos.

—Menudo idealista. Seguro que sigues leyendo poesía.

Se encogió de hombros.

—Si me contentara con esto... ¿Sabes por qué neuro está en la primera planta? Porque Subirats fue uno de los primeros contratados y le dejaron elegir dónde instalarse. Su número de bata es el doce. Hay gente que llama a Can Petri «el hospital de Subirats».

—No seas derrotista.

—No lo soy. Simplemente quiero un cambio de verdad y no la historia que nos están contando.

—¿Vas a manifestaciones?

Dio una última calada larga para apurar el cigarro, que lanzó contra la tierra antes de aplastar la colilla con la suela del zapato.

—Tengo que trabajar —respondió—. ¿Volvemos?

Al día siguiente comencé a recibir pacientes, satisfecho del lugar que ocupaba gracias al tesón de tantos años. Siguieron jornadas plácidamente intensas suavizadas por una temperatura ideal. Diana se reincorporó a los tres días, prestándose a solucionar contratiempos con una amabilidad que enseguida me acercó a ella. Una mañana encontré a una mujer con bata de doctora erguida frente a un archivador metálico, contra el que se apoyaba.

—¿Se encuentra bien?

La mujer me miró apretando los labios.

—Ataque de lumbago. Y mira que hago cada día abdominales, es lo último que me debería pasar. Esto de volver al trabajo es más duro de lo que pensaba. Tú debes de ser Camilo.

—¿Nuria Molina?

Se enderezó un poco sin despegar la mano del archivador.

—Ajá. Bienvenido. Eres muy afortunado de haber caído aquí, el doctor Subirats es un neurólogo maravilloso, vas a aprender mucho con él. Llevamos trabajando juntos ¿cuántos?, ¿quince, veinte años? Y cada día doy gracias por estar a su lado.

—Aprender es mi especialidad —dije—. Diana me dijo que os conocéis desde la época en París. Trabajasteis juntas en el extranjero, ahora seguís en España, enfermáis a la vez... —Le estreché la mano—. Desde luego que eso es un equipo.

Molina me correspondió con una mueca indefinida. Tenía los ojos bonitos. Adiviné un cuerpo frágil bien silueteado bajo la bata. Llevaba el pelo más corto que la mayoría de las mujeres.

—Bienvenido —repitió—. Estamos encantados de contar contigo. Nos vas a venir estupendamente. Perdona pero te tengo que dejar, debo ponerme al día con Subirats y a este paso no sé cuánto tardaré en llegar al despacho.

—¿Quieres que te ayude?

—No te preocupes, si me mantengo erguida puedo caminar sin problemas.

Se retiró marcando bien las zancadas, con una afectación trastabillante que le daba un entrañable aire de muñeca.

A mediados de julio, Diana me comunicó, con lo más parecido a la euforia que le había visto hasta entonces, que el Congreso de Estados Unidos acababa de aprobar «La década del cerebro», proyecto que recibiría una insólita cantidad de millones para potenciar la investigación del órgano que nos entusiasmaba. Treinta y tres billones de neuronas no merecían menos. Incluso Pablo lo celebró, aunque el presidente que había firmado la orden fuera un conservador de la talla de George Bush y aquel dinero nos quedara tan lejos. Sabíamos que la iniciativa estadounidense repercutiría en una toma de conciencia general sobre los beneficios de los estudios científicos del cerebro y, de algún modo, favorecería nuestros proyectos, a nuestros enfermos.

—¿Ves cómo a veces hay cambios de verdad? —le dije.

El eslogan del proyecto caló entre los neurólogos de toda la ciudad, que intercambiamos llamadas y citas básicamente para compartir la jovial estupefacción ante la perspectiva de diez años recibiendo ayudas y atención

mediática. Las conversaciones inoculaban una energía que nos vinculaba de un modo íntimo porque compartíamos esperanzas. La convicción de que, si colaborábamos juntos, tendríamos la posibilidad real de ofrecer algo bueno y hermoso a la gente provocaba la embriagadora alegría de los que se intuyen fundadores.

La atmósfera de ilusión y el reducido equipo que integraba del Departamento de Neurología facilitó el entendimiento con mis compañeros, en quienes descubrí a grandes contadores de historias que a menudo ilustraban con escenas de películas o, sobre todo, episodios de novelas, hasta el punto de impulsar una tertulia a la hora de la comida. Molina vivía en una urbanización cercana al hospital y prefería comer en casa, pero Diana, Xavi Cabré, Ricard Valls y yo nos instalábamos en el comedor de pediatría, el más tranquilo, para hablar sobre todo de política hasta que, a la hora del café, Xavi y Ricard seguían calibrando las posibilidades de que Cataluña fuera un día un país independiente, mientras yo emprendía con Diana una charla literaria a la que con frecuencia se sumaban Pablo y otros doctores que comían solos. Allí me enteré de que Diana traducía libros de medicina del inglés al castellano; «nada muy chic, en realidad», se disculpó. Al saber que yo leía los artículos de Juan Benet en el periódico, dijo:

—Vaya, resulta que eres un iniciado.

—Mi padre sí que es buen lector. Bastante mejor que yo.

—¿Y por qué estás siempre tan callado? Preguntas más que hablas.

—No sé... Vosotros habéis leído mucho más.

Al término del verano, Diana me comunicó que les gustaría seguir contando conmigo. Respondí que no había nada que deseara más.

Una tarde de invierno quedé con Adolf en el bar de la estación de Sants. Se había ido a vivir a Vilanova y de vez en cuando nos citábamos allí para tomar un café rápido y ponernos al día antes de volver a casa. Los trenes salían cada media hora y Adolf pasaba el rato mirando el reloj. Rara vez dejaba que se le escapara el primer tren, pero aquel día estaba a punto de perder el segundo. Habíamos comentado a fondo las novedades en nuestros hospitales riéndonos con anécdotas de pacientes, elucubrando sobre cómo los estadounidenses

estaban imponiendo la palabra *neurociencia* desde que anunciaran su década del cerebro, desmenuzando las inversiones que iban a realizarse en microscopia y neuroimagen.

—Tienes que meterte en alguna institución —había insistido Adolf—. Te guste o no, los contactos facilitan la vida. Desde que estoy en la Societat no paran de salir cosas y, sobre todo, noto que si surgiera cualquier problema, esta gente seguro que me echaría un cable.

Adolf creía tanto en la efectividad de lo que denominaba *neuropolítica* que, cuando la incorporación al hospital de Vilafranca —mucho más cercano a su nueva casa— le alejó de los centros de poder, se las ingenió para ingresar como vocal en la Societat Catalana de Neurologia y seguir conectado al meollo barcelonés.

—Si quieres, puedo hablar de ti para cuando busquen vocales —dijo—. Además, hay gente potentísima, empezando por Graus. Se aprenden cosas, en serio.

Sugerí que el auténtico secreto de su prosperidad pasaba por que escribiera un libro titulado «Neuropolítica» y respondió que, por suerte para él, la neurología estaba llena de «orgullosos puristas» como yo que despreciaban los mullidos sofás de las grandes instituciones. Entonces, empezó a ficcionar sobre mi desastroso futuro al servicio de un Subirats inmortal, futuro en el que mi amigo se contemplaba a sí mismo fumándose un puro mientras recordaba con tristeza cómo yo había desoído sus consejos. Siempre me sentía a gusto charlando con Adolf, pero había interiorizado tanto sus prisas que le recordé que se le iba a escapar el tercer tren.

—¿Quieres otro café? —respondió.

Por la ansiedad de su mirada supuse que durante la demora había estado reuniendo fuerzas para abordar el único tema del que en realidad quería hablar, así que pedimos cerveza pese a la acidez de estómago que me incordiaba desde hacía semanas. Como al principio de la charla Adolf había aludido a la familia con la misma superficialidad de los últimos tiempos y en un tono más bien jocoso, creí que más o menos había superado la crisis con su mujer. Pero cuando se sirvió la mitad de la botella en la copa que depositó exactamente en el centro del posavasos, me explicó que la situación se había deteriorado hasta lo insoportable.

—Estoy pensando en ir al psicólogo.

—¿Al psicólogo? ¿Lo dices en serio?

—El neurólogo loco. —Rio Adolf—. He pensado en el psicoanálisis pero no me convence, no es resolutivo. Y sé de lo que hablo. Compartí despacho con tres psicoanalistas. De hecho, les derivaba pacientes con problemas psiquiátricos. ¿Y sabes qué? La mayoría de las veces no sólo no los arreglaban, sino que les generaban más problemas. Invierten mucho tiempo con pocos resultados. Enredan más que solucionan.

—Es que se supone que los solucionadores somos nosotros.

Adolf asintió con complicidad porque también había presenciado la charla en la que precisamente Francesc Graus, el presidente de la Societat, definió a los neurólogos como «solucionadores» de problemas del resto de los especialistas. Según Graus, nuestro papel consistía en allanar el terreno de unos colegas que nos veían como bichos raros, un poco entre dos mundos, basculando de los TAC, las resonancias, la genética y los *mappings* a las pastillas, tendiendo puentes a menudo demasiado finos o invisibles que impedían que ciertos médicos se dignaran a considerarnos como iguales dentro del gremio sanitario. Lo de «darnos de comer aparte» había hecho fortuna entre los colegas, y los neurólogos parecíamos más un recurso de última hora que una garantía de algo. La imagen de un «solucionador» acudiendo como paciente a uno de los doctores que aguardaban soluciones suyas equivalía a admitir que nos faltaban herramientas para solventar incluso nuestros propios problemas y, por lo tanto, a una bochornosa derrota.

—En vez de ir al psicólogo —dije—, vente a coger setas a Camprodon. Me he hecho colega de un par de tíos del pueblo que me llevan a buscarlas al bosque. Podría pedir la casa un fin de semana a...

—También podría separarme. Quizá sea lo más natural.

Adolf rio tocándose el pelo. Quedaba cerveza en la copa pero cogió la botella y bebió un trago a morro. Luego, como si recitara, dijo:

—La vergüenza y la baja autoestima residen en la interacción de la amígdala y la corteza prefrontal. Habrá que indagar por ahí. Otra opción son las pastillas. En tus queridos Estados Unidos son el no va más.

—Contemplaría la alternativa de las pastillas si no supieras qué está pasando. La cuestión es que lo sabes.

Adolf se quitó las gafas para limpiarlas con una servilleta de papel.

Al despedirnos, pensé en volver a casa caminando pero aún debía descifrar un legajo recién impreso sobre Sjögren. En el vagón de metro, me incrusté entre la multitud rodeado por un mar de cabezas y, sin necesidad de

sujetarme a las barras, estabilizado por el resto de los cuerpos, conté los médicos y terapeutas cercanos que padecían ansiedad, una zozobra que se traducía en descorazonadores problemas domésticos como un superlativo consumo de alcohol y tabaco, la ingesta de benzodiazepinas, la proliferación de enfermedades mentales, el acortamiento de la vida o un aumento de suicidios. Obtuve un número que intuí muy superior a la media de muchas otras profesiones. Un número temible, teniendo en cuenta el poder de contagio de la ansiedad. No de un modo orgánico pero sí por influencia. El decaimiento de un padre podía traspasarse a un hijo. El de un hermano a otro. El de un marido a su mujer. El de un médico a un enfermero. Adolf debía actuar, en cualquier sentido, pero hacerlo. Traté de imaginar cómo le estaría condicionando el ser padre de dos hijos. Intenté madurar el alcance de su sufrimiento, asocié algunas ideas y, cuando llegué a casa, de nuevo estaba pensando en Sjögren.

Además de zambullirme en la tesis, esa temporada peregriné por distintos congresos sobre párkinson y alzhéimer celebrados en Europa y Estados Unidos, durmiendo en hoteles pagados y recibiendo desde libros hasta suscripciones de revistas o invitaciones a impartir charlas, a veces remuneradas. En la Quirón continuaba ofreciendo mis observaciones clínicas a los mejores especialistas de Barcelona: del urólogo Aguiló al doctor Galofré de cirugía general, el cardiólogo Bayés de Luna o Rafael Esteban, un catedrático de hepatología que figuraba entre los diez científicos españoles cuyas investigaciones habían logrado mayor impacto. Rozaba la élite sin pertenecer a ella, dudando sobre si me encontraba a gusto en un entorno que al fin y al cabo juzgaba demasiado aséptico, por selectivo y despegado del enorme abanico de posibilidades que ofrecían las masas enfermas de los barrios de clase baja y media. Yo me consideraba un médico prácticón, un obrero de la neurología con ganas de realizar hallazgos sobre el terreno, pero es cierto que el palaciego resplandor de la Quirón, con su cotidiano desfile de nombres ilustres o como mínimo populares, contribuía a generar dudas.

—No hagas caso de todos esos viajes y los regalos —me dijo un día Subirats sin que yo le consultara nada—. Es un espejismo. Tú estás aquí, y desde aquí serás lo que debas ser. Lo que no consigas en este hospital no lo conseguirás en ningún lado. Eso sí, cuida lo que tienes en la Quirón y aprende

cómo se hacen ahí las cosas porque las élites son las que cambian los países. ¿Has visto *House of Cards*? Es una serie inglesa, no sé cómo la habrán titulado aquí. Es estupenda por muchos motivos, pero lo que sobre todo te enseña esa serie, aparte de la corrupción de las altas esferas, algo que al fin y al cabo todos tenemos claro, lo que sobre todo te enseña es quién manda de verdad. Y lo que a veces hay que hacer para no ser derribado. Si puedes, mírala.

Aunque no logré rescatar los capítulos de aquella miniserie televisiva, me enteré de que trataba sobre un cabecilla político capaz de manipular a quien fuera con tal de alcanzar el liderazgo del Partido Conservador. Las reseñas aludían a la fascinante, por temible, amoralidad del político Francis, y a los shakespearianos extremos de corrupción a los que podía impulsar la codicia.

Mientras indagaba sobre la serie, Adolf anunció que se retiraba como vocal de la Societat. La institución suponía una responsabilidad al fin y al cabo superflua que mi amigo no podía afrontar en ese instante de exacerbada beligerancia doméstica, de modo que me ofreció sustituirle y acepté. Las historias truculentas sobre el ejercicio del poder procedían de los que al menos lo habían rozado; yo tenía curiosidad, hambre de novedades, ambición, sí, ambición sana, buena, positiva, los adjetivos los ponía yo, y aquel órgano lo presidía un hombre al que consideraba ejemplar y que incluso engrandeció su figura cuando me aproximé a él.

—¿Por qué te gusta tanto Graus? —preguntó un mediodía Diana. Compartíamos mesa con el equipo de neuro, incluida Molina, que había preferido padecernos a nosotros antes que a la brigada de limpieza que le estaba higienizando el piso después de reformar la cocina.

—Lo hace todo fácil —respondí—. Entiendes perfectamente lo que dice, se expresa con claridad, y por muy top que sea siempre está dispuesto a escuchar, a colaborar. Tiene ese aura de...

—De haber hecho el *fellowship* en Nueva York —dijo Molina.

—Pasó tres años allí, y se nota —respondí—. ¿Tú ves el orden con el que trabaja?

—¿De verdad crees que Estados Unidos es tan diferente de España? ¿Son mejores a nivel médico? ¿O en la capacidad de diagnóstico y tratamiento?

—Aquí los hospitales no saben organizarse tan bien. No sabemos ser productivos.

—Va, Milo, que a ti todo lo que suena a Estados Unidos te nubla.

—Ese hombre —añadí— fue número uno de la primera promoción de los

MIR, cuando se presentaron catorce mil o, yo qué sé, dieciocho mil aspirantes a la convocatoria. Creo que algo singular sí es.

—Pues su tesis no es que haya llegado muy lejos.

—La escribió en catalán.

—Ya, claro. Será eso —dijo Molina.

Ricard Valls se enderezó en la silla.

—Pues claro que es eso —dijo—. ¿Tú sabes lo que representa ser consecuente con la defensa de tu lengua en este país de mierda? Porque lo del respeto a las distintas nacionalidades, el gobierno se lo pasa por el forro. ¿Alguien cree que en España importan las lenguas minoritarias? Sólo hay que escuchar a los presentadores de televisión. Dicen *Deivid* y *Yorsh Bush* y *Ruonal Ruigan* con una pronunciación cojonuda pero no les hagas decir Puig, Coll o Sabadell. Qué coño, no les hagas decir mi apellido, porque yo en España soy el señor Vals.

Menos Molina, todos nos pusimos a reír repitiendo: «¡Señor Vals! ¡A bailar! ¡Vals! ¡Vals! ¡Vals!».

Ricard hizo exageradas reverencias de agradecimiento. Ricard era un independentista purasangre además de un hábil estratega, de modo que se aplicó en la defensa de Graus con un llamativo despliegue físico y verbal.

—Yo sólo digo —replicó Molina mientras de fondo aún se escuchaba algún «¡Vals!»— que siempre hay una excusa para cuando no se llega arriba.

—Que no sea bueno divulgando lo que hace no significa que no sea un enorme investigador —dije—. Y si escribió la tesis en catalán fue por honestidad consigo mismo. No va dando lecciones a nadie. Además, qué más da escribir la tesis en español o catalán si lo que de verdad cuenta es el inglés.

—Hablamos de respeto —siguió Ricard—, de respeto por unos derechos. Si Cataluña es una nación, tiene derecho a ser ella misma y vivir de acuerdo a...

Molina arrastró la silla con estridencia.

—Es hora de volver al trabajo —dijo incorporándose.

Cuando hubo traspasado el umbral del comedor, Xavi Cabré verbalizó lo que los demás pensábamos:

—Ya sabéis que se lo va a cascar todo a Subirats. Un respetable miembro de esa oligarquía que tanto os irrita.

—Que les den —respondió Ricard.

La escasez de recursos que lastraba a Can Petri desde su fundación resultó un incentivo y una razón para unir al equipo de neurología. Desde el páramo de la dictadura, nuestros padres, fueran del bando que fuesen, nos habían inculcado el valor de la lucha y la resistencia. De hecho, habíamos logrado ser médicos. Y, como mínimo, la enfermedad y la lectura nos habían revelado distintas formas de auténtico sufrimiento, puede que incluso algunos nos sintiéramos mejor en la contrariedad. Los contratiempos derivados de trabajar con un presupuesto ínfimo no iban a arredrar a nadie.

Además, alrededor todo eran buenos presagios. El motor estadounidense había empezado a difundir noticias sobre el cerebro con inusitada regularidad, y la inminente celebración de los Juegos Olímpicos había insuflado a Barcelona el optimismo de saberse el centro de una fiesta mundial. Las vibraciones positivas llegaban por incesantes oleadas alimentadas por la tele, los periódicos, la publicidad, esparciendo la convicción de que lo que ocurría era bueno y que el derrumbe de lugares que formaban parte de nuestra memoria sentimental, como los chiringuitos de la Barceloneta donde tantas veces me había atiborrado de gambas, suponía un peaje más o menos necesario para disfrutar de una ciudad de auténtica vanguardia.

La muerte de mi suegro Francisco en abril después de una pancreatitis aguda me aturdió hasta que Koeman disparó la falta en la final de Wembley. Cuando el balón tocó la red, grité el gol más visceral de mi vida abrazándome no sé a quién, y cuando llegué a Sol y la apreté contra mí no hicieron falta palabras para que ambos recordáramos a su padre —«A este paso nunca les veré ganar la Copa de Europa»—, por el que lloramos abrazados con una alegría diferente a la que otros aficionados expresaban en las gradas y el césped. Pensé que ese gol pertenecía a Francisco, y con aquel atípico tributo liberé de algún modo su recuerdo, que no me ha vuelto a acosar.

En la ceremonia inaugural de los Juegos, un sobrino de Sol fue el encargado de cantar a capela el *Himno de la Alegría*. Recuerdo la exaltación, mi vello erizándose, un novedoso orgullo de sentirme barcelonés. El espíritu olímpico impregnó la ciudad alcanzando cada rincón, y los anillos de los Juegos aparecieron hasta en los mimbres de los folios del hospital.

Días después de que concluyeran las competiciones, la hermana de Subirats visitó la planta de neuro junto con una criada a la que meses antes habíamos curado una embolia en un brazo. La criada cargaba sin problemas una cajita de cartón.

—¡Susi! —gritó Molina—. ¡Qué sorpresa!

—La mujer del gran jefe —murmuró Diana, que repasaba conmigo la ficha de una joven con esclerosis múltiple.

—¿El que estuvo en Bruselas? —pregunté.

—Ajá.

—Anda, chica, no hay para tanto —dijo Susi—. ¿Está mi hermano por ahí?

—Claro, querida. Yo te acompaño.

Molina posó la mano en un brazo de la mujer, guiándola hasta el despacho de Subirats. Desde el exterior escuchamos la estridente risa de Molina. Al salir, Molina observaba el reloj con la insignia del Comité Olímpico que acababa de ajustar en su muñeca. Subirats encabezó una improvisada comitiva que fue repartiendo relojes idénticos a todos los miembros del departamento mientras Susi y Molina comentaban lo bien que habían salido los Juegos y la operación de la criada. Susi preguntó a su hermano cuándo se iba a operar la hernia.

—¿Por qué Subirats aprecia tanto a Molina? —pregunté a Diana cuando los tres desaparecieron tras la puerta del ascensor junto con la criada, que ya no transportaba la caja.

Se encogió de hombros.

—Es... —comencé—, es una doctora poco... ¿Qué estuvo haciendo en París?

—Lo que hiciera lo hizo bien.

Sonreí capciosamente sin que Diana me secundara.

—¿Cuánto llevamos esperando a que vengan a arreglar los aparatos de electroencefalografía y electromiografía? —añadí—. Molina dijo que se encargaría de llamar a la empresa de mantenimiento pero esa gente no aparece. Le he dicho que si quiere me encargo yo pero no hay manera.

—Tú concéntrate en tu autoinmunidad. Procura olvidarte de estas cosas. No ayudan. ¿Cómo va Sjögren?

Me encantó que me preguntara por la tesis.

Diana dirá que realmente le atraía mi obsesión por la autoinmunidad, un tema muy ajeno a sus intereses, y las avanzadas ideas que le exponía con inusual descaro, y que por eso me ayudó a encaminar la investigación sobre Sjögren sugiriendo lecturas, facilitándome informes médicos. Cuando le pedí que me derivara algunos pacientes interesantes para mi investigación, accedió.

Diana practicaba la medicina de forma discreta y eficaz. Su encantadora corrección le permitía seducir a enfermos y profesionales, que sin embargo se mantenían a prudente distancia persuadidos por una sequedad que conmigo no empleaba. Me impresionaba su capacidad de trabajo y la facilidad con la que delegaba, obligándote a dar lo máximo para justificar su confianza.

Diana confesaría que desde el principio me consideró atractivo pero que por entonces amaba a su esposo. Tenían un hijo al que a veces mencionaba con cariño sin explayarse, como si lo íntimo resultara redundantemente inapropiado en aquellas salas saturadas de intimidad. Prefería los temas técnicos, aunque le gustaba escucharme reivindicar más atención para la medicina interna por parte de los neurólogos mientras recordaba la conexión del cerebro con el resto de los órganos y la necesidad de atender al conjunto para anticiparnos a cualquier falla.

—Se puede llegar a los sentimientos escuchando el lenguaje del cuerpo —dijo Diana otra tarde en mi despacho. Acababa de entregarme el expediente de un enfermo útil para mi tesis.

Pensé que me hablaba de deseo. La juzgué de nuevo, esta vez sexualmente. Diez años mayor que yo, conservaba el gancho de la sensualidad, tan pelirroja. Exponiendo su teoría del cerebro, posó una mano en el anaquel de la biblioteca mientras parpadeaba despacio, coordinando ambos gestos en un fascinante ralenti que asocié al baile y la caza.

—Te estás poniendo romántica —bromeé, aunque compartía su visión.

—Los sentimientos suelen calificar alguna cosa... física. Los procesos de la emoción y el sentimiento son claves para la regulación biológica. El cuerpo es el marco de referencia para los procesos neurales. Llama la atención que sólo se hable de neuronas para aludir a la actividad de la mente, como si las neuronas fueran independientes del resto del organismo.

—O sea que la razón y la emoción están unidas.

—Físicamente unidas.

—En las cortezas prefrontales ventromedias.

Rio expansivamente, como no acostumbraba. Se tapó la boca al hacerlo.

—Muy bien —dijo—. Eres un alumno aplicado.

Un buen chico. Un chispazo de violencia me aturdió. Fue un instante de furia radical en el que pensé en darle la vuelta y tomarla contra el escritorio expulsando en sus entrañas la ira que me provocaba aquella asquerosa

definición. Diana no se dio cuenta, inmersa en el discurso que acababa de emprender sobre la importancia de la literatura en su vida.

—La literatura me ha ayudado a aclarar cosas. Lo de unir razón y emoción es una de ellas. Supongo que los escritores trabajan la cabeza desde antes que los neurólogos y por eso en sus historias a veces se encuentran pistas.

—Recomiéndame un libro —dijo, casi ordené.

—Si por una extraña casualidad consigues tiempo para algo que no sea laboral, yo me animaría con *La cartuja de Parma*. A ver qué te parece.

Se dirigió a la puerta de su despacho. Antes de abrirla, dijo:

—¿Cómo va la tesis?

—En la recta final. Quizá pida a Pablo que me eche una mano con las últimas muestras.

—Mientras no lo despistes de sus compromisos... Por cierto —abrió la puerta—, a Subirats le gusta cómo lo estás haciendo.

Sentí una expansión en el pecho, la entrada de aire a raudales. Deseé no defraudarla. A ella. Después pensé en Subirats.

Encontré al jefe haciendo cola frente al ascensor. Se rumoreaba que en breve instalarían ascensores exclusivos para el personal médico pero de momento seguíamos compartiendo las cabinas con visitantes y enfermos. Aproveché para describirle el estado de un paciente que presentaba extraños movimientos en la pared abdominal.

—No he visto nunca un caso así pero sé de lo que hablas —dijo Subirats—. Busca en *Movement Disorders*, ahí encontrarás un artículo que puede ayudarte.

Arrugó un instante el entrecejo antes de especificar el año y el mes en que la revista publicó el artículo. Era de cuatro años antes.

—He oído que te gustan las novelas —añadió al entrar en el ascensor—. Toma nota: *De parte de la princesa muerta*. Lo editaron hace bastante pero no creo que te cueste encontrarlo. Lo que te costará es sacar tiempo para las setecientas y pico páginas que tiene.

Al salir de la cabina, Subirats dijo que me presentara a mediodía en la sala de reuniones porque debía anunciar algo. A la hora prevista, comunicó que la semana siguiente sería operado de una hernia discal cervical y permanecería

algunos meses de baja. Pidió que cumpliéramos con nuestro trabajo como hasta entonces, siguiendo las indicaciones de Diana. También señaló que, en el intervalo, Nuria Molina se haría cargo de la dirección.

—¿Por qué te metes en ese lío? ¿Por qué te interesa este tipo de enfermedades?
—preguntó Pablo cuando le planteé colaborar en el rastreo del retrovirus implicado en el síndrome de Sjögren.

—Mi hermana tiene espondilitis HLA-B27.

—Claro —dijo balanceándose adelante y atrás en la silla reclinable—. Ahora lo entiendo todo.

Coordinamos las agendas y comenzamos a recoger muestras de suero de pacientes en pequeñas probetas de plástico que congelamos a cuarenta bajo cero, aguardando el momento de enviarlas al laboratorio extranjero que determinara si alguna contenía las secuencias de retrovirus que investigábamos.

También me volqué en la escritura de la tesis: amortizaba cuanto podía las noches, los festivos, los fines de semana, y renuncié a mi cargo en una Societat que no me había aportado mucho más que algún contacto.

El sábado, Sol y las niñas salían temprano de paseo y por la tarde yo me sumaba a sus incursiones en El Corte Inglés o a merendar en cualquier chocolatería. A menudo, Sol compraba objetos innecesarios que yo pagaba con culpabilidad, como el precio por no compartir más tiempo con ella, mientras anhelaba acabar lo antes posible los monótonos garbeos familiares que me robaban horas preciosas para lo que de verdad quería hacer.

Leí *La cartuja de Parma*. La historia hablaba del amor de Sanseverina por su sobrino Fabrizio, y de la imposibilidad de culminarlo debido, más que al parentesco, a la edad que los separaba, a que ambos estaban casados con otras personas y a que Fabrizio, además, se había desposado por amor. Era la primera gran novela de literatura clásica que leía aparte de las de Dostoievski, y las emociones que sentí justificaban el porqué de su grandeza. Entre la multitud de clásicos literarios, Diana me había recomendado la historia de amor imposible entre una mujer y alguien bastante más joven que ella.

Terminé de leerla de noche en un café. Cuando llegué a casa, Sol veía la televisión y mis hijas se habían acostado. La luz de la cocina restallaba contra el papel de aluminio que envolvía mi cena. Me senté solo delante de media

tortilla de patatas y unos aros de cebolla rebozados que no me atrevía a tocar. Después de un sándwich frío a media tarde y un cortado, necesitaba comer algo caliente y sólido pero llevaba horas arrastrando un anormal ardor de estómago. Volví a cubrir el plato con el aluminio. Cogí un plátano y un yogur de la nevera. Me senté junto a Sol de cara a la pantalla.

—Tienes cena en la cocina —dijo.

—Lo he visto pero no me encuentro bien.

—¿Otra vez el estómago?

—Uhum.

El televisor emitía un documental sobre la transformación de Barcelona provocada por los Juegos.

—Será una úlcera. Como todos los hombres de tu familia.

—A lo mejor.

—¿Lo dudas?

Mordí el plátano.

—Debe de ser hereditario —dijo.

Callé que las úlceras no se heredan.

—Pero aunque no lo fuera —añadió Sol—, estás haciendo todo lo posible por convertirte en un digno miembro de tu clan. El hospital, la Quirón, la tesis... Joder, Milo. Frena un poco.

Sol se incorporó del sofá, fue a la habitación de las niñas y volvió con un folio que me entregó. Marta había dibujado a una mujer, una niña pequeña y un bebé.

—¿Sabes qué es esto?

Respondió antes de que yo lo adivinara:

—Su familia.

Marta había manejado los lápices con trazo firme, perfilando bien junto a ella a los seres que sentía más cerca. La profusión de colores demostraba que en ese núcleo se sentía feliz.

—¿Dónde estás tú? —preguntó Sol—. ¿Eh? ¿Dónde? Cuando he preguntado a Marta por qué no estabas me ha respondido: porque no duerme aquí. ¡Porque no duerme aquí! Y es que no estás nunca para darle las buenas noches. ¿Qué le digo yo a la profesora cuando tengamos la entrevista? ¿Que no tiene padre? ¿Que nos hemos separado? ¿Qué le digo? Porque supongo que

seré yo quien vaya a la entrevista, claro. Tú no vas a faltar un rato a tu consulta, cómo se me ocurre, los pacientes te necesitan más que tu hija. ¡Tu hija!

Sol se incorporó chocando una rodilla contra las mías antes de alejarse del sofá. Oí el grifo del cuarto de baño, ruido lejano de gárgaras, sus pasos hasta el dormitorio. El dibujo reposaba sobre el cojín a mi lado. Esa noche la úlcera no iba a mejorar. Marta necesitaba que pasara más tiempo en casa, de acuerdo, pero ¿de dónde podía sacarlo si su madre, la misma a la que de repente tanto alteraban mis ausencias, quería seguir yendo a El Corte Inglés cada sábado y comer de vez en cuando en restaurantes pijos?

Dejé el envase del yogur sin terminar en el suelo. Por muchas fórmulas que existieran para relajar los nervios, resultaba que las úlceras, la ansiedad y los infartos eran una constante de la profesión, la inevitable consecuencia de implicarse en un trabajo del que dependían vidas humanas. La despreocupación era una opción para otros, y yo no quería que eso cambiara.

Subirats pasó la convalecencia hospitalaria en una habitación de neuro con vistas al mar habilitada para él. Por primera vez, vi a la mujer de la alta burguesía suiza con la que estaba emparejado; nunca supe si se habían llegado a casar. La mujer venía a menudo y preparaba teteras de distintas infusiones suministradas por Molina, que a menudo se encerraba con la pareja. La suiza ordenó el traslado de un microondas a la habitación, y le procuró unos cuidados tan atentos que acentuaron nuestra extrañeza por lo poco, por no decir nada, que el jefe nos había hablado de ella. Corría el rumor de que era sobrina de un expresidente alemán, cotilleo que algunos cuestionaban a tenor de su descuido físico, como si la pariente de un exlíder no pudiera ser una obesa mórbida con las piernas llenas de varices que siempre iba despeinada y usaba una ropa tan mal puesta o elegida que resultaba desagradable. El contraste con el porte de Subirats, quien incluso convaleciente desprendía aristocracia, también acabó de disparar el rumor hasta entonces más o menos latente de que el jefe tenía un lío con La Chola, la bailaora de flamenco afincada en Tarragona que fue musa de poetas y pintores.

El runrún se apagó en cuanto Subirats abandonó el cuarto con su collarín cervical para proseguir la recuperación en casa y comenzamos a trabajar definitivamente sin él.

—¿Habéis visto a Diana? —preguntó Ricard Valls mientras Molina repasaba la agenda del día conmigo.

—¿Qué quieres? —respondió Molina.

—Nada, no te preocupes. Es que necesito hacerle una consulta.

—¿Yo no te puedo ayudar?

Ricard la miró fijamente.

—No, no. Es por una endocarditis. No te preocupes, ya la busco.

Molina ensombreció el semblante sin desviar la vista del dintel recién traspasado por Ricard. Pese a que Subirats la había designado como su sustituta mientras él permaneciera de baja, el personal del departamento prefería consultar las dudas serias con Diana. La incapacidad de Molina para gestionar según qué temas era manifiesta incluso para ella, pero debía de resultar doloroso observar cómo el equipo entero no sólo la obviaba, sino que se decantaba por una doctora con una trayectoria que, sobre el papel, era similar a la suya. Ese día Molina se quedó a comer y procuró participar en la tertulia. Nos explicó por qué debíamos leer *De parte de la princesa muerta* y se marchó antes del café. Ricard cogió una servilleta de papel y empezó a dibujar una especie de loro esquelético con rasgos humanos, gafas de concha y un pañuelo al cuello.

—¡Molina! —exclamó Xavi—. ¡Te ha quedado clavada!

Ricard caricaturizaba bien.

—Qué tía —dijo Ricard—. No hay forma de que se calle. No he conocido a nadie más pelota, siempre repitiendo lo que dice el jefe. ¡Pero si está leyendo el mismo tocho que Subirats! El puñetero loro. Y cuando el otro vuelva de la operación... —Ricard empezó a moverse con rigidez, como un robot o un ser de ultratumba—. Va a ser como la momia.

Nos pusimos a reír, Diana también. La maldad de Ricard era contagiosa y certificó con sendos atinados dibujos que el Loro y la Momia acababan de ingresar en nuestro imaginario maledicente.

Semanas más tarde, fue Diana quien me advirtió sobre la incomodidad de la situación creada en torno a Molina.

—Cuando tengas que hacer una consulta, intenta pasar por ella de vez en cuando, por favor —me dijo Diana.

—Pero si no sabe ni...

—Si quieres, luego me lo preguntas a mí. Pero no la dejéis al margen.

—Es que es un desastre.

—Molina es la mano derecha de Subirats.

—¿Y? Estamos hablando de velar por la salud de personas. No puedes poner a una incompetente...

—No te pases.

—De acuerdo, incompetente es excesivo. Pero tú misma dijiste que habías visto cómo Subirats tiraba a la basura historias clínicas redactadas por ella. Esa mujer no puede hacerse cargo de una responsabilidad que la supera. Subirats no puede obviar las necesidades de un departamento entero sólo para contentarla.

Diana sonrió con una parte de la boca.

—Sea como sea, ha decidido que ella sea tu jefa en su ausencia. De hecho, los fines de semana o cuando Subirats sale de viaje, ¿a quién deja siempre al frente?

Respondí con mi inmovilidad. Luego dije:

—O sea que si Molina se enfada podría... ir contra ti.

—Espero que no. En cualquier caso, te pido ayuda para que no se enfade.

Fruncí los labios simulando evaluar la situación.

—¿Me pasarás más pacientes? —pregunté.

Diana sonrió.

—Claro, señor chantajista.

Me esforcé por preguntar a Molina algunas dudas que pocas veces resolvió; me emplazaba generalmente a que volviera unos minutos después para darle tiempo, eso decía, a reflexionar sobre el asunto que le planteaba. De todos modos, esos meses trabajamos con despreocupada agilidad, yo más relajado, libre de la presencia de un Subirats que de algún modo siempre me tensaba y agradecido por los nuevos pacientes que empezó a enviarme Diana.

En el tramo final de la tesis, prescindí del café y el alcohol, y me blindé el estómago a base de omeprazoles. De vez en cuando seguía una dieta de verdura y pescado a la plancha. A menudo volvía a casa corriendo para estar unos minutos con las niñas antes de que se acostaran e intenté alargar el tiempo junto a la familia los fines de semana. Me sentía agotado, sin siquiera margen para escapar a Camprodon; necesitaba aprovechar cualquier momento para descansar y a veces me tendía junto a las niñas en el sofá con la intención de que al menos percibieran mi compañía mientras jugaban. Sol prorrogó su paciencia comprando ropa nueva, blusas de moda, modernos utensilios de

cocina, accesorios domésticos. Hablaba en un tono seco de asuntos más graves de lo usual. La noche que me entregó la última ilustración de Marta sobre nuestra familia, dijo:

—Algo hemos avanzado.

Marta se había dibujado de pie junto a su madre y su hermana. Yo aparecía estirado en un sofá, durmiendo.

Terminar la tesis fue una liberación que me distendió físicamente. Nervios y musculatura se destensaron y me procuraron una especie de levedad que agilizó mis movimientos, me aceleró el paso. Me descargué de un peso real. El mismo día de la entrega de la tesis, fui a merendar con Sol y las niñas. Las pequeñas pudieron repetir bizcochos. Las besé, las abracé henchido de satisfacción y gratitud.

—Un brindis por mamá —dije alzando las tazas de chocolate—. Por lo mucho que ha aguantado.

Días más tarde viajé con Sol, unos amigos comunes y varios blisters de omeprazol al restaurante Arzak de San Sebastián para celebrar la conclusión de la tesis. Invité yo. Me regalaron un cuadro de Comadira, comimos y bebimos más de lo aconsejable. Encendimos puros.

—Sólo falta que venga una camarera a chupárnosla —dije.

Vi la escandalizada risa de Sol entre la humareda.

Cuando se calle la mujer de la butaca, nos dejarán salir al patio. Acaba de ingresar pero hay que ver cómo habla. No he oído qué le pasa, sólo que su hijo es toxicómano. Vaya mierda. No quiero escucharla más. Lo único bueno es este rinconcito de sofá, al lado de mi querida y discreta Gema. Podría quedarme dormido. Pero es difícil con una psicóloga como ésa dando la charla, con esos labios gruesos y el vestido marcándole todo. ¿Nos quiere poner a prueba? Al otro lado de la puerta se escucha el ruido de la vajilla. Deben de estar preparando el comedor. Tengo hambre. Cada vez tengo más, aunque no lo diga.

—Tengo hambre —le digo al anestesista.

—Pues aún queda un rato.

La madre del toxicómano acaba su cháchara y la psicóloga cede la palabra a la enfermera de Sant Pau que el otro día contó que estaba separada, que tenía un hijo y un perro y que era obsesiva. Creo que dijo eso. Vaya mierda. El rollo va a durar más de lo previsto. Tengo ganas de levantarme y largarme aunque sea a dar de comer a los gatos del patio. Esto no es para mí. Esta gente no tiene nada que ver conmigo. Sus historias no se parecen a la mía. Este tratamiento es inútil para lo que me está pasando.

—*Mobbing*.

La enfermera ha dicho *mobbing*. Cuenta que sus superiores la acosaron. Que la supervisora de planta le hizo la vida imposible y entonces se volvió loca. Ha dicho loca. Hijos de puta. Entiendo muy bien de qué va la historia. Por primera vez, algo que me interesa de verdad en este antro de pena.

—Hora de descanso —dice la psicóloga. Se llama Cristina o Susana o algo terminado así. Abre el portalón que da al patio y los gatos están esperándonos. La psiquiatra enjoyada saluda a los animales con su griterío habitual. Mejor, que se quede con los gatos y no vuelva a agobiar soltando la historia de su marido con cáncer terminal que la manipula horrorosamente. Es una de sus palabrejas de psiquiatra desquiciada. Horrorosamente. Terriblemente. Miserablemente. Está como una chota. La psiquiatra.

—Camilo, te veo estupendo —dice Gema. Es muy amable. Mi enferma preferida. Podría decirle que a ella tampoco se le nota mucho la depresión con rasgos psicóticos, pero no me parece oportuno.

—Eso se lo dices a todos.

—¿Ves? Ya hasta bromeas.

La verdad es que me encuentro bien. Pero me he sentido igual otras veces y, al decir lo bien que estaba, he visto que la gente no compartía mi optimismo. Por eso muchas veces callo. Aunque últimamente digo más cosas en voz alta. Para la gente, hablar es un buen síntoma.

—Estás imparable —se suma el anestesista.

—Corta el rollo. ¿Tienes cigarros?

No tiene. Pido uno a la cleptómana, que está explicando a la recién llegada sus hazañas en el Opencor y que toma topiramato para controlarse la bulimia. Me da el cigarro sin dejar de hablarle a su nueva víctima.

En un rincón del patio charlan el médico y el ATS que me rayan. La cocaína los ha devorado. Hacen un gesto con la mano invitando a que me acerque. No respondo. Estoy catatónico, lo entenderán.

Volvemos a la sala de psicoterapia para continuar la sesión. El anestesista dice que colecciona insectos y plantas y que ese hobby le sienta bien. Abre una carpeta donde guarda un montón de fotos de todo lo que colecciona. Tiene más de sesenta años y aún hace colecciones. No sé si eso es bueno o malo o qué.

—A mí también me ayuda la fotografía —digo, saltándome el turno de palabra.

El grupo se vuelve hacia mí entre alerta y expectante por haber roto las reglas.

—¿Ah, sí, Camilo? —La psicóloga me da cuerda sonriendo. Nos lanza una pregunta a los dos—: ¿Y por qué os gusta hacer fotos?

Miro al anestesista, que mueve las cejas incitándome a responder. Los demás nos miran alternativamente, y también a la psicóloga. Demasiados frentes abiertos, alguno lo debe de estar pasando mal. Continuamos callados. Alguien sigue trasteando en el comedor.

—La calma —dice el anestesista—. Detienes el tiempo. Por fin todo se para. En una fotografía sabes que ya nadie va a hacer nada porque todo es como es.

Si no fuera por estos fogonazos de poesía no soportaría las sesiones. A veces ocurre.

—¿Y tú, Camilo?

—Por lo mismo —respondo.

Es verdad. Las fotos desaceleran. Van mucho más allá que la tele, la radio, la literatura. Es tiempo estancado. De coleccionista. Qué gracia. De coleccionista.

La sesión continúa pero yo me pierdo en el recuerdo de mis fotos y las de mi hermana Carmen. Las suyas son abstractas, muchas no tienen forma, y sin embargo las recuerdo mejor que otras en las que aparecen personas.

Al terminar la sesión, la psicóloga me dice que la jefa quiere hablar conmigo en su despacho. Debe de ser algo serio. Caminamos por los pasillos escuchando nuestros pasos. No tengo miedo.

—Vas a irte a casa —dice la doctora al otro lado del escritorio.

Antes de que identifique la sensación que se expande en mí mientras trato de discernir el significado exacto de *casa*, la doctora añade:

—Te vas a vivir con tus padres una temporada. Te sentará bien. Volver al hogar es como reencontrarse con el vientre materno.

Dudo sobre qué siento, si esa duda es posible. ¿Con mis padres? ¿Quién me ha entregado a ellos? Hay algo de traición, aunque quizá no. Marta no se puede quedar conmigo, es una cría por muchos diecinueve que tenga. ¿O son dieciocho? Sol vive con Alberto. Diana. Quizá ella podría olvidar y cuidarme. Estos días ha venido a verme. Pero no podrá dejarme solo en casa, debe trabajar. Mi hermana Carmen... tiene hijos.

—Lo he recomendado yo —advierte la doctora—. Hablé con tu madre. Está contenta.

No debería mentir. Cuando estás loco, sólo cabe la verdad. La diplomacia no existe. Los diplomáticos me enervan. Veo la mentira con una claridad hiriente y por eso me siento insultado.

—No debería mentir.

—No miento, Camilo. Tus padres te quieren mucho y están esperando que te instales con ellos. Han preparado la casa para que te sientas muy bien.

De todas formas, de acuerdo. Mis padres me cuidarán. Es lo que ahora necesito. El amor es secundario. Necesito alguien que cocine bien. Alguien que se preocupe exclusivamente de mí. Necesito un espacio lo bastante desolado para enfrentarme conmigo. Mi pequeña habitación. La doctora ni quiere ni necesita mi respuesta, así que no la tendrá.

—Seguirás viniendo cada día para continuar con la recuperación, las

sesiones de psicoterapia —mierda—, el gimnasio..., pero dormirás con tu familia. A partir de ahora, puedes ir a las cafeterías que más te gusten.

Lo dice porque un día me quejé de las cafeterías para matusalenes a las que nos llevaban a merendar.

—Las sesiones de grupo no me sirven para nada —digo.

—La psicoterapia es fundamental. Cuesta adaptarse pero considera que a un noventa y nueve por ciento de ingresos les ha ayudado. Gente que rechazaba la fórmula ha acabado reconociendo que después de las sesiones entendieron mejor sus problemas. Puede haber excepciones, no digo que no, pero son muy raras. Muy muy raras. La psicoterapia funciona.

Yo soy la excepción. La mayoría de mis compañeros son adictos a la cháchara comecocos. Yo no. No me identifico con los testimonios de esta gente. Ellos están obsesionados y luchan por alejarse de su obsesión. Toman fuerzas afirmando que repudian las sustancias químicas, la marihuana, el alcohol. Hablando de sus demonios, los exorcizan. Yo no. A mí me falta un objetivo. La psiquiatra me incita a hablar de adicciones. Cree que estoy enganchado al sexo. Sabe que bebí el suficiente alcohol. Por eso pretende equipararme a los demás y quiere que cuente mi infierno. Mi infierno tiene un poco del de todos y unas raíces muy distintas. Lo sé. No logro distinguir esas raíces pero no incumben a la adicción. Lo sé. Pero con esta mujer no se puede razonar. Además, estoy fatal y no voy a malgastar fuerzas inútilmente. La doctora sigue hablando de no sé qué. Quiero salir de una vez, aunque sea con mis padres. No será fácil. Pero soltadme, joder. Soltadme ya.

Al día siguiente me recoge mi madre. Viene sola. Mi padre ha preferido no arrastrar la botella de oxígeno para luego arrastrarme a mí. Es marzo; hace frío. Qué bueno sentirlo así. Sin filas indias. Sin catatónicos ni bocazas alrededor. En los cristales de las tiendas veo a mi madre caminando junto a un hombre rígido, el hombre un paso por delante de ella.

Entro en casa. Rosa está limpiando. Al verme, se pone a llorar. Rosa. Dio la alarma cuando las cosas comenzaron a complicarse. La señora de la limpieza se percató antes que nadie. Antes de que llegara la fiebre. Es curioso. No recuerdo nada de aquel período, y nadie se refiere a él. Cuando surge la oportunidad de aproximarme a lo que pasó, titubeo sin preguntar. No sé si lo puedo asimilar en mi estado. Si serviría de algo escucharlo. Si me lo querrán

contar. Ha ocurrido algo fuerte, duro, quién sabe si imperdonable. Lo veo en los ojos de los que me visitan, encogidos por la tristeza y en muchos casos el temor. No sé si puedo ordenar lo que pasó. Si podría dar el sentido adecuado a los relatos.

Rosa desliza el plumero por la vitrina del antosalón llena de figuritas. Veo el gallo de plata, la campanilla. El reloj de pared con pesos. La cómoda con florituras de ebanistería. La casa se conserva lúgubre, sumida en la sórdida higiene del pasado y la religión. Limpia y silenciosa, momificada como Subirats. La prefiero a la mierda del CHAMM. Al menos aquí palpita algo que me pertenece, por mucho asco que me dé. Hay torpeza, incompreensión y frío. Pero no maldad. Sólo necesito tiempo. Tiempo para recuperarme.

Rosa se marcha. Me quedo a solas con los viejos. Su vejez se funde con la de la casa. Dos viejos y un loco. Estremecedor, como diría la psiquiatra enjoyada. Cuando mi padre enciende el televisor, siento la vibración de una escena antigua. Somos los que fuimos: dos padres y un hijo. Retocados por los años: dos viejos y un loco. «*C'est la vie*», diría Diana, tan francesa. Hay algo antinatural en la imagen de dos ancianos encargándose de un hijo inválido. La regresión de los tres nos desubica. Ninguno hace lo que parece que está haciendo porque los tres cavilamos sobre cómo nos entenderemos.

Me siento en el sofá. Ellos, en las eternas butacas junto a la mesa camilla, al lado del ventanal abierto a Via Augusta. Están de cara al televisor pero noto sus miradas furtivas. El idiotizado bipolar que yace en el sofá acapara su atención. A fin de cuentas, en la tele sólo hablan de ladrones y muertos.

«Trastorno bipolar», reza el alta que han firmado cinco médicos. Simulan consenso para ocultar que no saben lo que tengo. Cinco médicos para meterme en el cajón de sastre del bipolar. Cinco médicos son muchos para cualquiera que desconozca la hipócrita mecánica de este juego. Cinco médicos es una cifra lo bastante impresionante para validar cualquier falacia. ¿Quién los va a desmentir? ¿Yo?

—Me voy a la cama —digo educadamente.

—Tienes el pijama bajo la almohada —dice mi madre amagando incorporarse—. ¿Quieres que te prepare algo? ¿Te apetece un vaso de leche?

Emboco el pasillo de los dormitorios. Los retratos separados de mis padres siguen flanqueando la ilustración enmarcada de Quijote y Sancho. Nada ha cambiado en... ¿cuántos años? Mi pequeño cuarto conserva la estantería con un puñado de libros que me ponen melancólico. Volveré a intentar leer. En el

CHAMM, alguien me dejó un libro sobre los Borgia pero no aguanté más de dos líneas. Debo leer. Una cortinilla blanca cubre la ventanita sobre el cabezal de la cama. Las telas son de primera, mi madre tiene ojo y dinero para eso. A un lado, la mesita de noche rematada con una discreta lámpara. Al desnudarme, veo de nuevo las marcas de cinchas en los pectorales. Nadie me ha contado por qué están ahí. Puedo deducirlo pero aún no lo voy a preguntar.

En la pared pegada a la cama hay un gran mapa del mundo. Está clavado tan bajo que distingo perfectamente el nombre de las ciudades mientras recuesto la cabeza en la almohada. Imagino trayectos a lugares remotos, sólo el trayecto. Ni paisajes ni cielos ni hombres. Sólo el viaje. Me pregunto si en lugares como Japón, la India o Malawi, mi hermético comportamiento se asociaría al de un loco. Busco Islandia y Groenlandia, donde sueño ir algún día. Mi madre asoma la cabeza por la puerta.

—Buenas noches —dice con timidez.

No respondo.

El lunes salgo con mi madre hacia el CHAMM. No quiero caminar con ella, y mucho menos por la calle. No quiero que la gente piense que soy un loco con guía. Acelero y me pongo un metro por delante. Ni siquiera intenta acercarse. Mantiene la distancia. Subimos al vagón de metro en silencio. Bajamos en la plaza de siempre, seguimos por la avenida y a las nueve me despide en la puerta del CHAMM. El día es idéntico a los anteriores allí. Gimnasio, comidas, psicoterapia de mierda. A las cuatro, mi madre viene a buscarme. Vuelvo a caminar unos pasos por delante.

Paso la tarde encerrado en casa mientras ella y mi padre leen o miran la televisión. Por la noche, ceno la ensalada de tomate, atún y huevo duro que me encanta. Ahora, la ensalada es mi comida *top*, junto a la tortilla de patatas.

—Para recuperarte debes tener más voluntad —dice mi padre de cara al televisor.

Mi madre deja de recoger los platos de la cena y le dice:

—¿Es que no lo entiendes? No se trata de voluntad. Déjale tranquilo. Que vaya a su ritmo.

Mi padre no replica. Qué raro. Me siento frente a la tele sin ver lo que dan. Al cabo de un rato me voy a la cama.

Hago una vida muy limitada, sin más visitas que las de mis hijas y un círculo muy cerrado de amigos. Duermo mucho, muchísimo. Desayuno y me vuelvo a la cama, a veces hasta la hora de comer. No tengo ganas ni de ir a comprar el pan. Como y me echo la siesta y por la tarde veo los programas de tele de sobremesa, cocineros, tertulias, apenas me engancho a alguna película. Espero la cena y de nuevo a dormir. Horas y horas en el sofá. Como un autómatas. Como un vegetal.

Abril transcurre y termina. La vida se acota a la casa de mis padres y el CHAMM. Las sinapsis de mis miles de millones de neuronas no acaban de acelerarse. La sensación de estar quedándome sin futuro aumenta, y creo que me silencia más. Ayer mi madre le dijo al portero del edificio que yo estaba depresivo. No oí que él preguntara nada pero supongo que la pobre mujer necesita explicarse. Explicarme. Volvió a mentir. Es lo que tanto odio de ella. Las apariencias. Una familia de Sarrià no puede permitirse un loco en la familia. Es duro aceptar la realidad pero así es, mamá. Para el mundo en general, estoy mal de la azotea. Más allá de la depresión. Aunque no voy a negar que la ansiedad forma parte de esto, y que también debo de estar pasando una depresión cuyo origen probablemente seas tú. Pero, claro, tú no sabes nada de la teoría del apego. Dicen que el nivel de ansiedad deriva en gran parte de la relación con las primeras figuras de apego. En especial con la madre. Yo he padecido momentos de torturadora ansiedad. De todas formas, quién no. Mi madre está convencida de que me pasa algo con ella. No se explica mi agresividad. Dice que, al mirarme a los ojos, en ellos lee: no te quiero. Y así es.

A veces, sobre todo después de cenar, pienso en matarme. Ahora, por ejemplo. He dejado los platos en el fregadero y la ventanita de la cocina está entreabierta. Cuatro pisos de altura. La idílica hemorragia cerebral es una quimera. Saltar al vacío y caer a peso hasta estrellarme contra el suelo del patio interior es una posibilidad. Imagino mi esqueleto fracturado y la sangre extendiéndose para horror de los vecinos. Pero en el patio hay un tendedero y las cuerdas podrían frenarme. ¿Y si me quedo tetrapléjico? Menudo *show*.

—Cami, ven al sofá con nosotros —grita mi madre desde el comedor.

Obedezco como siempre. Volvemos a estar los tres de cara a una pantalla. Mi padre en la butaca junto a la mesa camilla. Mi madre en un extremo del sofá, dejando sitio entre nosotros para no tocarnos. En ningún momento he tenido sensación de molestarlos. Su cuidado me provoca una molesta gratitud.

—Cómo has echado a perder tu vida —dice mi padre mirando a la televisión, y chasquea la lengua como un punto y final. Como si me diera por muerto.

Es una frase de destrucción. La recordaré el resto de mi vida. Quizá mi padre crea que entre lo mucho que he perdido también están el discernimiento y la memoria. Quizá crea que no retengo lo que escucho y que no seré capaz de recordar. Sea como sea, si no quiero que esta frase me sepulte debo esforzarme en comprender. Comprender al viejo amargado que lamenta una vida que no fue como esperaba. Cuánta angustia debe de sentir para haber pronunciado esas palabras. Papá, gracias por la educación que me has dado porque hoy te puedo entender. Te debo entender. No te voy a odiar, papá. Sé que no es lo que quieres decir. Sé que todo esto se escapa a tu comprensión y que estás conmigo ofreciéndome tu rudimentario cariño aunque sientas cómo te devora la frustración. No hemos logrado querernos como se supone que lo hacen un padre y un hijo, y ya no lo lograremos. Pero está bien. Miremos la televisión. No me vas a destruir desde el pozo de tu ignorancia ni te ayudaré a elegir las palabras para entendernos. Suficiente tengo con hallar las mías. Es tarde para enseñarnos. Pero sabemos sobrevivir.

Mi acinesia facilita ocultar la desconcertada rabia que se mezcla con el cariño y la estupefacción. No me muevo. Nada visible es distinto en mí. No hay señales de que algo me haya afectado. Esta enfermedad es fantástica para encajar.

Mis hijas y Sol me visitan con frecuencia. Cada una cuando puede, a veces todas juntas. Las niñas son cariñosas y cautas, sobre todo la pequeña Elia, que guarda las distancias conmigo. Me han dicho que vino a verme al CHAMM pero no lo recuerdo. Hoy no está aquí. Con las ganas que tenía de abrazarla. Me dirán que al encontrarme idiotizado se colapsó, no reconoció a su padre. Intento decir algo pero casi nunca lo consigo, absorbo en mi interior. El esfuerzo por captar lo que ocurre ahí fuera es lo bastante duro para encima ponerme a hablar.

Marta pregunta cómo estoy y me acaricia el pelo y me cuenta su semana. No me cuenta nada de la universidad ni tampoco se lo pregunto, así que sólo después sabré que desde mi ingreso en el hospital falta a sus clases de primero de Derecho. Más adelante, alguien me contará que Marta se pasa el tiempo

pensando cómo sobrellevar mi enfermedad. Ha empezado a padecer insomnio y ha dejado de salir con amigos. Siente fatiga, desasosiego. Tengo diecinueve años, se dice Marta a veces, y mira cómo estoy, cuidando de mi padre. Es cierto. Marta viene a menudo a darme conversación o simplemente a estar mientras estudia los apuntes que le pasan dos amigas.

Marta se planteó cursar Medicina porque me admiraba. Entonces, Pasqual Maragall ganó las elecciones a la presidencia de la Generalitat. Marta era una adolescente y el entusiasmo de Sol, incrustada en el meollo socialista, le contagié la devoción política. Por algún motivo, ha acabado estudiando Derecho. Lo hará muy bien, es responsable, apasionada. Qué mayor se ha hecho. Cada año es un poco más Escobedo. Los pómulos generosos y la barbilla rubicunda son marcas de mi familia. Habla con el ímpetu de su madre, eso sí. Mi pequeña, ya tan grande.

—¿Me lees el periódico? —dice Marta.

Como cuando era una niña. Le leía el periódico en voz alta. Tenemos mucho en común, incluso nos gustan los mismos libros. Hace unos meses me pidió una lista con las cien novelas clásicas que debía leer. Es lógico que se lleve tan bien con Diana, al margen de lo que pueda saber de mi historia con ella.

Leo tres líneas de periódico antes de devolvérselo. No tengo fuerzas para más.

Marta dirá que Diana ha salvado a la familia. Que durante mi estancia en Can Petri y Bellvitge, Diana ha demostrado que me aprecia muchísimo. Me paseaba, me entretenía, conversó durante horas conmigo. Marta pensó que lo pasado, pasado estaba. Ahora lo importante es que esa señora me ha ayudado en un instante crucial mientras aseguraba que todo iba a salir bien. Diana forma parte de nuestra historia.

Diana viene algunas tardes a las cinco, y casi cada sábado vamos a tomar un helado o de paseo por la plaza Catalunya. No hablo mucho, a veces nada. Diana no pide palabras. Siempre he sentido que me entiende, también cuando la dejé.

—Estás ganando autonomía —dice Diana al sentarnos en un café—. Te veo más ágil. Esto va bien.

Algo pasa rápido a centímetros. Un camarero. El rumor de las conversaciones resulta un poco invasivo. Un grupo de jóvenes ríe y chilla ruidosamente tres mesas más allá. Este ajeteo me agobia a la vez que me

estimula. Diana conserva la dulzura habitual, aunque la veo cansada. ¿No tiene a nadie mejor que yo para ocupar una tarde de sábado?

—Recibir la visita de mis hijas en casa de mis padres... —digo—. Me siento frágil.

—Pasaré. Vas muy bien, Milo.

Diana rescata el Milo de los momentos íntimos. Cuando cortamos, volvió a llamarme Camilo. Pero hoy prefiere darme aún más calor.

—Velarrrrrrde —digo, remedando mi vieja broma, aunque como no logro sonreír debo de resultar inquietante.

Me acompaña a casa, saluda a mis padres, nos despedimos. Mi madre la acompaña hasta el vestíbulo y allí, eso lo sabré después, le dice:

—Agradecemos mucho lo que estás haciendo por nuestro hijo. Pero no te confundas. Camilo no te quiere. Si se recupera, no volverá contigo.

Yo estoy en mi cuarto. Animado por la opinión de Diana —«vas muy bien, vas muy bien»—, intento leer un libro. No tardo mucho en elegir a Rulfo. Avanzo lento pero a buen ritmo. Comprendo cada línea. Es un libro lleno de piedras, casuchas y soledad. Un paisaje lamentable que me sienta bien.

—Voy a conectarme a internet —les digo a mis padres.

Cruzo el piso hasta el ala más alejada, donde se halla el cuarto del ordenador, anexo a la cocina. No escucho nada al otro lado del piso. Es un auténtico refugio, mi cubículo virtual. Mi cuenta de e-mail contiene más de mil correos no abiertos. Amigos, informes hospitalarios, familia. Varios mensajes de Josep. No tengo fuerzas para la avalancha, así que entro en la web de Meetic y me pongo a chatear como antes de la debacle. Sólo respondo a las mujeres de tetas grandes o que transmiten dulzura.

Al mirarme en el espejo del baño recuerdo que no hace tanto tuve un problema con otro espejo pero no acierto a distinguir qué pasó. Menuda expresión hierática. Me veo apagado, rígido, inseguro. He perdido algo que no sé si volverá, y la fragilidad de esa pérdida me hace odiosamente vulnerable. Sin embargo, siento con una definición inédita. Los sentidos absorben cada espacio, cada variación. Nada se me escapa, aunque no lo manifieste. Aunque parezca lo contrario.

Una tarde, mi madre me lleva a comprar unos pendientes para mi hermana. Otro día, emiten un partido de fútbol y mi madre advierte que por primera vez sigo con verdadera atención lo que ocurre en la pantalla. Los doctores recomiendan que empiece a moverme solo por la ciudad. Parece que soy capaz. Me asusta un poco. Es una gran noticia. Pero me asusta. Al día siguiente, mi madre me prepara un zumo de naranja. Lleno una cucharilla de azúcar y derramo casi todo. Mi madre lo recoge en silencio. Luego revisa mi barba afeitada con la máquina de mi padre, me acompaña hasta la puerta y digo:

—Me voy a ver a los locos.

En la calle, todo es tan sencillo como siempre fue, aunque me muevo maquinalmente. Llego a mi destino y regreso de él sin nada que recordar.

Paso semanas yendo y viniendo solo al CHAMM. Sé que me tengo que levantar, afeitarse, lavar, desayunar, vestir, andar hasta el metro, meter la tarjeta en la máquina, sacarla, subir al vagón, viajar, apearme, salir al exterior, andar hasta la floristería, tomar resuello, andar hasta la farmacia, tomar resuello, atravesar la plaza, subir el último repechón hasta el CHAMM. Lo hago. Llego puntual, siempre de los primeros. Si madrugo demasiado, bebo una Coca-Cola y me como un donut en el bar Rojo. Si continúa sobrando tiempo, me fumo un cigarro. Me comporto entre el autómata y el fanático ritual. No me siento lo bastante flexible para innovar, para alterar el recorrido, ni siquiera para interrumpirlo. Vivo un auténtico día de la marmota. En casa de mis padres, cada jornada es también muy parecida a la anterior. Vivo siempre el mismo día. Me siento más viejo. No sé si por la enfermedad o porque repetir envejece.

La psiquiatra del CHAMM me incita a ir al piso del Guinardó y dormir allí. Solo. Pienso en ello varios días. Rehúso hacerlo pero, como sé que me conviene, voy. Giro la llave a la vez que empujo con fuerza para disimular el miedo. La penumbra de la mañana revela millones de partículas flotando sobre haces de luz. Hay cartas tiradas a mis pies. Huele a cerrado. Camino despacio por el piso tocando la superficie de una mesa, el brazo del sofá, la pared. Compruebo que los libros siguen en su sitio. *Cambio de bandera. Opiniones de un payaso. Miguel Strogoff. Tiempo de silencio.* Lo escribió un psiquiatra. Su mujer murió por un escape de gas. Voy a la cocina a comprobar que el gas esté cerrado. Todo va bien. No me quedaré a dormir. No me siento en condiciones de asimilar mi vacío en esta casa desangelada. Las oscuridades se alimentan entre ellas. Este piso espera mi retorno para reconstruir una vida que quizá no

admira reconstrucciones. Después de esto, quién va a confiar en mí como médico. Quién va a confiar en mí. Quizá me restablezca del todo. Quizá. Conforme más consciente soy de la realidad, más incómodo me siento. Más angustiado. En este puto piso frío. Quiero salir de aquí. La oscuridad de los años se abalanza en avalancha. Tengo que largarme. Aun sabiendo que no voy a tardar en volver. Porque mi última identidad continúa reposando en este lugar y rescatarla o recomponerla, vislumbrarla al menos, significaría readueñarme de lo que es mío. No puedo dejar de volver.

En mayo, unos amigos de la facultad me llevan de excursión a Viella. El deshielo ha multiplicado el caudal de los ríos y nos detenemos al borde de uno. El agua helada y el sol hacen milagros, dice alguien. Me siento bastante bien, aunque no me gusta que todos me vigilen. El día pasa muy rápido, respirando hondo y, con frecuencia, solo. Respiro sobre piedras, en promontorios, en el banco de un pueblo. Por la noche, Javi dice que alguna gente no quiere dormir cerca de mí porque estoy raro. Raro como qué. No sé, raro. ¿Lo estoy? Un poco, pero no te preocupes, vamos a dormir.

La mañana siguiente pregunto a una amiga cómo de raro estoy y dice que no me moleste pero que le doy miedo. Yo me noto tranquilo, sin furia ni odio ni nada parecido. Lamento transmitir una imagen tan alejada de mi estado real. Me doy cuenta de que aún queda mucho por delante. Me gustaría comer algo fresco. Me comería un melón.

El 8 de junio cumpla años y vienen Sol y dos de mis hijas a casa. Leire no se presenta porque está liada con alguna de sus historias okupas. Sol se enfada. Le indigna que Leire se pierda un día como hoy, nada menos que el cumpleaños de su padre enfermo, aunque no lo diga de esta forma. Despotrica contra ella. Reconoce que alguna vez criticó a mis hermanas por *hippirulas* pero que con Leire se va a tener que tragar dos tazas, porque a ésta el dinero sí que le da igual.

—Se pasa el día en casas llenas de pringados piojosos que a saber de dónde habrán salido. Y con esas crestas y esos pendientes por todo el puñetero cuerpo. Ahora está insoportable con la historia esa del 4F, se ve que han metido en la cárcel a algunos de sus colegas porque alguien tiró una maceta a un policía y el hombre está en coma. Ella dice que es injusto y que no sé qué, y le ha dado por apuntarse a todas las manifestaciones para que liberen a los okupas. A todas. No se pierde ni una. Vamos mal con Leire, vamos mal. Si es que ni siquiera estudia. ¿Qué va a hacer sin estudios?

Sol se pasa de rosca hablando de Leire pero no estoy en condiciones de discutir. Tampoco de decirle que se calle..., de las consecuencias de decírselo. Con mi madre y las niñas aquí. Aunque para las niñas no sería algo nuevo. Su monólogo flota en forma de expresiones efectistas. Pringados piojosos. Policía en coma. Sin estudios. Puñetero cuerpo. Puñetero cuerpo. Puñetero cuerpo.

Las comidas de los domingos resumen bien la historia de un matrimonio. La tensión en casa de mis padres siempre contrastó con la divertida amabilidad que me dispensaron los padres de Sol cada vez que nos juntábamos. A finales de 1993, su madre continuaba acogiéndome con cariño y sacando a relucir a su marido.

—Seguro que Francisco se habría sentido tan orgulloso por tu tesis como yo —dijo Mercè aquel domingo.

—Muy bien, mamá, no digo que no, tiene mucho mérito, pero los títulos no dan de comer —replicó Sol. Y, dirigiéndose a mí, añadió—: En la práctica, no se ha notado nada. Sigues igual que siempre, haciendo más guardias que un tonto. Mirando todo el tiempo la cartera. Te habría salido más rentable hacerte pediatra.

Como de costumbre, aludió a su cuñado Ramón, el pediatra que había logrado levantar una consulta propia por donde cada vez desfilaban más niños.

—Ramón tiene éxito económico —respondí—, nada más. No confundas la esencia. Él es más empresario que pediatra. No puedes comparar.

—¿Más empresario que pediatra? —Sonrió sarcástica—. Ya estamos con las ínfulas creativas. Que a alguien le vayan bien las cosas no significa que sea más tonto. Más bien parece lo contrario.

—Sol, no compares —intervino su madre—. Mira a Milo cómo disfruta con la medicina. El otro se pasa el día hablando de dinero.

Mientras Mercè servía la paella, vertí un poco de cava en mi copa. La madre de Sol había mantenido la tradición de descorchar una botella cada vez que comíamos en su casa, y nosotros la de llevar un dulce de la pastelería Foix para el café. Agradecí la solidaria lucidez de la anfitriona, molesto por la deslealtad de Sol. Habíamos hablado otras veces sobre el tema del dinero, si bien aquél no era el momento para rescatar polémicas que, ella lo sabía, me afectaban profundamente. Comenté que me habían ofrecido hacer guardias en Can Petri, y cobraría horas extras.

—¿Y qué sacas de ahí? —respondió Sol—. Dinero, ¿no? Y menos tiempo para estar en casa con nosotras. Ramón no hace guardias.

Seguimos comiendo en silencio.

Durante dos días, eludí conversar con Sol. Su proximidad me desalentaba hasta la rabia, de modo que decidí alargar las horas en el hospital para sofocar la irritación. Esos días pensé en Adolf, que meses antes había consumado la separación de su mujer. Uno de los primeros días fuera de su antigua casa, Sol y yo le acogimos en la nuestra. Adolf estaba deshecho y esperanzado, aunque en su rostro primaba el sufrimiento.

—Si quieres —le había insistido yo—, podemos irnos un fin de semana a Camprodon y te despejas un poco.

—¿Solos?

—Solos.

—¿Y qué hacemos tú y yo en Camprodon? No quiero coger setas.

—No sé. Algo se nos ocurrirá. En las noches claras de verano hasta se puede ver un faro.

Adolf arrugó aún más los pliegues de su agotada mejilla.

—Gracias por proponerlo, Milo. De momento, me apaño con mi música y el hospital.

Me pregunté dónde podría apoyarme yo en una situación así, y sólo atisbé la neurología porque el montañismo ya pertenecía a otra época.

—Sí, el hospital sienta bien, ¿eh? —dije.

—El trabajo diario es lo que sienta bien —respondió—. Porque cada vez que pienso en la sanidad de este país...

—¿Eso es una queja laboral? ¿Tú no eras de los que no protestaban?

—No suelo hacerlo. Pero me parece que este año jugaré a la lotería.

La mañana del sorteo de Navidad, salí de la cafetería del hospital canturreando el sonsonete de los niños de San Ildefonso con el rumor aún fresco de las bolas que se introducían en el bombo. Un joven corpulento de un modo que no lo parecía estaba plantado en el pasillo de consultas. Al ver mi bata blanca, se acercó.

—Buenos días. ¿El despacho del doctor Subirats?

—¿Para qué lo buscas?

—Soy Josep, el nuevo residente.

—Vaya, bienvenido. Menudo día para estrenarse. Parece que ya te ha tocado la lotería.

—No sé —respondió.

—¿Cómo que no sabes? ¿Es que no quieres ser neurólogo?

—Era la única especialidad que quedaba libre al coger la plaza. Yo quiero ser otorrino.

El chico no se esforzaba en disimular. Lo aleatorio del sistema de residencias enviaba a aspirantes a odontólogos a oncología, a futuros traumatólogos a un equipo de oftalmólogos, si bien la mínima diplomacia invitaba a simular que al menos simpatizabas con el destino que te iba a ocupar los próximos meses.

—¿Tienes experiencia?

—Ninguna.

—Aunque sea en medicina general...

—Tampoco. Bueno, sí. He suturado a bastantes pijos que se abren la frente esquiando en Andorra.

—¿Y el hospital? —dije—. ¿Quieres trabajar en este hospital?

—No. Mi idea es fichar por una clínica privada y hacerme rico.

La desacomplejada sinceridad del chaval me hizo reír.

Josep fue el segundo residente en neurología de Can Petri, el nuevo compañero de Sonsoles, la residente vasca que había entrado el año anterior. Su ímpetu y corpulencia le valieron desde muy pronto el sobrenombre de Tánquez. Ellos, Ricard, Diana, Xavi Cabré y yo conformamos el eficaz grupo de amigos y colaboradores que halló Subirats al regresar a su despacho caminando con la espalda más rígida de lo habitual. Volvió con las cervicales aplanadas, buen humor y ganas de recuperar los muchos meses de baja, de modo que, pese a no compartir del todo algunos nuevos procedimientos, nos dejó actuar con suficiente libertad. Molina continuó fiel a las directrices de la neurología clásica amparadas por el jefe, mientras Diana empezaba a atender a líneas de trabajo e investigación que, sin ser arrolladoramente vanguardistas, suponían un cambio de tendencia.

La planta de neuro incrementó el número de visitas, el ritmo de trabajo se aceleró. Una tarde propuse a Subirats organizar el flujo de pacientes de un modo distinto. Lo había encontrado en su despacho con Molina, a la que echó un vistazo antes de responder.

—No te compliques con asuntos que no te incumben, Escobedo. No te

preocupes tanto o te quemarás antes de tiempo.

Salí al pasillo buscando la cajetilla de tabaco en la bata.

—¿Hora de fumar? —preguntó Diana.

—Uhum.

—Te acompaño. Prefiero repasar fichas respirando aire fresco.

Desde la falda de la colina, la ciudad se tendía extraña a nuestros pies. Acostumbrados a contemplarla desde Montjuïc, el mar o el Tibidabo, Can Petri desubicaba tanto los lugares de referencia que en ocasiones la ciudad parecía otra. Sin duda, ahora rutilaba más. Los Juegos Olímpicos habían aumentado el alumbrado de varias zonas y resultaba sencillo adivinar itinerarios urbanos desde nuestra atalaya. En el crepúsculo, el entramado se atisbaba más sinuoso, más equiparable a los laberintos del cerebro, con sus mesnadas de insignificantes pero decisivas personas pululando imparablemente, conectándose, estableciendo asociaciones que serían más o menos productivas, imposibles o fatales.

A unos metros, un hombre esbelto salido de un matorral caminó hasta la carretera. Parecía Subirats, pero como iba con una especie de mastín pequeño y ya estaba oscureciendo tuve que aguzar la vista para confirmar que, en efecto, era él.

—¿Ese perro es del jefe? —pregunté. Diana levantó la vista de las fichas que repasaba en penumbra.

—Sí, un golden pardo —dijo devolviendo la atención a las fichas—. Lo encontró en el monte y lo ha adoptado. A veces se lo trae.

—¿Le permiten meterlo en el hospital?

—No, no. —Me miró—. Lo deja por la mañana en el coche y de vez en cuando baja a pasearlo. Aunque de alguna manera sí ha entrado: los de laboratorio dicen que Subirats a veces les lleva muestras de orina del perro para analizar.

—Estás de broma.

Diana negó con la cabeza sonriendo.

—Dicen que Subirats pone su nombre en los potes para colarlos como... humanos.

Aquellos análisis podían interpretarse como un evidente abuso de autoridad o como una chistosa extravagancia a añadir en el historial de un doctor enigmático. En cualquier caso, Subirats se mostraba satisfecho con los resultados de su equipo, y si esa satisfacción nos envalentonaba hasta

atrevernos a imaginar innovaciones en la planta de neuro, también ayudaba a relativizar lo que acabé juzgando como una simpática travesura. Diana cerró los ojos más tiempo del habitual.

—¿Estás bien? —dije.

—Sí... No.

Despegó los párpados antes de hablar.

—Desde que volvió de la operación me ha..., no sé..., apartado un poco. A saber qué le habrá contado Molina.

—Me he dado cuenta. El otro día vi que te preguntaba si habías hecho aquel registro de muerte cerebral en pediatría. ¿Cómo no lo ibas a hacer?

—Tampoco creas que en la práctica me afecta mucho. Sólo que me siento como más... controlada. En la práctica no cambia gran cosa pero después de tantos años, sabe mal.

—¡Maldito *pecadorrrr* de la *praderarrrr*! —exclamé.

Como pretendía, Diana se puso a reír.

En aquellos meses, un menudo cómico andaluz había irrumpido en la televisión proyectando un humor histriónico pero atípicamente entrañable que llenó el hospital de imitadores. La gente decía «*jol*» y «*condemor*» y «por la gloria de mi madre» y «pecador de la pradera» y frases absurdas que, pronunciadas al estilo de Chiquito, el nombre artístico del humorista, resultaban graciosas. En algunos recesos, la cafetería de Can Petri adquiría un aire a medio camino entre la guardería y el pabellón psiquiátrico, se escuchaba «*joooool*» y «por la *gloooriaaaa*» todo el tiempo y del modo más estridente, haciendo difícil creer que los allí reunidos fueran doctores. Lo pasábamos bien.

Llevados por la espiral de tonterías, alguien recordó algunos episodios tronchantes de *La casa de Dios*, el tragicómico testimonio de un médico sobre su experiencia en el único hospital estadounidense exclusivo para judíos. Lo leí enseguida, en inglés, porque aún no se había traducido en España. Al comentarlo con otros médicos y enfermeros, convinimos en lo certero de su crudeza, en que por fin alguien liquidaba el empalagoso romanticismo mistificador que en general rodeaba a la medicina. Nos divirtió el hallazgo de bautizar como *gomers* (*Get Out of My Emergency Room*) a los ancianos sin remedio que ni mueren ni reciben el alta, y se erigen en pseudoinstituciones de cada hospital.

Además de los clásicos *gomers*, en cualquier planta de neurología

merodeaban los hombres de cincuenta y muchos años ojerosos, alcohólicos, con los dedos amarillentos por la nicotina. E, influidos por el humor de Chiquito, recogimos una de sus pegadizas palabras para encasillar a este tipo de pacientes bajo el apelativo de *fistros*.

La rutina de *gomers* y *fistros* agotaba singularmente. Su más que previsible evolución nos hacía desear casos complejos que pusieran a prueba nuestras capacidades y nos ayudaran a aprender de verdad. Casos que, a ser posible, pudiéramos resolver, porque asistir a cómo un paciente se desanclaba del mundo sin poder socorrerlo provocaba una desalentadora impotencia. De todos modos, después de más de una década en activo, yo había más o menos aprendido a amortiguar el desasosiego de los enfermos, relativizar los ataques de ansiedad, los bloqueos, los arrebatos violentos. Y también había acumulado un buen número de estudios y pacientes que me permitían intuir diagnósticos con una fiabilidad que, según dirá Josep, asombraba.

Josep rescatará la impresión que recibió aquella mañana en la que los neurólogos de Can Petri habían pasado varias horas observando a una paciente sin discernir el origen de sus desvaríos cuando yo aparecí en la planta, más tarde de lo habitual. Venía de acompañar a Sol al ginecólogo, quien había certificado que había vuelto a quedarse embarazada. La noticia me descolocó. No contaba con otro hijo. Pensé que estaría bien tener un varón a la vez que me abrumaba la responsabilidad de arrancar de nuevo la odisea de los pañales, los llantos a medianoche. ¿Cómo lo atendería? ¿Qué gasto iba a suponer? Sol calculó cuándo llegaría el bebé, qué habitación le correspondería dependiendo del sexo, dijo que tenía muchas ganas de anunciárselo a nuestras hijas. Yo había pedido el día libre en el hospital pero al salir de la consulta no supe qué hacer. Me despedí de Sol en casa y conduje hacia Can Petri en busca de algo que podía ser consuelo, y que siempre hallaba en los hospitales.

Al llegar, Josep conversaba con Xavi sobre una paciente ingresada la noche anterior con una cefalea muy severa. Xavi y Josep barajaban algo más que una hemorragia subaracnoidea pero el líquido de la punción lumbar había salido teñido de sangre y no ayudó a determinar nada.

—Voy a interrogarla un poco —dije.

La mujer aseguró que todo empezó con un dolor de cabeza «como si me muriera» mientras se duchaba. Le aflojó a la media hora hasta casi desaparecer para retornar al cabo de unas horas con atroz intensidad. Y así varias veces en los últimos días.

—Creo que tiene un síndrome de vasoconstricción cerebral reversible —dije.

Xavi y Josep convinieron que cabía esa posibilidad y poco después confirmamos el diagnóstico.

—Ha sido impresionante —me dijo Josep de camino a la cafetería—. ¿Cómo lo haces?

—Después de muchos pacientes, la intuición funciona sola —dije—. Y luego está Iwo Jima.

—¿Qué?

—Iwo Jima, la isla de la foto con los soldados yanquis clavando la bandera en una colina durante la Segunda Guerra Mundial.

—¡Ah! ¡Iwo Jima! ¿Y qué tiene que ver con la vasoconstricción cerebral?

—Cuando te he mencionado la foto de la colina te has acordado, ¿verdad? —dije, y le expliqué mi teoría sobre la importancia de ser el primero.

Los soldados norteamericanos conquistaron la colina y clavaron la bandera. Luego puede que la quitaran los japoneses o que se rompiera, pudo ocurrir cualquier cosa, pero el mundo entero recuerda esa bandera porque fue la primera en clavarse ahí, o al menos la fotografía se encargó de hacernos pensar eso.

—Según mi teoría —dije—, con los diagnósticos pasa algo parecido. Lanzas uno rápido. Si es bueno, te ganas la confianza del paciente y el respeto de los compañeros. Si es incorrecto, qué más da. Los diagnósticos erróneos a primera vista son de lo más frecuente, y más en nuestra disciplina. Por eso me gusta hacer Iwo Jimas. Tienes poco que perder.

—O sea que lo de ahora ha sido un Iwo Jima.

—Sí.

—Pero has acertado.

—Por eso los sigo haciendo. Fallar demasiado sería desmoralizador. Desmoralizador y ridículo.

Caminamos hasta el final del pasillo.

—¿No te habías cogido el día de fiesta? —preguntó Josep.

—Ya ves. Estoy enganchado. ¿Cómo va Carmencita?

—¿La niña o la abuela?

—La niña, la que enviamos a Sant Joan de Déu. ¿Seguimos sin pistas?

—Ni una. Con ésta no hay Iwo Jima que valga. Sigue con los tics y un severo trastorno de conducta. Cuando le dan los ataques...

A sus ocho años, el comportamiento y las convulsiones de la pequeña Carmen desconcertaban a los neurólogos. Los escáneres y los test no habían aportado indicios de ninguna anomalía conocida y los encargados de tratarla comenzaban a claudicar. El temor a intervenir de manera errónea había paralizado cualquier cura al margen de los tranquilizantes, que la mantenían en un perpetuo letargo. Carmencita evidenciaba cuánto cerebro quedaba aún por descubrir. La prodigiosa década investigadora llegaría pronto a su ecuador y la conclusión más indiscutida alcanzada por los científicos apuntaba a que la complejidad del cerebro resultaba muy superior a la esperada. Millones de sinapsis proponían un número de combinaciones tan abisal como, por eso mismo, hermoso. Tan incontrolable como el espermatozoide que había fecundado a Sol.

El cerebro tenía la dimensión de una vida pero el hecho de que pudiéramos medirlo en centímetros, contemplar su totalidad, sostenerlo entre las manos, reportaba la sosegante impresión de poder comprenderlo mejor, y a esa ilusión me entregué.

Elia nació un lunes de enero con mucho viento de poniente. Hacía calor para ser invierno y yo estaba tomado por la alegría y el sofoco incubados durante meses imaginando mi nueva cotidianidad como padre de tres hijas. Sudé más que nunca en enero. Tras el parto, fui a casa a cambiarme de ropa y en poco más de una hora recibí varias llamadas, algunas de profesores y doctores amigos que preguntaban por el alumbramiento y por mis ánimos.

Enseguida Adolf contactó conmigo, tan exultante como las últimas veces. Había encontrado a Roser, quien le había ayudado a superar al fin la separación; su voz transmitía un optimismo viril.

—Y prepárate, porque pronto viene el Congreso de la Sociedad Americana. ¡Esto es un no parar!

—Acabo de tener otra hija, Adolf.

—¿Y por eso vas a dejar de ser doctor? Más bien será al revés: deberás trabajar más. ¡El triple! Así que tienes que venir.

Al colgar, volvió a sonar el teléfono. Dudé si responder, me apetecía dormir un rato. Era Sol. Me indicó dónde podía encontrar una camisa blanca que me gustaba y me pidió que cogiera una colonia que había olvidado añadir al neceser. Me dio las gracias por la ayuda y colgó diciendo que volviera

pronto a su lado. Luego, el silencio del piso me confortó. Por algún motivo, observé los cuadros semiabstractos de las paredes, el orden de la cómoda, la doblez bien hecha de los paños y las mantas sobre el sofá. La casa respiraba su carácter. Envidié a Sol, porque su temperamento apasionado no la desequilibraba. Era fuerte y regular, siempre avanzando, como una apisonadora estridente. Era imparable y llamativa. Sentí que me estaba aplastando.

Me convocaron para la autopsia de un paciente al que habían torturado una serie de embolias cerebrales sin aparente motivo, lo que nos hizo pensar en una endocarditis que enviaba émbolos al cerebro. Me enfundé el delantal de papel verde, la mascarilla y entré en la sala ilusionado por asistir a un procedimiento cada vez más infrecuente en los hospitales. El olor a formol impregnaba el cubículo donde la pizarra anunciaba que ya habían separado el cerebro del cuerpo. Localicé la masa gelatinosa en una solitaria bandeja. El patólogo me saludó levantando un pulgar antes de apresar el corazón poniendo las manos en cuenco y proceder lentamente a su extracción. El agujero de la cavidad abdominal sin vísceras me intimidó. La costumbre de ver cabezas sin cerebro no atenuaba la impresión de un hombre abierto en canal.

—Verrugas —dijo el patólogo inclinándose sobre el corazón extirpado—. Lo que habíamos pensado: endocarditis trombótica no bacteriana.

Me aproximé al cerebro y lo cogí. Abundaban las meninges adheridas, que habían transformado su habitual color amarillento oscuro en un gris azulado. Estaba frío. Le di la vuelta para identificar las estructuras del cerebelo en la base. Revisé el tronco cerebral, el polígono arterial de Willis. En los pares nerviosos craneales, hundí los dedos con suavidad palpando la masa blanda, como de flan espeso. El hombre al que había visto agonizar en planta estaba ahora ahí descuartizado formando un montón de piel, tripas, grasa, órganos. Por un instante, necesité entender por qué la vida es tan incomprensible y fugaz. Inspiré hondo más allá del formol, invocando a las partículas de argón que perduran a lo largo de los siglos conectando a unas generaciones con otras, portadoras de un elixir que no incumbe a los mortales.

—Está claro —dijo el patólogo—. Te puedes ahorrar el microscopio.

Aparte de los émbolos, el reconocimiento no reveló signos de meningitis ni hemorragias ni distorsiones singulares. Depositó el cerebro en un recipiente con formol.

—He oído que dentro de poco os montan otro sarao en los USA —dijo el patólogo sentado frente al corazón.

Recordé el comentario de Adolf sobre el Congreso de la Academia Americana de Neurología. Dijo que se celebraría en San Francisco.

—Tienes que venir —había insistido Adolf con un inusual retintín.

—¿Qué tramas?

—Necesitas relajarte un poco.

—Ya, ya. ¿Para qué me necesitas?

—Roser y yo vamos a casarnos... en Nevada.

—Pero tú... aún estás casado, ¿no?

—Por eso. Allí puedes hacerlo de todas formas. Vas, pagas y no te piden cuentas sobre cómo te lo montas en tu país.

—O sea que te pasas a la poligamia.

Adolf rio con ganas.

—Tienes que venir. Necesitamos testigos.

—¿Qué otros candidatos hay?

—Uno eres tú. Y ya buscaremos a alguien —lo dijo con picardía— que te acompañe.

El patólogo levantó la mirada del corazón para repetir la pregunta.

—¿Qué? ¿Irás?

En marzo de 1996 aterricé en el aeropuerto de San Francisco en compañía de Adolf, Roser y Teresa, una neuróloga a la que conocía por haber coincidido en algunas reuniones profesionales. Charlamos un buen rato durante el vuelo, nos caímos bien enseguida. Incluso cuando hablaba de neurología, Teresa parecía hablar de algo más. La furgoneta enviada por la organización la depositó en el mismo hotel que a Adolf y Roser, y los tres se despidieron de mí con teatral lástima. Cuando, a la mañana siguiente, llegué caminando a su hotel para compartir el desayuno, Teresa los acompañaba.

—¿Qué tal tu choza? —preguntó Adolf.

—Creo que vosotros sois neurólogos de más categoría.

—¿Por eso vienes a desayunar aquí? ¿Para codearte con la *jet*?

—No quería que Teresa se sintiera sola —dije. Y, mirándola a ella, añadí —: Seguro que no te han hecho mucho caso entre tanto arrumaco.

—¡Se van a casar! —susurró ella.

Adolf y Roser agacharon las cabezas como si alguien pudiera escucharlos e, imitando la voz baja de Teresa, Adolf dijo:

—¿Quién se viene de boda?

—¿Con vosotros? —susurró Teresa—. Pero... primero deberíamos pasarnos por el congreso.

—No te preocupes —dije—. Cumple con tu obligación. Ya encontraremos otro testigo en Nevada.

—¿En Nevada? —repitió Teresa.

El nombre quedó suspendido como el olor a café.

—Salimos mañana —dijo Roser—. Ya nos habrán visto un día en el congreso. Hacemos acto de presencia, un poco de paripé y andando.

Teresa dio un trago largo a su zumo de naranja echando vistazos a las mesas de alrededor.

—¿En serio puedo ir?

—Nos falta un testigo —respondió Adolf.

Alquilamos el coche esa tarde. Tras pactar los turnos de conducción, a primera hora del día siguiente rodábamos por la Highway 80 rumbo a Reno. Cruzamos las anchas llanuras del oeste asombrados por el espacio mientras bromeábamos al imaginar que alguien advertía nuestra ausencia.

Intenté parecer divertido pero empezó a agobiarme la idea de estar engañando a los organizadores del congreso, y de algún modo a Sol. Desaparecer no podía ser tan sencillo, aún menos con la inversión que aquella gente había hecho en nosotros. Me sentía culpable. También sentía el calor de Teresa a mi lado. Adolf me miró por el retrovisor.

—Que no te preocupes, Milo —dijo—. Mientras recetemos sus fármacos, todo irá bien. Con lo que se gastan las farmacéuticas, no les vendrá de tres o cuatro asistentes.

—Comprenderán que tenemos asuntos más importantes que atender —dijo Roser, exultante desde que franqueamos la aduana estadounidense—. En este país son muy románticos.

Besó a Adolf en la mejilla con una ardiente ternura que asocié a la juventud. El aire trajo un fuerte olor a campo. Incluso tamizada por las persistentes nubes, la luz se percibía más blanda y limpia, aunque también sopesé que la transgresión de la escapada aguzara los sentidos convirtiendo lo normal en otra cosa. Los kilómetros atenuaron la excitación. El tamaño de los tractores, las vacas diseminadas, la espléndida desolación de Sierra Nevada fueron convenciéndome de la fortuna de rodar sobre tierra extraña con varios días por delante. Había olvidado las sensaciones que reportaba una libertad así. Durante cuatro días, mi única responsabilidad consistiría en actuar como testigo de un matrimonio apócrifo.

Especulamos sobre cómo sería la ceremonia nupcial, si el juez llevaría sombrero de *cowboy* o botas con espuelas, y después de muchas bobadas aprobamos seriamente el desparpajo norteamericano por su capacidad para adaptarse y atreverse a la novedad. Yo estaba leyendo a Szilard, así que apelé a los lazos que unen al científico creativo con el artista y el poeta, y los demás me abuchearon por el arrebató intelectual.

—Por cierto, ¿cómo va con la Momia? —preguntó Adolf.

—En su línea —respondí—. Es un personaje. A veces se interesa por lo que le vamos sugiriendo pero diría que le da pereza innovar de verdad. Diana se ha dado cuenta de que no hay nada que hacer y cada vez discute más a menudo con él.

—Pues que tenga cuidado.

—No, si se llevan bien. Sólo que ahora, cuando Subirats tiene una duda o necesita cotejar algo, prefiere recurrir a Molina.

—Ella siempre dice sí —dijo Roser.

Adolf le echó un rápido vistazo y añadió:

—Espero que tú también.

Roser le devolvió una mirada sarcástica.

—Molina está soltera, ¿no? —dijo Adolf.

—Al menos, nunca ha dicho que tuviera pareja —respondí.

—Clásico ejemplo de subalterna enamorada de superior —dijo Teresa—. Es el síndrome «sí, mi amo».

—Pues aquí sabrían qué hacer con ella —aseguró Adolf.

—¿Casarla?

—Aún peor. Los doctores yanquis tienen fama de haberse hartado de recetar Valium a solteras.

—¡Nooooo! —exclamaron las mujeres.

—En realidad, está casada —aclaré.

Roser gritó:

—¡Da igual! ¡Venga, acelera!

La autopista comenzó a tomar altura. A lo lejos, muy arriba, se divisaban las luces de los tráileres dibujando pronunciadas curvas. Al cruzar el Donner Pass, el paisaje alpino se convirtió en un páramo, la humedad desapareció. Un mundo árido de matorrales se extendió tan sólo alterado por la antigua vía de ferrocarril que se insinuaba al borde de precipicios abismales. Atardecía bajo un cielo despejado que empezó a ceder paso a una noche de claridad irreal. La oscuridad se impuso durante el descenso hasta que Reno emergió como un oasis de neón.

En la ciudad, buscamos una capilla que funcionara las veinticuatro horas y tras informarnos sobre dónde había que entregar la documentación pertinente fuimos a unos almacenes cercanos a comprar los anillos y bolsas de alpiste, porque no vendían arroz. Las chicas eligieron pañuelos de diversos colores para adornar la ceremonia. Una jueza casó a Roser y Adolf leyendo un discurso sobre los compromisos del amor. Antes de que los protagonistas se besaran, crucé una mirada con Teresa y en sus ojos reconocí mi soledad.

Al salir de los juzgados había anochecido mientras los esposos continuaban besándose. Dijeron que, de algún modo, era la primera vez.

Habíamos convenido vivir cuatro días de mentira, de modo que cenamos en el Hard Rock Cafe y pernoctamos en un motel de carretera. Alquilamos dos habitaciones, una de matrimonio para los recién casados y otra con camas separadas.

—Ha sido bonito —dijo Teresa cuando apagué la luz—. Buenas noches.

—Buenas noches.

La escuché removerse en la cama un par de minutos. Luego levantó la frazada, oí cómo se incorporaba, sus pisadas tenues en la moqueta. Se inclinó sobre mí.

—Necesito un abrazo —dijo.

Me ladeé en la oscuridad notando de nuevo su calor. La abracé dos segundos, tres. Empecé a desnudarla mientras le besaba el cuello, los hombros. La boca anhelante de Teresa. Hicimos el amor con la entrega de quienes ya sabían algo sobre el otro y necesitaban más. Me preguntó por mi familia, habló de la suya. Durante horas.

Al amanecer nevaba con intensidad. En recepción dijeron que si continuaba nevando cerrarían el puerto de montaña que conectaba Reno con San Francisco. De consumarse el bloqueo, nos perderíamos el final del congreso, y quizá el vuelo de regreso a España. Deseé que la nevada continuara.

Las carreteras se mantuvieron abiertas. Salimos hacia San Francisco rodando despacio. Llegamos cuando el congreso acababa y Teresa me propuso pasar la última noche en su habitación. Mientras me cepillaba los dientes con Teresa esperando en la cama, pensé que nunca había follado de aquella forma. Que había una vida que podía ser así, y que durante unos días yo había tenido la oportunidad de probarla. Ella marchó de madrugada porque le asignaron otro avión para volver.

Al cerrar la puerta, el silencio de la habitación contenía todo lo sucedido esos días. Pensé que por primera vez había transgredido de verdad y que en adelante mi vida no sería la misma.

Volví a Barcelona el día de Sant Jordi empuñando una rosa para Sol. Ella dirá que cerré los ojos al depositar las maletas en el suelo y que dejé la flor sobre la mesa con desgana.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Odié, mientras volvía a admirar, su intuición. Sol afirmaba que yo no sabía fingir y desde luego que ella continuaba detectando fácilmente mis

cambios de humor. Supongo que mis lacónicas respuestas en las conversaciones que habíamos mantenido por teléfono durante el viaje contribuyeron a inquietarla.

—Nada. Todo bien.

Cogí de nuevo las maletas. Sol me agarró de un brazo.

—¿Qué ha pasado?

Cabeceé hacia la rosa.

—Es para ti —dije.

No apartó la mirada de mis ojos. Yo mantenía las maletas en vilo.

—¿Quieres decírmelo tú o prefieres que lo suponga?

¿Qué prefería? ¿Qué implicaría confesar que le había sido infiel? Suponer siempre resulta menos ruidoso pero yo deseaba enfrentarme a ella, demostrarle que sabía vivir al margen de su doctrina.

—¿Con quién ha sido? —preguntó.

—No la conoces —respondí—. Se llama Teresa.

Caminé con las maletas hasta el dormitorio sin escuchar movimientos en el salón, tampoco sollozos. Sol explicará que la confirmación de mi aventura le provocó una colérica pena, además de angustia ante la definitiva afloración de una crisis que esperaba desde hacía mucho. La escasez de tiempo para vernos al margen de las niñas había impuesto una rutina insoportable para mí, cada vez más escueto en las charlas y ajeno a los asuntos de Sol. Y ella había deseado achacar mi desapego a otro período de excesivo trabajo.

—Creo que me voy a ir a vivir con ella —dije.

—¿Qué? Pero ¿qué estás diciendo? ¿Cuánto hace que la conoces?

—Qué más da. Lo suficiente.

—¿Cuánto?

No respondí.

—¿Quince días? ¿La has conocido en este viaje?

—Llevaba mucho sin sentir algo así.

Sol dirá que por un instante se alejó de la escena. La distancia le permitió observar nuestras arrugas, las patas de gallo, el cansancio de años. Pronto cumpliríamos cuarenta. Con cuánta frecuencia había oído historias de matrimonios en crisis a esa edad. Ahora, su marido acababa de liarse con una desconocida durante una escapada. ¿Se podía ser más vulgar? Si existía un guion para las crisis de los cuarenta, lo estábamos aplicando al dedillo. Sol acudió a la lógica. Cualquier pareja debe contemplar la posibilidad de una

crisis profunda, y no digamos un escarceo. Además, en los viajes uno nunca se comporta de forma del todo natural. Y teníamos tres hijas. Y dieciocho años en común. Si le hubiera dicho que me había enamorado de alguien con quien coqueteaba desde hacía tiempo, Sol quizá hubiera dudado, pero yo no había mencionado ese sentimiento, el amor; de haberlo hecho, habría sonado ridículo, y su percepción aseguraba que quince días no bastan para enamorarse a los cuarenta, de modo que redujo mi decisión a un simple...

—Encoñamiento.

Así lo llamé.

—Quieres cambiar cosas —dijo— y, como no sabes por dónde empezar, te has encoñado, que es la salida más fácil. La que cogéis todos los tíos.

Discutimos. Sobre todo habló ella, entre triste y furiosa, pero confiada en la liviandad de mi emoción, que consideró tan fuerte como pasajera. De todos modos, supo que disponía de poco margen para señalarme que estaba equivocado. Por eso, al cabo de un par de días, marcó el número de teléfono de quien supuso debía comprenderme bien.

Diana dirá que quedaron en el Samoa al principio de un largo crepúsculo, preludeo del verano.

—Te he llamado porque sé que Camilo te quiere mucho —empezó Sol.

Luego le preguntó por mi estado de ánimo, por mis relaciones con los colegas del hospital, y si conocía a la neuróloga con la que me había acostado en San Francisco, porque ambas ignoraban la incursión en Nevada. Diana dirá que respondió con corrección, dándole ánimos, describiendo mi integridad. Sobre el asunto de Teresa explicó lo que sabía, que era nada.

—Si hay alguien que le pueda ayudar a pensar eres tú —dijo Sol.

—¿Yo? ¿Y sus amigos de..., no sé, sus amigos del colegio? ¿De la universidad?

—¿Le has oído hablar alguna vez de ellos?

—¿Y Pablo? ¿Y Adolf?

—¿Adolf? —Sol profirió una risa artificial—. Y Pablo no creo que sea la mejor influencia. En realidad no sé si alguno de los dos puede influirle de verdad.

Hicieron una pausa.

—Te lo pido —continuó Sol— porque antes de sentar a mis hijas para explicarles que nuestro matrimonio se ha acabado, quiero estar convencida de que no hay otra opción.

—Me extraña tanto —dijo Diana—. Milo siempre habla muy bien de ti. Créeme. Yo estoy separada y me fijo mucho en los hombres que hablan de sus mujeres, en lo que dicen de ellas. Y él siempre habla bien de ti.

Sol acabó su café. Miró al Passeig de Gràcia, a esa hora teñido de ámbar.

—Si alguna vez viene diciendo que se ha fijado en ti —dijo Sol— plegaré velas porque entonces sabré que no tengo nada que hacer.

Diana sonrió.

—Yo a Camilo —respondió— le quiero como a un hijo.

—Sé cuánto te aprecia, por eso quería verte. Pero esto... De todas formas, debe de ser algo al menos un poco serio porque Milo no es nada frívolo.

—A los hombres siempre hay un momento en el que se les cruza otra mujer. Siempre. Entonces imaginan cosas, fantasean. Hasta que la fantasía se diluye. Casi siempre es así.

—Ya. Pero se trata de llegar a luego. De aguantar hasta saber qué pasa después.

—Si quieres mi consejo, intenta ganar tiempo. ¿Te importa mucho que se haya acostado con otra?

—¡Coño! Ha llegado diciendo que se quiere ir con ella.

—¿No crees que en este momento quizá se hubiera ido con cualquiera?

Sol encendió su quinto o sexto cigarro.

—Le quiero —dijo—. Y..., la verdad..., estoy dispuesta a pasarle por alto esta gilipollez.

—Si aguantas el tirón, es posible que las cosas se arreglen.

Al volver a casa, Sol me dijo que necesitaba una semana para prepararse antes de que me *largara*; ésa fue la palabra que utilizó.

—Quédate con las niñas —dijo.

Y se marchó.

Ahora sé que viajó a casa de una buena amiga en Holanda, donde sobre todo lloró e intentó imaginar varias vidas. Perdió cuatro kilos. Al volver, me comunicó que había comprendido que debíamos separarnos. Lo dijo erguida a un par de metros de mí con los brazos colgando.

—¿Estás segura? —respondí.

Sol inclinó suave y rápidamente la cabeza, como un animal extrañado. La semana sin ella me había limitado a cuidar de nuestras hijas mientras ideaba mi futuro. Toda la semana cavilé sobre sueldos, barrios o ciudades donde instalarme, cómo me organizaría con las pequeñas. Toda la semana calculé

alternativas, excepto la tarde que pedí a mi desinformada suegra que se hiciera cargo de las niñas para acudir a una cita de trabajo, aunque quien me esperaba era Teresa. Como vivía en el Empordà, propuso vernos en un bar de pueblo junto a una salida de la autopista. No me pareció tan raro, alguna vez nos lo habíamos montado en el coche.

—He estado hablando con un amigo de lo nuestro —dijo Teresa apartando la mirada—. Opina que somos unos inmaduros. Que nos estamos haciendo mucho daño y debemos parar.

La mención al desconocido me ofuscó. Las aventuras lo eran mientras se mantenía el secreto, y la confesión de Teresa trivializaba la relación al tiempo que nos exponía. Esa inesperada desnudez, quedar en manos de un tercero que sin conocerme emitía veredictos que además Teresa acataba, hizo que me preguntara por qué me había acostado con ella. Mientras Teresa enumeraba las razones por las que nos convenía cortar deduje que, después de todo, los atrevimientos mejoraban mi estado de ánimo. Las recriminaciones, también. Había algo perverso en mi forma de funcionar que sin duda tenía una finalidad, aunque yo no sabía cuál era. En cualquier caso, eché enormemente de menos a Sol, y su figura se engrandeció durante los días que siguieron.

De modo que cuando mi esposa regresó de Holanda para brindarme la libertad, le dije que no la quería, que la otra relación había acabado como lo que era, una estupidez. Pedí perdón, me inculpé, me insulté, prometí.

—No puedes hacernos esto —murmuró ella.

—Lo sé, cariño, lo sé. Lo siento mucho. Lo sé.

Al día siguiente, Sol me rogó que no volviera tarde a casa. La culpa y un auténtico deseo de restaurar lo que yo mismo había agrietado me hicieron variar los planes de la jornada para llegar antes de que las niñas se acostaran, darles las buenas noches y encerrarme en la cocina con Sol. Fumando, conversamos sobre nuestra historia como pareja, sobre cómo me había desubicado el nacimiento de Elia. Sol se mostró magnánima, comprensiva, dispuesta a recuperar la relación si yo también lo estaba. Tras pactar que intentaríamos oxigenarnos veraneando en una casa rural, terminamos haciendo el amor.

Disfruté la reconciliación como un placer sofisticado, entre el consuelo y el triunfo por haberme vuelto a ganar la confianza de alguien a quien creí estar perdiendo, sin discernir si perderla era en realidad mi deseo. Aquel verano,

Sol y yo volvimos a ser algo jóvenes. Tuvimos el mejor sexo en años, creativo y frecuente. Las niñas disfrutaron del campo.

En la euforia del orden restablecido, invité a Adolf a pasar unos días en Camprodon, esta vez con parejas. Sustituimos la *caça de bolets* por los juegos temerarios junto a un vecino italiano aficionado a la bebida y a las sandeces que ésta le inspiraba, hasta el punto que un día arrancó su *jeep* mientras yo me mantenía de pie agarrado al estribo junto a la puerta del vehículo. En la nebulosa de su ebriedad, el italiano aceleró riendo mientras gritaba mi nombre soltando *yeeepas*, tomó una curva demasiado rápido y salí despedido. Aunque me rompí los dos brazos, la convalecencia fue alegre. Sol y mis hijas me cuidaron y por una vez casi gocé de sentirme vulnerable. En Can Petri dije que había sufrido un accidente de bici.

En otoño, la familia retomó el colegio y los trabajos. Tres semanas diluyeron el espejismo estival devolviéndonos a la rutina de los antiguos horarios. No siempre llegaba a tiempo de besar a mis hijas antes de que se acostaran y, cuando lo lograba, Sol me reprochaba la tardanza o mi aspecto fatigado.

—Trabajo todo el día para que te puedas seguir pagando caprichos — respondí a una de sus quejas tumbado en el sofá—. Al menos déjame descansar.

—¿Caprichos? Abre el armario y verás las pieles que guardo.

—No hace falta comprar pieles para gastar más de la cuenta.

—Siempre estás con el rollo de tu trabajo, tu trabajo. ¿Y el mío? Salgo de casa a las ocho y cuarto de la mañana y vuelvo a las nueve y media de la noche con la obligación de comprar, atender a las niñas, hacer la cena... Y encima tengo que estar oyendo tus lamentos. Trabajas mucho, muy bien. ¿Y yo? Lo que tendrías que hacer es organizarte de otro modo.

—¿Cómo? Tú sabes cómo funciona esto. Esos políticos con los que te pasas el día son los que diseñan el sistema sanitario y, la verdad, no veo a muchos neurólogos con Mercedes.

—Ya sabes de lo que hablo. —Yo no lo sabía, pero era una de sus frases recurrentes—. Se trata de espabilarse para buscar otras fuentes de ingresos y no tener que...

Sol monologó como antes del verano. Estaba convencida de que, aun sin renunciar a los ingresos del hospital público, yo debía apostar más a fondo por las consultas privadas y, sobre todo, disminuir las horas que dedicaba al estudio «porque todo no se puede tener». Otras veces le había reprochado esas mismas palabras recordándole su militancia socialista, pero contestaba que, hasta que su partido lograra cambiar las dinámicas de la sociedad, las circunstancias eran las que eran y se trataba de adaptarse lo mejor posible a ellas.

Oí el rumor de su discurso pensando que yo pronto iba a cumplir cuarenta años, y que los movimientos estratégicos para gobernar el hospital seguirían impidiéndome introducir las innovaciones necesarias para reimpulsar el servicio de neurología. Mis esfuerzos de tantos años continuaban siendo dilapidados por maniobras asociadas a cuestiones externas a la medicina. Además, haber formado una familia prácticamente descartaba la emigración. No quería recurrir a mi tío de Texas ni involucrar a nadie. No quería favores ni sentir mi dependencia de otros pero aún soñaba con instalarme una temporada en Estados Unidos a investigar. La mujer que continuaba hablando me había anclado de algún modo a Barcelona y no me importó ser injusto o egoísta al visualizar la familia como un lastre del que, de todas formas, sabía que no me iba a desprender.

El resquicio de esa otra vida atisbada en Reno se convirtió en una mirilla por la que no dejaba de mirar. A la hora del café, en los desplazamientos en coche de Can Petri a la Quirón, en los escasos minutos muertos que pudiera conseguir entre horas, imaginaba mi vida como neurólogo en San Francisco, Chicago, Nueva York, lo que aumentaba la desolación característica de cualquier frustrado.

Entonces, como si lo hubiera invocado, mi tío Joaquín aterrizó un viernes en Barcelona junto con Patsy. Durante el fin de semana, Patsy conquistó a los miembros de la familia que aún no la conocían mientras mi tío y yo hablábamos sobre todo de política. Mi tío apretaba los dientes al reconocer cuánto le había decepcionado que George Bush faltara a su palabra de no subir los impuestos, aunque lo más insufrible resultaba ver a «la nenaza» de Bill Clinton presidiendo el país. Afirmó que sopesaba irse a vivir a un barco anclado en las aguas internacionales del golfo de México para no pagar impuestos.

—¿Y tus brazos? —me preguntó en algún momento.

—Bien. Ya puedo hacer de todo.

—¿Estás como para conducir?

—Claro. He subido un par de días a Camprodon.

—Estupendo, porque quiero pedirte un favor.

El lunes, mi tío extrajo del banco un maletín lleno de fajos de billetes recién cobrados por la venta de uno de los pisos que había heredado de mi abuela. Tras sentarse en el lugar del copiloto del Peugeot, entregó el maletín a Patsy, que fumaba en el asiento de atrás.

—¿Estáis seguros de que este trasto aguanta tres horas andando? —dijo Patsy.

—Venga, dale —me ordenó mi tío—, que quiero comer en Andorra.

Cuando mi tío regresó a Dallas yo seguía pensando en Estados Unidos, en el dinero y, sobre todo, en la soltura con la que actuaban algunas personas en casi cualquier circunstancia. Atribuí a aquel país el poder de la facilidad. Una facilidad que contrastaba de forma hiriente con las dudas, miedos y miramientos que me acosaban casi cada vez que pretendía modificar algo sustancial de mi vida. A saber si fue la influencia americana, también la de las novelas y las películas, la que al salir de una guardia en la Quirón me acercó a una gasolinera para pedir una botella de whisky. Cuando llegué a casa, las niñas dormían. Sol acababa de envolver las sobras de la cena en papel de aluminio y delante de ella me bebí dos vasos de whisky.

—Ahí tienes la cena —dijo recogiendo el pelo con las manos antes de contarme de nuevo cómo les iban las cosas a su cuñado pediatra y a un amigo dentista.

—A tu pediatra y a tu dentista me los paso por los cojones —dije en algún momento—. La sanidad pública va mal por ti. Por gente como tú, sólo dispuesta a seguir ganando pasta. Te importa una mierda la calidad de la atención en los hospitales públicos y la implicación de los doctores en su trabajo. Sólo ves el cheque a final de mes. ¿Los enfermos? Que vayan pasando. Los gilipollas con pasta son tu modelo.

—Para ti, todos a los que las cosas les van bien son gilipollas. Y mira por dónde, a tu alrededor hay un montón de gilipollas pero resulta que tú eres el único asfixiado a final de mes. A lo mejor tienes una idea un poco equivocada de lo que es ser gilipollas.

Encendí un cigarro con parsimonia, a gusto en el zafarrancho.

—Por no hablar de todos los politicuchos con los que te estás moviendo —añadí—. ¿No se supone que queréis mejorar la sociedad y más igualdad y blablablá? ¿No sois de izquierdas? Porque aún sois de izquierdas, ¿no?

—Eres muy injusto, Milo. He bailado con abuelos en residencias de barrio, busco dinero debajo de las piedras para financiar proyectos sociales y tú me has visto llegar a casa a las cuatro de la madrugada porque venía de ensobrar trípticos informativos para luego levantarme a las siete y volver a la oficina. Y como yo, mucha de esa gente a la que detestas. Esos «politicuchos» trabajan muy duro para resolver asuntos que afectan a miles de personas. Pero es tan fácil despreciarlos. De todo tienen la culpa ellos. Qué fácil es culpar a otros para sacudirse uno mismo sus miserias. Pero qué le vamos a hacer, hay demasiada gente así.

—Gente como yo, ¿no? Los vagos sin ambiciones.

Sol cerró los ojos, inspiró profundamente.

—Por cierto —dijo—. Mañana tengo una reunión y no podré ir a buscar a las niñas a la canguro.

—Yo también trabajo. No puedo encargarme. Díselo a tu madre.

—Mi madre no puede estar ocupándose de las niñas cada dos por tres.

—Pues llama a la canguro. Para eso tenemos dinero, ¿no?

—Nati se queda por las noches pero no puede recogerlas a esa hora. ¿Por qué no quieres ir? Un día. Te estoy pidiendo un día. No vas a buscarlas nunca. Siempre que surge un problema soy yo quien tiene que faltar al trabajo. No me parece muy...

—Yo me ocupo de personas enfermas que no pueden esperar a mañana. ¿Entiendes? ¿Entiendes? Gente que puede morir.

Sol afirmará que experimentó una dolorosa incompreensión al percibir no sólo mi desprecio hacia su trabajo, sino la certidumbre de que nunca le cedería un segundo de mi tiempo laboral. No se equivocaba. Yo había prácticamente abandonado el montañismo entregando mis sábados a las compras en centros comerciales, los domingos a las comidas familiares, y había aceptado, en general, alejarme de todo lo que no rentara económicamente. Pero una vez acatadas sus condiciones para el tiempo de ocio, mi trabajo, por exigente que fuera, por fatigado que me dejara, despuntaba como un espacio de autonomía que nadie iba a alterar. Era mi último reducto.

Mi hermana Carmen, al margen de estas disputas, dirá que yo me había

convertido en un calzonazos precisamente por permitir esos fines de semana de superficies comerciales y comidas de compromiso, aceptando una lobotomía operada por Sol que me terminó distanciando de mi familia. Es cierto que disminuí la frecuencia de las visitas y la atención prodigada a mis padres. Como me hastiaban las discusiones entre mi madre y Sol, decidí juntarlas lo menos posible y me quedé al lado de la que al fin y al cabo tenía más cerca. Aun así, ambas continuaron criticándose a través de mí.

Los conflictos internos siguieron imponiendo su vulgaridad cotidiana, y la visita a la gasolinera se hizo habitual. Puede que aquellos días descendieran mis índices de serotonina, en cualquier caso mi ánimo decayó. O sufrí alguna forma de neuroticismo que contribuyó al oscurecimiento del mundo. Las noches se llenaron de discusiones y riñas mudas. A veces, Sol se iba a la cama enfadada después de verbalizar cuánto me apestaba el aliento. Si me hallaba lo bastante lúcido y excitado, la seguía al dormitorio para reconciliarme a base de sexo, no sé si por su parte voluntario. Una noche, ya desnudos y a punto de penetrarla, me detuve arrodillado frente a ella. Apresé mi miembro con una mano.

—Qué pequeña que la tengo —dije.

Sol escrutó la penumbra del cuarto, sólo iluminado por las luces de la calle que filtraban las cortinas. Noté sus ojos sobre mi verga invisible, aún más al ocultarla en el puño. Sol conocía perfectamente su forma y su tamaño y sus secretos.

—Entonces, todos la tienen pequeña —respondió.

Hacía mucho que no recibía una respuesta tan tierna de mi mujer. Pensé que merecía ser querida. Por algún motivo, esa obligación me enfureció, excitándome. Aplacé para más tarde las preguntas sobre qué había querido decir con una frase que presuponía su conocimiento de otros hombres.

—Ven aquí —mascullé, dejándome caer.

Aquí la tengo. Bien empuñada, como en los viejos tiempos. Dura. No siempre consigo ponerla así, de modo que es una buena noticia. Todo está volviendo a su lugar. Espero que mi madre llame a la puerta si quiere algo. Qué gran invento es Meetic. Lástima que no pueda quedar con las chicas. Me da vergüenza que me vean tan... trastornado. Pero la fantasía me funciona a todo trapo. Uh. Qué buena está Virginia. Es de Salamanca. Estudiante. Por qué alguien tan joven se mostrará en este mercado. Ella sabrá. Te voy a dar lo que quieres. Toma. Toma. Toda. ¿Te gusta? Me corro. Me corro. Me estoy corriendo. Ya.

Por la mañana, vuelvo al CHAMM. Los doctores se muestran contentos. Sigo la medicación errónea que me están dando y ellos me felicitan. Dicen que voy bien. Participo más en las sesiones de terapia, yo también lo noto pero sé que no es gracias a sus pastillas.

Por la tarde, Leire viene a verme y hablamos de las podridas industrias farmacéuticas. En realidad habla ella. Se ha empapado de terminología legal y recurre a ejemplos de abusos empresariales porque quiere protestar contra los *lobbies* que imponen fármacos por interés. Y contra los que restringen o encarecen medicamentos.

—¿Te das cuenta de que la ansiedad no existía en los años cincuenta y ahora es la enfermedad más extendida del mundo? —dice—. La industria ha sido la primera interesada en consolidar las fobias, yo creo que hasta se inventan algunos trastornos. Es el rollo ese de crea una enfermedad y verás cómo cobra vida por su cuenta. La cosa va de fabricar un clima de temor que lleve a la gente a tener miedo y a medicarse, a comprar lo que sea para combatir ese miedo. Es que es muy bestia, papá. ¡Es muy bestia!

Me preocupa su visceralidad.

—¿En serio que te estás metiendo litio? —me dice después de tomar aire—. Pero si eso se lo ponen a los coches.

—También sirve para humanos.

Suelta un rollo sobre la facilidad con la que los médicos recetan cualquier cosa y sobre el escándalo de los niños hiperactivos a los que dan anfetaminas.

—¿Qué es eso del 4F? —pregunto.

Parece estupefacta.

—¿Te ha contado algo mamá?

—Algo, pero no me ha quedado muy claro. Dice que te preocupa.

Leire cuenta lo de la maceta que dejó en coma al guardia urbano y lo de las detenciones «por el morro», según ella, de tres chicos y una chica.

—Pero ellos no hicieron nada. Patricia ni siquiera estaba allí. La detuvieron en otro sitio por la pinta que tenía.

—Si son inocentes, los soltarán pronto.

—Joder, eso es lo que dice mamá. ¡Claro que son inocentes!

Me gusta que me hable como si no estuviera enfermo.

—¿De qué los conoces?

—Más que nada conozco al Juanito y un poco al Álex, porque hacíamos las asambleas en su casa. Son buena gente. Ha salido un montón de peña asegurando que ellos no hicieron nada, pero la jueza, ¡la jueza!...

—No grites.

—La jueza ha amenazado a varios testigos diciéndoles que si declaran a favor de ellos, también serán acusados. ¡La jueza!

—¿Tu madre qué dice?

—Que vivimos en un Estado de derecho. Que si no han hecho nada, los soltarán pronto. Pero es que para empezar no deberían estar en la cárcel.

Sigue hablando airada. Ha adelgazado bastante. Es joven y la mierda del mundo la está superando. Cree poder combatirla. No es que rechace su actitud, no es que yo no crea necesario luchar ni que actuara de otra forma a su edad. Pero sé a lo que se enfrenta y me preocupa el tamaño de su decepción. Sí, me noto más ágil hilvanando ideas, expresándolas. Y sufro por el futuro de Leire. Ahora participa en actos a favor de emigrantes recluidos y se ha hecho muy amiga de la Rulos, una okupa del ala dura. No me gusta. Temo que haga daño a mi hija. Que sus ideas le hagan daño. Que la arrastren hacia un lugar del que no pueda salir.

—¿La Rulos te acompaña a las manifestaciones?

—Claro. Como dice ella, siempre *p'alante*.

—¿Cómo se llama? Quiero decir, de verdad.

—Elena.

—Es muy punki.

La Rulos lleva cadenas colgando del chaleco y luce una cresta que le atraviesa la mitad del cráneo y emerge imponente entre los parietales rapados. Es una cresta con rulos. Leire ríe.

—¿Te acuerdas de que hace unos meses la acompañé a su pueblo?

Debo poner cara de no acordarme. Leire está muy delgada. Demasiado delgada. No me gusta que se rape. Y esos vestidos medio rotos... Está muy delgada. Temo que se esté drogando. Aunque a menudo resulta difícil discernir cuándo alguien se consume a causa de una alteración biológica o simplemente baja de peso por coherencia con una idea.

—Bueno, da igual —continúa—. Ella es de un pueblo chiquitín de Zamora, no sé si llegará a los cien habitantes. El caso es que fuimos con su padre a ver a la familia. El padre se pasó el viaje dando la lata con que la abuela no debía verle el pelo ni en broma. La Rulos no se lleva nada bien con su padre pero, para no darle un disgusto a la abuela, esos días le hizo caso y se pasó todo el tiempo con gorro, dentro de la casa también. ¿Qué te parece? Es estupenda.

Hablamos de vidas salvajes, alternativas. *Underground*. Le dejo libros de Hesse, de Kerouac. Hablamos sobre la ergástula de Ushuaia.

—Tus hermanas son fans de la serie *Urgencias*, de George Clooney —digo.

—Ya.

—¿Te gusta?

—No la veo mucho.

—A mí me llamaban Clooney en el hospital.

Leire alza una ceja burlona. Me siento patético. Clooney. El Loro. La Momia. Tánquez. Vaya tropa, la de Can Petri. Cada vez que miro atrás quiero llegar más lejos. El otro día pregunté a mi madre por los orígenes de la familia. Bajó a comprar cruasanes y luego habló de sus padres y de otras cosas que vale la pena saber. Habló de cuando la gente llegaba en barco a Barcelona.

—¡Clooney! —repite Leire—. Tú te acuerdas de lo que quieres.

La memoria es así. No me angustia perderla, como mínimo ahora no, porque siento que no hay nada vital que se esté quedando atrás. Desprenderme de algún matiz o un pedacito de vida no importa. La memoria y el pasado son

tan fragmentarios... A saber por qué recordamos esto sí, aquello no. De momento, conservo lo fundamental. Mis hijas, mis aficiones, mis amantes. No siento que nada me falte, excepto el rostro de antes en el espejo.

—Mamá dice que vengas unos días a Torredembarra —dice Leire—. Si tienes ánimos hasta podríamos ir a la playa.

Es verano. Por eso hace este calor. Encerrarme en una casa con Sol y este calor no parece muy recomendable. Pero mis hijas esperan que diga que sí.

—¿Cómo iremos?

Leire me abraza.

—¿Bajamos a ver el Barça en el bar? —digo.

—Hoy no juega, que es verano.

Leire viene otro día a buscarme a casa. Caminamos hasta la estación de tren. Es mi primera salida fuera de Barcelona y perder la referencia del hogar me inquieta. La aglomeración en los andenes aumenta mi inseguridad. Siento hostilidad hacia la gente. Los miro esperar en el andén. Seres inanimados, atuendos sin sentido, peinados y abalorios refinados o exóticos, poses estudiadamente descuidadas. Qué pensarán de mí. Leire habla más de la cuenta pero no consigue calmarme. Sigue comentando la historia del policía en coma. Dice no entender por qué nadie más reacciona a esa injusticia en la ciudad. Dice que cuando se manifiesta con sus amigos, la policía les hace fotos, a veces los golpean, casi siempre les piden la identificación.

—¿Para qué? Para tenernos fichados y cuando necesiten un culpable acusarnos de lo que les dé la gana.

Dice que ella y sus colegas están sacando dinero de no sé dónde para hacer pancartas y esculturas o algo así. Se ha apuntado a un colectivo de gente que protesta.

—El sistema es una mierda —murmuro.

Es todo lo que voy a decir hasta Torredembarra.

En el apartamento no digo mucho más. Me incomoda estar con Sol y mis hijas en un zulo de verano. Como si nada hubiera cambiado, cuando resulta que nos hemos separado y yo estoy loco y me hablan como a un loco. Con delicadeza, sí. Con la delicadeza que se les habla a los locos, pero como a un loco. ¿Qué voy a decir? Me llevan a la playa. El calor me agota. La arena me abrasa los pies. Los bañistas que gritan y las voces de los niños, los patines, las

cremas, los cosméticos irradian un disfrute que no está hecho para mí. Quizá algún día vuelva a estarlo pero ese día no es hoy. Me refugio en mi plácida catatonia. No hablaré con nadie.

Al día siguiente me devuelven con mis padres. El experimento no ha funcionado. Lo primero que hago es encerrarme en el cuarto de internet y revisar el correo. Ya tengo fuerzas y la suficiente lucidez para conversar. Con quien yo quiera. Hay mensajes de Josep, mi querido Tánquez. Pero, Josep, ¿cuántos correos me has escrito? Tengo decenas, y empiezan en febrero. Cuando el brote me acababa de perturbar. Respondo:

Hola, Josep. Estoy desesperado. Pero en todo esto hay algo bueno y es que sólo me preocupo por la gente que me provoca emoción. Tú lo has hecho, y por eso te escribo. Gracias, Tánquez. Eres el mejor.

Pasa el verano. Vuelven las rutinas y yo las observo.

Mis padres me animan, dicen que voy muy bien. Un día, les escucho hablar sobre un piso que han ido a mirar «para que Cami esté a gusto». ¿Me van a dejar solo? Supongo que forma parte del proceso pero no me siento preparado. No quiero ir a ninguna casa que no sea mía.

En el CHAMM insisten en que debo prepararme para pasar los fines de semana solo en mi casa. Mi casa de hombre solo. De modo que va en serio. Mis padres secundan a los doctores. Tengo miedo. Voy a enfrentarme a un mundo que durante meses me ha superado y en el que todavía dudo sobre cómo moverme, adónde atender. Los paseos están llenos de sobresaltos. Cualquier sirena, el grito de una madre a un niño, los cláxones, el chirriar de una persiana, alguien que cruza junto a mí a la carrera, los amontonamientos de gente que aguarda el cambio de color de un semáforo. Todo me amedrenta. Y ahora lo deberé enfrentar solo.

—Muy bien —digo—. Pero no me voy a ninguna casa que no sea mía.

Mis padres no insisten. Los veo aliviados por la facilidad con la que he aceptado. Voy a romper de nuevo el cordón umbilical. Con casi cincuenta años.

Entro en mi vieja portería del Guinardó impregnada de su olor eterno. Saco las llaves, las encajo en la cerradura. Recibo una vaharada rancia de espacio cerrado. A mis pies se acumulan facturas de la luz, teléfono, agua, montones de cartas por abrir que resumen el calibre de mi enfermedad. Bastan cinco pasos para que la casa se me caiga encima. Cómo voy a dormir yo solo

aquí. Hay un mínimo escape de agua del aparato de aire acondicionado y el goteo ha empapado varios libros de la estantería de aluminio situada debajo. *Pálido fuego. Coto vedado. Todas las almas.* Por suerte, hace sol y varios rayos se cuelan en diagonal. Abro la ventana para que el aire caliente cambie al menos la atmósfera, a ver si también deshiela algunas partes de mi alma. Cierro los ojos. El aire en la cara.

De pie, hojeo uno de los libros y me detengo en fragmentos subrayados, supongo que por mí. Leo sobre el tiempo que se escurre y el que todavía puede darse.

—¿En qué tiempo estoy? —digo frente a la ventana, con suficiente aplomo para visualizar mi imagen desde fuera, como si me observara una paloma, y sentir el lirismo de mi debacle.

Apenas una hora después, subo al metro. Al hacer transbordo al autobús a causa de unas obras en los andenes, me equivoco de sentido. Llego tarde y exhausto a casa de mis padres.

—Había una gotera —digo.

—¿La has reparado?

—No.

Sé que hoy he hecho algo importante pero no lo quiero repetir. En el Guinardó, la soledad era extrema. Sin ritmo ni fluctuación, sin principio ni final. Era todo soledad.

Días más tarde, vuelvo. Alguien ha reparado la gotera. Esta noche dormiré en mi desangelada y terrorífica casa. Debo comprar comida pero me cuesta bajar a comprar sólo para mí. ¿Para mí? O para quien sea. Si ni siquiera me considero yo. Pero bajo. Tiene sentido ir a la farmacia a por remedios. Compró empanadillas y fármacos. Al meterme en la cama, no puedo dormir. Doy vueltas en el colchón rascándome las piernas por el picor que me provocan las medicinas que me recetan. Sé que son erróneas. También sé que aún estoy loco y que debo fiarme de los doctores. Al menos me han rebajado el litio, señal de que el ánimo se estabiliza. Cuando consigo dormir, enseguida amanece. Como no cerré las persianas, me desvela el sol.

El domingo repito la rutina. La semana siguiente todo funciona un poco mejor. El sábado de la tercera semana me levanto a primera hora, voy a la cafetería del barrio. Pido café con leche y churros. Estoy solo y esto va bien.

La cleptómana vuelve a monopolizar la sesión de psicoterapia de los martes pero por algún motivo esta tarde admiro su discurso. Aunque describe su enésima fechoría en unos grandes almacenes, hoy su relato me apena tanto que experimento una sacudida de admiración hacia ella. Habla de alarmas, seguratas, topiramato. Su hijo. Su hijo. Su hijo.

—Eres muy valiente —le digo al terminar la sesión.

Me agarra las mejillas con las manos y estampa un sonoro beso.

—Te veo estupendo —dice—. Estás muy bien. Tú vas a salir pronto de aquí. Tú sí que eres valiente.

Me cuelga un «valiente» que sé que no merezco pero aun así me conforta. Ha sido una expresión de cariño sincero. Un contacto despojado de miedo de alguien que sabe qué significa sufrir más allá de cierta línea.

Las enfermedades mentales son enfermedades físicas. La frase aparece mientras vuelvo a casa en metro. No sé dónde la leí o escuché, ni si es mía. El caso es que emerge entre las antidepresivas descargas de escitalopram y sertralina, y las de Akineton, ese antiparkinsoniano que contrarresta el efecto de la otra medicación. Cuánto quedará de mí, después de esto. Rescatar una frase tan limpia y significativa posee algo de epifanía.

—Las enfermedades mentales son enfermedades físicas —repito en voz alta pretendiendo que no se me olvide aunque no sé distinguir cuánto habrá de cierto en la afirmación. A lo mejor pertenece a una novela.

Me instalo definitivamente en el Guinardó. Muchos fines de semana, Leire viene a casa y estudia, charlamos. Aún se interesa a fondo por la medicación que tomo.

—He entrado en un colectivo antipsiquiatría —dice—. Las compañías farmacéuticas se han montado un chollo que hay que parar de algún modo y en el colectivo nos reunimos para hacer actuaciones que denuncien malas prácticas.

—¿Por qué te interesa eso?

—Joder, papá.

—No hables así.

—Por ejemplo, ¿porque tú eres un enfermo no diagnosticado?

—Tengo trastorno bipolar —respondo engolando la voz.

—Tú sabes que lo que te están dando no funciona.

—Me estoy recuperando.

—Tú no eres bipolar. Sólo hay que verte. No seré una especialista pero

está claro que no lo eres. Y como alguien ha decidido meterte en ese saco, te clavan todos los medicamentos de costumbre y venga a ganar pasta los de siempre.

—Bueno, bueno. ¿Y las clases?

—¿Por qué no quieres hablar sobre eso?

¿Por qué? Porque me estoy recuperando y si hablo de los mamoneos en los hospitales me voy a disparar. Subirats. Me traspasa un escalofrío. Subirats.

—Es muy complicado. Te he preguntado por las clases.

—Bien, las clases van bien. Me he matriculado en Historia.

Es verdad, el pasado verano aprobó la selectividad.

—Estupendo, cariño.

—Y me voy a ir de casa.

¿Cuántos años tiene Leire? ¿Diecinueve? ¿Veinte? Mis hermanas también se marcharon a esa edad. Pero Leire es mi hija.

—¿Con los okupas?

—Sí. Con los okupas.

Lo dice alto, sin titubeos. Es un tono ensayado para repeler aguafiestas.

—Y sí, estoy segura —añade, anticipándose a mi probable pregunta.

—¿Adónde vas a ir?

—Por casas donde elegir no será...

Responde tan seria que me río. Le contagio el buen humor.

—Eso me pasa por matricularte en los jesuitas —digo.

—Mis hermanas también han ido ahí.

—Ya, pero...

—Alguna tenía que escoger el mal camino. Es un tema de porcentajes. Ellos lo saben bien. Tanta murga con el buen camino y el mal camino...

—Es una forma de hablar.

—A cierta edad eso no tiene sentido. ¡El mal camino! En ese cole los profes acaban convertidos en policías. Todo es control, represión. Muy bien. Ahora me he hecho mayor, ¿y sabes qué les digo? ¡Que toma, mal camino!

Leire tiene un par de cosas claras y lo que hay que hacer para lograrlas. No me gusta que lo haga. Pero no me gustan muchas cosas.

—Tú eres uno que, como te asomes a nuestro rollo —añade—, te enganchas seguro. Hay cantidad de movidas ecologistas, y con lo que eso te gusta a ti...

—¿Te dejarás cresta?

Sonríe por un solo lado de la cara.

—Hay algunas que me flipan.

Cortó con Arnau hace unos meses, después de tres años de relación. Me pregunto si será lesbiana, si en las manifestaciones lanzará piedras y romperá escaparates. Si en invierno dormiré acurrucada poniéndose dos calcetines en cada pie o junto a un pelanas que lleve dos semanas sin ducharse.

—Vale. Pero no te vuelvas loca —respondo, al borde de una risa cuyo origen desconozco.

Al cabo de un rato llaman al interfono.

—Hola. Soy Emma.

La residente que baila flamenco. Mi pareja de fin de año. Cuánto tiempo sin verla. Qué sorpresa.

—¿Hola? —repite.

—Sí, sí. Te abro.

Emma en el umbral. Su sonrisa transmite una satisfacción que trasciende la cortesía. Una avalancha de hormonas y péptidos traspasa mi torrente sanguíneo hasta el cerebro dibujándome una sonrisa al menos igual de radiante. Es preciosa. Qué alegría.

—Emma —digo.

Me abraza con la sinceridad con la que me abrazó la cleptómana. Noto que mira a mi espalda.

—Ésta es Leire, mi hija.

Se saludan.

—Me voy, papá. Quiero pasar por la biblioteca.

Supongo que debería decirle que no importa que se quede pero la verdad es que ahora mismo sólo quiero conversar con Emma. Que me cuente cómo está, qué tal van las cosas por Can Petri. Mi hija prepara café antes de irse. Mi pequeña Leire.

No sé muy bien qué decir, no paro de moverme. Emma toma la iniciativa. Habla sobre los compañeros, sobre la Momia, describe algún caso peculiar. Agito la pierna todo el tiempo, la miro moverse como si se tratara de un bicho. No paro de moverme. Joder.

—Ya sabes —digo mirando a la pierna—, los neurolépticos.

—No. Eso es que sigues con la misma marcha de siempre.

Banalizar lo terrible es una de sus virtudes. Me levanto las perneras y me rasco con impostada suavidad porque desearía arrancarme la piel.

—¿Y Diana? —pregunto.

—Muy bien. Me ha ayudado un montón. Y como además es un genio...
Diana.

Diana dirá que le encantaba escuchar mis relatos sobre Estados Unidos, adonde empecé a viajar cada año. Conferencias, congresos o la exposición de investigaciones como la del síndrome de Sjögren me permitían sondear periódicamente el pulso de aquel país e importar ideas que de algún modo intentaba aplicar en Can Petri. Cuando menos, Diana siempre escuchaba las propuestas, preguntaba y le divertía por ejemplo conocer la intimidad que había alcanzado con Pablo, a quien una noche, cenando en San Antonio junto al río tras una presentación de nuestros avances con Sjögren, le dije: «Parecemos enamorados».

Aunque breves, las escapadas al extranjero me estimulaban y dotaban de una seguridad que incluso me animó a demostrar que en Can Petri podíamos llevar adelante prácticas hasta entonces prohibidas por Subirats. El jefe había descartado tocar las carótidas, supongo que a causa de los malos resultados de las intervenciones que había visto a su regreso de París. Sin embargo, los nuevos aparatos y los estudios de los últimos años garantizaban que una cirugía en el momento adecuado disminuía la mortalidad y las complicaciones cerebrales a largo plazo. Por eso, aproveché la incorporación al hospital de dos impetuosos angiorradiólogos para insistir en la utilidad de hacer angiografías, sobre todo de carótida, que permitían seleccionar a los pacientes necesitados de cirugía.

Aunque escéptica, Diana accedió a probar aplicando las nuevas técnicas de angiografía digital y resonancia magnética en pacientes con ictus agudos.

—Enséñaselo a Subirats —dijo al ver los resultados.

—¿Sabe que estamos con esto?

—Claro. Fue él quien dio el permiso. Le dije que te estabas encargando tú. No te lo creas mucho pero me dijo que vas a ser una gran figura de la medicina.

Aparte de alegrarme, el halago me tranquilizó a la hora de exponer al jefe el proceso que me había impulsado a tomar la iniciativa.

—¿Me vas a enseñar las placas o no? —dijo antes de que terminara la explicación.

Se las tendí. Las colocó en el negatoscopio, que iluminó las entrañas de la arteria. Las analizó durante casi un minuto y, aunque quizá influyera el ángulo de la luz, lo cierto es que sus ojos brillaron. Nunca antes lo había visto así.

—Era esto lo que pensábamos que pasaba —dijo mientras repasaba las placas con inusitada meticulosidad—. Y ahora lo vemos.

Recogió las placas, me las devolvió.

—Muy bien —dijo—. Continúa.

Diana no necesitaba que nadie rubricara su confianza en mí, pero el visto bueno de Subirats apuntaló su seguridad de que debía continuar secundándome. Diana me hacía sentir punta de lanza del departamento alimentando mis escapadas a otros países, sabía cuánto me activaban, y por eso le extrañó percibirme tan vulnerable al regreso de Detroit, adonde yo había acudido a estudiar el funcionamiento de las unidades de ictus en el Henry Ford Hospital. Los ictus representaban la segunda causa de mortalidad global en España y el aumento de edad de la población auguraba un aumento de la incidencia. Para enfrentar lo que se nos estaba viniendo encima, indiqué a Subirats la necesidad de modernizar las dinámicas y procedimientos de nuestro servicio señalando las ventajas que nos procuraría una nueva incursión americana. El jefe aceptó a cambio de que cubriera los gastos con el dinero de mi nueva cuenta abierta en la fundación del hospital. Esa cuenta denotaba la creciente confianza que el centro depositaba en mí, pues me concedía acceder a unos fondos destinados a la investigación. Dispuse de una suma muy escasa que me obligaría a vivir con lo mínimo en Detroit pero suficiente para lo que en realidad perseguía: viajar.

Pocas semanas después, el doctor Luis Goyeneche me recibió en el Departamento de Neurología del Henry Ford Hospital de Detroit.

—¡Escobedo! Me alegra verte por aquí —dijo al abrir la puerta de su apartamento—. Veo que al final Adolf no se animó a acompañarte.

Goyeneche nos había conocido a Adolf y a mí haciendo guardias en el Hospital del Mar.

—¿Cómo le va con la chica de Nevada?

Ostensiblemente cojo a causa de la polio que padeció de niño y muy bizco, Goyeneche poseía una conversación agresivamente deliciosa que había conectado con el carácter de Adolf. Trabaron una amistad firme, sellada cuando Goyeneche acudió a Adolf a pedirle un TAC debido a unos fuertes

dolores de cabeza y una atípica debilidad en un costado. Adolf me pidió que le hiciera el TAC durante una guardia en la Quirón. El resultado reveló una enorme malformación vascular cerebral. Desde entonces, Goyeneche se había sometido a varias operaciones, se había incrustado válvulas, había superado alguna crisis epiléptica y continuaba ejerciendo su profesión maravillosamente. Cuando le expliqué mis planes en Detroit y las condiciones en las que los pensaba llevar a cabo, me invitó a instalarme en su casa. Fue lo que hice.

—Muchas gracias por traerme, Luis —le dije aún en la puerta.

—Te has traído tú solito. Ya va siendo hora de que España se ponga un poco al día. Pasa, anda.

Se adentró en la casa apoyándose en dos muletas. Había ropa tirada sobre un sillón, la mesa estaba mal centrada bajo la lámpara, había papeles distribuidos anárquicamente por la sala. Descorchó una botella de vino, llenó dos copas.

—Así que tú también estás con ensayos clínicos —dijo desde el sofá.

—En una fase primitiva, pero sí. A ver si conseguimos algo parecido a lo que hicisteis aquí para el tratamiento de los ictus isquémicos.

—Nadie disuelve coágulos como nosotros —bromeó orgulloso de ser uno de los que habían firmado aquel ensayo—. ¿Por eso nos has escogido?

—Vuestra unidad de ictus es de las más activas.

—No te preocupes, que te la voy a enseñar a fondo. Bueno, ponme al día de cómo van las cosas por España.

La mañana siguiente, Goyeneche me mostró algunos murales de Diego Rivera en la ciudad mientras comentaba su estancia allí con Frida Kahlo, antes de guiarme por los pasillos del hospital donde la mexicana había abortado y que ahora atendía a los obreros de las fábricas de automóviles que dinamizaban la ciudad. Me impresionó comprobar cómo la década del cerebro había transformado los hospitales. A las aspirinas y la cortisona tradicionales, los neurólogos habían añadido a sus «pistoleras» ristas de medicamentos específicos para combatir los ictus o la esclerosis múltiple. La industria estaba amortizando la década invadiendo las consultas con fármacos que entusiasmaban a los neurólogos. Carteles con la leyenda «Tiempo es cerebro» se veían a menudo por las paredes del hospital.

Durante septiembre y octubre de 1997 me concentré en absorber conocimiento y estudiar la organización de la unidad de ictus del Henry Ford

mientras contactaba con laboratorios que ofrecían ensayos clínicos en los que Can Petri podría intervenir. Si al aterrizar aún me perturbaba la aventura que acababa de finiquitar con Teresa, en Detroit su recuerdo se disolvió. Las jornadas en el hospital y las veladas junto a Goyeneche, con quien iba a todas partes todo el tiempo, colmaban cualquier expectativa. Tras el trabajo, salíamos poco, limitados por su enfermedad, pero a menudo él pedía que nos trajeran ostras a domicilio, o *beef steaks* o cualquiera de las *delicatessen* que le encantaban, y conversábamos bebiendo buen vino en su desordenada casa. Fue un placer necesitarnos. Intercambiamos experiencias sin filosofar demasiado, sintiendo la profundidad de los hechos.

Goyeneche era un portento. A veces daba la impresión de saberse de memoria *En busca del tiempo perdido*, recitaba pasajes larguísima, y a menudo hablaba de libros, de los amigos que tenía repartidos por Europa, de mujeres. Apreciaba divagar sobre la fidelidad, que consideraba imposible para la mayoría.

—¿Y sabes por qué? —dijo una noche de bastante vino, cuando ya habíamos destapado el whisky—. Porque nos falta oxitocina.

Estudios recientes aseguraban que esa sustancia facilitaba las interacciones e inducía a fortalecer los vínculos entre las parejas apareadas.

—¿Sabes que si el topillo de la pradera copula varias veces consecutivas con el mismo individuo ya nunca se separará de él? Fiuuuuu. ¡El topillo! ¿Y sabes por qué? Porque es una máquina de segregar oxitocina.

Goyeneche alzó su copa lanzando un brindis al aire.

—Oxitocina —añadió—. El elixir de la fidelidad. Ya no tenemos suficiente con la neurobiología del sexo, así que estamos avanzando hacia la de la fidelidad. Doctor —puso voz de falsete, algo rarísimo en él—, mi marido me engaña. No se preocupe, señora —retomó su tono habitual—, métale un chute de oxitocina y después fólleselo.

Dio un trago al whisky.

—Se acabarán los cuernos —dijo—, las lágrimas, las pensiones a las ex... Desearémos siempre a la misma persona. ¿Qué te parece?

—Un poco horrible, ¿no?

—Espeluznante. Y, sin embargo, se supone que ésa es la aspiración. Querer, cuidar, mantener... Buf... estoy algo perjudicado... Qué whisky tan bueno... Hay gente que considera más fácil entender el universo que la

conciencia —dijo Luis—. Por no hablar de la conciencia de un catalán. Tú..., tú no eres catalán, ¿verdad? Vives en Cataluña pero no eres de allí.

—Nací en un pueblo de Granada pero he pasado toda mi vida en Cataluña. Hablo catalán, escribo en catalán. Es mi tierra.

—¿Y eres de los que quieren la independencia?

—Es una cuestión más difícil de...

—O sea que eres un charnego. Charnego. La propia palabra suena mal. Qué despectiva. Es casi un insulto. Entiendo que algunos aprendáis catalán, sirve para al menos disimular.

—Yo no quiero disimular nada, yo soy catalán.

—Eso es lo que tú te crees, pero díselo a los que nacieron allí. ¿Crees que te consideran uno de los suyos? Si no hablaras catalán...

—Lo hablo. Como lo hablan miles de inmigrantes y de hijos de inmigrantes.

—Muy bien, de acuerdo. ¿Pero ves a un López como presidente de la Generalitat? ¿A un Escobedo? No, ¿verdad? No te engañes, Escobedo. Te falta ADN, ADN del bueno. Los catalanes creen que salieron de una lata de caviar. —Empezó a reír solo hasta detenerse en seco—. ¿Es que tus vecinos se creen superiores a los demás o qué les pasa? Estoy hasta las narices de los nacionalismos. Venga ya, hombre. España es una, no tan grande y no tan libre, pero una. Y cuanto más la veo desde aquí, más me gusta. Va, Milo —dijo Luis alzando su copa—. Por España.

Miré mi copa. La de Luis se mantenía en vilo aguardando un brindis por una idea de país que yo no compartía. Cuando levanté la copa, Luis se apresuró a chocar los cristales.

—Y por Cataluña —dije con marcado acento catalán.

Luis bebió un buen trago de whisky.

—Déjate de teatro, que aquí no te oye nadie —respondió.

Pensé decir que jamás fingiría con algo tan entrañable como eso, que Sol y yo habíamos llamado a nuestras hijas Marta, Leire y Elia porque eran nombres que sonaban igual en las dos lenguas, un reflejo de la integradora ciudad donde vivíamos. Pero no quise prolongar una charla que presumía interminable, y sencillamente bebí.

Nuestras salidas fueron memorables. En la ópera de Detroit asistimos a la interpretación de *La flauta mágica*, visitamos museos y repetimos veladas junto a Panos Mitsias, que nos mostró la Motown más griega antes de

convertirse en el jefe de neurología del Henry Ford. Goyeneche me aproximó en Detroit a una versión más íntima de la amistad. Al abrazarnos en la despedida supe que le echaría de menos, y le acaricié una mejilla como hasta entonces sólo había acariciado a mujeres y a niños.

Al volver, expuse a Subirats mis ideas para reestructurar el servicio de neurología en Can Petri por unidades que permitieran acelerar las respuestas ante accidentes cerebrovasculares.

—De ese modo —dije—, seremos más eficaces en el tratamiento urgente.

—Un poco como hicieron las unidades coronarias en los sesenta.

—Eso es. Ser lo bastante rápidos implica menos complicaciones médicas y neurológicas, y por lo tanto se acortará la estancia y los costes hospitalarios. Pero habría que determinar unos protocolos claros.

Subirats se quedó mirándome. Temí que sintiera que invadía algún espacio, que pretendía desplazarle.

—Los escandinavos se han volcado con esto —añadí— y los resultados son impresionantes. En nuestra región no existe ninguna unidad de características parecidas, pero este hospital dispone de los requisitos estructurales. No sería complicado.

—Pero sí caro.

—Tampoco tanto. Y los beneficios compensarán de sobra.

Tamborileó los dedos sobre el escritorio.

—De acuerdo, desarróllalo.

—Habría que empezar con los ensayos clínicos.

—De momento, desarrolla. Si quieres dinero, te espabilas.

En cuanto salí del despacho, fui en busca de Diana. Llamé a su puerta mientras la abría. La encontré ajustando la plantilla de un escáner al negatoscopio. Cuando la acopló, se perfiló un cerebro con diversas manchas iluminadas, evidencia de pequeños tumores.

—Mala pinta —dije.

—¿Cómo ha ido? —preguntó.

—Sigo en ello aunque Subirats ha dicho... ¡que sí!

—¿Financiación?

—Eso no. Pero hay formas de hacerlo. ¿Me ayudarás?

Diana dirá que pensó en el último aluvión de pacientes que había obligado a ampliar la plantilla de neuro y el parking del hospital. También pensó que el día a día la devoraba en su rutina y que la posibilidad de elaborar un plan

distinto no surgía con frecuencia. Además, sintió que yo se lo rogaba. Me percibió débil, pidiendo una ayuda que no incumbía sólo al proyecto.

—¿Estás bien? —preguntó desprendiendo la plantilla de la pinza.

—Acabo de llegar de Estados Unidos. El *jet lag*.

Me senté en la silla frente a su escritorio, la que correspondía al paciente.

—Quieres entrar en la rueda de estudios randomizados de la fundación, ¿no?

—Pagan por enfermo incluido en cada estudio —dije—. Necesitamos el dinero y son ensayos útiles.

—Claro. Pero sólo aceptaremos estudios que nos interesen..., ¿verdad?

Diana compartía la desconfianza del gremio hacia las prácticas de las multinacionales, a menudo centradas en promover ensayos hospitalarios sobre, por ejemplo, pastillas para el colesterol que consumían millones de ancianos del primer mundo, lo que hacía posponer ensayos sobre enfermedades que se consideraban secundarias porque afectaban a grupos de población no rentables. Las enfermedades raras o los portadores de numerosos virus letales en África o Asia nunca entraban en las pruebas pese a que, a menudo, eran los que más nos interesaban.

—Verdad —dije—. Sólo los que nos interesen. ¿Me ayudarás?

Como solía, Diana sostuvo la respuesta el segundo necesario para hacerla seductora. Aunque yo intuía lo que iba a decir, me indujo a dudar en una pequeña y fascinante espera. Su pausa guardaba el secreto del manejo del tiempo, demostrando hasta qué punto la distancia de un segundo podía distinguir un carácter.

—Ya sabes que estoy contigo —respondió.

Las exigencias cotidianas del hospital y la clínica retrasaron la confección del plan funcional para ictus. Medio año después de mi exposición, Subirats no había vuelto a preguntar por la marcha del proyecto y sólo Diana se interesaba de vez en cuando por captar a algún paciente para unos ensayos que avanzaban a cuentagotas.

En esa época, Sol aceptó una oferta para trabajar en AquaRed, un consorcio municipal con el objetivo de implantar el cable en toda la costa catalana y agilizar las comunicaciones portuarias. El gerente, Alberto Sánchez Bordón, había trabajado con ella en la Federació de Municipis e insistió en sus

facultades de todoterreno para designarla su mano derecha. Sol empezó a estirar aún más las jornadas laborales y, cuando yo volvía a casa, a menudo me encontraba a su madre o a Nati, la canguro, cuidando de las niñas. Después de una jornada velando a fondo por la salud de otras personas, hallar el sofá ocupado y tener la obligación de saludar, de agradecer, de prolongar aunque fuera tres minutos el protocolo no estrictamente doméstico, me sublevaba. Lo sentía como una invasión, con el agravante de que los políticos que habían incluido a Sol en su órbita eran los mismos que me forzaban a correr del hospital a la clínica, al bloquear las mejoras de un sistema sanitario enquistado.

Luego, Sol llegaba a casa contando historias de AquaRed, de Alberto y sus colegas socialistas, de lo bien que trabajaban y la enorme dificultad de extender el cable a lo largo de un territorio dividido por ayuntamientos de distinto color político. Decía *apasionante*, *aprendizaje*, *revolucionario*, mientras describía con devoción cómo sus colegas mantenían durísimas negociaciones con miembros de la burguesía castellanohablante que poseían mansiones en Pedralbes, calzaban Sebago, vestían Levi's, colgaban cuadros de Fortuny o Foujita en las paredes y se codeaban con otros pijos de la zona alta que adornaban sus salones clavando cornamentas de caza. La misma burguesía que desfilaba a diario por la sexta planta de la Quirón, saturada de apellidos. Los Desclot de la compañía de juegos Atenea; el señor Monturiol, emperador de los precocinados; los varones de la familia Urbano de Taradell, famosos sopranos, cantantes, científicos, divulgadores... Enfermos como los demás que provocaban en Sol una ambigua curiosidad marcada por la distancia y el exotismo de algunos casos. Le extrañaban especialmente las historias del señor Pons, el pariente de un reputado político al que yo atendía en su mansión de Pedralbes. Después de la consulta, el señor Pons alguna vez me había acompañado por la casa mostrándome sus cuadros.

—Éste es de Casas. Éste, de Yamashita. Eso es un Kimura —decía—. El Metropolitan Museum me pide de vez en cuando que le preste alguno. Y todos están aquí gracias a algo que a menudo ni se ve. Las etiquetas. ¿Puedes pensar en algo que no lleve una etiqueta?

Sin esperar respuesta, explicó que la información que procuraban sus «productos» resultaba fundamental para que la vida transcurriera con un mínimo orden, pues permitían desde prolongar la duración de una camisa hasta ingerir las calorías adecuadas.

—Las etiquetas determinan nuestra relación con el mundo. Lo mejor es que muchas de ellas no están a la vista y, aun sin verse, son decisivas.

Con su orgullosa frase final, sugirió el lugar que él mismo ocupaba en el mundo, como si se tratara de una etiqueta humana.

—Entre los años cincuenta y sesenta etiqueté media Cataluña —explicó—. Gracias a eso tengo estos cuadros. Son unas pinturas únicas. ¿Crees que les gustarían a tus hijas?

—Claro. Son niñas curiosas, y les gusta lo hermoso.

—Tráelas un día. Hablas tanto de ellas que ya quiero conocerlas.

Dos semanas después, mis hijas pasearon por la mansión, contemplaron las maravillosas obras, charlaron con el señor Pons y se despidieron, felices y agradecidas, de los seis jardineros uniformados, como advirtió Leire, con polos Lacoste.

Al constatar que la enfermedad del señor Pons avanzaba tan imparable como yo les había anunciado, su familia convocó a una docena de neurólogos seleccionados entre la *jet* española con la esperanza de modificar el diagnóstico o hallar una solución que yo no había sabido ver. Un insigne neurólogo cántabro pidió unos honorarios desorbitados —que se le concedieron—, chófer desde el aeropuerto y, durante la única comida que realizó en Barcelona, una copa de coñac que dobló el precio final de la cuenta. Tras el desfile de expertos, la familia del señor Pons aceptó mi primer diagnóstico.

Sol constatará que si cuando nació Elia empecé a torcerme, cumplir cuarenta años me dobló. Desde ese meridiano contemplé mi vida demasiado infructuosa, impotente para variar la tendencia pese al descomunal esfuerzo que me había llevado a tener más deberes que sentimientos. Había exprimido veinte años de esperanzas sin demasiadas novedades ni fuelle para siquiera imaginar los veinte que me aguardaban. Según Sol, la frustración me carcomió y por eso reaccioné elaborando un personaje y pretendiendo convertirme en alguien distinto.

Puede ser.

También es posible que Sol siempre fuera demasiado igual, y que su confort apoltronado en la soberbia de unos gobernantes que se presumían intocables sólo me inoculara rabia; y que ser de nuevo «un buen chico» me

había sumido en una aflicción que no justificaba insistir en aquel impecable camino. El caso es que volví a beber. Y cuando una noche de viernes Sol llegó a casa después del trabajo, nos encerramos otra vez en la cocina. Yo saqué la botella de whisky que acababa de comprar en la gasolinera, encendí mi cigarro, el suyo también, calcando las escenas de antes del verano. De antes de Nevada. Hablé sobre las limitaciones que ponía Subirats a los ensayos, sobre la poca relevancia que daba a la unidad de ictus.

—Subirats te ayudó con lo de la carótida y aceptó tu plan para ictus —respondió.

—Dijo que lo apoyaba pero no ha hecho nada. Y sabe que yo no tengo tiempo ni recursos. Yo no puedo ser quien lo ejecute. Él no puede decir sólo que está de acuerdo, debe poner los medios. ¡Pero si en medio año ni siquiera ha vuelto a preguntarme por el plan! Se ha pasado toda la semana hablando sobre las fresas que se va a comer este año en Wimbledon.

—¿Va a Wimbledon?

—Cada año. ¿Nunca te he hablado de las fresas buenísimas que sirven entre los partidos? Es un tarado del tenis.

Sol dirá que mi obsesión con el rechazo de Subirats y mi fehaciente discurso victimista le habrían hecho incluso gracia de no ser por mi tono desnortado, que a veces le infundía miedo. De todos modos, el hartazgo de mi relato la impulsaba a responder sin complejos, al fin y al cabo yo era su marido, una persona pacífica, un buen chico, aunque ella matizaría esa definición, pero un buen chico en general. Y esa noche respondió con una pregunta:

—¿Quieres saber por qué te sigues lamentando? —Ella misma la contestó —: Porque sabes que tienes que hacer algo. Pero tienes miedo de hacerlo. Sí, Milo, sí. El niño mono encantador, el viejo Míster Todo, está descubriendo que como no espabile va a quedar reducido a la condición de panoli.

Luego opinó que esa coyuntura era la consecuencia de una mala estrategia y expuso los errores que yo había cometido a lo largo de mi carrera a la vez que señaló el camino que a partir de entonces debía emprender. Cuando por algún motivo mencionó a Felipe el odontólogo y a su ejemplar cuñado pediatra, le dije que se callara de una puta vez.

—Si la sanidad pública no funciona es por culpa tuya —dije, como ya le había dicho otra vez—. De la gente como tú.

—¿Qué estás diciendo, Milo? Por aquí ya hemos pasado antes. Para. ¿Qué

dices?

—Lo que oyes.

—Has bebido.

La botella de whisky estaba por la mitad y mi copa vacía.

—No me toques los cojones —respondí, y me serví un nuevo trago en la copa—. Ya basta de decirme lo que tengo que hacer, lo que tengo que comer, dónde debo trabajar. ¡Estoy harto de que me compres las camisas! ¡Joder! ¡Las camisas!

Me llevé la copa a los labios y bebí despacio mirándola a los ojos, sin parar, apurando el trago de golpe. Hilos de whisky chorrearon por las comisuras. Chasquéé la lengua con un estrépito que de algún modo proyectó a Sol contra la encimera. Verla recular me azuzó y seguí diciendo cosas que afortunadamente hoy no recuerdo. Su temor me alimentaba tanto como seguir escuchando la cantinela en la que mi mujer se había anclado.

—Estás mal. Milo, para, por favor. Estás mal. Estás mal.

Lo repetía todo el tiempo.

—Estás mal.

La puerta de la cocina se abrió despacio y a través de la humareda apareció Elia con un vaso entre las manos. Sol se impulsó hacia delante rasgando la niebla a manotazos.

—Hola, cariño —dijo acucillada frente a Elia—. ¿Qué pasa? ¿Quieres un poco de leche?

—Sí.

Fue un sonido incongruente que pinchó la agresiva burbuja de violencia creada en la cocina. Sol cogió a nuestra hija en brazos, abrió la nevera, llenó el vaso de leche, lo calentó en el microondas y la acompañó a la habitación. La esperé media hora antes de dirigirme al dormitorio. Sol yacía en la cama. Sobre la mesita se recortaba el lomo de un libro recién publicado por una diputada socialista. Sol lo había definido como un manual para mujeres separadas. Pensé que fingía dormir pero volví a la cocina a por whisky. Me llevé la copa al despacho y después de navegar sin rumbo por internet, consulté mi e-mail. Tenía varios mensajes nuevos, todos laborales, pero sólo abrí el de Diana. Me advertía sobre el estado de un paciente al que le gustaría que echara un vistazo el lunes. La descripción de los síntomas y sus acotaciones estaban expuestas con una cadencia armoniosa. Los informes de

Diana no se parecían a los de ningún doctor. Ella los convertía en otra cosa. Me pregunté de dónde sacaría el tiempo para la literatura una neuróloga tan buena.

El fin de semana fuimos a comer a casa de mis padres con las niñas. Mientras mi madre y Sol cocinaban y las pequeñas jugaban por la casa, mi padre me resumió a su manera escueta el viaje que acababan de hacer a Granada. Dijo que mi primo Rafa me enviaba abrazos fuertes y que había traído una garrafa de aceite del pueblo.

Cuando Sol se asomó al salón, susurró que mi madre le acababa de recriminar haberle dado a mi hermana Carmen un lote de ropa prácticamente nueva.

—Tenemos esa ropa desde el año pasado, las crías ya no se la ponen y a tu sobrina le va a ir bien —dijo Sol—. Encima que se la regalo... Tu madre es la hostia.

Mi padre leía el periódico en su butaca junto a la mesa camilla.

—No te pongas así —murmuré—, yo también te lo he dicho alguna vez. No hace falta comprar de todo cada temporada. Hay cosas que podríamos aprovechar de un año a otro.

—¿Desde cuándo te pones de parte de tu madre?

—Si tiene razón...

—Me está llamando derrochadora. ¿Crees que yo tiro el dinero? Nunca he pedido un crédito ni gasto más de lo que tengo.

Sol dirá que mientras hablaba pensó que últimamente aparecía con demasiada frecuencia el tema del dinero y recordó que en el libro de su mesita se aseguraba que cuando una pareja no había discutido nunca de dinero y de pronto se ponía a hacerlo, era hora de preparar la maleta. Lo paradójico, para mí, es que percibiera tan tarde cuánto me angustiaba la economía. Yo llevaba años hablando de dinero, calculando facturas, vacaciones, fines de mes..., pero ahora me doy cuenta de que hasta entonces había protestado más que nada para mí.

—¿Falta mucho para comer? —gritó mi padre sin despegar la mirada del periódico.

—¡Está a punto! ¡Ya sale! —respondió mi madre desde la cocina—. ¡Sol! ¿Me ayudas?

En la mesa, fue mi madre quien comentó las novedades del pueblo. Luego repasó la actualidad de mis hermanas con sus maridos chilenos. Sol participaba bastante de las conversaciones, aunque fuera para disentir, pero ese mediodía estaba concentrada en destripar la morcilla andaluza que se extendía en su plato. Clavó el tenedor en un tomate de la ensalada.

—¿De dónde es el aceite? —preguntó cuando terminó de masticar.

Mis padres la miraron sin responder, entre la furia y la expectación.

—No está nada mal —dijo mi esposa.

Sol dirá que cuando se metió en la cocina a hacer el café odió tener que soportar otro rato de hipócrita rutina. Su malestar conmigo multiplicaba el desapego hacia mis padres, maldijo la casa y a mi familia. La sensación de que nuestra relación se desmoronaba le comprimió el pecho mientras el café comenzaba a borbotear. Agarró el asa de la cafetera y un salvamanteles convencida de que ya nada podría cambiar. Cuando llegó a la mesa, mi padre sostenía a Elia en sus rodillas.

—*Vols una galleta?* —dijo el anciano a mi pequeña.

Sol depositó la cafetera en la mesa y se sentó a mirar cómo Elia recibía la galleta. Vaya, pensó, mi suegro ladra.

—No respondiste al e-mail —dijo Diana en la cafetería—. ¿Todo bien?

—Lo leí, perdona que no haya dicho nada. ¿A qué hora viene el paciente?

—A las once y cuarto, te lo indicaba en el correo.

—Lo leí, en serio, pero no reparé en la hora.

—Todavía estás en América. Este último viaje te ha afectado más de la cuenta.

—Quizá —dije perdiendo la mirada en algún lugar de la barra—. Es que veo las posibilidades que tenemos y... está claro que Subirats piensa en Molina como futura jefa de servicio, pero con ella no vamos a ninguna parte.

Diana se sopló el flequillo, su tic de los temas espinosos.

—¿Y qué sugieres? —dijo.

—Creo que tanto tú como Ricard podríais ser buenos jefes.

—Yo no, gracias. Dirigir un servicio es un coñazo. Demasiada burocracia. Entre reuniones y conflictos, acabas renunciando a la medicina. Pero a Ricard le podría atraer.

—Él ha dicho alguna vez que si te presentaras como candidata, te apoyaría.

—¿Y tú? ¿No has pensado en postularte? Ahora mismo eres casi una estrella. El propio Subirats lo dice.

Por supuesto que yo había pensado en mí pero, como le dije a Diana, debía respetar antigüedades, jerarquías, y Ricard me parecía idóneo, dotado de una ambición que le había permitido colarse en la Societat Catalana de Neurologia, y esa habilidad para la neuropolítica que le señalaba como singularmente adecuado. Le gustaba organizar, mandar. De hecho, Ricard rehuía a los enfermos y, cuando alguna vez visitaba a un paciente ante testigos —y yo fui testigo varias veces—, lo hacía pomposamente, como si se tratara de algo excepcional, quizá porque un poco sí lo era. De natural locuaz, le encantaba adornar su biografía mencionando las excelentes calificaciones que sacó en el MIR a la vez que ensalzaba su propia tesis sobre neuropatías motoras hereditarias, y llamaba la atención que cuando hablaba de sí mismo

aparcara de repente su privilegiada inteligencia para dejarse poseer por una egolatría ensimismada que incluso anulaba su talento como humorista. En ese sentido, era un estereotipo de hijo único, adorador de su persona y poco receptivo al éxito de los demás. Por otra parte, gastaba un genio fuerte pero divertido, era buen gestor, creativo, brillante y le espoleaba una obvia necesidad de descollar.

Diana creía en él y aunque Ricard nunca me pareció fiable, provenía del Departamento de Periférico, servicio que al no entrar en competencia directa con Molina le podía distinguir como un candidato relativamente neutral, un poco al gusto de todos. Una alternativa a Molina asumible para Subirats y que garantizaría un servicio solvente.

—Podríamos invitarle a una comida y le preguntamos qué le parece —dije.

Diana apretó las uñas sobre la mesa meciendo el tronco despacio.

—Bueno —respondió—. Pero antes de montar nada, acuérdate de recordar lo que te escribo en los e-mails, ¿vale? Si queremos hacer las cosas bien hay que empezar por ahí.

—Si no retuve la hora fue porque estaba demasiado impresionado con tu forma de escribir.

Diana detuvo el balanceo para escrutar el café con leche en su taza.

—Ya sé que hablamos a menudo de literatura —añadí—, pero el otro día me fijé en cómo escribes y... fue como si tomara conciencia de que has debido de leer mucho.

—Y sigo haciéndolo.

—¿De dónde sacas el tiempo?

—Es parte de mi formación. De algún modo, sirve para lo nuestro, ¿no? La condición humana..., las cabezas...

Diana echó un vistazo a la multitud que a esa hora pululaba por la cafetería.

—¿Qué libro me recomiendas? —dije.

—Ya te recomendé uno.

—Otro. Para que veas que me fío de tu criterio.

—¿Novela?

—Sí. Creo que prefiero novela.

—Ya te dije que empecé por los rusos, como todo el mundo.

—No sé si todo el mundo empieza por ahí. Me interesa bastante el tema de

la emigración.

—Entonces, *Llámalo sueño*. El propio libro tiene una historia. Si te animas, lo podríamos comentar.

Leí *Llámalo sueño* pensando en Diana y en los autocares pirata que de niño me traían de Granada parando en todas las estaciones pequeñas antes de vaciarse en Badalona, en Cornellà. Me identifiqué asombrosamente con el pequeño David y la relación que mantenía con sus padres. La madre quejándose todo el día, sufriendo, aguantando. El padre, un irascible trabajador infeliz.

Al buscar información suplementaria sobre el autor, descubrí que había dedicado sus últimos años a la literatura arguyendo que escribía para hacer que fuera más fácil morir. Y que en una época de su vida había sido ayudante de psiquiatría en una institución mental. El primer día de lectura alterné la novela con el whisky pero como el alcohol me adormilaba, las siguientes jornadas prescindí de la bebida, al menos mientras leía. La novela me apaciguó.

«David se dio cuenta una vez más de que este mundo había sido creado sin pensar en él», leí regresando por unas horas a las calles norteamericanas que todavía me hechizaban. La novela reflejaba el desamparo de la infancia a la vez que el descubrimiento del mundo, y al penetrar en la mente de David, reconocí un discurso paralelo al mío. La brillantez con la que se describían los barrios de inmigrantes mientras afloraba el contradictorio acogotamiento al que sometía la sinagoga, la religión. Las dificultades del argot yidis congeniaba con mi ceceo cuando llegué a Barcelona, y padecí como propia la primigenia sensación de haber sido desplazado a un lugar casi inhóspito.

Hallé emocionantes paralelismos con mi niñez, invadido por la turbadora impresión de que Diana debía de conocerme muy bien para haber acertado tanto con su recomendación. Cuando detenía la lectura, casi siempre pensaba en ella. No necesitaba ser alta ni especialmente hermosa para aparecer magnífica. Su discreción y elegancia comenzaron a ocupar el mundo. El ruido de las niñas en el lavabo o de Sol trajinando en la casa empezaron a convertirse en un tortuoso recordatorio de la vida que no llevaba.

En el hospital, la dinámica cotidiana me absorbió marcando las distancias habituales con Diana, y al regresar a la novela era cuando me sentía de verdad a su lado. La lectura me inoculaba nostalgia, valentía. Desveló represiones que

había identificado tiempo atrás. Una mañana entré temprano en la consulta de Diana para anunciarle que había terminado el libro.

—No sé..., no sé qué decir —casi tartamudeé—. Gracias. Ha sido... una experiencia.

Sonrió con la misma gratitud que yo intentaba expresar.

—Hay mucho que contar —dije—. ¿Un café después del trabajo?

—¿No tienes turno en la Quirón?

—Hoy me cubren. ¿Has venido en bus?

—Sí.

—Estupendo. Así bajamos juntos en mi coche.

Por la tarde, conduje de regreso a la ciudad mientras intercambiábamos puntos de vista sobre varios momentos del libro. Ambos nos reconocíamos en la infancia de David, cada uno por sus motivos.

—Me alegro que hayas sacado un rato para leer algo no del todo neurológico. No está mal alejarse un poco de vez en cuando.

—Pero si hablamos de libros cada dos por tres.

—De libros que leíste hace tiempo. Me da la sensación de que llevabas una buena temporada sin ponerte en serio.

—Últimamente no he acertado con las lecturas. Que no comente no quiere decir que no lea.

—Pero tú siempre estás con lo objetivamente neurológico.

—Diana, por favor, no quiero defenderme más... Ya tengo bastante en casa.

Las luces se habían reproducido alrededor. Diana se mantuvo en silencio. Mis palabras serían responsabilidad mía.

—Sol no acaba de compartir mi forma de vivir la medicina. No distingue entre lo que es vocacional y un trabajo para sobrevivir.

—No es fácil entender a los vocacionales —dijo Diana.

Desvié la mirada de la carretera con un gesto burlón. Ella seguía atenta al tráfico.

—Yo no lo soy —añadió—. Mira adelante, por favor.

—¿Cómo que no?

—En mi primer año de universidad no sabía si estudiar periodismo o medicina. En Barcelona no se podía cursar periodismo, así que... después de una temporada pensé que me había equivocado de profesión. Hasta que entré

en psiquiatría, me puse mi primera bata, vi a mi primer paciente... y me enganché. Pero esto ya te lo he contado, Milo.

—¿Cuándo?

—Hace algún tiempo. Lo que pasa es que sólo escuchas lo que te dicen las enfermeras de veinte años.

—Pues tú tendrías *veintipico* cuando me lo dijiste.

Noté que ahora Diana sí me miraba.

—En eso tienes razón.

Reímos. Las luces se multiplicaron al entrar en la ciudad. Pasamos la tarde charlando en una cafetería del Raval, cerca del piso donde vivía mi hermana Carmen. Nos olvidamos de Subirats y el hospital centrados en volcar nuestras intimidades a través de la novela de Henry Roth. Cuando mencionábamos los anhelos de David para abandonar su rincón proletario en Manhattan, comparábamos sus esperanzas o desasosiegos con los que nosotros habíamos sentido a su edad. Enfrentamos el carácter de Nueva York al de Barcelona, describimos cómo los años habían transformado la ciudad y nuestras vidas.

—Creo que nunca tendré una experiencia amorosa satisfactoria —dije en algún instante—. No seré una pareja ideal porque mis padres no lo han sido. Hay algo que no me permite confiar en la pareja tradicional.

—Menudo punto de vista, me parece increíble a estas alturas. Las cosas no funcionan así.

—La influencia de los padres no es un tópico.

—Tú eres otra persona, de una generación distinta. Las cosas cambian.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Cuál es tu historia? Nunca hablas de tu marido.

—Sí hablo.

—No cuentas nada que importe. Que es marroquí y poco más.

Diana agarró el borde de la mesa con las manos.

—Es marroquí —respondió soplando el flequillo—. Quizá sea lo más importante. Lo conocí con diecinueve años, le quise mucho, pero no logró adaptarse a la vida aquí. Hemos pactado continuar juntos hasta que nuestro hijo cumpla los dieciocho.

—Eso es pronto, ¿no?

—Sí.

—¿Y mientras tanto vivís en la misma casa como..., como si compartierais piso?

—Más o menos.

—Habrás tenido algo... Algún hombre mientras estás con él.

—No sigas por ahí, por favor.

Carraspeé.

—Claro, perdona. ¿Cómo..., cómo lo lleva tu hijo?

—Él nos quiere a los dos. Nos tratamos con respeto. Ya está.

Tuve ganas de pedir un whisky.

—¿Te apetece algo más? —dije.

—Nada, gracias. —Agarró el filo de la mesa—. Mira, la cuestión es ésta: tú crees que no puedes seguir viviendo en pareja. Yo simplemente no me planteo una vida sentimental.

Su afirmación me aturdió porque trascendía mi drama, que casi se me antojó banal. Me sentí inusualmente nervioso pero renuncié al whisky. Aún podía distinguir el límite entre mi casa y lo demás.

—Sin embargo —dije—, de eso habla la literatura. De sentimientos.

—Quizá por eso me interese. Cubre una carencia.

Diana entendía tan bien su circunstancia que la explicaba con fascinante lucidez. Sus palabras y la forma de ofrecerlas albergaban una sabia calma.

—Casi se me olvida —dijo antes de despedirse—. He quedado con Ricard el sábado.

—¿Le ha extrañado que le convoquemos?

—Dice que si ahora vamos de clandestinos.

El sábado comimos con Ricard Valls en un restaurante de la Villa Olímpica para exponerle nuestra estrategia sobre el relevo de Subirats. Le sorprendió la propuesta pero enseguida se rascó el pelo rubio ensortijado como un niño entre tímido y feliz.

—Así que queréis enterrar el legado de la Momia —respondió.

Nos despedimos con la sensación de haber sellado un buen pacto.

Los siguientes meses, Diana y yo comenzamos a delegar algunos trabajos en Ricard y a facilitarle la ayuda de becarios a los que hasta entonces no había tenido acceso a causa de su subespecialidad. También le cedimos temas de los que solíamos ocuparnos nosotros y, en consecuencia, conseguimos tiempo para desarrollar ideas y explorar pistas que nos satisfacían mucho más. Pasé a Diana varias revistas de neurología que anunciaban estimulantes novedades

científicas y revisé antiguas lecturas en un intento de sorprenderla con alguna buena novela que no conociera. A menudo nos comunicábamos por e-mail, en general de noche, empleando palabras escogidamente ambiguas.

Cuando Diana se separó de su marido sin firmar ningún papel, me presté a ayudarla en lo que necesitara. Algunas tardes, pasaba por su despacho y conversábamos. Recibía mis propuestas con sobrio agrado a la vez que me recomendó leer poesía, insistiendo en que me atreviera con la de José Ángel Valente. «Ante la pútrida rosa de la infancia arrasada, no conoce límites el odio». Amé a Diana por señalarme al poeta.

Otra tarde, antes de marcharme, abrí la puerta de su despacho.

—Hasta mañana —dije.

Diana estaba sentada escribiendo en el ordenador. Alzó el rostro.

—Hasta mañana —respondió.

Entré cerrando la puerta. Ella me siguió con la mirada, arqueó las cejas.

—Levántate —dije.

Diana obedeció desplazando la silla sin hacer ruido. La rodeé con los brazos, la besé. Sus labios temblorosos y secos ardían. Los mordí con suavidad, abrasado de cariño y de una indefinible ansia.

Cuando salí al aparcamiento, había oscurecido. Sólo sentí el frío del invierno en la cara. En el interior del coche pensé poner música pero preferí el silencio para recrearme en la seguridad de que acababa de complicarme la vida un poco más.

Diana dirá que no esperaba que la agitación amorosa volviera a perturbarla de esa forma. Tenía cuarenta y nueve años, casi diez más que yo, y había reflexionado y leído lo suficiente para creer que podía anticiparse a cualquier sacudida del corazón. Los dos estábamos oficialmente casados, había hijos, faltaba tiempo, compartíamos equipo en el hospital. Todo desaconsejaba la aventura, pero a partir de entonces incrementamos el intercambio de e-mails, a los que añadimos cartas y breves notas en papeles que doblábamos varias veces para entregarlos al cruzarnos en un pasillo, durante la comida en la cantina. Nunca he vuelto a escribir con semejante pasión. Cada nota incluía un pedazo de mi vida, y buscaba las palabras más intensas, evocadoras, las hermosas y a la vez simbólicas, porque necesitaba que mi amada comprendiera cuánto podía yo aún ofrecerle, corresponder de algún modo a las castas emociones que ella me regalaba a través de Proust, Rulfo, Bellow, Buzzati, una infinidad de franceses... Deseé impregnarme de palabras y nada

más hasta obsesionarme con la idea de hallar un espacio donde pudiera leer de otra manera, sin ruido ni distracciones, y eso fue lo que le dije a mi hermana Carmen el día que le pedí una copia de las llaves del Hostal del Sol, como ella había bautizado al piso que tenía en la calle con ese nombre. Le dije que necesitaba reposo, silencio, «una habitación propia». Le dije que nunca interferiría en sus horarios, que la avisaría cuando necesitara ir. Y me las dio.

Pronto, Diana y yo buscamos tiempo para quedar, a veces en lugares públicos.

—¿Te estás dejando barba? —me preguntó un día.

—Así parezco un poco mayor.

Arrugó la nariz.

—Ayudará a evitar cuchicheos cuando nos vean desconocidos —añadí.

Diana dirá que ha sido uno de los gestos más hermosos que un hombre le ha regalado. También dirá que empezó a no reconocerse en los actos, abrumada por la naturalidad con la que se estaba saltando unos principios que había creído férreos. Por otra parte, le roía el leve sentimiento de estar traicionando a Sol. Una vez, ella fue su confesora. «A Camilo le quiero como a un hijo», le había dicho. Como a un hijo. Entonces ¿en qué la convertía lo que estaba a punto de hacer? Resultaba obvio que había perdido el criterio y buena parte de su inhibición. Yo le gustaba demasiado. Tanto, que le costaba creer en su suerte, a su edad. A lo mejor tengo un tumor frontal, concluyó mientras se dirigía al café La Principal, en una placeta de la Ronda Sant Antoni, donde yo la esperaba. Acababa de comenzar una soleada tarde de febrero, no recuerdo por qué no estábamos en el hospital.

—¿Qué tal Salinas? —preguntó después de besarnos las mejillas.

—¿Quieres enamorarme? —dije devolviéndole el libro que ella había dejado días antes en la mesa de mi despacho.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Para empezar, la contraportada. —Le di la vuelta al volumen y leí en voz alta—: «Pedro Salinas, conocido como el poeta del amor».

—Eso son eslóganes para vender.

—Creo que esta vez el eslogan fue muy bien escogido.

—¿Qué tomas? —preguntó Diana.

No quería nada, sólo a ella.

Casi desde el inicio de nuestra correspondencia, había hablado a mi hermana Carmen de la relación «literaria», así la definí, que empezaba con

Diana. También le enseñé algunos e-mails que había impreso, porque los quería guardar en papel.

—Escribe estupendamente —dijo Carmen—. Dice cosas preciosas.

Diana conquistó de algún modo a mi hermana a través de mis descripciones y de los textos que ella misma escribía. Carmen no preguntó detalles ajenos a lo que leía ni especuló con mi situación ni volvió a mencionar la copia de las llaves, esforzándose por no saber.

—¿Eh? ¿Qué quieres tomar? —insistió Diana.

Saqué el llavero.

—¿Nos vamos? —respondí.

Diana dirá que tras un mínimo titubeo asoció las llaves al piso del que ya le había hablado y le traspasó un escalofrío que enseguida se convirtió en temblor sutil. Miró a su taza casi llena, no le gustaba dejar las cosas a medias. Se incorporó.

Descendimos el Raval comentando la proliferación de turistas en el barrio, donde marroquíes y filipinos continuaban resistiendo, esparcidos por los bancos de la Rambla con el rostro apuntando a un sol que amortiguaba el frío de febrero.

—¿Dónde está tu hermana? —preguntó Diana cuando saqué las llaves.

—Con los niños. No te preocupes.

Subimos por la vieja y helada escalera. La casa conservaba la calidez de un hogar habitado. Creí oportuno ofrecerle bebida pero el deseo de acercarme a ella del modo que anhelaba desde hacía meses me impulsó a besarla.

—Poco a poco —dijo Diana—. Despacio.

Besándonos, avanzamos hasta el dormitorio. Nos desnudamos mutuamente con divertida torpeza e hicimos el amor en un silencio acompañado de todas las palabras que nos habían conducido hasta allí. La suavidad de su piel, la transgresión compartida, la hermosura de la vespertina luz de invierno que se filtraba en la habitación me excitaron más allá del sexo.

Jadeando, encendí un cigarro. Aún se distinguía el color rojo de su cabello. No me cansaba de mirarla.

—Me quiero separar —dije.

Diana suspiró de forma casi inaudible.

—Yo no lo haría. —Hundió una mano en mi barba—. Ahora desde luego que no. Aparte de que esto que hacemos no está bien.

Lo dije como la descripción de una evidencia. Diana afirmará que ella no

quería profundizar en una historia que presumía iba a terminar pronto. Por muy intensa que fuera su atracción, se encuadraba en la sintomatología típica del amor y sabía que al arranque efervescente siempre le sigue un receso emocional en el que el amante apasionado evalúa su posición en el mundo, y comprende con horror cuánto ha destruido al perseguir fantasías.

—Esto no es real —dijo.

—¿Ah, no? ¿Y qué es real para ti?

—Yo ahora estoy muy tranquila viviendo sola con mi hijo. —Seguía acariciándome la barba—. El sentimiento que tengo hacia ti me basta. Me compensa. No necesito más. No quiero que se rompa nada.

—Tengo muy claro que quiero separarme, no he dicho que desee vivir contigo.

—Vale. Pero esto sigue siendo irreal. Piensa bien en cómo cambiará tu vida si te separas. Tienes tres hijas... Y Sol... te quiere.

—No estoy tan seguro.

—Yo creo que te quiere.

—Supongamos que me quiere. ¿Es una razón para continuar con ella?

Diana se volvió hacia mí en la cama. Aún podía distinguir bien sus facciones.

—Tu mujer... vino a verme después de tu lío en San Francisco.

—¿Qué?

—Quería saber qué había pasado, buscaba ayuda.

—¿Qué estás diciendo? ¿Por qué no me lo contaste?

—Me pidió que no lo hiciera.

—¿Y por qué? ¿Por qué te buscó a ti?

—Dijo que tú me apreciabas mucho —Diana hablaba sin ironía—, que te habías liado con una neuróloga y yo a lo mejor podía, no sé, orientarle en algo. No me preguntes por qué. Yo también soy neuróloga, se supone que tenemos algo importante en común. Ella buscaba respuestas, estaba desesperada. ¿Crees que si no te quisiera de verdad habría venido a verme? ¿Que se hubiera humillado de esa forma?

—¿Por qué me cuentas esto? —dije—. Diana... Quizá... no era necesario.

—Si tu mujer no me hubiera contado tu historia en Nevada, creo que yo no me habría atrevido a... esto. A venir aquí contigo. Pero aquello fue una señal de que vuestra relación se estaba rompiendo. Podíais haberlo arreglado pero al

acercarte a mí... Lo vuestro está terminado. Sé de lo que hablo. Al menos, hoy no tengo nada que reprocharme.

Discutimos sobre ética y fidelidad, deslizando ejemplos de vidas reales o de ficción que también habían sido atormentadas por la vulgar duda de la separación. Nos preguntamos por qué el hecho de engañar siempre le parece raro al que engaña cuando en realidad es tan común. Volvimos a hacer el amor. Esta vez de una forma más violenta.

Pasó la tarde. Conforme la luz se atenuaba, apaciguamos el tono de nuestras voces. El crepúsculo nos invadió como si significara algo.

Regresé a casa agotado pero presa de una energía incoherente que atribuí al desasosiego de tener que encerrarme con Sol, después de aquello. O quizá se tratara de la firmeza de Diana al juzgar mi matrimonio deshecho mientras me animaba a seguir en él. En cualquier caso, Diana no quería más de lo que teníamos, y en realidad eso me parecía bien. Sabía que nuestro romance se desvanecería hasta reducirse a un nuevo puñado de letras, otra historia que contar. La conciencia de no tener que calcular ningún futuro me estaba entregando a su mundo de novelas. No compartiría con ella una casa, unos hijos ni una responsabilidad doméstica, pero me nutrían sus ideas y el espíritu que las impulsaba, que era el espíritu universal de todos los autores de todos los tiempos de todas las lenguas. Eso, ahora, me pertenecía. Poseer más allá del cuerpo proporciona euforia. Vampirizar historias me engrandeció, porque la sangre de los libros abastece sin fin.

En la gasolinera, compré una botella de whisky que abrí al llegar a la cocina. Las niñas dormían. Sol entró a por un yogur.

—Hoy tampoco querrás follar, ¿no? —le dije, ligeramente asombrado tanto de mi atrevimiento como de la rabia con la que lo expresé, y del vigor que aún sentía.

Sol abrió el yogur, tiró la tapa a la basura.

—Te estoy hablando —dije.

Salió de la cocina sin responder. Bebí dos vasos seguidos. Me quedé un rato sentado escuchando el ronroneo del refrigerador. Caminé hasta el dormitorio, me desnudé y entré en la cama. Sol dirá que entonces le susurré que, quisiera o no, esa noche lo iba a hacer. Afirmará que intentó oponerse pero que la inmovilicé con mi cuerpo, dejándola boca abajo, y que forcejeé hasta quitarle los pantalones del pijama. Dirá que al principio me costó un

poco pero que después de varios golpes de cadera conseguí lo que quería mientras ella procuraba simplemente obedecer a la vez que escuchaba mis procaces murmullos.

Sol dirá que me dormí poco después de eyacular dejándola derrengada por el susto y la pena. Pensó que debía convencerme para que abandonara el alcohol, se preguntó quién me podía ayudar. Nos podía ayudar. También imaginó las consecuencias y los asuntos que debería resolver en el caso de separarnos.

—Hay un profesor de Gestalt estupendo que podría ayudarte mucho —dijo Carmen sentada en el mismo salón donde un par de semanas antes yo había desnudado a Diana. Su separación de Pancho y mis problemas domésticos habían vuelto a unirnos después de varios años en los que por algún motivo nos distanciamos.

Carmen creía que Sol había contribuido a un alejamiento curiosamente vinculado a la sustitución de las excursiones de montaña por la *caça de bolets* o a mi renuncia a la fotografía, y por eso le irritaba aún más oír cómo Sol criticaba mis investigaciones por el hecho de que no rentaran como esperaba. Carmen consideraba a Sol una influencia negativa —«cuando volvéis de viaje, tú siempre cuentas lo bueno, ella sólo lo malo»— que además me predisponía contra mis padres. Por si fuera poco, al escucharme hablar, a menudo yo le parecía el portavoz de mi mujer y terminó asumiendo que me había convertido en alguien muy distinto al chico que la acompañó a abortar. Por eso, cuando me esforcé por recuperarla como confidente, Carmen constató parte de sus sospechas y dedicó su parsimonia de psicóloga colegiada a prestarme ayuda. Durante meses compartimos experiencias, algunas veces me aconsejó. Básicamente, disfrutamos de habernos reencontrado. El día que fui a devolverle las llaves del piso, dijo:

—No hace falta. Ese juego es para ti. Si quieres venir otra vez, avisa y nos organizamos. Las sábanas están en la segunda puerta del armario. Si vuelves a echarte una siesta no hace falta que me dejes más notas, puedes cambiarlas tú. Bueno, cuenta, ¿cómo estás?

Escuchó un relato de deseo y zozobra y angustia que no incluía las botellas de whisky ni los episodios violentos con Sol. Necesitaba expulsar la historia, ni siquiera comprensión, sólo contarla. Pero Carmen es psicóloga.

—Cuando me fui de casa con dieciocho años —dijo al final de mi relato, modulando su voz más médica—, sentí una liberación enorme. Cuando me separé, experimenté una liberación similar. Y sigo feliz por haberlo hecho. Aunque sacar adelante a las niñas es duro, demostrarme que soy capaz me hace sentir grande, con poder. Pero me costó mucho encontrar la fuerza necesaria para tomar la decisión. En cualquier caso, tanto para encontrar esa fuerza como para entrever el sitio adonde más o menos te gustaría llegar, lo primero es sentirte bien, cómodo dentro de ti. Hay un profesor de Gestalt estupendo que podría ayudarte mucho.

Yo admiraba la capacidad de Carmen para renacer. Sin embargo, soy científico. No confiaba en la Gestalt. Ni siquiera desde la desconcertante brutalidad del desasosiego que me acosaba iba a renegar de mis principios. No confiaba en la programación neurolingüística. No confiaba en el componente esotérico de la psiquiatría. No confiaba en lo intangible. En Dios no creo. Me gustaba hablar con mi hermana y seguía con interés su razonamiento, pero ni el desequilibrio ni la incertidumbre me impidieron distinguir que, en lo profesional, sus consejos incumbían a otro universo.

—Carmen —dije—. Soy neurólogo.

—No importa. Puedes venir a alguna clase del máster que estoy dando y así...

Intentó hacerme entender cuánto necesitaba el apoyo emocional y le decepcionó comprobar que una vez tras otra desechaba sus propuestas. Subrayará su frustración al detectar que yo guardaba mis historias con candado mientras la mayoría de la gente a su alrededor la agobiaba contándole las suyas sin más, anhelando que las desentrañara.

—Carmen —la interrumpí—, ¿te das cuenta de que somos los descendientes de un zapatero y los dos hemos acabado como médicos de la cabeza?

—A ver, Cami, ¿me estás escuchando?

—Sí, sí. Pero ¿te das cuenta?

Carmen chasqueó la lengua perdiendo un ápice de parsimonia.

—¿Por qué te dedicaste a la psicología? —pregunté.

—No sé... Siempre me gustó el ser humano..., no sé.

—De un zapatero —repetí.

—Cami...

—No sabemos nada sobre la mente.

—Cami...

Oscilé varios meses entre la poesía y la furia, en perenne sobreexcitación. Leía continuamente, porque en las novelas hallaba comprensión y el relato de mi vida, con todas las ambiciones, penurias, todas las inhibiciones expuestas como en un disperso pero genial catálogo. Leí que el cerebro es la audiencia cautiva del cuerpo; y Styron había escrito que la exaltación continua provocada por los estados maníacos anula el pensamiento. Reconocerme como un exaltado en ciernes, curiosamente, me tranquilizó.

A veces me adentraba en ensayos científicos de corte filosófico o tocados por lo literario, y así revisé teorías sobre cómo influían los sentimientos en el cerebro, acumulando razones para preocuparme, porque la confusión a menudo antecede a la locura y mis sentimientos se resumían en un cóctel de tinieblas. Leí que la angustia enseña a asumir la condición humana aunque, como nadie indicaba cómo actuar cuando esa angustia se hacía insoportable, empecé a automedicarme.

Los calmantes rebajaron mi percepción a un grado indeseablemente delicioso. Adoré pasear drogado con Diana. Había algo onírico en el callejeo antes de subir al Hostal del Sol, con el chillido ominoso de las gaviotas sobrevolándonos recortadas a la penumbra de la media tarde. Diana me habituó al reposo y otras formas de observar. Desde el silencio del tiempo inmemorial preservado en las hojas de los libros, me enseñó a pensar en lo inconcreto y a no buscar resultados. Paseábamos como hablábamos, sin objetivo.

Creo que yo anhelaba ser descubierto lentamente y Diana lo entendió. Nos palpábamos al hablar alcanzando profundidades que nadie había sondeado hasta entonces. Comprendimos que nunca nadie nos había explicado así y nos aplicamos a contar a quien veíamos enfrente. Nos reconocimos, y, aunque no lo queríamos, estuvimos siempre cerca del amor. En ella vi a una mujer delicada que se dejaba mecer por ideas demasiado hermosas cuya pureza de algún modo la consolaba de una resignación profunda. A las agresiones del exterior oponía la belleza de un mundo propio que la arrullaba, distanciándola de cualquier lucha o atrevimiento crucial. Era tierna, comprensiva, equidistante. Tenía algo de bálsamo, de lago en calma. En mi tendencia a intimar con el vigor, Diana resultaba extraña.

Una tarde que Carmen organizaba una fiesta infantil en su casa, tuvimos que alquilar un cuarto en una pensión del casco antiguo para revolcarnos sobre sábanas baratas a la suave manera de Diana. A la hora del cigarro fantaseamos sobre los polvos que habría echado el Carvalho de Montalbán en esa misma pensión después de una mariscada con chablis. Nos inspiraba la mirada lúcida y triste del inspector sobre la ciudad sintiéndonos personajes literarios como él, y por lo tanto con derecho a dotar de dramática trascendencia a nuestras palabras.

—Diana —dije—. No podemos seguir así.

—No. Deberíamos parar. Esto no está bien.

La besé. Y en mi burbuja de sedantes fui Carvalho. Errol Flynn. Clark Gable. Y George Clooney. Porque yo era Clooney. En el hospital.

—Pero seguiremos viéndonos en el hospital —dije.

—Claro. Eso no va a cambiar.

Al llegar a casa, dejé una botella de whisky aún precintada sobre la mesa de la cocina. Sol estaba fregando los platos de la cena.

—Prepárate. Esta noche quiero —ordené.

—Así que estás con Diana —dijo Sol.

Al oír el nombre en su boca, me estremecí. Sol me observaba con una sonrisa cansada desde el otro lado de la mesa donde yo acababa de llenar el primer vaso de la noche.

—No tienes ni idea de lo que quieres —añadió al abrir la palma de la mano.

Sobre las líneas de la vida y el destino, sostenía un papel doblado varias veces. Por la textura delicadamente granulada y el color siena reconocí una carta de Diana. Mientras la desplegaba, mi furia arrinconó de golpe a la culpa.

—¿Me has registrado la cartera?

—Sí —respondió con entereza—. Necesito respuestas para lo que está pasando. Aunque sean así de patéticas.

Al tirar la carta contra mí, la hoja planeó irregularmente hasta caer en el centro exacto de la mesa.

—¿Cómo te atreves a mirar mis cosas?

—Anda, no seas ridículo.

Sol dirá que encontrar la carta la consoló porque justificaba de algún modo mi horario cada vez más anárquico y mi forma de tratarla. Le entristeció la vulgaridad de la traición. Diana le parecía una mujer estupenda. Pese a lo mucho que yo hablaba de ella, siempre le había caído bien. Era la mujer a la que acudí buscando consejo. A la que había asegurado que si alguna vez se enteraba de que yo me acostaba con ella, aceptaría su derrota sin más.

—Así que con Diana —repitió—. Con Diana no llegas ni a la vuelta de la esquina. No es tu tipo ni va a darte lo que quieres.

—Claro, tú sabes muy bien lo que yo quiero. Lo has sabido siempre.

—Lo que tú quieres es una madre —dijo, mirándome a los ojos.

Noté la furibunda expansión de mi ira. Las uñas se clavaron en las palmas de mis manos poderosamente cerradas. El calor aumentó, la calefacción siempre estaba demasiado alta en aquella maldita casa. La cabeza comenzó a soportar una presión anormal, mis sienes latían, mi cuello. Latía. Deseé insultar a Sol, golpearla, enterrar a toda su puta familia junta, a todos. ¿Por qué metía a mi madre en la jodida disputa? Pero, arrugada en medio de la mesa, la carta me recordaba que al menos esa noche Sol tenía razón.

Acabé el whisky de un trago, doblé la carta en dos pliegues, la metí en mi cartera. Me fui a la cama. Sol dirá que se quedó pensando cuánto habían cambiado las cosas desde la charla en el Samoa con Diana. La mujer que había asegurado quererme como a un hijo había preferido aparcarse la estima y follarme. Si Sol terminó aceptando la aventura de Nevada como el clásico episodio de una crisis matrimonial, ahora no sabía a qué atenerse. Sol sentía mi odio. Lo sentía sobre ella. Sentía que yo le estaba diciendo: No puedo contigo ni con mi vida. Se preguntó por qué. ¿Por qué no me gustaba mi vida? Y, sobre todo, por qué expresaba mi desesperación sin piedad buscando, más que hierla, desgarrarla. No se acostó hasta cerciorarse de que yo estaba bien dormido. No tuvo que esperar mucho.

Los siguientes días me concentré en ejecutar el plan que incubaba desde la incursión en Detroit. Tras analizar los requisitos para participar en ensayos clínicos de distintos laboratorios farmacéuticos, acudí al despacho de Subirats a comunicarle mis intenciones. Me recibió leyendo el periódico con los pies encima de la mesa. Al verme, lanzó el diario junto a sus zapatos y se mantuvo en esa postura mientras le exponía el plan.

—Tú mismo —respondió.

Esperé que añadiera algo pero sólo bajó los pies de la mesa para coger de

nuevo el periódico.

—Necesitaré tu firma para avalar cada ensayo —dije.

Subirats sujetaba el diario con las dos manos insinuando que estaba a punto de abrirlo.

—No necesitamos esos ensayos —dijo—, pero si quieres pringarte con el dinero de los laboratorios...

—Creo que puede ayudarnos a entrar en estudios internacionales. Me gustaría empezar con los triptanes para tratar las migrañas. Parece que son bastante más eficaces que el nolotil o la codeína y...

Subirats desplegó el periódico.

—Tú mismo —repitió.

—Entonces lo llevo adelante.

Salí satisfecho por la aprobación de Subirats. Aquel hombre ya no parecía tener intereses particulares en el ejercicio de la medicina. Se limitaba a recibir informes de Molina, a quien concedía un crédito cada vez mayor. El jefe no consultaba pacientes, no publicaba en revistas, no asistía a congresos ni por supuesto presentaba nada en ellos. No practicaba la docencia ni administraba estudios o cuentas o lo que fuera que pudiese demostrar que aún se interesaba por la ciencia que yo adoraba. En esas circunstancias, aprecié que no obstruyera a los que intentábamos avanzar.

Después de comunicar las novedades a los becarios del equipo, abrí una cuenta con mi nombre en la fundación del hospital. Como investigador principal, coordiné un primer ensayo clínico sobre migraña que superó los controles del comité de ética y la supervisión científica. Cuando una mañana consulté nuestra cuenta de la fundación y vi el dinero que nos acababan de ingresar, experimenté la paz del objetivo cumplido, además de la moderada alegría de recibir un premio justo aunque largamente esperado.

Amparados por el dinero, continuamos con ensayos de cefaleas, esclerosis múltiple y vascular. Los becarios trabajaban con la meticulosa calma que aportaba el respaldo económico, y los resultados empezaron a corresponder a nuestra celosa dedicación mientras Ricard seguía los progresos desde una cierta distancia.

—No veo a Ricard tan implicado como esperaba —dije a Diana mientras volvíamos en coche a Barcelona después de pasar la tarde en un hostel junto al mar—. Tengo la impresión de que si no me ocupo yo del servicio, muchas cosas no saldrán adelante. A lo mejor estoy susceptible por...

—No —dijo Diana—. Yo también me he dado cuenta. Está utilizando a los pacientes para asuntos suyos. Incluso a Xavi. No sé cuántas veces le he pedido que me haga una base de datos de pacientes pero no hay forma, porque Ricard lo tiene trabajando para él.

Seguí conduciendo en silencio.

—¿Seguro que tú no querrías suceder a Subirats? —dijo Diana. Un tren pasó silbando en dirección contraria por la vía paralela a la costa—. Cada vez hay más gente que cree mucho en lo que haces. Gente incluso ajena al servicio. Y diría que eso no le está haciendo ninguna gracia a Ricard. Casi ha dejado de hablar conmigo.

—¿Sabe lo nuestro? —pregunté.

—No. Que yo sepa, no.

Al día siguiente, revisando informes de pacientes, hallé la alusión de un becario a lo que él había denominado *hipervida*. Llamé al chico a mi despacho. Entró titubeante, era la primera vez que le convocaba en solitario desde su contratación. Golpeó la camilla con la cadera antes de alcanzar el módulo donde yo aguardaba hojeando el informe redactado por él.

—¿Qué quiere decir *hipervida*? —pregunté sin ofrecerle asiento.

Sonrió con miedo.

—Me refiero —dijo— a la sensación de quererlo todo, a una exaltación sostenida que acaba agotando al organismo hasta provocarle una especie de cortocircuito que conduce a quien lo sufre a un estado maníaco. Quizá no sea un término muy técnico pero Oliver Sacks lo emplea en uno de sus libros.

—Sacks es un tipo interesante —respondí— que a menudo se mueve entre el psicoanálisis y la filosofía, y con tal de justificar sus teorías mete algunas ideas con calzador. De tanto escribir libros, a veces hace literatura. ¿Crees que estamos aquí para hacer literatura?

El joven bajó y levantó la vista aprisa. Sacudió la cabeza para negar varias veces.

—No, doctor Escobedo, claro que no. Sólo pensé que ese término explicaba bastante bien la idea que quería reflejar.

—No pasa nada —respondí—. Pero la próxima vez intenta ser más técnico.

—Claro. No se preocupe. Por supuesto.

El chico se retiró cerrando la puerta con cuidado. Hipervida. Yo estaba experimentando algo así. Los arrebatos de júbilo e indignación se encadenaban sin prácticamente intermedios, disparándome hacia estados pasionales tan profundos que me estaban desgastando. Mi ánimo se encontraba demasiado bien o demasiado mal, y anhelaba cualquiera de los extremos como una auténtica droga que me conectaba al mundo intenso. Vivía, y no quería dejar de hacerlo. Por suerte, lo mío no se trataba de ninguna enfermedad.

Investigábamos a un ritmo provechoso aunque para alcanzar la altura de hospitales como Bellvitge, Vall d'Hebron o el Clínic aún debíamos conformar un equipo de élite. Por eso propuse a Subirats la contratación de Néstor Riba, neurólogo estrella del Clínic que por lo visto había tenido algún rifirrafe con sus jefes y, según los rumores, sopesaba cambiar de aires.

Para convencer a Subirats, recalqué los buenos resultados que estábamos consiguiendo con los ensayos y el avance para el diagnóstico que supusieron las angiografías. Subirats asintió con su clásica despreocupación.

—Tráeme las cuentas de los ensayos —dijo—. Dependerá de los números.

El primer día de Néstor Riba en el hospital, saludó uno por uno a los miembros del equipo. En el pasillo, me estrechó la mano con fuerza, calcando la sonrisa de compromiso que había dedicado a los demás.

—Muchas gracias por sugerir mi incorporación —dijo—. Pásate por mi despacho antes de comer y comentamos cómo están las cosas. Ahora tengo una reunión con Subirats.

Mantuvimos las manos enlazadas mientras hablaba. Los pómulos rollizos y la cara más bien ancha le daban un aire casi pueril que contrarrestaba su mirada. Cuando nos soltamos, dirigió la mano al flequillo, que se echó hacia atrás.

—Tengo ideas para nuevos ensayos —dijo antes de marcharse.

Pasé dos veces por su despacho y la secretaria que yo mismo había contratado para satisfacer una de las peticiones de Riba me comunicó que aún no había vuelto. Al principio de la tarde le encontré frente a su nuevo ordenador.

—Camilo —dijo sin levantarse de la silla, desviando la vista de la pantalla—. Perdona, me alargué con Subirats. Hay mucho que atender y no queremos que se nos escape nada. Hemos hablado de tus ensayos. Lo estás haciendo muy bien. He visto que además ya habías trabajado con los laboratorios Esteve nada

menos que en el 97. Eres un adelantado. Muy bien, muy bien. Yo quiero sacar adelante otra línea de ensayos. Me interesa mucho uno que está arrancando para valorar la seguridad del factor VII en la hemorragia cerebral.

Riba esperó mi respuesta. Aguanté unos segundos.

—El doctor Costas —dije— me ha animado a llevar adelante un ensayo sobre citicolina en el ictus isquémico. Dice que podríamos empezar muy pronto en Girona.

—Lo haremos también. Pero creo que de momento sería mejor presentar los resultados del factor VII en un foro que se celebra en Indonesia.

Su sonrisa, sin ser limpia, se extendió más sincera que horas antes. Indonesia. La oportunidad aparecía en el momento que más necesitaba evadirme, y de la mano de un especialista capacitado para posicionarnos en el circuito de los ensayos internacionales. Sabíamos que una hermana de Riba ocupaba un alto cargo en una prestigiosa compañía farmacéutica. Le habíamos contratado exactamente para eso.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —pregunté.

Por la noche, visité a Carmen en el Hostal del Sol. Había dejado a las niñas con unos amigos dispuesta a escuchar el siguiente capítulo de mi drama. Le conté mi aventura.

—¿Le has dicho a Diana que tu mujer lo sabe? —dijo Carmen acabando de liar un porro de marihuana.

—No.

Encendió el canuto, le dio una calada. Me lo pasó.

—No se lo cuentes —dijo en algún momento—. No serviría de mucho. Ahora depende de ti. Buf —abrió la boca como si emergiera del agua—, lo he hecho un poco fuerte.

Me reí. Yo no sabía medir la fuerza de la droga pero percibí que ya estaba colocado.

—Hace calor —dije.

—El suelo está fresquito.

Carmen se tumbó sobre las viejas baldosas del Hostal palmeando el suelo junto a ella. La imité. Las baldosas heladas atemperaron suavemente el subidón.

—Tu novia escribe muy bien —dijo Carmen mirando al techo.

—Sí.

—Tú también eres bastante bueno. Podrías publicar un libro epistolar.

—Me está poniendo al día con los escritores judíos.

—Tú con eso tienes un poquito de obsesión.

—El otro día se lo comenté a papá. Le pregunté por qué podría ser.

—¿Lo de los judíos?

—Sí.

—¿Qué te dijo?

—Es normal que ese tema te preocupe —respondí impostando la voz grave y lenta de mi padre—. Los judíos son los que mataron a nuestro señor.

—*Jooooooderrrrr* —dijo Carmen.

Reímos al unísono. Pensé en la erre que yo mismo estiraba en los instantes íntimos con Diana.

—Papá está fatal —añadió Carmen—. La sociedad está fatal.

—Dicen que el efecto de una cultura enferma sobre un sistema adulto de razonamiento normal puede ser el mismo o peor que el efecto de una lesión cerebral.

—¿Por ejemplo?

—La Alemania de los años treinta. La URSS de los cuarenta. La China de la Revolución Cultural.

—Sí, sí. Qué fuerte. Anda, dale —dijo Carmen poniéndome el canuto en la boca sin quitárselo de los dedos.

Le di una calada y volvió a llevárselo.

—¿Con el resto de las cosas es tan buena como escribiendo? —preguntó mi hermana.

—¿Y a ti qué te importa?

—Va, no seas reprimido.

—No estoy con ella por el sexo.

—O sea que lo que buscas es cariño.

No respondí.

—Siempre has tenido un punto muy femenino. Por eso gustas a las chicas.

—Y tú... ¿cómo te va?

Hablábamos con los ojos cerrados, al menos los míos lo estaban. Carmen contó que impartía unos cursos de liderazgo para empresarios. Le pagaban bien, y además le permitía dedicar tanto tiempo a la fotografía que incluso le había caído algún encargo para *reportajear* desfiles de moda.

—¿No dices que lo tuyo es la foto creativa?

—Pero mientras tanto me saco una pasta con los modelos.

Creo que volvimos a fumar.

—Yo me quiero separar.

—Se te nota un poco —dijo mi hermana.

En algún momento nos dormimos.

Sol dirá que esa noche llamó a mi madre para explicarle que nuestro matrimonio no iba bien. Resumió algunas discusiones evitando las escenas sórdidas pero subrayando mis ausencias, la desatención a las niñas, la transformación de mi carácter. También aludió al alcohol.

—¿Por qué no os separáis? —dijo mi madre.

Sol afirmará que, pese a compartir la propuesta, le irritó haber llegado al punto que su suegra esperaba hacía años.

—Es complicado —respondió—. Las niñas son pequeñas... Además, todas las parejas pasan por crisis. Sólo necesitaba compartirlo con alguien cercano a Camilo, por eso te lo he explicado.

—Ya. Pero piénsalo bien. A veces no vale la pena seguir en según qué circunstancias.

Las mujeres se escucharon respirar por teléfono.

—Bueno —dijo Sol—. Ya hablaremos.

Sol afirmará que después de colgar se dirigió a nuestro cuarto y volvió a abrir el cajón de mi mesita para corroborar lo que había visto cuando buscaba pruebas de a saber qué. En el interior seguían amontonadas las cajas de tranquilizantes. Pensó que debía haberle hablado de eso a mi madre. Sonó el teléfono.

—Hola, Sol. Soy Josep. ¿Está Milo?

—No ha llegado aún.

—Es para consultarle sobre un informe que me ha dejado en la guardia. Le he llamado al móvil varias veces pero no responde. ¿Sabes dónde podría encontrarle?

—Eso querría saber yo —respondió.

Cenar con mis tres hijas me sana. Sigo cocinando fatal pero ahora ellas se encargan del asunto.

—Tampoco te cuelgues, papá, que ya sabes que tienes que ir pillando el ritmo normal —dice Marta mientras fríe empanadillas como un homenaje a los cientos que yo les he cocinado a lo largo de los años.

—¡No veo los Donettes! —grita Elia hurgando en la nevera.

—Mira detrás de las Coca-Colas —dice Marta.

—Ah, sí. Es que como hay tantas.

—Pero te comes sólo dos —ordena la mayor—, que estamos a punto de sentarnos a la mesa.

—Vaaaale.

Menos mal que Marta la controla. Elia dirá que «Marta es más madre que mamá» y si Sol dice que hay que estudiar veinte minutos y Marta ordena media hora, Elia cumple lo que ha estipulado su hermana. Ahora atravesamos la etapa de dosificar los Donettes, las bebidas gaseosas y toda esa comida basura que empieza a redondear demasiado a la pequeña Escobedo.

Durante la cena, Elia dice que a veces habla con una amiga de clase sobre lo bien que me estoy recuperando. Leire cuenta que sigue manifestándose para que liberen a sus amigos okupas. Se recrea describiendo algunas protestas y noto que a Marta no le hace gracia.

—¿Y tú? —le pregunto—. ¿Qué tal la universidad?

—Aún no la he empezado —dice Marta.

—Pero aprobaste primero, ¿no?

—Sí, sí. Voy a por segundo. Sólo que ha sido un año muy duro y necesito más... vacaciones. Creo que voy a esperar a después de Navidad para volver a las clases.

Lo dice mirando al plato de una forma que me hace pensar que yo tengo algo que ver con esa «dureza». Sus hermanas la imitan.

—Pero tienes que estudiar —digo—. Perder tres meses es mucho.

—Papá —dice Leire—. ¿Quieres más empanadillas?

Leire sabe cómo manejarme.

—Va, ponme dos.

—¿No decías que se te había quitado el hambre? —dice Marta.

—Con vosotras me vuelve. Tenéis poderes mágicos. ¿Qué tal vuestra madre?

—Muy bien —dice Marta—. Sigue trabajando con el *conseller*. Parece que le van a proponer quedarse en el gabinete de Industria o algo así.

—¿Y su novio?

—Bien, bien. Alberto es buena persona.

—Estupendo —digo sin saber muy bien por qué—. Eso es lo principal.

—¿Y tú? —pregunta Marta—. Te veo en forma. La abuela dice que ya nunca te acompaña al CHAMM.

—Quiero volver a trabajar.

—Quizá todavía sea pronto para eso —dice Marta.

—¿En Can Petri? —pregunta Leire.

—Sí.

—Escribe todo lo que puedas —dice Leire—. Se ha demostrado que el arte facilita la reintegración en la sociedad y en el puesto de trabajo. Tú a veces escribes, ¿no? A lo mejor te ayuda a ir más rápido con la recuperación.

—Tengo fecha para volver. Después de Navidades, como Marta. Volveremos al cole juntos.

Marta pregunta si estoy seguro. Leire me da ánimos. Elia no dice nada.

Al despedirse, Leire se queda rezagada.

—Papá —susurra—, siempre metiéndote en líos.

Mis hijas están conmigo, pero las noto lejanas y reticentes. A la expectativa. Ya no me dan lo que antes, aunque sigan ofreciendo mucho.

Me conecto a internet. En Meetic, pregunto a la malagueña con la que llevo semanas coqueteando si ha llegado a la ciudad. «Aquí estoy —responde Patricia—. Toda para ti.» Confirmamos la cita de mañana, vendrá directa a casa. Tengo ganas de follar y alguna vez habrá que aparcar el miedo. Para saber cómo va mi recuperación, el sexo será un buen termómetro.

Patricia cena poco porque desea que nos acostemos de una vez. Supongo que es un buen síntoma, lo estaré haciendo bien. Al menos no le parezco más raro que mucha gente. A fin de cuentas, esta tristeza no deja de ser normal. Porque mi estado empieza a serlo. Normal. Hay cinco emociones universales.

Felicidad. Tristeza. Miedo. Ira. Asco. Cuatro invocan a lo oscuro. Y sólo una se podría considerar netamente positiva. En nuestro universo, la tristeza y la impotencia que ahora me trastornan son de lo más natural.

Sol dirá que aquella mañana no pudo seguir en casa después de la discusión a gritos ante las niñas. Dirá que, tras llevarle el desayuno a la cama después de una noche de sexo duro, puse la radio. Las noticias comentaron un acuerdo de AquaRed, donde Sol trabajaba, y al oírla jactarse de la difusión que estaban logrando sus jefes con un proyecto que juzgué como digno de especuladores, emprendí un bestial monólogo cargando contra la raza aparte de los políticos, contra los esclavos como ella que babeaban al recibir órdenes, contra los putos catalanes.

—¿Los putos catalanes? —dijo Sol.

—¡Sí! Esa basura inmundada de burgueses que dominan esta mierda de ciudad.

—¿Y qué eres tú?

—¡Yo nací en Granada!

—Pero eres catalán, Milo.

—Tú no sabes lo que es estar jodido. No poder hacer nada, que todas las puertas se cierren.

—Vives aquí desde los tres años. Hablas más catalán que castellano. ¿A cuántas manifestaciones catalanistas has ido?

—¡Que les jodan! ¡Que jodan a esos mamarrachos de los cojones y a todos los que les obedecéis como putos perros!

Sol sostendrá que le invadió una asfixia literal, boqueó en busca de aire.

—¿Qué..., qué te pasa, Milo? —murmuró Sol—. No estás bien. Necesitas ayuda. ¿Quieres..., quieres que vayamos a un psicólogo?

—¿Psicólogo? ¡Soy neurólogo! ¡El neurólogo soy yo! ¡Vete a la puta mierda!

Contemplarme desencajado a la luz de la mañana lluviosa la aterrorizó. Mi locura nunca se presentaba de día pero ese sábado estaba ahí al despertar. Sol pensó que si el monstruo emergía en el claro, ya podía esperar lo peor.

Cogió el abrigo y salió a la calle dejándome con las niñas, convencida de que nunca las dañaría porque, afirmará Sol, eran lo único que apreciaba tanto como a mi vida.

Sol caminó llorando bajo aleros goteantes, empapada por la lluvia, repitiéndose que no quería destrozar lo levantado a lo largo de veinticuatro años, intentando convencerse de que debía aguantar, que mis crisis pasarían. Pensó que estaba enfermo. ¿Cómo podía haberle llevado el desayuno a la cama y a la media hora explotar de aquel modo? Estaba enfermo, llevaba enfermo mucho tiempo, mis actitudes no eran lógicas, yo era el mismo al que adoraban los *iaios* y las *tietes*, el médico favorito de docenas de personas, yo nunca había sido así, así como era ahora. Subió a casa. Abrió la puerta, dejó el abrigo mojado sobre una silla y después de secarse el pelo me pidió que la acompañara a la cocina. Cerramos las dos puertas que la aislaban del comedor. Creo que las niñas se quedaron mirando la tele.

—Busquemos ayuda —dijo encendiendo un cigarro apoyada en la encimera. Yo me recostaba contra la puerta, de pie.

—¿Ayuda? —dije—. Está claro lo que debemos hacer.

—¿Está claro? ¿Tú crees que está claro?

—Tenemos que separarnos.

Sol caminó insegura hacia mí. Manteniéndose a medio metro, tendió una mano para agarrarme el brazo.

—No te vayas —dijo—. No cometas ese error. Lo pagaremos toda la vida. Lo que debemos hacer es buscar ayuda.

—¿Para qué?

—Para ti. No estás bien.

Esbocé una sonrisa sardónica.

—Consúltame a mí. Soy un profesional.

Sol se quedó mirándome, a punto de llorar. Retiré su mano de mi brazo, abrí la puerta y regresé al salón. Sol pensó que semejante desvarío quizá tan sólo fuera el resultado de un auténtico y furibundo deseo de separarme, para instalarme con Diana o con quien fuera, pero lejos de ella. O un anhelo de convertirme en alguien distinto tan mal canalizado que estaba arrasando con todo. En cualquier caso, separarnos significaría dejarme a solas con las niñas varias veces a la semana, una situación para ella inaceptable, y es que yo no sabría cuidarlas porque no sabía nada del hogar. No sabía cocinar ni tender la

ropa ni ayudarlas con los deberes. Ni siquiera dispondría de tiempo para estar con ellas a causa de mis intempestivos horarios. En el comedor, sólo se escuchaba la tele. Dirá que decidió aguantar.

Pocas noches después, por algún motivo que ninguno de los dos recuerda, llamé a casa a una hora en la que yo debería haber estado en ella. Descolgó mi hija Leire.

—¡No me esperéis porque no voy a volver! —grité—. Y dile a tu madre que es una zorra.

Colgué.

Viajé a Indonesia con Néstor, Carlos Boada y la privilegiada expectativa de recibir las últimas noticias sobre el factor VII. La llegada de Néstor había servido para ordenar las historias y aplicar una metodología impecable a los ensayos. Sus modales exquisitos y algún hilo invisible también le habían permitido conectar con Subirats, mientras mantenía una sutil pero infranqueable distancia con el resto del equipo.

—Vigila a Néstor —me había advertido Diana a las tres semanas de incorporarlo—. Los enfermeros dicen que está haciendo cosas sin consultarte. Néstor viene del Clínic, allí tienen otra cultura, sabe moverse en la burocracia y ha tocado poder, es hijo de un catedrático. Ten cuidado.

Sin duda, Néstor venía de una cultura diferente. A menudo debía llegar a él a través de su secretaria y me molestó que empatizara enseguida con Ricard Valls, que cada vez se volcaba más en actividades ajenas al hospital gracias a su destreza informática. Además de ingresar en la Societat como «experto en internet», Ricard mantenía relaciones con la sociedad homóloga española mientras perfeccionaba una plataforma médica digital que le estaba reportando aún más contactos e influencia.

—Si quieres volver a la Societat sólo tienes que decírmelo —me había comentado una tarde mientras fumaba en su despacho con las ventanas abiertas.

El aire caliente y húmedo de Yakarta me embriagó como había esperado. Durante una semana, me entregué a circular en *tuk tuk* por la ciudad, comiendo y bebiendo mientras sudaba con una vistosidad ajena a la discreción de Néstor, vestido de un riguroso negro que disimulaba sus manchas. Nuestras diferencias se diluyeron en compañía de Carlos, y los tres nos concentramos

en las características del factor VII para retener hemorragias cerebrales, ofreciendo una nueva alternativa al uso que los militares estadounidenses habían hecho de aquella sustancia que empleaban para cortar otra clase de sangrías en primera línea de batalla. La vistosidad del ensayo sedujo a los asistentes, y confirmar su interés nos procuró una cierta sensación de triunfo.

Pensé sin convicción que podía quedarme a vivir allí o en otro lugar asiático. No volver, en cualquier caso.

—Dicen que desde que murió su hermana Susi, Subirats ha pasado un año fatal —comentó Carlos la última noche—. He oído que tiene una depresión de caballo.

Néstor y yo cruzamos miradas sobre los cuencos de arroz a la espera de los primeros platos.

—No sé cómo se comportaba antes —dijo Néstor—, pero no he notado nada raro.

—Excepto que hace meses que está de baja, claro —dijo Carlos.

—Es una persona mayor.

—¿Cómo es que no se ha jubilado todavía? —preguntó Carlos.

—Esto le gusta demasiado —dije—. Quiere apurar hasta los setenta.

—¿Y luego?

—Parece que Molina es su sucesora natural —dijo Néstor.

—¿Molina? ¿Nuria Molina?

El rostro de Carlos resumió la opinión de la mayoría de los neurólogos que la habían conocido.

—¿Qué ha hecho Molina los últimos años? —dijo—. ¿Las últimas... tres décadas? Aparte de consolar a la Momia después del funeral de su hermana.

—Hace dos o tres años pasó una temporada en Estados Unidos —dije— y desde entonces ha trabajado bastante sobre la epilepsia.

—La epilepsia, menudo tema —dijo Néstor.

Ningún neurólogo con una mínima ambición científica se habría involucrado a fondo en una área tan vasta y aleatoria como la epilepsia. Me encogí de hombros.

—Molina y Diana no se llevan muy bien, ¿verdad? —preguntó Carlos.

Néstor se había inclinado sobre el cuenco e intentaba capturar granos de arroz sueltos con los palillos.

—Son muy distintas —dije.

—He oído que Molina estudió en el Opus y que está casada con un

forado.

—Se separó hace poco —respondí—. No sé si su marido estaba forrado o no. Era optometrista y trabajaba para una de esas clínicas que operan los ojos. Molina llevaba tiempo diciendo que temía que le echaran, pero no sé cómo acabaría la cosa.

—Separarse cuesta una pasta —dijo Carlos—. No creo que le hayan echado. A no ser que los de la clínica le soltaran una indemnización de la hostia... ¡Y se haya separado gracias a eso!

—Sí que son distintas, sí —dijo Néstor—. Por suerte, las dos son grandes profesionales.

Carlos frunció el ceño, nos dedicó un serio vistazo a los dos y renunció al comentario que estaba a punto de hacer.

—Entonces... —dijo—, ¿ya habéis comprado todos los regalos?

Después de que Néstor enumerara los suyos, respondí que yo sólo había comprado uno.

—Piensa que a lo mejor no vuelves nunca a Indonesia —dijo Néstor—. ¿Seguro que sólo uno?

—Seguro.

Había comprado una figurita de Buda en marfil sin saber para quién sería.

Sol dirá que a finales de primavera acudió a una abogada. Tras describir la situación que vivíamos y afirmar que nunca se hubiera imaginado aguantando callada en su casa, preguntó hasta qué punto le recomendaba tolerar la situación.

—Hay un momento que marca la diferencia —respondió la abogada—. Si cuando vas a meter la llave en la cerradura notas que te tiembla el pulso, sepárate. Si aún no estás ahí, puedes seguir intentándolo.

—Antes de meter la llave en la cerradura —respondió Sol— doy tres vueltas a la manzana.

—Entonces está claro. ¿Crees... crees que tu marido se ha vuelto loco? —Sol afirmará que guardó silencio esperando que la abogada continuara lo que en realidad pretendía decir—. Porque si es así y lo probamos, podríamos conseguir que no viera a las niñas. Supongo que en la actual situación eso sería un alivio para ti.

Sol pensó en el cóctel de medicamentos y alcohol que yo consumía a diario.

—No —respondió—. Atenderá a las niñas. No podría estar sin ellas. Entonces sí que enloquecería.

El sábado, Sol dijo que me reservara esa noche porque quería hablar conmigo. A no ser que yo tuviera guardia, los sábados discurrían en el limbo de las visitas familiares o a El Corte Inglés, y evitábamos las disputas. Por eso, al convocarme para hablar a la vez que enviaba a nuestras hijas a dormir a casa de su madre, supuse que había llegado el momento.

Disponíamos de toda la casa pero nos instalamos en la cocina. Al abrir la ventana, entró un golpe de calor. Escuchamos pequeñas explosiones en el exterior que advertían sobre la inminente verbena.

—Tengo que comprar petardos a las niñas —dije.

Sol encendió un cigarro mientras un cortado rodaba en el microondas.

—Milo —dijo—, nos vamos a separar.

Abrí la mano pidiendo el tabaco. Sacó la taza del microondas, me lanzó el paquete de cigarros. Encendí uno.

—Es lo mejor —respondí.

Sol razonó sobre lo que nos había llevado hasta allí. Rescató episodios bonitos de nuestra relación. Elucubró sobre cómo sería aconsejable actuar a partir de entonces. Habló con la serenidad que solía lucir en los momentos dramáticos y me sentí orgulloso de tenerla, henchido de alivio y tristeza. Por primera vez en meses, quizá años, reparé en la blancura de la mesa y las sillas de la cocina. En los imanes traídos de San Francisco, Minneapolis, Toronto, que tapizaban la nevera. Intenté memorizar que la lavadora estaba detrás de la secadora, ejercicio que repetí las siguientes jornadas en otros rincones de la casa, presa de una repentina aunque liberadora melancolía. Después de mucho tiempo, Sol me volvió a parecer preciosa.

Alquilé el primer piso que vi, en pleno Eixample. Amplio y luminoso, estaba orientado al norte evitando el sol directo. Días después cargué el Rover 400 de ropa en un primer viaje; de libros y revistas en el segundo. Mis hijas me acompañaron a IKEA a comprar platos, vasos, cubiertos, una mesa, sillas

plegables, además de somieres y colchones para los cuatro. Sol contribuyó a la mudanza empaquetando una serie de utensilios de cocina que ella no solía emplear.

Varias noches quedé con Pablo en el Bauma para charlar y beber, nunca demasiado. Pablo dirá que jamás sospechó mi alcoholismo pese a que él mismo me inició al buen whisky; un alcohólico sería incapaz de beber sólo una o, como mucho, dos copas del Lagavulin con el que rematamos varias veladas. Como había ocurrido con Carmen, la separación me devolvió de algún modo a mi amigo. Pese a trabajar en el mismo hospital, nuestra relación se descafeinó en un largo intervalo durante el cual Pablo se había casado, engendrado dos hijos, divorciado y emprendido un nuevo idilio, si bien siempre continuó publicando artículos sobre sus investigaciones a buen ritmo y asistiendo a congresos punteros. Mis progresos aún quedaban minimizados ante su exitosa y visible constancia. Una noche en el Bauma le pregunté cómo lograba rendir tan alto con tanta regularidad, cómo conseguía manejar las adversidades cotidianas o zafarse de ellas.

—No me zafo —aseguró—. Sólo que entendí algo muy pronto: tengo tendencia al pesimismo. Muy bien. A partir de ahí, me he intentado acostumbrar a él y ahora soy un pesimista tan educado que de puertas afuera casi no me afecta mi condición. No me afecta.

Pablo emergía de nuevo como envidiable modelo mientras yo seguía sin dominar unas neuras que igual apuntaban al trabajo como a la familia, las novias o el dinero, zarandeándome hasta dejarme exhausto. No es que Pablo fuera feliz pero encajaba desencantos y traspiés con una distinción que parecía aliviar su drama. La apariencia de su pesimismo daba ganas de vivirlo.

Poco después de que Subirats pidiera una nueva baja, monté una velada de cerveza en casa con Pablo. Comentamos por encima el rumor de que la Momia padecía depresión —«no le dais más que disgustos», bromeó mi amigo— y enseguida rememoramos lo contento que se puso Pablo el día que me llamaron para entrar en Can Petri, los viajes a Brighton y San Antonio, el último *transfer* que no pudimos evitar.

—Con ésta, van tres —dijo Pablo después de resumir cuánto le había trastornado el sufrimiento de una paciente a la que había acompañado hasta el final—. Si mis cálculos son correctos, como mucho me quedan dos más.

Pablo calculaba que a lo largo de una carrera médica, por muy duro y frío que fuera, un doctor se proyectaba entre cuatro y cinco veces en la piel de

algún paciente, culminando lo que habíamos denominado un *transfer*. Recordé que durante su primer *transfer*, Pablo lo había pasado fatal buscando modos de salvar a una chica afectada por una enfermedad sistémica, creo que era un lupus, que le provocó una hemorragia pulmonar.

—¿Y tú? —preguntó.

—Me parece que van a ser más de cinco. Me transfiero demasiado. —Reímos lánguidamente—. Aunque es verdad que el último fue hace bastante tiempo.

—¿Quién fue? ¿Qué pasó?

Le hablé de un hombre al borde de los cincuenta al que había diagnosticado ELA. Como mucho le quedaban tres años de vida. Por algún motivo, me involucré como no debía. Seguí el caso con un peligroso cariño hasta que aparecí en su casa un día de Reyes. Su esposa y su hijo de diez años estaban destrozados. Como él casi no podía articular palabras, conversé sobre todo con la mujer mientras todos le mirábamos confortablemente acomodado en el sofá, la musculatura consumida, prácticamente en los huesos, con dificultades para respirar y saliva espesada en la boca porque le costaba tragar. Sólo en los parpadeos advertí su agradecimiento. Murió pocas semanas después, y me dolió.

—Ya. Pero de eso hace mucho. Si llevas tanto sin señales, quizá es porque con éste bajaste la persiana. Quizá hayas logrado el Grial de la insensibilidad.

Le miré con sorna.

—¿Sabes cuál es el gran problema de nuestra especie? —continuó Pablo cruzando las piernas retrepado en el sofá—. La superpoblación. La demografía. La gente nace a un ritmo malignamente desorbitado y muere a un ritmo aún peor, porque ni siquiera es natural. Se muere poco en el mundo, y nosotros tenemos bastante culpa. Los médicos somos un ejército de ateos militantes que vela por nuestros homólogos. El problema es que casi todo el mundo tiene el mismo objetivo: perpetuar los genes. Y ahí estamos, abocados a una carrera de inmortalidad destinada a acabar con todo. Menuda contradicción, ¿eh? Mírate: un gran neurólogo. Te quemas las cejas no sólo para salvar vidas, sino también para alargarlas. Toda esa gente con alzhéimer..., una enfermedad que debería terminar en cinco o seis años, la hemos hecho durar doce. ¿Y qué hemos conseguido? Retrasar lo inevitable, hacer que familias enteras prolonguen su sufrimiento cuidando de personas

que no se enteran de nada, y fabricar antros donde se va pudriendo esa gente. Hemos conseguido una explosión contranatura de la raza humana. Si eso es inteligencia...

—Supongo que esta especie morirá de éxito.

La expresión le evocó un verso que le llevó a otro verso, hasta parafrasear el poemario de Anne Sexton que años atrás yo le había traído de Nueva York para que él y sus amigos letraheridos lo tradujeran al castellano. Cuando recordó que Diana también traducía textos le confesé que estaba enamorado de ella.

—Aunque no te separas por eso —afirmó.

Tomé impulso para incorporarme del sofá donde estaba semihundido y alargué el brazo hasta la lata de cerveza en la mesita. Bebí un trago.

—Hace años que algo no iba bien en tu matrimonio —dijo—. Ahora que habéis terminado... sabes que le tengo mucho cariño a Sol pero... no pegabais.

Parpadeé despacio. Dos veces.

—¿Y con Diana? —dije—. ¿Pego con Diana?

Esta vez fue él quien bebió.

—Mira, te estás separando —dijo con la lata en la mano—. Suficiente tienes con montar una nueva casa y ocuparte de tus hijas. Concéntrate en eso. Y, oye, empieza por gastarte la pasta en cosas que valgan la pena.

Pellizcó una raja del apoyabrazos por donde asomaban virutas de espuma. La tapicería de flores ocres otoñales del sofá a menudo me hacía pensar en trasnochadas salas inglesas.

—Por no hablar de los muelles del somier. —Pablo culeó varias veces hundiéndose en los cojines—. Coño, Milo, quiérete un poco y compra un sofá. Es clave para una casa.

Mientras acababa de instalarme, acudí a un aséptico despacho de abogados en el que un notario deslizó frente a mí el viejo contrato del piso donde había vivido con Sol. Ella estaba sentada al otro lado de una mesa de caoba. La letra mecanografiada del contrato reflejaba cuántos años habían pasado. Luego me entregaron un documento nuevo recién impreso y aún sin mi firma. En él, yo debía dar mi conformidad al pago de una pensión de demasiados euros mensuales para ella y las niñas, además de cederle la casa en usufructo vitalicio. Adolf me había sugerido negociar aquellas condiciones

«draconianas» —«esto es muy perjudicial para ti. No podemos seguir aceptando la discriminación positiva hacia las mujeres en el tema de los divorcios»— pero frente a los papeles sentí culpabilidad y el deseo de terminar cuanto antes. Al firmar, experimenté alivio.

Llegué a casa muy débil a la vez que excitado, deseando drogarme y dormir. Abrí el cajón de la mesita de noche y saqué varios blísteres de Orfidal, Trankimazin y Valium. Necesitaba tomar alguno pero, sin fuerzas para escoger, lancé todos los blísteres al aire y engullí una píldora del que atrapé al vuelo. Cuando quise desvestirme, los movimientos o la tensión acumulada se despejaron. Con las pastillas esparcidas sobre la cama, reflexioné sobre cómo la biomedicina se había impuesto en nuestras vidas sin valorar la dimensión existencial del sufrimiento.

—Que te puedas medicar —dije citando a alguien que no recordaba— no significa que no sigas teniendo problemas con tu madre.

Podía hablar en voz alta en casa sin que nadie más que yo pensara que estaba loco. ¿Lo estaba? Conocía los riesgos de la automedicación y que el alcohol producía un síndrome cerebral orgánico. Sabía que estaba pulverizando mi sistema inmune a conciencia. Pero necesitaba rebajar el estrés, apaciguarme de algún modo y priorizar, aprender a priorizar de una vez. Tenía cuarenta y tantos años y aún me importaban demasiadas cosas. Confié en que la nueva vida autónoma me ayudaría a disminuir la presión, y lo demás recuperaría poco a poco su lugar.

Para despedir el verano, viajé con mis hijas a Cúllar. Durante unos días disfrutamos de la familia andaluza. El 11 de septiembre comimos en casa de mi tía Emilia viendo cómo dos aviones se estrellaban contra las Torres Gemelas de Nueva York. Luego informaron sobre otro atentado en Washington. Mi mundo al completo, el tangible y el soñado, estaba siendo objeto de una agresión. Me saturé de horror durante el resto de la tarde. Al día siguiente visité la Alhambra con las niñas, concediéndome una jornada de pura y exclusiva belleza.

Pasó el verano.

Fue sencillo adaptarse a una casa que me gustaba. Empezó un nuevo curso escolar. Incrementé el número de horas en Can Petri y la Quirón y, aunque cubriera guardias en el hospital, procuraba telefonar a mis hijas antes de que se acostaran. Sol dirá que hablaba más con ellas tras la separación. Los miércoles recogía a Elia del colegio y la llevaba a merendar un bocadillo de

chorizo con Cacaolat a la cafetería cercana al piso. Leire y Marta venían más tarde. El fin de semana me sentía profundamente solo, aunque no siempre lo estuviera.

Mi hermana Carmen me llamó con frecuencia esos días, ofreciéndose a cuidar de vez en cuando de las niñas o hacerme alguna compra. Intentaba visitarme cada semana para supervisar mi guarida, como le gustaba llamarla. Solíamos quedar el sábado a primera hora de la tarde porque la mayoría de las noches yo se las reservaba a Diana.

—¿Vas a seguir con ella? —me preguntó Carmen abriendo la bolsita llena de catanias que compraba en una pastelería de debajo de su casa y solía traerme para acompañar el café—. ¿Tanto te gusta?

—Aunque le faltaran los brazos y las piernas —respondí—, estaría con Diana.

—Pero tampoco la ves tanto. Quiero decir, fuera del trabajo.

—No es necesario pasar todo el tiempo con alguien. Hay muchas formas de estar.

—Eres demasiado ácido para una mujer así.

—¿Y cómo sabes cómo es Diana?

—Por lo que me dejas leer.

—La voy a acercar a mis autores. Ese libro de ahí —señalé el volumen sobre una silla— es para ella.

—Baja al cuerpo, Cami. Necesitas activarte físicamente y, bueno, Diana es muy mayor para ti.

—Susan Sarandon está con un hombre mucho menor.

—Es actriz. Juega en otra división.

—Yo soy Clooney. George Clooney.

Con Carmen a menudo acababa riendo.

—¿Qué harás estas Navidades? —preguntó mi hermana.

—No sé, la verdad.

—Ven a mi casa.

—¿Y los días que tenga a las niñas?

—Te las traes. Somos familia, ¿no? Pero te maqueas y te perfumas, anda, que desde que vives solo te veo un poco descuidado. Estás más guapo, pero más descuidado también. ¿Haces café?

Carmen dirá que mientras yo preparaba la cafetera, husmeó en mi cuarto hasta localizar los tranquilizantes. Por la variedad de pastillas, dedujo que me

automedicaba, aunque no se alarmó porque yo era doctor y aquel arsenal formaba parte de los tratamientos convencionales. En un período de ansiedad por separación, resultaba habitual recurrir a esa clase de fármacos para modular los conflictos edípicos, la envidia de pene, el complejo de inferioridad, los instintos de muerte.

—La prima Isabel me ha dicho que habéis quedado unas cuantas veces.

—Un par de tardes. Con lo de la separación estoy retomando algunas relaciones. Sigue tan exótica como siempre. ¿Sabes que se ducha con los pendientes puestos? Lo que no entiendo es por qué la vemos tan poco. Por qué de pronto la gente deja de verse.

—Ahora está absorbida por su pequeño.

Isabel acababa de adoptar un bebé indio, creo que al llegar a España aún no tenía un año.

—Lo que no se entiende —añadió mi hermana— es cómo una *hippy* convencida acaba convertida en inspectora de trabajo. Es tremenda. Por lo que dices, parece que te han vuelto las ganas de salir.

—Claro. Me estoy poniendo las pilas. El otro día me apunté a un grupo de excursionistas de montaña.

—Estupendo. Pero me refiero a salir de copas, a cenar fuera. Por ejemplo, ¿te apetecería quedar con Diana y mi nuevo novio?

—¿Tienes novio?

—Y es neurólogo.

No me gustó imaginar a tres neurólogos y una psicóloga compartiendo mantel.

—Gran cumbre de los trabajadores de la mente —farfullé.

Días más tarde cenamos los cuatro en una velada donde todos nos forzamos a hablar lo menos posible de la profesión. Después de los postres, la pareja de mi hermana se tragó dos pastillas con el whisky de sobremesa.

—¿Digestivos? —pregunté sabiendo que no lo eran.

El hombre rio.

—Un poco más fuerte que eso. Un repelente de estrés.

—Ya sabes —dijo Carmen— que a la gente que toma tranquilizantes durante demasiado tiempo se le encoge el cerebro.

—Siempre he pensado que eso era un bulo y voy a demostrarlo.

Nos reímos todos menos mi hermana.

—Y sin receta, claro.

—Somos doctores, ¿no?

Levantó su whisky brindando al aire.

Carmen recordó mi cajón lleno de medicinas. Van fuertes estos neurólogos, pensó.

Cenar con Carmen y Diana fue tan hogareño que me desagradó. Además, que la pareja de mi hermana perteneciera al gremio subrayaba nuestro ombliguismo, la incapacidad para mirar a otra parte. Yo quería abrirme a los mundos que aguardaban más allá de las consultas. Había roto con Sol para poner rumbo hacia un destino donde, esa noche lo entendí, no me esperaba Diana. Ella había sido la espoleta necesaria para dinamitar el pasado y, una vez cumplida la misión, volví a humanizarla. Diana no quería vivir conmigo ni yo con ella.

La cena certificó que nuestra aventura había superado con mucho el escarceo y ya rozaba la relación formal. ¿Quién quería eso? De nuevo, *eso*. Vislumbré que me había estado preparando para romper con todo, con Diana también, porque al fin y al cabo ése había sido desde el principio el propósito del romance: liberarme.

Después de veinte años casado, aspiraba a experimentar mi nueva condición. No pretendía disfrutar de unas noches que no tenía, siempre a remolque de las guardias en el hospital, ni ligar en bares o discotecas. Pero necesitaba la paz de no dar explicaciones ni atender ninguna responsabilidad al margen de las muchas que ya afrontaba. Quería pensar mi vida sin otras voces. Comprender un poco mejor dónde estaba. Lo entendí al final aunque lo quise desde el principio. Diana y su almacén de libros habían servido para sacrificar el falso mundo que erigí.

Desnudos después del sexo, le dije que necesitaba empezar de nuevo. Leves fulgores del exterior asaeteaban la penumbra.

—Quieres acabar —dijo.

—Sí.

Afirmé con los ojos cerrados.

—Romperemos —dijo—. Lo vamos a hacer. Y cuando abramos el correo volveremos a escribirnos.

Diana dirá que habíamos intentado dejarlo otras veces pero siempre volvíamos porque éramos una compañía fiable. Compartíamos una mirada sobre el mundo y la sensación de respaldarnos con tantos intereses comunes que, por mucho que nos distanciáramos, siempre continuaríamos cerca. Diana

dirá que, durante años, ella se había considerado alguien pequeño y discreto, una persona secundaria y no atractiva, hasta que la dulzura que halló en mí la impulsó hacia delante. Dirá que durante la separación de Sol me vio sufrir y tomar decisiones que no compartía, si bien las asumió por respeto. Y que con ese mismo respeto acató esa madrugada la ruptura, aun sin comprender por qué llegaba justo cuando nuestra historia tenía una oportunidad.

Diana afirmará que durante más de un año fuimos atrevidos pero que en el fondo somos débiles y por eso no llevamos la apuesta hasta el final. Dirá que me habría gustado ser más fuerte pero me faltaba el arrojo, y por eso disimulé mis indecisiones recurriendo a ambigüedades. Dirá que, afortunadamente, la literatura la había advertido sobre la mayoría de los desenlaces, de modo que creyó estar más o menos preparada para aquel golpe. Intentó no preguntarse demasiado por sus sentimientos, y se entregó al sentido común y a la doctrina médica. Cuídate y olvida, dirá que se recomendó.

Como Diana había vaticinado, las siguientes semanas seguimos escribiéndonos. Sobre todo le escribía yo, basculando entre la culpa y un resquicio de duda, y ella contestaba sin reproches. En el hospital calcamos el trato de costumbre trabajando más que nunca. Mantuvimos la intimidad y la comunicación aunque su influencia sobre mí menguó. En cualquier caso, me secundó cuando le propuse rescatar el viejo plan para estructurar el servicio de neurología en tres unidades. Y continuó estando de acuerdo en que si deseábamos seguir mejorando la oferta de neuro en Can Petri, había que aprovechar la inminente jubilación de Subirats para cambiar la orientación del servicio. El jefe llevaba de baja un año durante el que no supe prácticamente nada de él, aunque el personal había alimentado la hipótesis de la depresión y se rumoreaba que en breve reaparecería para al fin designar a un sucesor.

Diana dirá que conversar conmigo sobre el servicio amortiguaba su pena porque el hecho de apoyarnos más allá de la relación recién terminada demostraba que habíamos vivido una experiencia singular. Además, se repetía que nuestros sentimientos no debían perjudicar a los enfermos; que yo abogaba por un cambio positivo para el hospital, y que luchar por un sucesor competente era una causa justa.

—Pero la Momia quiere que todo siga igual y por eso va a designar a Molina —dijo Diana, reconociendo que la baza de Ricard Valls se había ido desintegrando hasta volatilizarse.

Ricard había empleado a varios de los becarios que le cedimos para,

formando tándem con Néstor Riba, crear un servicio propio avalado por Subirats. De hecho, Ricard había invitado a Diana a sumarse a su equipo con la condición de que me abandonara. Según Diana, ése fue el término que empleó, *abandonar*, y con él había detonado en ella la sospecha de que, si bien Ricard siempre prefirió quedarse al amparo de Subirats, podía haberse enterado de nuestro romance y, al sentirse de algún modo traicionado por la pareja de pardillos que había intentado seducirle, ahora pretendía vengar su herido orgullo sepultando a un rival en potencia.

—Aunque no haya más candidatos, Subirats no puede nombrar a dedo — dije—. Buscará el respaldo del equipo.

—¿Y quién va a votar contra él? Tú sabes cómo van aquí las cosas. Ricard prefiere a Molina. Sabe manejarla y no quiere que entre nadie de fuera porque le podría desmontar el plan de convertirse en el futuro jefe. Con Ricard no cuentas. En cuanto a Néstor, ya ves cómo se ha movido tu... fichaje.

—¿Y Xavi?

—Xavi no quiere problemas.

—Pero es de buena pasta. Y odia a Molina y Subirats.

—A ver, Milo. No es que Xavi sea amigo de Ricard, es que es su secretario.

Por entonces, Ricard había alcanzado la vicepresidencia de la Societat y Xavi le ayudaba con el papeleo aun sin figurar en los créditos del organismo. Xavi era un neurólogo entregado que disfrutaba del trabajo mientras actuaba como pacificador de conflictos con una habilidad que le había permitido mantenerse al margen de las batallas internas y ganarse el aprecio de todos, sin excepción. Alguna vez había comentado que le daba igual quién mandara, él sólo quería curar. Resultaba obvio que, a la hora de una hipotética votación, Xavi respetaría su política de esquivar problemas.

—¡Joder! —exclamé—. Todos saben que Molina no está a la altura.

—¿Tú ves los telediarios? No seas iluso, por favor.

Los informativos llevaban meses divulgando noticias sobre empresarios, políticos, sindicalistas e incluso magistrados corruptos en una letanía implacable que revelaba un enorme submundo de cloacas cuya podredumbre empezaba a incidir en los ciudadanos, a cargarnos de rechazo, desconfianza o, como en el caso de Diana, resignación.

Pocos días después de que Subirats se reincorporara, convocó al equipo de neurólogos en plantilla. La cita fue un viernes en el despacho de Diana y acudimos todos menos Néstor Riba. Nos sentamos formando un círculo imperfecto en torno al jefe.

—Bueno, doctores —dijo Subirats—. Supongo que ya os oléis por qué os he llamado. Antes que nada, me gustaría que supierais que os quiero mucho. Estos meses de baja os he echado de menos, la verdad. A lo mejor es que me hago viejo. —Alguien rio—. Ha sido un placer trabajar todos estos años a vuestro lado, y agradezco que me hayáis soportado tan bien. Espero que de aquí en adelante continuéis disfrutando la profesión al menos como yo lo he hecho, y desde luego que os deseo lo mejor a cada uno de vosotros, porque yo me retiro.

Nadie abrió la boca aunque el movimiento de cuerpos provocó algo similar a un murmullo.

—Ya sabéis —continuó— que desde los orígenes de los orígenes he trabajado codo a codo con Nuria y Diana. En los últimos años, Nuria ha estado muy cerca de mí, aprendiendo todos esos detalles y matices que permiten coordinar un servicio de neurología. Creo que el equipo funciona muy bien y que vale la pena mantener a todo el mundo en el lugar que ocupa. De modo que el único cambio necesario es el jefe de servicio, y estoy convencido de que, para esa labor, Nuria es una excelente opción. Habéis podido verla actuar siempre que yo he faltado, no hace falta que os diga que no tengo dudas de que será una buena jefa. De todas formas, no querría que esto fuera una decisión a dedo. Me gustaría que Nuria llegara al cargo de un modo consensuado, si estáis de acuerdo. Así que, como todos tenemos cosas que hacer, vamos a resolver esto cuanto antes. Quien esté de acuerdo con que Nuria Molina sea la próxima jefa de servicio, que levante la mano.

A las manos de Ricard y Xavi se unió la de la propia Nuria. Percibí el peso de mis manos quietas sobre las piernas. Diana mantenía las suyas entrelazadas en el regazo. Noté las miradas de reojo de mis compañeros

diluidas enseguida por la mirada directa de Subirats, que no pude sostener. Aguardó unos segundos, quizá esperaba que cambiáramos de opinión.

—A favor. Uno —dijo señalando con el dedo la mano alzada de Ricard—.

Dos. —Xavi—. Tres. —Nuria.

Subirats levantó la suya.

—Cuatro —dijo—. ¿Votos en contra?

Levanté la mano. Diana, no.

—Uno —dijo Subirats.

—¿Abstenciones?

Diana continuó inmóvil.

Subirats cabeceó lóbregamente afirmativo antes de proferir un cavernoso:

—Listo. Nuria es la nueva responsable. A trabajar.

Al salir al pasillo me di cuenta de que no había mirado a Molina una sola vez.

Al cabo de un rato, Ricard Valls entró sin llamar en mi despacho mientras yo ordenaba la lista de los últimos ensayos. Se quedó de pie, sonriendo.

—No sé por qué te has puesto así —dijo.

—¿Cómo me he puesto? Sólo he dado mi opinión.

—La Momia se larga. Era lo que estábamos esperando, ¿no?

—¿Y por eso tengo que aceptar? Además, a Subirats aún le quedan unos años. Diría que los va a aprovechar hasta el final. He oído que ha pedido una moratoria a la Casa Real para retrasar su jubilación hasta los setenta. ¿Tú crees que se va a retirar así, sin más? Éste no se va hasta que lo echen. Lo de hoy ha sido teatro, y lo sabes. ¿Por qué no te sientas?

Ricard se sentó.

—Aunque siga —dijo—, ya no será como jefe de servicio.

—Si está, manda.

—Puede. Pero quítate eso de la cabeza y concéntrate en lo que va a pasar. La Momia necesita un sucesor y ha propuesto a su fiel compañera. El Loro no sabe llevar la planta y enseguida va a quedar en evidencia.

Alcé las cejas aprobando su razonamiento.

—¿Entonces?

—Si llevamos la contraria a Subirats es capaz de colocarnos como jefe a cualquiera, puede que incluso a alguien bueno. Al menos, a Molina la conocemos a fondo. No es una lumbreras y, de acuerdo, tiene mala hostia, pero con ella no cambia nada. En todo caso, ahora nos podremos repartir a los

becarios entre Diana, tú y yo. Uno para cada uno. Hay dos plazas pendientes en el área. Creamos otra y ya estamos ocupados los tres. Molina va a aprobar todo lo que le digamos porque sabe de qué vamos y no tiene bagaje para oponerse a nosotros. Al contrario, podremos impulsar los proyectos que nos dé la gana.

—Lo que propones no está bien. Hay que repartir las plazas en función de áreas específicas dentro del servicio y de las cargas de trabajo de cada uno.

—Claro, y así sigues controlando tú a todos los becarios. A tus becarios. Carraspeé como suelo hacer en los momentos de tensión.

—Los que tú denominas mis becarios —dije— han estado trabajando en un proyecto de este departamento que impulsé con la aprobación de Subirats y gracias al cual hemos ingresado dinero que ha repercutido en todo el servicio, incluido tú. Así que estoy orgulloso de mis becarios y me gustaría seguir en esa línea. Y aspiro a que, si viene un jefe nuevo, al menos sea alguien a quien pueda respetar como neurólogo.

—Venga, Milo, no me jodas. Como has dicho, Subirats aún no se ha ido y como te lo pongas de culo...

—¿Cómo voy a apoyar a Molina si va a seguir una línea de trabajo que no comparto desde..., desde siempre? ¿Quieres que eternice a mi enemigo? ¿Quieres que me ponga a negociar con alguien que no va a entender de qué le hablo?

—Será transitorio, joder. Molina no aguantará mucho.

—Claro, y entonces entrarás tú.

Ricard se inclinó hacia delante en la silla.

—¿No era eso lo que querías hace unos meses? —dijo—. ¿No será que la elección de Molina te putea porque crees que el sustituto deberías ser directamente tú?

—Desde luego que he hecho más méritos —respondí—. Pero antes que por mí votaría por Diana. Entiendo que Subirats se pronuncie por alguien de su confianza. Pero por alguien competente. Molina no le llega a Diana a la altura del tacón. Lo que no soporto es a medianías ocupando cargos que les quedan grandes. Subirats entró en este hospital por ser familia de Mascaró. Muy bien. Pero han pasado unos cuantos años, y por muy corrupto que esté el país, no voy a contribuir a empeorarlo mientras pueda. ¿Por qué no votas por Diana? Dile a Subirats que te lo has pensado y que...

Ricard se levantó empujando la silla con estrépito.

—No me toques los huevos —dijo—. Subirats tiene enfilada a Diana desde hace años. Hace mucho que ella no es de su confianza. Ni tú.

—Por eso no voy a votar por su pelele. ¿Te das cuenta de que estás apoyando al Loro? ¿A la voz de su amo? ¿A una lacaya? Creo que tú podrías aspirar a algo más que eso.

—Eres un mierda presuntuoso —dijo Ricard.

Salió del despacho dando un portazo que resquebrajó el dintel.

Por la tarde, recogí a Elia en el colegio y la llevé a merendar al VIPS, donde esperaba Leire. Elia pidió su clásico bocadillo de chorizo con Cacaolat mientras Leire resumía su semana sin que yo lograra escucharla. Cuando llegamos al piso, una bolsa apoyada contra la puerta había formado un pequeño charco en el umbral.

—Son empanadillas —dijo Elia al agarrar la bolsa.

Había olvidado que esa tarde pasaría el repartidor del supermercado.

—Mételas en el congelador —dije al entrar en casa.

Elia abrió por error la puerta de la nevera.

—Papá —dijo—, esta vez te has superado.

En el interior había un tomate y un limón.

—¿No has comprado nada para cenar? —preguntó Leire.

—Bueno... las empanadillas. Bajo ahora a por bebida.

—No te preocupes, voy yo.

—No —ordené—. Tú descansa y vigila a tu hermana.

En el supermercado compré refrescos y la botella de whisky que destaparía después de que las niñas se fueran a dormir. Me metí la botella debajo de la camisa. Cuando volví a casa, Marta conversaba con sus hermanas.

—Vaya, ya estás aquí —dije de camino a la cocina apretando la botella entre las costillas y el brazo—. ¿Tienes hambre? —grité mientras guardaba el whisky bajo el fregadero.

—Pues sí —dijo Marta, que se enmarcó en la puerta cuando yo separaba una lata de Coca-Cola del *pack*. Pensé que se parecía a su madre. También pensé en el dintel que horas antes había destrozado Ricard—. Pero no me apetece tomate ni limón.

Sonreí simulando culpabilidad.

—Tienes que ponerte las pilas, papá —continuó Marta—. No puedes seguir así.

—Vale, vale. Estoy hasta arriba de trabajo. Tengo que ocuparme de la

casa, de vosotras. Dame un respiro. ¿Quieres cenar o no?

—Elia acaba de merendar.

—Bueno, ya hace casi una hora, seguro que aún tiene hambre. Venga, que os hago unas empanadillas.

Saqué la bolsa del congelador. Las empanadillas se habían pegado formando un grumo. Rompimos varias al intentar separarlas.

—¿Y qué es lo que te da tanto trabajo? —preguntó Marta—. ¿Sigues con tus historias autoinmunes?

—Uhum. Entre otras cosas.

El aceite empezó a chisporrotear.

—¿Por qué te interesa tanto la autoinmunidad?

Alcé los ojos de la sartén.

—Me alegra que me hagas esta pregunta —dije impostando la voz—. De verdad. Me alegra. A ver. Piensa que en tu organismo entra un elemento indeseable y que, para defenderse, tu propio sistema inmunológico crea un anticuerpo. Pero resulta que ese anticuerpo generado por ti actúa como un patógeno que hubiera entrado de forma extraña en tu organismo. Y, en un momento dado, tu propia creación se transforma en un agresivo agente biológico que empieza a destruir tejidos saludables, algunos de ellos en el cerebro. Tienes a un monstruo dentro de ti completamente inmune a tus defensas. ¿Cómo lo neutralizas si tú misma lo creaste para neutralizar?

—Suen a peli de ciencia ficción —dijo Leire, que escuchaba desde la puerta.

—Contado así —dijo Marta—, hasta a mí me dan ganas de investigar.

—Marta tiene un novio que se llama Pep —dijo Elia recostándose contra Leire.

—Que no es mi novio, enana —respondió Marta—. Es mi mejor amigo.

—Lo ves más que a nadie.

—Pero no es mi novio.

—¿De dónde sale este Pep? —pregunté.

—Nos conocimos el año pasado y, en fin, hacía mucho que no conectaba así con alguien. Sabe escuchar, tiene ideas... Es interesante.

—Pero no es tu novio —dije.

—Que no, papá. Que estamos en el siglo XXI y una chica y un chico pueden ser muy buenos amigos sin más.

—Es muy amable y muy fino —dijo Elia.

—Invítale algún día a comer a casa —propuse—. Con un amigo te lo tienes que pensar menos que con un novio, ¿no?

—Ya hablaremos de eso —respondió Marta observando cómo se freía la cena—. El otro día comentamos con mamá que podríamos ir unos días todos juntos a Madrid.

—¿Quiénes son todos?

—*Todos* es masculino, así que quiere decir *contigo*, si estás de acuerdo.

Cómo no lo iba a estar. Desde la separación, Sol y yo conversábamos con una sobriedad inédita. Ahora ella suponía una distante compañía a la que no debía rendir cuentas, y aunque a veces me irritaba con sus opiniones sobre Leire o la política, me gustaba el lugar que ocupaba en mi vida. Unos días con ellas lejos de la ciudad podrían aportarme calma.

—Claro. Vamos a Madrid.

Las chicas aplaudieron, dieron vítores volteando las servilletas en el aire. Serví una bandeja de empanadillas chamuscadas antes de pedirle a Leire que me acompañara a una tienda de peces.

—¿No dijiste que te gustaría tener una pecera como la de no sé qué amiga tuya?

Leire se levantó para abrazarme.

—¿Vas a traer peces? —dijo Elia.

—¿Tú quieres? —respondí con Leire aún enlazada al cuello.

—Claaaaro.

—Pues habrá peces.

La pequeña se sumó al abrazo de su hermana.

—Con cuidado, Elia, que lo vas a ahogar —dijo Marta sonriendo mientras sujetaba con dos dedos una empanadilla recién mordida.

Marta forzó la boca para, aprovechando que sus hermanas le daban la espalda, silabear nítidamente sin sonido: «Están frías». Al comprender que Leire y Elia se las habían comido en silencio, tuve ganas de llorar. Cuando mis hijas se acostaron me quedé viendo la televisión mientras pensaba en la botella de whisky que ese fin de semana no debía no debía no debía abrir.

El lunes por la mañana conduje hacia el hospital orgulloso de haber resistido tres noches sin beber una copa. El calor de junio espesaría pronto el aire pero el cielo aún era radiante. Al principio del trayecto imaginé visitas que podría

hacer con las niñas y Sol en Madrid. En un semáforo, al observar mi puño apresando al volante, recordé las manos quietas de Diana el día de la votación. Pensé que las mujeres a mi alrededor eran maravillosas.

En el hospital atendí a pacientes hasta media mañana. Cuando acabé el turno de visitas, salí del despacho para dirigirme a la planta de ingresos. Subirats estaba en el pasillo.

—Así que quieres boicotear a Molina —me habló a un par de metros de distancia, alzando la voz para que todos escucharan la acusación—. No tienes suficiente con haberte montado ese chanchullo de los becarios, ahora quieres ser el jefe. Siempre más, Escobedo. Tú nunca has sabido parar. Y crees que vamos a permitir que tú y tu amiguita sigáis corrompiendo el servicio. No me vas a joder. Tú aún no sabes quién soy yo.

Dio media vuelta y se marchó. Quedé aturdido en medio del pasillo, consciente de que la gente en la sala de espera había escuchado aquellas palabras. Caminé recto sin mirar a nadie, temblando, sólo aliviado por la certidumbre de que en dos semanas me iría de vacaciones.

Los días en Madrid disfruté de mi familia con una libertad desconocida. Me até a mis hijas sabiendo que en breve ese nudo se aflojaría hasta soltarme de vuelta a una soledad que había codiciado y ahora no sabía administrar. Cuando conté a Sol la disputa sobre la sucesión de Subirats, me aconsejó que tuviera cuidado antes de pasar a describir la reverberante moral de los socialistas que lidiaban con los casos de corrupción que se estaban destapando en el partido, a la vez que reivindicó el ímpetu y la limpieza de la gente con la que ella misma había empezado a levantar proyectos nuevos. Fueron días como los que alguna vez vivimos juntos, pero con otra tranquilidad.

Una tarde llamó mi madre para saber cómo iba todo.

—¿Cómo pudiste soportarla tanto tiempo? —le dije a Sol tras cortar la comunicación después de un cuarto de hora en el que mi madre habló prácticamente sola criticando a demasiadas personas.

Sol rio mientras se encogía de hombros.

—Las niñas dicen que te pasas con ella —dijo—. Deberías controlarte. Ya está mayor. Y es tu madre.

La separación me había animado a enfrenar de otro modo asuntos que me constreñían. Quizá con mi madre me estuviera excediendo un poco... pero ella no me daba tregua, sugiriendo a su modo sibilino que Sol continuaba haciendo lo que quería conmigo, reprochándome la exagerada pensión que le pasaba, el poco tiempo que yo tenía a las niñas; deslizado que mi presunta bondad lindaba con la estupidez y más valía que atendiera a sus consejos antes de que mi condición de eterno ingenuo me condenara a pérdidas aún mayores. Mi madre siempre se situaba por encima, y desde su altura se cercioraba de mi sumisión, que parecía agradarle. Entenderme le daba igual. Ella pretendía dirigirme hacia su idea de «hombre», ajena a mis deseos, y aquel desinterés me encendía con un resentimiento que últimamente afloraba con frecuencia. Tanta, que yo mismo me había ordenado contestarle frases inocuas, driblar sus dardos con bromas, si bien el tono de mis respuestas era casi siempre radical y despectivo. El tono. Eso no lo podía controlar.

—Tampoco me paso tanto —respondí.

Sol arqueó las cejas.

El resto de las vacaciones lo pasé en Barcelona. De vez en cuando iba a la playa o me regalaba una buena comida en algún restaurante escogido, mientras seguía leyendo novelas sumido en una paz insulsa. Echaba de menos compartir mis reflexiones sobre las lecturas o sobre cualquier intimidad con alguien cercano, alguien que entendiera mi historia. Sol había dicho que nos arrepentiríamos siempre de nuestra separación. Desde que me fui de casa, nunca me había sentido tan bien como los días con ella en Madrid.

Regresé al hospital a finales de julio. Subirats estaba a punto de empezar sus vacaciones y las visitas menguaban notablemente en agosto, de modo que dispondría de un mes para preparar el previsible enfrentamiento que se iba a producir en septiembre. Poco después de añadir a la estantería un par de libros de medicina que acababa de comprar, sonó el teléfono.

—Ven a mi despacho —dijo Subirats.

No me saludó cuando entré, ni me ofreció asiento.

—No se te ha concedido el cuarto tramo —dijo—. A Xavi Cabré, sí. Ya te puedes ir.

Me traspasó un latigazo nervioso que enseguida se fue expandiendo, transformándose en algo semejante a una bola de fuego que me abrasaba desde el rostro hasta las entrañas. Ricard Valls había hablado con Subirats y Molina para negarme un ascenso por el que llevaba años trabajando.

—Sabes que merezco ese cuarto tramo. Lo que haces no es justo.

—Lo que no es justo —dijo elevando intimidatoriamente la voz— es que los pacientes deban soportar que los atienda un borracho.

El sudor que durante toda la mañana había notado incipiente empezó a mojarme el pecho, las axilas.

—Sí, Camilo, sí —prosiguió—. Todos somos víctimas de nuestros genes. Y tú eres un mierda alcohólico... —¿Cómo se había enterado de que bebía? Nadie a mi alrededor lo sabía, ni siquiera Diana. Jamás lo hacía delante de ella ni le había contado mis noches con Sol—. Y además has montado un servicio paralelo dentro del departamento para forrarte. Pero se te van a acabar los balnearios de lujo donde te bañas con tu zorrita.

—¿Qué dices? Pero ¿qué coño estás diciendo?

—Eres una vergüenza para la profesión. Gente como tú es la que hace que el país vaya como va.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Por los becarios? Sólo intento que nos pongamos al día, a la altura de la mayoría de los servicios del país. Todos los hospitales de este tamaño están delimitando áreas específicas y aprovechando a exresidentes como becarios. No soy yo, ¡es el mundo! ¡El mundo está cambiando y tú me culpas de querer avanzar con él!

Subirats se retrepó en su butaca repentinamente sosegado.

—El mundo avanza menos de lo que parece —dijo—. Los genes, Camilo. Los genes.

En mi familia no había antecedentes de alcoholismo, no iba a discutir por esa asociación infundada que sólo perseguía alterarme.

—Aquí yo cumplo con mis obligaciones y los resultados son indiscutibles —dije—. Me pediste la contabilidad de ingresos y gastos. Y tienes los extractos de la fundación. No creo que hayas encontrado nada irregular.

—Lo mejor es que te vayas apartando de los ensayos. Alguien podría enterarse de que el responsable de esos asuntos es un alcohólico y el departamento entero saldría perjudicado. Eso no le conviene a nadie, ¿verdad?

Quería responder tantas cosas que callé.

—Ahora, vete —dijo.

Abandoné el despacho flotando en una especie de ebriedad, empapado en sudor, sopesando la posibilidad de que Subirats nos espicara, de que hubiera micrófonos en los despachos o en algún lugar, donde fuera que él hubiera conseguido información tan privada sobre mí. De vuelta al escritorio, *googleé*

su nombre. Emergió un puñado de entradas con escasa información. Rastree el apellido y recordé que su padre había sido espía. La mayor parte de los comentarios aludían a generalidades bien conocidas y sólo en un par de reseñas se mencionaba que el padre de Subirats había tenido alguna imprecisa relación con negocios del general Franco. En casa continué explorando sus antecedentes familiares confirmando que internet aportaba datos sin importancia sobre aquella poderosa familia.

Diana dirá que le sorprendió escucharme reconocer que bebía.

—Te creí adicto a la Coca-Cola, pero ¿whisky?

—Por la noche.

—¿Sigues en ello?

—No es el mejor momento para dejarlo.

—Sea como sea, si yo no me he dado cuenta, no debe de ser tan grave.

—La cuestión es cómo se ha enterado él. ¡Si ni tú lo sabías! ¿Cómo se ha enterado?

Habíamos quedado en una heladería de la Rambla de Catalunya.

—No sirvo para esto —dije—. No sé hacer política.

—No es verdad —respondió Diana—. Te sabes mover muy bien en estructuras funcionariales. Has conseguido los ensayos y sabes tratar a la gente. Tu problema es que destacas. La mejor forma de crearse enemigos.

La evaluación de Diana me confortó al tiempo que me entristecía.

—¿Y tú? —dije—. ¿Ha vuelto a ensañarse?

Diana dirá que después de liquidar nuestra aventura prefería no tratar conmigo de sentimientos, aunque se vincularan al trabajo. Hablarme con intimidad continuaba distinguiéndome exageradamente entre el resto de los compañeros cuando lo que ella pretendía era aparcar una historia que la dañaba. Pero también necesitaba un interlocutor para compartir lo que estaba ocurriendo en el hospital. El sufrimiento y la impotencia ante el acoso por motivos tan injustos habían empezado a solapar la pena del desamor y, por desgracia, el único que podía entenderla y acompañarla era el mismo que compartía su calvario.

—Al salir de la votación vino a buscarme al despacho y me empezó a gritar diciendo que no esperaba esa traición, después de tantos años juntos. — Diana empalideció como solía cuando se enervaba—. Dijo que eras un alcohólico, sí. Lo dijo.

—Borracho. Seguro que dijo borracho.

—Dijo que eras un alcohólico corrupto y que le había destrozado saber que al final lo único que yo quería era el dinero de los ensayos. Que pensaba que me interesaba la neurología de verdad. Y Ricard... ha venido a verme varias veces. Quiere que me disculpe con Subirats. Dice que tú ya estás fuera, que eres una mancha. Cree que si te aislamos...

Frunció los labios.

—No pasa nada —dije—. Hay que estar tranquilos. Subirats se jubila, se va a tener que ir. Y lo de Molina es indefendible. Terminarán poniendo a un jefe serio.

—He oído que Costas es un candidato.

—Es que no hay comparación. ¿Adónde va Molina frente a Costas? Hay que aguantar un poco. Por suerte estamos en la sanidad pública, no nos pueden echar.

—Pero sólo te garantizas mantener el sueldo. Todo lo demás se puede convertir en un infierno.

—El sueldo es algo —dije buscando mis propios ánimos—. Si también lo pierdes... Mira aquel amigo mío que trabajaba en la privada.

—¿El endocrino?

—Sí. Mira cómo acabó.

Mi amigo se había suicidado después de varios meses soportando el acoso de un superior.

—Venga, Diana. No pongas esa cara. Sigamos centrados en arrancar la unidad de ictus, eso nos va a tener de lo más entretenidos. Unos meses más y la Momia volverá a las catacumbas. Vamos, vamos, Velarrrrrrde.

Diana dirá que hubiera preferido que no estirara la erre como cuando fuimos amantes, pero que mi aliento y el helado le sentaron bien. También le gustó ver que yo aún conservaba la barba.

Una mañana de mediados de septiembre pedí a una enfermera de la unidad de ictus el informe de un paciente. Me tendió la tablilla sin mirarme a los ojos.

—Los niños te han dado la noche, ¿eh? —bromeé.

Rosa continuó doblando toallas.

En el cuarto, una supervisora conversaba con el enfermo revisando su catéter.

—Buenos días, señor Guzmán —dije—. Veo que se encuentra bastante mejor.

—Disculpe, doctor —intervino la supervisora.

—¿Sí?

—¿Me acompaña un momento al pasillo?

—Enseguida vuelvo —advertí al paciente.

La supervisora me habló con una seriedad inusual:

—Lo siento, doctor, pero el doctor Subirats nos ha ordenado que a partir de ahora le entreguemos los partes a él, a la doctora Molina y al doctor Riba.

—¿A Riba? Pero si Riba ha entrado como becario mío de vascular.

—Yo sólo hago lo que me mandan.

—Ya, ya. No te preocupes. Iré a ver qué ha pasado.

Subirats me esperaba en su despacho.

—Qué rápido has venido —dijo al verme.

—¿Qué es eso de que Riba se encarga ahora de mis partes?

—No hace falta que te sientes —dijo, aunque yo no me había aproximado a la silla—. Néstor Riba te releva como coordinador de la puesta en marcha de la unidad de ictus. A partir de ahora es el principal responsable. Si te necesitamos para algo, ya te lo haremos saber.

Subirats bajó la cabeza hacia los papeles de su escritorio. ¿De qué iba aquello? No podía ser, no podía creer que pudieran arrinconarme de un modo tan sencillo.

—La puerta está ahí —dijo Subirats sin levantar la cabeza.

Salí sin abrir la boca.

Esa noche alargué mi turno en la Quirón para volver a casa lo más tarde posible. Entré por la puerta cargando dos botellas de DYC y bebí dispuesto a perder el conocimiento. La ingesta incontrolada de alcohol podía provocar un daño cerebral equivalente al que padecían algunos pacientes con lesiones frontales, quienes, entre otras consecuencias, se volvían miopes para evaluar el futuro. No parecía mala opción sopesando el barranco por el que me estaba despeñando, aunque me quedaban muchos litros por beber antes de alcanzar ese pozo. Al menos, Diana había asegurado que mi alcoholismo aún no era grave. De hecho, ella ni siquiera se había dado cuenta. Pero entonces ¿por qué Subirats sí? ¿Por qué? ¿Cómo se había enterado?

Bebí más despacio y más cantidad de lo habitual repitiéndome que debía detener a Néstor Riba. Se había convertido en el aliado ideal de Subirats.

Comprendí por qué lo habían largado del Clínic. Era una rata. El típico empollón forrado de publicaciones determinado a trepar como fuera. En el Clínic hubo alguien más listo o más rápido, puede que más malintencionado que él, que logró sacárselo de encima y ahora buscaba resarcirse en Can Petri con el respaldo de Subirats y, por supuesto, de Molina, además de un Ricard Valls que no sólo había logrado desmarcarse al fin de sus obligaciones cotidianas gracias a su talento informático, sino que había medrado hasta la vicepresidencia de una institución influyente.

¿Por qué esto tenía que funcionar así? ¿Por qué tenía que malgastar tanto tiempo y quemarme con semejante rabia cuando debería estar investigando la evolución de los ictus? Que los demás hicieran lo que les diera la gana, yo era un doctor y debía centrarme en curar, en la investigación, en las personas... Pensé en Sol. En lo bien que lo habíamos pasado en Madrid. Estaba borracho. Pero con Sol lo había pasado mejor que nunca aquel año.

En noviembre se evaluaron las candidaturas para ocupar interinamente la plaza de nueva creación de la unidad de ictus. La doctora Farreras asistió como representante de la dirección médica para escuchar las prestaciones de cada aspirante. Cuando Molina acabó su apasionada defensa de Néstor Riba delante de todos los residentes, busqué unos minutos a solas con Farreras para expresarle mis dudas sobre Néstor y la conveniencia de hacer una convocatoria abierta.

—Riba también podrá presentarse, claro —dije—, pero creo que proponer una convocatoria es más justo e institucionalmente menos sospechoso que elegir a dedo.

—Tienes razón —dijo Farreras—. Estas situaciones se dan con lamentable frecuencia. En todas partes hay médicos trepas y pencones y lo peor es que los trepas suelen llevarse el gato al agua. No querría que se nos colara otro de éstos, así que haremos una convocatoria abierta.

Farreras se dirigió al despacho de Molina para comunicarle su decisión. Las jornadas siguientes mantuvo diversas reuniones con Molina y Subirats. No volvió a hablar conmigo. Subirats me convocó de nuevo en su despacho.

—Crees que vas a joderme —empezó—, pero no sabes dónde te estás metiendo. No sólo eres un borracho asqueroso sino que encima estás enganchado a páginas guarras de internet. Eres un cerdo vicioso. ¿De dónde habrás sacado esa genética? ¿De dónde has salido, Escobedo? —dijo silabeando el apellido.

—No tienes por qué insultarme —respondí—. Debes de estar muy nervioso para hablarme de esa forma. Me limito a velar por la unidad que yo mismo he ideado y creado.

—Riba está mucho más capacitado que tú para dirigir esa unidad. Ni siquiera tienes la acreditación para hacer trombólisis. Y no tienes ni puta idea de cómo hacer un doppler transcraneal. Lo único que quieres es figurar y sacarte una pasta de los laboratorios. Eres escoria. Te voy a quitar vascular, múltiple... y cefalea ya veremos.

Subirats encadenó una serie de insultos a los que tampoco respondí. ¿Cómo se había enterado de lo que yo consultaba por internet, si a Meetic y el resto de las páginas sólo entraba desde casa? Ese hombre tenía unos brazos incomprensiblemente largos. En un enfrentamiento me aplastaría. Utilizaría mis palabras para condenarme. Era el jefe. El jefe. Debía aguantar. Me repetí esa palabra tratando de que acabara formando parte de mí. Aguanta.

Días después, tras consultar con los servicios jurídicos de la Fundació de Recerca del hospital, rescindí el contrato laboral de Néstor Riba y de su secretaria. Yo le contraté, yo le despedía. Al recibir la notificación, Subirats bajó al despacho de la fundación exigiendo un nuevo extracto de mis cuentas. Luego me llamó a su despacho. Blandiendo un legajo de folios me preguntó cuánto dinero me daban los laboratorios de los interferones por cada receta expedida.

—Todo está ahí —respondí—. El dinero de los ensayos es para pagar a los becarios. Puedes comprobarlo.

Subirats lanzó los folios sobre la mesa.

—¡Saldrá toda tu basura a la luz! —gritó—. ¡No tienes escrúpulos! Quieres sacarte de encima a todos los que están por encima de ti y no tienes bastante con echar a Riba, sino que también despides a su secretaria. ¡Cabronazo! ¡Esa mujer tiene hijos! Pero te da igual. ¿Sabes lo que pasa? Que aquí —golpeó la mesa con la punta de su índice— no tienes nada que hacer porque aquí —volvió a golpear con el índice— estoy yo. Éste es mi reino. Y por eso te puedo asegurar una cosa: no lo vas a conseguir.

A las diez de la noche, había bebido medio vaso de whisky cuando oí gritos en la escalera de mi edificio. Al salir al pasillo distinguí la voz de una mujer pidiendo ayuda, probablemente en el vestíbulo de entrada. Bajé saltando los peldaños de dos en dos, a veces saltaba tres. Frente a la portería, una anciana vecina continuaba gritando inclinada sobre un hombre de al menos ochenta años que yacía inconsciente en el suelo. Dije que era médico. El hombre había sufrido un paro cardíaco. No tenía pulso. Tendí mi móvil a la mujer.

—Llame al 061 —dije mientras comenzaba el elemental masaje cardíaco que había aprendido en los cursos de reanimación.

De vez en cuando me detenía para hacer el boca a boca al señor, superando la aprensión de estar haciéndolo a vida o muerte por primera vez. Cuando llegaron los chicos del 061 yo aún masajeara el pecho sin resultado. Ellos lo intentaron durante otros diez minutos. Ambos eran ATS y, ante la ausencia de otro médico, me ofrecí para firmar el certificado de defunción. Acompañé a la mujer hasta su casa, donde los chicos depositaron el cuerpo y aguardamos la llegada de la funeraria. Tras cumplimentar el papeleo, subí a mi piso enormemente cansado. Algún reloj marcaba casi las tres de la madrugada. Me dirigí al cuarto de baño, eché un vistazo a mi rostro ojeroso camuflado por la densa barba. Me lavé la cara, me cepillé los dientes y, después de enjuagarme la boca a conciencia, abrí el armarito del aseo, saqué la espuma, la maquinilla y me empecé a afeitarme.

Al mes siguiente se convocó el examen para la plaza de la unidad de ictus, al que se presentó mi amigo Josep Sánchez y otros cinco o seis candidatos. Yo mismo había animado a Josep a optar. Ganó el examen Néstor Riba.

—Es que no sé por qué me meto en estos líos —dijo Josep, riendo. Habíamos quedado en la cafetería de la Quirón para comentar el resultado.

—Perdona, Josep. Pensé que al seguir el sistema de concurso, a lo mejor...

—Si ya sabemos cómo va la cosa. Pero es que tienes una labia, tío... De verdad que no sé cómo me convenciste. Aunque Riba es bueno. También puede ser que haya ganado limpiamente.

Me miró y se puso a reír. Bufó el cortado humeante que aún no había probado.

—Subirats quiere sacarme de la unidad de ictus —dije—. Quiere enterrarme. Ayer, Gavilán Alonso, ¿sabes?, el que colabora conmigo con los de esclerosis múltiple...

—El que te lleva el registro de los tratados con interferón.

—Ése. Pues me dijo que Subirats le llamó a su despacho. Le esperaba con Ricard Valls y la Molina. Le cosieron a preguntas sobre cuál era exactamente su trabajo conmigo.

—Se está pasando de rosca. ¿No puedes hacer nada?

—Me acusa de beber en la consulta.

Josep dirá que desde hacía meses me notaba paranoico, que oscilaba de una opinión a otra con extraña facilidad. Nos veíamos a menudo pero sólo en los cambios de turno, de manera que no podía juzgar la magnitud de mi desequilibrio y achacó los ligeros desvaríos a la presión congénita del empleo. Hasta entonces, Josep no había considerado la posibilidad de una adicción.

—En la consulta seguro que no lo haces.

Lo dijo con los labios al borde del vaso mientras miraba por encima de la montura de las gafas.

—No —respondí—. En la consulta no.

Con las manos abrazando el vaso, Josep preguntó cómo de mal estaban las cosas.

—Creo que voy a pedir un par de meses de permiso sin sueldo —respondí.

Hacía mucho que no disponía de tanto tiempo sin compromisos. No me importó no saber qué hacer. En algún momento decidí comprar un par de muebles para el piso, también un sofá de color beis. Paseé por el barrio, salí varias veces con el grupo de senderistas que había hecho gracias a un anuncio en la cartelera de Altaïr, asistí a un congreso de nuevas tecnologías sanitarias, a la constitución de la asociación de pacientes con fatiga crónica y, sobre todo, tuve muchas horas para leer. Alguna mañana me asomaba por el hospital para tomar un café con Diana, quería que me sintiera cerca. De todos modos, le dije que estaba pensando en volver con Sol. Diana afirmará que por un momento lamentó profundamente mi debilidad a la vez que le confortó que compartiera mi indecisión con ella.

—Vuelve con Sol —dijo.

Tras su respuesta pensé que volver no era una buena idea.

Al cerrar la puerta del coche, sentí la fatiga de seguir mareando un tema que supuestamente había zanjado y, sobre todo, el hartazgo de no avanzar. El relax de tumbarme en el nuevo sofá me hizo pensar en Pablo. Él me aconsejó que lo comprara. Él sabía cómo actuar. ¿Qué me faltaba a mí? Quizá se tratara de simple capacidad. Yo había sido de aprobados o notables, no de sobresalientes. Había subido montañas, pero no muy altas. Había escalado, pero casi siempre de segundo de cordada y en vías no excesivamente difíciles. Es verdad que aprobé el MIR y saqué buena plaza, pero fue la última de neuro

en Barcelona. Había publicado artículos, aunque nada de interés excepcional. Había viajado al extranjero, pero poco tiempo. La antigua sensación de desventaja reapareció. Quizá yo no veía lo que otros sí y por eso siempre iba unos pasos por detrás, y mereciera el castigo de Subirats. Quizá él se había cansado de mi inopia, de que no aceptara mi sitio. A fin de cuentas, Subirats era un talento que en buena medida se había ganado a pulso la reputación y los beneficios que ésta acarrearaba. Por ejemplo, jugar al tenis más horas que los demás. Jugar al tenis. ¿Por qué Pablo nunca me ha invitado al Club de Polo?, me pregunté.

En marzo de 2003 diagnosticaron un carcinoma bastante atípico a la madre de Diana. Aunque se le hizo el seguimiento en Can Petri, los días de Diana se complicaron aún más. Concentrada en cuidar de su madre, intentó abstraerse del evidente vacío al que nos estaban sometiendo algunos colegas de neuro. Pero no pudo ignorarlo. A menudo, Diana me preguntaba cómo era posible lo que nos estaba pasando y repetía la palabra *injusticia* irradiando una ansiedad extraña a su carácter. El cáncer de su madre añadió pesadumbre y sordidez a la lucha que nos ocupaba.

Una noche, ya en casa y con el vaso de whisky al lado, le escribí un e-mail citando un párrafo de Bernhard que me había inflamado: «Una de mis convicciones era que la verdad no podía sucumbir en ningún caso a la coacción y la violencia. Y además: estoy ansioso de darme a conocer. Y además: no hay nada más difícil, pero tampoco más útil, que describirse a sí mismo». Le conté cuánto me había enardecido hallar una plasmación tan diáfana del momento que yo vivía, a lo que Diana respondió aludiendo a un libro de Benet donde una mujer desencantada reconocía su corazón como «un montón de brasas que despide más calor que cuando los troncos ardían pero que, ay, ya no volverán a inflamarse».

Las palabras me exaltaron. Poseían una calidad científica, en su verdad. Su lucidez me procuró unos instantes de consuelo. Leí en voz alta la frase enviada por Diana. Luego la leí en silencio dos veces, hasta memorizarla. Entró otro correo. «Mira al mar. ¡Qué le importan las ofensas!» Dos frases de Joyce en las que en ocasiones habíamos buscado ánimos.

Cuando se despidió, la barra de escritura permaneció palpitando en la pantalla y tuve la sensación de quedar auténticamente abandonado, sin nada que compensara aquel aislamiento perseguido con tanto ahínco. Quizá yo sólo simulara no ser un hombre de familia. La fortaleza de carácter que había pretendido se desmenuzaba y daba paso al desvalimiento sin más. Deseé que una criatura imaginaria me apartara del infierno hacia el que avanzaba al galope. Fue un sentimiento nítido como una visión, suficiente para aterrorizarme. Luego miré a la pecera, que me absorbió cumpliendo la función que Leire había pronosticado.

El viernes 2 de mayo me reincorporé a un hospital casi vacío debido al puente del Día del Trabajo. Pude escuchar mis pasos en el pasillo. La recepcionista me comunicó que a partir de esa mañana debería atender a mis pacientes en otro despacho. Aludió a la necesidad de amortizar espacios para practicar los electroencefalogramas. Me pareció bien que al fin se hubieran decidido a rediseñar la planta.

En mi nueva oficina conecté el ordenador y me puse la bata. Cuando abrí la agenda de la semana siguiente, la pantalla sólo reflejó cuatro días de visitas programadas. Volví a recepción.

—No sé, doctor Escobedo —dijo la secretaria—. Ya sabe que de eso se ocupa el jefe.

Cuatro días de visitas semanales me impedirían cumplir con los requisitos de la dirección por objetivos, que pasaban por disminuir el número de pacientes que esperaban más de tres meses para una primera visita. También me obligarían a retrasar el informe mensual de los tratamientos realizados en el hospital de día. Frente al ordenador, revisé las visitas concertadas para dos semanas más tarde. Al intentar adelantarlas con la idea de asignarme un quinto día de consultas, no pude. De nuevo en recepción, la secretaria comprobó el correcto funcionamiento del sistema informático. Aconsejó que aguardara al lunes para solucionarlo.

El lunes me comunicaron que me habían bloqueado la agenda 196, donde yo registraba a mis pacientes. También supe que el doctor Gavilán Alonso había sido despedido durante mi ausencia. La gente del servicio aseguraba que Subirats lo echó en persona mientras Gavilán visitaba a una enferma, delante de ella.

En la primavera de 2003, algún tipo de maldición castigó a la planta de neurología del hospital de Can Petri. Diana dirá que la relación con Subirats se había degradado de un modo vertiginoso y que ella no estaba hecha para ese tipo de confrontación. Subirats provenía de la cantera de un poder antiguo con profundas raíces franquistas, donde había aprendido a ejercer la superioridad amartillando a los disidentes. Los traidores como Diana serían, además, vejados. En las antípodas de la sumisa Molina, Diana representaba a Judas, a Caín. Alguien detestable que merecía el apaleamiento.

Diana subrayará la enorme torpeza de nuestras acciones, apuntaladas por el estandarte de una honradez que pretendíamos abanderar. Creímos que nuestra acérrima resistencia a lo que interpretamos como injusto nos impulsaría hasta a saber qué mítica victoria.

Subirats y sus allegados difundieron que Diana y yo habíamos pactado ensayos con varios laboratorios para embolsarnos delirantes sumas de dinero; dijeron que habíamos sido amantes mientras yo aún vivía con mi mujer; que había despedido a la secretaria de Néstor Riba sin compasión; que era un borracho. Varios compañeros se distanciaron de nosotros y en alguna ocasión debimos defendernos ante colegas que dieron por buenos los rumores. La época acompañaba a los fiscales. A diario emergían casos de corrupción en España y resultaba fácil señalar culpables. Se expandió un afán justiciero. Diana describirá cuánto le impresionó el atrevimiento de los críticos que atacaron incluso su intimidad, calumniándola con fruición pese a la falta de pruebas.

Afirmará que aquel linchamiento ha sido la peor experiencia de su vida. Que comprendió la salida que me proporcionaba el alcohol. Como ella misma se estaba descontrolando, necesitó agarrarse a algo que nadie le podía dar. Experimentaba una ansiedad muy distinta a la de nuestra separación, una de naturaleza más corrosiva, sin referentes de juventud, un huracán que la desarbolaba desde dentro y derrumbaba un mundo de creencias que amenazaba con sepultarla. La ética que románticamente había cuestionado durante nuestra aventura amorosa ofrecía ahora una nueva y estremecedora versión de la que había oído hablar pero nunca pensó que enfrentaría. Aunque lo que ahora la atormentaba era la ética de los demás.

Diana dirá que una mañana, antes de dirigirse al trabajo, se detuvo ante la alfombrilla del umbral de su casa dudando sobre si podría cruzarla. Miró la punta de sus zapatos buscando las fuerzas para adelantar una pierna, presa de

una angustia física que le provocó una arcada. Al llegar al hospital, anuló dos conferencias que había pactado para los próximos meses. Por la tarde, acompañó a su madre a la visita de control en el hospital, y les dijeron que se recuperaba bien. Al llegar a casa, cenó viendo un telediario que encadenó tres noticias de políticos y empresarios imputados judicialmente. Pensó que jamás se recuperaría de lo que estaba sucediendo. No logró dormir repasando la cacería que se llevaba a cabo contra nosotros, experimentando un vacío insólito que la deprimió de manera espantosamente desconocida, de modo que se levantó, se vistió con la primera ropa a mano y bajó a una farmacia de guardia a comprar antidepresivos.

Diana dirá que no está claro de qué forma las emociones intervienen en nuestro organismo pero que no puede descartar que la carga de rencor y odio y animadversiones y frustraciones que flotaba en Can Petri desde hacía meses determinara de algún modo la aparición de su enfermedad y quién sabe si la de Xavi Cabré. En julio, los doctores de Can Petri diagnosticaron a Diana el mismo carcinoma que su madre había empezado a combatir cuatro meses antes. La probabilidad de desarrollar un cáncer idéntico al de alguno de tus progenitores existe, con frecuencia incluso es alta, pero en el caso de Diana el mal había aparecido con una celeridad anormal. El estrés, la debilidad, la incompreensión... Las emociones habían minado de algún modo su organismo, exponiéndola con dos décadas de antelación a un ataque celular y confirmando la teoría de las cifras cabalísticas por la que Swann unía a generaciones distintas de una misma familia a través de dolencias y enfermedades.

Por fortuna, se trataba de una lesión incipiente que sólo requirió cirugía conservadora. Le extirparon el tumor acompañada por su hijo, por su mejor amiga y por mí. Luego emprendió un tratamiento de radioterapia que no le impidió volver pronto al trabajo. En la planta de neurología, algunos compañeros redujeron los desprecios hacia ella pero cuando Diana comprobó que seguíamos sin acceso a nuestras antiguas cuentas para pagar a los becarios y tampoco se nos permitía hacer absolutamente nada al margen de las consultas habituales —«anda, anda, no me contéis historias», nos había dicho Subirats cuando fuimos juntos a informarle sobre la nueva fragilidad de Diana —, y como algunos idiotas aún se atrevían a deslizarnos sus hirientes pullas, comprendió que tolerar semejante situación la iba a carcomer más que el cáncer, de modo que empezó a discutir sin miedo con algunos de los acusadores mostrando un inusual ímpetu en las refriegas.

—Me he vuelto una histérica —me dijo una vez—. Dicen que los médicos somos bastante histéricos con las enfermedades pero yo creía saber cómo me iba a comportar cuando recibiera una noticia de este tipo. Y mira..., me he saltado todos mis estándares. Vaya chalada. Y eso que el cáncer es de buen pronóstico.

—No es sólo por el cáncer —respondí.

—Ya..., pero lo otro no mata.

Al decirlo, bajó la mirada. Sabía que no era exactamente así.

A Xavi lo ingresaron en la planta de digestivo con un linfoma intestinal. Cuando le visité ya estaba en una cámara estéril de la planta trece, la de oncología y hematología, aunque el número trece había sido sustituido en todos los rótulos por la denominación ÁTICO. Accedí al área esterilizada por la única puerta posible, la salida de incendios, y tras enfundarme la mascarilla y las polainas entré en una especie de antesala separada por una mampara de vidrio del cubículo que preservaba a Xavier. Estaba conectado a una sonda nasogástrica y recibía nutrición parenteral. La radioterapia y la quimio le habían dejado calvo, hundiendo los ojos y las mejillas hasta deformar su expresión.

Al verme, pestañeó varias veces despacio. Hizo un gesto para que me aproximara porque no tenía fuerzas para elevar la voz.

—¿Puedo? —pregunté a un enfermero.

—Deberá ponerse guantes y delantal.

—Muy bien.

—No lo toque.

Me acerqué a medio paso de la cama. Xavier emitió un murmullo lánguido mientras con el índice sugería que me inclinara hacia él.

—Esta mañana —susurró cuando me tuvo a centímetros— me han subido los papeles del tratamiento con interferón para el señor Castells. He tenido que firmarlos.

Hasta entonces, Xavi y yo habíamos firmado indistintamente las peticiones de interferón en ausencia de uno u otro. Cumplíamos ese trámite como responsables de la unidad. Ahora, Subirats había forzado la firma de un compañero en estado terminal para demostrar hasta qué punto podía prescindir de mí.

Los ojos de Xavi, a centímetros de los míos, sonrieron.

—Qué le vamos a hacer —dijo—. Ellos son así.

Cuando Xavi empeoró, Subirats me convocó en su despacho. Me recibió sentado en compañía de Ricard Valls, quien, al verme entrar, se incorporó de la silla sin saludar y caminó hasta la ventana con las manos en los bolsillos de la bata.

—A partir de ahora —dijo Subirats— debes rellenar estas hojas cada seis meses.

Señaló al legajo que tenía sobre la mesa.

—Pones la ficha del enfermo y tu nombre.

—¿Cómo que mi nombre?

—Tu firma.

—Pero deberé supervisar lo que firmo.

—Claro, las vas a firmar.

Eché un vistazo a Valls. Se había dado la vuelta y miraba por el ventanal cerrado.

—El procedimiento es el mismo y tú sigues firmando. ¿Qué problema hay?

—No veré a los pacientes.

—Conoces sus historiales.

—Necesito la evolución. Hay muchas indicaciones para suministrar interferón, no se le puede dar a cualquiera. El rendimiento es muy diferente según quien lo reciba.

—Con lo caro que es el tratamiento, ya tendremos cuidado de cómo se administren las recetas, ¿eh, Ricard? —Valls asintió de espaldas profiriendo un gemido. Continuaba mirando a través del ventanal, como en una rancia película de mafiosos—. Además, las vas a firmar tú.

—Está bien —dije, confiando en que no llegarían tan lejos como para perjudicar a un paciente con tal de dañarme. Confiando en su profesionalidad—. Por otro lado, quería decirles que teniendo en cuenta que hay dos compañeros enfermos y parece que pueden estar fuera del servicio una buena temporada, yo podría ayudar a cubrir lo que sea necesario.

Me reventaba humillarme de aquel modo pero Subirats me había ido desposeyendo de cada vez más pacientes, Néstor Riba se había apoderado de la unidad de vascular, me habían desplazado de la de múltiple y restringido mis

consultas a cefaleas. Necesitaba sentirme doctor. Si era necesario suplicar, lo haría.

—Pero si te vas de vacaciones dentro de un par de semanas —dijo Subirats.

La figura de la ventana se movió, quizá se había girado. Yo estaba concentrado en convencer al jefe de mi utilidad.

—Podría retrasarlas un poco —dije.

—No te preocupes, tranquilo. Disfruta de las vacaciones. Te las mereces. —Sonrió abiertamente—. De momento sigue con tus cefaleas y luego ya veremos.

—No creo que tenga muchos pacientes en agosto... Me gustaría regular las visitas para ese mes. ¿Crees que será posible?

—Por supuesto —exclamó—. Hoy mismo escribo una circular ordenando regularlas.

—Gracias.

Abandoné el despacho con el cuello agarrotado y una enorme rigidez muscular.

Por la noche salí tarde de la guardia en la Quirón pensando en comprar alcohol. Me detuve en la primera gasolinera que encontré, ni siquiera esperé a la que iba habitualmente temiendo que por algún increíble motivo la bebida se hubiera agotado allí. Las botellas estaban en una vitrina cerrada con candado. Sólo pensaba en beber.

—¿Me pones un whisky con hielo?

La chica tras el mostrador hizo una mueca burlona. Era pequeña, morena, de ojos muy vivos. Lúbricamente atractiva. Llevaba un tatuaje en el cuello que deseé morder.

—Hostia —exclamó—. Esto no me lo habían pedido nunca.

No entendí qué quería decir.

—Si quiere le doy el hielo aparte, pero combinados aún no preparo.

¿Qué me pasaba? Eso era una gasolinera. No una coctelería ni un bar.

—Claro, perdona. Una botella de DYC.

—Un día duro, ¿eh?

—Si sólo fuera uno.

En la cama, descargué varias andanadas de cuarenta y dos grados de alcohol barato sobre mis neuronas mientras fumaba. Supuse que no me dormiría antes de terminar el último cigarro.

Todas las temperaturas habían empezado a subir. Ni siquiera en verano cesó el bombardeo informativo sobre malversaciones, apropiaciones indebidas, nepotismo, desvío de capitales. El calor y la desgana me retuvieron demasiadas horas en casa de cara al televisor, aguardando algo, no sabía qué, o quizá tan sólo intentara recuperar fuerzas. Estaba rebasado por unos hechos que pretendía entender, consciente de que, si bien había pasado por mucho, debía prepararme para más.

El telediario nocturno emitió imágenes de niños en una piscina. A Pablo le gustaba ir a la piscina del Club de Polo con su hijo, siempre hablaba bien de aquellos ratos. Yo quería pasarlo bien. ¿Por qué nunca me invitó a la puta maravillosa piscina en la que se bañaba con Subirats? ¿Si incluso el doctor Robles, al que conocía someramente por su trabajo en la Vall d'Hebron, me había propuesto merendar algún día en el Polo junto a sus amigos de ultraderecha!

La tarde siguiente me puse el bañador, metí una toalla, bronceador y un libro de aventuras en mi pequeña mochila urbana, subí al metro y me apeé en la última estación de la línea 3, delante del Club de Polo. Pese al acceso restringido a los socios, Pablo había insistido en que era muy fácil colarse. Según él, bastaba estirar la barbilla y decir «hola, buenos días». De todas formas, como me avergonzaba ser descubierto y desconfiaba de mi desenvoltura para excusarme, esperé un momento propicio a pocos metros de la entrada. Se presentó en apenas dos minutos. Cuando un grupo de cinco hombres maduros con la tez tersa, ropa de marca y bien peinados pasó junto a mí, me coloqué tras ellos y, emulándolos, entré sin saludar al vigilante.

Desconocía la ubicación de la piscina pero no la iba a preguntar. Deambulé observando cómo la *jet* de Pedralbes bebía cócteles en terrazas, jugaba al tenis, al frontón, e identifiqué a algunos honorables médicos de pasado franquista como el doctor Tartier, de los que se contaba que en invierno aún llevaban pistola en la gabardina. Incluso vi a la compañera del hospital que daba clases de tenis al hijo de Pablo, creo que también había dado alguna a Subirats.

La atmósfera de exclusividad me pareció tan decadente como la del Dallas County Club de Highland Park, donde residía mi tío. Gente guapa y rica. Sol de tarde. Refrescos en la terraza. Dóbermans aparentemente domados.

Cuando encontré la piscina ya tenía lo que en realidad había ido a buscar. La gente se bañaba entre el jaleo de los niños y las gafas de sol restallantes. Sobraban hamacas. Al salir por la puerta del club, nadie dijo adiós.

—Te mudas. —Fue lo primero que me espetó Subirats al regreso de vacaciones—. A partir de ahora vas a pasar consulta en Sant Adrià.

—¿Sant Adrià? —No sabía qué decir, empecé a tartamudear— Por... por... ¿por qué?

—¿Has visto tu agenda? No tienes ni cinco visitas al día. Y eso que enviamos la circular para ver si se te apuntaba más gente.

—La circular... La gente no lee esas cosas. La circular sirve de poco si no me permites organizar mis visitas. Esta mañana he vuelto a intentar entrar en mi agenda y sigue bloqueada. ¿Cómo puedo no tener acceso a mi propia agenda?

—No te engañes, Camilo. Has perdido a todos tus pacientes. Mejor que cambies de aires.

—No puedes hacerme esto. Yo he renovado la planta..., yo...

—Tú te vas a ir al observatorio de especialidades del ambulatorio de Sant Adrià un par de tardes por semana y Nuria Molina se pasará de vez en cuando para acompañarte unas horas. Así no podrás decir que te estamos haciendo *mobbing*. Seréis dos doctores desplazados como apoyo a un hospital amigo.

La calma con la que expresaba su maldad me noqueó. Quedé atónito, tan impresionado que no pude responder. Sólo pensaba en mantener mi trabajo. Confié en que en algún momento terminaría la persecución. A fin de cuentas, la jubilación de Subirats resultaba una imposición inexorable y yo seguía repitiéndome que los directores del sistema sanitario no podrían aceptar a una incompetente como Molina. No podrían. ¿O sí?

—El martes a las tres tienes que estar en Sant Adrià —dijo Subirats.

Agosto caía sobre la ciudad desértica tendiendo mantos de calor que añadían una pátina de irrealidad a mi desconcierto. Los sueños son cálidas burbujas, y esos días viví en un lugar parecido. Costaba creer que aquello estuviera sucediendo aunque mi organismo, mucho más realista, varió su conductancia dérmica provocándome una sudoración bestial. Las jornadas anteriores a mi incorporación al ambulatorio de Sant Adrià sudé sin cesar,

incluso en recintos refrigerados, en mi casa bien ventilada. Sudé encharcando camisas y pantalones. Los ojos se me nublaban con las gotas desprendidas de la frente. La boca a menudo se impregnaba con el sabor de mi propia sal.

Supongo que fue un arrebató romántico lo que el sábado me impulsó a conducir hasta el Pic de l'Infern y ascender rumbo al cuello montañoso bañado en sudor, sin parar, ladera arriba. Superado el Gra de Fajol, los árboles desaparecieron dando paso al imperio de la piedra. Briznas de hierba seca y líquenes cubrían las rocas que arrancaban peculiares silbidos al tórrido viento. Me quité la camiseta y seguí con el torso desnudo escuchando el crepitar de las piedras bajo las botas, mis jadeos en el silencio de aquella inmensidad ajena al mundo de donde venía, inalterable. Saber que al menos esas moles permanecerían durante siglos al margen de todo me tranquilizó. Normalicé el paso. Dos rebecos brincaron en los riscos sobrevolados por águilas y alcancé el collado que remata ese vivac de piedras que, sin ser cumbre, permite dominar los valles al sur y el oeste.

El sol me abrasaba la piel refulgente por el sudor; las quemaduras dolerían más tarde, y me pareció bien. Prefería eso a lamentar desgracias encerrado en casa. Continué remontando la ladera regodeándome en mi orgía de adrenalina, sabiendo que ya no podía parar, consciente de que los breves períodos en los que no recibía un ataque de mis rivales me sentía aún peor. Necesitaba la batalla para saber que aún luchaba y, a falta de agresiones, me quedaba la montaña para mantener la tensión del combate.

Desde el lomo de la cordillera, cresteé emparedado entre los azules y blancos del cielo y la ocre grisura de una tierra que en la cima se desplegó majestuosa. Kilómetros de montañas se tendían alrededor, desde las cumbres norteñas de Andorra hasta el Canigó occidental. Divisé el reflejo del mar a cien kilómetros y contemplé el Cadí y Montserrat al sur mientras cinco buitres me sobrevolaban, superado por las colosales cantidades de piedra áspera que daban forma a un mundo silenciosamente perdurable. Trescientos sesenta grados de espacio abierto que me insuflaron una fantasía de libertad azotada por el viento mientras como un loco murmuraba «*l'infern, l'infern*».

El martes después de comer, subí a mi coche, giré la llave de contacto y el motor no arrancó. Empecé a transpirar a chorros mientras giraba la llave una y otra vez propinando manotazos al volante. Tras varios intentos me dirigí a una calle principal en busca de un taxi, pero era agosto y los pocos que

circulaban iban ocupados. No quería llegar tarde el primer día, no debía ofrecer argumentos que más tarde se utilizaran contra mí. Cuando al fin detuve un taxi, pedí al chófer que acelerara.

Bajé del vehículo pinzando la camisa con los dedos y pagué desde el exterior. Creí ver a Subirats en la entrada y tuve que parpadear varias veces para corroborar que en efecto era él. ¿Qué hacía ahí? ¿Qué coño hacía en la puerta a las tres de la tarde?

—Bienvenido —dijo—. Sólo quería comprobar que todo fuera bien en tu estreno. Vaya calor, ¿eh?

De camino al ascensor, Subirats estuvo hablando sobre su fin de semana. Subimos solos a la cabina.

—Antes de instalarte en tu nuevo despacho —dijo— voy a presentarte al doctor Manzano.

—Pensé que Manzano estaba de vacaciones. ¿No se supone que yo iba a sustituirle?

—Ah, no, no. Él lleva a los enfermos de planta. Así no tendrás tanto lío y te resultará más fácil la adaptación.

—Ya conozco a Manolo.

—Ah. Mejor aún.

Subirats se marchó después de una breve conversación con Manzano y de presentarme a otros miembros del *staff* asegurando que no hacía falta que fuera a trabajar a Can Petri por las mañanas porque me habían asignado cinco interconsultas para todo el mes de agosto y bastaría con que acudiera a las horas estipuladas para atender a esos cinco pacientes. Es decir, tenía por delante un mes entero prácticamente desocupado en un despacho tomado por el inconfundible olor a desinfectante de ambulatorio.

Decidí cumplir un horario laboral de jornada completa repartiéndome entre Can Petri y Sant Adrià, al margen de la recomendación de Subirats. El miércoles llegué temprano con varios libros y revistas médicas en el maletín. Estuve leyendo entre el despacho y la biblioteca intentando no pensar en el destierro al que me habían condenado. «Tú me has enseñado que el trabajo lo es todo, y te creo», leí a media mañana en una novela. Acabé hacia las seis de la tarde, aún más tarde de lo prescrito, enardecido por una mezcla de rabia e ideas emergidas de las lecturas que al anochecer amortigué con alcohol.

Durante la primera semana mantuve el horario de jornada completa, rellené los enormes huecos entre las puntuales consultas para las que se me

requería leyendo incluso poesía, basculando de la exaltación por al menos disponer de la literatura como consuelo a la certidumbre de que acudir a ella simbolizaba mi derrota. Alguna vez, ese pensamiento me alteró como un pellizco inesperado en mitad de una lectura plácida. Cuando me cansaba de leer o del encierro, visitaba a colegas de otros departamentos. Cuando aparecía algún paciente imprevisto, demoraba el reconocimiento detonando un alegre y grato asombro en el enfermo, que, si gozaba de la lucidez suficiente, se sentía afortunado.

El 11 de agosto, Subirats me pidió que visitara a una paciente que había pedido ser atendida por el doctor Valls. Aunque Valls estuviera de vacaciones, no comprendí por qué me la pasaba. Lo interpreté como un acercamiento después de haberme sometido. Se trataba de una mujer de cincuenta y tres años a la que se le adormecía una mano con frecuencia, o le sobrevenían hormigueos en el miembro que la llegaban a despertar de madrugada. Mientras la examinaba, Subirats entró sin llamar a la puerta.

—Vengo a echar un vistazo —dijo.

La paciente estaba sentada en la camilla mientras yo flexionaba su muñeca.

Continué la inspección. Antes, la mujer no había reaccionado a los pinchazos de aguja en varios dedos de la mano. Deduje un probable síndrome de canal carpiano y probé sus reflejos con el martillo.

—¿No tienes diapasón? —preguntó Subirats.

—No. No creo que sea necesario.

—¿Es que no te gusta explorar?

Adoro explorar. Para mí es la parte más hermosa de esta profesión, el momento en el que me vinculo de forma física al paciente, el instante decisivo. Pero no concedo al diapasón la relevancia de los neurólogos de la vieja escuela que convirtieron su uso en emblema del ritual exploratorio. Para aquella paciente no precisaba diapasón, si bien tampoco iba a enzarzarme en una disputa técnica delante de ella.

—No entiendo cómo un neurólogo profesional puede explorar sin su instrumento clave —dijo Subirats—. Disculpe —añadió dirigiéndose a la señora—, pero ya le dije que el doctor Valls está de vacaciones y en fin... ¡Ah, estos médicos innovadores...! Espera, que te traigo uno.

Eché un furtivo vistazo a los ojos de la paciente, incapaz de escrutar hasta dónde había calado el mensaje de Subirats. El jefe volvió empuñando tres

diapasones. Calibró los aparatos con exagerada ceremonia, eligió uno y comenzó a explorarla. Al final del reconocimiento me ordenó que emitiera diagnóstico y tratamiento.

—De acuerdo —dijo al leer mi informe, si bien cuando la mujer se hubo retirado, se sentó frente al ordenador y añadió unas palabras a lo que yo había escrito: «Estoy de acuerdo en el diagnóstico pero no en el tratamiento». Adjuntó su firma y apretó a la tecla «Guardar».

Por la noche, batí dos huevos en la cocina de mi casa observando el cuchillero. Con la tortilla en el plato, cogí el cuchillo para despiezar pollos e imaginé cómo atravesaba el estómago de Subirats. Era bastante largo, quizá la punta alcanzara a salir por la espalda. Debería calcular el paso de la aorta para hacerlo bien. Era la primera vez que me imaginaba asesinando. También visualicé otras formas de matarlo. Vi cómo lo derribaba antes de desnucarle a golpes contra el suelo. Luego me contemplé atropellándole y sintiendo el bote del vehículo al apisonar su cuerpo.

Estoy muy medicado, hipomímico, nerviosísimo y feliz de empujar de nuevo la puerta giratoria de Can Petri. Atravieso el vestíbulo forrado de mármol mirando las esferas del techo que tanto me gustaban. Subo al primer piso por las escaleras. Neurología. La recepcionista da un gritito cuando me ve y me acompaña hasta secretaría, donde recibo el comedido afecto de varios compañeros. Algunos me estrechan la mano, dos o tres besos, un abrazo. Todos preguntan cómo estoy y dicen que se me ve muy bien, aunque haya adelgazado seis kilos.

Cuando subo a planta, la gente se comporta igual de cariñosa. Emma me abraza. Se alegra de verdad.

—Sabía que volverías.

Yo no. Durante las sesiones de psicoterapia encaminadas a la reinserción laboral me he planteado muy en serio pedir un traslado de hospital. Muchas de estas personas me han visto en un estado de agresividad extrema que aún nadie me ha explicado bien. Pero sé que me han visto. Sé que la mayoría de los que ahora sonrían me han escuchado proferir aberraciones. Quizá haya golpeado a alguno de ellos. Por muchos años que hayamos pasado juntos, no guardan el mejor recuerdo de mí. Por muy especialistas en enfermedades mentales que sean, probablemente no saben cómo coño me han dejado volver. Yo he estado loco. Y siguen sin saber lo que tengo, de modo que puede que aún lo esté.

—¿Vamos a comer? —dice Elsa.

—¿Viene Emma?

Elsa es una residente asturiana amiga de Emma.

—Ahora no puede, dice que pasará luego a tomar café.

¿Comer? Sólo he venido a anunciar mi regreso y sentarme de nuevo en mi despacho para recibir vibraciones que confirmen que puedo hacerlo, que puedo volver. Aunque si puedo sentarme en el despacho, ¿por qué no en el comedor?

—Vamos.

Estoy aterrado pero aquí estoy. Dispuesto a entrar en la sala desde donde se difundirá por el hospital que el tarado de Escobedo ha vuelto.

Cuando el restaurante exhala su atmósfera saturada de olores y calefacción siento decenas de ojos sobre mí. Ahí está el zumbado. Pobre tío. No somos nada. Míralo, se nota que no ha quedado bien. Leo sus pensamientos en los rostros. Y tienen razón, porque me tiembla todo el cuerpo. Eso no es estar bien. Estos nervios no son normales, aún menos con la medicación que llevo encima.

—¡Milo! —me grita alguien cuando estoy a punto de llegar a la cola de las bandejas—. Hacía mucho que no te veía. ¿Has pasado otra temporada con los yanquis?

Parece que mi trastorno no es tan público como pensaba. Al menos en oftalmología hay quien no se enteró.

—Un retiro doméstico —respondo.

—Vaya, tú sí que sabes.

El oftalmólogo suelta un par de formulismos y se va con su bandeja. Elsa me palmea de vez en cuando la espalda incitándome a avanzar en la cola. Indica lo rico que ahora cocinan el estofado de ternera y las verduras salteadas. Me toca suave como a un niño pequeño al que animas a dar los pasos adecuados. De camino a la mesa, un par de doctores me saludan con sendos movimientos de cabeza, como si los hubiera visto ayer.

Durante la comida se me acercan enfermeros, médicos y personal de varios departamentos. Felicitan, preguntan. Tiemblo todo el rato mientras hago un esfuerzo brutal para aparentar normalidad. Por la tarde me encierro en el despacho unos minutos pero como estoy cansado vuelvo pronto a casa. Conduciendo. No me cuesta conducir. Me siento bien. En el coche me acuerdo de que no me he despedido de Emma, al final no vino a tomar café. En general me siento satisfecho. Merezco un aplauso. Aparto una mano del volante y me palmeo la cara varias veces. Es un premio que además me espabila.

Las jornadas siguientes comienzo a cumplir el horario normal. Un día me encuentro a Rebeca en el ascensor.

—¡Doctor Escobedo! —exclama en voz no muy alta estampándome dos besos—. Oí que había vuelto. Se le ve muy bien.

—Gracias, Rebeca. Me he acordado tantas veces de ti...

Al salir del ascensor, antes de entrar en el pasillo de planta, añado:

—Muchas gracias por todo lo que hiciste.

—Qué dice, doctor. Es mi trabajo. Y tratándose de usted...

Rebeca es la enfermera que me atendió la noche de mi ingreso. Supongo que ella me vio atado, escupiendo todas las barbaridades del mundo. Deseo preguntarle qué dije y cómo, y si la ataqué.

Rebeca dirá que esta mañana le parezco inesperadamente espléndido. Le alegra de verdad mi reincorporación. Después de ver lo que vio, pensó que no me recuperaría. Y eso que Rebeca había visto mucho después de cuatro años en medicina interna de un hospital de barrio machacado por la drogadicción y el sida. Cuando me ha encontrado en el ascensor embutido en la bata blanca, ha pensado en lo maravilloso que es el cuerpo y la medicina. Le ha asombrado cómo puede recuperarse un enfermo que estuvo a punto del desahucio.

Al separarnos, Rebeca se pregunta si la recuperación habrá sido tan perfecta como para permitirme trabajar con la fiabilidad de antes. En cuanto a los pacientes..., si supieran lo que me ha ocurrido, ¿quién querría ponerse en mis manos? Yo, se responde. Sin duda, yo. ¿No es un poco arriesgado? Es el mejor doctor que he conocido... aunque mi opinión es tan particular... Menos mal que su historia no saldrá de aquí, piensa Rebeca.

A los pocos días me asignan las primeras consultas. A veces me adormilo en los paréntesis entre visitas pero consigo mantener el tipo. Como no escucho rumores sobre mí, la sensación de bicho raro se desvanece con bastante rapidez. Después de todo, me rodean profesionales conscientes del respeto que merecen los enfermos.

Costas dirá que me integro con normalidad. El par de veces que hablamos por teléfono durante el último año me notó «afectado mentalmente», pero nuestras entrevistas recientes le han convencido de que puedo volver y lo que observa le confirma que así es.

Me cruzo a menudo con Diana. Charlamos en los pasillos, alguna vez tomamos café o se asoma por mi despacho, pero no me siento cómodo a su lado. Evitamos tantos temas que a veces enmudecemos. Diana dirá que se nota que quiero romper con la etapa anterior al brote y que eso incluye apartarla. Aunque haya soportado meses de silencios catatónicos y haya escuchado mis relatos en ocasiones sin sentido y me sacara a comer helados o a pasear cuando nadie más se ofrecía, Diana pertenece a alguna raíz de este drama, pertenece al pasado que derivó en lo que me he convertido. Pienso a menudo en ella pero no puedo concederme su cercanía. Tengo que alejarla si quiero recuperarme.

—¿Te pasa algo conmigo? —me pregunta una tarde—. ¿Por qué me evitas? ¿Alguien te ha dicho algo?

—Ni siquiera apartándote consigo salir adelante.

Diana dirá que mi frase le conmueve.

—No te preocupes —dice—. Voy a seguir lejos. Pero recuerda que continúo aquí, si me necesitas.

Diana es preciosa. Siempre está conmigo, siempre lo va a estar. Pero un renacimiento exige víctimas. Supongo que en mi rechazo influye su condición de doctora, porque, por muy amiga y amante que sea, Diana también es una neuróloga que aceptó mi diagnóstico de trastorno bipolar.

Días más tarde, recibo en la consulta a un hombre que tiene media cara destrozada a causa de la bala que él mismo se disparó con una escopeta. La ficha y el reconocimiento evidencian su trastorno característico: es sin duda un bipolar. Contemplo con descaro su rostro carcomido por la deflagración, la carne chamuscada. Analizo su discurso, releo su historial. Yo no soy como él. Ni siquiera me parezco remotamente a él. ¿Por qué cinco médicos firmaron un veredicto falso? ¿Por qué Diana lo aceptó? ¿Por qué mis amigos, mis compañeros, esa gente que ahora pulula a pocos metros de este cuarto, no me han ayudado?

—Describí mi posible diagnóstico diferencial mientras brotaba —le digo a Diana.

—¿Encefalitis límbica por *Borrelia*?

Diana me mira con burlona seriedad porque el diagnóstico que describí es una contradicción en sí mismo.

—Intuí que había una raíz autoinmune —digo—, pero como la semana anterior había ido de excursión y estuve tocando perros pensé que quizá era cosa de garrapatas.

—Pero o es *Borrelia* por garrapatas o es límbica.

—Yo estaba mal, Diana. El propio diagnóstico demuestra mi confusión... Pero la encefalitis...

—Desde luego que ha sido tu peor Iwo Jima.

—¿Por qué no insististeis con la encefalitis? —grito—. ¡Tenía que ser una encefalitis!

Diana abre las palmas ante mí y las agita suave adelante y atrás pidiendo calma.

—Ya sabes que se tuvo en cuenta esa posibilidad —dice—, pero las

pruebas que te hicieron la descartaron.

—Había anomalías en el líquido cefalorraquídeo.

—Nada concluyente. Una pequeña alteración de los linfocitos, algo bastante común. Olvídate de eso, Camilo. Ya pasó. Eso es lo que importa. Ya pasó. Tú mismo has tenido muchos pacientes a los que no has podido ofrecer un diagnóstico, ¿verdad? Pues ahora resulta que tú eres uno de ellos. Fuera lo que fuese, podía haberte succionado, podía haberte matado, pero mírate, estás estupendo. Olvídate. Ya pasó.

Semanas después, durante el cónclave matutino del equipo neurológico, mis compañeros intentan discernir qué enfermedad padece una mujer con aplasia en diversos grupos musculares. Parece que también existe una deformidad en la pared torácica. Alguien añade un problema en el pulmón. Su informe registra que tiene varios dedos adheridos. Llevan un buen rato especulando.

—Síndrome de Poland —digo desde un rincón.

Hacía mucho que no intervenía en estas reuniones, a las que desde mi llegada asisto en silencio por miedo a no articular bien las ideas. Mis colegas son conscientes de que aún no estoy al cien por cien, ni siquiera al setenta. O al cincuenta. Quizá por eso han flipado bastante.

—Es verdad. Es un Poland —asiente alguien—. Milo, eres un *crack*.

Diana sonríe porque sabe que la locura nunca afectó a mi ojo médico. Diana dirá que ahora está recordando que las conversaciones más largas que mantuvimos en el CHAMM fueron sobre asuntos del hospital. Recuerda cómo, desde la inopia del sillón, establecí varios diagnósticos de casos que ella me describía. Recuerda que preguntarme sobre pacientes era la mejor forma, a veces la única, de hacerme hablar. ¿Cómo funciona el cerebro?

—Qué interesante pregunta —dice Emma antes de reír como si hubiera hecho una travesura.

Emma afirmará que desde que volví a trabajar me nota como si estuviera levemente colocado, aunque conservo mis esencias muy bien y cada vez hilo mejor el discurso. Le gusta estar junto a mí, pese a que aún no me lo haya expresado con esas palabras. Lo que yo percibo es una joven residente de pelo corto y gafas finas que a veces me acompaña a las escaleras cuando quiero fumar un cigarro. Como ahora.

—En cualquier caso, el tabaco no ayuda a que tus neuronas se asocien mejor —dice Emma.

—Los psiquiatras son más permisivos con el tabaco que tú.

—Los psiquiatras no se enteran demasiado.

Doy una calada larga al cigarro.

—Hoy —digo—, un esquizofrénico me ha dicho que tardó un año en superar la depresión después de su enfermedad. Parece que es el plazo mínimo para recuperarse de un derrumbamiento mental. Sin excepciones.

—Tú ya llevas un año desde el brote.

—Del brote, sí. Pero he empezado a salir de la enfermedad no hace tanto. Aún me queda.

—No se te ve mal.

—Soy un gran actor.

—Clooney.

Le guiño un ojo. Me gusta la tontería. Qué joven es.

—No te quejes, que has salido perfecto. Imagina que pierdes la memoria.

Doy una calada.

—Hay que cambiar la idea de enfermedad mental —digo—. La gente la asocia exclusivamente a la esquizofrenia y al trastorno bipolar. A lo demás lo llaman problemas neurológicos. Hay que romper de una vez esa barrera. Llamemos a cada enfermedad por su nombre. —Durante la convalecencia he pensado en esto aún más que de costumbre y por eso hablo con pasión—. Digamos ictus, cefalea, esclerosis, esquizofrenia... y dejemos claro que todas, todas son enfermedades cerebrales, y que su raíz es orgánica. ¿No somos científicos? Pues comuniquemos con exactitud.

—Por eso los psiquiatras van a desaparecer —dice Emma—. Son demasiado... esotéricos. Como si no hubiera una base física en cada enfermedad. La línea entre la psiquiatría y la neurología es tan artificial...

—A veces hay que valorar otros aspectos.

—No puede ser que se presente la esquizofrenia como algo diferente a la esclerosis múltiple. No puede ser, Milo. La psiquiatría es muy interesante en lo teórico pero poco eficaz en la práctica. Aún llegaremos a tiempo de ver cómo todo se decanta hacia la neurología. —Emma engola la voz—: Asistiremos a la extinción de los psiquiatras.

—Bueno, tú a lo mejor sí llegarás a verlo.

—Uy, que ha salido el abuelete depresivo.

Me coge el bolígrafo que asoma por el bolsillo pectoral de la bata y empieza a moverlo entre los dedos.

—Visionaria —digo—. Y tu futuro, ¿cómo lo ves?

Emma eleva el boli a la altura de sus ojos.

—Veo... que pasado mañana compartiremos guardia.

Bromeo sobre los chicos a los que esa noche dejará plantados.

—No hay chicos —responde.

—El chico.

—Ni chico.

—¿Y no quieres tener?

—Decidir tener pareja en los tiempos que corren suena un poco anticuado, ¿no? Si surge algo, surgirá.

Devuelve el bolígrafo al bolsillo. Me gustan las escenas reales que parecen de película.

—Venga, que nuestro público espera —dice Emma.

Empuja la puerta. La sigo tan exultante como el día que describí mi diagnóstico diferencial, y el recuerdo me intimida. Cuando la alegría se hace euforia tengo razones para temer. Pero no, estoy bien porque, antes de un brote, cuando supero la cota de felicidad aconsejable ni siquiera reconozco la amenaza y ahora mismo, menos mal, tengo el miedo suficiente para saber que esta chica podría meterme en un lío.

Desperté con un dolor casi real, anegado en sudor, jadeando. En el sueño, un tigre se había abalanzado sobre mí y me devoraba hincando colmillos y zarpas que creí sentir. El tigre que me había arrancado la carne a dentelladas se demoraba escarbando en mi pecho abierto, hundiendo el hocico ensangrentado que yo sentía hurgar en mi interior. Faltaban dos semanas para terminar agosto y Subirats se había convertido en una pesadilla real. Lamenté haberle soñado como a un animal hermoso.

Desayuné repitiéndome que al menos esa mañana recibiría a tres pacientes antiguos que habían reclamado ser visitados por mí.

Hacia mediodía entró Juan Antonio, al que llevaba atendiendo seis años y con quien alguna vez mantuve conversaciones que trascendían lo profesional. Supongo que mi sonrisa contrastó con su seriedad al cerrar la puerta echando un vistazo a su espalda. Inferí que su caso se había complicado con algún tipo de paranoia.

—¡Juan Antonio! —dije—. ¡Cuánto tiempo!

—Hola, doctor. Mire, antes que nada quiero decirle que usted aquí no está seguro.

Yo había empezado a alargar la mano para estrechar la suya, un gesto reservado a los momentos en los que quería calmar al paciente, pero su afirmación me paralizó.

—¿Qué quiere decir?

—Mientras esperaba ahí fuera —respondió Juan Antonio—, un hombre se me ha sentado al lado y ha dicho que usted era un médico de mierda y que lo mejor que podía hacer era ir a otro hospital a visitarme. Me ha dicho que si me marchaba, él mismo se encargaría de llamar a Vall d’Hebron o al Clínic para buscarme un buen doctor.

—¿Cómo... cómo era ese hombre?

—Debía de ser médico porque llevaba bata blanca. Y si tiene todos esos contactos en hospitales es porque sabe de lo que habla, ¿no? Bueno... a lo mejor es algún enfermo que tienen por aquí y le da por ir poniéndose batas —

Juan Antonio sonrió—, aunque no lo creo. Hablaba demasiado bien. No me ha parecido un loco.

—Pero él, ¿cómo era él?

—Algo viejo. Flaco, alto. Un poco... señorial. Ya sé que suena raro pero es que además ese hombre era tan... tan... Es como si gente con una planta así no pudiera hablar de esa manera ni hacer cosas tan miserables.

—Ya. Ya. Muchas gracias por contármelo. Bueno, ¿cómo se encuentra usted?

Ir en busca de Subirats no serviría de nada. Debía denunciarle. Pensé que quizá era lo que deseaba, un enfrentamiento directo para poder aplastarme basándose en las acusaciones que ya habían calado en el servicio. Aunque no las hubiera demostrado, Subirats me había convertido en culpable o como mínimo sospechoso a ojos de la mayoría. Y seguro que sabría amortizar la coyuntura. Me estaba provocando. Quería hundirme moralmente o forzarme a un gesto desesperado que le permitiera activar contra mí a los capitostes de su privilegiada esfera. Tener la razón no garantizaba en absoluto mi victoria, ni una conclusión justa. Debía aguantar. Lo que yo ignoraba era el límite de mi resistencia.

Al marcharse Juan Antonio permanecí un tiempo indeterminado perdido entre pensamientos, de los cuales sólo recuerdo haber sopesado de nuevo volver con Sol, aparte de preguntarme por qué aceptaba todo aquello, por qué seguía en Can Petri, aun sabiendo que no podía abandonarlo porque si en aquel momento perdía el hospital, sólo quedaría mi escombros. Telefoneé a Diana para preguntar si había alguna novedad sobre la jubilación de Subirats, por qué no se había ido ya.

—Sobrequés insiste en que estemos tranquilos —respondió—, que no puede tardar y que Molina no va a ser quien le releve.

—¿Hay candidatos?

—El tuyo sigue siendo Graus, ¿no?

—Ya lo sabes.

—Pues búscate a otro porque le han hecho jefe de servicio del Clínic. También se habla de Costas y Kulisevski, el de Sant Pau.

—Los dos son buenos. Pero ¿Sobrequés está seguro?

—Es el gerente. Maneja información de primera.

—¿Y se sabe más o menos cuándo se hará el cambio? Es que... está siendo muy duro.

—Lo sé, Milo, lo sé. En cuanto pueda concretar algo te llamo.

Por la tarde, cuando dejé el coche en el aparcamiento de la Quirón encontré a Josep cerrando su maletero. Había variado su horario para asistir a un par de reuniones urgentes y propuso compartir un café un poco largo.

—¿Cómo llevas lo de estar en tres consultas? —preguntó mientras atravesábamos el aparcamiento encogidos por el frío.

—Estar estar, sólo estoy aquí. En las otras soy una especie de relleno.

—Por... ¿Subirats?

—Se está pasando. Se está pasando mucho.

Oí el eco de nuestros pasos.

—Lo de Diana... —dijo mirándome mientras caminábamos.

—No sé quién te lo habrá dicho, pero eso sí que es cierto. Tuve una aventura con Diana.

Josep dirá que siempre expresé mi admiración por el trabajo de Diana. Él mismo se había asombrado ante las capacidades de su querida «hormiga atómica» y me había oído muchas veces destacarla como la más capaz del equipo. Josep dirá que yo la tenía idolatrada como neuróloga pero que nunca detectó un afecto ajeno a lo laboral, y por eso le fascinó lo bien que habíamos disimulado el *affaire* a la vez que le impresionó conocer el primer caso de romance entre adjuntos. Las aventuras protagonizadas por miembros del personal sanitario formaban parte de nuestra cotidianidad, menudeaban los líos entre adjuntos y residentes o enfermeras, el propio Josep conoció a su mujer cuando él era residente y ella enfermera, pero dos adjuntos jamás se habían mezclado antes, como si se tratara de un tabú.

—Aunque de eso hace... buf, hace tiempo —añadí. Sabía que hacía frío sin prácticamente notarlo—. Lo que no sé es cómo se enteró Subirats. Puedo aceptar que captara algo, estas cosas a veces no sabes medirlas muy bien, lo que no entiendo es cómo se ha enterado de otros asuntos que incumben a mi vida más privada.

—El tema de la bebida...

—Ya te he dicho que no bebo, Josep. ¿Me has visto alguna vez borracho? ¿Una sola vez?

—No, si no digo que seas..., que bebas.

Josep dirá que yo hablaba acelerado y con los ojos más abiertos de lo usual.

—Creo que tiene micros —dije—. En el hospital casi seguro que los

tiene... y no descartaría alguno en mi casa. No sé cómo se lo habrá montado pero... Su padre era espía, ¿sabes? Este hombre está dispuesto a hacer cumplir sus órdenes sea como sea y...

Josep dirá que peroré sobre teorías conspirativas de un modo tan entregado que le preocupé. En algún momento se planteó la lógica de mis reflexiones, si bien se le antojaron demasiado improbables. ¿Cámaras en mi casa? ¿En mi despacho del hospital? Habíamos sido buenos amigos, le ayudé mucho durante su aterrizaje en Can Petri, pero últimamente Josep recibía desagradables comentarios sobre mi forma de tratar a los residentes, que se mostraban disconformes con mis severas exigencias y mis modales rudos. Josep no reconocía a la persona inflexible y grave que retrataban los residentes, pero a fin de cuentas yo había sido capaz de ocultarle mi aventura con Diana mientras colaborábamos a diario, y los últimos años habíamos constreñido nuestro trato a fugaces charlas entre guardias y a alguna cena. Hacía mucho que él sabía poco de mí.

Josep ironizará, como siempre, sobre el hambre de poder y las mutaciones de carácter que experimentan las personas más impensadas, y señalará que sin duda yo era un hombre sometido a una presión que soportaba mal. Tras aquel café, concluyó que en adelante pondría mis opiniones en cuarentena.

Hacia las once de la noche llamé a Sol. Le expliqué la situación con Subirats antes de pedir su ayuda. Sol dirá que le hablé con desesperación, y que debía de estar muy mal para rogarle que acudiera a sus influencias para echarme una mano, sobre todo después de las incontables veces que le había reprochado los tejemanejes de sus jefes en el poder. Apelé a esos mismos contactos políticos para pedirle que, si tenía la posibilidad, se informara sobre la fecha en que se produciría el relevo de Subirats en Can Petri, e incluso si existía la opción de presionar de algún modo para acelerar su salida.

A partir de septiembre, Subirats dejó de aparecer por mi consulta y me desbloquearon la agenda 196. Para entonces, el número de visitas programadas había disminuido tanto que un viernes de noviembre descubrí que la siguiente semana no atendería a nadie. En diciembre volví a encontrarme con otra semana vacía. Poco antes de Navidad planteé a Subirats la posibilidad de encargarme de llevar a enfermos no vasculares en planta para

aprovechar de algún modo mis conocimientos médicos. Me lo pensaré, dijo. Al cabo de una hora me telefoneó por línea interna para responder que no aceptaba la idea.

Su sostenida crueldad me consoló. Se trataba de una persecución tan burda y visceral que por algún motivo asumí la imposibilidad de enfrentarme a ella, y después de un arranque de año perplejo en el que no logré hacer ningún plan de buenos deseos creíble, quedé extrañamente tranquilo. Creí entrever las razones del sinsentido y respondí añadiendo aún más aislamiento al que Subirats ya me obligaba, con la diferencia de ajustarlo a mi medida. Empecé a ocuparme de archivos desatendidos, pero no de una forma resignada sino indagando en los informes, comunicados, diagnósticos, hasta recapacitar sobre complejos casos de pacientes con un detenimiento que de repente iluminaba aspectos que en el pasado no había sabido ver.

También rescaté lecturas pendientes desde hacía años. Leí muchas novelas que aguardaban su momento en las estanterías de casa, terminé los dos volúmenes de *En busca del tiempo perdido* que aún no había leído y compré novedades o clásicos que consumí en el trabajo asimilando poco a poco, de otro modo, la vorágine de un mundo que una vez casi creí entender. Los brazos de la literatura me mantuvieron en vilo, aun en el aire, sin estrellarme.

Al calor de mi exilio, me emocioné con la historia de unos padres ejemplares que se veían superados al descubrir que la enorme cantidad de dinero invertida para educar a su hija había ofrecido a la sociedad a una eficaz terrorista; vibré incurriendo en selvas donde pervivía nuestro cerebro más primitivo, tan enamoradizo como criminal; me compungió asumir que, por mucho que trabajaran y pelearan, los temporeros nunca heredarían la tierra.

En las historias de otros vi proyectada la mía, me observé con distancia de lector, llegando a disfrutar de mi insuperable destrucción. El dolor del sufriente se mezclaba bien con el intrigado pasmo del espectador, de modo que seguí leyendo, lacerándome, adentrándome en las simas de lo que descorazona. Hundiéndome por curiosidad.

Mi antigua idea de decencia se había desmoronado y aunque las novelas no aportaban instrucciones ni herramientas que permitieran vislumbrar una reconstrucción moral, ampliaban mi visión sobre el ser humano ofreciendo datos que intuí útiles. Leía como si estudiara, pero más libre. En ocasiones me sentí retomando las dinámicas de la etapa como residente, consolado al detectar que mi curiosidad era aún sincera. Me di cuenta de que mantenía la

ilusión de acudir al hospital porque allí leería durante horas tranquilo, y además la soledad me hizo aumentar la expectación cada vez que se abría la puerta de la consulta. A veces me preguntaba cómo visitaría yo mismo a alguien con mis problemas: un señor Escobedo cualquiera que, atropellado por el ímpetu de personas e instituciones, hubiera empezado a desquiciarse.

—Señor Escobedo —le diría—, no se preocupe por la maldad. Usted es un buen lector, así que de alguna forma ya estaba advertido sobre las inquinas y las traiciones. Eso que tiene ganado. Ahora simplemente procure respirar, pasear y comer bien, y esto significa, ya sabe, sin excesos. Y rodéese de personas que le cuiden y que le quieran, claro. Pero, sobre todo, recuerde: respire y coma.

Busqué huecos para quedar con Adolf de vez en cuando. Desde la boda en Nevada, Adolf había tenido otros dos críos y el torbellino de atender a dos familias con un total de cuatro hijos le había distanciado de la mayoría de sus amigos. Algún fin de semana juntamos a nuestros chicos en su casa de Vilanova pero acabábamos siempre tan agotados que intentamos no prodigarnos.

De todas formas, nuestra amistad era a prueba de calendarios y por mucho tiempo que pasara sin vernos, se obviaban excusas o explicaciones. En cada reencuentro, Adolf seguía el ritual de decir que alguien cambió nuestras vidas cuando coincidimos en el Hospital del Mar y le ofrecieron la plaza en Vall d'Hebron que acabé ocupando yo. Nunca he acertado a saber si lo decía con pesar o satisfacción pero al referirlo aparentaba sosiego. Luego recordábamos alguna escena de nuestro mítico episodio norteamericano, nos reíamos y, a continuación, emergía la actualidad.

Adolf dirá que cuando le comenté la presión a la que Subirats me sometía no lo interpretó como algo especialmente terrible porque lo expuse ironizando.

—Ya sabes cómo va esto —dijo Adolf—. Pasa a menudo en muchos servicios de neuro. Son estructuras públicas donde algunos jefes no son sólo jefes sino que saben que siempre lo serán.

Adolf casi no conocía a Subirats, lo había visto dos veces en su vida, aunque le constaba su mala fama.

—Lo que no puedes hacer es llevarte el trabajo a casa —dijo.

No, Adolf, pensé, no me sueltes tópicos, por favor. Sólo busco un rato de charla sencilla en la que descargar un poco de mierda.

—Pero es verdad que Subirats... debe de ser complicado.

Adolf recordó entonces la historia de los tres neurólogos escogidos para hacer un reconocimiento al expresidente de la Cámara de Comercio Bosch i Folguera al principio de su enfermedad de Parkinson. Contaba la leyenda que Subirats había sido uno de ellos, y que un día preguntó a su paciente: «Usted, cuando se limpia el culo, ¿con qué mano lo hace?». A lo que Bosch i Folguera respondió dirigiéndose a los responsables del hospital: «A éste me lo sacan de aquí. No quiero volver a verlo».

—Si se atrevió a humillar de ese modo al presidente de la Cámara... —dijo Adolf—. No sé. Buf, Subirats. Pero si te toca mucho las narices, denúncialo. De todos modos, intenta no darle demasiadas vueltas. No te quemes, haz cosas que te destensen. ¿Cómo vas de mujeres?

Le hablé de Lola, la delegada de laboratorio con la que había flirteado durante un reciente simposio en Málaga. Llevaba meses enclaustrado y fóbico, quizá los peores desde mi separación, porque la isla de la lectura que me procuraba un delicioso refugio también había pronunciado mi desgajamiento de un mundo exterior que cada vez me costaba más escrutar, y esa desconexión revelaba hasta qué punto el martillo de Subirats me estaba clavando en serio, de modo que las charlas con Lola, Luisa, Elena o Mercedes contribuyeron a descongestionarme un poco, si bien Lola (y Luisa, Elena o Mercedes) era de esas mujeres que adoran las conversaciones circulares, la charla que se muerde la cola, y que en su caso pivotaba en torno a cómo se repartía la custodia de los niños con su ex, cuánto la fortalecía el pilates y los «brutales» resultados de las pastillas que ella comercializaba.

—Pero tenía gracia y era guapa. A veces, con eso basta —me justifiqué, sin mencionar a la chica que en realidad me había deslumbrado durante el simposio.

Aprovechando un descanso entre ponencias, había visitado el Museo Picasso, donde me crucé con un grupo guiado por una mujer alta, elegante, de hombros algo caídos, los ojos muy negros, los labios muy rojos, el pelo liso, guantes de cuero, una estrellita de zafiro ensartada en la nariz. Me sumé al grupo también atraído por su voz firmemente acogedora. La mujer ilustraba las obras del museo con anécdotas bellas, crudas o simpáticas que distinguían cada una haciéndola memorable, y cuando le pregunté por los detalles de un cuadro me respondió mirándome a los ojos. Al retirarse el grupo

conversamos un buen rato a solas, se llamaba Alina. El resto del día seguí pensando en ella, y desde entonces su recuerdo me asaltaba a diario de repente, en cualquier lugar. Mientras hablaba con Adolf, decidí que intentaría una cita.

La localicé escribiendo un e-mail al museo, adonde le envié un libro en el que el neurólogo Ramachandran había abordado la sinestesia y el arte. Alina respondió enseguida. Días después yo volaba de nuevo a Málaga. Aterricé de noche. Alina apareció por una calle cercana al hotel a las tres de la madrugada, anunciada por los destellos del zafiro que remataba sus labios muy pintados. Vestía una chaqueta ceñida.

—No te recibiré en casa —dijo—. No quiero que te lleves una imagen aún peor de mí.

Supuse que bromeaba. La vergüenza por considerarse una chica fácil estaba fuera de lugar después de emplazarme a visitarla.

—Vivo una época de mucha improvisación —añadió—. Ya te dije que me acabo de separar, tengo dos hijos, la economía no va muy bien...

—Vamos a mi hotel.

—Hoy no, es muy tarde.

Al despedirnos me besó en los labios. Esa noche vacilé sobre el sentido de mi viaje. El día después, Alina subió a mi habitación e hicimos el amor como australopitecos, así nos definió ella misma riendo y con bastante objetividad. Bastaba un roce para que Alina gimiera. Era un arrebató, una desmesura. Copulaba con una fiereza que nos mantenía lejos, resolviendo otros asuntos. Así estuvimos meses, llamándonos por teléfono, volando yo de vez en cuando a Málaga, cenando en el parador de Gibralfaro con la ciudad a nuestros pies, comiendo espeto de sardina en la playa, follando bien. Me ilustró sobre algunos aspectos del arte, desde cómo se concebían los museos hasta algunas intimidades de artistas, varias sobre Picasso. Nunca se jactó de su obvia erudición, aunque extremó la modestia al explicar que había escrito un «librito» titulado *Café del Mar*. Por el respeto que guardaba hacia los «verdaderos» artistas, se había ocultado bajo un pseudónimo masculino. Alina escribió ese libro en una buhardilla prestada, donde también había recibido a alguno de los amantes sobre los que a veces rescataba episodios que narraba con una sorprendente distancia. Yo era más temperamental en la exposición de mis desventuras, sobre todo las laborales, acerca de las cuales Alina pedía siempre detalles, asombrada por lo que estaba ocurriendo con Subirats.

—Tienes que hacer algo —me dijo más de una vez—. Por mucho poder

que tenga ese hombre debe de haber alguna forma de plantarle cara. Entre todos esos peces gordos a los que has tratado, ¿no hay ninguno que te pueda ayudar?

—Él es uno de los suyos.

—Pero entre ellos también habrá rencillas, rivalidades que ahora podrían venirte bien. Tiene que haber alguien. Piensa.

—He llevado líneas de investigación sobre acosos de lo más burdos, así que si tienes un problema, ¿cómo no voy a echarte una mano? —dijo mi prima Isabel.

Me había resistido a acudir a ella, quería mantenerme lejos de cualquier influencia familiar que pudiera utilizarse en mi contra, pero Isabel era inspectora de trabajo y yo necesitaba actuar de algún modo.

—Sólo te pido —respondí— que me digas a quién debería dirigirme para denunciar mi situación.

—Habría que hablar con el ICS. Si quieres, la semana que viene te presento a Merche, la responsable de...

—No, no. Prefiero escribirle.

—Tú mismo. Te pasaré una dirección. Pero, Cami, piensa que los temas con médicos son delicadísimos. Recibimos montones de quejas y casi ninguna prospera. Vas a tener que dar nombres para que te hagan caso. Y aun así, sólo un dos por ciento de las denuncias de acoso llegan a buen puerto. Hablamos de procedimientos muy sibilinos sobre los que siempre cuesta demasiado encontrar pruebas... y ten en cuenta que muchos denunciadores acaban siendo investigados por la propia empresa. Y a veces terminan siendo ellos los inculpados.

Me masajee los ojos.

—Debes tener paciencia y no desfallecer —añadió Isabel—. Pero hazlo, claro que sí. Denúncialo.

Mi prima levantó la mano para pedir una cerveza.

—¿Desde cuándo bebes alcohol? —dije.

—La probé en un viaje a Praga y desde entonces me permito un traguito de vez en cuando. Hoy es un buen día para beber.

—¿Por qué?

—Porque al fin me has dicho lo que te preocupa. Llevas medio año hablando en clave, soltando piquitos de información a base de sarcasmos. ¿Por qué no me lo has contado antes?

—No quería liarte. Suficiente trabajo tienes.

—Vamos, Cami, venga ya.

—No quiero aprovecharme de tener una prima que me va solucionando los problemas por enchufe.

—¿Enchufe? Corta el rollo. Tú estás un poco tonto con ese tema. Un acoso es un acoso, y si puedo empapelar a cualquiera que haga valer su posición para pisar a otra persona... Demasiado has aguantado ya. En todo caso, ten cuidado con no acabar culpándote a ti mismo de la situación que estás sufriendo. ¿Lo has hecho? ¿Te has culpado?

—No... aunque más de una vez te preguntas..., te preguntas hasta qué punto esta situación habrá sido provocada por ti.

—Quítate eso de la cabeza. Quítatelo ya. Subirats está abusando de su poder. La situación la crea él, el culpable es él. ¿De acuerdo?

Afirmé con un parpadeo. El ímpetu de Isabel siempre fue pegadizo. A los catorce años ya había embaucado a compañeros mayores que ella para que obviarán su juventud y la incorporaran a las juventudes comunistas de Granada. Y continuó igual cuando se mudó con mis tíos a Santiago de Compostela. Se enteró del asesinato de Puig Antich siendo miembro del comité de estudiantes, y desde el primer momento participó en la denuncia del crimen. Su sentido de la justicia era elevado. Desde muy pronto había creído en el honor y la dignidad, y había logrado dedicar su vida a preservarlos.

—Tú escribe ese e-mail —dijo— o lo que vayas a escribir. Y duerme. Se te ve cansado.

—Primero la separación, ahora esta mierda...

—No te quejes tanto y concéntrate en lo que debes hacer.

El camarero sirvió la cerveza. Isabel dio un trago.

—Aunque es verdad que los médicos vais siempre con el cuchillo entre los dientes. Mira que yo le meto horas al oficio, pero lo vuestro...

—También estuviste en el aborto de Carmen —la interrumpí—. Vas a convertirte en algo así como nuestra rescatadora oficial.

Isabel rio.

—A ti aún no te he rescatado —dijo—. Y lo de Carmen, bueno... aquello fue un poco bestia. Yo acababa de llegar a Barcelona y me encuentro con aquel

marrón.

—¿Con cuántos años viniste?

—Dieciocho.

—Buf. Dieciocho.

Isabel dirá que le apenó mi melancolía. Pensó que yo había tenido a mis hijas demasiado joven. Pensó que yo no había reflexionado lo bastante sobre mi vida, que nunca me había detenido el suficiente tiempo para preguntarme en serio hacia dónde iba, y que no era feliz. Isabel preguntó por «lo demás». Cuando empecé a detallar la aventura con la malagueña, mi lenguaje soez la incomodó hasta evocar unas palabras que Sol le había dicho poco después de nuestra separación:

—Camilo está mal. Pero no de una forma típica. No sabría explicártelo. Está mal.

Semanas más tarde, mientras Diana visitaba a un paciente, Subirats entró gritando en su despacho y la hizo salir al pasillo.

—¡Fuera de aquí, corrupta! ¡Deja a esta gente en paz y lárgate a estafar a otro lado con el cabronazo de tu amigo! ¡Sois una vergüenza para este hospital y para la profesión!

La gente congregada en la sala de espera y las tres enfermeras de consultas externas asistían mudas al ataque. Diana dirá que se sintió muy pequeña ante aquella fuerza desbocada y, en lugar de responder, le rogó calma a su jefe, como si se tratara de cualquier enfermo.

Subirats siguió vociferando improprios. Cuando el jefe se retiró, varios pacientes se acercaron a Diana ofreciéndole ayuda. Una mujer preguntó dónde debía dirigirse para presentar una queja por el comportamiento de aquel doctor. Minutos después, la oficina de atención al usuario recibió varias reclamaciones. Diana se puso a llorar.

Los días que siguieron, Diana y yo sugerimos a Subirats una reunión conjunta con la dirección médica. Ante su negativa, Diana comunicó en persona a la doctora Farreras nuestra situación y yo escribí un e-mail a la dirección advirtiéndole que prácticamente no estaba visitando enfermos. Ninguno de nuestros interlocutores propuso tomar medidas. Aunque cavilaba a diario sobre las palabras de mi prima Isabel, esa tarde no pude quitarme de la cabeza el nombre de la inspectora a la que me había recomendado escribir.

La tarde del 4 de marzo comprobé que la jornada siguiente estaría tan despejada de visitas como de costumbre, así que el día 5 desayuné en casa con abundancia dispuesto a prescindir del café de media mañana. Conduje sin música hacia Can Petri, caminé aprisa hasta mi despacho, cerré la puerta y, en cuanto el ordenador se conectó, comencé a escribir la carta que había pergeñado mentalmente aquella noche de insomnio.

«Hola, Merche, soy Camilo Escobedo, neurólogo de Can Petri. Creo que Isabel Márquez te ha hablado de lo que está sucediendo en el servicio de neurología de nuestro hospital y al final, después de muchas dudas y mucho miedo, he decidido acabar este escrito y enviártelo. Es un guion lo más objetivo posible, resumen de unos meses de mucho dolor y aislamiento. Seguramente necesitaré un buen rato para poder explicarlo.»

Dediqué menos tiempo del esperado, unas tres horas. Los hechos fluían tan explícitos que sólo necesité rectificar algún principio de exabrupto o repensar párrafos en los que me ganó la vehemencia. Concluí la exposición solicitando una disculpa pública de Subirats sobre el tema de la fundación y los sobresueldos, y por eso sugerí que se consultaran los extractos donde figuraba el dinero invertido en cada ensayo y los pagos a los investigadores participantes. También pedí una auditoría sobre el trabajo de cada miembro del servicio en activo, incluyendo consultas a los diferentes residentes del servicio, para que opinaran sobre la competencia de Diana y mía. El informe terminaba solicitando «que se valore lo que está pasando con los tratamientos con toxina botulínica, pues se están denegando a pacientes que los necesitan y ha aumentado la tasa de complicaciones desde que se ha reorganizado este servicio».

Acabé exhausto y aturdido ante la relación de situaciones inaceptables que observaba compiladas por primera vez. La inquina de Subirats aparecía reconcentrada en cinco páginas que sintetizaban cómo ese hombre me había conducido a un devastador desaliento que plasmé en la última frase del informe: «Estoy muy asustado».

Leire dirá que ese fin de semana con mis hijas oscilé del autismo a la irascibilidad. Sólo recuerdo la mañana del sábado. A las doce continuaban las tres en la cama. Yo quería salir de excursión o de paseo, olvidar durante unas horas la carta que acababa de escribir. Había desayunado solo en la cocina

especulando sobre las posibles consecuencias del texto. Hacia las diez conecté la radio pero los ecos de la carta se imponían a las voces en antena, se imponían a todo. Puse una lavadora imaginando la reacción de Subirats, me inflamó pensarlo desencajado.

A las once, las niñas seguían durmiendo. Me dije que si ellas eran el futuro, las cosas pintaban feas. Imaginé las concesiones que les estaría haciendo su madre, siempre se presta a comprarles el último trapo de moda y a permitirles más de lo recomendable hasta acabar convirtiéndolas en unas pijas consentidas habituales de L'Illa y de Vinçon. Cada minuto me encendía un poco más. A las doce entré en el dormitorio gritando como probablemente Subirats había chillado días antes a Diana. Las llamé vagas, indecentes, dije que no tenían vergüenza y que así no llegarían a nada en la vida. Ordené que se levantaran de inmediato. Las niñas obedecieron en silencio. Ni siquiera recuerdo el paseo, si es que alcanzamos a darlo.

El miércoles, confirmé los billetes para el vuelo que el fin de semana me llevaría a Copenhague, donde un oportuno simposio sobre esclerosis múltiple debía insuflarme una dosis de aire fresco que intuía vital, un oasis que me libraría de tomar cualquier decisión mínimamente importante a lo largo de tres jornadas.

—Pero no estarás el domingo —había observado Sol al enterarse de las fechas—. No podrás votar.

—Mejor —respondí, sabiendo que le molestaría no contar con mi casi seguro voto socialista y ocultándole que en realidad no había reparado en la coincidencia del calendario. Aunque, de haberlo hecho, habría viajado igual. Necesitaba la descompresión con un ansia tan virulenta que incluso era capaz de minimizar el riesgo de que el partido de aquel enano retrógrado y probelicista del bigote continuara gobernando España cuatro años más. Aparqué mi histórica militancia social y todos los valores demócratas que tantas veces me habían llevado a defender la obligación de votar, aunque fuera en blanco, para convencerme de que el resultado no dependería de una papeleta.

—Vota por correo —insistió Sol.

—Quizá —dije, con ganas de zanjar el tema.

No tenía tiempo ni fuerzas para más burocracia. El país sabría funcionar muy bien sin mí; puede que hasta le conviniera desprenderse de rémoras catalizadoras de odio y resentimiento como yo. Así que a la mierda todos. Iría a ese simposio en Dinamarca y tragaría con el gobierno resultante, que en cualquier caso yo no habría elegido. Cada vez se me daba mejor tragar. Cada voto importa, había repetido Sol, recordándome el recuento manual voto a voto que el año 2000 había tenido lugar en Florida y le había otorgado la victoria a Bush ante Al Gore; e insistiendo en que socialistas y populares competían en un puño. Pues muy bien. Que los jodieran a todos. No me iba a sentir encima culpable por el estado de la nación. Ese fin de semana asistiría a un par de charlas, comería el asado de cerdo con chicharrón que me había recomendado un médico trotamundos, haría turismo...

Tecleaba *Copenhague* en el buscador de Google cuando Subirats irrumpió en mi despacho.

—¡Cabrón de mierda! —dijo—. ¿Crees que tu prima te va a ayudar? ¡No te enteras! ¡No te enteras de qué va esto! Pobre idiota. Tu prima no va a poder hacer nada.

Me insultó un poco más y se marchó. Yo nunca había comentado a nadie del hospital que tuviera una prima inspectora. La respiración se me aceleró, agarré con ambas manos el borde de la mesa para estabilizar el temblor de los brazos. Inspiré hondo. Debía recobrar el control. Contrólate. Respira. Era miércoles. En unas horas recogería a Elia en la escuela, así que esa noche tendría la mejor de las razones para practicar un sobreesfuerzo de autocontrol y no beber. Visualizar la agenda me ayudó a calmarme.

Al salir de clase, Elia comentó que le dolían los oídos y la cabeza. Tenía la frente más caliente de lo normal. En casa, el termómetro subió a 38,2 grados. Por la mañana continuaba con fiebre. Sus hermanas ya habían puesto rumbo a sus obligaciones y, como en Can Petri nadie iba a echar demasiado de menos mi ausencia, llamé temprano a la secretaria de neuro para advertir que no iría a trabajar. Después de desayunar, tendí a Elia en el sofá y me senté a leer media hora. Cuando la pequeña se volvió a dormir, conecté la televisión a volumen muy bajo. En pantalla apareció una reportera que hablaba desde la estación de Atocha en Madrid con el rostro demudado.

—... de momento dos fallecidos —dijo—. Vaya, están quietos, no se mueven.

El telediario informó sobre diversas explosiones en al menos dos trenes

madrileños, parecía evidente que la cifra de muertos aumentaría. Cerré el libro que estaba leyendo. A lo largo del día se sucedieron imágenes de vagones desintegrados, cuerpos cubiertos con sábanas, mientras se disparaba la cifra de muertos y heridos.

El portavoz del gobierno español apareció responsabilizando a la banda terrorista ETA. Qué más daba quién fuera. Los trenes despedazados certificaban hasta dónde podía impulsar el odio, el ánimo de venganza. Para algunos, causar dolor era un fin. La furia dominaba el mundo y yo habitaba uno de sus epicentros, indagaba cada día en las escalas del horror, ascendiendo del peldaño de la rabia al del odio, y de ahí al desvarío.

Fue un alivio aterrizar dos días después en Copenhague, aunque continué enganchado a las informaciones que llegaban de España, donde Elia sumaba su primer día completo sin fiebre junto a Sol y el gobierno insistía en culpar a ETA del atentado a través de internet y los periódicos. Mientras los medios de comunicación españoles asumían la postura de la Moncloa, algunos periodistas daneses indicaban que todo apuntaba al terrorismo islámico. Desde Barcelona recibí un SMS de Sol comentando que la televisión catalana se estaba haciendo eco de esta posibilidad.

Los dos días que duró el simposio navegué por webs y televisiones de todo el mundo corroborando la cada vez más asentada teoría del atentado islamista, y el sábado, víspera de las elecciones, imaginé al soberbio José María Aznar tragando ¡por fin! insólitas cantidades de saliva ante la expansión de esa incómoda conjetura, porque si el gobierno español contemplaba la alternativa de Al Qaeda, de algún modo estaría asumiendo que la matanza podía guardar relación con la participación de España en la guerra de Irak, impuesta por el propio gobierno contra la opinión de la mayoría de los ciudadanos. Y este reconocimiento probablemente supondría su derrota en las urnas. De manera que los portavoces del gobierno siguieron mintiendo a conciencia, descartando cualquier especulación que se desviara de la autoría de ETA para no perjudicar su resultado electoral. Algunos ciudadanos conectados al extranjero alertaron por redes sociales sobre las más que sospechosas maniobras de los mandamases y en pocas horas se convocaron manifestaciones de protesta en todo el país, si bien la palma se la llevó la organizada frente a la sede de Aznar y compañía.

En la televisión de mi cuarto contemplé la ira de los manifestantes mientras marcaba el número de teléfono de Alina. Respondió sobreexcitada

pero no a causa del atentado, al que ni siquiera aludió, absorta como estaba en su novedosa y unilateral idea de casarse. Me describió la ilusión que tenía en mi traje, afirmó que me había comprado «unos detallitos» para «la ocasión», el eufemismo que eligió para referirse a la boda, nuestra boda. Era un discurso torrencial, embravecido, que percibí distante. Su implicación fanática contrastaba con mi asepsia estupefacta, no lograba comprender a qué venía todo aquello, y su desnortamiento me pareció aún más evidente en el hecho de que obviara por completo el espantoso atentado que acababa de ocurrir en Madrid. Colgué. ¿Cómo había llegado Alina a plantearse algo así? Teníamos buen sexo, la trataba bien, bromeaba sobre el futuro... pero ¿casarnos? Me froté el rostro con las manos y volví a coger el teléfono. Marqué el número de la escultural delegada de unos laboratorios con la que la noche anterior había conversado un buen rato en el pub del hotel. No respondió.

Al aterrizar en Barcelona había cambiado el gobierno de España. En el hospital se comentaba la tensión vivida durante el fin de semana. Algunos compañeros habían llegado a temer la intervención del ejército pero al parecer el resultado electoral actuó como una especie de bálsamo. El nuevo presidente socialista —pese a mi ausencia— había prometido retirar las tropas españolas de Irak y por los pasillos de Can Petri se respiraba el alivio del objetivo conseguido —muy pocos del hospital avalaban la gestión postatentados de Aznar— y una cierta esperanza ante la llegada de un gobierno que sin duda favorecería la inversión en sanidad.

Durante al menos dos semanas, la política de altas esferas ocupó todas las tertulias. La gente pareció olvidar su cotidianidad para especular sobre si se debería imputar judicialmente a los políticos que nos habían mentido y para recordar episodios biográficos de los muertos en las masacres, que los medios divulgaban a diario.

Marché otro fin de semana a Málaga. Alina me perdonó la descortesía de haberle colgado el teléfono en Copenhague y me regaló sus anunciados «detallitos»: una aguja de platino para la corbata y una gran perla que recibí sonriendo, sin atreverme a desilusionarla sobre las expectativas de boda, aunque tampoco alimenté sus esperanzas. Regresé a Barcelona intimidado por unas cábalas que en las próximas semanas debería neutralizar. Lo haría por e-mail o, como mucho, por teléfono. Al menos había evitado el espectáculo de los lamentos y las recriminaciones cara a cara, porque por muy elegante que uno sea, el despecho tiene un guion. Estaba saturado de drama, dudaba entre

pedir el traslado a otro hospital o confiar en la palabra del gerente, quien seguía afirmando que Molina no sucedería a Subirats y bastaría con que Diana y yo aguantáramos un poco, aún un poco más, para normalizar nuestra situación.

El sexo y el deseo de ver a Alina me habían aportado cierta calma durante unos meses, sí, pero mi trabajo no admitía distracciones, era médico, joder, y Meetic estaba lleno de gente.

Días después se nos comunicó que Xavi Cabré había muerto en el MD Anderson Center de Houston, donde recibió tratamiento de quimio y radioterapia en un último intento por salvar su vida. Me invadió una certidumbre de muerte subrayada por un infinito pesar. Cuándo acabaría aquella tortuosa cadena de desdichas. Me hizo triste gracia pensar que, como si se tratara de una maldición egipcia, la Momia nos estaba corroyendo a todos, y en cada uno provocaba una particular reacción demoledora.

Llevaba semanas hablando por teléfono con mi hermana Carmen de forma más o menos regular pero al recibir la noticia de Xavi necesité algo más que palabras y le propuse pasar un rato en su casa.

—Hoy no está Víctor —dijo—. Vente a cenar.

Desde que Carmen se mudó a vivir con Víctor, había disminuido la frecuencia de nuestras citas. En la época del Hostal del Sol, mi zozobra coincidió con su soledad y logramos una química estimulante, pero al instalarse en el Eixample, Carmen emprendió el camino hacia el lugar del que yo huía. Instalada en una cómoda zona de Barcelona con sus hijas y el novio que la había dejado embarazada en la adolescencia, completaba las ensaladas con rúcula, las aderezaba con vinagre balsámico y había distribuido por el piso fotografías abstractas firmadas por ella misma.

—¿Qué tal las fotos? —pregunté.

—Estupendo, la verdad. —Volcó un envase de raviolis en la olla con agua hirviendo—. ¡Me han propuesto dos expos!

—Como sigas así, pronto podrás dejar esas clases tan raras que das.

—No son raras, lo que pasa es que no te gusta la palabra *liderazgo*. Vigila los raviolis, que voy un momento al baño.

—¿Puedo fumar?

—Ya sabes: en la ventana.

Abrí por completo la ventana de la cocina, que daba a un sombrío patio de luces.

—Aquí no podrás seguir plantando maría —dije cuando volvió.

Carmen echó un vistazo a los raviolis, sacó la olla del fuego y los vertió en un colador.

—Podría —dijo—, pero es verdad que estos vecinos no son como los del Gòtic. ¿Quieres más?

Cabeceó hacia el único plato donde había pasta.

—No, gracias. No tengo mucha hambre.

—No digo que no fumes, Cami, pero ¿antes de las comidas?

Carmen se sirvió el resto de los raviolis, cogió un envase con salsa pesto, una cucharilla y se sentó. Mi hermana afirmará que en las últimas conversaciones por teléfono me había percibido alterado y que alguno de mis razonamientos le sonó paranoide, pero que durante la cena fui el Cami habitual. Le impresionaron algunos episodios de Subirats aunque, según ella, yo había heredado la tendencia a la manía persecutoria característica de nuestro padre, así que relativizó la gravedad de mi relato.

—Entonces ¿dices que es mejor fumar después de comer? —pregunté al terminar los raviolis.

Carmen chasqueó la lengua cabeceando hacia la ventana, que seguía abierta. Crucé la cocina, encendí un cigarro. Necesitaba descomprimir la atmósfera que yo mismo había emponzoñado hablando de Subirats, y le conté mi aventura con Alina. Carmen dirá que me recreé en las escenas íntimas comentando los grandes pezones, los esponjosos pechos o el aromático vello de su pubis rizado con tanto detalle y fruición que la violenté.

—Sal de ahí, que te va a escuchar toda la escalera —dijo.

Tras entornar la ventana, volví a la mesa y continué describiendo mis revolcones con otros dos ligues conseguidos en Meetic, empleando un vocabulario soez.

—¿Y te acuestas tan fácil con alguien que no conoces de nada? —preguntó Carmen.

—Antes el sexo no era normal para mí. Ahora lo es.

—No te lo estarás inventando, ¿verdad?

—¿Crees que podría dar tantos detalles si lo inventara?

—No sé... claro que podrías. Es que me parece tan raro.

—¿Y qué tiene de malo lo raro? En el fondo, nos alegramos de lo raro,

de que se haga evidente. De ser distintos de verdad.

—Además, cubanas, malagueñas, sevillanas... —enumeró, ajena a mi pomposa declamación—. ¿Para qué necesitas tantas?

—No son tantas —respondí—. En realidad follo mucho menos que antes pero como lo hago con varias y exóticas, parece más de lo que es. En la variedad está el espectáculo.

Me puse a reír.

Carmen dirá que los dos años posteriores a mi separación había mejorado mi aspecto, que nunca me había visto tan guapo desde la juventud, pero que a esa velada acudí con ojeras y los hombros encogidos, como si se me hubieran estrechado. En mis ojos captó un fulgor atípico, no exactamente de pasión.

—Ya sabes que sigo con la Gestalt —dijo—, y que si quieres venir a las clases...

—Vale, vale. Pero háblame más de tus fotos. ¿Qué preparas?

Se alegró de que le preguntara por sus inquietudes variando la inclinación de nuestras charlas, en las que yo solía limitarme a soltar mis historias. De todas formas, entendió que no me interesaba su respuesta porque en realidad le estaba pidiendo ayuda, y por eso respondió:

—Te voy a pasar un libro de Claudio Naranjo que me ha...

—Eso es autoayuda, Carmen. No me interesan los vendedores de humo.

—No todo lo resuelve la ciencia.

—No. El sexo es mejor.

Volví a reír.

—¿Te ha llamado la prima Isabel? —preguntó.

Detuve la risa en seco.

—No.

—Yo me he enterado esta mañana. Miquel la ha dejado.

—¿Y el niño?

—No sé cómo quedarán las cosas. Primero tendrá que recuperarse, está muy grogui. Por lo visto, no se lo esperaba.

—Hombre, estas cosas se ven venir.

—No, no. La ha pillado descolocada. Ha sido de un día para otro. No todas las separaciones son iguales.

Esa noche telefoneé a Isabel para consolarla. Me dio las gracias, primito, menos mal que os tengo a Rafa y a ti, mi hermano es un sol, ya lo sabes, me

está cuidando mucho. Dijo que le preocupaba Deepak, que las separaciones eran la peor noticia para los niños adoptados, niños que habían experimentado otras rupturas tempranas, y si algo necesitaba un chaval adoptado era seguridad, repetición, asentarse en los hábitos, los lugares, las personas..., creer que existía una mínima solidez en el mundo. Supongo que en ese momento Isabel ni siquiera pensó en la carta que yo había escrito días antes a su amiga Merche, ni tampoco se la recordé.

—Vaya —me dijo Subirats pocos días después—, pensabas que tu prima te defendería y resulta que te ha dejado tirado como una colilla. Parece que tu carta se ha perdido por alguna cloaca. Eres un pobre desgraciado.

Hablábamos en su despacho y me sorprendió cuánto me resbalaban ese día sus invectivas.

—Quiero que me enseñes todos los tratamientos con interferón que has firmado —dijo—. Mallo dice que no le cuadran tus números, teme que estés desviando dinero.

La Mallo otra vez. Desde su reciente ingreso en el hospital, la doctora Elisenda Mallo había participado en nuestra lapidación pese a no existir previas discrepancias conmigo ni con Diana. Simplemente se sumó a la campaña instigada por el hombre que la había contratado y que formaba parte de lo que ella consideraba su «mundo de ganadores». Mallo estaba casada con el nieto de una eminencia médica internacional, un marido a quien la aureola de la estirpe presionaba hasta el punto de que, tras sacar el número dos del MIR, se presentó al año siguiente para subir nota. Y logró el número uno.

Mallo había aterrizado en Barcelona siguiendo la estela de su fenomenal consorte, al que habían destinado a Vall d'Hebron. Llegó con fama de lerda, cuadrículada y mal bicho, y corroboró de inmediato su leyenda al despotricar tan burda y capciosamente de Diana y de mí que alguno de nuestros compañeros, como el doctor Rábago de pediatría, llegó a pedirle que hablara con respeto de «unas personas que para el servicio de pediatría todavía son de confianza».

Mallo era una señora de origen zaragozano que desprendía un esnobismo rancio importado de sus muchos años en el Madrid de los apellidos rimbombantes y cuyas cada vez más evidentes limitaciones profesionales no le impidieron torpedear cómodamente mis trabajos con interferón. Consciente de mi impotencia ante las maniobras orquestadas por un Subirats que continuaba

añadiendo aliados de postín a su causa, entregué los datos de mis trabajos con interferón. Mallo, Subirats y Molina revisaron unas cuentas en las que no hallaron nada recriminable.

Las semanas siguientes me atrincheré entre el despacho y la biblioteca oscilando de las revistas de neurología al resto de la obra de Proust, que me incitaba a pensar en mí y en el futuro del hombre. Las bombas en los trenes habían hecho emerger violentamente el solapado sufrimiento que atiza nuestras vidas. Los terroristas eran seres humanos reclamando atención para unos dramas que no iban a sobrellevar resignados. Pensarían que sólo la tragedia de los que consideraban rivales aliviaría su sostenida derrota. Como si la mayor pena de otros compensara su desgracia. Me pregunté hasta qué punto compartía esa postura. Es cierto que Subirats me repugnaba y había fantaseado con matarle, pero sobre todo me movía por deseos asociados al placer, y matar no era uno de ellos. Estudiar, follar, escalar, amar. Tales eran mis propósitos, a veces tan ardientes que me despistaban de mis quehaceres. Por eso sabía que, si los deseos me desconcentraban, la venganza me ofuscaría y echaría a perder lo demás.

Una noche que llegué a casa después de otra jornada de lectura ininterrumpida, sonó el teléfono. La pantalla mostraba el número de Sol. Había que concretar cómo nos repartíamos las vacaciones de verano con las niñas. Sol se hizo la misteriosa sugiriendo que tenía una información importante que podía interesarme. Luego dijo que Subirats abandonaría Can Petri a principios de otoño.

—Puede que en septiembre ya lo hayan liquidado —avanzó—. Su nombre figura en la lista de bajas por jubilación que tramita Sanidad.

Me traspasó un escalofrío seguido de un decaimiento general.

—¿Y se sabe quién le va a suceder? —pregunté.

—Suenan Costas.

Ahora sí noté el trallazo de la adrenalina en el cerebro.

—Gracias —suspiré—. Gracias, Sol.

Llamé enseguida a Diana.

—Por fin, Milo —respondió.

Nos recreamos en la victoria moral que suponía haber resistido a Subirats. Diana aconsejó disimular hasta que fuera sustituido y pidió que me esforzara, porque fingir se me daba mal.

—Aunque hasta que no se vaya —añadió— no me lo creeré.

Como Diana había supuesto, el mes de junio mostré una jovialidad que debió de sorprender a un personal acostumbrado a mis taciturnos vagabundeos. Marché de vacaciones deseando por primera vez en mucho tiempo reincorporarme al trabajo. Disfruté los días con las niñas e incluso las visité mientras veraneaban con su madre en Torredembarra para celebrar mi santo juntos. A media tarde, subí al coche de vuelta a Barcelona. Hacía un calor asfixiante que no me molestaba, porque ese agosto nada lo hacía. Recibí una llamada que no devolví hasta incorporarme a la larga cola de autos que esperaban pasar el peaje.

—Manolo —dije—, ¿qué tal? ¿Cómo es que llamas en domingo?

—Nada, bien. Oye, que he hablado con el hermano de Néstor, que ha muerto.

—Joder... Era joven, ¿no? —respondí—. Néstor debe de estar hecho polvo.

—No, no. Néstor. Néstor es el que ha muerto.

Miré el móvil. La voz de Manolo Manzano continuaba su explicación a lo lejos, sumando irrealidad a la noticia. Devolví el aparato a la oreja. Al parecer se trataba de una muerte súbita. Sentí una repentina sequedad en la boca, me faltaba aire, temí un vahído. Perdí la orientación por segundos. Escuché cláxones detrás. Como estaba en la fila lateral del peaje, me desvié a la cuneta y aparqué.

Néstor acababa de empezar las vacaciones con su mujer y sus tres hijos en Conil. No era fumador, hacía deporte. Manzano dijo algo así como que cayó fulminado por una parada cardíaca mientras paseaba junto a su familia. Una posible arritmia.

Tras despedir la comunicación, bajé la ventanilla. Una oleada de aire caliente aumentó aún más mi temperatura pero de todos modos saqué un brazo al exterior mientras la otra mano pulsaba el número de Diana. Las chicharras se solapaban al tono del teléfono. La calima derretía el asfalto más allá del peaje confiriéndole una sinuosidad espectral.

—Qué raro es todo —dijo Diana al recibir la noticia. Guardó un breve silencio—. ¿Dónde estás?

—En la autopista. O sea, aparcado delante de un peaje.

—Es que además de rumor de motores oigo una especie de *cri cri*.

—Las chicharras. Deben de estar a menos de un metro.

Volvíamos a quedar en silencio. Quizá Diana intentaba corroborar los

sonidos de fondo. Quizá reflexionaba sobre la fragilidad de la vida o rememoraba alguna de las putadas que me había hecho el recién muerto.

—Por cierto —dijo Diana—, felicidades.

—¿Cómo?

—Hoy es tu santo, ¿no?

—Ah... Siempre tan atenta. Muchas gracias, Velarrrrde. No se te escapa una.

—¿Irás al funeral?

Calculaba cómo incorporarme de nuevo a la cola del peaje cuando respondí que no.

Tras el entierro de Néstor Riba, Subirats se inclinó unos centímetros adelante y masculló a mi oído:

—Hasta ese punto lo machacaste. Y, como no podías con él, acabaste despidiendo a su secretaria. Una pobre madre soltera. Eres un hijo de puta.

Tensaba su largo cuello arrugado a centímetros de mi rostro cuando le hundí el puñal hasta el mango en la yugular.

Creo que no tardé mucho en abrir los ojos. Estaba en mi cama, solo y agitado por la violencia del sueño y los rumores de que, después del funeral, Subirats iba por el hospital acusándome de haber provocado el estrés que mató a Néstor. Los estertores de aquel prejubilado no iban a ser fáciles de digerir, ambos sabíamos que apuraría sus últimas oportunidades para desquiciarme. Bueno. Después de lo vivido, podía aguantar un rumor más.

Como Sol pronosticó, en octubre Subirats fue reemplazado por Costas, que llevaba un año negociando su ingreso al frente del departamento.

—Es una patata caliente —le dijeron desde el principio—. Encontrarás muchos problemas personales y al equipo muy dividido.

—Lo que me preocupa es el proyecto, no las personas —dirá Costas que respondió—. Si dispongo de las herramientas para ocupar convenientemente a todos, lo podré reconducir.

Dirigir la neurociencia de un gran hospital era una oportunidad quizá única y Costas confiaba en su diplomacia. La experiencia como gestor de equipos le había enseñado a identificar las fuerzas y debilidades de cada persona con una facilidad que a veces le sorprendía hasta a él, y estaba convencido de que sabría actuar en consecuencia.

El nuevo jefe de servicio reunió al equipo para presentarse, exponer sus planes y trasladarnos el deseo de que hiciéramos «borrón y cuenta nueva» respecto a situaciones del pasado. De todas formas, quise explicarle en privado mi odisea y me recibió en su despacho. Recto en la silla, la calvicie y el robusto cuello ajustado por la corbata hacían pensar en banqueros. Al sentarse, estiró ambos brazos adelante y bajo la bata asomaron los gemelos y las mangas de la camisa bien planchada. Se tocó el puente de las gafas con un dedo, enmarcando mejor sus saltones ojos claros, y dijo:

—¿Qué?

Escuchó impertérrito la descripción del *mobbing* al que me había sometido Subirats y, como había sugerido en la reunión anterior, me invitó a «pasar página», a «olvidar», a «correr un tupido velo» sobre unos hechos que según él ya pertenecían a «otra época». Aseguró que darle vueltas al asunto sólo agregaría ponzoña y negatividad al «mal trago», restaría las fuerzas que necesitaba para precisamente recuperar la posición de la que Subirats me había apartado. Su impecable lógica, expuesta con una fría y algo maquinal serenidad, me persuadió de emprender cualquier acción legal contra Subirats, asumiendo que Costas nunca franquearía el límite de la gentil comprensión privada para convertirse en justiciero institucional.

Fue sencillo volver. Los compañeros que me habían ninguneado e incluso insultado mantuvieron en general una distancia suficiente y durante medio año todos nos dedicamos a construir las bases de un nuevo servicio más dinámico, si bien aún demasiado lastrado por la burocracia. Costas se encerraba durante horas en su despacho a esbozar programas, redactar proyectos de investigación, esquemas, borradores, protocolos. Era tan correcto como distante en el trato pero logró que algunos miembros del equipo minimizaran sus rencillas y volvieran, por ejemplo, a comer juntos.

En mayo, el equipo de neuro recuperó a una joven de pelo más bien corto y gafas finas que ya había trabajado en planta durante el primer año de MIR, época en la que a esa joven le había llamado la atención que yo no pudiera atender a los pacientes ingresados por algo que le describieron como un «conflicto interno». Por eso, al verme en planta, Emma comprendió que la entrada de Costas había implicado algún cambio esencial.

—Vaya, tú por aquí —dijo Emma al cruzarnos en un pasillo.

—Creo que esa frase me tocaba decirla a mí —repliqué con una irónica seriedad que la ruborizó.

Desde mi regreso a planta, trataba de ganarme el respeto de los residentes que, como Emma, habían asistido a mi arrinconamiento. Notaba que había perdido una pizca de mi antigua simpatía pero trataba de compensar las carencias mostrando mayor interés por unos interlocutores sobre los que no sabía casi nada y cuyo cutis delataba una sobrecogedora juventud. Para estrechar mejor los lazos, les había convocado uno a uno en el despacho y les había preguntado por sus preferencias académicas, su pasado, sus afanes.

—Pero como veo que tienes ganas de charla... —empecé a decir.

Emma me interrumpió:

—¿Me invitas a la cámara de tortura?

—¿Así llaman tus colegas a mi despacho?

—No, no. Me ha salido espontáneo. Sólo dicen que quieres que te lo contemos todo. ¿Y si alguno no quiere?

—¿Vas a ser tú?

Esa tarde, Emma me contó que había estudiado en la escuela suiza de Barcelona y en un colegio alemán de Zaragoza, que había cambiado varias veces de domicilio a causa del asma que padecía y de la profesión de su padre, un ingeniero diseñador de salas de control y depuradoras que había montado su propia empresa. La aversión al estudio del hermano de Emma la señaló como previsible heredera del negocio y, para prepararse, empezó la carrera de ingeniería.

—Duré pocos meses. No era lo mío —aseguró relajadamente erguida en la silla del despacho—. Me borré y me matriculé en medicina.

—Por tu edad... en aquellos años medicina era una de las carreras con más paro.

Se encogió de hombros sonriendo con diplomacia.

—¿Por qué neurología? —pregunté.

—En realidad apuntaba a psiquiatría pero, como te dije, descubrí que todo el interés de la teoría psiquiátrica se perdía en la práctica. La neuro me pareció que era como la psiquiatría pero con el paciente cuerdo, te da margen para intervenir de otro modo. Me pareció lo más interesante que podía hacerse en medicina, además de una de las disciplinas más limpias, en sentido literal. No hay que mancharse mucho las manos.

—Qué fina eres.

—Más bien práctica.

Su descaro me intrigó.

—He visto que has conectado bien con Diana —dije.

—Es una doctora estupenda y me está ayudando a entender algunas cosas.

—Diana es lo mejor que tenemos en neuro. Bueno... ¿alguna duda?

—Sí —respondió sin inmutarse—. ¿Por qué no te han permitido visitar a los pacientes ingresados hasta ahora?

—Llevo casi medio año viendo pacientes.

—Ya sabes a qué me refiero. En todo mi primer *stage* no se te vio el pelo.

—Tú eres muy curiosa.

—Yo también quiero saber con quién voy a trabajar.

—¿Algo más?

Emma frunció los labios, insegura por primera vez.

—Eres muy... popular —dijo—. Se dicen muchas cosas y no creo que las peores sean ciertas.

—Agradezco tu solidaridad. Cuento con ella para las punciones lumbares.

Acatando el silencio que siguió, Emma salió del despacho.

Emma me acompaña por el pasillo rumbo a la sala donde voy a practicar mi primera punción lumbar desde que me dio el brote. Como exige absoluta precisión, estoy nervioso. Mal asunto. Aunque sería aún peor si ella no caminara a mi lado hablando sobre cualquier cosa a su manera sosegada. El paciente espera desvestido en la camilla. Saludo lacónico y le palpo la apófisis buscando el hueco donde clavar la aguja.

—Será un momento —digo—. Encójase todo lo que pueda, por favor.

El paciente obedece. No miro a Emma pero saber que está ahí me ayuda.

Pincho. La larga aguja hiende la piel y las distintas capas de grasa hasta que el acero desaparece por completo en el interior de la carne. El paciente se sacude un instante porque no le he puesto anestesia. Iba a sentir igualmente el calambrazo y de este modo el proceso es mucho más rápido. Acierto en la raíz L-5 y sonrío como seguro que ahora mismo está sonriendo Emma.

—Menudo éxito —dice mientras caminamos hacia mi despacho—. A la primera.

—Son casi treinta años, pequeña.

Se nota que no le hace gracia la alusión a su edad, ni siquiera en broma. En la puerta de mi consulta pregunta si puede entrar. Le cedo el paso.

—Tú dirás.

—Me he cansado de aguantar.

Ante mi silencio, añade:

—Costas otra vez.

Recuerdo una charla con ella poco después de su incorporación. Disentía sobre el método impuesto por Costas para firmar los ensayos.

—¿Otra vez los ensayos?

—No puedo seguir así. No me gusta esa forma de hacer las cosas. No digo que Costas sea mala persona pero es muy... muy gerente, muy director. Es justo lo que los manuales de empresa dicen que no hay que ser. No delega, lo quiere controlar todo y que a todo digas que sí.

De los tres miembros del equipo que empezó con Costas, no quedamos ninguno a su lado. Según Emma, se ha rodeado de un grupo de doctoras jóvenes sumisas y afines a sus criterios que firman lo que se les dice sin rechistar.

—Le puedes preguntar a Diana —añade—. Yo creo que ese tío tiene un trastorno narcisista o algo así. Es él y él y él. Hace unas semanas corregí a una de sus doctoras de confianza un diagnóstico mal hecho y la chica se puso a gritar y a llorar. Cuando comenté a Costas la desproporción entre mi comentario y la reacción de la doctora, él se mostró satisfecho. «Se nota que está implicada y es capaz de defender sus opiniones», respondió.

—¿Y qué piensas hacer? —dije—. No parece factible cambiarle la personalidad.

—En el peor de los casos me queda un año para acabar la residencia y me voy.

—¿Adónde?

—Adonde sea que no me obliguen a pasar por según qué tubos. Si no fuera por los residentes... Tenemos todos unas situaciones tan pésimas que acabamos riendo de tanto llorarnos las penas.

—Tampoco seas dramática. Costas no es lo peor que te podía pasar.

—Deberás enseñarme algún truco —murmura—. He oído que el otro día te fuiste a Málaga. ¿Con la de Meetic?

No recuerdo haberle hablado de Meetic.

—¿Cómo lo sabes?

—Antes del brote me dijiste que tenías un rollo en Málaga.

—¿Salimos? —digo señalando la puerta—. He recordado que tengo que recoger unas fichas.

En el pasillo, Emma dice:

—¿No te acuerdas de aquel día que llegaste directo del aeropuerto? Habías perdido el avión de la noche anterior o se retrasó el de la mañana..., algo así.

No recuerdo haberle puesto al corriente de mis escapadas. Espero no haber entrado en detalles. ¿Y de qué viaje a Málaga está hablando? En esa ciudad he tenido tres amantes. Estos lapsus sobre los períodos antes del brote alimentan mi inseguridad. ¿Qué sabe Emma de mí? Se muestra afectuosa y me trata con respeto, pero a saber.

—Después de la separación —titubeo— pasaron muchas cosas.

—¿Sigues viendo a tu mujer?

—Claro. Tenemos tres niñas.

—Ya, me refiero a si fue una separación tranquila.

—Me desplumó. Pero estamos bien.

Caminamos despacio.

—¿Sabes mucho de separaciones? —pregunto.

—Lo justo. Tuve una historia cuando era R-1. Estaba en esa edad en la que o te compras un coche, un piso o te echas novio. Duramos cuatro años.

—¿Y?

—No aceptaba que yo pasara tanto tiempo trabajando. Se obsesionó y empezó a presentarse de repente en el hospital.

—Mal asunto.

—Así que ahora aquí me tienes: soltera, sin compromiso y viviendo en casa de mis padres.

Incluso mi achacoso detector de ligues percibe la insinuación. Aunque me halaga, Emma es una residente y prácticamente una cría, con todo el ímpetu y el deseo voraz y los ojos centelleantes de las crías capaces de comprender muy bien la atracción que despiertan en los hombres maduros, pero que desconocen por completo el pavor que amedrenta a algunos de esos mismos hombres ante el desafío que les presentan. ¿Qué quiere de mí? ¿Lecciones? ¿Un padre? ¿Mi cuerpo? Esto último no parece razonable. Le llevo dos décadas exactas.

Quedamos el fin de semana en el Bauma. Pedimos dos Coca-Colas, repasamos la evolución de un par de enfermos hablando más entrecortados que de costumbre, quizá porque vernos sin bata y fuera de planta lleva el encuentro a un territorio ajeno a nuestras coordenadas. A tenor de nuestro comportamiento, podríamos tener los dos dieciocho años, aunque las abuelas que meriendan buñuelos con té quizá piensen que es mi hija. Emma tiene veintinueve años y si lo pienso me avergüenzo y me caliento por igual. ¿Adónde quiere llegar esta chica? Puede que sea una *groupie* de veteranos, o la típica fascinada por los chalados o la enfermedad, una de esas preciosidades zumbadas típicas de las pelis francesas.

—¿No te inquieta estar conmigo? —digo.

—¿Por qué? —responde divertida—. Eres una persona agradable, bien informada, con buena conversación.

—Acabo de estar loco —digo.

—Todo el mundo lo está.

—Pero yo más. —Sonreímos—. Yo he estado loco loco. Y tú estabas de guardia la noche que me ingresaron.

—No llegué a verte. Si te hubiera visto en pleno apogeo a lo mejor sería distinto, pero mira, tuve esa suerte. Para mí es como si te hubieran operado de apendicitis.

—No he vuelto igual.

—En lo fundamental sigues idéntico.

Agradezco lo que dice. Me hace sentir tan cerca de ella que noto una erección. Algo va bien. Pero tiene veintinueve años, joder. El pijama que usa en las guardias lleva dibujado al ratón Mickey. Y es mi residente. Pero tengo la erección más monumental que recuerdo sin tocarme. Mi polla piensa por mí y opina que Emma es buena. La clarividencia genital muestra el camino. Carmen y sus amigos psicólogos y la gente de la Gestalt y Paulo Coelho y los vendedores de autoayuda no cuentan nada realista sobre el bastón señalizador que tenemos los hombres entre las piernas, cuando resulta ser una indiscutible clave de salud.

Otro día, salimos a caminar por Passeig de Gràcia. Otro, merendamos en un bar del Raval. Yo sigo dudando mientras Emma parece tener claro que desea mi compañía y sugiere calles, locales, actividades. Pocas actividades, sabe que yo soy más de charlar. Cuando vuelvo a casa, después de repasar algún libro médico, a veces leo novelas y me doy cuenta de que sobre todo estoy subrayando pasajes que abordan el paso del tiempo y el amor. Emma me gusta pero dudo que alguna vez pueda alcanzar de nuevo mis viejas cotas de enamoramiento. Ahora todo me impacta distinto, amortiguado. De momento, me compensa su compañía. ¿Para qué aspirar a más, si no lo necesito? Emma espera un paso que no voy a dar. Por mucho que se empine mi bastón, tengo otras prioridades. En realidad tengo una: recuperarme. También es cierto que desconfío de mi solvencia como amante. Y Emma tiene veintinueve años. Su edad me excita tanto como me arredra. Analizo con meticulosidad mis agallas. Si alguna vez tuve, debería rescatarlas. Aunque quizá deseo la calma porque no sé luchar. A fin de cuentas, a Subirats sólo le resistí. Él pegaba y yo seguía en pie. Fue mi única iniciativa, la resistencia. No es poco mérito pero no basta para dar un paso. Quizá esta enfermedad misteriosa me haya transformado y pronto empiece a actuar con otra valentía. Estoy aburrido de un sufrimiento

que hasta ahora no he sabido abandonar. Quizá va siendo hora de sacármelo de encima. Que cuando la vejez y la impotencia me domén, guarde algún recuerdo de coraje.

—Ahora que he vuelto a trabajar —digo—, he recuperado a mis pacientes y estoy al fin un poco tranquilo, sólo me faltaría irme a Canarias unos días.

—Pues vamos —dice Emma.

Estamos en recepción al lado de la secretaria, que sonrío como si se tratara de una broma. Le seguimos el juego riendo pero Emma y yo hemos empezado a ver en Canarias una posibilidad.

—Si no quieres a tu madre, no pasa nada —dijo Fernando desde su butacón—. Este verano has hecho un viaje estupendo a los fiordos con tus hijas. Ya te has familiarizado con la vida en solitario. Los problemas con tu jefe se acabaron. Las cosas están reubicándose. Pero no todo es ni debe ser perfecto. Todos tenemos problemas, personas a las que aceptamos mejor. La cuestión es asumir tu posición y no castigarte por ella. Sé diplomático, cumple con tu parte como hijo. Pero no te tortures por unos sentimientos que no logras generar. No es obligatorio querer a alguien.

La perorata de Fernando me sedó. Era cierto que el viaje de verano a los fiordos me había entusiasmado, si bien al separarme de mis hijas, la soledad adquirió una dimensión gigantesca. Cuatro años después de romper con Sol, continuaba bebiendo por las noches absorto en mí, culpando a mi ex y a mi madre de que yo siguiera dependiendo de ellas. Pese a la distancia que había logrado con ambas, sus opiniones resultaban aún determinantes en muchas de mis decisiones, y no sacudirme ese influjo, sobre todo el de mi madre, me atormentaba casi tanto como intuir que quizá no estaba sintiendo del modo adecuado, como si mis emociones hacia ellas fueran injustas, un escudo para despistarme de fosas espirituales que no quería encarar, y es que a fin de cuentas Carmen rememoraba con frecuencia lo bien que se enrollaba mamá, por ejemplo, haciéndonos de canguro algunos días de verano, que la obligaban a encargarse de hasta siete niños; Emma consideraba a mis padres «muy educados»; Diana solía señalarme que mis hermanas valoraban de un modo muy distinto a mi madre, y de hecho mi hermana Fátima tampoco lograba comprender por qué yo aún cultivaba aquel furibundo rechazo propio de adolescentes.

Minutos antes de pronunciar la frase que elevó una arenga convencional de terapeuta mediocre al grado de discurso conmovedor —«si no quieres a tu madre, no pasa nada»—, Fernando me había señalado hasta qué punto estaba volcando en mi madre complejos y frustraciones, para después asegurar que

no importaba lo hipócrita o desatenta o exigente que, según yo, pudiera ser ella: debía intentar no odiarla. Y entonces subrayó la diferencia entre apartarse y atacar.

—Conozco muy bien la diferencia —respondí, agresivo.

En ese momento volví a preguntarme qué estaba haciendo en la consulta de un psicoanalista al que pagaba sesenta euros por una mísera visita semanal. Si mis colegas se enteraran... A la vez, comprendí que era una pregunta promovida por la crispación al reconocer que, tras un puñado de horas conmigo, un extraño hubiera apuntado una idea que durante décadas yo me desgañité por esquivar. Mi madre seguiría siéndolo, al margen de mi amor.

Como de costumbre, Diana había vuelto a acertar al recomendarme a Fernando. Gracias a este hombre estaba visualizando mi posición en medio del fuego cruzado que durante años mantuvieron mi madre y Sol, y empezaba a descifrar hasta qué punto me había afectado la incapacidad de mis padres para verbalizar sus sentimientos. Al principio me irritó escuchar a Diana afirmando que Fernando hacía emerger el núcleo duro de las personas, me repugnaba ese lenguaje abstracto habitual entre los vendedores de humo común a mi propia hermana Carmen. Pero estaba desesperado y confiaba en Diana. Ahora, con Fernando estaba aprendiendo a distinguir entre la nociva angustia, que él recomendaba evitar, y los poderes curativos de la pena y el dolor. De modo que le seguí contando cuánto me aterraban los conflictos después de una infancia asistiendo a las continuas disputas de mis padres.

—Sin embargo —le había dicho a Fernando—, cuando salían a la calle parecía que todo funcionaba. Pura hipocresía.

—Que no dejaba de fascinarte.

—Habría preferido que se separaran. Estuvieron a punto pero... mi madre es tan falsa y manipuladora... Tiene cosas muy buenas, claro, y me gustaría...

—Si no quieres a tu madre, no pasa nada —había dicho entonces Fernando.

Qué frase tan sencilla. Qué descarga me ofreció.

Al salir de la consulta, bajé por la ciudad hasta un restaurante de la calle Casp donde Sol me había propuesto comer en una de nuestras citas periódicas para hablar de las niñas. Al verme, se echó hacia atrás el pelo recién alisado. Estaba morena cuando aún pocos lo estaban y su piel brillaba como en los días más sensuales.

—He pedido una mesa un poco resguardada —dijo—, a veces esto se

llena de guiris y cuesta charlar por el ruido.

El restaurante pertenecía a una cadena sin encanto. Le comenté que probablemente dejaría la clínica Quirón. El estrés me estaba saturando. Llevaba demasiados años simultaneando empleos, y la sucesión de agotadoras guardias y la suma de desengaños profesionales culminados por el antológico acoso de Subirats habían socavado mis ilusiones hasta casi descabalgarme de una competición que cada vez me resultaba más extraña. Si disfrutaba estudiando, por qué iba a quemar fuerzas peleando por ganar un poco más de dinero. Seguiría cumpliendo mi horario en Can Petri y confiaba en hallar los ingresos alternativos suficientes para vivir.

—¿Cómo vas a dejar la Quirón? —respondió Sol—. ¿Lo has hablado con Josep?

—Sí. Me desea suerte —mentí.

—Claro, no me extraña. Sería un error dejar la clínica. Necesitas ese dinero.

Es cierto que lo necesitaba. Para ingresarle la pensión mensual.

—Lo que pasa es que gestionas mal el estrés —añadió.

—¿Qué? Fíjate si intento evitar problemas que, con tal de no ir a juicio, al separarnos acepté todas tus condiciones. Preferí un mal acuerdo a un buen juicio. ¿Te parece la postura de alguien a quien le gusta complicarse la vida?

—Yo no he dicho eso...

Durante los dos primeros platos repasamos mi carrera profesional desde nuestros habituales ángulos antagónicos. Sol ultimaba su merluza cuando al fin cambió de tema.

—Leire me comentó el otro día que tu piso está muy... desangelado —afirmó—. Y si lo dice ella, con lo punki que es.

Mi hija tenía razón. Nunca hallaba tiempo para decorar una casa en la que al fin y al cabo hacía poco más que dormir.

—Tengo una pecera.

—Gracias a ella.

—¿Cómo ves a Leire? —pregunté.

—Me preocupa. Está cada vez más metida con los okupas y sigue dale que te pego con la historia del guardia al que tiraron la maceta.

—Le cayó encima, no se sabe si se la tiraron.

—Bueno, lo que sea. Pero conmigo está... Para Leire yo soy el sistema, aunque no sé muy bien por qué. Diría que ni siquiera sabe lo que hago.

—¿Qué quieres decir?

—Que no sé si sabe ni de qué trabajo. Y prefiero no preguntárselo, la verdad. Es que no sé qué hacer con ella. No sé qué decirle, cómo tratarla. Cuando a veces me entero de que hay una manifestación, la llamo por teléfono, y si no responde, luego me paso el rato buscándola en las noticias. El caso es que también está leyendo libros anarquistas... aunque eso ya lo sabes, el otro día me dijo que tú le recomendaste un par.

—Anarquistas no, de movimientos sociales.

—Milo, ten cuidado con lo que le das. Ya ves cómo se lo toma todo. ¿Has visto lo flaca que se está quedando?

—Ser flaco no es malo.

—¿Y si es de preocupación?

—No la veo preocupada... Quiero decir que no se come el coco, al menos no por lo que respecta a ella. Leire mira hacia afuera, le interesa lo que pasa en el mundo. Gasta un tipo de inquietud buena. Sana.

—Si lo dice el doctor... Desde luego, qué distintas nos han salido las niñas...

Ambos miramos al mantel. Recordé sendos trabajos escolares de mis hijas mayores, ambos de libre elección. Marta hizo un estudio comparativo del sistema electoral. Leire, un análisis de los campos de concentración nazis.

—No tan distintas —murmuré.

—¿Tienes traje para la comunión de Elia? Las Navidades están a la vuelta de la esquina.

—Iré con el último modelo para padres solteros.

—Por cierto, fue buena idea lo de inscribirla en la agrupación excursionista. Lo está disfrutando.

—¿A qué niño no le gusta caminar por el campo? Era una apuesta segura. Y a Marta... a Marta la veo contenta en la universidad. Está bien, ¿no?

—Imagínate, con el subidón del estreno. Le va a ir bien, está muy concienciada. Sabe que ahora la cosa se pone seria y, bueno, ya la conoces.

Miramos de nuevo al mantel.

—Milo —dijo Sol. Esperó a que yo alzara los ojos de la servilleta que estaba alisando—. Hay un hombre en mi vida.

—¿Puedo retirar los platos?

El camarero irrumpió al principio de mi pequeña conmoción. Varias veces había especulado con una frase parecida a la que acababa de escuchar

pero nunca acerté a intuir semejante desasosiego. El malestar me torció un lado de la cara, que se descontroló unos segundos.

—Claro —respondí.

Mientras el camarero recogía la mesa, preguntó si deseábamos postre. Aunque solía limitarme a un café, necesité seguir comiendo.

—Tiramisú —respondí.

—Con dos cucharas —dijo Sol.

—¿Lo conozco? —pregunté mientras el camarero se alejaba.

—Alguna vez te he hablado de él. Alberto Sánchez Bordón.

—¿El político?

—Uhum.

—Vaya.

Costaba creer que mis viejas intuiciones tomaran un cuerpo tan real. Un político. Al que acababan de nombrar jefe de gabinete de una *conselleria* de la Generalitat. Sol había superado cualquier expectativa en su coqueteo con el poder. La relación confirmaba la sospecha de sus pretensiones de glamour a la vez que cuajaba una traición de algún modo anunciada, porque Alberto representaba el éxito y los galones sociales que yo no había conseguido.

Devoré medio tiramisú sin reparar en el sabor mientras Sol describía el romance ahorrándome los detalles pero lo bastante convencida de su solidez para sumirme en una meditación que me desconectó de su discurso y me llevó a recordar que después de cuatro años yo continuaba sin pareja y realizando unas escapadas a Málaga que de pronto se me antojaron vacuas. Si sentí celos, no fueron de Alberto, sino de que Sol hubiera sido más rápida al rearmar su vida. Tras el alivio de la separación, yo deambulaba aún sin una compañía en quien depositar mis sentimientos y defendiéndome de los Subirats, las Molina y los Costas que bloqueaban mi futuro profesional. Yo pretendía convencerme de que no era un hombre de familia mientras seguía descubriendo cuánto echaba de menos tener una. *Quo vadis*, Escobedo, pensé absorto ante el último trozo de tiramisú que quedaba en el plato.

—No has usado tu cuchara —observé.

—Gracias, no me apetece. Acábatelo.

La política vencía siempre.

Sol había seguido de lejos mi conflicto con Subirats pero algo sabía sobre aquella tortuosa época y mucho sobre las presiones y desmanes que presencié durante años a causa de los equilibrios de fuerzas en distintos

hospitales. Yo había padecido a los políticos con los que ella trabajaba y eso había sido una raíz de nuestras desavenencias. Sol no soportaba mis incesantes alusiones no ya a los corruptos, sino a la cantidad de medianías que detentaban poder en los partidos. Y como si deseara certificar su fidelidad a aquella especie de casta, ahora se juntaba con uno. Alberto parecía honesto, un buen tipo, aparte del típico hombre bien dotado para el poder y el dinero que siempre interesó a mi ex. Me había caído bien el día que Sol nos presentó en no sé qué foro de los socialistas de España; pensé que dominaba lo bastante el tema de infraestructuras para atreverse a innovar retocando incluso leyes, me pareció honrado y respetable. Que Sol lo hubiera elegido para estar cerca de nuestras hijas implicaba ciertas garantías. Pero era político, joder.

—¿Fue él quien te pasó el dato de la jubilación de Subirats? —pregunté.

—Yo también tengo mis contactos.

Aunque necesitaba fumar, no quise evidenciar mi desazón.

—¿Y las niñas? ¿Las conoce?

—Las ha visto alguna vez pero tampoco quiero imponerles nada, tranquilo. Lo que tenga que ser se hará poco a poco.

—Pero ¿saben quién es? O sea, quién es... ¿para ti?

—De momento se lo he dicho a Marta.

—¿Y qué?

—Bien. Normal. No sé —respondió Sol, omitiendo que a mi hija le había parecido «estupendo» saber que su madre tenía «a alguien».

La noticia de aquel idilio desencadenó la serie de visitas a inmobiliarias que yo llevaba meses posponiendo. Hacía tiempo que sopesaba abandonar el piso donde me había instalado tras la separación. El espacio acumulaba demasiada tristeza, insomnios, angustia, y pensé que una mudanza ayudaría a cerrar una etapa e inauguraría otra, un gesto equivalente al que Sol había hecho al advertirme sobre su romance.

Encontré un piso con abundante luz natural y un recogimiento agradable en el Guinardó. La mudanza me forzó a exprimir aún más los horarios y aprovechar cualquier hueco para el traslado, inesperadamente fatigoso por la cantidad de libros a empaquetar. Esos días fumé más de lo habitual, bebí cada noche y tomé benzodiazepinas, un cóctel perfecto para desencadenar nefastas reacciones neuronales pero que en el momento me sosegó.

Al concluir el traslado, me tumbé en el sofá a planear cómo transformar mi vida. Una hora y media después, cogí el teléfono y me apunté a la próxima

excursión de la Colla dels Apalancats. Con ellos podría ir recuperando la forma, por algo les había puesto ese nombre, Els Apalancats, especialistas en salidas de medio día o poco más, a menudo cercanas a Barcelona y muy alejadas de las exigentes ascensiones que yo mismo había vivido con otros grupos de montañeros. Como mínimo, respiraría aire fresco.

Rosa dirá que cuando el lunes entró por primera vez a limpiar mi casa del Guinardó, vio cinco botellas de whisky bajo la pica del fregadero sin saber a qué atribuir la aglomeración; quizá perteneciera al anterior propietario o a los restos de una fiesta. En el otro piso, Rosa encontraba botellas cada semana pero nunca tantas. Echó un vistazo al caótico escritorio, tan lleno de papeles y libros como de costumbre, y que esa mañana incluía una camisa azul desdoblada. Yo tampoco estaba en mi lugar.

—¿Hoy no trabajas? —preguntó Rosa cuando salí del cuarto de baño.

—Sí... he... he llamado para decir que llegaría un poco más tarde. No me he despertado muy fino pero la ducha me ha resucitado.

Cogí la camisa azul.

—Camilo —dijo Rosa—, esa camisa está sucia.

—Qué va a estar sucia. Me la puse ayer.

—Pues eso, sucia.

—Las cosas no se manchan tan fácilmente.

—No hacen falta manchas para cambiarse una camisa. Ésa huele a sudor.

Lo huelo desde aquí.

—Anda, Rosa. Hoy quiero llevar una azul. Ésta es azul, y no encuentro más azules. Menos trabajo que te doy. —Me enfundé la camisa—. Venga, pasa un buen día, *crack*, que eres una *crack* —dije emulando el piropo que solía dedicarle mi padre. Y me fui al hospital.

Encontré a Emma en el pasillo.

—Buenos días, doctor —dijo con falsa reverencia.

—Qué tal, asistente. Espero que haya descansado.

—Pues no se crea. Aunque a lo mejor usted tampoco.

—¿Qué te hace pensar eso?

—No se ha afeitado.

Froté mi barba de dos días.

—De vez en cuando me permito una licencia. Es lo que tiene ser jefe.

—¿Quieres salir a fumar?

Acababa de llegar y la petición sonaba extraña.

—He empezado a tomar Champix. Quiero dejarlo.

—Muy bien. Me parece una idea estupenda. Aunque entonces ¿cuándo vamos a hablar de los temas importantes?

—¿Será rápido?

Emma asintió con las arrugas de la frente.

—Vamos a mi despacho —dije.

El bamboleo de las caderas de Emma aplacó tenuemente el malestar de la noche anterior, que había soportado en una sostenida duermevela. Deseé que Rosa estuviera equivocada y mi camisa azul no apestara tanto como había sugerido.

—Quería hablar contigo —dijo Emma al cerrar la puerta— porque no tengo nada claro continuar aquí.

—¿Aquí en neurología?

—Sí, aquí, como residente.

—Pero si te acabas de incorporar.

Emma miró al suelo. Al levantar la barbilla, la alzó ligeramente más de lo habitual.

—No tengo el perfil —respondió—. No sonrío cuando debo. Creo que me vas conociendo, sabes que me cuesta callar algunas cosas y digamos que... Costas me ha nominado.

Costas llegó acreditado por un enorme prestigio internacional y una capacidad de trabajo contrastada que sublimaba, decían, gracias a sus bien escogidos colaboradores. Al aterrizar en neuro, me incluyó entre sus tres personas de confianza, si bien después de varios meses de colaboración aún no había consultado nada ciertamente decisivo conmigo ni con ningún miembro de aquel trío de supuestos asesores. La impresión general era que el jefe se había concedido un margen para sopesar el departamento a la espera de la oportunidad que le permitiera moldearlo a su gusto.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Qué ha pasado?

—Pasa que no me parece normal que después de una guardia de veinte horas tenga que ponerme a rellenar papeles para recetar fármacos a un enfermo sin saber cómo le van a sentar.

—¿Te obligan a firmarlos?

—Claro. Te ponen los formularios delante. Y yo no sé si ese

medicamento es apropiado para esa persona. No me pueden pedir algo así.

Los ensayos clínicos continuaban afilando la codicia de algunos. Había demasiado dinero de la industria farmacéutica pululando en busca de ensayos, y hospitales que los aceptaban sin muchos miramientos con tal de ingresar buenas sumas. Una vez ingresabas por uno, era fácil querer más. Corrían y corren truculentas historias sobre el asunto de los ensayos y por eso a Subirats le había resultado bastante sencillo cargarme el muerto de la corrupción al vincular mi trabajo en los laboratorios con el vasto y ominoso espacio de las irregularidades.

—No sé, Emma —dije—. El sistema de residencia en España es de los mejores del mundo. Y en Can Petri estáis arropados como en pocos lugares.

—Una cosa es arropar y otra forzar. Y no estoy hablando del hospital, sino de una persona muy concreta.

—Todos hemos pensado alguna vez en dejarlo.

Emma miró hacia la pared.

—Es que, además —retomó indignada—, se supone que debemos ayudar a los laboratorios animando a los pacientes a participar en los ensayos. ¿Y por qué? Eso es una enorme responsabilidad. Yo no voy a presionar a nadie para que entre en un ensayo. No es mi papel ni me pagan por ello.

La ética de Emma me enardecía. Era fresca y radiante. Alguien que aún podía cambiar al menos un pedazo de mundo.

—Tampoco es para ponerse así —dije—. Los ensayos sirven para algo. En general son buenos.

—¡Pero no debo ser yo quien los apruebe! Y menos después de veinte horas trabajando.

—Ven —dije caminando hacia la puerta—. Acompáñame.

Bajamos hasta la biblioteca del hospital. Cada vez que entraba en ese recinto recibía una transfusión de paz, producto quizá de la suma de iluminaciones, respuestas y hallazgos que me habían conmocionado allí después de horas de trabajo dedicado y paciente. En la sección de revistas especializadas empecé a depositar las que más me gustaban sobre una mesa cercana.

—Ésta es el *Brain* —dije lanzando la revista a la mesa—. Ésta, el *New England*. —Lancé—. Ésta, *The Lancet*... —No sé cuántas habría amontonado cuando me detuve y dije—: Lo que de verdad debe moverte es el deseo de estudiar. Estas revistas son la demostración de que nuestro trabajo sirve para

que muchas personas lleven una vida mejor, y de que los doctores que han resistido las malas rachas y han continuado estudiando e investigando sin perder de vista quiénes eran y a quiénes servían realmente, logran cosas. Si esos médicos van cada día un poco más allá también es gracias a algunos de los ensayos que a veces no nos gusta firmar. No todo es perfecto, de acuerdo. Pero si tienes paciencia crecerás, y cuanto más crezcas, subas, despuntes... llámalo como quieras, pero cuanta más visibilidad tengas, más podrás divulgar tu posición y más posibilidades vas a tener de cambiar lo que te desagrada.

—Para eso hay que ganar mucha altura —respondió Emma.

—En cualquier caso, estudiar es la forma de ganarla. Los trapicheos son pasto de mediocres. Lee. Tienes que leer, indagar, formarte bien. Concéntrate en eso.

—Eres un optimista.

Arqueé una ceja.

—Nunca me habían llamado así.

—Vale, leo. Pero entonces, con el tema de los ensayos, tu recomendación es...

—Aguanta. Llegará tu momento.

El domingo, Leire y su novio Arnau se unieron a la expedición dels Apalancats para subir al Taga, un clásico de la media montaña en las inmediaciones de Ribes de Freser. El termómetro marcaba seis grados bajo cero, así que, como la pista forestal de aproximación se había cerrado al tráfico a causa del hielo, aparcamos los coches en Pardines y empezamos a andar fijando bien la suela a cada paso sobre el suelo deslizante.

Enseguida encaramos la pala de hierba no muy pronunciada pero penosamente continua que deberíamos remontar durante un buen montón de metros. El resto de los Apalancats se adelantó desde el principio a nosotros. Leire ascendía como otras veces, ágil pese al asma, logrando hablar de vez en cuando mientras expelía perfectos cañones de vaho que casi se congelaba en suspensión. Explicó que estaba colaborando con comedores públicos para recaudar un dinero que su colectivo invertiría en materiales con los que construir pancartas y herramientas útiles en las manifestaciones y las casas okupadas. Según Arnau, también sopesaban organizar un concierto para la

colecta, por lo visto esas iniciativas daban un resultado que yo no podía «ni llegar a imaginar», aunque lo que más me fascinaba era que el chico hablara sin sofocarse dándome motivos para envidiar su complexión delgada y atlética.

El viento agitaba la media melena rizada del primer pretendiente serio, al menos que yo supiera, de una de mis hijas. Habíamos cenado un par de veces juntos en el bar de debajo de casa. Arnau siempre tenía una caricia o un guiño para Elia, y en sus cuidados a la pequeña atisbé que estaba verdaderamente enamorado de Leire. Pocos días antes, Arnau había hecho llegar a nuestra casa un bonito ramo de flores. Me pregunté si su vestimenta informal pero casi siempre de marca sería del gusto de mi hija tan punki u okupa o como quisiera llamarse.

Los chicos continuaron conversando tranquilos mientras yo empezaba a forzar el paso con tal de mantenerme a su altura. Lo normal habría sido aflojar o detenerme pero confiaba en mis fuerzas. Conocía la montaña y no quedaba tanto para culminar el primer desnivel, donde descansarían. Un par de minutos después asumí que no podía aguantar su progresión. Disminuí el ritmo y seguí remontando en solitario la divisoria entre dos valles. Al oeste, la collada de Toses se extendía sinuosa, un conglomerado macizo que había atacado desde distintos flancos a lo largo de mi vida y conocía tan bien que adivinaba el perfil de las laderas más allá de la niebla. En aquellas extensiones abrumadoras podía ver sin ver, a fuerza de recrear. Hubiera podido caminar durante días sin perderme. Por enormes y frondosos que fueran los bosques del Pirineo, había alcanzado el punto de no temerlos, consciente de que, si respetaba sus leyes básicas, nunca me dañarían. A pesar de lo que dijeran los vendedores de épica y los urbanitas recalitrantes, la naturaleza era de fiar.

El Canigó cerraba el flanco este con sus imponentes roquedales nevados. La cumbre donde se encendían las antorchas en verano despuntaba hostilmente majestuosa, y contemplarla justificaba las denigrantes inhalaciones a boca abierta a las que me estaba obligando la ascensión. Y pensar que una vez aspiré a moldearme el potente físico de los himalayistas. ¿Tanto me habían castigado los años? La montaña me había revelado bastantes secretos de mí mismo, y ahora le tocaba evidenciar cuánto me había separado de ella hasta impedir hollarla en condiciones. De acuerdo, ella era la dueña, la todopoderosa, y si su designio consistía en cambiar el esfuerzo reconfortante por el calvario, que así fuera. Lo tenía merecido. Aunque esta postura significara emular los accesos

de religiosa culpabilidad de mis padres, con la variación de que yo situaba a la montaña en el lugar que ellos concedían a Dios; aunque de algún modo supusiera contradecir la lógica antimonoteísta que me había guiado desde siempre y caer en las fosas del mártir feliz, sí, lo tenía merecido.

—Pero qué gilipolleces estás pensando —mascullé entre jadeo y jadeo.

Iba demasiado aprisa. Muy bien. Aceleré. Sólo oía mis pisadas y mi respiración, mirando el suelo sin verlo, despejando ideas cafres que por fortuna y por mi falta de oxígeno no llegaban a articularse en toda su esplendorosa idiotez.

¿Cómo podía estar tan mal? En todos los sentidos, en el aspecto más completo, tan mal. ¿Qué era lo que no había funcionado? ¿La libertad?

Leire y Arnau aparecieron al final de un recodo. La bronquitis asmática había apaciguado el ritmo de Leire y resultaba obvia la cojera de Arnau, probablemente a causa de las rozaduras en sus pies de novato. Decidí que podía alcanzarlos y aceleré aún más. Después de unos minutos, los chicos continuaban lejos y todavía caminaban demasiado rápido. Noté las gotas escurriéndose bajo la ropa hermética. Escuchaba mis jadeos distorsionados y en absoluto uniformes, como el ruido de alguna nueva criatura del monte. Era un día claro de invierno ya sin frío para mí.

El sudor se adhería desagradablemente a la camiseta y pegaba los pantalones a las piernas. Noté un desajuste de temperatura unido a un malestar impreciso que me situó al borde de las náuseas. Los chicos habían desaparecido de mi vista cuando perdí la orientación. Con las montañas dando vueltas alrededor, doblé las rodillas tanteando la tierra con las manos hasta sentarme. Podía tratarse de un infarto pero de momento parecía estancado en la fase de vahído. Me asusté. Cuando intenté llamar a Leire, me faltó la voz. Me tumbé sobre el camino. Noté las pequeñas piedras de la tierra hincándose en la nuca. El cielo se extendía limpiamente azul por encima del bosque. Desde la infancia no recordaba una serenidad igual. Permanecí tres, quizá cuatro minutos, tumbado boca arriba en el camino.

—La puta naturaleza —susurré.

Luego, el rostro de Leire ocupó el cielo.

Leire dirá que tuvo miedo al verme tendido en la tierra pero le tranquilizó mi pausa al hablar.

—No pasa nada —dije. Arnau se acuclilló junto a ella—. Me ha dado un pequeño mareo, no te preocupes, puedo andar. Sólo ayudadme a ponerme de

pie.

Leire dirá que, después de incorporarme, me llevaron un buen trecho sujeto entre los dos, y que desoí sus peticiones de acudir al hospital. Sólo acepté que esa noche se quedara conmigo en casa.

Los siguientes días que Leire vino a dormir me encontró absorto y silencioso. Como tenía las llaves del piso, una de las noches me halló sentado en el sofá frente al televisor apagado, sujetando la copa de whisky sobre el reposabrazos. La saludé con un murmullo. Achacó mi estado a las sempiternas presiones en el trabajo.

—Que no pasa nada —dije—. En serio, cariño. Un poco de descanso y estoy listo.

Leire pensó que después de todo soy médico y conozco los síntomas de los infartos y el resto de las enfermedades o ataques que podían amenazarme. No iba a ser tan tonto de exponerme porque sí.

—Sólo necesito comer.

Leire también durmió esa noche conmigo. Después de un sueño profundo, amanecí muy recuperado y como mi hija creyó que en efecto todo iba lo suficientemente bien, se despidió.

A los dos días fui a casa de Josep a cenar con él y Fina, su mujer. Josep dirá que me percibió más expansivo de lo habitual al explicar que me había dado un achuchón sin importancia en la montaña.

—¿No tuviste bastante con romperte los dos brazos? —dijo Josep, a quien años antes había contado una versión virilmente retocada de mi accidente en el *jeep*—. Ya no estás para estos trotes. Aunque por lo que veo no quieres parar. ¿Qué es eso de la Quirón que me contabas el otro día?

Josep dirá que esa noche nos habíamos citado para que yo le expusiera mis ideas sobre cómo transformar las dinámicas laborales en la Quirón. Dirá que tenía ganas de escuchar los detalles del plan después de mi discurso en el pasillo de la clínica sobre cuánto podríamos disfrutar, insistiendo en que teníamos que vernos para desarrollar la estrategia con calma.

—Ah, la Quirón —dije algo desconcertado—. ¿Sabes qué? La voy a dejar. Fina miró enseguida a Josep, que me observaba inmóvil.

—No dijiste el otro día... —respondió—. ¿No dijiste que querías que hiciéramos cosas nuevas?

—No, no. La voy a dejar. No me compensa.

Josep sostendrá que argumenté razones sensatas pero en las antípodas de las que días antes le había expresado en el pasillo. Actué con vehemencia durante toda la velada y, al marcharme, Fina hizo gala de su diplomacia de enfermera al comentarle a su pareja:

—Está raro, ¿no?

Los neurocirujanos de Can Petri reservaron una masía en Montgat para celebrar la cena de Navidad. Emma dirá que las últimas semanas me había mostrado singularmente eufórico o irritable, y menos paciente de lo acostumbrado, y no era una percepción exclusiva porque el chico con el que compartía residencia le había comentado que yo estaba a punto de brotar. Emma lo interpretó como una hipérbole de su colega; después de todo, mi comportamiento se ceñía a la normalidad de cualquier estresado con altibajos, nada que no solucionaran dos semanas de vacaciones o que ayudara a mitigar una fiesta.

Quizá por eso llegué sonriendo a la cena. La gente se había distribuido por las mesas de un gran salón calcando la estampa de las bodas o los bautizos. Entre el zumbido de las conversaciones y las risas, localicé a Emma charlando con su grupo habitual de residentes. Iba dispuesto a exprimir la velada, así que bromeé con los compañeros revisando episodios vividos aquel año, piropeé jocosamente a residentes y enfermeras que me secundaron divertidas y comí con un apetito insólito que parecía alimentado por el buen humor mientras bebía sin contemplaciones.

A la hora de los cafés, la gente comenzó a intercambiar sillas y a asomarse por mesas vecinas. Yo intentaba no mirar a los que habían encendido unos cigarros cuyo olor empezaba a expandirse por el salón cuando Emma se sentó a mi lado.

—¿Qué haces tan quieto? —preguntó.

—Me reprimo.

Emma alzó las cejas.

—No quiero fumar —añadí.

—¿Sigues con los Champix?

—Uhum.

—Pues desde luego que hoy tienes una prueba de fuego.

Alrededor, decenas de médicos fumaban cigarros, Roslis y puros exhalando bocanadas de humo que tendían una leve neblina por el comedor. En el salón, algunos ya bailaban al ritmo de la música carnavalera y las pachangas. Pregunté a Emma cómo llevaba el asunto de los ensayos. Azotó el aire con una mano, como si despejara la pregunta, y respondió:

—Hoy se cumple un año desde que lo dejé con mi anterior pareja.

—No lo siento —contesté.

Continuamos charlando casi a gritos por la música, su pecoso rostro tan cerca minimizaba la molestia del ruido. Cuando los altavoces comenzaron a bombear sevillanas, Emma se irguió como un animal en alerta.

—Tú eres de Granada, ¿no? —dijo.

Emma afirmará que por entonces ya le encantaba bailar. Había practicado varios bailes de salón, también salsa, si bien en el flamenco hallaba una furia templada que encajaba de maravilla con algún indefinible pálpito lo bastante fervoroso para impelerla a salir sola a una pista que casi se había vaciado ante el cambio de registro musical. Empezó a bailar, mirándome de vez en cuando. Estábamos rodeados de neurólogos, individuos que interpretaban cabezas, gente que sabía que yo era el superior de aquella treintañera y que estaba divorciado. Gente que sacaría conclusiones probablemente acertadas pero poco convenientes para mí. «Mira, ahí va el pichabrava.» «¿No tuvo bastante con lo de Diana?» «¿Es que nunca aprende?» Yo había sido un rumor de pasillo durante casi cinco años que me habían desgastado impensable y espeluznantemente. Dar siete pasos me devolvería al centro del cotilleo. No quería ser constantemente juzgado. Pero tampoco prescindir de los instintos mejores.

Avancé hacia el centro de la pista y, con firme suavidad, cogí a Emma de la cintura. Ajenos al extraño público, o quizá estimulados por él, bailamos rozándonos, respirando nuestros alientos en una exhibición de testosterona que algunos juzgaron impúdica. Desde la juventud, o quizá ni siquiera entonces, ningún baile en compañía me había excitado tanto y de un modo tan completo, porque el arrebató sexual sólo formaba una pequeña parte de una embriaguez que parecía estar multiplicando el volumen de mi cuerpo, agigantándolo por segundos y, en conjunto, ampliándome los tejidos y la musculatura como si se tratara de los bíceps de un superhéroe, de la masa del increíble Hulk. Bailamos estrictamente ajenos a un entorno que se difuminó hasta desaparecer, como si alguien con un spray de humo hubiera trazado un círculo aislante para

proteger la belleza de aquella pecosa descarada. La pasión desvirtuó los efectos de la sertralina y el alprazolam, el antidepresivo y el ansiolítico que esa noche fueron desintegrados por mi yo más limpio y esperanzado. En aquel salón vencí a la vergüenza y la enfermedad. Emma dirá que fue una declaración de intenciones al margen de cualquier mirada. Que se sintió orgullosa de mí.

Ese diciembre, mis padres fueron a Chile a pasar las Navidades con mi hermana Fátima y su familia. Los acompañó mi sobrina María, la hija de Carmen, que cumpliría dieciocho años en América. Me pregunté si ellos también comerían uvas en Nochevieja mientras yo engullía mis doce granos en solitario al ritmo exacto de las campanadas.

Pasé las fiestas leyendo y forzándome a regalar objetos. La tradición ya no me emocionaba pero continuaba sometido a su rigor. En algún momento volví al trabajo. Hacia finales de enero desarrollé un cuadro gripal que interpreté como un reflejo de mi asco. Desde la excursión al Tago me acompañaba un malestar general que a menudo me destemplaba. El jueves me subió la temperatura y por la tarde el termómetro marcaba treinta y siete grados y medio. El viernes fui a consultar pacientes esperando que la fiebre como mínimo se estancara y me permitiese acudir a la comunión de Elia, al día siguiente.

Sol dirá que las semanas anteriores a la comunión las pasó encargando flores, pintando la casa, ideando el picapica posterior a la eucaristía, y que lo hizo sola, porque yo estaba, según ella, «del revés» y prefirió apartarme de los preparativos. Temió que hubiera vuelto a beber al viejo estilo salvaje o que me hallara pagando las consecuencias de una disipación que se extendía peligrosamente en el tiempo, y como sabía que yo no iba a admitir sus consejos con aire de correcciones —¡si no lo había hecho cuando estábamos juntos!—, optó por no involucrarme. Ya habíamos discutido suficientes años y, bien, si yo quería suicidarme con mi particular gota a gota..., eso ya no era asunto suyo, ¿no? Pues claro que lo era. Teníamos tres hijas. No se podía librar de mí. Una de ellas iba a hacer la comunión y, a pesar de mi cada vez más visceral anticlericalismo, el hecho de que Elia estuviera a punto de dar un paso ritual dentro de la comunidad me obligaba como mínimo a acompañarla y expresarle una chispa de ilusión, aunque fuera por el futuro abstracto. Mi

hija no sabía muy bien lo que hacía —cómo iba a saberlo si la mayoría de los novios en el altar o en los juzgados tampoco entiende el paso que van a dar—, pero me necesitaba. Sol sabía que me necesitaba. Y para que yo al menos pudiera asistir a la ceremonia con el ceño relajado, mi ex se había encargado de montar la fiesta sin requerir mi implicación. Sólo me pidió una cosa: ven.

El sábado desperté con treinta y ocho grados de temperatura, muy débil. Llamé a Sol para decirle que tenía fiebre pero que igualmente iría. Me repetí muchas veces que debía acudir a esa iglesia, que pese al derrumbe de mi fe y a no prever la asistencia de nadie de mi adulta familia de sangre, Elia me necesitaba. Tienes que ir, me dije. Una y otra vez. Tienes que ir. De alguna forma logré obedecerme. Elegí ropa que me pareció limpia y me dirigí hacia el recinto a pie.

Según Sol y Marta y Leire, aparecí en la iglesia con el rostro desencajado. Sol afirmará que mi saludo lóbrego y mi mirada inescrutable y dura llenó los bancos de tensión. No recuerdo qué pensé de la ceremonia ni de los asistentes, esa tarde no me importaba nadie más que Elia.

Sol dirá que cuando me besó en la puerta de la iglesia mis mejillas ardían, y que la tensión era «horrorosa». Me alejé de los bancos donde se concentraba el núcleo familiar pero mi presencia fue la más evidente, incluso más que la de Elia, investido por la imbatible fuerza del trastorno con el que estaba profanando el recinto. La luz era cálidamente tenue. Inspiré el olor del incienso mientras sonaba el órgano, como en los ritos de mi niñez. Cuando terminó el acto, renuncié a las despedidas. Floté por las calles como ebrio; supongo que hacía frío.

Pese a la fiebre todavía alta, el lunes fui a trabajar. De vuelta en casa, Rosa continuaba limpiando. Busqué un libro de Philip Roth en el que recordaba una frase que quería enseñar a Emma. No lo encontré en la estantería prevista, sino dos por debajo, y bastante más a la izquierda de donde calculaba. Cuando quise devolverlo a la posición adecuada, descubrí que la balda soportaba novelas de Scott Fitzgerald... que yo no había colocado ahí. Llevaba días extraviando objetos por la casa, suponía que a causa de los efectos de la reciente mudanza y del ánimo ordenador de Rosa, así que fui a la cocina en su busca. Rosa estaba atando una bolsa de basura, a punto de marcharse.

—¿Has colocado los libros en orden alfabético? —pregunté.

Acabó de anudar la bolsa levantando los ojos hacia mí.

—¿Crees que en cuatro horas he tenido tiempo de hacer eso?

—¿Seguro que no los has tocado?

A Rosa le extrañó tanto la pregunta como la intensidad con la que la formulé.

—¿Cuándo he cambiado yo algo de sitio? —dijo—. Si ni siquiera toco ese escritorio que siempre tienes hecho una pena.

—Pues si no los has tocado es que ha entrado alguien.

Rosa ni siquiera pensó que bromeara. La seriedad de mi turbación la obligó a convencerme durante un buen rato de su inocencia y de la imposibilidad de que alguien hubiera entrado en casa al tiempo que confirmaba la intuición de que me estaba desequilibrando. En cuanto salió a la calle, marcó el número de mi hermana Carmen.

Días antes, Rosa había sugerido a mi madre que yo me había descuidado un poco. Aludió a los cuellos de camisa mal puestos, a la ropa que yo no destinaba al cesto para lavar, a que ella misma me elegía las mudas para de algún modo obligarme a cambiar de atuendo y a mi comportamiento en general extraño. Rosa llevaba quince años trabajando para mi familia gracias a su profesionalidad y a la discreción sobre lo que escuchaba y veía. Rosa dirá que ni siquiera contaba a su marido los detalles más privados que presenciaba en casa de cualquier Escobedo, de cualquiera de sus clientes, y si un día había localizado cinco botellas de whisky bajo mi fregadero y conocía mi afición por la bebida y que últimamente no me duchaba, no lo iba a pregonar. Rosa creía y aún cree que las personas que le conceden la enorme confianza de acceder a su vida privada merecen un respeto equiparable a esa misma confianza, y que ella no entraba en ninguna casa para violar intimidades.

Sin embargo, mi deriva la había ido preocupando y cuando el siguiente lunes olió la podredumbre que exudaba mi cuerpo mientras yo insistía en protestar por el desorden de la estantería, decidió comunicar su inquietud a las altas instancias. Si telefoneó a Carmen fue porque mis padres ya habían aterrizado en Chile. Describió las particularidades de mi comportamiento en los últimos meses omitiendo las botellas de whisky y subrayando mi tristeza.

—Creo que estaría bien hacerle una visita —concluyó—. Veo a Camilo mal.

Carmen dirá que, como al llamarme le di largas por teléfono, se plantó en casa sin avisar. Vino con un libro de Jorge Bucay y un jersey nuevo de color granate para incitarme a abandonar la manía por el azul que había inquietado a

Rosa. Carmen asegurará que lancé el jersey sobre el respaldo de una silla sin probármelo ni agradecerlo.

—Y el libro ese te lo metes por donde te quepa —dije—. ¿Quién te has creído que soy?

Luego conversamos poco sobre cuestiones descoordinadas a causa de mi dispersión.

—Cami, no te veo bien —dijo Carmen.

—Ya. No sé qué puede ser pero desde hace bastante tengo fiebre cada día.

—¿Has ido al médico?

—No. Estoy tomando azitromicina. Es un antibiótico eficaz. Creo que con esto se me pasará.

Carmen afirmará que yo hablaba con una firmeza intimidante en la que no me reconocía. Pensó que aquel hombre áspero que se comunicaba con airada sequedad no era yo.

—Pero debería verte un médico —dijo—. ¿Qué te cuesta?

—Tengo que ir a trabajar.

—Creo que has pasado algunos días en cama. No te viene de faltar un día más.

—¿Cómo lo sabes?

—Te llamé el otro día al trabajo y me dijeron que estabas enfermo.

—¿Y por qué no me llamaste a casa?

—Hablé con Rosa, no te quería molestar. Venga, quedamos mañana. ¿Qué doctor quieres que te visite? Tú eres el mejor para elegirlo.

—Yo soy doctor, ¿sabes? Yo puedo visitarme muy bien. De hecho, me visito cada día.

—Por eso. Ahora te toca descansar. Deja que te visite otro.

Carmen dirá que a las diez y cuarto del día siguiente yo aún no había bajado a la portería, pese a mi característica puntualidad. Esperó cinco minutos antes de llamarme al móvil.

—Ya voy —respondí.

Diez minutos después salí mirando a todas partes, como si temiera un encuentro indeseado. Entramos en el coche de Carmen. Mientras circulábamos por la ciudad, dije:

—He pasado una noche horrible. Toda con el tío Rafael. ¿Te das cuenta de que es el único hombre que queda en la familia?

—Bueno —respondió Carmen, que aferraba con fuerza el volante para

controlarse el temblor de sus manos—, también estás tú. Y papá. El tío Joaquín.

—No —exclamé—. Él es el único.

Carmen dedujo que yo intentaba expresar mi afecto por los hombres a la antigua usanza, hombres de carácter duro, apegados a una tierra que algunos miembros de la familia continuaban trabajando con las manos. Y mi desprecio por los que nos habíamos entregado a la corrupta atmósfera urbana convirtiéndonos en seres distintos a los hombres que una vez nos dijeron que seríamos al crecer.

Llegamos a Can Petri.

Por lo visto, rechacé que Carmen entrara conmigo en la consulta. Al salir sólo dije que al día siguiente me harían unos análisis. En el parking del hospital, abrí los brazos y, con una sonrisa maniaca, afirmé:

—Todo es perfecto. Todo está ordenado. Pero ¿dónde está la gente? O se han suicidado en bloque o no sé dónde están.

—Cami, estás diciendo incoherencias. Mírame. —Carmen respiraba deprisa—. Mírame a los ojos, Cami. Por favor. Mírame. Soy Carmen. No estás bien.

—¿Adónde me llevas?

Carmen no se atrevía a subir al coche. Yo estaba ido. Era su hermano pero había traspasado un umbral en el que ya nada se correspondía con mi antigua realidad, con los códigos y los límites morales comunes. No podemos irnos de aquí, pensó mi hermana.

—Cami —dijo—, volvamos adentro un momento. Se me ha olvidado decirle algo a Diana.

Me quedé mirándola sin expresión.

—Diana —dije.

—Sí, sí, a Diana. Vamos, será un segundo.

Carmen dirá que, en el corto trayecto de retorno, empecé a insultar a algunas personas con las que nos cruzamos.

Al ver a Diana en un pasillo, Carmen le lanzó una mirada de auxilio. Yo había empezado a gritar. Diana me valoró en segundos: desinhibido y maniaco, presentaba un cuadro delirante.

El contenido de los delirios llama mucho la atención, la virulencia e incluso la creatividad de los insultos, la gesticulación desorbitada, la furia... Para Diana y el resto de los neurólogos, los demarrajajes de un enfermo no tenían más significado que el de dar pistas que ayudaran a acotar los posibles

trastornos, si bien esa mañana, ver al hombre que aún amaba descentrado hasta tal punto le produjo una especie de descarga eléctrica que derivó en un principio de náusea. Me había querido mucho. Yo era algo más que «un caso». Pero no podía permitir que lo personal interfiriera en su actuación. En menos de cinco segundos, Diana experimentó una tempestad emocional llena de fosforescencias, regurgitaciones internas, sacudidas incluso físicas que externamente se tradujeron en un ligerísimo balanceo de hombros adelante y atrás, hasta que sintió las plantas de los pies bien adheridas al suelo, detuvo la oscilación y concluyó que por la puerta del hospital acababa de entrar un paciente.

—Velarrrrrrde.

Antes de conocerme, Diana ya era neuróloga. Después de cerrar nuestra aventura, continuaba ejerciendo, y su misión y su deseo fundamentales siempre fueron ayudar a personas con problemas como el que en aquel momento padecía yo. Y todo eso hubiera bastado para tratarme como a cualquiera, de no ser porque precisamente se trataba de mí, un doctor, el doctor Escobedo, Milo; de manera que el procedimiento se cambió.

Diana dirá que pensó en todos los compañeros que deambulaban por la planta, gente a la que yo conocía de forma muy próxima, algunos desde hacía años, y con los que, en el caso de que me recuperara, probablemente volvería a trabajar.

—Venid a mi despacho —dijo.

Entre ella y Carmen intentaron hacerme entender que no estaba bien. Mientras hablaban, me levanté, volví a sentarme, inmerso en un monólogo ininterrumpido que proyectaba en voz alta saltando de una idea a otra, de una palabra a otra, sin que ellas entendieran nada de lo que decía.

—Debería llamar a Costas —susurró Diana.

Mi hermana dudó. Pensó que necesitaba un hospital pero también que debía sacarme de aquél, convencida de que mis compañeros no podían, no debían atenderme. Después se planteó dónde me iban a cuidar con más cariño que allí, mientras deducía que el propio recinto estaba contribuyendo a aumentar mi excitación, porque seguro que desde el fondo de mi desequilibrio yo sabía dónde estaba y de algún modo comprendía mi trastorno, multiplicado por la ansiedad de pasar la humillación de que los colegas me vieran enloquecido.

—Sí, llámale —aceptó Carmen.

Costas dirá que me halló muy excitado y que le impactó mi desinhibición, porque al fin y al cabo yo era un compañero. Las últimas semanas me había percibido angustiado, pero en el hospital hay mucho que hacer y quién no ha pasado alguna mala temporada, de modo que no prestó más atención hasta ahora, que le exigía toda.

Carmen dirá que cuando entró el jefe me amansé. Costas formuló varias preguntas de protocolo que desde mi nebulosa debí de reconocer como tales, y quizá fue esa familiaridad con el mundo en el que al fin y al cabo mejor me movía la que me serenó.

—Te vamos a ingresar para que te recuperes bien, ¿de acuerdo? — propuso Costas.

Dirán que dije que sí.

Me trasladaron a la habitación 26 de la octava planta, sin compañero de cuarto. La habitación para vips en la que yació Subirats durante su operación de hernia. Mientras Carmen colgaba mi ropa en la percha después de ayudarme a enfundarme el batín, peroré sobre el sexo, la muerte, los hombres de la familia, la poca energía masculina para deshacerse de ciertos yugos.

—Y ahora ¿ves? —terminé—. Si ya sabía yo que me iba a morir. Porque me voy a morir, ¿no? Pues decídmelo de una vez. No os confabuléis y dejad que aproveche el tiempo. Tengo que despedirme de mis hijas. Tengo que llamar a Marta.

—Marta vendrá en un rato —respondió Carmen, que durante mi sobreexcitada perorata se había ido desplazando hasta pegar la espalda a la puerta de salida.

—Si viene Marta —dije—, pronto vendrá Sol. Vais a estar todas las mujeres que me habéis visto desnudo. ¿Y sabéis cuál es mi problema? Mi pene pequeño.

Me levanté el batín y se lo enseñé.

—Pues todos los hombres con los que he estado lo tienen pequeño — contestó Carmen.

De no ser por mi falta de clarividencia, habría recordado que una noche Sol me había respondido con la misma delicadeza a idéntico recelo, y quizá me hubiera emocionado como hago ahora al vislumbrar el tamaño de su amor.

—Si ya lo sabía yo... —proseguí—, y las niñas tan pequeñas... Mira que morirme ahora...

Carmen dirá que a continuación expresé un odio cerval hacia nuestra

madre y la culpé de todo lo que se me ocurría mientras escupía al hablar.

—¿Por qué sientes tanta rabia, Cami? —me preguntó—. ¿De qué la culpas exactamente?

—Vosotros, ¿cómo no os habéis enterado de nada?

—¿De qué nos debíamos enterar?

—Tú no te acuerdas pero algunas veces, cuando los papás venían a Barcelona, me dejaban en casa de los abuelos. Y... y... me acuerdo del abuelo en la cama desnudo conmigo diciendo: «Camiiii, Camiiii». Y la abuela gritándole: «¡Deja al chiquillo en paz!». Y mamá me dejaba allí. ¡Me dejaba allí!

Carmen dirá que achacó mi recuerdo a la confusión, aunque no es así, porque aún lo mantengo, si bien no puedo precisar el motivo exacto de mi repulsión, que quizá sólo sea desagrado. Un desagrado profundo que quién sabe si mi mente manipuló hasta transformarlo en el episodio idóneo para castigar a mis padres sin piedad.

En cualquier caso, Carmen atribuyó la barbaridad a mi estado y, al pensar en mis padres, prefirió ver cómo evolucionaba la enfermedad antes de amargarles el viaje. Para una vez que salían, no les iba a fastidiar.

—Venga, no seas peliculero —contestó—. ¿Qué es lo que no soportas de ella?

Carmen dirá que inspiré profundamente.

—Su ansiedad —respondí—. Cómo nos manipula.

Por muy bien que evolucione la enfermedad, dirá Carmen que pensó, esto va para largo. Habrá que organizar quién se va a quedar con él. Y mamá... no parece la mejor opción.

Marta apareció pronto por el hospital tras recibir una llamada de Pablo. En cuanto entró en urgencias, vio mi cama flanqueada por un enfermero y Diana, quien le hizo un gesto para que no se aproximara. Sin advertirme sobre la presencia de mi hija, Diana caminó hacia ella.

—Si te quedas —le dijo—, prepárate para lo que vas a ver.

Marta asintió insegura. Dirá que exclamé su nombre al verla. Nos cedieron un despacho donde, con los ojos inusualmente abiertos, afirmé que todo se trataba de una conspiración para no decirme que tenía un tumor cerebral. Repetí una y otra vez la idea del tumor silenciado por mis compañeros. Marta tuvo miedo de mi extravío.

Cuando volví con los médicos, Marta telefoneó a su madre. Sol descolgó creyendo que la llamaba para desearle que disfrutara del inminente fin de

semana en Italia. Llevaba tiempo imaginando esos días con Alberto, fantaseando con vespas y fuentes y el Tíber, que les desconectarían de sus agendas saturadas y de los niños. A saber cuántas veces le había comentado a Marta las ganas con las que esperaba esa escapada, y por eso mi hija atemperó la voz para decirle que me habían ingresado en el hospital.

—Te lo quería decir para que lo supieras pero no tiene más importancia. Idos tranquilos a Milán.

Sol dirá que notó una vibración extraña en su voz. Y le desconcertó que me ingresaran en mi propio departamento. ¿Milo en neurología? Al margen del afecto que todavía me guardaba, no iba a depositar en Marta mi supervisión, no iba a dejar a sus hijas solas. Subió al coche y puso rumbo a Can Petri combinando las maldiciones por la imposibilidad de desprenderse de una vez por todas de mí con la difusa preocupación por mi estado. Marta había insistido en que no era importante pero conocía bien el carácter de su hija mayor. El de Leire se le escurría más y Elia aún era pequeña, pero Marta... seguro que haría todo lo posible por no frustrar el viaje que tanto le ilusionaba. En una situación así no podía fiarse de ella.

Al salir del ascensor, nos encontramos de frente.

—¡María del Sol! —dirá Marta que exclamé.

Fue la primera vez que me escuchó llamar así a su madre, y entonces tuvo la impresión de asistir a una película en la que ayer tenía un padre normal y de repente... Se estremeció.

—¡Me alegro mucho de que estés aquí! —dije con los ojos totalmente abiertos e inexpresivos. De inmediato me volví hacia una enfermera y grité—: ¡Vaya tetas! ¿No te meterías en la cama conmigo?

Sol pensó que yo no sabía quién era, pero sabía que quería follar. No le sorprendió demasiado. A fin de cuentas, asistía a una representación hiperbólica, y tampoco tanto, de algunas situaciones que ella misma había vivido conmigo. Bueno, siendo justa, quizá sí que estaba un poco más pasado de vueltas de lo normal, pero el fondo de mi trastorno preservaba las claves elementales de la violencia y el sexo que contribuyeron a arruinar nuestro matrimonio. La diferencia radicaba en que ahora se me veía definitivamente desquiciado y fuera de control. Si en numerosos instantes pasados Sol llegó a pensar que no sabía a quién tenía delante, ahora ni siquiera lo sabía yo. ¿Cómo se llegaba hasta ahí? ¿Cómo sería perderse, perderse a uno mismo? Si un hombre ha perdido el yo, no puede saberlo porque no está allí para saberlo,

había escrito alguien lúcido, así que Sol y Diana y Marta y todos, incluido yo, yo el primero, por una vez indudablemente a la cabeza del pelotón, nos adentrábamos en un territorio cuya naturaleza resultaba de momento inexplicable.

Diana dirá que, al asomarse a la habitación, vio sentada a Sol en la butaca del acompañante. Había imaginado la escena y actuó como había programado: levantó una mano. Sol correspondió al saludo, se incorporó y salió al pasillo. Sol asegurará que sobre todo sintió alivio por tener cerca a Diana. No había resquicio del leve resentimiento que la sacudió durante unos meses al enterarse de nuestra aventura. Hablaron sobre mi estado, de nada más. Diana la tranquilizó, dijo que se ocuparía de que recibiera los mejores cuidados.

—Yo ya he visto esto —dijo Sol.

—¿Qué quieres decir?

—Que ya he visto a Camilo así.

—De ninguna manera.

—Quizá no tan exagerado, pero...

Sol se interrumpió. Detallar algunas situaciones habría desvelado intimidades que sólo nos incumbían a ella y a mí. Tanto su capacidad para contenerse a la hora de desvelar secretos como la ineluctable constatación de no sentir más que agradecimiento hacia Diana la hicieron sentirse un verdadero ejemplo evolucionado de la especie humana: tras separarse de un hombre al que amó, había perdonado su brutalidad y sus traiciones, había minimizado la puñalada que Diana —«a Camilo le quiero como a un hijo»— le asestó en plena crisis conyugal y ahora estaba en el lugar correcto haciendo frente a una situación lastimosa, por no decir lacrimógena, con una entereza que ni ella misma se conocía. La educación de Francisco y Mercè habían servido para encumbrarla a una imprecisa cima de la civilización, pero cima en cualquier caso, que la complació.

—Voy a saludarle un momento —dijo Diana.

Entraron juntas en la habitación. Cada una se colocó a un lado de la cama. Ambas dirán que yo tenía los ojos entrecerrados, pero que al percibir compañía los abrí.

—Quién lo iba a decir —murmuré—. Aquí están las dos mujeres de mi vida.

Rebeca dirá que, al llegar a la planta de neuro para cumplir su guardia nocturna, la doctora Mallo se dirigió a ella.

—Hemos ingresado al doctor Escobedo en la 26 —le informó Mallo—. Sé que esta noche no te tocaba esa habitación pero se trata de un caso excepcional. Es alguien de la casa y, como tú y Jose tenéis buena relación con él, vamos a cambiar los turnos para que os encarguéis de sus cuidados.

Rebeca dirá que notó a la doctora incómoda. Además del engorro algo angustioso de tener que atender a un compañero, Mallo había participado en el *mobbing* al que me sometió Subirats criticando con dureza mis actuaciones, a la vez que proponía revisar mis tratamientos con interferón por presuntas irregularidades, y ahora resultaba que debía velar por la persona a la que se había empeñado en hundir.

Rebeca percibió que la doctora no sabía muy bien qué hacer conmigo e intentó ceñirse a sus indicaciones manteniéndose tan invisible como pudiera. Con doctores de por medio, mejor evitar deslices. Había asistido a demasiadas luchas internas, el asunto del doctor Escobedo entre otros, y si de pronto alguien empezaba a salpicar sangre, desde luego que ella iba a procurar no mancharse.

Antes de que Mallo se esfumara con cualquier excusa hasta a saber cuándo, Rebeca preguntó por mi estado y la doctora le describió una agitación psicomotriz con ideas de muerte y miedo, que presentaba una agresividad que les había inducido a atarme a la cama a última hora de la tarde. En breve me devolverían a la habitación que iba a ocupar en solitario.

Cuando Rebeca me vio llegar cinchado y gritando barbaridades tuvo un espasmo de irrealidad que la paralizó. Fascinada, me vio insultar y lanzar patadas contra Jose, su compañero. Contempló mi rostro demudado por la cólera.

—Hola, doctor —dijo Rebeca al fin.

Al escuchar su voz, amainó mi ataque.

—¡Rebeca! Qué guapa estás. —Rebeca pensó que incluso en el limbo me mostraba zalamero—. Parece que pasaremos la noche juntos. Qué bien. ¡Y además la 26! Una habitación con vistas.

Echamos un vistazo simultáneo a la cristalera. Las luminiscencias de la ciudad reverberaban a lo largo de kilómetros, cortadas repentinamente por la masa negra que se extendía a nuestra izquierda.

—Ah, el mar —dije con afectado lirismo.

Poco después, la medicación comenzó a actuar. Me dormí.

Rebeca afirmará que la doctora Mallo sugirió a Carmen y Marta que no se quedaran a acompañarme. Estaban muy asustadas. Yo las había rechazado con violencia en varias ocasiones y, tras comprobar que su cercanía me enervaba, Mallo sólo les permitió acompañarme unos minutos de incógnito, apostadas tras la cortinilla separadora de camas.

—Lo mejor será aguardar la evolución a partir de mañana. Váyanse a descansar.

—¿Le van a dejar atado? —preguntó Carmen.

Rebeca dirá que, en otras circunstancias, el paciente habría permanecido con contención. También habríamos permitido que se quedara un familiar a pasar la noche. Pero mi caso, de nuevo, era distinto. No había precedentes. Ningún neurólogo había sido atendido nunca en aquel Departamento de Neurología. De modo que me desataron, si bien prohibieron la compañía de familiares.

Soñé que yo era un buey. Poco a poco, sentí mi peso desplazarse hacia un lado de la cama hasta despeñarme por una especie de abismo que me mantuvo en suspenso durante una larga caída, y al impactar contra el suelo exploté desparramando mis vísceras por toda la superficie de urgencias, impregnando con mis fluidos los azulejos de los boxes. Desperté sofocado por la vividez del sueño. Sonreí al ver a Rebeca.

—Hola, doctor.

—Hola, guapísima —dije acompasando la respiración—. Venga, métete en la cama conmigo, ahora que no nos ve nadie.

La habitación 26 es la última del pasillo. Queda junto a los ascensores y más lejos que cualquier otra del box de recepción. Como el resto de las enfermeras, Rebeca sabía que, en caso de problemas, debería decidir en un instante si optaba por alcanzar el timbre de aviso o correr hacia el pasillo. La puerta estaba entreabierta.

—Duerma, señor doctor —respondió.

—Tengo pipí —dije incorporándome al tiempo que yo mismo me bajaba unos pantalones que a saber cómo habían llegado a mis piernas. Rebeca me acercó el embudo, donde oriné mientras ella aspiraba a que alguno de mis renqueantes circuitos hubiera descifrado que mi enfermera favorita no me iba a acompañar al baño ni se iba a encerrar conmigo en ningún lugar.

—Estoy así por el *mobbing* —dije al acostarme—. ¿Tú sabes lo que me

han hecho? Es por el *mobbing*.

—Descanse, tiene que descansar.

Poco después me volví a dormir. Rebeca se sentó en la butaca a observarme. Había oído algo sobre «el *mobbing* al Escobedo» pero nunca supo hasta qué punto era cierto y supuso que la paranoia del *mobbing*, al menos el *mobbing* como el que yo describía, capaz de encorsetarme en una camisa de fuerza, era fruto de mi psicosis. Qué pena le di. Cómo me había quedado. Rebeca asimiló por primera vez en serio que aquello le podía suceder a cualquiera, incluso a un «señor doctor», la engolada fórmula con la que solía dirigirse a mí.

La locura de los internos no alteraba especialmente a Rebeca. Había asistido a sórdidas agonías por drogadicción; a la lenta destrucción de enfermos de sida que arrastraban junto a ellos a sus padres, sus parejas; a duros conflictos familiares que se dirimían a gritos y golpes en el mismo hospital. Pero reconocerá que mi enfermedad la desubicó, porque hasta entonces sólo había asociado mi figura a la facultad de curar. Yo era un doctor. No podía ponerme enfermo. Dirá que le impactó que alguien «tan inteligente» perdiera la cabeza de esa forma, y que esa noche lloró por mí.

Durante el ingreso, me realizaron una exploración física normal, incluida la neurológica, y efectuaron desde el clásico *screening* inmunológico hasta la práctica de hemocultivos y serologías para detectar sida. Todo salió negativo. El escrutinio que intentaba especificar los orígenes del delirio incluyó un TAC craneal, una resonancia craneal y la punción lumbar que detectó una ligera alteración en algunas células, nada preocupante *a priori*. Entonces intervinieron los psiquiatras. Su receta fue haloperidol. El día después de las primeras dosis amanecí abotargado pero lúcido, sin acordarme de prácticamente nada. En veinticuatro horas, el haloperidol había acabado con el trastorno de conducta. Tras cuarenta y ocho horas asintomático sin suministro de neurolépticos, recibí el alta con la recomendación de seguir control ambulatorio.

Costas dirá que el equipo de neurología estaba viviendo mi caso de manera dramática. Para evitar que el espectáculo de mi desvarío se convirtiera en la comidilla de Can Petri, el jefe había ordenado «silencio sepulcral» a todo el equipo mientras se me practicaban las pruebas, que no ofrecieron

respuestas. No sabemos dónde estamos, pensó Costas. Y, considerando sus dificultades y mi condición de doctor en nómina, concluyó que de momento lo más importante era sacarme de allí.

Con el alta en la mano, Marta se dirigió al jefe de psiquiatría para pedir explicaciones, porque tanto sus ojos como su rudimentario olfato médico le aseguraban que ni yo estaba en condiciones de salir del hospital ni ella —esto no se lo dijo al psiquiatra— dispuesta a asumir mi vigilancia. ¿Cómo iba a dormir conmigo en ese estado? Yo aún daba miedo. Pesaba treinta kilos más que mi hija, era un hombre y la furia o lo que me hubiera poseído multiplicaba mi potencia. A Marta le aterrorizaba llevarme a casa, se veía incapaz de solventar una situación de crisis sola. Sus abuelos estaban de vacaciones en Chile, su madre convivía con un hombre al que yo acababa de dinamitar las vacaciones en Italia.

—Según los informes, no hay problema para que Camilo vuelva a casa —dijo el psiquiatra—. Si surge cualquier problema, avisad enseguida pero, en principio, con esta medicación sólo hay que esperar la mejoría.

Marta, Diana y Carmen constituyeron un gabinete de crisis.

—Camilo no puede irse a casa —dijo Carmen—. Parece que se lo quieran sacar de encima. Supongo que queda mal tener ingresado a un doctor enfermo.

—Eso está claro —dijo Marta—. Pero lo van a echar. ¿Qué hacemos? ¿Con quién se va?

—Yo tengo a los niños y, bueno, ya ves cómo está —respondió Carmen—. Podría dejarlos con alguien, pero ¿hasta cuándo? No sabemos cuánto va a durar esto.

Diana observó con las manos en los bolsillos de la bata a las dos mujeres que debatían frente a ella. Por muy psicóloga que fuera Carmen, el miedo y el desamparo que transmitía no la aconsejaban como cuidadora. Mi jovencísima hija quedaba obviamente descartada. En cuanto a Sol, yo le había destrozado las vacaciones, aparte de que de ella no podía esperarse un gesto solidario que más bien habría rozado la estupidez teniendo en cuenta que aceptarme en casa supondría relegar aún más a su damnificada pareja y, encima, relegarla por mí. ¿Quién quedaba? Ella. Diana. Diana me quería. Desconozco la forma exacta y la magnitud de su aprecio entonces, pero aún me quería como se quiere a pocas personas a lo largo de una vida. Entre nosotros siempre habrá algo grande y hermoso. De todas formas, dirá que no sabe muy bien por qué lo hizo. Quizá pretendió paliar la sensación de abandono en la que el resto de

los neurólogos había dejado a mi familia. Sin duda la impulsó la intensidad del pasado que nos une, si bien desechó albergar esperanzas sobre un hipotético retorno como pareja, o al menos desechó pensar en ello, repitiéndose que se trataba de una cuestión de cariño y moral. Una iniciativa desinteresada.

—Me lo puedo quedar yo —dijo soplándose el flequillo.

Carmen pronunció el «¿estás segura?» correspondiente antes de aceptar la oferta.

—Con nadie estará mejor que contigo —le dijeron mi hermana y mi hija, convencidas de que eso era una verdad absoluta.

—Si pasa cualquier cosa, me llamas —dijo Carmen—. Gracias, muchas gracias.

Diana tomó el kit de medicamentos que acababan de rellenar las enfermeras de psiquiatría y desestimó calcular con precisión cómo se iba a organizar los próximos días para vigilarme y acudir al hospital. Ya me lo montaré, pensó, y alteró incomprensiblemente su tendencia a programar cada paso. Para no pensar en los importantes asuntos que dejaba en el aire, empezó a darle vueltas a la excepcional aparición de un brote tan violento en un hombre de casi cincuenta años, y barajó el origen psiquiátrico y una encefalitis como posibilidades no confirmadas. Pero las pruebas habían excluido el cáncer que a veces aparecía asociado a enfermedades autoinmunes paraneoplásicas, y la encefalitis se había descartado. Y, sin embargo, mis síntomas tampoco eran exactamente psiquiátricos.

—Tengo una encefalitis —le dije a Diana mientras me llevaba a casa—. Por garrapatas. Hace unas semanas fui a la montaña y debieron de picarme garrapatas. Tengo una encefalitis límbica por *Borrelia*.

En algún paréntesis de lucidez había logrado analizar mis síntomas atisbando que muchos coincidían con el tipo de enfermedades a las que había dedicado mi tesis, la enfermedad que siempre había tenido en la cabeza. En la cabeza. Casi parecía una broma. Y a Diana se lo pareció, porque yo acababa de formular un diagnóstico imposible. Una encefalitis límbica resultaba incompatible con la picadura de una garrapata. O era límbica o era por *Borrelia*, pero fundir ambas posibilidades sólo demostraba el alcance de un caos que me invalidaba como médico. Demostraba que había dicho encefalitis por azar o porque, a fin de cuentas, mi obsesión por la autoinmunidad me impelía a la perversión de imaginar que yo mismo era víctima de una encefalitis autoinmune.

Al entrar en casa, empecé a redactar sobre la mesa mi diagnóstico diferencial. Diana dirá que escribí compulsivamente y mezclé mi historial clínico con momentos de la excursión al Tago e ideas sin un sentido claro. Me recuerdo garabateando sobre el papel a la luz blanda del comedor. Todo es caliente en el recuerdo: la luz, los colores, el clima, la sensación.

Diana dirá que pasé una noche agitada, me hizo engullir un montón de sedantes. Por eso, cuando Marta, Leire y Elia me visitaron por la mañana, Diana se sorprendió al escuchar mi discurso más o menos hilvanado. Hablé despacio intentando controlar cada palabra hasta conseguir que las chicas atribuyeran la obvia anormalidad del fraseo a un período de fatiga.

—Sólo necesitas descansar, papá —dijo Leire—. Llevas una racha de estrés que no veas.

—¿Por qué no pides que te alarguen las vacaciones? —dijo Marta.

—Esta tarde echa una buena siesta —propuso Elia.

Diana afirmará cuánto le conmovió mi esfuerzo por tranquilizar a mis hijas. Durante un rato vencí incluso a las fluctuaciones de conciencia. Diana afirmará que fue como asistir a la lucha de un hombre contra su cerebro, o contra lo que fuera que me había invadido. También le sorprendió cómo, en cuanto mis hijas salieron de casa, me dejé ir.

—Ya tengo los bikinis planchados —susurra Emma al entrar en mi despacho y deja un libro de poemas sobre el escritorio: *Altazor*—. Esto es para ti. Lectura para el vuelo. He pedido una habitación doble, como acordamos. ¿Seguro que no te importa?

—No te preocupes. Es mucho más barato. Ninguno de los dos vamos sobrados de dinero.

—¿Me invitas a merendar y hablamos un poco sobre el viaje?

—No.

Emma petrifica el gesto. Despega los labios sin articular sonidos.

—Gracias por el libro —digo.

Emma sonrío y se va. ¿Qué estoy haciendo? Voy a viajar a Canarias con una jovencísima residente cuando aún no he salido de una enfermedad que me ha dejado sexualmente devastado. Logro masturbarme de vez en cuando pero nada que ver con antes del brote. Los jodidos medicamentos me mantienen bajo mínimos. Aunque quizá Emma no pretenda nada más que unas vacaciones en compañía de alguien con experiencia que le enseñe un par de trucos y le cuente la profesión de otra manera. Quizá busque desesperadamente argumentos para continuar en neuro antes de renunciar. Porque no puede ser que sienta interés verdadero por mí. Interés completo, incluido el cuerpo. Sigo tocado y se nota, seguro que se nota. Soy mucho mayor que ella. Veinte años. Y, sin embargo, su ímpetu me está arrastrando a dudas y juegos de otra edad. Pensé que no volvería a vacilar así. No puedo renunciar a esta ilusión después de lo que he pasado.

Ceno con la cleptómana y la bulímica que conocí en el CHAMM. Yo soy el bipolar. Nos ponemos al día. Una de ellas ha tenido problemas para reincorporarse al trabajo, aunque sigue intentándolo. La otra sólo dice que está bien. Todo el tiempo, que está bien. Cuando les cuento que me voy a Lanzarote con una chica, una me desea suerte y la otra grita: «¡Cuánto has mejorado!». No sé si se refiere a mi actitud durante la cena o a lo que presupone haber conquistado a alguien, pero de cualquier modo les doy las gracias a las dos.

En el avión, Emma saca una bolsa llena de Chupa Chups.

—Para que no fumes —dice—. Cada vez que te apetezca un cigarro...

Me acerca la bolsa abierta. Mientras desenvuelvo el caramelo, Emma abre un libro inesperado.

—Es que me he apuntado a la Universitat Oberta —dice.

—¿Para estudiar antropología?

También va a estudiar asignaturas como historia del arte, inglés, literatura medieval o historia del pensamiento filosófico y científico.

—¿Y la neuro?

—De eso ya tengo.

—No lo entiendo. Eres neuróloga.

—Mira.

Me enseña un fragmento donde se asegura que las convenciones sociales y las normas éticas están por encima de la biología. El libro sugiere que las civilizaciones modelan los instintos y, en consecuencia, la salud de las personas que las integran. También cuestiona que el mundo occidental sea el más adecuado para los seres humanos, porque exige adaptarse con una rapidez excesiva a un ambiente tan complejo que empieza a superarnos. Según el autor, el ecosistema plantea retos decisivos sin aparente solución que cuestionan muy seriamente si seremos capaces de sobrevivir en este superorganismo que es la Tierra.

Comparto sin matices la preocupación medioambiental. Visto así, el interés por la antropología de Emma tiene su qué pero prefiero decirle que lecturas como ésa la desvían de su misión.

—¿Está bueno el Chupa Chup? —responde ella.

Lanzarote ofrece todo el espacio que necesitaba. Aquí es fácil salir de uno mismo mirando al horizonte, siempre lejos. El aire es tónico y vibra. Hay una placidez tensa que me relaja, aunque los nervios vuelven cuando entramos en la habitación con una sola cama.

—Qué grande —dice Emma—. ¿Qué lado prefieres?

Con Sol dormía en el derecho pero hace demasiado que no comparto cama de manera sostenida y no añoro mi posición.

—Yo me duermo donde caigo —respondo.

Vagamos toda la tarde sobre piedras y arena devanando nuestras historias. Emma tuvo varias relaciones y ese novio obsesionado por controlarla. Cuando comento que estoy leyendo los poemas de *Altazor*, pide que le recite alguno.

—Altazor, ¿por qué perdiste tu primera serenidad? ¿Qué ángel malo se paró en la puerta de tu sonrisa, con la espada en la mano?

Emma camina mirando al frente, seria.

—¿Diana también te habló de ese libro? —pregunta.

—No sé..., creo que alguna vez. Puede que me lo sugiriera porque le gusta mucho la poesía.

—Diana es estupenda. Me ha ayudado mucho.

—Creo que ella también te aprecia.

—Ya.

Después de cenar, nos aseamos por turnos y nos metemos en la cama. Emma se acuesta en el lado derecho, de modo que me toca el izquierdo, al revés de como dormía con Sol. Nos damos la espalda. Llevo encima el antidepresivo, el litio, el neuroléptico y Topamax, una batería de aplacantes que me persuade de ensayar un abrazo a Emma. Quizá sea lo que espera de mí pero no quiero hacer el ridículo si la cosa va a más. La polla no se me ha levantado en todo el día, y no me extraña porque no dejo de pensar en ella. Pensar todo el tiempo en tu polla es la mejor forma de intimidarla. Si además vas forrado de medicinas, no cuesta nada sublimar las actitudes de un monje.

Emma dirá que ahora mismo está despierta pensando que quizá se ha hecho ilusiones falsas, que al menos podría abrazarla. También sopesa que las medicinas me hayan neutralizado y esté durmiendo desde que caí sobre el colchón. Hemos dormido juntos varias veces en las guardias pero esto es diferente. Hoy no lleva su pijama de Mickey Mouse. Como mínimo disfrutaré de las vacaciones, intenta engañarse Emma mientras busca conciliar el sueño.

Al día siguiente exploramos algunas playas y áreas volcánicas. Las esculturas y construcciones de César Manrique nos impresionan. Conversamos sobre la capacidad de aquel hombre para integrar arte y naturaleza, sobre cuánto condiciona el espacio. Hay lava por todas partes.

—Deberíamos montar un hotel aquí —dice Emma.

—Sería un hotel muy caliente. Un Hot Hotel.

—Montemos uno. Lo llamaremos Hot Love.

—Y le encargaremos la sala de control a tus padres —digo, porque por la mañana le he preguntado en qué consiste exactamente el negocio de «hacer» salas de control que dirigen sus padres.

—Las estaciones de Renfe, los edificios públicos —ha dicho Emma—, centros comerciales, los pabellones multiusos... Hay un montón de sitios que se

dirigen gracias a salas de control. ¿Sabes esos lugares llenos de paneles y lucecitas y monitores que salen en las películas? Pues alguien tiene que encargarse de diseñarlos, construirlos. Y ahí están mis padres.

—Es la primera vez que oigo algo así.

—Ya. Es el tipo de cosa en la que no piensa nadie. Y, sin embargo, esas salas están detrás de nuestro día a día.

—Que tus padres se dediquen al control me da que pensar.

—Tranquilo, no me han puesto ningún chip.

Después de comer estamos cansados y volvemos al hotel. Emma se ha tumbado en el centro de la cama. Noto cómo se gira hacia mí, la radiación de su cuerpo cerca. Sus dedos en mi pelo.

—Emma... —digo—, no sé.

—No te preocupes. No pasa nada.

—Quizá no pueda.

Me encuentro muy mal, al borde de la angustia. Nunca me entregué a esto en un estado tan vulnerable. Es peor que ser joven.

—Abrázame —dice Emma.

La abrazo. Siento su calor más allá de la piel. Me acaricia y besa despacio, dándome un tiempo que sabe medir.

—Es que eres tan joven —digo.

Emma me besa en los labios. Siento que me conoce. Sabe responder a mis llamadas. No necesito alardear ni fingir, y esa calma y su insinuante dulzura me provocan una erección. Oh, gran polla sabia. Guíame. Mantente alta. Y guíame.

—No pienses —dice al ver cuánto me sorprendo—. No pienses. Ven.

Hacemos el amor con cuidado. Emma vela por mantenerme dentro de ella. Me hace aguantar. Más y más tiempo. Si decaigo, me recupera.

—Sigue. Vamos. Ven. Ven.

Y lo consigue. Lo consigo. Lo conseguimos.

Luego hablamos de sexo sin rodeos. Emma describe algunas técnicas que usa para masturbarse. Es la primera mujer que me cuenta que lo hace, pertenece a otra generación. ¿Qué busca esta chica en mí?

Volvemos a Barcelona justo a tiempo para que yo asista a las bodas de oro de mis padres. Han venido parientes de Granada. El bullicio me supera pero sé cómo entretenerme: he advertido a mis hijas que estoy saliendo con una chica y les enseño fotos del viaje a Canarias.

—Papá —dice Marta con el rostro en combustión.

—No te preocupes, es mayor que tú. Anda, enseñádselas a la abuela.

Mis hijas obedecen.

—¿Y ésta quién es? —pregunta mi madre.

—La novia de papá —responde Leire.

—¿Cómo que la novia? ¿Tu padre tiene novia?

—Sí. Se llama Emma.

—Cami —dice mi madre indicando que me acerque—. ¿Ésta es tu novia?

Pero ¡qué joven es!

Mi madre bebe un sorbo de café.

—Tiene veinte años menos que yo —digo.

Amaga con escupir lo que ha bebido.

—¿Veinte? Hijo...

Mi madre se pregunta si esto es un coletazo residual de mi locura pero también sabe que soy un hombre divorciado de casi cincuenta años, y conoce otras historias así.

—Pues nada —añade—. A ver si la traes un día.

Cuando estamos solos, Emma me llama Bel, un apócope de *beloved*. Querido. Yo la llamo a veces Belovita. Le encanta jugar a querernos y poco a poco me gana para su causa. Emma me gusta, me atrae, me excita, pero no ha entrado con la fuerza arrebatadora de antiguos enamoramientos. La he ido observando como si yo estuviera dos pasos por detrás de la relación. Ahora sé que la distancia que, dicen, procura la experiencia son esos dos pasos por detrás. Desde ahí he visto a Emma venir y colocarse en la posición adecuada para levantar una historia de amor. Creo que me quiere, al menos lo suficiente. Me pregunto más por su afecto que por el mío. Yo he ido avanzando de la atracción a la estima, al cariño y, por fin, a esta nueva clase de amor sosegadamente firme del que sin embargo no dudo. Sigo preguntándome cómo es posible que el elegido sea yo, un enfermo. Porque ya siempre lo seré. Me he restablecido muy bien, funciono como cualquiera, nadie tiene por qué saber nada, pero ya para siempre estaré bajo mi propia vigilancia y la de quien desee acompañarme. Aunque quién mejor que una neuróloga. ¿Qué pasa por la cabeza de Emma para liarse con alguien en decadencia? Si se trata de una depravada, bienvenida sea. Desde luego que yo no la voy a regenerar.

En junio, Emma deja la casa de sus padres para instalarse en mi piso del Guinardó. Hace unos días comimos los cuatro juntos en un japonés. Me sentí

bien, y reímos cuando un camarero decidió que el padre de Emma era mi hermano.

—¿Estás segura de lo que haces? —le ha preguntado su madre antes de irse—. Ese hombre tiene hijas.

—Tranquila —ha respondido Belovita—. Soy terca, esto no puede no salir bien.

Emma sabe que la separación pulverizó mi economía y que viviremos apretándonos el cinturón, pero está enamorada de verdad.

—Una cosa, Bel —me dice una tarde—. ¿Qué hay entre Diana y tú?

—¿Cómo te has dado cuenta?

—Os habláis diferente, no sé. Hay algo que no es como con los demás.

Le explico el antiguo romance. A fin de cuentas, pronto deberemos comunicar el nuestro en Can Petri.

—¿Dos adjuntos? Debió de ser un buen escándalo —dice Emma—. Al lado de esa historia, la nuestra va a sonar de lo más normal.

Es cierto. Los líos entre adjunto y residente forman parte del día a día hospitalario. Quizá nuestra diferencia de edad llame un poco la atención pero qué más da. Me entusiasmas, Belovita. Eres maravillosa.

Leire viene a cenar. Emma ha comprado hamburguesas de tofu al saber que mi hija se ha hecho vegetariana. Es el primer contacto con alguien de mi familia y se entienden impresionantemente bien. Leire cuenta que pronto se irá de casa de Sol. Le gustaría okupar algún edificio y trabajar de lo que sea. Habla convencida, moviendo los brazos hasta desembocar en la indignación porque los chavales a los que encarcelaron después del macetazo siguen encerrados sin pruebas que los inculpen.

—Pero continúas en la universidad, ¿no? —le pregunto.

—Claro, papá. ¿Por qué no iba a seguir?

¿Por qué? Porque nos vemos cada dos o tres semanas y sé que en ese tiempo la cabeza te puede dar un buen vuelco.

—Las escaleras de Bellvitge me sirvieron un montón —añade Leire. Emma pone cara de no entender—. Es que durante el ingreso de mi padre yo estudiaba por las tardes en las escaleras del hospital. No había muchas formas de entretenerse. Creo que ha sido la época que mejores notas he sacado.

—Si empiezas a suspender avísame —digo—, que hago que me vuelvan a encerrar.

Leire continúa hablando como si no me hubiera oído. Está satisfecha con

lo que aprende en la carrera de Historia, aunque la estudia porque algo hay que hacer. Dice que la Historia le da perspectiva para entender mejor algunos abusos y actuaciones, y las posibilidades de la desobediencia. Mientras, se gana la vida trabajando en una jardinería donde le pagan una miseria que considera suficiente. Supone que algún día tendrá un perro. No le faltan colegas pero echa de menos una relación más íntima que podría resumirse en cuidar y ser cuidada. Se va a convertir en una perroflauta purasangre. Los estereotipos casi siempre tienen razón.

Leire dirá que la conexión con Emma ha sido instantánea. Le ha encantado que Belovita sugiriera formas de recaudar dinero para financiar las jornadas de antipsiquiatría que impulsa su colectivo, y que la animara a hacerse pronto con ese perro que desea.

Enciendo un cigarro.

—¿No prefieres un Chupa Chup? —dice Emma.

La miro por encima de la llama prendida. Doy una calada profunda. Al volver de Lanzarote, Emma dijo que iba a conseguir que dejara de fumar. Está convencida de que controlar el tabaco es fundamental para desprenderme de lastres que no veo. Dice que soy impulsivo y que fumar es la prueba de una incontinencia reveladora de mi carácter hipomaniaco y adictivo. Joder. Mi pareja es neuróloga. Dice que si controlo el tabaco, muchas otras cosas mejorarán. Tiene toda la razón. Doy otra calada.

Cuando Leire se marcha, bajo con ella a tirar la basura. Después voy al bar y me bebo dos whiskies mientras fumo otro cigarro. Estoy haciendo caso a muchos consejos de Emma. Desde luego, es la mujer a la que más me esfuerzo por complacer, y mira que ha habido mujeres en mi vida. Siempre rodeado de mujeres. Exmujer, tres hijas, no sé cuántas amantes, mi madre... Creo conocerlas bastante bien, supongo que por eso nunca me ha costado conversar con chicas. Pero me siento más cómodo entre hombres porque con ellos me permito otra intimidad, ser tan brutal y cabrón y sincero como en realidad soy. Sin embargo, sólo he dependido de mi madre y de Diana. Creo que aún dependo. Acabo el whisky golpeando el vaso contra el mostrador, pago.

Por la mirada de Emma ha olido de dónde vengo. Entiendo su enfado, aunque a lo largo de mi vida el tabaco me ha perjudicado mucho más que el alcohol. No debería confundirse. Bebo porque necesito el sopor. No debería ponerse así. Le estoy permitiendo domarme. ¿Qué está diciendo? Ha alzado la voz, aunque en ella eso ni siquiera equivale a hablar fuerte. Emma, mi amor,

nada es perfecto. Necesito un margen, preservar mis matices, como aquel poeta que no quería un amor civilizado. A lo mejor pertenezco a ese club. El de los poetas. Vale, vale, no volveré a hacerlo. Estoy borracho.

Pocas semanas después, reúno a mis tres hijas para presentarles a Emma. El sol cae a plomo y los ventiladores del restaurante frente al mar nos agitan el pelo a intervalos. Pedimos paella. Marta afirmará que antes de venir se ha preparado para no irritarse más de la cuenta en el caso de que mi nueva novia sea una chica más o menos como ella. Carmen, Leire y las fotos de Canarias le han advertido sobre la juventud de mi nueva pareja, pero Marta no estaba cuando especificué su edad, y aún aspira a que Emma sea o parezca lo bastante veterana para poder asimilarla mejor.

—Como sea de mi década, me niego —le dijo el otro día a Carmen.

Y eso que Marta se considera abierta, tolerante, flexible. Nunca ha defendido a los que critican a las parejas de los padres separados. Incluso le da pena verme solo, sobre todo después de la enfermedad, y por eso se repite que debe estar agradecida de que alguien, sea de la edad que sea, me cuide en este período escabroso. Pero cuesta pasar por ciertos tubos.

Marta sostendrá que cuando besa las tersas mejillas de Emma certifica que no es mucho mayor que ella y, pese a lo concienzudamente que se ha mentalizado, le impacta topar con una... madrastra así. O lo que sea. ¿Qué hace esa niñata con mi padre? ¿Qué busca? ¿Qué buscan?

En la mesa, Marta se mantiene educada y distante mientras estudia a Emma. Interpreta que la neuróloga se expresa honestamente. Le sorprende la calma que transmite, como si se hubiera zampado cuatro Valium. Esta tía no es normal, piensa Marta.

—¿Preparada para volver a la universidad? —pregunta Emma a mi hija.

—Ahí estoy —responde Marta, esperanzada con la idea de afrontar al fin un curso universitario corriente.

El primer año aprobó aun sin ir a clase desde febrero, concentrada en mi enfermedad. Y la mitad del segundo curso la pasó saliendo de fiesta y durmiendo, faltando a clases; el cuerpo le pedía descargar la tensión acumulada en los meses anteriores. Ahora anhela normalidad. Sólo eso. Y una madrastra de su quinta no ayuda a conseguirla.

Cuando, siguiendo el consejo que le he dado esta mañana, Emma pregunta a Marta qué está leyendo, mi hija le cuenta que una vez me pidió una lista con los cien clásicos que no podía dejar de leer. Rememora el día que le pasé *Gran Sol* de Aldecoa y cómo se contagió de mi pasión por los judíos norteamericanos. Marta dirá que Emma la está haciendo sentir extrañamente a gusto pese a la animadversión que no se diluye.

Cuando me levanto para comprar un paquete de Marlboro en la máquina de tabaco, Marta me acompaña.

—Papá —dice de espaldas a la mesa, que queda en la otra punta del comedor—. Supongo que serás consciente de que esta chica querrá tener hijos. Le sostengo la mirada.

—Puede ser —respondo.

—¿Y?

—¿Qué te parece?

—¿Ella? No sé. Es... educada.

—Mira, están llevando el postre a la mesa —digo señalando al camarero con la tarta helada—. Vamos, que se va a derretir.

Cuando nos sentamos, Elia está explicando que desde primero de primaria hace gimnasia artística con su buenísima amiga Anna, que le dio muchos ánimos mientras yo estuve enfermo.

—Algún día me gustaría ir a verte —dice Emma.

Elia afirmará que le ha encantado lo que ha dicho y el sosiego de su expresión. Emma irradia tranquilidad. A lo mejor es por su trabajo, aunque yo también soy médico y no transmito esa paz. Elia valora la vehemencia con la que nos expresamos en la familia, pero de pronto se le antoja excesiva. Recuerda alguna de las varias veces que su madre se ha puesto a llorar y ella, aun sabiendo lo a menudo que llora Sol, se ha dejado arrastrar por la emoción sumándose a los sollozos. Así somos los Escobedo, piensa, y se pregunta cómo lo hace Emma para controlar la situación de esa manera. Mírala, con qué maña corta la tarta. A Elia le ha caído bien desde el minuto uno. Sólo espera que no le pregunte por el colegio. Al pensarlo, echa un vistazo rápido a Leire, que está hincando la cuchara en su pedazo de bizcocho. No, Elia no quiere hablar del cole. Durante años amontonó calificaciones excelentes pero desde que Leire se marchó de casa sus notas se han despeñado. En la preevaluación para primero de ESO ha suspendido cinco. Leire ha sido la mejor cuidadora de Elia y la pequeña aún está digiriendo la reciente separación. Siente que se ha

quedado un poco sola. ¿Quién hablará con ella mientras Sol, Marta y Alberto permanezcan en la mesa conversando de derecho o política? Leire dibujaba con su hermana pequeña o la entretenía contándole historias. A menudo se la llevaba con sus amigos okupas a merendar. Desde que Leire se ha ido, después de cenar Elia se sienta en el sofá a ver la tele con el coloquio de los mayores de fondo.

—Ahora no estoy muy flexible —dice Elia—. Tengo los músculos un poco agarrotados.

—Has pasado unos meses un poco raros, como todos —dice Marta—. Pero últimamente estás entrenando muy bien. La temporada que viene va a ser estupenda.

Elia cabecea afirmativa mientras mastica la tarta.

Leire ha intervenido poco. Lleva una cena de ventaja y comprende que sus hermanas necesiten explorar. Está pensando que no podrá venir a mi próximo cumpleaños porque esas fechas las reserva para acampar en Rostock con la Rulos y manifestarse contra el G-8. Me lo dirá en un rato, antes de despedirnos, seguro que lo entenderé. Emma concede algunos detalles biográficos que mis hijas escuchan con atención mientras el ventilador agita sus cabellos, invistiéndolas de un aire silvestre.

En otoño, los colegas de Can Petri ya conocen mi relación con Emma. Diana se ha enterado a través de un residente. Aprecia mucho a Emma, la considera lista, vigilante, afectuosa, de modo que el impacto ha sido aún mayor. Intenta sacudirse la sensación de haber sido traicionada y más o menos lo consigue concluyendo que lo que busco es reproducir un modelo. Pese a los anhelos de libertad y de un amor contra las normas que cultivamos juntos durante un tiempo, Diana está convencida de que yo creo en el esquema de familia convencional. Y de que no puedo estar solo. Cree que necesito, y que yo sé que necesito, a una mujer, alguien que module mis fantasiosos demarrajés marcando límites de sensatez. Cree que aspiro a una idea de familia que en realidad no he conseguido. De modo que por eso Emma, aún tan joven, satisface una demanda profunda. Cree que con ella tendré hijos e intentaré ser feliz. Diana dirá que, pese al reflujó de tristeza por nuestro frustrado amor, de algún modo se ha alegrado al enterarse.

Le propongo tomar café en un bar del Eixample, donde nos encontramos dos días después. Allí resumo lo fundamental de la historia con Emma.

—Yo tampoco lo esperaba —digo al final.

—Quieres empezar de nuevo —dice Diana—. Lo entiendo. Pero ¿qué te pasa conmigo?

Nunca nos hemos enfadado. No quiero que Diana se enfade.

—Tú siempre vas a ser muy importante —digo—, pero las cosas han cambiado. Necesito poner distancia. Por eso, no puedo seguir guardando nuestras cartas. Aunque tampoco quiero que se pierdan y... me gustaría... que te las quedaras tú.

—¿Vas a devolverme mis propias cartas?

Cabeceo afirmativo.

—Si tú quieres.

—*Querer* no es el verbo más pertinente —dice Diana mirando a una irregular pared del local que necesita una capa de pintura.

En esa correspondencia depositó la parte quizá más visible de su alma, la mejor poesía de la que haya sido capaz. Si yo las rechazo... debería quemarlas. Pero no. No. Esas líneas son su traducción de la idea de amor y no va a desprenderse de semejante belleza —belleza creada por ella misma, además— sólo porque el receptor de aquel afecto pretenda tener un gesto diplomático con su nuevo ligue.

El regreso de las cartas supondría retroceder en el tiempo y la tentación de una relectura peligrosa. Recibir sus propias cartas destila algo inquietante. Diana teme desvirtuar el último atisbo de Gran Felicidad que ha tenido convirtiéndolo en un recuerdo fantasma, como si yo no hubiera existido y la intensa escritura no hubiera sido más que el monólogo de una loca ilusionada dirigido a un destinatario ficticio. Teme, en fin, que las cartas se conviertan en una fuente de dolor. Sí, ¿por qué no quemarlas? Porque rezuman calor, cariño, se responde la propia Diana. Porque son puras, y el mundo no va sobrado de virtud. Hay que preservar la pureza. Es una lección de la poesía. Y si hay gente que entierra residuos nucleares por doquier, ocultar tesoros quizá sirva algún día para contrarrestar una o dos montañas de inmundicia.

—Muy bien —acepta—. Envíamelas.

Tras recibir la caja —de cartón, embalada, se la llevo en coche hasta casa —, Diana pide a unos amigos propietarios de una masía en el Empordà que le cedan un rincón de su trastero para guardar un par de cosas. Desde entonces,

ahí reposa una parte de nuestra historia.

Hace unos meses nadie apostaba por la relación con Emma pero aquí seguimos. Mis padres la han acogido muy bien.

—Ahora sí —dijo el otro día mi padre—. Ésta es tu chica.

Mi hermana Carmen opina que al fin tengo a mi media naranja y asegura que se nota que Emma está enamorada. Leire y Elia se sienten a gusto con ella e incluso Marta, la más reacia, dirá que «el factor Emma» ha comenzado a conquistarla y que cuando escucha a su inverosímil madrastra hablarme serena y dulce recordándome la hora de las pastillas, sugiriéndome que pasee o que telefonee a Sol, se dice a sí misma que no puede ser que la familia haya tenido tanta suerte. No puede ser que Emma sea tan estupenda.

Desde hace dos semanas cuidamos de una gata a la que hemos llamado *Sparcl*, el nombre de un ensayo clínico del que Costas habla todo el día. Es una cartuja negra azulada que según cómo le toca la luz parece envuelta en purpurina. Ahora mismo, por ejemplo. Quizá en esta idílica visión influya el que acabo de beberme dos whiskies en el bar de abajo. Qué bueno es el whisky, macho.

Los primeros cerebros capaces de pensar empezaron pensando sin duda en el cuerpo. Es la fortaleza a proteger pero yo la tengo bastante desguarnecida. A la mierda la fortaleza. Tantas preocupaciones para qué. Desde el brote, mi físico ha cambiado. Soy más flaco y mi rostro no acaba de producir la gama de gestos con la que antes expresaba emociones. Me siento apagado, inseguro y rígido a causa de esa misma inseguridad. Soy más frágil, más vulnerable y supongo que por eso me inquieta tanto el futuro mientras envejezco a marchas forzadas. En definitiva, soy menos que antes, aunque no sepa concretar con exactitud menos que qué. La sensación de pérdida es abrumadora. Quizá los doctores se han pasado con la serotonina y me han dejado colgado en un limbo casi normal pero insuficiente para, por ejemplo, ejercer de nuevo como neurólogo, que es lo que soy.

Cierro los ojos dispuesto a estudiar las sinapsis neuronales que se ejecutan en este segundo en mí. Vislumbro un flujo cautivador. Una densidad de ámbar y azules donde se conectan frenéticamente dendritas microscópicas ofreciendo un sentido al cuerpo que los contiene, ese cuerpo que para el mundo exterior se resume en Camilo Escobedo. Yo. Soy un estado

neurobiológico perpetuamente recreado. A fuerza de repetirme, me he construido. En eso consiste estar vivo, ¿no? Somos una repetición sostenida. Hay quien adora la rutina de sí mismo pero hoy yo vuelvo a no aguantar la mía. Llevo demasiado tiempo resistiendo lo que acontece bajo esta piel. Resistíéndome.

Este malestar incrustado podría deberse a un estrés crónico. Culpo siempre a las pastillas, pero la tristeza y la ansiedad también estarán alterando mi regulación de hormonas sexuales, triturando mi sistema inmunológico, exponiéndome a saber qué nuevos ataques. Tengo una respuesta: a la mierda. Me bebería otro whisky. O dos. Tres. Aunque tampoco quiero pasarme de rosca con Emma. Me encanta mi chica. No, no ha sido un enamoramiento fulgurante pero nadie me ha reportado tanto bienestar. Me siento querido y entendido. Me intuye antes de comprenderme. Aunque se le escape que sopeso suicidarme. He descartado las fórmulas médicas, no quiero que ningún colega se sienta culpable, aparte de que entrar a coger insulina en el hospital me pondría en evidencia. Un lío, vaya. Y si te tomas pastillas, con un lavado de estómago te salvan. No. Saltar desde el puente de Vallcarca es mejor. A tres calles he localizado un sitio donde suele haber aparcamiento, porque subiré en coche. No me gusta la idea de irme a suicidar en autobús. Luego me auparé al borde y saltaré rápido, por si aparece el héroe de turno. Imaginar los sesos machacados y la sangre deslizándose por el asfalto no es agradable pero tampoco es lo peor. Últimamente vuelvo a pensar a menudo en matarme, quizá porque el suicidio sale más en los periódicos. Había pensado muchas veces en la gente que se mata a conciencia pero siempre lo hice de forma genérica, como solemos pensar los doctores. Nunca con el detenimiento y la perspectiva de ser yo el protagonista. Yo el que elaboro el procedimiento y se destroza el cráneo en la caída, el que se convierte en amasijo. Podría darme miedo si no deseara hacerlo. No sé. No sé si lo ejecutaré. Si me ejecutaré. Siempre con fantasías. Fantasías que por cierto han disminuido, porque ya no poseo la capacidad de antes del brote para generar ideas ni por lo tanto innovar. Joder. Ésa es una estupenda razón para matarse.

Si al final no me mato, seguro que veré a los pacientes con instintos suicidas de una manera diferente. Ésa es la buena noticia: he pasado de la teoría a la práctica. He accedido al sentimiento.

—*Beloved*... —dice Emma—. ¿Por qué bebes?

Adoro su tacto.

—¿Y tú por qué quieres tener a *Sparcl* si eres alérgica a los gatos?

—No es lo mismo. Y no cambies de tema. ¿Por qué bebes?

—No es asunto tuyo.

—Así no vas a recuperarte bien. No sabemos lo que has tenido y...

—No —digo— es —marcando bien cada palabra— asunto —alzo la voz— tuyo.

Emma se queda mirándome con fijeza hasta que sus facciones comienzan a distorsionarse por el esfuerzo de contener las lágrimas. Se va a llorar al cuarto de baño. Afortunadamente, lo hace en silencio.

Perderme ha sido una derrota demasiado perturbadora para permitirme compadecer a los demás. Quizá se deba a que yo absorbo toda la compasión, me la quedo para mí. Lo peor es que no me he perdido por completo, no me he perdido de verdad. Perderse a medias es un martirio porque sabes que estás perdido. Y fantaseas con salir... ¿de dónde? Mientras aguardo a que aparezca una salida que no estoy en condiciones de buscar me oprime la aplastante certidumbre de llevar, ahora sí, una vida incompleta, y no de un modo frívolamente filosófico, sino de lo más tangible, porque se trata de una vida físicamente incompleta. Soy un mutilado, un incapaz. No estoy a la altura del resto, cuando siempre competí aunque fuera desde mi relativa desventaja. ¿En qué me estoy convirtiendo? Soy un espectador de mi vida con cierta capacidad de sufrimiento, eso sí. Aunque tampoco tanta. Además, el sufrimiento del espectador no cuenta demasiado.

El mes pasado leí a Hume. Dice que la identidad personal es una ficción. Sin duda, la vida interior posee un ritmo, y su melodía nos construye. La narración que somos la necesitamos para dotarnos de una identidad, de un yo. Así que cada uno busca su hilo argumental para contarse. ¿Cómo me cuento ahora?

Hasta hace poco más de un año yo era el doctor inquieto, estudioso fiel, levemente mujeriego y admirador de Estados Unidos que defendía con heroísmo una posición en el hospital contra las malvadas fuerzas gobernantes de la Momia y el Loro. Un mártir en toda regla que hallaba en los regulares lingotazos de cualquier whisky el calmante común a tantos melancólicos y desahuciados que, como Hollywood demuestra sin cesar, de pronto despiertan de su letargo para, aparcando el alcohol y los tormentos, remontar vigorosamente reanimados por la venganza, la sed de justicia o el amor. Hasta hace poco más de un año, mi narración era así. Pero desde que me volví loco,

esa historia se ha truncado y aunque sigo atando cabos que deberían permitirme recuperar una mínima épica, la melodía de mi interior sólo repite un estribillo que dice: enfermo. Enfermo. Enfermo.

Observar me salva por ahora. El exterior está lleno de deprimente gente sana que arrastra sus cuerpos completos como si no les pertenecieran, y entre ellos me acomodo a gusto porque en los días buenos incluso me hacen sentir grande, me hacen ser consciente de que lo que queda de mí es lo que tengo, y basta con no arrastrarlo para ser más que normal. Por suerte, me resulta sencillo disimular porque aún existe una mayoría que ha decidido explicarse historias de mierda e interpreta magistralmente su guion.

—¡Apagad los móviles! ¡Nos escuchan! —grité cuando Víctor y Carmen entraron en casa. Diana les había telefoneado al constatar que ella sola no iba a poder controlarme. Un par de horas antes me había escapado a la calle y aunque de algún modo Diana consiguió devolverme al sofá, desde entonces me había ido mostrando cada vez más agresivo. Diana no querrá explicar cómo me comporté durante esas horas.

Cuando Víctor y Carmen llegaron de madrugada, Diana estaba partiendo un Valium con los dientes.

—Medio para ti —dijo entregándome una mitad— y medio para mí.

Lo engullimos al unísono.

—Pero apagad los móviles —susurré después.

En ese momento, Carmen pensó que yo estaba enganchado a alguna droga. Había visto delirar de una forma semejante a su antiguo novio neurólogo, que se automedicaba como yo. Y, también como él, tenía un cajón lleno de Trankimazin, Valium, incluso había visto parches antitabaco en mi mesita. A saber qué más escondería.

—¿Y las medicinas? —preguntó Carmen.

Diana cabeceó hacia el bolsito abierto sobre la mesa.

—Se las ha acabado todas.

Llenaron una mochila con la ropa y los utensilios necesarios para ingresarme y, al dirigirnos hacia la puerta, me abalancé sobre Diana agarrándola por el cuello. Empecé a estrangularla cuando Víctor me sujetó ambos brazos mientras me murmuraba al oído:

—Camilo, no pasa nada. Tranquilo. Suelta a Diana. Ahora vamos a arreglarlo. Venga, suéltala.

Obedecí. Carmen dirá que quizá reconocí en él a otro médico. Aunque Víctor se estuviera dedicando a la música y las matemáticas, reconocí a un igual, porque además era un hombre. Carmen dirá que los susurros me amansaban si provenían de figuras de respeto o cariño lo bastante atrevidas para sugerirme calma en los momentos críticos.

—Ahora vamos a salir tranquilos y subiremos al coche —dijo Víctor.

En el aparcamiento, me ubicó en el asiento del copiloto porque desconfiaba de colocarme atrás a solas con Carmen o Diana. Todos se situaron para defenderse del mejor modo en el caso de que yo atacara. Circulamos en silencio, ellos pendientes de mí.

En Can Petri refulgían las luces de urgencias contra la negrura exterior.

—¿Quién hay de guardia? —pregunté a la recepcionista de planta.

—Elisenda Mallo.

—¡La que faltaba!

Cuando vi a Mallo en el pasillo, exclamé:

—¡Lo que necesitas es un par de polvos, zorra! ¡Tú de lo que tienes ganas es de que te follen! ¡Mal follada! ¡Mallo de los cojones!

Carmen sonrió a contrapelo al reconocer a una de las personas de las que tanto le había hablado. Se sintió entre avergonzada y lúgubrementemente divertida por mi furibunda desinhibición, apesadumbrada ante el descubrimiento de que aquella situación le hacía abyecta gracia, una reacción tan incomprensible como la de esa gente que se desternilla cuando ve tropezar a alguien, pero así era. Situó en una nueva cota el alcance de su humor negro mientras intentaba borrar la sonrisita delatora que continuaba estampada en su boca, aunque si eliminaba la sonrisa no sabría qué boca poner, en realidad su rostro llevaba un rato trazando sinuosidades inéditas de forma autónoma ante unos hechos que la sobrepasaban al tiempo que, de algún modo igual de oscuro que su humor, le complacía que de una vez por todas su hermano mayor estuviera expulsando los demonios y ejecutando su venganza aunque fuera de un modo inconsciente.

También dirá que grité otras barbaridades, bastantes más, sin especificar cuáles ni cuántas. Teniendo en cuenta nuestro común pasado con Subirats, es fácil imaginarlas. De pronto, comencé a correr por el pasillo hasta que, al ver a un par de enfermeros preparados para placarme, me tiré al suelo chillando. Varios cuerpos se amontonaron sobre el mío, inmovilizándome mientras gritaba. Me ataron a una camilla y me clavaron una aguja, puede que más.

Me recuerdo a merced del camillero, las luces discurriendo por encima de nuestras cabezas, pensando «antes eras tú el que acompañaba. Ahora te acompañan a ti», insanamente satisfecho por disfrutar de aquella perspectiva. Lo iba a conocer todo. La postura del enfermo también.

Del resto de la noche recuerdo el frío, pese a la calefacción del hospital. El informe explica las siguientes horas: «El 5-22006 requirió ingreso urgente

por agitación psicomotriz, sin síndrome febril asociado ni alteraciones significativas en la exploración física y neurológica. Ayer se realizó EEG y RNM craneal que fueron informados como normales. (...) A la exploración, el paciente se encuentra consciente. Orientado en persona y desorientado en tiempo y espacio, de forma fluctuante. Actitud perpleja y hostil. Inquietud psicomotriz con tendencia a la agitación. Intensa ansiedad psíquica, con verbalización de ideación delirante hipocondríaca y paranoide. El juicio de realidad es fluctuante, siendo consciente en ocasiones de su estado, mientras en otros momentos se muestra hostil y agresivo. La ansiedad y la inquietud han empeorado con el tratamiento con haloperidol».

Cuando la segunda noche abrí los ojos, Carmen dormitaba en la butaca de al lado. Mi hermana descansaba mal e intentaba atisbar incluso en mi sueño los motivos del trastorno. Era psicóloga y, aunque los pacientes psicóticos escapaban a su disciplina, había visto suficientes casos para saber que uno no se desquicia así como así al filo de los cincuenta años. En mi historial no había constancia de brotes previos, nada que anunciara aquella explosión. Es cierto que a sus ojos yo siempre fui un poco friki y que el estresante período de Subirats había exacerbado mi manía persecutoria, si bien aquel agobio se fundaba en un problema real. Quizá yo lo exagerara, alguna vez Carmen me preguntó si no estaría imaginando episodios, pero no había duda de que el problema con Subirats existió.

Por otra parte, Carmen debía decidir qué iba a contar a mis padres. Les había dicho que estaba un poco inestable para no fastidiarles las vacaciones, pero ante la gravedad que denotaba mi inmediato reingreso supuso que ellos querrían acompañarme en una situación así.

—Eres una cuidadora fantástica —murmuré—. Qué suerte tiene Víctor.

Simuló seguir dormida.

—Carmen —dije.

Mi hermana prefirió no responder. Las otras veces que me dio palique, yo había hablado sin pausa y ahora no se sentía en condiciones de soportar un nuevo monólogo torrencial. Se había volcado en mí hasta anular sus cursos de formación semanales por primera vez en su vida, lo que suponía un enorme sacrificio, por muy pocas cosas Carmen faltaría al trabajo. Así que no le iba a remorder la conciencia por salvaguardar un poco su descanso.

Como me habían liberado de las cinchas, me levanté. La miré en silencio unos segundos. Fui al baño a orinar. Estaba a punto de amanecer.

—¿Duermes? —pregunté.

—Bueno...

—Eres una cuidadora fantástica. Qué suerte tiene Víctor de tenerte.

Carmen entornó los ojos.

—¿No notas la presencia de la muerte? —pregunté.

Carmen calculó la distancia que la separaba del timbre.

—¿Cómo... —dijo—, cómo es?

—Son tres —respondí hinchando el tórax—. La noto aquí. —Señalé al techo—. Ven.

Carmen no se levantó.

—Te he dicho que vengas —murmuré apretando los dientes.

—Cami, soy Carmen —dijo mi hermana asustada pero poniéndose en pie con los brazos semiflexionados, intentando establecer una barrera.

Carmen dirá que me moví rápido. Cuando mis manos se juntaron en su cuello, la arteria del mío se había dilatado colosalmente mientras los ojos pugnaban por reventar las órbitas y mis dedos apretaban con una fuerza que ella jamás había intuido en mí. Dirá que mi cuerpo se transformó cobrando la rigidez de una piedra. Que el hombre que la estrangulaba no era yo. Dirá que, por extraño que parezca, y aún más en alguien como ella, en ese momento abandoné mi humanidad, que fui demonio y que, en adelante, la maléfica violencia y el poder que yo emanaba le harían asociar aquella noche a posesiones y exorcismos.

Carmen trastabilló por la habitación mientras yo seguía aferrado a su cuello, ajeno a que mi hermana hubiera alcanzado el timbre. Más que pulsarlo, lo golpeó. En segundos, varios enfermeros y el guardia de seguridad me separaron de Carmen.

—¡La muerte! ¡La muerte! ¡Vamos a ver lo que es la muerte! —grité una y otra vez mientras me enfundaban la camisa de fuerza.

En una habitación anexa, una enfermera intentaba calmar a mi hermana. ¿Cómo puede estar pasándole esto a Cami?, pensó Carmen. ¿Qué coño está pasando? No sabemos lo que es la mente. No sabemos nada. Nada.

Lo que Sol y Diana sí supieron de inmediato fue que había que sacarme de ahí.

La noche que volví a coincidir con Rebeca, yo estaba más tranquilo que durante su última guardia. Se sentó en la butaca sosteniendo una carpeta con partes de otros pacientes y cuando iba a empezar a supervisarlos, le pregunté cómo le iba en el piso de l’Ametlla adonde se había mudado un año antes con su marido.

—Muy bien, señor doctor.

—¿Seguís buscando un bebé?

—Ahí vamos.

Rebeca dirá que le sorprendió mi calma y que recordara sus circunstancias. El informe alertaba sobre mis graves agitaciones y por eso, aunque le habría gustado ahondar en la conversación, omitió adentrarse en la desazón que le causaba el poco tiempo que tenía para ver a su pareja, un taxista que conducía de ocho de la mañana a diez de la noche.

En las breves charlas que mantenía con su marido entre semana, le había hablado de mí. Él nunca le preguntaba sobre los enfermos pero escuchaba todo lo que Rebeca deseara contarle. Por eso, el taxista se enteró de hasta qué punto mis compañeros se estaban esforzando por preservar mi intimidad. Y si en algún momento de su turno Rebeca escuchó decir que a Escobedo se le había ido la olla, fue de un modo tímido y sin detalles, como la constatación de una desgracia demasiado próxima tanto para ser ninguneada como para recrearse en ella. Rebeca dirá que los rumores auguraban que iban a ceder mi caso a psiquiatría. Y que nunca más ejercería la profesión.

—Me da mucha pena —dijo Rebeca a su marido.

Cuando me dormí, Rebeca recordó lo bien recogida que yo dejaba la habitación después de mis guardias con Emma. Abrió la carpeta, sacó un parte y empezó a rellenarlo.

«Ante su estado clínico actual, y tras descartarse patología orgánica subyacente, aconsejamos traslado a unidad de psiquiatría cerrada en hospital de tercer nivel.» El informe de Can Petri prescribió también un tratamiento que incluía Adiro, Atorvastatina, Haloperidol, Akineton y Tranxilium.

Carmen afirmará que cuando vio a Diana subir conmigo a la ambulancia, cogió el coche para dirigirse al hospital de Bellvitge. Pablo y varias enfermeras me habían despedido llorando. Pablo debería sumar otro *transfer* a su carrera, creo que fui el cuarto. El sol moderaba la gelidez de la mañana.

Pese a la lentitud del tráfico, a Carmen le costaba descifrar la carretera, los indicadores de desvíos. Desde la noche en la que intenté ahogarla, mi hermana me disculpaba repitiéndose que en realidad no había pasado nada, que mi arrebató no le dolía ni me guardaba rencor ni debía restaurar nada conmigo porque esa noche yo estaba fuera de mí. Pasó horas justificando racionalmente lo que había sucedido pero colapsada aún por un ataque que se añadía a la devastadora pena que sentía por Francesc, su terapeuta y mejor amigo, al que hacía pocos meses habían diagnosticado un tumor inoperable.

Tomó la salida de la autopista. Carmen adoraba a Francesc, alguna vez lo había definido como su guía espiritual, como un maestro. Con él realizó la terapia para sacarse el título de terapeuta y juntos habían buceado en emociones que, al aflorar, de algún modo habían transformado a mi hermana, o así lo contaba ella. En los períodos peores, más de una vez estuvo tentada de requerir su ayuda como clienta pero siempre logró contenerse y mantener la relación en el ámbito de la amistad. Y ahora Francesc padecía un cáncer cerebral. Pero ¿qué coño estaba pasando? ¿Qué era esa cadena de desgracias? ¿Una racha, una maldición? Esa mañana había visto que los periódicos publicaban nada menos que dos estadísticas en portada. Una evaluaba el porcentaje de voto de los partidos que se preparaban para las próximas elecciones autonómicas y la otra aludía al número de muertos por sequía en el mundo. Carmen se preguntó por las posibilidades porcentuales de que cuatro miembros de una familia de cinco individuos sin antepasados dedicados a la medicina se ocuparan profesionalmente de asuntos que tenían que ver con la salud mental. Y que dos de las diez personas a las que más quería uno de esos cuatro individuos estuvieran no sólo enfermas, sino enfermas de la cabeza. Volvió a preguntarse qué estaba pasando mientras se aferraba al volante para evitar unos temblores que, como no cesaban, comenzaron a influir en la dirección del auto. Inclino el torso adelante para fijar el timón con su peso pero el cinturón de seguridad no le permitió alcanzarlo. Se desabrochó la correa y aplastó el pecho contra el volante estabilizando de nuevo el vehículo. Condujo así un trecho indeterminado. Al divisar el avión que despegaba tan cerca, mi hermana se dio cuenta de que se había confundido de salida en la autopista y rodaba hacia el aeropuerto. Necesito ayuda, dirá Carmen que pensó.

El doctor Jaime Gabriel Muñoz descolgó el teléfono.

—Hola, Jaime —dijo el compañero que le llamaba desde el hospital de Can Petri—. Te enviamos un paciente que viene de neuro. Tiene problemas psiquiátricos... Algo fuerte, aquí no lo podemos dejar. A ver qué te parece.

Muñoz dirá que ese martes se sentía relajado y expectante. Semanas antes había liquidado las oposiciones a profesor titular de psiquiatría, de modo que aguardaba con ilusión las posibilidades que le ofrecería 2007. Bellvitge figuraba como el nuevo bastión de la psiquiatría española y Muñoz confiaba en amortizar su potencial para mejorar aún más las investigaciones del departamento. Ingresar a un neurólogo resultaba un desafío. Iba a tener a muchos colegas pendientes de sus resoluciones. De hecho, en cuanto cortó la comunicación, el teléfono volvió a vibrar y en la pantalla apareció el nombre de Pablo Estapé.

—Sólo quería decirte que el neurólogo que vas a recibir es un buen amigo mío —observó Pablo.

Muñoz cogió el informe que la residente Lucía Doblás le acababa de dejar sobre el escritorio, se quitó las gafas, se las volvió a poner y leyó la descripción de mi trastorno de comportamiento. Vaya, un neurólogo, constató Muñoz mientras levantaba sus casi dos metros de altura del escritorio frente al que Doblás detallaba algún matiz de mi cuadro. Muñoz se retocó el nudo de la corbata, abandonó el despacho y avanzó hacia las escaleras que conducían al pabellón de internos escuchando los detalles que le seguía transmitiendo su colega pelirroja, quien intentaba ajustar el paso a las zancadas del jefe.

Entré en el pabellón fuertemente medicado y con contención mecánica. Tras un primer reconocimiento, Muñoz conversó con Carmen y Sol, corroboró que yo venía de experimentar lo que calificaron como «una separación traumática» y tomaba antidepresivos. Otros doctores le habían comunicado que mi cuadro se ajustaba a un caso psiquiátrico, probablemente se tratara de un trastorno bipolar, si bien *probablemente* no sonaba muy científico. Muñoz no se había licenciado con sobresaliente, publicado libros,

docenas de artículos y monografías que viajaban por todo el mundo, dirigido investigaciones o dedicado años a escribir una elaboradísima tesis sobre depresiones no melancólicas para lanzar *probablementes* al tuntún.

Los Iwo Jimas no iban con su estilo, nunca se arriesgaría a proponer un diagnóstico precipitado y aún menos iba a recurrir a las primeras de cambio al cajón de sastre de las enfermedades mentales que era el trastorno bipolar. Los doctores serios lo eran por algún motivo.

Muñoz dirá que le sorprendieron las radicales fluctuaciones de mi conciencia, que oscilaban del delirio al comentario preciso, además de la extrema agresividad. Todavía atado, me encerraron en una habitación acolchada atiborrado de antipsicóticos. Muñoz aconsejó a mis acompañantes que descansaran, de momento se encargarían ellos.

Ordenó una serie de pruebas cuyos resultados no aportaron novedades.

—Parece muy psiquiátrico... pero no encaja con nada —resumió Doblas al mostrar los informes al jefe.

Lucía Doblas seguía su formación como residente y cada vez estaba más entusiasmada con un caso lleno de incógnitas que además le obligaba a responder a diario a las muchas preguntas que le formulaban otros doctores. Nunca había vivido un clima de expectación similar. Normalmente, la tensión se ceñía a la familia y los amigos del paciente, pero esta vez sentía decenas de ojos sobre el departamento, lo cual no la intimidaba porque, según afirmará Doblas, desde muy temprano en su colaboración con Muñoz captó que su jefe era un «dios de la psiquiatría» y formar parte de su equipo casi garantizaba la infalibilidad.

—Buscad algo orgánico —ordenó el doctor a su equipo—. No sabemos qué es pero todo apunta a un origen orgánico.

Excepto una muy ligera elevación en uno de los marcadores tumorales, las pruebas siguieron sin revelar nada decisivo. De todos modos, la alteración indicaba un desajuste. Pero ¿dónde? ¿Qué lo provocaba?

Muñoz dirá que, si bien no experimentaba exactamente presión, la responsabilidad de atender a un colega también especializado en el cerebro con quien compartía bastantes amigos le hizo sentirse marcado de cerca y, aunque no alteró sus rutinas, empezó a proceder con tanta cautela que en algún instante temió equivocarse por cambiar su ritmo de actuación natural. Dejó de ser instintivo e introdujo un exceso de cálculo, sopesó variables que en otros casos no intervendrían, y le preocupó que aquel cóctel de ojos ávidos y

desinformación le indujera a, de pronto, dejar crecer una hipótesis que interfiriera desastrosamente en la valoración final. No, se dijo, eso no va a ocurrir. Y se dio cuenta de que era la primera vez que se hablaba a sí mismo así.

Marta afirmará que el día después, a los pocos minutos de relevar en el cuarto a Carmen, el doctor Muñoz se dirigió a ella observando que la medicación no estaba dando resultado.

—¿Tienes firma? —le preguntó el doctor—. Eres mayor de edad, ¿no?

—¿Firma? ¿Para qué?

—Estamos pensando en practicarle a tu padre una sesión de *electroshocks*. Diana no es de la familia y tus padres están separados. Si das tu consentimiento...

Marta dirá que la palabra *electroshock* la sacudió como si lo hubiera recibido ella misma. Pensó que la práctica pertenecía a otra época, que eso no se lo podían hacer a su padre. Sabía que el procedimiento consistía en una descarga eléctrica de varios centenares de voltios que achicharraba miles de neuronas y que las personas sometidas a ese método solían perder la memoria de buena parte del pasado. Pero yo estaba loco y Muñoz era un especialista, alguien al fin y al cabo como yo, un médico de la cabeza, alguien de quien un enfermo mental y su familia debían fiarse en caso de necesidad. Yo había enseñado a Marta a respetar a los doctores. Yo le había inculcado el aprecio por el mal menor.

—Mamá —dijo Marta al teléfono.

—Hola, cariño. ¿Cómo está tu padre?

—Bien, bien... Sólo te quería hacer una pregunta. ¿Sabes si tengo firma?

—¿Cómo que si tienes firma?

—Es que me preguntan si puedo dar el visto bueno a unas pruebas que le quieren hacer a papá, porque como no están los abuelos...

—¿Y Carmen?

—Se acaba de ir a casa. Está muy cansada, no quiero molestarla por... por...

Sol notó demasiada inseguridad en la voz de nuestra hija.

—¿No decían que había mejorado?

—Ya, pero... bueno, hay que seguir haciéndole cosas.

—No firmes nada. Voy para allá.

Tras colgar, Marta llamó a Carmen congratulándose por haberse

cambiado la tarjeta prepago del móvil por un contrato.

—El doctor dice que los antipsicóticos no funcionan. Que está teniendo un comportamiento anormal para tratarse de un delirio psicótico y que alguien de la familia debería firmar el permiso.

¿*Electroshock?*, pensó Carmen. Decían que esa técnica equivalía a reiniciar el sistema de un ordenador, que restauraba la configuración del sistema operativo neurológico. Pero ella también había visto a Jack Nicholson sacudirse bestialmente en *Alguien voló sobre el nido del cuco* y se había convencido de que, por mucho que los médicos aseguraran que la técnica continuaba resultando más efectiva que cualquier fármaco o psicoterapia, se trataba de una salvajada... que ahora me querían hacer a mí.

—Espera. Espérame ahí. No firmes nada.

Al colgar el teléfono, Diana se acercó a Marta y con una voz suave y llena de cariño dijo algo que mi hija había oído mil veces, aunque casi siempre en la tele:

—Tranquila, todo va a salir bien.

Por algún motivo inexplicable que quizá guardara relación con la necesidad de que realmente fuera así, Marta la creyó.

La residente Lucía Doblas escuchó el comentario y, al observar el demacrado rostro de mi hija, se planteó explicarle que los *electroshocks* funcionaban con una eficacia análoga a la de la estimulación cerebral profunda que se estaba utilizando en el hospital de Sant Pau para practicar cirugía del párkinson. La terapia electroconvulsiva, o TEC, tenía una injusta mala fama debido a la espectacularidad de los espasmos pero ella había presenciado asombrosas recuperaciones. Pocas semanas antes su equipo había tratado a un ciclador rápido, un varón capaz de pasar de estadios extremos de euforia a otros de depresión abisal a lo largo de un mismo día, y al aplicarle la TEC había mejorado mucho y de inmediato.

De todas formas, Doblas prefirió callar. A fin de cuentas los doctores aún no habían decidido el protocolo, incluso había visto titubear a su admirado doctor Muñoz. Mi cuadro polimorfo y cambiante le había desconcertado.

—Si tuviera veintidós años le habría considerado esquizo. Pero tiene casi cincuenta —le había dicho el doctor a Doblas.

Yo era una anomalía, y si en otras circunstancias el equipo de psiquiatras me hubiera considerado una oportunidad para estudiar la evolución de un estado atípico, mi condición de neurólogo me convertía en una

pseudoamenaza, porque de algún modo multiplicaba la presión sobre ellos. Y justo ahora que docenas de colegas los estaban observando, justo ahora, Muñoz no sabía muy bien qué hacer.

La consulta a Marta se había realizado para preparar a la familia por si se confirmaba la oportunidad de aplicarme las corrientes, alternativa aún nada segura porque, además, yo contaba con el hándicap de una cardiopatía. De todas formas, Muñoz había ordenado practicar TEC a otros cardiópatas, no se detendría por ese inconveniente. Pero le coartaba la duda sobre la pertinencia de aplicar *electroshock* a ciegas, con el solo objetivo de evaluar mi reacción.

Horas después, el psiquiatra descartó las corrientes. Se disculpó ante Sol y Carmen por haberlas propuesto sin haber detectado antes que el informe de Can Petri señalaba una cardiopatía que desaconsejaba el procedimiento. Fue la excusa que encontró para disimular que había desechado la terapia porque, tras un primer impulso, se convenció de que el *electroshock* no garantizaba mejoras y prefirió ahorrarme aquel tratamiento brutal.

Sol dirá que percibió a los doctores erráticos mientras yo me convulsionaba en la cama intentando soltar las correas. Volvió a impresionarle la potencia de mis gestos. Parecía imposible que un cuerpo soportara tanto tiempo semejante excitación. Proferí tantas obscenidades e ideas tan excesivas que en alguna ocasión Sol sonrió, contagiada por el mismo ominoso humor que había agitado a Carmen durante mis invectivas contra Mallo y Molina.

—No duerme —le dijo una enfermera—. Lleva más de un día así.

Mientras me observaba, Sol notó a alguien detrás de ella.

—Los delirios son muy espectaculares —dijo Diana—, pero no pasa nada. Sólo tenemos que esperar.

Sin volverse, en aquella voz Sol atisbó la dulzura que años antes pudo haberme conquistado. Y la calma. Sí, quizá fuera el sosiego que transmitía la voz de Diana lo que años atrás me ofreció una suerte de refugio. El mismo que ahora la auxiliaba a ella.

—Gracias —respondió Sol.

Me desataron el tercer día. Saturado de neurolépticos y aturdido por la larga postración, al incorporarme el vértigo me desequilibró. Recuerdo haber visto rejas en la ventana de mi cuarto. Acompañado por una enfermera, de algún modo salí al pasillo. Estaba lleno de zombis como yo. A través de parpadeos

largos como desconexiones, avancé dentro de una gravedad diferente, entre el bebé que flota en líquido amniótico y el astronauta. El ambiente era carcelario. Los doctores vestían batas verdes. Vi un cubo de basura negro. Había un hombre detenido en medio del pasillo mirando a cualquier parte. Otro con una gran venda en el cráneo paseaba leyendo un enorme volumen de la *Historia del Mundo*. ¿Cómo puede entender lo que lee si yo no me entero de nada?, pensé. Pero estamos juntos. Estamos juntos aquí.

—Quiero fumar —dije a la enfermera.

—¿Tienes tabaco?

—No.

—Da igual.

Me llevó hasta una sala de cristal transparente llena de zombis y humo. La impresión de infierno me resultó indiferente. La enfermera pidió un cigarro a uno de los fumadores. Ella misma me dio fuego con un mechero atado a una cuerda y señaló al cenicero de latón rebosante de colillas, algunas mal apagadas; otras se esparcían por el suelo. La pintura de las paredes era clara y sucia, de modo que la ventana proponía un respiro, pese a las rejas. Me acerqué a ella. Los coches fluían silenciosamente por la autovía. El craneotomizado entró con su *Historia del Mundo*, encendió un cigarro, se sentó en el suelo, siguió leyendo.

—Qué manía con encerraros —dijo la enfermera abriendo el ventanuco—. ¿Es que no os asfixiáis aquí dentro?

El aire frío me atrajo hasta las rejas. Fumé escuchando las exhalaciones de mis compañeros, sumando humo a una niebla que me procuró una paz que sin embargo percibí distante aun sabiendo que alguna vez había sido familiar. Pasó la mañana. La enfermera me guio hasta el hueco de unas escaleras.

—Ahí tienes las duchas —dijo—, para cuando las necesites.

Subimos las escaleras y al abrir la puerta apareció una sala alargada con una hilera de ventanas pintadas de verde oscuro por las que no entraba demasiada luz, quizá fueran más pequeñas de lo que parecían, o el día lúgubre. Las mesas para cuatro personas se distribuían en cuatro o cinco largas filas supervisadas por una cincuentona de monástica seriedad, algunas auxiliares y un celador forzado. Todos de verde.

—Tu bandeja es ésa —dijo la enfermera tras echar un vistazo a la serie de bandejas tapadas sobre el mostrador—. Lleva tu ficha en el canto, ¿ves? Camilo Escobedo. Dieta baja en grasas, que hay que cuidar el peso. Buen

provecho.

Me senté a una mesa desocupada. El pollo sabía tan asqueroso que temí haber perdido el gusto a causa de la enfermedad. Sólo la verdura que en la infancia me provocaba arcadas me había repugnado tanto. Más tarde comprendí que no se trataba de mi estado, sino que la comida del psiquiátrico era consecuentemente demencial.

Al regresar de Bellvitge el primer día, Carmen telefoneó a Francesc. Su amigo prefirió no hablar del tumor que lo estaba matando y se centró en cómo debía actuar mi hermana. Aparte de sugerirle que no volviera a conducir con los pechos, le recomendó que informara a nuestra familia en Chile. Cuando telefoneó, mi hermana Fátima dijo que mis padres llegarían a Barcelona en las próximas horas. Carmen le pidió el nombre de la compañía aérea y el número de vuelo para recogerlos en el aeropuerto. Luego contó la situación a Fátima. Le rogó sollozando que viniera.

Fátima había visto cómo Carmen superaba un aborto con entereza, cómo había recibido sin rechistar una buena tunda de mi padre aquella madrugada que a su novio se le estropeó la moto en El Masnou, cómo se había largado de casa a los dieciocho y sacado adelante una carrera y una vida. Ni siquiera protestó al perderse el que debía ser su primer viaje a Estados Unidos cuando la ingresaron por la maldita enfermedad autoinmune. Ese capítulo impresionó a Fátima. Al descubrir su enfermedad, Carmen se había limitado a cederle el billete y desearle que disfrutara, lo que Fátima pudo hacer entre paréntesis porque a lo largo de su estancia norteamericana se estuvo repitiendo machaconamente que aquel placer no le correspondía a ella, por lo que se sentía una usurpadora mientras maduraba su agradecimiento y admiración por la hermana que en ese mismo instante yacía dolorida en su cuarto. Por eso, cuando escuchó la respiración entrecortada de Carmen al teléfono, Fátima se apresuró a buscar un vuelo intercontinental y esa misma noche embarcó en el primer avión.

Viajó insomne de inquietud. ¿Es que las cosas no podían ir nunca del todo bien? A los veinticuatro años había huido —porque ése es el término más adecuado para definir lo que hizo: huir. Huir de la lectura de rosarios, de las agujas verdes y rojas, del rechazo que sentía a entrar en la casa donde creció, de escuchar mil veces a nuestros padres decir «¿sabes cuánto nos cuesta tu colegio?», «¿sabes cuánto nos cuesta tu universidad?»; huir de una ciudad que la desasosegaba sin saber muy bien por qué—, sí, a los veinticuatro había

huido a Chile con el guitarrista chileno que le había arreglado una gotera cinco años antes en el pisito del edificio que compartía con Carmen en el Raval. Fátima nunca había insinuado el deseo de instalarse en el extranjero, de modo que la noticia nos aturdió casi tanto como a ella darse cuenta de que, después de tres años disfrutando de una idílica casa de campo en Pirque, a una hora de Santiago de Chile y siendo ya madre de Valentina, no quería quedarse a vivir en aquel país. Sin embargo, había adquirido un compromiso con Alejandro y, de algún modo, con su extensa familia chilena. No podía destruir lo que habían creado juntos por un pronto que, supuso, se iría atenuando. Había viajado a Chile harta de Barcelona y ahora, cansada de Chile, ¿adónde iba a ir? Los adultos no funcionaban así, sobre todo después de haber echado raíces, porque criar a una hija tenía que ver con eso. No podía ir desprendiéndose de todo lo que la incomodaba y forzar a los demás a plegarse a sus deseos. Era una mujer, una madre, una esposa que recibía cariño de quienes la rodeaban, al menos su nuevo núcleo americano sabía cómo transmitirle su amor, y no podía traicionarlos. ¿Es que tenía otra opción?, se preguntaba ahora Fátima mirando la oscuridad a ocho mil metros de altura. Tenía que quedarme en Chile, se respondió. Tuve que hacerlo.

Confió su adaptación al paso del tiempo pero la enfermiza introversión que Fátima había heredado de nuestro padre no la ayudó. Mi hermana se refugió en silencios cada vez más agobiantes que derivaron en una profunda tristeza a la que los doctores denominaron «depresión». Desde entonces se había apoyado en psiquiatras y medicamentos, además de desarrollar una úlcera.

Hasta que se fundó la escuela. Fátima había participado en el proyecto de crear una escuela en su pueblo, contribuyó a impulsarlo, y podría decirse que ese colegio la revivió. La ilusión de levantar una idea se prolongó, alimentada por la labor de sostenerla día a día, y la nombraron directora. Chile se aposentó como un lugar entrañable, por fin lo había hecho suyo, suyo de una forma espiritual, sólida, suyo como un país del corazón, y ahora que empezaba a mecerse en la serenidad del año sabático solicitado para redactar su tesis sobre gestión de proyectos educativos, la telefoneaban para comunicarle que su queridísimo hermano mayor, que cada cumpleaños le regalaba un día literalmente de cine, se había desquiciado.

Justo ahora que Fátima tenía una casa junto a un lago, la familia que quería y tanta sobriedad que incluso había gozado del reciente viaje al sur con

nuestros padres. Joder. Después de cinco horas y media de vuelo, rodeada de gente dormida, con las piernas ya un poco agarrotadas y la cabeza bombeando especulaciones y recuerdos, le confortó recordar la conmoción que había sentido la semana antes al ver a mi padre arrodillado frente a un volcán. Nunca le había parecido tan tierno. Y ahora esta mierda. ¿Cómo lo encajarían los viejos?

¿Y Cami?, se preguntó Fátima. ¿Qué había pasado desde nuestro último encuentro? Nos veíamos una vez al año y nunca había percibido nada singular. Es cierto que siempre le molestó cómo Sol había transformado mi carácter. No entendía por qué yo había renunciado a la escalada o la fotografía y me dejaba arrastrar tan a menudo de compras a los puñeteros grandes almacenes, pero a fin de cuentas llevaba mucho tiempo separado de Sol y ahora Fátima me presumía más dueño de mis días. ¿No se supone que disponer de tu tiempo es saludable? Aunque seguro que se le escapaba algo. Seguro. Después de todo, ella no sabía tanto de mi vida. En realidad sabía muy poco. Había que reconocer que nos habíamos desconectado.

Carmen la recogió en el aeropuerto.

—¿Lo saben los papás? —preguntó Fátima.

—Sí, claro.

—Ya.

Carmen condujo quizá medio kilómetro en silencio. Desde que mis padres habían aterrizado en Barcelona, las manos no le habían vuelto a temblar.

—¿Han ido a verle? —preguntó Fátima.

—Aún no. Papá tiene que cargar la bombona de oxígeno y... les he dicho que es mejor que descansen. Es un viaje muy largo y lo que van a encontrarse es... es fuerte.

—De pequeña jugaba a médicos con él —dijo Fátima. Edificios de oficinas de nueva construcción se alineaban junto a la autovía—. Cómo ha cambiado esto. Quiero verle antes de ir a casa.

—Vas a tener suerte. Lleva tres días incomunicado pero hoy parece que nos van a dejar verlo.

Minutos más tarde, y tras uno de mis largos parpadeos, vi los rostros tensos de mis dos hermanas sobre mí.

—¡Fátima! —dirán que exclamé—. Pero ¡qué buena estás! ¿Qué haces aquí?

—He venido a verte.

—¿Por esto? ¿Por esto te gastas la pasta en cruzar el mundo? No me jodas, va.

Dirán que me di la vuelta en la cama.

—Va, Cami. Que he venido de Chile.

Me incorporé.

—Vamos a fumar —dije.

En el salón le presenté al lector de la *Historia del Mundo* —que sólo sonrió— y a otro par de compañeros con los que había fumado sin saber sus nombres.

—Dos amigos —dije.

También recordé que en algún momento había pedido una radio a Carmen.

—No me has traído la radio. Hostias, Carmen. Me paso todo el puto día aquí. ¡Sólo pido una radio!

—Tranquilo, te la traeré pronto.

Caminamos hasta el cuarto y, al entrar, miré a mis hermanas.

—¿Qué me está pasando? Me estoy volviendo loco —dije, avanzando hacia ellas.

Ambas afirmarían que su instinto fue retroceder pero el hecho de estar juntas las mantuvo quietas y hombro con hombro, lo que me permitió abarcarlas con ambos brazos para apretarlas contra mí. Por lo visto me puse a llorar. Notaron mi pecho rebotando contra los suyos.

—Tengo miedo —dije—. Tengo mucho miedo.

Dirán que repetí esa palabra sin parar. Miedo. Hasta que contuve las lágrimas.

—Muchas gracias por estar conmigo —dije.

—Seguramente mañana vendrán los papás —advirtió Carmen.

—No quiero verlos.

—Cami..., ellos lo necesitan. Y te gustará, ya lo verás.

—No quiero.

—Tú preocúpate de descansar. Ya hablaremos. Venga, métete en la cama. Venga.

Carmen me tapó con las sábanas y la manta.

—Vale —dije—. *Bona nit*.

—*Bona nit* —respondieron las dos.

Carmen y Fátima dirán que al salir a la calle se pusieron a llorar.

Una hora después de marcharse, continuaba demasiado despierto para seguir tumbado. Salí a estirar las piernas al pasillo, donde un hombre caminaba despacio. Aguardé a que llegara a mi altura y me uní a él. Era corpulento, pequeño, con la coronilla calva y unas pronunciadas ojeras.

—No hay forma de dormir, ¿eh? —dijo.

—No.

El pasillo era larguísimo, pintado de colores claros y la anchura justa para dos personas. Una avenida, después de tantos días encerrado. Lo recorrimos varias veces arriba y abajo.

—¿A ti qué te pasa? —preguntó el hombre en algún momento.

—No sé.

—Yo creo que estoy depresivo.

Caminamos.

—Fíjate en lo que nos está pasando —dijo el hombre cabeceando hacia una de las habitaciones.

Me asomé por el ventanuco rectangular. En el interior vi a un hombre sin camiseta lleno de tatuajes sentado al borde de su cama. Mi compañero añadió:

—Sabemos que tenemos que resignarnos. Esto es lo que toca. Es lo que toca.

Caminamos durante un tiempo.

No recuerdo quién se metió antes en su habitación pero sí que, al volver, encendí la luz del baño y me miré en el espejo. Fui consciente de verme por primera vez después del brote. Intuí los restos de quien había sido. Me cepillé los dientes observando una mirada que no era mía aun sabiendo que me equivocaba. Las comisuras rebosaban dentífrico. Apreté el cepillo con fuerza contra las encías, lo hiqué contra la pared interna de las mejillas distorsionando aún más el rostro irreconocible, que se descomponía día a día ajeno a mi voluntad. Lancé el cepillo a la pica y, con el mismo brazo, solté un poderoso puñetazo al espejo. El rectángulo de metacrilato se desprendió, rebotó en el mármol y cayó al suelo provocando una pequeña abolladura que deformó aún más mi imagen. Noté el escozor de los nudillos inflamándose, levemente descarnados. Ni siquiera se me concedía la dignidad de sangrar en aquel inmundo asepticismo. Me puse a reír de rabia. El lavabo continuaba limpio, con el espejo en el suelo. Enseguida llegó una enfermera y lo recogió.

—Ay, Camilo. Mira lo que has hecho. ¿Sabes lo que pasará ahora? Que

tendrás que ir a los lavabos públicos a cepillarte los dientes. No debes portarte mal. Venga, enjuágate la boca y a dormir.

Desperté respirando deprisa y sediento. Desde el ingreso, quería agua a todas horas y orinaba sin parar. Me amorré al grifo del baño. Bebí notando cómo el agua me refrescaba las encías, se escurría por las comisuras.

—Hola, hola —dijo una voz femenina. Volví levemente la cabeza para no despegarme del agua, que empezó a mojarme el pelo. Diana se recortaba contra la luz del corredor—. ¿Cómo estás?

La observé en silencio con la cabeza semihundida en la pica, sin que ella pudiera confirmar que estaba junto al hombre que buscaba. La casi hermética oscuridad y el espejo roto mal colgado la intimidaron ligeramente.

—¡Camilo! —exclamó el enfermero que la acompañaba.

—Gracias —le respondió Diana—. ¿Puedes dejarnos solos? Yo me encargo.

—La doctora Doblás ha dicho que la acompañe todo el tiempo.

—No se preocupe. También soy médico, sé lo que estoy haciendo.

La residente Lucía Doblás afirmará que, como yo no era un paciente normal, habían decidido extremar la cautela. Por una parte, las pruebas no aclaraban el origen de mi perturbación, y el malestar de los doctores por continuar en la inopia se agravaba con la asiduidad con la que neurólogos, psiquiatras y enfermeras les preguntaban en cualquier parte sobre cómo avanzaba mi caso. Diana se interesaba varias veces al día y de ahí que, en cuanto Muñoz concedió el régimen de visitas, ella pudo saltarse el horario establecido y aparecer a horas tempranas.

Diana dirá que recorrió el estrechísimo pasillo acongojada por las rejas en cada cuarto y los esqueléticos enfermos que deambulaban mudos en sus pijamas azules. Al entrar en mi habitación, la persiana continuaba bajada. Como no había encendido la luz del baño, sólo me iluminaban los resplandores procedentes del corredor.

—¿Camilo? —susurró cuando el enfermero se hubo marchado.

—Velarrrrrrde —dije con la cabeza debajo del grifo.

—Hola. ¿Por qué no subes las persianas?

Mientras las subía ella misma, añadió:

—Me han dicho que ayer tuviste tus primeras visitas.

—Mis hermanas.

Diana volvió al centro del cuarto. Esperó a que continuara la explicación pero no lo hice. El agua me relajaba. Se deslizaba fría por las sienes, la nuca, el cuello.

—¿Qué te has hecho en la mano? —preguntó.

Al mirármela, vi que llevaba una venda.

—Un tío me miró mal —respondí, porque en las frases cortas conservaba la ironía.

—¿Te has peleado?

—No exactamente. ¿Tienes radio?

—No, aquí no sé si...

—Quiero una radio. Quiero saber qué está pasando fuera.

—Claro, no te preocupes. Conseguiré una. ¿Cierras el grifo?

Al notar que el agua me continuaba mojando el pelo, me incorporé. Cerré el grifo.

—¿Te ayudo a secarte la cabeza?

—Vale.

El rostro de Diana desapareció tras la toalla que masajeaba mi cráneo.

—Ya está —dijo. Dobló la toalla con meticulosidad.

—Velarde —dije sin arrastrar la erre—. Yo sólo quería encontrar una chica que me quiera. Y que yo la quiera a ella. Y estar tranquilo.

Diana dirá que le estremeció la desarticulada pureza de mi confesión. Escuchar algo tan sencillo después de la elaboración literaria que nos había mantenido unidos, después de Valente, Salinas, Biedma..., mis palabras la impactaron sin melancolía, como sólo lo hace la verdad. Contuvo el deseo de acariciarme y dijo:

—¿Vamos a pasear?

—Quiero fumar.

—Claro. Vamos a la salita.

Diana dirá que fue terrible verme rodeado de personas tan medicadas, la mayoría esquizofrénicas. Observó que, pese a darme cuenta de la situación, yo no lograba organizar los pensamientos. Como ella compartía la opinión de que se trataba de un asunto psiquiátrico, había empezado a atender la hipótesis de trastorno bipolar que proponían algunos doctores. Todavía aturdida por mi intento de estrangularla y las agitaciones a las que había asistido en la ambulancia, se convenció de que, a falta de pruebas concluyentes, mi

comportamiento se aproximaba al perfil de ese trastorno. Diana pensó que el estrés me había hecho estallar al no haber superado el trauma de la separación de Sol. Estas cosas eran así, anidaban en tu alma, en tu corazón, se extendían por el cuerpo y a veces terminaban descuajaringándote el cerebro de la forma menos pensada. Sí, probablemente el estrés tras la separación había tenido mucho que ver y se culpó por haberse arriesgado a acometer nuestra preciosa aventura. De todas formas, decidió que me iba a recuperar.

—No te preocupes —afirmó cuando apagué la colilla—, vas a salir de ésta.

Me acompañó hasta la habitación antes de marcharse. Al cerrar la puerta, se asomó al otro lado del empañado rectángulo de metacrilato y me dijo adiós con la mano.

Mi hermana Carmen dirá que les había contado la situación a mis padres al recogerlos en el aeropuerto. Escucharon el relato en silencio, sin lamentos ni interrupciones.

—Pocos días antes de su boda —recordó mi padre cuando su hija terminó—, Cami me dijo que no quería casarse. «Papá, sabes que no quiero.» Eso me dijo. «Hombre, eso siempre pasa», le contesté. «Es el miedo escénico, pero luego te das cuenta de que sólo era miedo.» Y le animé a hacerlo. A casarse. Creo que ese día le fallé.

Carmen dirá que ni ella ni mi madre le consolaron.

Mis padres llegaron al pabellón de psiquiatría el día después, acompañados por Carmen y Fátima. Buscaron al doctor Muñoz en la sexta planta. Antes de salir de casa, mi padre había inhalado su ración de oxígeno para liberarse un par de horas de transportar la mochilita con la bombona, pero el relato de Muñoz le obligó a inspirar bocanadas más largas de lo habitual. El doctor les interrogó sobre los antecedentes médicos de la familia, y se interesó sobre todo por mis primos con trastorno bipolar y el alzhéimer que padeció mi abuelo materno desde los cincuenta y ocho hasta los sesenta y seis años, cuando murió. Luego les advirtió sobre mi estado.

—Lo encontrarán en la planta de abajo —se despidió—. Sus hijas los guiarán.

Percibí que ocurría algo extraño cuando Sol, que estaba en el umbral de la habitación, se irguió mirando al pasillo.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Como no contestó, me dirigí a la puerta y vi al viejo avanzando despacio al frente de mi temerosa familia. Sol dio unos pasos hacia ellos, besó a mi padre. Cuando se inclinó para besar a mi madre, ésta le dijo:

—Todo esto es por tu culpa. —Y esquivó su saludo mientras mi padre continuaba adelante.

Por más que hubiera renegado del catolicismo, mi madre continuaba buscando responsables a los que acusar de las catástrofes familiares, nacionales, planetarias, porque sabía que todo tenía un origen, las cosas no pasaban porque sí. Había trabajado en suficientes instituciones de cuidado a la infancia para convencerse de hasta qué punto muchos de los problemas de niños y adultos venían provocados por el descontrol paterno, constatando que las mujeres resultaban el pilar fundamental para el buen funcionamiento de una casa, de un matrimonio, porque si el hombre resultaba ser —como solía ocurrir— un capullo machito incompetente, ahí estaba la mujer dispuesta a mentalizar al capullo en cuestión de que las cosas se podían hacer de otra manera. Y no le cabía duda de que incluso las tontas de capirote sabían pastorear a sus maridos, aunque para eso era precisa una condición *sine qua non*: que los quisieran lo bastante.

A fuerza de ejemplos, mi madre había aprendido a clasificar los diversos tipos de madre con un alto porcentaje de acierto, y a simple vista era capaz de incluir a la mayoría de las mujeres en el frasco adecuado: la devota, la cocinera, la burra, la soñadora..., la luchadora, el término con el que sin duda se identificaba ella después de una vida luchando y venciendo adversidades, desde la obesidad que la acomplejó en la juventud hasta la ideología reaccionaria de su excesivamente masculino marido. Mi madre fue la primera mujer en aparecer por el pueblo de su esposo vistiendo pantalones —y se ganó el sobrenombre de «la pantalonera»— y había renunciado a la condena de ser ama de casa tras rebasar nada menos que la edad de treinta años, cuando se puso a trabajar con niños deficientes. ¿Quién le podía discutir su apelativo? Representaba para sí misma el paradigma de la luchadora esencial, y desde ese trono bien ganado que le había permitido codearse con cientos de perfiles

femeninos, distinguía con solvente facilidad a una madre liberada de una monotemática, a una explotadora de una desentendida, y por eso tardó muy poco en colgarle una etiqueta a Sol.

Mientras continuamos casados, mi madre titubeó entre endilgarle la etiqueta que se le había ocurrido poco después de conocerla y la de «dictadora», pero nuestra separación la reafirmó en su catalogación original. Sol era una «arpía». Una especie de experta maquinadora abusaenanos que había cocido a su pobre hijito a fuego lento hasta trocearle el cacumen lo bastante para que ni siquiera me quedaran arrestos a la hora de regatear la pensión del divorcio. Mi madre conocía a unas cuantas mujeres de esta categoría, la más abominable, y el hecho de que el damnificado hubiera sido su niño bueno incapaz de matar a una mosca añadía un plus de maldad a Sol, por recrearse en triturar a una víctima propicia.

Con el detector de arpías sonrosándole el rostro como si se hubiera maquillado después de sesenta años de rechazo a los cosméticos, mi madre sostuvo la mirada a Sol unos segundos y luego siguió los pasos del viejo, que estaba entrando en la habitación.

Yo esperaba de pie junto a la cama. Aguardé a que llegaran mis hermanas y mi madre, que se colocó al final del grupo. Cuando empecé a caminar hacia ellos, mis padres se desencajaron. La expresión de mi rostro no correspondía a ninguna que hubieran conocido, tampoco el ímpetu de mi zancada. Desplegué los brazos como un águila y los lancé sobre el anciano rodeándole en un poderoso abrazo.

Fátima dirá que la emoción del momento se mezclaba con la angustia de comprender que en aquella diminuta habitación no cabíamos todos. Mi madre observaba el abrazo desde el pasillo. No cabemos los cinco, pensó Fátima. No cabemos los cinco.

—Creo que nunca te he dicho todo lo que te quiero, papá —dirán que murmuré.

Mi padre se quedó tieso. Al cabo de dos, tres segundos, levantó los brazos con extrema lentitud hasta rozar la parte baja de mi espalda con sus manos, lo justo para que yo percibiera el contacto mientras el llanto le convulsionaba suavemente.

Mi padre nunca dirá lo que sintió, así que debo atenerme a los hechos, y éstos son que lloraba.

—Papá, tengo mucho miedo —añadí—. Es que yo te quiero mucho.

—Yo también te quiero, Cami.

Distendí el abrazo dejando mi rostro a centímetros del suyo.

—Hubiera sido bueno que me lo dijeras alguna vez —respondí.

Fátima dirá que una desolación abisal se apoderó de ella al sentirse igual de huérfana que yo de abrazos y palabras de cariño a lo largo de su infancia y juventud. La educación pretendidamente progresista de mi madre sumada a la clásica rudeza masculina de papá habían masacrado la relación afectiva con sus hijos, y por eso Fátima sólo había sido capaz de construir una relación con nuestra madre después de emigrar a Chile. Yo estaba en el manicomio. Y Carmen era psicóloga. Fátima echó un vistazo a nuestra hermana que, rígida por la tensión, reculaba hacia el pasillo dejando paso a mi madre.

Fátima sostendrá que la presencia de mamá enfrió tanto la atmósfera que le hizo pensar en el rechazo físico que ella misma experimentaba hacia la casa donde crecimos. ¿Por qué ninguno de los tres hermanos habíamos conseguido apreciar el espacio donde se nos crio? ¿Por qué yo odiaba a mamá? ¿Por qué ese par de ancianos no se separó cuando aún les quedaban fuerzas para rehacer sus vidas?

Fátima necesitó salir al pasillo. Un pequeño y corpulento hombre con pijama explicaba su origen boliviano a una joven anoréxica que miraba a la pared. Pocos metros más allá, el muchacho lleno de tatuajes permanecía completamente estático sin perder de vista a la pareja. Cami no está tan mal, pensó Fátima, no puede estar tan mal como éstos.

Marta afirmará que el surrealismo de aquellos días la mantuvo en un limbo de incompreensión tan grande que optó por abandonar las clases en la universidad. Según ella, los médicos me habían devuelto a casa contra la voluntad de la familia y a las pocas horas certificó el enorme despiste de los matasanos al necesitar ser internado de nuevo en urgencias, donde presencié cómo yo intentaba estrangular a su madre. En un plazo de poquísimos días había agredido a tres de las mujeres que más amaba. *Surreal* posiblemente no sea el término adecuado.

Los doctores de medicina interna sopesaban la posibilidad de que mi desequilibrio derivara de un cáncer y aunque en las últimas horas varias voces habían apuntado a un trastorno bipolar, los médicos continuaban debatiéndose entre el carácter psiquiátrico u orgánico de la enfermedad.

Pese a que el invierno enfriaba en su apogeo, Marta a menudo se acaloraba hasta el sudor. La imagen de mí atenazando el cuello de Sol le reverberaba en la cabeza y proyectaba escenas tan terribles que le impedían imaginarse el futuro. Continuó asistiendo a la universidad por responsabilidad y porque confiaba en que el estudio la distraería del drama, pero no fue así. Estaba en un aula cuando empezaron a caer copos blancos del cielo. Al mirar al exterior se descubrió semirreflejada en la ventana y experimentó un profundo desamparo que le hizo recordar cuánto había disfrutado otras veces al ver nevar en la ciudad. Al acabar las clases, tomó el tren, luego el autobús, y después de una hora y media de viaje llegó a las tres de la tarde a Bellvitge. El horario de visitas acababa de empezar. Recorrió el pasillo intentando no mirar a la sala donde varios internos enfocaban las retinas hacia un televisor que a menudo parecían no ver. Sobre todo, Marta quería evitar los acechantes ojos del boliviano, siempre demasiado abiertos. Volvió a cruzarse con numerosas anoréxicas que por algún motivo le recordaron el recién oficializado noviazgo de su madre con un hombre al que ella casi no conocía aunque esos días las estaba ayudando mucho ofreciendo palabras y abrazos —a Sol— que al menos a Marta le sentaban incomprensiblemente bien. También pensó que tenía que preparar un examen. Marta dirá que el mundo se estaba desordenando con una aceleración que la desvelaba cada noche, porque, si bien se consideraba lo bastante fría y razonable para más o menos haber asimilado sin grandes menoscabos incluso el divorcio de sus padres, ahora acumulaba varias madrugadas de insomnio pensando en mí.

—Bienvenida al nido del cuco —la saludé al llegar.

—Papá, no hagas bromas con eso.

—Bueno, esto es un poco estrecho. Es un nido de bajo presupuesto, pero un nido de verdad.

—¿Cómo estás?

—Mucho mejor —respondí con sospechoso entusiasmo—. Cuando me vuelva a poner loco, volveré aquí. Se portan muy bien con los pirados.

Por lo visto, me puse a reír.

—¡Aunque no tengo radio! —grité—. ¡La he pedido mil veces! Anda, Martita, ¿por qué no me traes una?

Carmen entró en el cuarto.

—¿Una qué? —dijo mi hermana—. ¿Habéis visto la nevada que está cayendo?

—¡Una radio! ¡Quiero una radio! Ya que tú no me haces caso, mi hija me la traerá.

Marta dirá que miró a Carmen con cara de circunstancias.

—Pregunta en el quiosco —le dijo Carmen—. Y si no, creo que dando la vuelta al hospital hay un paki o un chino, no sé, una tienda de ésas donde venden de todo.

—Vale. Vuelvo enseguida, papá.

Marta se cruzó en la puerta con Doblas.

—Buenos días, Camilo. ¿Cómo estás?

Sonó el móvil de la doctora. Echó un vistazo a la pantalla y respondió:

—¿Sí?... ¿De Adolf?...

—¡Es mi amigo! —grité—. ¡Lo conozco! ¡Pásamelo! ¡Es mi amigo! ¡Es mi amigo! ¡Y es doctor! Él lo entenderá todo porque me conoce. ¡Me conoce!

Doblas me echó un vistazo rápido.

—Ahora no puede ser —respondió al teléfono—. Hablamos más tarde.

Al colgar, añadió:

—Era otro Adolf, no te preocupes. Preguntaba por unos diapasones.

Adolf sostendrá que sí, que el autor de la llamada fue él.

Marta afirmará que en el quiosco no vendían transistores y, pese a que ni el guardia de seguridad ni la recepcionista le supieron indicar un sitio donde comprar uno, salió al páramo nevado y se exigió encontrar el aparato. Siguiendo las indicaciones de Carmen, Marta rodeó el gigantesco cilindro del hospital hasta las afueras de Bellvitge. Chicos vestidos con la ropa amplia de los raperos se lanzaban bolas de nieve, correteaban entre bloques de pisos idénticos y vociferaban insultos y divertidas maldiciones. En un portal, dos obesas mujeres desaliñadas contemplaban la nevada en silencio. La blancura absoluta del cielo le procuró una sensación de claustrofóbica jaula. Las calles sucias empezaban a enlodarse con la nieve pisoteada cuando encontró una tienda pakistaní donde le vendieron una radio pequeña. Me la entregó en el cuarto orgullosa. La sintonicé durante menos de un minuto antes de apagarla.

—¿Y Elia? —pregunté.

—En casa.

—Quiero verla.

—Es muy pequeña, no la dejan entrar aquí.

—Quiero verla.

—Ahí tienes la foto.

El único adorno sobre mi mesita de noche era una fotografía enmarcada de Elia y yo vestidos de gala, quizá el día de su comunión. No supe cómo ni cuándo había llegado esa imagen al cuarto. Elevé el respaldo abatible de la cama hasta quedar semitumbado, cerré los ojos y no volví a hablar con mi hija.

—Buenas noches, papá —susurró en algún momento.

Me besó. Al entreabrir los ojos, la vi enrollando el cable de los auriculares del transitor, que depositó en la butaca de las visitas.

—Si esperas cinco minutos te llevo en coche —dijo Diana.

—¡Ni se te ocurra! —intervine incorporándome un poco—. ¡Conduces fatal! ¡A mi hija no la llevas!

—Vaya, para según qué cosas conservas una memoria estupenda —dijo Diana intercambiando una cómplice mirada con Marta—. Pero si el señor no se fía de mí, pues nada, otro día será.

Marta dirá que Diana la acompañó en su abollado Opel Astra hasta la puerta de casa. Cenó un sándwich mientras veía las noticias con Elia y Sol, que comieron sendos yogures, deslavazadas junto a ella en el sofá. Al depositar el recipiente vacío y la cucharilla sobre el tapete de la mesita de centro, Sol dijo a nuestras hijas:

—Esté como esté, a papá se le quiere. —Dejó que la frase calara antes de agregar—: ¿Vamos a dormir?

Al entrar en su dormitorio, Marta sacó los apuntes de la universidad pero no pudo concentrarse. Esa noche, el agotamiento tampoco le sirvió para conciliar el sueño, abrumada sobre todo por la imagen de los fumadores compulsivos en la sala del psiquiátrico exhalando humo entre las rejas.

A la mañana siguiente se convenció de que su cuerpo no resistiría la tensión si mantenía aquel ritmo y decidió abandonar la universidad hasta que más o menos yo me hubiera recuperado. Era una decisión arriesgada, una especie de salto al vacío, porque si los doctores aún ignoraban qué me pasaba, cómo iban a pronosticar fechas ni siquiera aproximadas de recuperación. Y, a la vez, era optimista, porque Marta se disponía a dejar las cosas en su sitio antes de continuar la carrera de abogada con la dedicación que merecía la licenciatura. En cualquier caso, suponía un compromiso mayor al que nunca hubiera establecido con nadie. Sol y yo siempre habíamos insistido a las niñas en la importancia de estudiar para enfrentar con unas mínimas credenciales el futuro, a la vez que les subrayamos lo vital de discernir las prioridades, y esa

noche en las que los consejos se anulaban mutuamente, Marta mezcló ambas enseñanzas en su genial batidora filosófico-existencial, llegó a una conclusión tan difícil como de algún modo inevitable y dedujo que hacerse adulto era un proceso compuesto de decisiones paradójicas que te iba asomando a un universo mucho menos previsible y enormemente más cabrón de lo que había imaginado.

A los dos días, uno de los doctores afirmó que después de un colapso como el que yo estaba padeciendo difícilmente podría ejercer de nuevo mi profesión.

Una tarde, después de comer y antes del horario de visitas, me quedé traspuesto en la cama. Al despertar, vi la corpulenta figura de Muñoz sobre mí. Últimamente, el mundo se presentaba con frecuencia en contrapicado. El doctor me observaba en silencio con las manos en los bolsillos de la bata. Muñoz dirá que quería comprobar por sí mismo mi grado de atención. Había constatado que yo tenía ideas delirantes no estructuradas de tipo persecutorio y que veía cosas que no eran ciertas. También experimentaba fluctuaciones de conciencia. Ahora pretendía detectar algo más.

Al despertarme, charlamos unos minutos, en los que me desorienté varias veces pasando de un tema a otro demostrando que me faltaba algo indefinible pero esencial para conectar a fondo, «de verdad», con mi interlocutor. Muñoz comprobó que yo oscilaba en un limbo de ideas fluctuantes que de pronto se esfumaban de mi memoria y por eso, cuando al día siguiente me preguntó por la charla que habíamos mantenido el día anterior y no supe rescatar prácticamente nada, se asentó en la idea de la base orgánica de mi problema, porque semejantes olvidos no eran típicos del trastorno mental.

Muñoz lamentó la falta de herramientas para resolver situaciones como la mía. Se pasaba el tiempo visitando a los pacientes que le enviaban neurólogos como yo, pero carecía de permisos y mecanismos para realizar pruebas complementarias que le permitieran reforzar sus diagnósticos. Es decir, no podía ir mucho más lejos que cualquier neurólogo. ¿Cuándo empezaría a colaborar en serio psiquiatras y neurólogos? Se sintió indefenso. Y, encima, con la obligación de ofrecer un diagnóstico. Ahí fuera había mucha gente esperándole.

Después de una nueva tanda de pruebas en busca, sobre todo, de una neoplasia, Muñoz aceptó ignorar a qué se enfrentaba. No se trataba de esquizofrenia ni paranoia y, contra la opinión de otros psiquiatras, seguía

defendiendo un sustrato orgánico que no podía demostrar. Había afrontado numerosas situaciones de emergencia como aquélla, y a muchas tampoco halló solución. El inmenso campo inexplorado de las enfermedades mentales le había facilitado asumir la insignificancia del conocimiento humano, así que no le acobardaba reconocer la imposibilidad de curar a un paciente. Incluso había acuñado una frase que se repetía como un mantra de consuelo ante casos como el mío:

—Es tan importante saber lo que se conoce como lo que no se conoce — le dijo a su residente pelirrojo—. Hasta aquí hemos llegado, Lucía.

De todos modos, tenía que diagnosticar algo. Muñoz había acordado con mi familia enviarme al CHAMM, un centro especializado en personal sanitario donde sin duda me sentiría más cómodo. Además, allí podría registrarme con un nombre falso y preservar así mi identidad. El gremio velaba por los suyos. Médico protege a médico. Pero Muñoz aún tenía que diagnosticar algo reconocible para los especialistas del CHAMM. Se ajustó la corbata, colocó las yemas de los dedos sobre el teclado y escribió el ambiguo término de «psicosis no especificada».

—Los neurólogos nos volveremos locos pero al menos no nos afecta el paro.

Me dan ganas de soltar una carcajada pero va a parecer que estoy aún más zumbado porque eso sólo ha sido un pensamiento. Además, a Emma no le gusta que bromeé con la locura, y menos con la mía, de modo que me reintroduzco en la charla como se espera de un cuerdo. Emma acaba de mostrarse feliz por haber encontrado tan rápido un empleo alternativo a Can Petri.

—Desde luego que esa suplencia ha sido una suerte —digo mientras conduzco—. Y que trabajes con Adolf... bueno, ha sido como rizar el rizo.

Hace tres semanas que Emma empezó a trabajar con mi amigo en el hospital de Vilafranca. Emma nunca acabó de asimilar las dinámicas de Can Petri y, aunque por las mañanas sigue allí, ya pasa consulta dos tardes por semana en su nuevo destino.

—Necesito un neurólogo para las tardes —me dijo Adolf un mes y medio antes.

—Tengo a una residente ideal.

Hubo algo delator en mi tono.

—¿Una residente? —preguntó—. ¿No te habrás liado con... esa residente?

—Pues sí.

—¿Y está bien formada?

Nos pusimos a reír.

—Por supuesto —respondí—. Sabes que soy todo un profesional.

—Pero si no tiene el título —dijo riendo aún—, ya sabes que no puedo...

—No te preocupes. Le quedan cuatro o cinco meses para acabar. Puedo cubrirle la plaza hasta que se saque el título.

—¿No estás en Can Petri?

—A medio gas. Me tienen casi en la reserva, puedo ocuparme de otras cosas.

Costas ha cedido todos mis pacientes de esclerosis múltiple a Mallo. Dice que, después del brote, debo descansar y reinsertarme poco a poco.

—De hecho, me irá bien un poco de acción —dije.

—¿Seguro? Es una paliza de coche. Se acaba haciendo pesado.

—No te preocupes. Me apetece moverme.

Así que llevamos unos días subiendo y bajando de Vilafranca. Si todo va bien, en unos meses Emma se quedará como titular del hospital, dispondrá de margen para ajustar horarios y no hará falta que yo siga conduciendo. Lástima. Creo que echaré de menos estos kilómetros, las conversaciones al volante, la música. Los silencios también.

—Adolf tuvo una separación dura pero remontó y creo que ahora es bastante feliz —digo—. Su mujer es encantadora. Y los chicos, geniales. Aunque hoy no van a estar.

Atravieso la urbanización de memoria y aparco frente a su espléndida casa de dos plantas. Como hace un soleado día de otoño, han preparado la mesa a la sombra de un gran toldo al borde de la piscina.

—¡Hoolaaaa! —grita Adolf—. Llegáis a punto. El sofrito lleva media hora haciéndose. Un aperitivo y a la mesa.

—Me han dicho que eres muy buen cocinero —dice Emma.

—Te han engañado. Soy buenísimo.

Nos abrazamos y vuelvo a sentirme confortablemente pequeño al abrigo de aquel corpachón.

—¿Qué tienes para hoy? —pregunto.

—Fideuá. Pero del *all i oli* te encargas tú. Y cava de la comarca, que no quiero que se me quejen los vecinos.

Es la primera vez que quedamos con Adolf en pareja y por supuesto que durante la comida los hombres rememoramos nuestras hazañas senderistas y, sobre todo, la mítica boda en Nevada. La visita a Yosemite, la cena en el Hard Rock Cafe, la nevada que casi nos atrapó.

—Esos días descubrí que había una vida que podía ser así —digo.

—¿Así cómo? —pregunta Roser.

—De película —digo.

—Eres un puñetero romántico —dice Adolf—. Pero ten en cuenta una cosa —suspende unos segundos la conclusión—: las películas siempre son cortas. —Reímos todos—. De todas formas, si necesitas banda sonora...

Cuando habla sobre su afición a tocar el saxo mencionando a alguno de

sus «santos» del jazz, Emma comenta cuánto le apasiona el baile. Intercambian gustos musicales. Emma explica que ha bailado desde danza del vientre hasta *hip hop*, aunque ahora le chifla el flamenco. Adolf decide interpretar un par de piezas para amenizar los cafés.

—Emma con el flamenco, tú con el saxo —digo cuando termina de tocar—. ¿Cuántas horas invertís en esas aficiones? ¿No creéis que deberíais emplear ese tiempo en estudiar más?

—He dedicado toda mi vida a la neurología —dice Adolf con el saxo aún en las manos—. Pero cuando tengo la oportunidad de alejarme un poco prefiero... quiero hacer otras cosas. De hecho, la música cada vez me interesa más.

Emma comparte la inclinación de Adolf y por eso está pensando en apuntarse a cursos de flamenco. Cada uno que haga lo que le dé la gana, pero yo soy neurólogo y eso significa que mi atención y mis deseos se centran en la neurología. Después de muchos años de entrega he podido sentir que avanzo, cómo me adentraba en cosmos a los que pocos han tenido acceso. Las pasiones verdaderas te premian con la contemplación de rincones remotos. Aspiro a algo más que a entretenerme, y esto no incumbe a la gloria. Además, mi material son las personas. Aspiro a ayudar, a curar. Hay una responsabilidad que debo cultivar a cada instante. Así lo siento. No hay espacio para mucho más.

Adolf dirá que soy un obseso del trabajo, que siempre he puesto la profesión por delante de casi todo y de ahí que haya acabado «pringando» de esta manera. Un matiz a su observación: emplea una palabra equivocada, porque esto no trata de trabajo. Yo no trabajo. Yo me zambullo. Penetro. Exploro. Me fundo con el descomunal universo del cerebro que sólo destapa sus mejores maravillas a los que nos hemos asomado ambiciosamente a él. Y no quiero dejar de viajar a través de sus surcos, tan ignotos. Podría entregar muchas vidas futuras con tal de proseguir la infinita exploración que da sentido a mi existencia. Por eso me cuesta entender las válvulas del saxo, el flamenco o cualquier entretenimiento que exija horas. ¿Mi debilidad por la lectura? Forma parte de la pasión. Yo no malgasto energías. Por eso entiendo muy bien a Josep. Neurólogo. Casado con una enfermera. Un obseso como yo. Aunque en los orígenes aspirara a forrarse como otorrino.

—Yo soy de la cuerda de Josep —digo—. El otro día va y me dice que igual tiene que cambiar algo en su vida porque se ha dado cuenta de que sus

conversaciones íntimas se limitan a los compañeros del hospital y al personal del Carrefour.

Me pongo a reír con ganas hasta que me descubro riendo solo.

—¿Cómo le va? —pregunta Adolf escanciando en los vasos el cóctel de cava que ha preparado.

—Muy bien. Ha adoptado a un niño de Nepal. Volvió hace poco y nos trajo un libro sobre el Everest.

—¿De Nepal? ¿Cuántos años tiene? —dice Roser.

Mierda. Los niños. Bebo un trago del cóctel. Ya salió el tema, y encima lo he sacado yo. Me vibra el teléfono, menos mal. Es mi madre. Levanto la mano pidiendo disculpas mientras me llevo el aparato a la oreja. Emma comprende enseguida que se trata de algo serio. Me pongo la mano en la frente, un gesto insólito en mí.

—Llama a urgencias y pide una ambulancia medicalizada —ordeno al auricular—. Que lo lleven a la Quirón. Voy para allá.

—Mi padre —digo al colgar.

Camino hacia el jardín.

—¿Tienes tabaco? —pregunto.

—Lo siento, aquí ya sabes que de eso... —se disculpa Adolf.

—Espera —dice Roser levantándose de la mesa—. Puede que me quede algún paquete de los viejos tiempos por ahí.

Necesito un cigarro.

He dejado de fumar y mi padre debe morir, sería bueno para él y para todos, pero necesito un chute de nicotina que palíe tenuemente esta ansiedad. Emma me abraza. No sé qué murmura, supongo que los consuelos habituales. Roser vuelve con un paquete de tabaco abierto que Adolf mira arrugando el entrecejo. Fumo mientras los anfitriones recogen la mesa y Emma va al baño.

Adolf dirá que, al despedirnos, él y Roser se están rodeando las cinturas al tiempo que fruncen fuerte los labios. La última imagen que guardaban de compartir una mesa conmigo fue cuando yo aún frecuentaba el CHAMM. Aquella noche cenamos los tres con una amiga que yo había hecho en el centro, y mi amiga pasó la mayoría del tiempo hablando sobre su pareja recién fallecida por cáncer. Como yo aún no dialogaba con fluidez, tampoco participé demasiado en la charla, de modo que costó lo suyo mantener una conversación digna.

—Pobre tío —dice Adolf cuando cerramos las puertas del coche.

—Lo veo muy bien —asegura Roser—. Esa chica es estupenda. ¿Sabes si quiere tener hijos?

—Sí. Sí que quiere.

—Pero Milo se hizo la vasectomía, ¿no?

En la Quirón está de guardia Rosell. Hemos compartido mucho tiempo en la clínica y nos llevamos bien, será fácil entendernos. Rosell resume el crítico estado de mi padre. Se trata de un enfisematoso crónico usuario de oxígeno a domicilio que presenta una insuficiencia respiratoria aguda muy grave.

—Podríamos intubar e ingresarlo en la UCI —sugiere—, pero en el estado que está sus posibilidades de supervivencia son casi nulas. Más que nada complicaríamos el cuadro. Yo no recurriría a medidas agresivas si no es por auténtica necesidad.

Nos miramos a los ojos porque sabemos que mi padre va a morir y yo sólo debo decidir la forma de su agonía.

—Está bien —respondo—. Es lo mejor.

A mi madre le cuento la situación con cuidado.

—Creo que deberíamos darle morfina —propongo.

Mi madre está de acuerdo.

Mi padre muere horas más tarde. Se extiende una forma nueva de vacío. Un vacío lleno de recuerdos. Zapatos, aceites, la Biblia, Granada, las broncas, su apoyo, su mudo apoyo. ¿Qué pensaría de que yo no fuera capaz de darle un nieto varón? Su apellido morirá por mi parte. Esto es lo que ahora veo y, de algún modo, lamento. Papá.

Mi madre dirá que cuando le comunico la muerte, el cuerpo se le relaja de un modo compacto y da gracias por la liberación. Todos descansaremos. Cuando sale a la calle a tomar aire, me encuentra fumando.

—Habéis salido todos fumadores —dice mi madre—. Tu padre se ha pasado la vida fumando y entre todos me habéis contagiado vuestro vicio. — Mi madre padece la típica bronquitis del fumador pasivo—. ¿Tenéis ojos en la cara? ¿Qué os pasa? Hay cosas que no entiendo.

—Ya, mamá —digo.

Emma dirá que los días siguientes estoy perplejo y me muevo y me comporto como un robot anestesiado. Quizá. Ha muerto mi padre. Aunque los médicos veamos la muerte de una manera menos estandarizada, ha muerto mi

padre. Eso suele afectar al corazón. De todas formas, con él se han cumplido los tiempos de la vida y no hago un duelo especial. Ya soy un hombre. Sé que la muerte existe. Sigamos.

El día de mi cumpleaños voy a cenar con Emma cerca de la casa de mis padres. Antes de dirigirnos al restaurante, Emma quiere decirle no sé qué a mi madre y, aunque vamos a llegar tarde, subimos un momento. Al abrir la puerta, la casa está llena de familiares y amigos como Pablo, Isabel, Adolf, que empiezan a cantar cumpleaños feliz. Cumplo cincuenta y me han preparado una fiesta sorpresa que en realidad nadie quería hacer. Pero se supone que hay que animarme. Vengo de un pozo muy hondo y todo lo que me ayude a remontar se da por bueno. No quiero una terapia de grupo. No quiero fiestas sorpresa. Preferiría que todos los que estáis aquí me explicarais uno a uno exactamente qué pasó mientras yo vagaba por el limbo, eso sí que sería un regalo. Pero ninguno de vosotros, ni siquiera mi hermana, mi madre, mis hijas, nadie me va a contar mucho más que calderilla sobre la etapa del brote. La sensación de conjura me abruma mientras todos sonrían con tantas ganas como hipocresía. Saben que están tratando con un loco, para ellos ya siempre lo seré. Y estoy seguro de que temen que en cualquier momento regrese el interno del psiquiátrico que late en mí.

—¡Uh!

Ese grito y un amago de feroz agresividad acallarían a toda esta gente de golpe. ¡Uh! Pero no les aguaré la fiesta. Lo hacen para ayudar. Quieren lo mejor. Bueno. Me regalan una cámara de fotos digital con dos objetivos. La verdad es que me hace ilusión. Mi última gran cámara se rompió mientras me separaba de Sol y este trasto quizá simbolice algo. Algo es algo.

Las noticias son deprimentes. Desde que la bolsa española se desplomó en enero, se encadenan cierres de empresas y malos augurios para la economía nacional. Alguna gente hablaba de crisis pasajera pero cuando la macrocompañía de servicios financieros Lehman Brothers quebró hace un par de meses, incluso los optimistas matizaron su opinión. Aunque no entiendo de finanzas, entre los especialistas se extiende el contagioso temor de una especie de cataclismo mundial. Los telediarios que durante años han comentado los récords positivos batidos por la economía española repiten ahora que nos hallamos en una emergencia. Se anuncian más quiebras de bancos y empresas, parece que miles o millones de personas perderán sus ahorros, una debacle global que pese a todo sonaba tan lejana como cualquier noticia televisiva hasta que ayer el sindicato del hospital advirtió que el Departamento de Administración pretende recortarnos los sueldos un veinte por ciento. Por los pasillos se comenta que como mínimo nos congelarán los salarios y algunos auguran que el auténtico objetivo es eliminar personal. Hay una velada agitación que a veces estalla en rabiosas soflamas contra los inconcretos poderes que han arrastrado al hospital, al país, al mundo, hasta aquí. En neuro tenemos claro que los apoyos a la investigación menguarán durante una buena temporada, si es que no cesan. Las esperanzas creadas por la década del cerebro hace tiempo que se diluyeron. En el hospital se habla más de tijeretazos y despidos que de ensayos y publicaciones.

De todas formas, cuando escucho hablar de quiebras no puedo evitar sonreír. ¿Qué sabrá la mayoría de quiebras? La mía me ha ungido de soberbia.

Emma ya ha firmado el contrato con el hospital de Vilafranca, y por eso la próxima semana cerraremos la compra de nuestro nuevo piso.

—¿Y si te echan? —dice Emma en la cama.

—No creo. Después de la enfermedad daría muy mala imagen al hospital.

—Ya, pero ¿y si les da igual la imagen?

—Deberían indemnizarme con demasiado dinero. No les saldría rentable. Si no me echó Subirats...

—Los que no lo están pasando muy bien son mis padres.

—¿Las salas de control no funcionan?

—No te burles. Las contrataciones de obra pública han caído un montón. Hace meses que no les llegan encargos.

—Son rachas. Tus padres llevan mucho tiempo en el negocio, no te preocupes.

—Ya... *Beloved*...

—Qué.

—¿Te he dicho que me haría mucha ilusión tener un hijo contigo?

—Creo que sí.

Emma me golpea suavemente el pecho con la palma de la mano.

—Tonto.

—Amor.

—Mira que hacerte la vasectomía... ¿Por qué tardaste tanto en decírmelo?

Decir que temía perderla es la vulgar verdad, de modo que no respondo.

—Me sorprendió un poco —continúa Emma.

—Pues disimulaste muy bien. De hecho, a mí me sorprende lo bien que lo has encajado.

—No tan bien.

La escucho respirar.

—¿Pensaste en dejarme? —pregunto.

—¿Por qué? En su momento, tu decisión fue lógica. Además, enseguida le vi el lado bueno: es superpráctico. Adiós a las protecciones. También pensé que si en el futuro queríamos tener hijos, hay formas de conseguirlo. Sólo te reprocho no haber imaginado que algún día me ibas a conocer.

—Por suerte la ciencia siempre está ahí, guardándome las espaldas.

Emma suspira en la oscuridad.

—Lo tendremos, ¿verdad?

—Primero vamos a asentarnos en el piso. En cuanto estemos tranquilos...

Tranquilos.

No consigo dormir. Ayer me enteré de que la madre de Diana tiene una grave enfermedad y le escribí un e-mail. Me levanto a tientas, conecto el ordenador. Diana ha respondido.

«Sí, mi madre está mal, y aunque nada parece inminente, las cosas se han complicado mucho. Pero no quiero corresponder a tu crónica con un listado de problemas, gracias por escribir e interesarte. Yo estoy tranquila y creo que

fuerte, bien. Todo lo que cuentas transmite el bienestar del que disfrutas ahora y sabes cuánto me alegro.»

Luego pide que le dé un fuerte abrazo a Emma, comenta superficialmente un tema laboral y me envía una serie de enlaces internautas, entre ellos el del *Life Stress Score*. Un test que se utiliza para medir el índice de estrés humano. La web del test distingue tres niveles de estrés. A los que superan los trescientos puntos del tercer nivel se les recomienda tomar medidas urgentes para paliar su alarmante susceptibilidad al estrés, cuidar la dieta, acudir sin demora a métodos de relajación. Respondo el test como si estuviera en 2004, en el apogeo del *mobbing* que me hizo Subirats, reponiéndome aún de la separación, follando indiscriminadamente. Mi resultado es demencial: 506.

«Como las galaxias, los sistemas solares... créeme, un diente es tan misterioso como una estrella. Un hombre ha de tener una filosofía de la vida, ha de saber por qué trabaja, y ésa es la mía. Un hombre no puede seguir adelante sin razones.»

Durante los meses que siguen leo la obra casi completa de Philip Roth. Zuckerman se une a la nómina de personajes ideados por escritores judíos que de algún modo me acompañan. Me siento más cerca del sueco Levov o de Zuckerman que de mi difunto padre. El pasado y los muertos hablan de otra forma desde las páginas de los judíos, cuya estirpe ha padecido épicamente. Hay una línea de dolor y esperanza que vincula a esos autores con un latido profundo tan universal que los sitúa entre los mejores. A menudo hablo a Emma de Roth, o le leo fragmentos de sus novelas:

—Hasta los cuarenta crees que tus emociones son perjudiciales, ¿sabes? Auténticas asesinas. Y entonces descubres que son florecillas comparadas con lo que se avecina.

—Ya habló el fósil —responde Emma—. Qué dura es la vida de los viejitos, ¿eh?

Me gusta cómo Emma desactiva mi dramatismo. Nunca hasta ahora había disfrutado de la monogamia. Me pregunto si es porque me hago viejo o porque la quiero de otro modo. Emma me ha dado tiempo para estar solo mientras se mantenía cerca. No es una cuestión física. Es una cuestión mental. Sabe abandonarme cuando lo necesito, dejarme con Roth o las niñas o los libros de neurología, antes de reaparecer cuando empiezo a añorarla. Con

Emma soy más consciente de la soledad que me define. Ella me ha dado el tiempo para reconocer mi aislamiento y, al fomentarlo, al respetarlo, aprehendo el privilegio de su compañía.

Me siento lo bastante lúcido y fuerte para empezar a prescindir de la medicación. Voy a ser prudente, rebajaré las dosis poco a poco, pero le he dicho a Emma que me vigile. Sin duda, me encuentro mucho más en forma que bastante gente de alrededor. Los ánimos de la mayoría nunca han estado tan bajos. Han despedido del trabajo a varios familiares de compañeros míos y los padres de Emma han anunciado que pronto cerrarán esa extraña empresa que regentan. El control ya no es rentable. El otro día, Carmen lamentó que no le llegaban clientes a pesar de que se han multiplicado los trastornos mentales, precisamente por la crisis. De todas formas, el consumo de ansiolíticos y antidepresivos se ha disparado, atestando las calles de una vanguardista variedad de zombis. Se habla de aumento de la inflación, de hipotecas *subprime*, del estallido de la burbuja inmobiliaria, del precio del petróleo, de la rapacidad de los bancos. Pocos saben cómo hacer frente a una agresión para la que faltan culpables, aunque nadie duda de que se trata de una agresión.

Las inclemencias que en otros tiempos convirtieron a los hombres en duros y fríos ahora enloquecen a mucha gente. Perder la esperanza en el respeto y verse impelido a la indignidad han conducido a un exceso de Valium que está cambiando el estoicismo de los viejos rostros pétreos por una inopia abotargada. La moderna versión del dolor y la decepción disfrazados de insensibilidad. Quizá no haya más remedio que pertrecharse de indiferencia cuando no hay nadie a quien acusar, golpear, matar. Mi prima Isabel advierte que en Inspección del Trabajo han abierto cientos de expedientes de regulación de empleo y que su hermano Rafa, que era periodista en un diario de Granada, ha aprovechado una enfermedad para jubilarse. Carmen ha cambiado las clases de liderazgo por talleres sobre gestión de conflictos.

—Estoy muy bien —le digo al psiquiatra privado que sigue mi expediente desde que salí del CHAMM—. De hecho, vengo a decirte que hace unas semanas empecé a disminuir la medicación y ha ido tan bien que he dejado de tomarla.

—¿Qué? —exclama el psiquiatra constriñendo toda la cara—. Pero ¡qué estás diciendo, Camilo!

Me habla como si fuera un niño. No es un hombre muy empático.

—¡Has tenido un brote de mil pares de cojones! —grita—. ¡Eres un

bipolar de la hostia! ¿Qué estás haciendo?

No sabe dialogar. Una vez tuve un paciente epiléptico que dejó la medicación. Por supuesto que intenté convencerle para que volviera a tomarla pero en ningún momento le grité. Es un recurso de padres superados y de gente sin educación. Mi padre, por ejemplo. Pero tú no eres mi padre. Eres un psiquiatra que grita como si necesitara un psiquiatra.

Además, podría decirte que lo de bipolar no está nada claro, y aún menos teniendo en cuenta que renunciar a la medicación no me ha perjudicado. Pero, de acuerdo, voy a dejar que te explayes. Comprendo tus dudas y tu necesidad de ingresos en medio de esta debacle.

Convoco a Leire para ponernos al día. Hace unos meses que se marchó de casa de Sol y por fin ejerce de okupa. Aunque la han desalojado de varios sitios, todavía lo lleva bien. Continúa echando una mano en la jardinería donde le pagan la misma miseria de siempre pero que al parecer aún le costea lo necesario. Sigue asistiendo a todas las manifestaciones imaginables y proclamando la inocencia de los chicos del 4F, como ella los denomina, que por lo visto continúan encerrados.

Leire se presenta en casa con un cachorro de perro, mezcla de cazador y fox terrier.

—¿Y esto?

—Era de unos amigos. Y yo quería tener perro. ¿A que es guapo?

El animal parece simpático.

—Es muy bueno —añade.

—Espera, que encierro a *Sparcl*.

Meto al gato en la cocina.

—¿Qué tal lleva Emma la alergia?

—Estornuda todo el rato y le lloran a menudo los ojos pero dice que no le importa. —Me acuclillo frente al perro—. ¿Cómo se llama?

—*Uto*. De Utopía.

Leire. Así eres.

—*Uto* —digo.

Acaricio la cabeza del perro, que me lame la mano. Me pregunto si Leire se siente sola y por eso necesita a este animal. Si echará de menos una relación más íntima que la que le aportan sus colegas, una relación que podría resumirse en cuidar y ser cuidada. ¿Y yo? ¿Qué prefiero? ¿Ser cuidado o cuidador? Es hora de plantearse en serio porque como mis neuronas

continúen renqueando podría necesitar a alguien conmigo todo el tiempo. En mi antigua división de los roles a seguir en la vejez, al distinguir entre enfermos y enfermeros siempre me atribuí el papel del velador, el más lógico después de toda una vida como médico. Y, sin embargo, ya ves.

En cualquier caso, Leire ha adquirido una responsabilidad con ese bicho peludo. Es la guinda a su carrera de perroflauta. Sí, los estereotipos suelen tener razón.

—¿Y tú qué tal? —pregunta.

—He dejado los fármacos.

Me abraza muy contenta. La veo bien.

—Ahora sólo falta que yo me deshaga del Ventolin —dice riendo.

—Ya casi no lo tomas, ¿no? Hace tiempo que no veo el inhalador.

—Muy poco, pero aún me doy algún chute. Siempre lo llevo encima por si acaso —dice, y se saca la cámara de la mochilita.

Por un momento, Leire calibra contarme que usa más que nada el Ventolin cuando hay que correr delante de la policía. Hace meses, en medio de una de sus trifulcas, un furgón policial paró justo delante de ella y la puerta trasera vomitó un ejército de antidisturbios que cargó contra su grupo. Cómo corrían los mamonzos. Y ella, que tiene un asma que se le dispara al primer esfuerzo, sufrió un ataque. El aire se volatilizó. Mientras las porras silbaban a centímetros, Leire se limitó a esquivarlas, a agazaparse jadeando incapaz de correr lo bastante rápido. Cuando un porrazo partió un dedo de la chica que corría a su lado, Leire se tiró al suelo junto a ella y dejó que los antidisturbios prosiguieran la carga contra los que continuaban en pie. Acompañó a la chica al hospital y mientras le entablillaban el dedo, decidió que en adelante iría a las *manis* con Ventolin, por eso se lo llevó a Rostock.

El recuerdo la anima a contar cómo le fue en Alemania. Allí no corrió demasiado porque, poco después de llegar, la policía detuvo a su grupo —«nos secuestraron»— y la metieron en una «jaula» habilitada para la ocasión «como medida preventiva».

—Nos tomaron declaración sin traductores —dice Leire—. ¿Te lo imaginas? Ellos preguntando en alemán y nosotros respondiendo en español.

—Es normal que quisieran protegerse —digo—. Mira lo que pasó después.

La cumbre que representantes de los ocho países más industrializados del planeta iban a realizar en Rostock se vio obligada a cambiar la agenda debido

a los enfrentamientos entre la policía y los casi cien mil manifestantes que tomaron las calles de la ciudad, impidiendo que muchos de los participantes en la cumbre accedieran al recinto donde se celebraba.

—Bueno —sonríe Leire—, un poco de razón quizá tenían. Pero ahora sí que se han enterado de qué va esto. A veces me acuerdo de aquello que nos explicaste sobre los anticuerpos que se vuelven contra ti y pienso que los magnates, los políticos y toda esa gentuza que sólo quiere imponerse mientras arrasa con todo y que se ha reproducido los últimos años, son exactamente eso, unos anticuerpos malignos para el cuerpo social. El capitalismo los creó y han pensado que, cobijados por él, iban a ser intocables. Pero se equivocan, porque en Seattle apareció una vacuna: nosotros. Somos una especie de defensas salidas de la nada. Lo mejor es que no nos esperaban. Son conscientes de que sabemos enfrentarlos, y se están empezando a acojonar. Saben que desde Seattle algo ha cambiado.

—Seattle fue en el 99. Tú eras una mocosa.

—¿Y qué? Yo sigo lo que allí se empezó.

Asiento varias veces con la cabeza.

—Tienes razón —digo—. Y eso es bueno, cariño. Eso es muy bueno.

—Qué bien, papá —dice abrazándome otra vez—. Te veo estupendo. Eres un campeón.

Es junio y todo en orden. Voy a un simposio sobre alzhéimer donde participa Josep Dalmau, un neurooncólogo que marchó hace veinte años a trabajar a Nueva York. Permaneció allí once años, luego tres en Arkansas y ahora está en Pennsylvania. Siempre investigando. El tipo de vida que me habría gustado llevar. El sueño americano y toda esa mandanga. Además de consumir «el sueño», Dalmau ha encontrado algo. No conozco a este hombre pero lo percibo como alguien en quien creer.

Debido a su especialidad, Dalmau investigó desde muy pronto los procesos autoinmunes detonados por un cáncer. Luego se interrogó por el origen de los procesos autoinmunes sin un cáncer implicado y se puso a analizarlos junto a un equipo del que formaba parte la neuróloga estadounidense Myrna Rosenfeld, con la que se había casado en Nueva York. Es una historia bonita, en plan matrimonio Curie.

Dalmau dirá que sospechaba que esos procesos estaban vinculados a ciertas inflamaciones del cerebro e intuyó la existencia de un anticuerpo que podía resolver sus dudas. Durante meses, intentó localizar el anticuerpo. Se sucedieron jornadas agotadoras pegado al microscopio, analizando muestras, rastreando... hasta descubrir la existencia de, en efecto, un anticuerpo que atacaba al receptor NMDA del cerebro.

—El receptor NMDA es una proteína que actúa como receptor de un neurotransmisor llamado *glutamato* —dice Dalmau en el auditorio del Palau de la Música Catalana. Las palabras se escuchan tan perfectas que parecen grandes—. Su papel en la transmisión de señales eléctricas entre neuronas resulta clave para el buen funcionamiento de la memoria, el comportamiento y la cognición y por eso el ataque contra él altera la memoria y el comportamiento del enfermo, y llega a causarle psicosis. En definitiva, el NMDA está en el origen de un tipo de encefalitis autoinmune que hasta la fecha no se había diagnosticado.

Se me ponen los pelos de punta. Eso es emoción.

Dalmau describe la encefalitis autoinmune. Se trata de una enfermedad cuyos primeros síntomas seriados pasan por una sensación de resfriado con dolores de cabeza. Semanas después, aumenta la agitación del enfermo, que suele padecer insomnio a la vez que se le desintegra el lenguaje y provoca la alteración del habla. La caída es progresiva, existe hipoventilación, y en algunos casos se alcanza el coma.

Explica el caso de una chica que comenzó con una notable alteración de la conducta. Del cuadro psicótico pasó a un alarmante descenso del nivel de conciencia y entró comatosa en cuidados intensivos. Le pusieron respiración artificial durante tres meses en el hospital realizándole todo tipo de pruebas, incluida la extracción de líquido cefalorraquídeo, sin resultado. A ciegas, decidieron administrarle inmunoterapia y empezó a recuperarse hasta hacerlo por completo.

—La recuperación nos ha sorprendido —dice Dalmau— porque ha sido absoluta, sin aparentes secuelas.

Mis pulsaciones se disparan. La descripción de Dalmau encaja asombrosamente con lo que yo he vivido, aunque no entrara en coma. Muchos de los casos que detalla han afectado a mujeres jóvenes con un teratoma de ovario, pero entre los pacientes también hay hombres y mujeres sin cáncer. Miro de reojo a mis colegas. Escuchan inalterables al conferenciante, aunque Emma detecta una distorsión y al cruzarnos las miradas me señalo con los pulgares. Es lo que yo tuve. Es lo que yo tuve. Tiene que ser lo que yo tuve.

—Hasta 2007 —continúa Dalmau— yo era un científico sobre todo asociado a los fascinomas, que, como muchos de ustedes sabrán, es el nombre que algunos médicos utilizamos para referirnos a las enfermedades fascinantes pero muy raras. Por eso, antes de que la revista *Brain* difundiera nuestro estudio, le dije a un grupo de colegas: «Esta vez voy a presentar algo más que un fascinoma». Un año después, mi equipo ha identificado más de cien casos de encefalitis. Cien. Un solo equipo. ¿Pueden imaginar la cantidad de casos que estamos resolviendo? ¿Y los que quedan por identificar?

En el turno de preguntas, Dalmau explica que aún se desconoce el origen de esta enfermedad aunque se atreve a distinguir entre unas dos terceras partes de causas medioambientales y un tercio de genéticas.

—¿Qué quiere decir medioambientales? —le preguntan.

—Tenemos sospechas sobre cuáles podrían ser esas causas pero aún no podemos concretar nada. Hay muchos factores que podrían influir.

El estrés. Dalmau no lo dice pero seguro que valora enormemente la incidencia del estrés. Como ocurre con la psoriasis, seguro que el estrés es un detonante. Hasta ahora yo había considerado la garrapata como el factor externo más probable de mi enfermedad, pero ahora también pienso en Subirats.

—Y hasta ahora, ¿cómo se diagnosticaba a esos enfermos? —le preguntan.

—Buf. —Dalmau enarca las cejas. Bebe agua—. Desde autismo hasta lo que usted quiera. En algunos países se considera posesión satánica.

La prensa amarilla está divulgando desde hace semanas que Dalmau ha identificado «la enfermedad que en realidad sufría la niña del exorcista». La enfermedad que ha hecho que algunos niños sean erróneamente diagnosticados de autismo. Circulan fotos y vídeos de jóvenes y sobre todo niñas convulsionándose brutalmente, la espalda tan arqueada que casi podrían tocarse la cabeza con los pies. Dalmau afirma que el estudio de cuatro chicas con teratoma les indujo a confrontar suero y líquido cefalorraquídeo de las mismas con células neuronales de hipocampo de ratas en cultivo, y observaron una idéntica reactividad en todos los casos. Tratadas con cortisona, las cuatro enfermas mejoraron.

Los ensayos les permitieron descubrir anticuerpos diferentes en siete enfermos, de modo que prevén importantes progresos en breve. De momento, están recibiendo e-mails de todo el mundo llenos de fotos y vídeos de pacientes que responden a esa sintomatología, y sus doctores piden que Dalmau los ayude. Cómo debe de sentirse ese hombre. Ha descubierto una enfermedad que afecta a miles de personas. Es como encontrar un gran mamífero en el siglo XXI. Es un hallazgo descomunal.

Dalmau dirá que cuando los artículos publicados en *Lancet Neurology* y *The New York Times* catapultaron su descubrimiento, experimentó una satisfacción tibia. Llevaba décadas aportando numerosas soluciones y de repente le laureaban por la espectacularidad de una de ellas. Había pensado que algún día podía ocurrir pero ya ni siquiera recordaba la época en la que fantaseó con ser popular. Siente sobre todo agradecimiento hacia la gente que le ha apoyado durante años y orgullo por un trabajo bien hecho que va a cambiar la vida de miles de personas. Cree que hay un fondo de justicia en el logro, pero como sabe que la justicia a menudo depende de la suerte, se siente más que nada afortunado.

Mientras sus palabras retumban en el auditorio, pienso en Carmencita, la niña que traté a finales de los noventa. No logramos un diagnóstico creíble, de modo que no supimos ayudarla y si se salvó fue sólo gracias a su sistema defensivo. Pienso en una chica de diecinueve años que fue derivada a Can Petri con un cuadro catatónico y en fase terminal hasta aplicarle los *electroshocks* que la rescataron de la muerte. Si en pocos segundos he recordado a dos pacientes que probablemente padecieron esa encefalitis es porque se trata de una enfermedad de espectro amplio.

Salgo del Palau tan excitado como al principio del brote.

—Si por los sótanos de Bellvitge buscáramos líquido cefalorraquídeo mío podríamos constatar que he tenido una encefalitis NMDA.

Diana me mira incrédula y prefiero no insistir en los paralelismos entre la explicación de Dalmau y mi caso para ahorrarme la condescendencia de mis colegas. Cuando nos despedimos de todos, Emma dice que las similitudes entre los casos descritos por Dalmau y el mío son impresionantes, y siento que está conmigo. En cuanto llego a casa, navego por internet buscando enlaces que comenten la encefalitis autoinmune, anoto el título de libros que podrían orientarme.

Los siguientes días dedico todo mi tiempo libre a leer sobre la enfermedad. ¿Cómo es capaz nuestro organismo de traicionarnos de esa forma? Tu cuerpo sometido al ataque de tu propio cuerpo. ¿Cómo defenderse ante eso? Devoro capítulos completos del *Handbook of Clinical Neurology*. Envío preguntas a especialistas en encefalitis, a instituciones mentales, leo revistas antiguas, reviso expedientes de enfermos, apuntes que yo mismo realicé. Me espolea la efervescencia de la nueva literatura médica. Me ilusiona intercambiar indicios, otear posibilidades, recibir conclusiones. Avanzo por la jungla de la autoinmunidad junto con un puñado de investigadores desconocidos con los que comparto la aspiración de colgar etiquetas que pueden salvar vidas.

Me interesa un texto donde Oliver Sacks alude al parkinsonismo postencefalítico. Hubo una época en la que miles de personas afectadas por un proceso infeccioso desarrollaron parkinsonismo. Mientras leo que el propio Sacks observó que la L-dopa «descongelaba» a los enfermos, oigo la llave en la cerradura.

—¿Tú con Sacks? —dice Emma después de besarme y estornudar. *Sparcl* se frota contra sus piernas.

—Entretenido. Pero sus casos de encefalitis no me incumben, creo que voy a dejarlo. Tampoco quiero obsesionarme con algo que, sea como sea, ya pasó.

Emma va al lavabo. Permanece más rato del acostumbrado. Cuando sale, dice:

—El miércoles tenemos hora para la fecundación *in vitro*. —Levanto la mirada del libro y encuentro sus globos oculares enrojecidos por la nueva conjuntivitis que le ha provocado *Sparcl*—. ¿Preparado?

Tengo cincuenta y un años. Una mujer treintañera y literalmente flamenca. Tres hijas. Una exesposa. Hace dos años estuve interno en el psiquiátrico.

—¿Estás segura de seguir con el gato? —respondo.

Emma queda embarazada a la primera inyección, así que ya puedo apurar mis investigaciones durante los próximos nueve meses. Voy a resolver mi caso. Lo sé. Y que nadie me hable de imposibles. Me hice la vasectomía y voy a tener un cuarto hijo, aunque a tenor de mi historial probablemente sea niña. Nike debería usarme como imagen de marca en lugar de a esos deportistas que ganan cosas aparentemente importantes. La tarde que recibimos la noticia llamamos a los padres de Emma, que se han prestado a adoptar a *Sparcl*.

En marzo de 2010 ingresamos en Can Petri a una chica psicótica con síntomas que nos inducen a seguir el procedimiento prescrito por Dalmau. Pese a la ausencia de teratoma, localizamos los anticuerpos previstos y realizamos el primer diagnóstico de encefalitis NMDA en nuestro hospital. Al inyectarle bolos de cortisona, la chica se recupera rápidamente. Su restablecimiento me alegra de un modo distinto. Es una gran noticia. Cuando llego a casa, le digo a Emma:

—La chica se va a poner bien en pocas semanas. Es lo que yo tuve. Estoy seguro. Seguro.

Emma me acaricia la mejilla con la palma de la mano. Su sonrisa y su calor afirman que está tan convencida como yo.

Pocos días más tarde nace Alba. Mi cuarta niña. Tan hermosa como sus hermanas. Al cogerla en brazos me invade la sensación de milagro, más por mí que por ella: he tenido una hija tras pasar por el manicomio. Esto sí que es un éxito. Es precioso e inquietante. Alba, amor, espero que tus genes no contengan mi locura.

Leo en el periódico que Alberto Sánchez Bordón ha sido imputado por presunto tráfico de influencias durante la época que ejerció como asesor del Ayuntamiento de Barcelona, después de la temporada en la que capitaneó AquaRed. Según el diario, la investigación está vinculada a un balneario que se pretendía construir en Poble Nou. En el artículo aparece un despiece informando sobre un caso similar pero de enorme repercusión mediática protagonizado por Félix Millet y Jordi Montull, autores del colosal desfalco al Palau que les permitió viajar a Maldivas o financiar al partido político que por entonces gobernaba Cataluña. Desde que hace unos meses emergió el caso Palau, Millet y Montull son dos apestados para la mayoría de la sociedad, se los ve como maleantes que sacaron ventaja de su posición de privilegio para robarnos con mayúsculas a todos los ciudadanos y a los que, sin embargo, la justicia difícilmente dará su auténtico merecido porque están protegidos por la poderosa burguesía catalana. Pero Alberto... es la pareja de mi ex. ¿Qué hace su nombre en esa noticia? Es un buen tío, aunque yo no lo conozca.

El artículo afirma que en una carpeta se han encontrado declaraciones de Alberto asegurando que el Ayuntamiento, donde él mandaba mucho, podía «descatalogar» edificios y cedérselos a la empresa que aspiraba a construir el balneario. Un típico caso de especulación inmobiliaria con la singularidad de que éste va a trastocar a mi familia. Sol prefiere no hablar del tema.

—Es un asunto muy delicado —dice— y no voy a interferir. Pero tengo absoluta fe en Alberto.

Las semanas siguientes converso por separado con mis hijas mayores intentando discernir cómo les está afectando el caso. Leire viene a cenar una noche que Emma tiene clase de baile. Este verano, Leire va a recorrer Asturias y el País Vasco con Javi.

—¿Y este chico qué tal? —digo mientras el aceite se calienta en la sartén.

—Pues un noviete, papá.

—Noviete que vino al hospital el día que nació Alba.

—¿Dónde lo iba a meter?

—No, si no digo nada.

Cuando saco el paquete de empanadillas, Leire dice:

—¿En serio? ¿Empanadillas?

—Sólo quería saber cómo lo llevas con Javi —continúo—. ¿Sigues trabajando con discapacitados?

—Era su trabajo hace tres meses, sigue siendo su trabajo ahora.

—Ya. Se le ve más en tu onda que a Arnau.

—De todas formas, nuestra onda no es meter bombas en el Banco de España.

—Fue una broma, una tontería para dejar de hablar de bebés, que se veía que no era su tema favorito.

—Ser anticapitalista no quiere decir ir ahorcando a la gente con corbata. Hay otras formas de...

—Que era una broma. Bueno, ¿cómo va todo?

Leire está contenta. Vendiendo cervezas en conciertos, haciendo de canguro y cuidando jardines de barrio junta dinero suficiente para cubrir sus frugales necesidades. Ella, Javi y sus colegas se han desmarcado de la general competición por los recursos y parece que nos les va mal.

—Si es que con tres meses de ingresos normales yo vivo dos años —dice. Las empanadillas chisporrotean en el aceite hirviendo.

—¿Qué te parece lo de Alberto? —pregunto.

Mi hija me mira a los ojos.

—Ya estabas tardando.

Cabeceo hacia ella pidiendo que responda.

—Estoy flipando —dice—. No me hace puta gracia...

—Leireeeee.

—Perdón. No me hace ninguna gracia que le hayan acusado pero mamá parece llevarlo bien y mientras ella esté bien, pues vale. No me voy a meter.

—¿Hay motivos para meterse?

—¡Si es que yo a él casi no lo conozco!

—No grites. Sé que es complicado. Pero ¿qué dice tu madre?

—Dice que él siempre pensó que esos terrenos pertenecían al Ayuntamiento y que nunca ha intentado ocultar nada. Que nadie le informó sobre el cambio de titularidad de la finca.

—Pero debería haberlo comprobado, ¿no? Estoy seguro de que no hay mala conciencia pero sí una cierta irresponsabilidad. Si eres asesor municipal

no puedes...

—Vale, papá, que sí, que tendría que haberlo comprobado, vale. Pero también hay que delegar de vez en cuando, ¿no? La cagada fue tanto suya como de su equipo. Y, a fin de cuentas, una cagada es algo muy distinto de algo hecho con mala fe.

—Menuda defensa.

—Es la pareja de mi madre. Si ha hecho algo inmoral, soy la primera que va a pedir su cabeza, pero si quieres que te diga la verdad... creo que Alberto no es culpable. Me he informado bastante sobre este rollo, y vale, yo creía tener claro que alguien a quien acusan de corrupción, pues venga, directo a la cárcel. Pero he visto muchas cosas...

—No tantas, Leire, no tantas.

—Las suficientes. He visto a mucha gente a la que acusan y enchironan no ya sin razón, sino hasta sin pruebas. ¡Sin pruebas! Así que a los que el sistema quiere meter en la cárcel todavía les concedo la presunción de inocencia, vengan de donde vengan. La gente pensará que cuando se imputa a un capitoste es porque la cosa está superclara, pero tampoco lo veo así. Y en un caso como el del balneario... ahí hay mucha mugre, todos están intentando salvar el culo... No sé. El sistema necesita cabezas de turco y las encuentra en cualquier parte. Fíjate que mientras se habla de Alberto no se habla de Millet. Patricia, Juanito, Alejandro y Rodrigo siguen en la cárcel porque una maceta cayó encima de un tío, aunque nadie sabe quién la tiró. Llevan cuatro años, ¿qué te parece? ¡Cuatro años en la cárcel! Lo que tengo claro es que Millet no va a la cárcel. Pero si no va él tendrán que cargarle el muerto a alguien, ¿no? Y ahí está Alberto. Ésa es la justicia que tenemos aquí. Barcelona, esa ciudad tan civilizada.

—¿Has hablado con tu hermana sobre eso?

—¿Para qué? Marta es como mamá, cree que hay justicia. De hecho, ella la representa. Es abogada.

—A lo mejor podría...

—Que no, papá. A Marta y a mamá las quiero mucho pero de esto no puedo hablar con ellas.

—Con lo de Alberto al menos estaréis de acuerdo. Podría ser un buen momento para...

—Que no. Cómo quieres que te lo diga. Acabaríamos discutiendo igual, aunque todas creamos en Alberto. Hace años intenté hablar con ellas varias

veces de cosas de éstas y siempre acababa a gritos, yo misma alucinaba con cómo me ponía pero es que cuando empezaba a explicarles lo que hay, me salían con su rollo razonable sin darse cuenta de que las cosas no van así. ¡No van así!

—Calma.

—Vale, sí, perdona. Pero las cosas no van así. Esos chavales están en la cárcel por algo que no han hecho y yo he ido a un montón de *manis* en las que de repente los antidisturbios empiezan a aporrearlos a saber por qué, porque somos muchos y estamos juntos. Y después de las hostias nos piden la identificación para que cuando dentro de un tiempo haya que cargarle otro muerto a alguien, saber a quién buscar. ¿Pero sabes cuál es el verdadero problema de eso? Que no se entera nadie. Y nosotros recibiendo hostias mientras pedimos más derechos y justicia para todos, y dignidad, y la gente mirándonos con asco o pena, no sé muy bien, y diciendo que qué guay España y Barcelona y su puta madre.

—Leireeeee.

—Sí, vale, papá. Pero es que si ni siquiera me querían escuchar en casa a mí, que se supone que soy de los suyos y se lo contaba en primera persona, que había estado en no sé cuántos *fregaos* y tenía amigos sufriendo toda esa mierda. Si mi madre, que trabaja con políticos, y mi hermana, que trabaja con abogados, no me escuchan ni me defienden a mí, ¿cómo quieres que se crean a cualquiera de los que van conmigo? Ellas creen en el sistema, no van a ser quienes lo cambien. En realidad ni siquiera les interesa cambiarlo porque forman parte de él. Tú no sabes la impotencia que he sentido durante años.

Cierro los ojos mientras mi hija continúa hablando sobre instituciones, organismos y personas que incumplen el presunto deber de juzgar a todos por igual.

—Así que un día me callé. ¿Para qué seguir discutiendo? ¿Y sabes qué? Estoy mejor.

—Entonces, además de no hablar en casa, tu alternativa es...

—Desobedecer y okupar. Evitar siempre la violencia. Desobedece y okupa. Por sistema. Ése es el sistema.

—El sistema defensivo.

—Es más eficaz de lo que piensas. Ya te dije que desde Seattle están cambiando cosas.

—Cualquier día piden a Marta que te desaloje.

Sonreímos.

—Marta nunca me ha dicho que no okupe o que no vaya a una *mani* — dice Leire—. En realidad, no recuerdo que hayamos hablado jamás de política. Tampoco importa mucho, ¿no? Lo que importa es cómo te cuidaron todos cuando te pusiste enfermo. Este... proceso me ha enseñado muchas cosas, y la principal es haber descubierto que todo el mundo puede llegar a entenderse en un momento duro.

—¿Has hablado con tu hermana de lo de Alberto? —pregunto a Marta dos días después paseando por el parque de la Ciudadela.

—¿Con Leire? Si casi no la veo. Si no la ve ni mamá. Mira.

Marta desenfunda la Blackberry, accede a la ventana de SMS y muestra el mensaje que le envió hace ocho días a Leire: «Una vez a la semana pon un mensaje a tu madre, por favor».

—Ya sabes cómo es —digo—. A veces se despista un poco.

Marta arquea una ceja y esquiva la bici del niño que pasa a centímetros de sus zapatos de tacón alto y grueso.

—Además —dice—, lo de Alberto es política, y a Leire no le interesa el tema.

—Yo creo que su postura vital es de lo más política.

—No considero que lo de ser okupa tenga nada que ver con la política. Simplemente no soporta la sociedad en la que vive. Está cabreada con el mundo y ahí ha encontrado una forma de desahogarse. Me preocupa, la verdad. Y la veo físicamente tan débil, tan vulnerable...

—¿Habéis hablado sobre el 4F?

—¿Tú también, papá? ¿Todavía estás con eso?

—Es que alguno de los chicos sigue en la cárcel.

Marta chasquea la lengua.

—Buf. Leire debe de llevarlo mal. Si te digo la verdad, no me acuerdo muy bien ni de qué iba la historia.

—No será porque no lo ha repetido.

—Ya, pero ¿sabes qué pasa? Que como se pone hecha una furia, cuando habla estoy pensando más en ella que en lo que está diciendo. Aparte de que hoy le preocupan los del 4F y mañana le dará por otros, la cuestión es

protestar, y protestar a su manera. Porque no dirás que más de una vez no se ha pasado de rosca.

Zigzagueamos entre jardines moteados por yucas enormes y funambulistas que caminan sobre cintas atadas a troncos. Dos niños intentan volar cometas corriendo por el césped donde meriendan familias tumbadas junto a manteles de cuadros. Varios perros se revuelcan en la hierba.

—¿Tú no ibas a ser médico? —pregunto.

Marta ríe.

—Sí, iba.

—¿Qué pasó?

—La política siempre ha estado muy presente en casa: la tía, mamá, vosotros hablando todo el tiempo del socialismo... Y, mira, me entró la fiebre. Eso pasa por ponerme a leer periódicos con seis años.

—Los leías por tu cuenta.

—Y luego está el sacrificio. Pensé que la medicina quizá exigía demasiado.

—Y, total, ¿para qué? ¿Para acabar como tu padre?

Lo digo con histriónica lástima pero ambos sabemos que existe una decepción real.

—Digamos que por entonces me lo planteé como una elección entre la biblioteca de medicina y la posibilidad de ver mundo.

—De todas formas —añado—, podías haber estudiado ciencias políticas o algo así.

—Siempre me pareció que el derecho tendría más salida.

—Y aquí estás. Como abogada, ¿qué te parece lo de Alberto?

—Aún no soy abogada.

—Te queda muy poco para serlo, no te escaquees. ¿Qué te parece?

—Creo en él. He visto cómo se ha portado con nosotras y me da una enorme confianza. Es una buena persona. Cuando enfermaste, tener a Alberto fue muy importante para mamá. Y, además, nuestro día a día sigue igual que siempre. Se supone que cuando uno ingresa no sé cuántos miles de euros por chanchullos algún lujo se va a permitir, ¿no?, ese dinero debería aparecer por algún lado. Pero, por suerte, nuestra vida sigue igual. Idéntica. Creo que Alberto no ha hecho nada malo.

Hemos salido del parque y remontado el paseo hasta el Arco del Triunfo, que cruzamos.

—El Trole —dice Marta señalando al bar de la izquierda—. Ahí me saqué primero de universidad.

Marta dirá que por un instante se visualiza a través de los cristales del bar cuatro años antes, la mesa llena de fotocopias de los apuntes que un par de compañeras le prestaron después de faltar a clase durante más de un trimestre. Rememora las «empolladas» de Derecho Constitucional, Romano y de Historia del Derecho bebiendo café compulsivamente con la obsesión de recuperar el tiempo del hospital y empezar al fin a centrarse en su futuro.

Continuamos por Passeig Sant Joan hasta el edificio donde una vez viví con Sol. En el umbral, Marta dice:

—Pero no te preocupes, los Escobedo van a seguir ligados al Departament de Sanitat. El otro día, Elia me dijo que de mayor quería ser enfermera.

—Os he reunido a todos —dice Costas al equipo de neurólogos y neurocirujanos que abarrotan la sala de reuniones— para comunicaros que en unos meses deberé hacerme cargo del estudio de Vigilancia Epidemiológica de la variante Creutzfeldt-Jakob que impulsa la Generalitat, el Protocolo Priones.

Somos más de treinta personas y todas cruzamos miradas.

—La nueva responsabilidad implica que me ausentaré con frecuencia del hospital —continúa Costas—, aunque voy a seguir supervisando el departamento. No es que esto sea una despedida, ni mucho menos. Insisto en que sigo al frente del servicio, pero aprovecho para agradeceros lo fácil que me lo habéis puesto durante este tiempo. De algún modo, el trabajo que realizamos aquí ha contribuido a que yo ahora reciba esta confianza. Muchas gracias.

Algunos inclinan la cabeza aceptando el reconocimiento, otros no saben dónde mirar. Hay sonrisas muy distintas.

—De todas formas —añade—, en los próximos meses nombraré a un nuevo jefe de servicio en funciones. La decisión no se notificará hasta poco antes de mi salida pero quería que lo supierais.

Cuando abandonamos la sala, el jefe de neurocirugía me apunta con el índice a la vez que vocaliza en silencio:

—Tú.

Por supuesto que también pienso en mí como un posible sucesor pero he detectado demasiados hándicaps en mi candidatura para demorarme en la idea. Julieta Setién y Ricard Valls cuentan con un estupendo historial limpio de encierros psiquiátricos. Sin embargo, a lo largo de la jornada, otros compañeros sopesan seriamente mis opciones y me abocan a la ansiedad. Tras el brote, volver al trabajo fue una conquista impresionante. Alcanzar la jefatura sería un hito. ¿De verdad me consideran apto? ¿Tan bien estoy? No consigo medir la magnitud de mi recuperación. Creo que la enfermedad se quedó algo de mí. Quizá sea imperceptible para los demás pero yo detecto la carencia. De cualquier modo, no me incapacita para mandar. La pregunta es si eso es lo que quiero. Si es lo que me conviene. ¿Por qué no? Necesito que me carbure el cerebro, exigirle que rinda como antes, estimularlo. Y, además, ¿cuánto hace que acumulo ideas para cambiar las rancias dinámicas del departamento en Can Petri? ¿Por qué no?

En cuanto Emma vuelve de su clase de flamenco empiezo a contarle cómo están las cosas en el hospital.

—¿Se ha despertado? —responde ella dirigiéndose al dormitorio.

—No, pero ¿me has oído?

—Sí, sí. Espera.

Emma contempla el sueño de nuestra hija. Coge el pijama y vuelve al salón.

—O sea que existe la posibilidad de que tú... —dice mientras se quita los vaqueros.

—Parece increíble, ¿eh?

—¿En serio quieres ser jefe? ¿Con Costas?

Costas es serio y neutro. Su método de trabajo me agobia y nos mantenemos a una cauta distancia, pero él aceptó mi reinserción después del brote. Al volver al departamento le expresé mi agradecimiento por haber sabido tomar las decisiones adecuadas durante mi enfermedad y ahora colaboramos sin importunarnos. Existe un respeto mutuo. El suficiente para no descartar ser su candidato.

—Valora lo que te conviene al margen de la economía —añade Emma.

—¿Sabes todo lo que podría hacer?

La sigo hasta la cocina. Emma dice que se enganchó al baile porque la ayuda a no pensar en nada. Seguro que le gustaría prolongar la desconexión hasta la hora de acostarse pero necesito saber qué opina.

—Venga, di. ¿Qué te parece?

—Te robará mucho tiempo para las consultas, quizá hasta tengas que dejarlas y... no sé, te gusta demasiado visitar. Pero claro que sí, ¡cógelo!

Su ilusión es la mía. Gracias, cariño.

—No tengo por qué dejar nada —respondo—. Tampoco es para tanto. Y con buenos colaboradores en los que pueda delegar lo menos importante...

Después del acoso de Subirats y mi brote, nombrarme jefe de servicio impondría una especie de justicia. Si pienso en lo que he superado, no dudo que merezco el premio. Nadie lo merece más que yo. Y puedo hacerlo. Llevo años trazando planes que desde la jefatura podría ejecutar. Es normal que Emma considere los hándicaps, pero sabe que vengo de superar situaciones extremas y la opción de gobernar la planta suena a insuperable colofón.

—Mis padres han liquidado el negocio —dice Emma.

—¿Es definitivo?

—Uhum. Los encargos de obra pública han bajado muchísimo y, en fin, ya no pueden seguir.

—¿Cómo lo lleva tu hermano?

—Imagínate.

El hermano de Emma renunció a su antiguo empleo para trabajar con sus padres. Ahora están los tres en paro.

—Que las salas de control se derrumben tiene algo de simbólico.

—No creo que sea el momento de filosofadas baratas.

—¿Qué van a hacer?

—No lo saben. Tiene mala pinta. Ya le he dicho a mi padre que si necesitan algo les puedo echar una mano.

—¿Tú? ¿Nosotros? ¿Cómo? Emma, tengo cuatro hijas que mantener, no sé si te das cuenta.

—Mi familia está en un mal momento y no la voy a dejar colgada.

Me froto la cara con las manos.

—Tu familia también somos nosotros —digo.

—Con cuidado se puede llegar a todo. No pienses tanto en el dinero.

—¿Cómo no voy a pensar en el dinero? ¿De qué es de lo que estamos hablando? ¿Cuál es el problema de tus padres? El dinero. ¡El dinero!

—No levantes la voz, por favor.

—¿A ti no te pone nerviosa nada?

—Intento relativizar. De momento no nos hemos enfrentado a ningún

problema para el que no hayamos encontrado solución.

—Joder, Emma. A veces no te soporto. Tanto equilibrio, tanto equilibrio... Sufre un poco, hostia. Muestra alguna debilidad.

Emma ordena platos en el escurrido. Cuando termina, dice:

—Buenas noches. ¿Vienes a la cama?

Atravieso el pasillo hasta el vestíbulo y, sin descolgar la chaqueta del perchero, abro la puerta y salgo de casa directo al bar.

Adolf dirá que cuando le hablo de mi candidatura a jefe de servicio, piensa que, tal y como yo vivo la profesión, el ascenso me perjudicará. También capta que me expreso con una viveza que no mostraba desde antes del brote.

—Los jefes de servicio son los apagafuegos que se pasan el día comiendo la mierda de los demás —advierte.

—Ésa es una pequeña parte, no exageres —respondo, antes de enumerarle mis planes e insultar a la doctora Mallo, la puñetera trepa con *brackets* y bótox, mezcla de Barbie Superstar y Scarlett O’Hara, que se ha postulado como candidata para competir por la jefatura y ha retomado el gusto por criticarme por los pasillos.

Adolf observa cómo sigo descargando dopamina al típico estilo de quienes rozan un éxito mientras vuelve a pensar que sufro demasiado el hospital, que no sabré encajar con la calma necesaria la avalancha de problemas que rodean a cualquier jefe. Como sabe que soy feliz logrando publicaciones y que me fatigan los números de gestión, no entiende por qué insisto en lograr un cargo que alteraría los pesos de una balanza que al fin se había equilibrado. Se pregunta por mi ambición, qué límites estoy dispuesto a cruzar, qué soy capaz de arriesgar con tal de culminar una ascensión con regusto a venganza. Entonces recuerda los *trekkings* en los que yo nunca quería parar y asume que si llegan a ofrecerme el cargo, aceptaré.

—¿Pero no te llevabas tan mal con Costas? —pregunta—. ¿Cómo es que ahora podría cederte el trono?

Pido la cuenta a la camarera.

Claro que me he hecho esa pregunta pero las subrepticias razones de Costas no me interesan. Supongo que la responsabilidad de señalar a un ayudante es muy distinta a la de nombrar a un sucesor con auténtica experiencia. Quiero pensar que Costas está sopesando mi entrega, mi talento,

mi veteranía, y que aspira a despedirse con una decisión que revele equidistancia y aprecio por el buen trabajo, pese a que los malintencionados del hospital hayan puesto en circulación la teoría de la patada hacia arriba. Algunos suponen que, si me destinan a las alturas burocráticas, los jefes librarán a los enfermos de mí. Estoy rodeado de alimañas, aunque Subirats me vacunó contra todas.

—Yo creo que, en la administración, cuando ya no puedes rendir al máximo lo mejor es marcharte —dice mi madre una tarde de café en su casa. Sostiene a Alba entre los brazos acunándola con naturalidad. La veo bien. Mi madre está más viva desde la muerte de su marido—. ¿Para qué te vas a poner a competir ahora? Yo he trabajado en la administración, sé de qué va. Luchar dentro de esas estructuras es tan desesperante como inútil.

—Quiero ser jefe de servicio —afirmo—. Lo merezco. Y tengo muchos puntos para ser elegido.

—Para estar en la administración debes tener mucha habilidad social.

—Bueno —interviene Emma—, hay que reconocer que Camilo destaca por su ojo clínico.

—Hay que ser peor persona para sobrevivir ahí.

Sorbemos de las tazas en silencio.

—Además, ¿quieres volver a hacer más horas que un reloj? —dice mi madre—. No te metas en líos, Cami.

Mi madre cree que nunca me he sentido lo bastante reconocido y que, como anhelo una confirmación de mi talento, no me podrá persuadir. Tiene razón. La deseo. El reconocimiento es bueno.

—El reconocimiento es bueno, mamá —digo—. Aunque no lo creas, gusta sentir el aprecio y la comprensión de los demás.

Alba rezonga. Mi madre le da el peluche que sostiene en las rodillas.

—¿Cómo decís que se llama el muñeco?

—Marvin.

—Vaya nombrecito.

Mi madre enarca una ceja y pone a Marvin en manos de Alba. Ni Emma ni yo decimos que es en homenaje a Marvin Harris, uno de los padres de la antropología moderna. Mi madre remueve el chupete en la boca de su nieta hasta que la pequeña se tranquiliza.

—¿Cómo está mi amorcito? Ahora sí que estás bien, ¿eh? —murmura mi madre con voz de falsete haciendo que envidie a mi hija. Supongo que hubo un

día en el que llegó a hablarme así. La envidia se convierte en rabia con indeseable facilidad.

—¿Sabes que tienes un padre muy guapo y muy listo? —le dice mi madre a Alba meneando aún el chupete—. ¿Sabes que por lo menos le quiero y le adoro tanto como a ti? Míralo qué precioso es.

Por algún motivo, mi hija sigue la mirada de su abuela, y los tres nos encontramos. Pese al indirecto y peregrino modo que ha escogido mi madre para transmitirme su cariño, siento cómo una inmensa sonrisa empieza a apoderarse de mí.

Calculo que Costas se marchará durante el primer trimestre del año, así que aprovecho la Navidad para perfeccionar algunas novedades que pretendo implantar en la planta si soy elegido. Unos días antes de Nochebuena, Marta llama desde Argentina, adonde se trasladó en julio para disfrutar de un año sabático. Quería sacudirse el trauma que aún arrastra inyectándose distancia, y ni siquiera va a pasar las Navidades con nosotros. Como los últimos meses se está desplazando por Sudamérica, le envío e-mails que lee en Bolivia o Perú, un poco extrañada por la cantidad de exclamaciones que empleo, si bien no dice nada.

Cuenta que todo iba bien hasta que hace unos días, al preparar la maleta para seguir explorando Patagonia, dobló la cadera de un modo raro y por lo visto se le ha bloqueado un nervio de la pierna derecha. Cuando el doctor de medicina general que la atendió le recomendó que la visitara un neurólogo, Marta no lo podía creer.

—¿Para la pierna? —dice que respondió—. Me hace daño la pierna. La pierna. No necesito un neurólogo. ¡No necesito un neurólogo!

Pero al parecer sí lo necesita y por eso me acaba de comunicar que al final pasará la Navidad en casa.

—¿Qué mejor neurólogo que tú? —dice, mientras piensa que no podrá salir nunca de esta historia, que siempre ocurre algo que la devuelve a mi mundo de enfermedad, y que por mucho que me quiera no puede evitar establecer ese tormentoso vínculo entre yo y la imposibilidad de soltar amarras. Lloramos los dos por teléfono.

En cuanto aterriza en Barcelona, inspecciono su pierna. Le aplico una prótesis plástica que asienta el nervio y le permitirá andar hasta que se recupere. Debe regresar de inmediato a Argentina.

—Vete —digo.

No quiero que pierda su joven tiempo por mí.

—¿Seguro que esto aguantará?

—¿Crees que te enviaría de vuelta si no estuviera seguro? Vete. Vete ya. Ahora voy a ser jefe. Tienes que hacerme caso.

Marta me besa con el cariño de toda una vida y se va.

Cuando Costas me comunica que soy el nuevo jefe de servicio, las paredes de la sala parecen vibrar un instante. Mientras él sigue moviendo la boca, experimento un gran descanso. Siento una primera ráfaga de paz y, al cabo de unos segundos, una sacudida de adrenalina que provoca un fuerte bombeo en las sienes, tensa el cuello, los miembros, y enseguida se desvanece.

—Como jefe de servicio se estresará menos —le dijeron ayer unos médicos a Josep— y estará más entretenido. Además, no tendrá que tratar tanto con enfermos, y eso nos conviene a todos.

Josep ha concluido que mis colegas me quieren proteger. Además, estaré bajo la supervisión de Costas, de modo que si se producen desajustes, él aparecerá para reparar lo necesario.

Costas dirá que me ofrece el cargo porque cree en mi competencia.

—Eres la persona ideal —me ha dicho.

—Es un orgullo que confíes en mí.

Hay gente que se opone radicalmente a mi ascenso, pero ya es inapelable. Soy jefe. Ojalá se entere pronto la Momia. Subirats, jódete. Puede que sea una reacción infantil, pero jódete. ¿Cómo debe de sentirse el miserable? Este hospital no volverá a analizar las meadas de tu perro.

El domingo organizamos una comida en casa de mi madre. Me siento pletórico, recompensado después de tantos años. He comprado un vino del Priorat para brindar por el éxito, porque lo es. Sin paliativos, sin medias tintas. Éxito. Durante la comida recibo varias llamadas en las que me felicitan por el ascenso. Muchos colegas han repetido que quién lo iba a decir, qué valiente has sido, qué increíble es el ser humano. Cosas así.

Los responsables de Sanidad han fijado un número mínimo de pacientes a los que deberíamos atender a lo largo del año, las altas que deben firmarse, los ensayos a realizar, cuotas de muertes asumibles... Entro en un universo de números y expectativas globales.

Quiero multiplicar los tratamientos para disolver coágulos en arterias y mecanizar las dinámicas de neuro introduciendo un sistema de altas que no nos obligue a esperar a las doce del mediodía para desocupar las camas de los pacientes que vamos a despedir. Costas se resiste a aceptar ciertos cambios y discutimos alguna vez. En su despacho. Porque ahí es donde me he tenido que instalar. ¿Qué tipo de relevo es éste si ni siquiera poseo despacho propio?

Costas afirmará que, como la duración de su nuevo proyecto es incierta, mantiene el vínculo con Can Petri, por donde pasa asiduamente. Y se instala en su despacho, aunque ahora se supone que es el mío.

—No te preocupes, yo me siento aquí —dice cuando viene, y se acomoda en la pequeña mesa de reuniones que está al lado de la puerta, de modo que cuando alguien entra en el despacho, él es la primera persona a la que ven, y a él dirigen sus consultas. A veces, sus respuestas no son las que yo daría. Estoy en una posición incierta. Con frecuencia se producen malentendidos, algunos miembros del equipo no cumplen mis instrucciones y transmito a Costas el desajuste.

Costas afirmará que al escucharme confirma que yo no soy un líder como él. Repetirá que mis compañeros no me ven como un líder y a él sí, «porque una cosa es tener autonomía para la gestión y otra gestionar equipos humanos». Afirmará que mi umbral de ansiedad es mucho más bajo que el suyo, que tengo problemas para gestionar la dificultad, que soporto mal la presión cuando resulta que estoy en un puesto en el que cada cinco minutos aparece alguien con un problema, y por eso se presta a educarme. Aborda así a tal persona, dice. Enfoca de forma distinta aquella complicación, señala.

—Lo que necesito es tener mi propio despacho —respondo siempre, al principio con seguridad pero cada vez más titubeante, porque quizá sea cierto que no puedo, no sé afrontar esta tarea.

Aunque intento mantener las visitas a mis pacientes, cuesta compatibilizar la consulta con la supervisión del departamento. Los días se escurren siempre inacabados y me acuesto presa de una intensidad que me despierta varias veces de madrugada. Una noche bebo un par de whiskies antes de volver a casa y pido un cigarro a un tipo de la barra del bar donde bebo. Llevo dos meses sin fumar y tomo de nuevo Champix para soportar el mono. Pero necesito el cigarro. Lo enciendo. El sabor densamente agrio de la nicotina se mezcla con la ruda dulzura del alcohol. Me sienta bien. Duermo varias horas consecutivas, de modo que los siguientes días repito con el whisky aunque logro no fumar.

Cuando Emma me recrimina que vuelva a las andadas, me la quito de encima.

—Vale, estás estresado —responde ella—. Pero aquí también tienes responsabilidades. No puedes desentenderte.

Conecto el televisor. Emma se inclina sobre el sofá donde acabo de sentarme.

—¡Tenemos una hija! —exclama susurrando.

No tengo tiempo de histerismos ni discusiones estériles. ¿Acaso cree que haría cualquier cosa que pudiera dañar a Alba? ¿Que beba les afecta a ellas de algún modo? El whisky es mi medicina. ¿Por qué asume que me infle a barbitúricos y desprecia lo bien que me seda el alcohol? Déjame hacer mi vida, Emma, por favor. Estos primeros meses debo centrarme en la planta que dirijo. Cuando la nueva neuro ruede sola, me relajaré. Pero Emma no lo entiende. Pide que me centre en «lo que importa» según ella, que rebaje la intensidad.

—A ver si lo entiendes —digo—. En tu familia vivís cien años. Morís de viejos, de muy viejos. Con una genética así los mecanismos de recompensa funcionan diferente. Tú no tienes la urgencia de los demás, no necesitas exprimir lo inmediato igual que yo, puedes permitirte dosificar. Yo no tengo tiempo para aplazar nada. ¿Lo entiendes?

—¿Aplazar? ¿Qué aplazo yo? Hago todo lo que me gusta. Tengo mi flamenco, cuido a mi bebé...

—Vale, muy bien —respondo mirando a la tele—. ¡Sólo te pido que respetes mi decisión! ¡Suficiente tengo con la presión del día a día! Y esa hija y tú me estresáis aún más.

¿Esa hija?, repite Emma para sí misma. ¿Cómo que esa hija?

Carmen dirá que, una tarde de febrero, Emma aparece en su casa inusualmente agitada y asegura que anoche llegué otra vez de mal humor. Poco después de propiciar una nueva discusión, bajé al bar, bebí a saber cuántos whiskies y volví jactándome de oler a alcohol.

—Yo puedo con todo —dice Emma a mi hermana—. Tengo un bebé y Camilo puede ponerse enfermo. Muy bien, porque a mí no me va a asustar un brote. Pero hicimos un pacto: él no debía volver a beber. Y no lo está cumpliendo. Yo quiero estar con él, voy a seguir con él, pero si me desafía provocándose él mismo un brote, no le acompañaré. No puedo estar con alguien que quiere destruirse.

—Yo no lo veo así —responde Carmen—. Camilo sólo está un poco nervioso por la niña y por su nueva situación en el hospital.

—Cuando vuelve a casa gruñe, vegeta, duerme. Eso es todo.

—Una mala racha como la que pueda tener cualquiera. Te aseguro que ha pasado épocas mucho peores. Ahora sólo debe acostumbrarse al nuevo ritmo. No pasa nada. De hecho, yo lo veo muy bien.

Carmen se levanta de la silla desde donde ha escuchado la protesta y se acerca a la nevera contra la que Emma acaba de apoyarse. Abraza a mi mujer y dice «no te preocupes». Emma piensa que se ha equivocado al venir. Obviamente, Carmen tampoco es alguien que pueda detenerme. Sale de la casa comprendiendo que está sola. Se pregunta cuánto podrá aguantar.

Costas dirá que recibe la llamada mientras asiste a un congreso en el extranjero.

—Camilo no está bien —dice un doctor de nuestro equipo—. Y tiene a todo el servicio exaltado.

—¿Qué quiere decir que no está bien?

—Habla de mala manera, grita..., ha llegado a insultar a algún compañero. Es como si estuviera perdiendo el control.

Costas piensa que él me puso en el cargo y si algo va mal deberá asumir a saber qué consecuencias.

—Prohibido moverse —dice—. Lo vamos a solucionar nosotros. No se entera nadie más, ¿de acuerdo?

Costas reconoce que trabajar con él puede ser estresante. Sabe que exige a los demás lo mismo que se exige a sí mismo, que sigue una metodología fija y contundente que le ha dado resultados tan óptimos para no variarla por muchas quejas que reciba, pero cuando presencia mi alteración, ve, ¡ve!, lo que puede provocar esa presión en una persona. Habrá que gestionar una baja.

Acabo la jornada calculando cómo disminuir el índice de ocupación de camas y el porcentaje de mortalidad del departamento sin hacer mucho caso de las sugerencias de Costas, que se ha despedido diciendo que el lunes me haga no sé qué pruebas. Un Volkswagen se detiene en el semáforo frente a mí y su morro amplio y la anchura del interior me recuerdan a un enfermero muy

gordo que se mueve por la sexta planta de Can Petri. La semejanza me ensimisma hasta que el semáforo cambia de nuevo a verde. Un par de calles después, asocio la estirada forma de un vetusto Seat 1500 a un antipático doctor larguirucho que conocí en mi etapa de residente. La sinestesia es común entre artistas pero también en los *idiots savants*. Recuerdo a un joven autista que era capaz de recordar mil decimales del número pi y de calcular el dieciseisavo de un número de tres cifras en dos segundos, un talento más asociado a las relaciones sinestésicas que al cálculo complejo. Supongo que la última aceleración de mi vida me hace propenso a este tipo de asociaciones automáticas ajenas a la voluntad. Es divertido y extraño. Desde aquí, el mundo se enriquece. Estoy en un lugar sin deberes donde sólo siento, siento, siento. Tengo ganas de fumar.

He conseguido la tarde del viernes para mí y como carne en un restaurante con Emma y Elia. Alba duerme en el carrito. Emma dirá que estoy pletórico. Luego paseamos por Passeig de Gràcia recordando teleseries de médicos, aunque Emma orienta la charla hacia las sociedades primitivas. El curso de la UOC le ha hecho fascinarse por las dinámicas relacionales de los cazadores recolectores.

—Los cazadores recolectores tenían vista fotográfica —digo—. Esta capacidad les daba ventaja sobre los demás. Por eso fueron grandes líderes.

Emma deduce que en realidad estoy hablando de mí. Cree que mi estupenda memoria y mi nuevo cargo como jefe de servicio me han animado a establecer un presuntuoso paralelismo con las habilidades de aquellos cazadores. Hablo más rápido de lo normal, a veces cuesta entenderme.

—Mirad, un oso de las cavernas —digo señalando a un hombre que sujeta contra el pecho a un bebé enfundado en un traje de osito—. Seguro que hace pinturas rupestres. Y mirad cómo se le agarra el oso panda. No temas, osito, no temas, que el verdadero peligro siempre es imprevisto.

Elia se pone a reír dudando sobre si se trata de otra broma de las mías. Emma también ríe porque pretende seguirme la corriente mientras intenta determinar qué está pasando. La cautela de Emma alerta a Elia, que de todas formas se suma a la interpretación. Cuando mi hija vuelve a casa de Sol, dice:

—Mamá, papá ve osos panda por la calle.

La noche siguiente, Leire viene a casa con *Uto*. Desde hace una buena temporada, Leire vive en una masía a las afueras de Barcelona junto con su nuevo novio Robert, otro chico y una perra pequeña con aire de bull terrier a la que llaman *Canija*. Cultivan un huerto propio y se las arreglan sin caldera para el agua caliente.

—Estoy atravesando una buena racha —dice Leire—. No sé, lo estoy pasando bien. Tengo trabajo, mis fiestas, amigos... y este enano que me tiene *enamorado* —dice cabeceando hacia *Uto*, que la observa tumbado a sus pies.

Luego comenta las novedades sobre los chicos que siguen encarcelados después de cinco años. Cuando afirma que los han torturado, el semblante se le agarrota y, como me identifico con mi hija y esos chicos, critico con fervor las numerosas injusticias que cometen a diario los organismos oficiales. También hablo sobre la rebelión libia contra Gadafi y sobre el levantamiento popular en Egipto y me congratulo de que sea el año internacional de los bosques. Emma dirá que, durante mi monólogo, mira significativamente a Leire mientras cabecea enviándole una señal.

—Voy un momento al baño —dice Emma. Leire la sigue.

Esta tarde he comprado un paquete de Marlboro que sigue precintado pero no dejo de pensar en él.

—Ya le has visto —murmura Emma cuando cierran la puerta del lavabo—. Creo que le está dando otro brote.

—Me... me ha parecido como muy animado pero no... ¿seguro? ¿Crees que le está dando?

—Lleva semanas acelerado. Al principio lo atribuí a los nervios por la expectativa de ser jefe, pero desde que le nombraron está peor. Este mes... le molesta cualquier ruido, se muestra hostil conmigo, con la niña. Me ha costado pensar que podía ser un nuevo brote, pero... Aunque quizá sea sólo estrés. No sé, a ver cómo evoluciona. Tampoco le des más importancia pero, por favor, no le hables de temas políticos y cosas así, ya sabes cómo le ponen.

Leire asiente preguntándose cómo se le ha podido escapar mi alteración. Como si no estuviera claro que la cabeza se me ha vuelto a ir. Pero si hasta me cuesta articular frases. Si a menudo ni siquiera entiende lo que digo. Cómo no se ha dado cuenta. Soy su hija y no me entero, piensa Leire. A ver si espabilo de una vez. Cuando vuelve al salón, se acuclilla para rascar la tripa de *Uto* mientras da gracias por que Emma sea mi mujer.

Emma dirá que esta noche parece haber traspasado su insomnio a Alba. Cada vez que se despiertan, yo no estoy en la cama. Me encuentra tecleando el ordenador. O comiendo. O fumando. No va a disuadirme de que apague el cigarro, sabe que ahora mismo me calma.

—¿Qué pasa? —digo al verla observándome desde la puerta de la cocina mientras arrulla a nuestra hija entre los brazos.

—¿Estás bien? —pregunta.

—¿A ti qué te parece? Entre el hospital, la niña y tú me vais a volver loco. Emma mece a Alba.

—Y encima con esos cabrones que siguen machacando a Cataluña. No tienen suficiente con haber liquidado el Estatut. ¡Los putos españoles!

—Acuérdate de que mañana vamos a ver a Muñoz —dice.

—Estoy bien.

—Vale. Pero ya sabes que no está de más hacer revisiones.

Doy una calada y miro a cualquier lugar. Emma se retira con Alba adormilada y planea cómo va a actuar mañana.

Amanece el lunes 14 de marzo. Temprano, dejamos a Alba con su madre. Emma le ha pedido que se la quede unos días. Por la tarde vamos a la consulta del doctor Muñoz en la calle Balmes.

—Hace unos meses, Camilo me dijo que había dejado de tomar la medicación —observa Muñoz después de hacerme un reconocimiento—. No me pareció mal.

—Estoy mejor —digo—, estoy mejor.

—Pero, Camilo —añade Muñoz hablándome ahora directamente a mí—, esto ha ido a más.

Emma dirá que mi rostro se despliega de ese modo que la asusta. Expreso un desconcierto desamparado, fuera de mis cabales.

—Tus trastornos del lenguaje no son atribuibles a una causa psiquiátrica.

Por reflejo, Emma deduce un tumor temporal izquierdo. Nota cómo le aumenta la temperatura corporal.

—De momento —dice Muñoz interpelando a Emma—, vamos a darle este tratamiento progresivo. Zyprexa. ¿Se lo tomará sin protestar?

—Lo que yo le doy se lo toma —responde mi querida Belovita.

Escucho quieto en la silla. Si no fuera por mi expresión desquiciada, parecería alguien normal.

—Entonces... —digo—, ¿trabajar no?

—No.

—¿Cómo que no? Había vuelto. Estuve enfermo y había vuelto.

—Tus compañeros te verán raro. Ten un poco de paciencia. Si lo haces bien, volverás pronto a visitar en tu consulta. —Muñoz mira entonces a Emma y, sin cambiar el tono, añade—: Un ingreso en una unidad psiquiátrica estigmatiza mucho y Camilo ya ha sido internado una vez. Si pudiéramos evitarle un segundo ingreso... ¿Te ves capaz de tenerlo en casa?

Emma está asustada. Aunque no me vio durante el primer brote, ha escuchado historias que ahora cobran una dimensión intimidante. Si al menos supiera qué tengo, quizá podría establecer algún tipo de protocolo, protegerse de alguna forma. La incertidumbre la descoloca. Pero soy su marido, yo nunca podría hacerle daño. Y me quiere, joder. Me quiere.

—Sí —responde—. Estaremos bien en casa.

Hablan de mí como si no estuviera. Y es así.

—Si empeora, llámame. ¿De acuerdo?

—Muy bien.

En la calle es de noche. Ay, los médicos de la privada, siempre acabando a las tantas. Emma telefona a Adolf, conversan brevemente y cuelga justo antes de entrar en la farmacia de guardia, donde pide Zyprexa.

—Un neuroléptico antipsicótico —recito al oír el nombre.

—Sí, señor —dice la farmacéutica—. Parece que sabe de esto.

—Supongo que será para mí.

Al día siguiente, cuando subimos al coche Emma anuncia que vamos a Vilafranca. El paisaje pasa más deprisa que de costumbre. Es una tarde radiante, hay metales que centellean desde a saber dónde iluminando por segundos las colinas. Me gusta viajar. Con mi querida Emma. Emma, me encantas. Soy feliz cuando estoy contigo. El mundo y yo parecemos mejores a tu lado. Le expreso mi amor con entusiasmo y ella sonrío como si no entendiera lo que estoy diciendo.

En cuanto llego al hospital, Adolf me hace un test neuropsicológico para

ver si además de un trastorno psiquiátrico hay distorsiones de lenguaje. Sabe que algo no funciona en el lóbulo frontal pero no logra localizar la ubicación exacta. De hecho, mi afasia sugiere que el problema radica en el lóbulo temporal izquierdo. Me hacen una resonancia magnética, parece que vuelvo a estar muy ido. Emma aún teme un tumor.

—No le brilla nada —dice la radióloga al mostrar el escáner de mi cerebro.

El cáncer se descarta pero Emma no se tranquiliza. Entonces ¿qué es? ¿Qué me pasa? Quizá mi querida Belovita preferiría saber que tengo, por ejemplo, un cáncer a continuar adentrándose en esta tiniebla sin nombre. ¿Lo prefiere? Siento su temor.

—Camilo dice que si se hubiera guardado el líquido cefalorraquídeo que le sacaron la otra vez... —reflexiona en voz alta.

—El líquido de Camilo sigue estando donde siempre —asegura Adolf.

—Sí. —Era lo que Emma esperaba oír—. Sí. Voy a llamar al neurólogo de Bellvitge. Quiero que le hagan otra punción lumbar.

El jueves, Sergio Martínez-Yélamos nos recibe en el hospital de Bellvitge. Verle me anima. Hace unos meses me felicitó por la jefatura en Can Petri. «Por fin un poco de justicia poética», dijo. Me frota un brazo sonriendo con su desparpajo habitual e informa de que va a hacerme una punción. La idea me provoca un escalofrío. Al menos estoy lo bastante lúcido para discernir que me va a doler. Decenas de agujas envasadas se apilan en un cajón idéntico a otros que he manipulado mil veces. ¿Cuántas punciones habré hecho en mi vida? Las agujas de cabezal amarillo son mucho más gruesas, que no me pinchen con una de éstas, por favor. Las reacciones de los pacientes son muy distintas cuando les clavas la negra o la amarilla. No quiero la amarilla. No la quiero de ninguna forma.

—Házmela con la negra —digo silabeando perfectamente—, que la amarilla duele más.

Sergio sonríe.

Noto sus dedos palpando la apófisis. El instante en el que calcula el espacio exacto donde hincar la aguja y evitar la médula.

—Si quieres, me encojo —digo para que la piel estirada visibilice las vértebras y le aclare el terreno.

—Buena idea. Eres todo un profesional.

Me acurruco fetalmente. Los dedos hurgan un poco más sobre el tirante

paisaje de piel y huesos alrededor de la apófisis cuando siento la punta de la aguja contactar con la epidermis en el hueco de la cresta ilíaca. Sí, es ahí. Hazlo ahora. Pincha. ¡Pincha! La aguja traspasa la capa cutánea y se hunde en los tejidos traspasando carne, rozando huesos, alcanzando la membrana duramadre. Un calambrazo me sacude hasta el dedo gordo del pie y me mantiene un buen rato en dolorosa tensión. Cuando la aguja sale, la probeta está llena de sustancia mía.

—Ahora mismo la llevo al Clínic —dice Emma.

—Pero no puedes —dice Sergio—. Hay que seguir el procedimiento.

—Voy a llevarlo ahora —repite Emma mirándole a los ojos—. Tengo el líquido, el Clínic está a media hora de aquí, soy doctora, es el segundo brote de Camilo, seguimos sin saber qué es lo que tiene y quizá esta muestra nos lo aclare. ¿A qué debo esperar? Dame la probeta, por favor.

Sergio entrega el líquido envasado a Emma, que lo mete en el bolso y sale de inmediato en dirección al metro. Cuando llega al Clínic, el doctor Albert Saiz está advertido de que va a saltarse unos cuantos protocolos.

—No te preocupes —le dice a Emma—. Como muy tarde, en dos días tendremos los resultados.

Por la noche, la televisión emite un especial sobre el accidente que resquebrajó la central nuclear de Fukushima después del tsunami del viernes. Emma dirá que empiezo a escribir y hacer dibujos a gran velocidad mientras intercalo murmullos y echo vistazos fugaces a los reactores y las torres y el océano japonés que aparecen en pantalla. Escribo por todo el folio una serie de palabras sueltas unidas por líneas irregulares hasta crear una especie de diagrama. Aunque Emma apaga el televisor, continúo un buen rato sumido en los diagramas hasta que me meto en la cama y no tardo en dormirme.

Abro los ojos sobresaltado por una pesadilla que no recuerdo. El despertador digital marca las dos de la madrugada. Estoy muy nervioso, necesito un cigarro. Los Champix tampoco bastan para sujetarme esta noche. Llevo dos meses intentando dejar el puto tabaco pero tengo asumido que mis desenganches son pasajeros, paréntesis para oxigenarme antes de recaer. No debería fumar, vale, pero no deberíamos hacer tantas cosas... Saco el paquete de Marlboro del bolsillo de la cazadora y lo desprecinto. Qué importa lo que pueda hacerme un poco de nicotina. Sé que causa estragos y que su adicción es

más terrible que la del alcohol. Fumar mata, sí. Pero ahora mismo no será tan malo, nunca será tan malo como este desasosiego que no sé cómo aplacar. A falta de alternativas, siempre quedará un cigarro. Fumar no sólo me tranquiliza, también me gusta.

Salgo al balconcito de la cocina, coloco el cigarro en el borde de los labios, prendo la llama que titila a centímetros de los ojos y chupo con ganas el filtro sintiendo el humo adhiriéndose a mis tejidos, invadiendo el paladar. Expulso la bocanada con un fuerte suspiro. Al final de la espiración siento un vahído, un mareo muy intenso, me empapa un sudor frío. Voy hasta la cama y me tumbo junto a Emma. Al cabo de unos minutos sigo muy mareado, noto un leve runrún en el pecho, un ligero dolor en los puños y la barbilla. Un infarto. Lo que me faltaba.

—¡Emma! —grito, o intento gritar—. ¡Emma!

Voy a morir, quizá me queden minutos. Contemplo la sensación de muerte inminente sin miedo. Así que aquí estoy. Muriéndome. Siendo optimista, tal vez sólo vaya rumbo a una embolia. Supongo que la locura que padezco me ayuda a minimizar el terror. Esta sensación de ir falleciendo no resulta demasiado dramática. Quizá el organismo no pueda permitirse añadir un plus de miedo a la debacle, concentrado en preservar la escasa energía restante. Tal y como estoy, en la próxima oleada de sudor frío me extinguiré. ¿En serio voy a morir? Qué dolor. No puedo moverme. Duele más que el día de la excursión al Taga.

Me introducen en una ambulancia. Oigo la sirena. Veo el rostro de Emma exactamente paralelo al mío. Mantiene el rictus de doctora para no transmitir su inquietud. Yo sólo siento dolor.

—Ahora ya no seré jefe de servicio —murmuro.

Mi madre afirmará que acaba de despertar en medio de la noche sobresaltada. No ha soñado, no hay ruidos extraños, nada amenazante en la habitación del balneario de Vichy en Caldes de Malavella adonde ha ido a pasar unos días con su amiga Ana. En lugar de aplacarse, con los minutos aumenta su ansiedad. Al cabo de una media hora asimila que por mucha madrugada que quede, no va a poder dormir. Coge una novela y se encierra en el cuarto de baño.

Emma dirá que cuando confirma que voy a salvar la vida, empieza a llamar a toda mi familia.

—Tranquila —le dice a Carmen—. Está en las mejores manos.

Carmen telefona de inmediato a nuestra madre, que acaba de explicar a su amiga Ana el abrumador agobio que la ha desvelado hasta el amanecer. Por eso le dio los buenos días sentada en la tapa del inodoro. Carmen le comunica que he tenido un infarto y mi madre se estremece de miedo por mi vida, y de asombro. El asombro que le causa la inefable conexión que nos vincula. Mi madre dirá que se alegra de haberme comunicado su afecto aquel día con Alba y confía en que el recuerdo de ese instante contribuya a mi recuperación. Entonces se da cuenta de que quizá yo no esté en condiciones de recordar.

—La maleta —dice—. Tengo que hacer la maleta.

No hay forma de localizar a Marta. Cuando la llaman, siempre responde una voz maquinal anunciando falta de cobertura. Quizá se haya marchado a las montañas. Emma espera que no haya tenido problemas con la prótesis que le fabriqué. Tal y como van las cosas, no sería tan extraño.

He sufrido un infarto muy extenso que ha afectado al veinte por ciento del corazón. El cateterismo duró cinco minutos, o eso dicen, porque también creería a quien dijera que ha durado un día. El tiempo de incertidumbre que corre entre la vida y la posible muerte, eso es la eternidad. La eternidad es un estado consciente. Mientras me introducían el catéter por la arteria radial, en la muñeca, y lo deslizaban por la aorta hasta la coronaria, los segundos han discurrido de otra forma, abarcando aquel instante concreto y mi vida entera a la vez. Había leído y escuchado hablar sobre ese tipo de experiencia pero sólo ahora he podido entenderla. Luego, mis colegas me han mostrado en el monitor el trombo que se ha formado en mi palpitante víscera, sugiriendo que me faltó poco para palmar.

Leire aparece desenchajada, aunque no es sólo por mí. Leire dirá que ayer se levantó en su masía okupada de Esplugues y al llamar a *Uto* no apareció. *Canija*, tampoco. Pasó el día buscando a los perros por la montaña y, pese a que el anochecer trajo tormenta, prosiguió la búsqueda. Gritó el nombre de *Uto* durante horas bajo el diluvio respirando a bocanadas sin pensar en el Ventolin. Los vecinos aseguran que en la zona suelen desaparecer perros que luego sus secuestradores entrenan para combates donde el público apuesta. *Uto* y *Canija* son muy pequeños pero Leire se plantea que los hayan robado para que los perros de pelea practiquen con ellos. Cuando le dijeron que en

Barcelona había gente que ganaba dinero con esa mierda no lo podía creer, pero el Pote, un postpunk de Horta con amigos variopintos, le juró por su madre que en La Mina y el Besòs hay tarados que pasean a gallos de pelea atados con collar y enseñan a los niños formas de azuzarlos y, si es necesario, de ejecutarlos. Al saber dónde estaba la masía okupada de Leire, el propio Pote la alertó sobre la existencia de grupos de mangantes que rondan la periferia de la ciudad en busca de chuchos que sirvan para pelear o como carnaza para entrenar a los campeones.

A Leire le cuesta respirar. Tampoco quiere ponerse en lo peor y, en el caso de imaginar la muerte de los animales, prefiere pensar que quizá han bajado a la carretera y los han atropellado. Anoche, a los pies de su cama había un vacío que es el más hondo que ha sentido jamás. Leire pasó la noche recordando cómo el perro se acurruca junto a ella los días de invierno, con la estufa al lado. *Uto* alivia la falta de calefacción y agua caliente acompañándola de una forma conyugal, en las penas y las alegrías, en la dicha y la adversidad. Una vez viajaron juntos haciendo autoestop hasta Bilbao. La acompaña cuando cultiva los tomates, las habas, las zanahorias o los guisantes en el huerto que cuidan ella y los dos ingenieros agrónomos de ideas liberales con los que comparte la masía. Uno de los ingenieros es su pareja actual pero, aun asumiendo que no se puede comparar a una persona y un perro, lo que siente por *Uto* es más fuerte. Lo mires por donde lo mires. Más fuerte.

Leire lleva casi cuatro años con *Uto* construyendo una relación que al principio me parecía extravagantemente estrecha pero que ya puedo comprender. Durante años, Sol y yo reclamamos responsabilidad a Leire, que se hiciera cargo de algo, de sus estudios, de una casa, un novio, de lo que fuera. Con *Uto* se ha sentido por primera vez responsable de verdad, y sin que nadie se lo ordenara.

Para Leire, buscar a *Uto* era la prioridad del día hasta que ha recibido la llamada. Yo soy de los pocos que pueden competir con ese animal, y resulta que en cuestión de horas su perro y su padre, dos de los seres vivos más imprescindibles de su imaginario, nos hemos situado al borde de la pérdida. Leire se ha lavado la cara, se ha cambiado de ropa y bajaba llorando por el camino de tierra que conduce a la estación de metro cuando se ha cruzado con la Rulos, que subía a verla.

—Venga —ha dicho la punki—, te acompaño al hospital.

En el vagón, con la cabeza bombeando de un modo no exactamente físico,

Leire ha repasado lugares donde *Uto* puede haberse extraviado mientras se preguntaba en qué estado me iba a encontrar. Viajaba sin ver nada más que a *Uto* y a mí, intentando espantar los malos presagios, calculando cuánto tiempo puede quedarse en el hospital si quiere proseguir la búsqueda del perro antes de que anochezca.

Ahora que había logrado tener una habitación propia después de veintidós años y más o menos disfrutaba del trabajo en ese Garden de la Bonanova donde riega plantas y atiende a la clientela; ahora que al fin había sumado medio año sin ser desalojada de una okupación; ahora que reconocía una racha buena... va y se estrella contra esto. De todos modos, confía en que se arreglará. No puede ser que las cosas siempre se tuerzan.

Cuando entra en la UCI, me ve mejor de lo que esperaba.

El fin de semana se rapó de nuevo los parietales dejando una cincha de cabello que le recorre el centro de la cabeza al estilo de la Rulos y de los antiguos indios americanos.

—Papá —murmura al poner su mano sobre la mía—. Tú siempre metiéndote en líos.

Leire guarda fuerzas para bromear. Muy bien, cariño. Muy bien.

—¿Y Elia? —pregunto.

—No os preocupéis, Escobedo saldrá de ésta —dice Emma a la familia Escobedo.

Su confianza les impresiona y les calma pese a que Emma haya perdido al menos dos kilos y se alimente a base de sopas y purés, evitando la carne y cualquier ingesta que le requiera un esfuerzo. Sólo le faltaba esto, con lo delgada que está, pero es que sufrir es agotador. A veces, ella misma se pasma de sus tragaderas, porque lo que le está sucediendo nada menos que a su marido es grave. De hecho, el aligerado cuerpo de Emma demuestra que es hiperconsciente de la preocupante magnitud de unos acontecimientos que por algún motivo sigue procesando en clave optimista mientras insiste en asociar mi enfermedad a una encefalitis y alude a la conferencia de Dalmau y a los bolos de cortisona que rescataron a sus pacientes en coma.

Diana dirá que duda sobre el pronóstico de Emma, a quien tampoco secundan otros doctores. Todos insisten en la apariencia psiquiátrica de mi problema y Emma ha temido que descartaran hacerme la punción lumbar que

lleva un rato solicitando, la que debería refrendar nuestra convicción. Pero la han hecho. Ahora hay que esperar los resultados. Tiene que ser lo que creemos. Tiene que ser la enfermedad que descubrió Dalmau. Porque si no es así, ¿qué nos espera? ¿Otro año de catatonía? ¿La muerte? ¿Podré recuperarme de un segundo ataque tan bestial? Emma se sienta en el butacón junto a mi cama. Cansada de especular, busca lectura en la mesita de noche. Hay varias revistas del corazón y una especializada en medicina. Coge el *Lancet Neurology* del mes de febrero y el tercer artículo que llama su atención informa sobre el anticuerpo que ataca al receptor de NMDA del cerebro y los hallazgos del doctor Dalmau. Un trallazo de inclasificable emoción la traspasa. Emma es una científica que cultiva el sarcasmo ante lo ultraterreno, pero en este instante está interpretando esa lectura como una especie de señal. El texto habla exactamente sobre lo que no se quita de la cabeza y yo podría estar padeciendo. Una enfermedad recién descubierta cuyos matices se divulgan al mundo a gran escala por primera vez este mes. Se incorpora turbada, intercalando vistazos a la revista y a mí. No sabe muy bien qué hacer, de modo que sale al pasillo empuñando la publicación, mira alrededor y al ver a un doctor de coronaria, se acerca a él y le dice:

—Léase esto, por favor.

Luego camina hasta la calle, donde desenfunda el móvil y vuelve a llamar a Marta, que sigue sin contestar.

—Emma —dice una doctora amiga tendiéndole el teléfono móvil—, es Sergio. Dice que te está intentando localizar desde hace rato pero no respondes.

Emma coge el aparato.

—Hola, dime.

—¿Emma?

—Sí, dime. ¿Tienes los resultados?

—Ha salido positivo. Tiene anticuerpos de NMDA.

Francesc Graus dirá que cuando el doctor Albert Saiz le ha llamado para comentar el positivo de los análisis ha pensado que habían cometido algún error. Esa enfermedad que incumbe sobre todo a mujeres jóvenes de repente aparece nada menos que en un neurólogo apasionado por lo autoinmune. Como aquel dermatólogo que descubrió que bajo unas determinadas lesiones de piel solía ocultarse un cáncer que él mismo desarrolló; como el doctor

francés que detectó que la trombosis venosa podía derivarse de un cáncer, y años más tarde se la acabó autodiagnosticando. No puede ser. Pese a revisar el procedimiento y confirmar los resultados, han decidido enviar el líquido a unos laboratorios de Estados Unidos para recibir una segunda opinión. De todas formas, las pruebas son las que son y las han comunicado a la familia.

—Eso... ¿es bueno o malo? —pregunta Emma.

—Es bueno. Ya sabemos lo que pasa. De momento, hay que poner corticoides.

—Pero acaba de sufrir un infarto. Los corticoides pueden interferir en el proceso de cicatrización.

—Deja que hable con el cardiólogo.

—Llámale ahora, si lo veo le digo que lo estás buscando. Gracias, Sergio. Gracias.

—Es nuestro trabajo.

—Ya, pero muchas gracias.

Emma dirá que siente un atisbo de alivio insuficiente para relajarla. Poseo los anticuerpos de una enfermedad que se acaba de descubrir y cuyo alcance y consecuencias se ignoran. Según el artículo que Emma ha leído horas antes, ser un hombre mayor de cincuenta años sin cáncer afectado por NMDA me añade a una lista de catorce o quince personas descubiertas en todo el mundo con semejante perfil. Soy una excepción, un caso interesante. Pero Emma no quiere que su marido padezca una enfermedad interesante porque implica que sigo fuera de control.

Emma piensa que si en este momento yo dispusiera de la suficiente lucidez, sería un caso apasionante para mí mismo, y entonces recuerda que padezco algo muy similar a lo que me había autodiagnosticado durante el primer brote.

—No puede ser —masculla, y nota cómo el vello se le eriza.

Vuelve a la habitación. Amuermado por el diazepam y los betabloqueantes, estoy embobado con el marcador de frecuencia cardíaca, que no supera los cincuenta latidos por minuto cuando mis pulsaciones habituales se sitúan entre setenta y ochenta. Por lo visto, mi sistema vegetativo se ha desestabilizado y hay que controlar el descenso de la presión arterial.

—Bel —murmura Emma—. Hemos recibido los resultados de la punción. Abro los ojos al límite. El marcador señala un aumento de los latidos.

—Es positivo —dice mi querida Belovita—. Tienes una encefalitis

autoinmune.

Dentro de mi extravío se expande la alegría como un hongo nuclear. La nube me desborda copando los sentidos. Siento orgullo, alivio, felicidad, triunfo.

—¡Lo sabía! —grito—. ¡Lo escribí! ¡Lo escribí!

Hace cinco años redacté un diagnóstico que se minimizó porque lo había prescrito un loco. El loco de los Iwo Jimas. El loco de la autoinmunidad.

—¡Lo sabía!

Me seduce mi trastorno, me entusiasma. El encanto de lo autoinmune me ha guiado desde el principio, hasta poseerme de este modo maravillosamente impensado. La cumbre de mi carrera soy yo. La enfermedad es lo que me da vida. Siempre me la dio. Hablo desde el interior de mi locura a remolque de un éxtasis que no acaba.

—¡Lo sabía!

La enfermedad me permite permanecer en la euforia más tiempo que los demás. No está mal.

—¡Lo escribí!

Cualquiera que me vea pensará que estoy loco. Me río. Me río. Las autoinmunes se incluyen en el grupo de enfermedades con más esperanza de curación porque el sistema se puede equilibrar simplemente suministrándole cortisona o, en los peores casos, con un trasplante de médula ósea. De modo que ni siquiera me debo preocupar. Ahora sólo tenéis que pincharme.

—¡Cortisona! ¡Inyectadme cortisona! —grito al ver al cardiólogo.

—Sí, Camilo. Parece que la cosa va bien —responde, mientras pide a Emma que le acompañe.

Emma dirá que el doctor es partidario de empezar con los corticoides, no le inquietan los efectos colaterales en el corazón. Poco después me suministran el primer bolo por vía intravenosa. Me estabilizo, los latidos vuelven a una cadencia aletargada y camuflan al mundo exterior cuánto continúo disfrutando del hallazgo. Deseo compartirlo, recordar a todos que no estaba equivocado. Desde la victoria puedo relativizar los errores y la inopia de mis colegas a lo largo de estos años, a fin de cuentas mi enfermedad no existía hace un lustro. ¡No existía!

—¡Me autopublicaré! —le digo a Leire tras resumirle la situación. Las ideas aún circulan por mi cabeza de manera caótica, difíciles de seleccionar.

—¿Cómo está tu perro? —pregunto—. ¿Lo encontraste?

Leire dirá que no le molesta la sonrisa perturbada con la que lo pregunto, aunque añada dramatismo a su sufrimiento. Anoche continuó buscando a *Uto*. Esta mañana se ha despertado antes del alba y, como no soportaba seguir en la cama, ha vuelto a rastrear las montañas de Esplugues.

—No —responde, confortada al menos por mi diagnóstico.

Lo atípico de la enfermedad continúa turbándola pero los médicos dicen que haberla encontrado ya es mucho y desde luego que se me ve contento. Contento y tan tranquilo que me duermo.

Ayer apareció *Canija*, pero *Uto* no. Por la noche, Leire siguió buscando al perro. Cuando volvió a la masía de nuevo empapada por la lluvia, subió a la buhardilla donde duerme y encontró a la perrita acostada en el lugar que suele ocupar su amigo. Nunca antes se había acostado ahí.

Esta mañana, Leire ha pasado el trayecto en metro llorando. No deja de pensar en *Uto*. Le había colocado el chip identificador pocas semanas antes, de manera que si alguien lo hubiera encontrado ya debería haberse puesto en contacto. En el hospital le anuncian oficialmente que saben lo que tengo.

—Leire, ¡me autopublicaré! —grito de nuevo.

—Pero esa enfermedad...

—Está bien. Está todo controlado. ¡Me autopublicaré!

Leire decide que yo sé muy bien de lo que estoy hablando y comparte mi alegría con muecas sutilmente solidarias mientras su pensamiento se libera de mí para centrarse en *Uto* y en darle un beso a su abuela, que acaba de llegar.

—¡Mamá! ¿Ya lo sabes? ¡Era lo que yo decía!

Mi madre se sienta al borde de la cama. Al parecer, cojo una de sus manos y la aprieto entre las mías.

—Lo sé, Cami, lo sé.

Marta dirá que hace dos días se le estropeó el teléfono móvil. Tras el terremoto en Japón me había llamado para decir que la tierra seguía sin moverse en América y avisar de que en breve pisaría Bolivia. Su pierna se había recuperado bien. Durante la charla, Marta me notó más disperso de lo habitual pero prefirió aparcar las sensaciones negativas y centrarse en el viaje. No iba a pasarse la vida convirtiendo nimiedades en anuncios de catástrofes.

Debía sacudirse el miedo o el trauma o lo que fuera que la acosaba, para eso estaba viajando, ¿no? Y si nadie le había advertido sobre mi estado sería porque todo iba bien. De modo que pisó y exprimió Bolivia consultando una vez al día los mensajes sin novedad que registraba su achacosa Blackberry. Hasta que al cruzar a Paraguay, en Asunción no pudo encender el aparato.

—Es un mal presagio —le dijo a la amiga que la acompañaba después de dos días intentando activar el celular.

—No digas tonterías. Lo que tienes que hacer es cambiarte el móvil de una vez.

Hoy se han sentado en un bar para preparar la ruta del día siguiente. Marta ha desarmado la tapa que cubría los circuitos, ha extraído la batería y la tarjeta SIM y ha comenzado a ajustarla una y otra vez en busca de una conexión que reactivara a la máquina.

—Pero llévala a un técnico —ha dicho su amiga justo antes de que la pantalla se iluminara.

En segundos se ha perfilado el icono de señal satelital anunciando una excelente cobertura y el buzón de entrada ha registrado más de cuatrocientas llamadas perdidas.

—No puede ser —ha dicho Marta. De inmediato ha llamado a su madre.

—Tranquila, se encuentra mucho mejor que la otra vez —le ha dicho Sol—. Se pasa el día bromeando.

—¿Está contigo?

—No. Estoy en el trabajo. Pero le puedes llamar.

Así que enseguida ha marcado mi número.

—Hola, papá —dice—. ¿Cómo estás?

—Estupendo. En serio. Es genial, ¿te das cuenta?

—Hombre, parece que te haya tocado la lotería y la verdad es que sigues enfermo...

—Pero eso es lo de menos. Es que es... es increíble.

A Marta le ofende mi entusiasmo. ¿Es que no me doy cuenta de lo que he hecho pasar a toda la familia? Mi hija se considera optimista, siempre intenta ver el lado bueno de las cosas, pero yo debería comprender que esta enfermedad ha sido una putada mayúscula que ha hecho sufrir a demasiadas personas queridas y ni siquiera mi ilusión de haber culminado con «éxito» una rocambolesca historia trágicoromántica que realmente tiene algo de

excepcional justifica el derroche de euforia a la que la estoy sometiendo. ¿O es que sólo pienso en mí? ¿O es que utilizo a los demás como meros personajes del único relato que me importa, que es el mío?

—¿Y tú? —le pregunto.

¿Yo?, piensa Marta. Yo estoy tocada. Hace tres meses me curaste una pierna y ahora que te da otro *yuyu* no puedo ni ofrecerte mi compañía. Y, a la vez, no logro desprenderme de ti. Siempre pasa algo, papá. No logro despegar, no puedo relajarme.

—Estoy en San Ignacio de las Misiones —responde mi hija—. Hace unos días dormí donde rodaron *La misión*, ¿te acuerdas?

—¿En serio? Qué bien, Marta. Qué bien. Pues no te muevas de ahí. Sigue viajando.

—Hombre, papá. Te ha dado un infarto.

—Ni se te ocurra volver. Les he dicho a todos que te lo digan. Y si no lo han hecho, te lo digo yo: no vuelvas. Esto ya está controlado y tú debes centrarte en tus cosas. Ya basta de preocuparse por mí. Además, en serio que estoy bien. Ya saben lo que me pasa. Y ¿sabes qué?

Marta percibe cómo me he seguido emocionando. Vuelvo a estar exultante. Demasiado, quizá.

—¿Qué?

—Que yo tenía razón.

Marta mira a la llanura americana rematada por las lejanas colinas que conocerá en unas horas. La verdad es que sí, que yo tenía razón. Marta se enfurruña al pensar que me admira. El viaje americano va a continuar gracias a los ánimos de un padre que la impulsa hacia delante después de superar una nueva pesadilla. La cuerda de la familia no tira esta vez de ella. Podrá seguir buceando en su independencia.

—Te quiero, papá —dice a miles de kilómetros.

—Te quiero, mi amor.

Dentro de unos años, Carmen dirá que nunca soy tan cariñoso como cuando me azotan brotes de NMDA. Es mi enfermedad liberadora. Mi enfermedad sentimental. Si pudiera racionalarla... haría como aquel enfermo al que trató Oliver Sacks, que los fines de semana guardaba la medicación para disfrutar de su caos como quien practica un deporte de riesgo hasta el lunes, cuando volvía a ser «normal».

Carmen aún no lo sabe. La telefono desde la cama.

—Me han dado el diagnóstico. —Es lo primero que digo—. Adivina.
Silencio.

—Va, Cami. ¿Lo dices o qué?

—Siéntate.

Carmen dirá que sigue en pie. Respira profundo.

—Va, suéltalo de una vez.

Cuando escucha mis palabras cierra los ojos suponiendo que debe sentirse feliz aun sin entender las implicaciones de mi ya reconocible estado. Le sorprende que me acercara tanto al anticipar mi enfermedad. Cada segundo está más contenta y, cuando cuelga, da la noticia a Víctor, que corta cebollas en la cocina.

—Te alegras porque se ha sacudido el estigma psiquiátrico —dice Víctor—, pero aún no sabemos lo que tiene. No sabemos si hay motivos para estar contentos. No sabemos cómo es esa enfermedad.

—Preferiría que estuviera siempre en prebrote —dice Carmen lavando una zanahoria—. Los momentos más bonitos con él fueron cuando lo internaron en Bellvitge. Lo he hablado con Fátima y está bastante de acuerdo conmigo.

Al aplicar la zanahoria al filo del rallador, mira a Víctor y dice:

—Pero qué fuerte, ¿no? Era una enfermedad autoinmune. Qué raras pueden ser las cosas. La vida.

Le asombra tanto que Víctor esté llorando que se emociona aún más. Empieza a percibir agua en el lagrimal cuando comprende que su pareja aún trocea cebollas. Carmen se pone a reír encima de un montículo de filamentos naranjas, y a llorar, sin distinguir muy bien qué está originando esas lágrimas.

Diana dirá que esta mañana saltó del sofá cuando Emma le comunicó por teléfono que los anticuerpos de NMDA habían salido positivos.

—¡Qué fuerte!

Pero no está segura. Ni siquiera le convence lo inapelable del resultado. Cree que es una enfermedad demasiado nueva para asentarse en cualquier certeza. Lleva años confiando en el diagnóstico del trastorno bipolar y por algún motivo le cuesta aceptar el error. Por eso, dentro de unos días me preguntará si estoy seguro de padecer NMDA, y su duda me dolerá como una especie de traición. Parece que, en este punto, ella siempre estuvo con los

otros. Sin embargo, aún la siento a mi lado, muy cerca. Pese a la distancia de estos años, hemos mantenido viva una silenciosa línea de cariño que se manifestaba cuando era necesario. Entonces, de una forma bastante instintiva, nos comunicábamos de nuevo con cierta profundidad. Diana. La he visto adentrarse en la vieja tensa calma de la vida hospitalaria y olvidar el período del horror gracias a la fuerza que encuentra en el trabajo bien hecho, en los libros y en su hijo. Es una doctora fantástica. Por lo visto, ha seguido mi segundo brote desde el principio y pregunta diariamente a Emma por mi evolución.

Aunque le cueste encajar que, nada menos que conmigo, se equivocó; aunque su duda me duela como pocas dudas lo han hecho, después de todo es Diana. Y hoy comparto su exclamación:

—¡Qué fuerte!

—¡Tengo los anticuerpos! ¡Lo que yo estudiaba! ¡Cómo puede ser! —le digo a Sol.

Ella conoce a fondo mi obsesión. Entiende por qué grito. Sol dirá que parece que me haya tocado la lotería, que pocas veces me ha visto tan radiante.

—¡Cómo puede ser! —exclamo.

Antes de entrar en la habitación, a Sol le han explicado en qué consiste el NMDA, sus vínculos con el estrés y cómo puede afectar a comportamientos anteriores al brote. Sol agradece que la enfermedad le permita entender algunas cosas de nuestra historia. Le consuela poder culpar a un receptor neuronal de al menos una parte de la basura que vivimos, poner al responsable de su particular Época del Dolor un nombre que no sea el del padre de sus hijas, y así de algún modo librarme del infierno. Nuestras historias irán siempre unidas, hubo miles de momentos preciosos y ambos queremos creer que el monstruo que Sol también conoció no fui yo. En los próximos días, mi ex decidirá que no fuimos tan malos como nos creímos aquellos años, porque en ocasiones ella también se culpó, y por eso hoy acusa a esta odiosa enfermedad por habernos confundido, como si se tratara de un auténtico heraldo del mal. ¿Ella nos destruyó? En cualquier caso, yo suelo necesitar culpables y esta vez tengo al mejor: NMDA.

El resentimiento hacia mis compañeros también se atenúa. Cuando pienso en ellos, percibo cómo mi rabia se va extinguiendo mientras asumo su impotencia y la imposibilidad de resolver un enigma para el que hasta hace muy poco no existía respuesta. Los doctores no pudieron hacer nada. Pero no sabían. No sabían lo que el doctor Dalmau afortunadamente ha revelado. Dalmau. Desde Estados Unidos, desde el paraíso que yo no alcancé, Dalmau me ha salvado. Su valentía al emigrar y su tesón como científico van a cambiar mi vida. No me asusta lo que venga, los coletazos ocultos de una enfermedad recién llegada, las posibles consecuencias. No me asusta porque ésta es mi enfermedad y sé que la hemos vencido al nombrarla.

A fuerza de cortisona podré ahorrarme las semanas o incluso meses en los que me comporto como un miserable con la gente que me rodea y me aprecia. Mi cuerpo se hinchará mientras veo cómo Elia empieza a estudiar enfermería; hace poco nos contó su decisión. Parece que mi trastorno ha afectado a todos. No puedo decir lo siento. Este infierno ha sido un privilegio. Adolf dirá que el azar hiló muy fino.

—Un neurólogo enfermo de una enfermedad que le ha obsesionado y que casi se autodiagnostica antes de que la descubrieran... Es una historia única. Una entre dos mil, entre tres mil millones.

—He logrado tener la enfermedad que más me interesa —digo—. Algún mérito habrá que reconocerme.

Reímos. Sé que pronto caeré en la clásica depresión de los que han padecido un infarto al comprender que mi nueva fragilidad me sitúa aún más cerca de la muerte. Ahora la espada pende de otro modo sobre mí aunque, de todas formas, esa espada siempre pende. El cambio es la conciencia de sentir su constante vibración debido a la nueva delgadez de la cuerda que la sostiene. Bueno. Que la muerte espera no es novedad.

Tengo a Emma junto a mí, la musa de mi nueva fortaleza, la compañera con la que una vez soñé. Tengo unas hijas que me quieren. Sol y Diana como baluartes de un pasado que no acaba y me alimenta de belleza y fantasmas a los que no deseo renunciar. Y una variante de la enfermedad que me ha cautivado a lo largo de la vida, a la que dediqué mi tesis y me hizo viajar por el mundo, la enfermedad que me estimuló a realizar ensayos clínicos y estudios de todo tipo, la enfermedad que me ha concedido padecerla. Con ella he conquistado algún lugar que hubiera permanecido inalcanzable de no ser por la pasión.

Pasión es el ambivalente motor que me proyecta. Pasión. Es lo que ofrecen las novelas y lo que, quizá sin saber, yo le he pedido con más devoción a la vida. La misma pasión que un día me volvió loco y hoy hace que me sienta tan bien.

EPÍLOGO

En 2010, la American Academy of Neurology concedió a Josep Dalmau el Premio George W. Jacoby, que reconoce a las personas que han cambiado la manera de pensar en el campo de la neurología. En 2011 fue aceptado como investigador ICREA y, con apoyo de la Fundación CELLEX, volvió a Barcelona junto con su esposa y colega de investigaciones, la también neuróloga Myrna Rosenfeld, para liderar un laboratorio que se ha situado en la vanguardia de la neuroinmunología mundial.

Francesc Graus es otro pilar del equipo de élite de esta especialidad en el Hospital Clínic. Siempre que puede, Graus señala que la sociedad debe cambiar la percepción de la enfermedad neurológica. Cree que, mientras que el cáncer se ve como una interrupción del ciclo vital contra el que se puede luchar, vencerlo y seguir viviendo, los problemas neurológicos caen en el intimidante espacio de los problemas mentales. Es habitual que la gente asocie muchos de estos problemas al envejecimiento, a un camino que termina, y tienda a resignarse. Graus afirma que la población se debe convencer de que las enfermedades neurológicas también se pueden superar.

Diana se ha retirado. Asiste a clases de filosofía y lee mucho. Ve a su hijo feliz.

Tras la emisión en enero de 2015 del documental *Ciutat Morta*, donde se relata la injusta detención de un grupo de okupas por, supuestamente, haber lanzado desde un balcón la maceta que dejó tetraplégico a un policía, Sol se disculpó «mil veces» ante su hija Leire. El documental expone cómo varios de los detenidos sufrieron torturas durante los años que permanecieron en prisión. Entre ellos se encontraba Patricia Heras, una joven de estética radical que ni siquiera estaba en el lugar de los hechos cuando ocurrieron. Patricia acabó suicidándose. Sol lamentó dolorosamente no haber creído que lo que

tantas veces y con tanta insistencia le había contado su hija podía ser verdad. Hoy, Sol trabaja para la Autoridad del Puerto de Barcelona y continúa su relación con Alberto Sánchez Bordón, un hombre al que quiere y admira.

Leire asume que durante años su lucha social ha sido sorda y que la incompreensión que durante mucho tiempo recibió de su familia no fue sino un reflejo de la del resto de la sociedad. Ha vuelto a tener perro: *Pinxo*, un pastor alemán que la acompaña mientras busca empleo.

Marta ejerce como abogada en el bufete de abogados donde también trabaja la pareja de su madre.

Elia prosigue los estudios de enfermería que empezó en 2014.

Carmen, la hermana de Camilo, sigue inmersa en cursos de *coaching* y haciendo fotos.

Fátima mantiene el vínculo profesional con la escuela de su pueblo en Chile.

Hace dos años, la madre de Camilo se rompió una pierna y durante la convalecencia ambos se ofrecieron mutuos gestos de cariño claros por primera vez en muchos años. Emma ha confirmado su genio como intermediaria ayudando a apaciguar las tensiones entre madre e hijo, que ahora se relacionan de una forma natural, e incluso a veces se sorprenden recurriendo a una insólita dulzura. Los achaques no impiden que Carmen vaya a su cita diaria con el Aquagym, acuda a un taller literario y viaje en cuanto puede.

Emma ejerce de neuróloga, cultiva su afición por el baile, las lecturas sobre arte y humanidades, y se ha apuntado a clases de natación. Ha hallado un fascinante equilibrio entre la vida física y mental, y se ha confirmado como un pilar indiscutible de la familia Escobedo, la persona que todos querrían tener cerca cuando las cosas se ponen feas.

En otoño de 2015, Camilo y yo viajamos hasta las inmediaciones del Pic de l'Infern. Aparcamos el coche a los pies de los valles y emprendimos la ascensión con la idea de celebrar el final de la escritura de este libro, que él aún no había leído.

Camilo se detuvo varias veces a descansar hasta que logró lo que pretendía —«sólo debo encontrar mi ritmo»—, y a partir de ese momento avanzó casi sin interrupciones por unas montañas que hallamos inesperadamente nevadas. Además de guiarme por valles que conoce a la perfección, me indicó cómo colocar los pies y los *sticks* para facilitar cada paso y estuvo a punto de lanzarse a por mí cuando comencé a resbalar por una pared de hielo que me abrasó las palmas de las manos.

—Hacía años que no subía montañas nevadas —dijo al encarar la cresta que conducía a l'Infern. Esa cima marca una frontera entre España y Francia. La rodean precipicios y, desde una cierta distancia, la cumbre despunta con la puntiaguda esbeltez que imagina cualquier niño al dibujar una montaña.

Levantando la barbilla hacia el pico, Camilo comentó que semanas antes una profesora había pedido a su hija de cinco años que hiciera un dibujo de su padre. Camilo detuvo un instante el relato. Hacía sol y un frío tenue, un día maravilloso. Inspiró una larga bocanada de aire alpino antes de decir que, en el folio, la pequeña Alba había perfilado el contorno de una montaña como la que a esa hora contemplábamos y, coronando la cima, chiquito pero bien trazado, le había dibujado a él.

¿OTRA VEZ EMPANADILLAS?

Las defensas es una novela basada en la historia del neurólogo Domingo Escudero. En el momento que Domingo decidió cedermela narración de su historia, aceptó que yo fantaseara con ella. Cuando leyó el libro, comentó que, al margen de las ficciones, aquello contenía una verdad que deseaba transmitir.

Luego nos preguntamos qué íbamos a responder cuando nos preguntaran sobre la dosis de imaginación contenida en el relato. Como médico y como escritor, ambos hemos enfrentado varias encrucijadas en las que se evaluó nuestra capacidad para guardar informaciones que afectaban a otras personas. A menudo, la gravedad de los casos nos ha inducido a poner cara de palo y hablar en términos serios sobre por qué no soltamos prenda. Cuesta hablar de otra forma cuando aludes a seres humanos que luchan por sobrevivir... a no ser que seas tú el protagonista. En ese caso, te puedes permitir alguna concesión. Y resulta que, como en este libro Domingo es el protagonista y mi papel ha resultado algo así como el de un pinche venido a más, y como los dos somos pésimos cocineros —confieso mi devoción por las empanadillas—, un día convinimos que ésta iba a ser nuestra gran oportunidad para, cuando nos preguntaran por cuánto había de realidad en *Las defensas*, responder: secreto del chef.

MI SISTEMA DEFENSIVO

Además de agradecer enormemente las ayudas y atenciones a toda la familia y al entorno de Domingo, quiero subrayar la colaboración de Pilar Latorre, Josep Dalmau, Francesc Graus y Antoni Dávalos.

Madeline Carey insistió en las bondades de Teju Cole, y cuánta razón tenía.

En lo que respecta estrictamente a la salud, el equipo de Pontas es capaz de dar larga vida a gigantes a base de paciencia y fe. Qué bien sientan esos talentos.

Enric y Àngels son guardianes del aire puro y la cerámica que se alimentan a base de calabazas y tomates para los que siempre me faltan palabras. Su huerto y los doctores les dieron fuerzas para superar la prueba más dura.

Los Tróspidos son mis amigos, aunque suenen a vitaminas... o quizá lo sean porque es cierto que refuerzan a base de afecto y risas, y que dan a la vida otro color. Curiosamente, no son ilegales.

Carles Mercader siempre tiene un remedio asiático para vigorizar los días, y fotos y opiniones que atesoro.

A Toni García y César Salvador me los inyecté de chaval y sus efectos durarán siempre.

Pilar Caballero y Joan Marcet vigilan mis cardiopatías con métodos clásicos: playa, montaña y comer. Os adoro, *us estimo*.

Mi familia sevillana, con mi tía Pepita a la cabeza, es una fuente inagotable de calor y calor y calor.

Elsa forma parte de mi sistema inmune.

Con mis hermanos Edu y Cris comparto muchas más defensas de lo que a veces nosotros mismos pensamos.

Ilse y Katia son un sistema en sí mismas, rutilante y hermoso, que de alguna incógnita forma se ha fundido con el mío y a nuestro alrededor se teje día a día un cinturón de fuerza especializado en la atracción de luz buena.

Gael es una mezcla de All Black y vitamina D, la que proporciona el sol. Es mi defensa total.

Y, como indicaba al principio, mis padres son el origen, por eso les he dedicado este libro. Durante su escritura, por cierto, tuve que pisar más hospital de la cuenta debido a una enfermedad de mi padre que le obligó a una larga y durísima recuperación. De todos modos, fue mi madre quien estuvo todo el tiempo al pie del cañón. Mi madre a veces se pasa con ese tema de «yo sólo cuido de los míos», pero cuando te pones malo, la señora Eloísa Cendrero se ocupa de todo con un celo y un cariño que aún me deja pasmado. Cómo se puede ser así. El personal médico del Hospital Clínic también alucinó bastante con la relación entre mis padres, cómo se ayudaban entre ellos y ayudaban a enfermeros, doctores y a los (hubo varios) compañeros de cuarto. El día que dieron de alta al señor del que heredé un nombre y varios genes, le aseguraron que tenía defensas para parar un tren, su esposa incluida. También les dijeron que eran una pareja muy fuerte. Al salir de la habitación, en el pasillo aguardaba todo el equipo que había velado por ellos para decirles adiós con aplausos.

Las defensas
Gabi Martínez

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la ilustración de la portada, © Pramote Polyamate

© Gabi Martínez, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2017

ISBN: 978-84-322-3226-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NARRATIVA **LITERARIA**



¡Síguenos en redes sociales!





Gabi Martínez

Las defensas

